

¡Mediterráneo♥!

¡guarra!

¡zorrra!

...vaya pedazo de...

*Rodrigo
San Pedro*

¡Mediterráneo!

Rodrigo San Pedro

PRÓLOGO: Cómo hemos cambiado

Roberto abrió un ojo.

Sólo uno: el puñetero veranillo de San Miguel se estaba alargando más de lo previsto, y el sol entraba a raudales por la puerta de la terraza, que habían dejado abierta por la noche, dándole de pleno en la cara. Siempre les pasaba lo mismo cuando tenían un arrebató pasional: se dejaban las persianas abiertas, no encendían el termo del agua caliente, dejaban la tele del salón mostrándole el porno a un aburrido sofá. Un par de torpes.

No es que le importara mucho que el verano se alargara. Con el plan que tenían, mal lo llevaban si les hacía mal tiempo, así que agradeció la luz y el calor, y miró a su marido con ese único ojo, que se le entrecerró al dibujársele una mueca de completa dicha.

Luis dormía boca arriba, soltando unos ligeros ronquiditos como ronroneos gatunos. Su precioso pecho subía y bajaba despacio, relajado. Estuvo a punto de acariciarle la barba como a un gato, pero prefirió dejarle dormir: sabía que cualquier cosa le despertaría.

Abrió el ojo que se le había quedado pegado en la almohada. La cálida luz hacía que el vello del pecho de Luis pareciera rubio en vez de panocha. Su mano, con vida propia, sobrevoló el torso desnudo, que despedía un agradable calor; rozó el vello. Bajó la mano. Sobre la incipiente barriguita velluda de su marido descansaba una hermosa erección matutina, y ahora sí que no pudo ni quiso evitarlo: tocó con la yema de un dedo el frenillo descapullado y volvió a sonreír al ver que el pene reaccionaba dando un saltito.

-Si vas a hacer algo hazlo rápido -soltó Luis en un quejido.

A Rober se le ensanchó el sátiro gesto facial y agarró el pene erecto con fuerza mientras acomodaba todo su cuerpo contra el de Luis, dándole un beso en un moflete.

-¿Que todavía quieres más?

-Querer, quiero. Pero dudo mucho que pueda, amor.

-¿Que no? ¿Con ésto como el mármol? Vamos que puedes -y comenzó a bajar por el pecho velludo con su boca, besando axilas, pezones, costillas.

-Que no -se quejó Luis-. Que me meo a lo bestia. Que como no me la sigas agarrando así hasta el váter me meo por el camino.

Roberto soltó lo que tenía entre manos, dándole un besito más en el vientre y otro en el capullo y le dejó saltar de la cama. Realmente el pobre se la tuvo que agarrar para que no se le saliera, y a Rober se le alegró el alma al darse cuenta de que le daba igual ver a su marido en semejantes poses, corriendo por el cuarto como un mono desesperado y despatarrado, que le daba igual oír el chorro y el gemido de alivio, y los pedos y eructos.

Recordó cuánto le molestaba tener que compartir las funciones corporales -propias y ajenas- cuando había estado con otros, ya fuera en pareja o con polvos de una noche. Recordó perfectamente a aquel morlaco con el que ligó una vez en una sauna y que le llevó de la mano a las duchas para pegarse un buen filete, y que cuando estaban en lo mejor, se arrodilló, le miró con cara de perrete juguetón y susurró: "Meame, tío". Él le había devuelto su mejor mueca de *peroquécoño*, le había dicho "Tú eres tonta" y se había ido. Y ahora, al recordarlo, se le estaba bajando la erección que le había provocado jugar con su guapísimo marido-mono, con el que todo aquello le resultaba hasta gracioso.

-Joder, lo he tenido que hacer en la bañera. A ver quién es el listo que apunta con ésto -berreó

Luis mientras se secaba la punta con papel higiénico. Rober volvió a sonreír mientras oía cómo su marido limpiaba la bañera con la alcachofa de la ducha-. ¿Qué hora es, amor?

-Las ocho y cinco -respondió, mirando su móvil y estirándose después sobre la cama-. ¡Cómo me jode madrugar!

-¿Madrugar? Pero qué morro tienes -apreció Luis.

-Cállate y déjame disfrutar de mis vacaciones, o dejo de usar el morro como más te gusta.

-¡Ven aquí y dúchate conmigo, anda!

Se le escapó un rugidito y, sin ganas, se sentó en la cama mientras oía el agua de la ducha y se preguntaba si a su chulazo ya se le habría bajado el empalme. Se levantó como si se levantara de un colchón de superglue y se apoyó en el quicio de la puerta del baño.

-Dime cuánto madrugas y te diré quién eres -canturreó.

-Mezclas refranes.

-Y tu culo un bidé.

-Éso sí que es castellano puro y duro -la frase sonó descolocada porque Luis ya se frotaba la cara con jabón.

-Pues tengo más -ofreció Rober, abriendo la puerta de cristal de la ducha sólo unos dedos para mostrarle a su marido la erección que había vuelto, como si a través del cristal no se viera.

-Cállatelo. No quiero aprender tanto de golpe -respondió Luis, con la cara llena de jabón y sin verle. Rober puso morritos, entró en la ducha y le abrazó por detrás-. Quítame esa cosa de ahí, so guarro.

-¿Y dónde la pongo? -pregunto, metiéndolo entre las piernas de Luis-. ¿Aquí?

Luis apretó los muslos y jugueteó con aquello que le había dado tanto pánico la primera vez que lo vio.

-Pero qué perro eres... -susurró.

-Guau -le respondió Rober a su oreja y con su mejor castellano.

Ambos creyeron que se derretirían en aquel preciso momento, justo mientras Rober comenzaba a mover las caderas, agarrado como una lapa a su marido, que notó cómo esa cosa sobresalía por entre sus muslos lo suficiente como para agarrarla con toda la mano. Rober gimió, otra vez directo a su oreja.

-Dios, cómo te quiero.

Luis gimió también, pero no de placer. No había nada que incitara más sus ganas de sexo que su marido diciéndole éso.

Finalmente no hicieron nada que no debieran hacer. Luis se puso serio, dándose la vuelta con cara de padre preparando unas vacaciones.

-Nene, no llegamos.

-¡Quieto! -berreó de repente Rober, agarrándole la cara entre las manos.

-¿Qué? -Luis se dejó observar muy de cerca-. ¿Qué haces?

-Quitarte un punto negro enorme.

-Agg, quita, qué asco -se revolvió, pero Rober no le soltó-. Luego me lo quito yo.

-Bah, deja, estoy acostumbrado.

-¿A quitar puntos negros?

-Y a hacer limpiezas de cutis, y pedicuras, y masajes de cara y cabeza, y...

-¿Pero has trabajado de esteticista y nunca me lo has dicho?

-No. Sólo hice un par de cursos, para tratarme yo mismo la piel y tenerla bien, y para saber automaquillarme y tal -Rober habló y habló sin soltarle la cabeza-. Lo malo es que durante los cursos teníamos que practicar con los compañeros. He debido quitar unos quinientos mil

quinientos puntos negros, no pasa nada. Y yo no te voy a hacer una escabechina como la que te harías tú.

-Está claro que hablamos poco -Luis volvió a sonar extraño, con los morritos aplastados por los cariños de su marido.

-¿Que hablamos poco? -Rober rió un poco provocando una deformada sonrisa al otro-. Si quieres hablo más, pero no sé qué droga tendrías que tomar para soportarlo.

-Quiero decir que nos hemos contado el uno al otro mucho menos de lo que parece, y ya va para...

-Varios años de cosas interesantísimas -le cortó Rober-. De aquí a los siete podemos contarnos las cosas tontas. Y de los siete en adelante, ya echaremos mano de la vida de los demás.

-Qué planificadito todo -repuso Luis, pensando en la sorpresa mayúscula que tenía pensado darle en estas vacaciones.

-No sé usar la agenda del móvil, pero para algunas cosas mi cabeza es un prodigio. Y ahora déjame quitarte ésto, anda -insistió, provocándole ahora una mueca de asco en realidad complacida.

Pablo despertó como la mayoría de los días: en pleno sobresalto. Tampoco es que le estuviera martirizando una pesadilla, o que le hubiera sacado del sueño un ruido, un golpe, algo. No; simplemente, se despertaba casi todos los días con el corazón latiéndole a mil por hora y el susto en el pecho, como si su cuerpo aún inconsciente supiera algo que su mente luchaba por no entender.

Se volvió con la sana intención de despertar a Ibón, pero éste ya no estaba en la cama. Se extrañó y supuso que estaría en el vestidor, preparando las maletas.

Se desperezó y el móvil le provocó otro sobresalto, aunque el volumen estuviera casi al mínimo. La alarma de las ocho. Lo apagó, se volvió a estirar y se sentó en la cama, sintiendo la boca pastosa y el cerebro de puré de patata.

-Nene -susurró, casi. No recibió respuesta-. Nene...- repitió haciendo un esfuerzo vano por subir el volumen.

Se dirigió al vestidor: vacío. Sin embargo desde ahí ya oía algo en el salón. Música bajita, pero muy cutre; nada de lo que le gustaba a Ibón. Una conversación... ¿en inglés? Y sonaba a lata. Sonaba a peli antigua. Salió al salón metiendo una mano en los calzoncillos para bajar a su sitio su molesto testículo en ascensor.

Ibón estaba tumbado en el sofá, de espaldas a la habitación, en pelotas, viendo un porno muy vintage y cascándose el pajote del siglo.

Se quedó mirándole durante un par de minutos. Su propio pene intentó opinar, pero era evidente que su cuerpo no había descansado lo que debía, así que se quedó en un vergonzoso morcilleo. Se acercó al sofá y se sentó en el reposabrazos, dándole un susto de muerte a su chico, que se soltó el tema para llevarse la mano al pecho.

-¡Joder, Pablo! Eres como un puto gato.

-Perdón -su cara no era de arrepentimiento-. ¿Qué haces, cabrón? Podías haberme despertado o esperado o algo.

-Ya, para que me hicieras el mismo caso que anoche -respondió Ibón, frío, volviendo a lo suyo. Pablo se sintió un poquito culpable. Sólo un poquito. Se dejó caer en el sofá, pegando su cuerpo al del morlaco de su marido.

-Es una gozada verte así.

-Gracias... -soltó, tras un corto gemido.

-Si quieres te echo una mano.

-A buenas... horas... -susurró Ibón, y se corrió, gimiendo bajito y cerrando los ojos. Le habría gustado comportarse de una manera natural: dejar que su cuerpo se convulsionara en espasmos, berrear un “me corro” en condiciones acompañado de gruñidos y gemidos que oyeran los vecinos, abrir mucho los ojos y mirar a Pablo fijamente mientras su semen le golpeaba la barbilla, para hacerle saber sólo con la mirada que estaba así de cachondo por él.
Pero no.

-*Estoy llorando por ti, estoy llorando por cosas de ayer...* -canturreó Rober, mientras terminaba de enjuagarse la espuma.

-Hasta duchándote eres melodramático -Luis ya se estaba secando fuera de la bañera-. No llores ni sufras tanto por mí, que sabes que te quiero, te adoro, te venero y te idolatro.

-Cariño, cuando canto estas cosas no pienso en ti -abrió el cristal, ahora del todo opaco por el vapor, para mostrar sólo la cara-. Pienso en lo que veía en la ducha hace quince años y en lo que veo ahora...

Volvió bajo el chorro y siguió con su drama interno: “...y cada día, y cada día que pasa me duele más”.

-¡Estás buenorro! -berreó Luis por encima del tembloroso chorro de voz de su marido-. Vale que no te matas mucho en el gim, pero qué quieres que te diga, yo te prefiero así, que no te pases mucho con las mancuernas.

-Sí, ya. Claro. Como que me ibas a dejar si me paso con los recuernos esos -a Luis se le escapó una risita.

-Es que no quiero que estés cachas. Ya no me gustan los cachas -asomó la nariz por la cortina-. Quiero decir, desde que te conozco a ti. Mi amor, tú me pones un huevo tal y como eres. Me pones como nadie me ha puesto nunca.

Rober abrió la puerta de cristal con un espectacular movimiento de vedette, intentando taparse la polla aún durísima, al más puro estilo de peli guarra de los setenta, éso sí.

-¡Tatachán! -Luis le respondió con una mueca de reconocimiento y volvió a secarse.

-No sigas por ahí, que te conozco bien, perrete.

-Jo, me gustaba más cuando te resultaba misterioso e indescifrable -Rober le regaló sus eternos morritos de niño chantajista.

-No te enfades, nene. El noventa y nueve por ciento del tiempo me sigues resultando indescifrable. Y no sólo éso: mamá te llama "el incomprensible ése de tu marido" -le estiró una toalla seca.

-¿Ah, sí? Ay, qué encanto de mujer, siempre me ha caído bien -sonrió y salió de la bañera apoyándose en el hombro de Luis.

-Pues a mi padre terminarás adorándole cuando le conozcas mejor. Siempre que vamos a su casa, se pasa el tiempo preguntándome en voz baja: "¿Qué ha dicho?" -Rober alzó una ceja un tanto molesta mientras se frotaba con ganas.

-No me jodas. ¿Pero es porque está como una tapia o porque realmente no me entiende? Porque si hay gente que no me entiende, más me vale volver al logopeda.

-Pronuncias de maravilla. Tu problema es lo que dices, no cómo, cariñete -Rober estaba a punto de responder alguna burrada cuando se le cruzó otra por delante.

-Boh, a qué vendrá ahora acordarme de mi padre... -se ensombreció un poquín-. ¿Sabes? Me he pasado toda su vida culpándole de todo lo que me pasaba. Cuando se murió seguí haciéndolo, pero en bajito, por si me oía desde el infierno, el hijoputa. Ya luego me di cuenta de que no, y dejé de culparle a él para culparme a mí mismo. Y ya luego vino el Prozac y tal.

Luis le intentó dar algo de amorcito en una mirada y aprovechó el tema:

-No te olvides de las pastillas.

-No me hacen falta, amor, ya me la pones como el mármol -se señaló a sí mismo y se acercó a Luis canturreando de nuevo-: *"Estoy cachonda por ti, estoy cachonda por polvos de ayer y cada polvo que me echas me corro más..."*

-Las del mareo, capullo -le cortó su marido parándole con una mano en el pecho-. En poco más de una horita estamos en el avión, y a la una en punto zarpa el barco.

-Ay -la expresión de Rober cambió de tal forma que parecía otra persona, y esa maravillosa erección que era capaz de aguantar tres o cuatro polvos seguidos murió de repente-. Me hago un batido de biodraminas ahora mismo. Pero vamos, que de todas formas ahora me cantas el "My heart will go on" y me voy las patas abajo.

-Vamos a ver, ¿por qué te dan tanto miedo los barcos? ¡Si nunca has viajado en uno!

-Se hunden.

-Mi amor, un coche es mucho más peligroso.

-De ahí que no tenga carné -se tapó la cabeza con una toalla y frotó con fuerza, intentando borrar de ella imágenes de ultramodernísimos pecios llenos de cadáveres, pero no lo consiguió-: Que los barcos se hunden es una de esas cosas impepinables que todo el mundo debería saber, como por ejemplo quién es el Príncipe de Andorra.

-Si sigues quitándote medios de transporte, tendrás que ir a todas partes en burrito.

-Si, hombre. Menudas coces.

-Pues nadando.

-Y una polla. ¿Y las medusas, y las barracudas, y los megalodones? -a Luis se le escapó otra risita mientras se pellizcaba un breve michelín frente al espejo. Se volvió y le abrazó, dejándole encerrado en la toalla y besándole a través de ella.

-Imposible...

-Increíble -musitó Rober bajo la toalla.

-Si lo llego a saber, te regalo un trekking por el Himalaya en lugar de un crucero por el Mediterráneo.

-Los gays también viajan al Himalaya.

-Los normales no. Somos igual de tontos que los heteros -musitó mientras cubría la toalla de besos-. Y hablando de absurdecos, cariño, eres más complicado que la Física Cuántica, y no sólo en cuestión de viajes.

-Y tú más lioso que la Teoría de Cuerdas -sonó amortiguado pero seguro.

-Son lo mismo -le descuadró, pero el actor tenía respuesta para todo:

-Pues cuanto más tengamos en común, mejor -se revolvió-. Y suéltame, sultán, que luego me dices que soy yo el que te la lía siempre. Y a este paso perdemos el avión.

-Tranquilo, está todo controlado -le dejó para volver al espejo y musitó-. ¡A pesar tuyo!

Cuando Luis conoció a Rober no daba crédito. Era un tío gracioso, simpático, abierto, guapo y... raro.

Lo primero que pensó fue que no era posible que alguien que hablaba tan raro fuera actor. Pero allí estaba, en el camerino, repasando sus frases para el anuncio que iban a rodar; al fin y al cabo un actor dice lo que le escriben. Rober iba a interpretar a un tenor que se aseguraba las cuerdas vocales con una determinada empresa porque su pianista -Luis- se lo aconsejaba a causa de un inoportuno virus. El anuncio era penoso, desde luego, pero estaba muy bien pagado.

Rober llegó tarde, de modo que Luis ya estaba vestido cuando las chicas de vestuario volvieron a aparecer. En cuanto le vio tuvo un flash. Algo que no se le había pasado por la cabeza en todos esos meses, desde que había roto con su ex. No pudo evitarlo: se excitó simplemente mirando a

otro hombre.

Se había sentado frente al espejo de *maqui-pelu* y practicaba en un teclado imaginario sobre la mesa llena de potingues: le habían pedido que tocara el tema en directo para que los planos-detalle fueran reales, y ahora aprovechaba que Rober canturreaba el aria para seguirle. Y en ello estaba cuando dos de las muchachas pasaron por detrás de él musitando:

-...olla enorme, por dios, éso ni orgasmo ni nada, tiene que hacer más daño que...

Miró hacia atrás sin curiosidad, sólo buscando a alguien que le sacara del momentáneo estado de nervios de antes de cualquier grabación, de cualquier actuación. Y allí estaba él, en todo su esplendor, sujetando frente a sí una inmaculada camisa blanca que le pasó a otra chica de vestuario, confirmando. Era más o menos igual de alto que él, sólo que con un cuerpo casi perfecto: ni un átomo de grasa, ligeramente musculado y fuerte, híper masculino. Se notaba que se había rasurado el vello del torso hacía tiempo y éste aún no había crecido del todo, lo cual le daba un toque muy sexy. Y, sobre todo, ahora estaba tapado sólo por unos calcetines deportivos y un escueto slip.

No, qué va.

El slip no era escueto. Era normal y corriente, sólo que le costaba sujetar todo aquello en su sitio. A Luis se le abrieron ojos y boca y se le escapó un quejido que llamó la atención de Rober, quien le miró y le sonrió, inconsciente de lo que estaba provocando. O quizás acostumbrado.

-Perdona, ya sabes, este mundillo... -no estaba avergonzado, sólo sabedor de lo que la desnudez de otras personas puede molestar a algunos. Luis no estaba molesto por verle, sino por su inesperada erección. Tragó saliva y carraspeó, cruzando las piernas.

-No te preocupes. Claro, es lo normal, jeje -la risita fue nerviosa y se sintió tan estúpido por la cara de gilipollas que seguramente tenía, que tuvo que darse la vuelta de nuevo en su silla. Se miró en el espejo y se dio cuenta de que era aún peor: mirar el reflejo de aquel hombre le hacía sentirse un voyeur algo baboso. Puso los ojos en blanco y soltó aire, agradeciendo el estar ya completamente vestido. Aunque tendría que esforzarse, porque con esos pantalones nada podría disimularse. Pensó en los pantalones que llevaría Rober, iguales a los suyos, y tuvo que cerrar los ojos con fuerza para volver a concentrarse en sus teclas imaginarias.

-Molaría que tuvieras aquí un teclado de verdad para poder ensayar -apuntó Rober mientras se abrochaba la camisa-. Estoy nerviosísimo, hace siglos que no canto nada semejante.

Luis hizo un esfuerzo por fijarse en su cara cuando volvió a mirarle; por fortuna los bajos de la camisa ya tapaban *aquello*. Hizo amago de decir algo inteligente, y su garganta seca le hizo carraspear y buscar su vaso de agua.

-¿Qué? ¿Tú también andas nerviosito perdido?

-Un poco -fue capaz de decir, al fin-. Aunque bueno, adoro a Puccini y lo toco constantemente.

-¿Y cómo lo tocas?

Estuvo a punto de hacer una broma respondiendo "A dos manos"; sólo cogió el aire para decirlo y enseguida se le fue la cabeza a aquello que tocaría gustosamente a dos manos, así que estiró el cuello, movió la cabeza de lado a lado para descontracturarse un poco y dijo cualquier otra cosa.

-Pues a piano, claro.

-Sí, claro. Qué pregunta más tonta -respondió Rober, con su sonrisa perenne y alzando una juguetona ceja. Luego se dio la vuelta para ponerse el pantalón y Luis se encogió cuando vio cómo aquel pedazo de chulazo se agachaba para cambiarse los calcetines.

Ese culo. Ay.

Parpadeó rápidamente y volvió a darle la espalda cuando se dio cuenta de que la chica de vestuario le miraba con una cómica mueca.

-Ahá -le dijo la mujer, guiñándole un ojo a su reflejo.

-Ahá ¿qué? -preguntó Rober.

-Que los calcetines, perfectos -espetó ella, aún con la expresión de complicidad.

-Ah, genial -Rober le devolvió la sonrisa-. Los calcetos me sientan bien cuando estoy desnudo. Yo creo que es por los gemelos. A mi chico le pone brutote verme sólo en calcetines.

A Luis le hizo tanta gracia la conversación que le dieron ganas de lanzarse sobre él, tirarle al suelo y comerle los cachetes que asomaban por debajo de las gomas del slip, pero justo en ese momento Rober tironeó de ellas hacia abajo, colocándolo de forma que la visión fue aún más... ¿bonita? Aunque le desanimó un poco oírle hablar de su “chico” se alegró de confirmar que era gay.

El rodaje fue una completa odisea para el pianista, que no pudo dejar de pensar en extremidades, posturas sexuales y líquidos corporales. Cuando terminaron de rodar, tras cinco largas horas, tenía incluso los abductores hechos polvo, gracias a la tensión provocada por la lucha constante con las constantes erecciones. Rober traía mártir a la maquilladora porque no dejaba de sudar por el esfuerzo. Él también sudaba, a pesar de que aquel aria era de lo más tranquila para un pianista. Se despidieron como suelen hacerlo quienes coinciden en un rodaje de publicidad. “Un placer”, “Nos vemos”, “A ver si hay suerte”...

Tres años después se volvieron a encontrar, esta vez en un casting para un anuncio muy semejante al anterior. Sabían que no pasarían aquel porque el anuncio de la aseguradora seguía pasándose en todas las cadenas, lo cuál les había reportado su buena fama momentánea y una nómina cada vez más jugosa con cada año que lo reponían. Pero el dichoso anuncio había provocado que sus imágenes se “quemaran” y que no consiguieran ningún otro buen trabajo publicitario durante esos tres años.

Se reconocieron de inmediato, en el pasillo de la sala de castings.

-¡Hombre! -berreó Rober-. ¡Mi pianista favorito!

A Luis le dio un poco de corte que el hombre gritara así y en aquel momento, pero le sonrió discretamente y le dio la mano.

-¿Sabéis lo bien que me tocó este tío? -preguntó Rober al resto de aspirantes-. ¡Vaya manitas!

Evidentemente todos les conocían y sabían a qué se refería. Incluso algunos eran conocidos de Rober y aunque sabían que tenía aquella forma de hablar, Luis se apresuró a añadir:

-El piano. Le toqué el piano.

Se oyó una risita y notó que empezaba a ruborizarse, así que se sentó y casi metió la cabeza en su mochila. Rober se sentó a su lado.

-Lo digo en serio, tío. Me maravilláis, los que sabéis tocar tan bien semejante instrumento -Luis se puso tieso como impulsado por un resorte y le miró fijamente a la cara, ahora tan cerca.

-¿En serio...? -aunque querría haber terminado la pregunta con un “¿...hablas así siempre?”, supo contenerse. Ante todo, educación. Éso sí, la mirada fue criminal.

-¡Pues claro que en serio! Qué más quisiera yo, ¡pero en lugar de dedos tengo pollas!

-Joder... -susurró Luis, separándose un poco de él y mirándole las manos por no mirar otra cosa.

-Bueno, tampoco son para tanto -apreció el actor, extendiendo las manos entre los dos y moviendo los dedos con rapidez. Luis los miró intentando no pensar en miembros viriles, y se dio cuenta de la marca que un anillo había dejado en el anular del actor, tan moreno como el resto. Se le escapó:

-¿Estás casado? -Rober alzó una ceja que hundió a Luis en un mar de vergüenza.

-Ya lo estaba cuando nos conocimos. Y lo he estado hasta hace dos meses. Y nunca volveré a estarlo. Menuda metedura de pata.

-Vaya, lo siento.

-Qué va, no lo sientas. Éramos una pareja espectacular de puro guapos, pero vaya mierda.

-Ya. A mí me pasó lo mismo, pero yo me separé hace ya tres años.

-¿Tres años? ¿No fue cuando rodamos juntos?

-Sí, más o menos. De hecho en aquel momento estaba bastante depre y tal.

-Yo estaba como una rosa, entonces. Todavía estaba hasta las trancas por él. Pero bueno, aunque las cosas se estropeen, no hay mal que no venga bien, ¿no?

Luis estuvo a punto de corregirle. Aunque ni se imaginaba la cantidad de veces que tendría que hacerlo en unos cuántos años, le hizo gracia, y le sonrió.

-Pues sí, qué coño.

Se miraron unos segundos, por fin Luis relajado, por fin Rober concentrado.

-Qué guapo eres -dijo éste, inopinadamente-. ¿Me esperas luego y nos tomamos algo?

Luis abrió la boca, afirmando casi sin querer con un mínimo gesto de la cabeza.

-¡Genial! Tengo que comprobar si usas esos dedos tan bien como parece.

El músico parpadeó y volvió a aclararse la garganta. Otra vez la erección.

Hicieron un casting fantástico que no les sirvió para nada, pero el polvo fue antológico. Cuando ya estaban en la cama, aún con los pantalones, Luis temblaba de los nervios. Llevaba tres años matándose a pajas: no le gustaba follar con tíos a los que no iba a volver a ver, y siempre le había costado horrores encontrar a alguno a quien quisiera volver a ver. Rober le ayudó a quitarse los pantalones y sonrió al comprobar la excitación del pianista, para luego agarrarle de la cadera y darle la vuelta. Se quitó sus pantalones, se tumbó sobre la espalda del músico y le lamió el lóbulo de una oreja.

-¿Qué te gusta? -preguntó, tras acalambrarle todo el cuerpo con unos deliciosos mordisquitos por el cuello-. Me apetece cualquier cosa contigo.

Luis tragó saliva. Notaba todo aquello frotándose contra su culo. Contra *todo* su culo.

-No puedo... -gimió, retorciéndose de ganas.

-Yo sí -musitó Rober, y dando un último empujón, se dejó rodar para caer boca abajo en el colchón-. Dios, qué ganas.

Se bajó el slip hasta las rodillas y la cabeza de su pene sobresalió bajo su cadera. Luis vizqueó y dio las gracias, luego le terminó de sacar los calzoncillos, se quitó los suyos y se lanzó de cara a aquel precioso trasero.

Cuando se corrió en apenas siete minutos, Rober tuvo la delicadeza de hacerlo a la vez que él.

-Ostia, tío... lo siento -se excusó Luis, intentando recuperar el resuello.

-No lo sientas en absoluto. He visto Cuenca, chaval -le informó Rober, haciendo varios nudos con los brazos y las piernas de ambos. Le besó apasionadamente, aún sin aire, y siguieron jugando, acariciándose, tocándose, hasta que pudieron hacerlo por segunda vez, y ésta durante un buen rato.

Aquello sólo significó que follaban bien juntos. Muy bien, de hecho. Claro que éso nunca había sido suficiente para Luis; pensaba que, por muy encantador y simpático que fuera el actor, no estaban hechos el uno para el otro. Eran demasiado diferentes. Rober parecía no tenía suficiente suelo para sus pies, y éso le descolocaba profundamente. Si iban a más, no llegarían muy lejos.

Casi inconscientemente, empezó a distanciar las quedadas. El sexo seguía siendo increíble, pero Rober seguía estando demasiado mal de la cabeza para la serenidad que Luis había necesitado siempre. No tenía suerte con los hombres, desde luego.

En un año ya ni siquiera había sexo. Se habían convertido en íntimos o algo similar. Iban al cine, cenaban con amigos, se pasaban el día enviándose whatssaps. Por supuesto, iban a verse el uno

al otro con sus respectivos grupos de amigos cuando tenían algún trabajo en directo.

Dos años después volvieron a llamarles a los dos para el mismo casting. Les habría encantado que les contrataran a los dos, pero sólo cogieron a Rober.

-Vale que estoy acostumbrado a que no salgan estos curros, pero me habría gustado volver a hacerlo contigo -dijo Rober, tan inconsciente de sus palabras como siempre, la tarde en que no llamaron a Luis pero sí a él para darle el papel. Había invitado a un café al pianista, aunque sólo hubiera que celebrar un cincuenta por ciento del resultado.

-A mí también me gustaría volver a hacerlo contigo -dijo Luis, igual de inconsciente: todo se pega menos la hermosura. Rober le echó una mirada que Luis no le había visto nunca y éste se apresuró a corregirse -¡Trabajar juntos, quiero decir!

-No lo estropees -susurró Rober-. Oírte decirlo así me ha puesto...

-¡No lo digas! -le cortó Luis con la mano-. Por dios que no quiero oírlo.

A Rober se le notó la contrariedad. Se revolvió en la silla de la terraza en la que estaban sentados y se llevó su taza ya vacía a la boca. La soltó al darse cuenta, echó su cuerpo hacia adelante para agarrarle una mano e incrustó en él una mirada inusitadamente seria.

-Luis... te tengo que... -tragó saliva mientras Luis iba echando el cuerpo lentamente hacia atrás-. Me gustas, siempre me has gustado. Y a mí... yo...te...

-Ay, madre -susurró el otro, poniendo los ojos en blanco, y sólo fue capaz de responder-: no...

-Sí -clavó Rober-. Tío, estoy enamorado de ti. Estoy hasta las trancas desde el primer día.

Luis tragó saliva y comenzó a respirar más rápido. Sólo consiguió que le temblara la barbilla cuando intentó decir algo, pero Rober se le adelantó.

-Te quiero, nene... Por favor, déjame quererte -le susurró.

Le pasaron por la mente mil imágenes, a toda velocidad, mientras miraba aquellos ojos de un verde intenso. Aunque todo era intenso en Rober, todas las imágenes que vio eran agradables, divertidas, incluso románticas.

-Vale -musitó, de repente y se le escapó una ronrisita.

-Dios -respondió Rober, y se le echó encima delante de todo el mundo, medio arrodillado para poder abrazarle y comerle a besos. Luis echó un vistazo alrededor, sintiendo su rubor de pelirrojo; sin embargo a nadie le llamaba excesivamente la atención: estaban en plena plaza de Chueca.

-Escucha... -empezó, separándole.

-Escucho -le impresionó la expresión de impotencia de Rober, siempre tan seguro de sí mismo, aunque el hombre terminara azuzándole-: ¿Que escuche qué?

-Vas a sentar la cabeza de una vez, que ya eres mayorcito y yo ya no estoy pa tonterías, ¿eh?

Rober, aún con una rodilla clavada en el suelo, dejó que su sonrisa creciera despacito hasta parecer la del gato de Cheshire.

-Yo siento lo que tú quieras, nene. Siento la cabeza, me la ato al sofá si es preciso. Y me siento en tu cara cuando me lo pidas, que siempre me has vuelto loco con esa lengua.

A Luis se le escapó una carcajada y luego le agarró la cara con ambas manos y le metió la lengua hasta la tráquea. Le ayudó a levantarse, dejó un billete en la mesa y tiró de él.

-Mi casa está más cerca.

Rober soltó un quejido.

-Por fin. Joder, qué ganas tenía.

-Ya. Y yo, no te jode.

-No, cabrón, no me jodes desde hace meses.

-Pero... -le paró en cuanto estuvieron en la esquina de su calle, cuando ya nadie podía oírles-.

Que sepas que para ejercer de pasivo voy a tener que hacer mucho yoga.

-El día que lo hagamos... -Rober vizqueó un poco al acercarse a él para seguir hablando mientras le comía la cara y el cuello-, que lo haremos, voy a tener tanto cuidado y te voy a preparar tan bien ese culito precioso tuyo que ni te darás cuenta.

-No jodas. ¿Y para qué, si no me doy cuenta?

Rober rugió y ahora fue él quien tironeó de Luis.

Ibón ya estaba vestido cuando Pablo salió de la ducha. Unas chancas, pantalones pirata y una camiseta gigantesca. La ropa de Ibón siempre le parecía del tamaño de una sábana cuando la veía tendida en el patio. De hecho, era demasiado grande incluso para el hombretón.

Ibón, con sus casi dos metros y unos ciento veinte kilos, parecía más grande cuando se ponía aquellas camisetas y camisas. Su enorme pecho provocaba que la ropa pareciera el mantel de una mesa camilla, pero para meter los brazos en cualquier manga necesitaba las tallas más grandes que encontrara.

No es que aquello le gustara a Pablo en exceso. No le disgustaba, aunque le hacía sentirse pequeño en más aspectos de los que quería admitirse a sí mismo, y éso sí que no le gustaba. Tampoco es que nunca se hubiera considerado superior a nadie, pero a veces se sentía un muñeco colgado del brazo de su marido, un llavero sin más importancia que la de portar las llaves de casa.

El hombre estaba sentado en el sofá, en la misma postura en que se había estado masturbando hacía un rato, ahora jugueteando con su móvil. En un extraño arrebato, Pablo se arrodilló junto a la mesita donde Ibón apoyaba sus pies de la talla 51, dejando caer la toalla que llevaba a la cintura, le quitó una chancla y se metió el dedo gordo en la boca. Ibón encogió todos los dedos y le miró de mal talante.

-¿En serio? ¿Ahora? -se enderezó en el sofá, liberando su pie de las manos y boca de su marido-. Tenemos el Cabify en la puerta en diez minutos.

Pablo seguía mirando el pie. Se mordió un labio y luego dio un par de pasos con sus rodillas hasta poder separar las piernas de Ibón y meterse entre ellas.

-No podemos irnos así -Ibón le miró un segundo y volvió a su móvil-. Por favor, Ibón...

-No nos vamos de ninguna forma. Vístete, que te he dicho que el coche está a punto.

-En serio, amor. Lo siento.

Ibón cerró los ojos y suspiró. Tiró el móvil en el sofá, se frotó los párpados con fuerza y miró a Pablo, desenfocado.

-Lo sé. Ya lo sé, de verdad -ablandó ligeramente el rictus-. Déjame estar cabreado un rato, ¿vale? Y vístete, coño, que llegamos tarde.

A pesar de que entendía de sobra la situación, a Pablo de repente le avergonzó su desnudez. Cogió la enorme toalla y en vez de anudarla a la cintura como había salido del baño, se la echó sobre los hombros para tapar todo lo que podía. Al pasar por detrás del sofá de camino al dormitorio, abrazó a Ibón por detrás y le besó la calva.

-Te quiero.

Recibió un “uhm” por toda respuesta.

2.015 no estaba siendo, desde luego, un buen año, ni para el restaurante ni para él mismo.

Pablo se deslomaba todos los días desde la hora del desayuno hasta que cerraba a la una o las dos de la madrugada. Intentaba atraer clientela nueva, recuperar a la que había estado perdiendo en los últimos años. Y sobre todo, quería entender por qué había perdido a todos aquellos clientes que habían sido siempre más o menos fieles.

Ya en su momento su ex le había dicho que era demasiado orgulloso, ególatra, frío. Que no podía “tratar” a los clientes como lo hacía.

¿Cómo lo hacía? Para él su forma de ser era la normal. Era la que había aprendido de su familia. Sí, claro; sabía que aquella familia, se hablara de la generación que se hablara, no estaba formada por gente cariñosa en exceso, ni medianamente simpática. Sabía que todos eran unos workahólicos, que daban más importancia al negocio familiar que a la familia en sí, aunque éso nunca le había representado un problema real. De niño no se había sentido poco querido, no había echado de menos algo más de cariño porque él mismo era así: le costaba darse, le resultaba difícil mostrar sus sentimientos a nadie, ni los buenos, ni los malos.

Cuando heredó el restaurante -que su padre, a su vez, había heredado de su madre-, el mismo año en que acabó sus estudios de cocina, lo cambió de arriba a abajo. Bien era cierto que funcionaba como debía, pero él quería más. Y durante una década lo consiguió. Se hizo un nombre como dueño y como cocinero. El “*Guti*”, incluso, se puso de moda entre cierta clientela, gente de dinero, algunos famosos que le venían de perlas para atraer a otro público.

Estuvo nominado para varios premios, le entrevistaron en varios medios y, muy a pesar suyo, incluso empezaron a reconocerle por la calle. La gente le pedía autógrafos. Él se sentía estúpido; los firmaba, se hacía fotos; de vez en cuándo hasta sonreía a cámara, si le pillaban en un buen día.

El restaurante funcionaba prácticamente sólo.

Sin embargo algo empezó a fallar cuando se divorció. Su ex atraía gente, bien lo sabía: tenía muchos amigos, era medianamente conocido, como él, y era simpático, inteligente, abierto. Un relaciones públicas cojonudo.

Durante un tiempo simplemente le dejó ejercer como tal, aunque cuando de Relaciones Públicas pasó a ser un inesperado consejero, a Pablo le molestó. Le jodía que le dijeran las cosas, por muy claras que él mismo las tuviera. Y aquel fue el primer escollo en la pareja, una barrera que fue casi insuperable para él, y que terminó por ser el vaso que se colmaría con la última gota: su frialdad.

Su ex era todo lo contrario a él: cariñoso y tierno, entregado y preocupado siempre por los demás. A él le alienaba el simple hecho de tener que reconocer una obviedad en un gesto; su ex sabía lo que le pasaba con que sólo moviera un párpado. Y además, él nunca había sido muy sexual, con lo que su falta de pasión tampoco ayudaba mucho.

Poco a poco se fueron convirtiendo en compañeros de piso. Y lo peor: empezaron a discutir cada vez más. No hizo falta mucho para que su ex hiciera las maletas. Cuando Pablo lo pensaba un poco en serio, aún se extrañaba de que alguien le hubiera aguantado siete años.

No se hundió. No sufrió en exceso. Sólo se sintió sólo, más sólo que nunca. Ya había pasado casi un año cuando Juanan, su segundo en la cocina, le sorprendió una noche, mientras cerraban el restaurante.

-Se te nota un huevo. Ya sé que no te gusta hablar de estas cosas, pero creo que te ha sentado todo mucho peor de lo que quieres dar a entender.

Pablo le había mirado con su cara de sota de bastos, sin entender a qué se refería. Le frunció el ceño, una de sus muecas más habituales.

-¿De qué coño hablas?

-El divorcio. Se te ve en la cara, chaval. Nunca has sido la alegría de la huerta, pero ahora...

-Gilipollecés.

-Vale -Juanan había hecho un ligero gesto con un hombro y aunque había dejado el tema por el momento, no lo había abandonado para siempre.

Juanan era amigo suyo desde que habían estudiado juntos en la Escuela de Hostelería. Incluso le había seguido a Barcelona cuando Pablo quiso estudiar en la Hofmann simplemente por hacerse un currículo “interesante”. Claro que Pablo no tenía ni idea de que Juanan se había enamorado de él en el minuto dos: el muchacho estaba completamente armarizado. Ni siquiera fue capaz de dar rienda suelta a su sexualidad en Barcelona, aunque allí sólo conociera a Pablo: simplemente no tuvo huevos. Y cuando pudo hacerlo porque ya había colocado todas las piezas en sus sitios, Pablo ya se había casado.

El hombre se sintió como un gilipollas durante un tiempo. Siguió queriéndole y fue apartando sus sentimientos más profundos hasta poder convertirle en su mejor amigo. Afortunadamente para él, había terminado conociendo a otro hombre con el que le fue mucho mejor de lo que le habría ido con Pablo.

De modo que Juanan le insistió durante unos días. Le dijo, incluso, que lo mejor que podía hacer era ir a un psicólogo que le ayudara a cambiar de vida, sus pareceres y sus formas.

Por supuesto que a Pablo no le hizo ninguna gracia, como no le había gustado en absoluto que se lo dijera su ex. Se enfadó con el mundo. Empezó a enclaustrarse, a comportarse de una manera aún más distante con todos. Dejó de ser un personaje público: no concedía entrevistas, rechazaba los premios que le concedían, no salía con nadie.

No quería verlo, pero era él mismo quien estaba provocando que su restaurante dejara de ser lo que había sido.

-Pablo, si no haces algo en breve todo esto va a cambiar mucho -Juanan le pilló una noche de domingo por descuido, como siempre-. Si no cambias tu forma de ser y de tratar a la gente me veré obligado a irme. Sabes que he tenido varias ofertas en estos últimos...

-No me jodas, Juanan.

Su segundo trago saliva y dejó de mirarle, sintiéndose, encima, culpable.

-No podemos seguir así. Te estás cargando el negocio, y yo ya no sé qué más hacer. Lo siento, Pablo -Juanan hacía lo posible por controlar la emoción-, pero si no haces algo, no tendré más remedio que irme.

A la mañana siguiente, después de toda una noche dando vueltas en la cama, Pablo se levantó con algo extraño en el estómago. No lo reconoció, claro está, aunque era bastante parecido a lo que había sentido la primera mañana en que despertó en una cama vacía después de siete años de matrimonio.

Se asustó. Se asustó mucho. Se asustó tanto que lo único que se le ocurrió fue salir a la calle a andar. Los lunes el restaurante cerraba por descanso, de modo que se fue para allá: le relajaba estar sólo en su enorme cocina. Pocos metros antes de llegar se encontró con Ibón, que estaba abriendo su gimnasio.

-Buenos días, hombre -había saludado el hombretón-. ¿Qué? ¿De paseo?

-Un poco de todo. Vengo a ver si cocino algo sabroso y que siente bien.

-¿Pero no cerráis hoy?

Ibón subió la pesada reja metálica de entrada como si fuera de papel. A Pablo aquel hombre le parecía algo así como el Yeti, entre simplemente enorme y ligeramente abominable. En realidad nunca había mantenido con él más conversación que la de dos vecinos no muy preocupados el uno por el otro.

De vez en cuando Ibón iba a cenar al restaurante con algún ligue, siempre carnes de gimnasio -de su propio gimnasio-, siempre apetecibles, siempre diferentes. Algunas veces el hombre le recomendaba que empezara a hacer algo de ejercicio: medio en serio medio en broma le hacía ver que estaba engordando y se estaba dejando mucho.

-Sí. Sí que cerramos los lunes, pero me gusta cocinar aquí y... -le pareció que todo era tan inane como lo era desde hacía años; toda su vida era estúpida de repente-. Oye, ¿abres ahora?

-Sí, claro. Todos los días a las siete, menos los domingos, que...

-¿Puedo entrar y me enseñas de qué va? -se le escapó una medio sonrisa mucho más triste de lo que puede ser media sonrisa-. No sé, creo que me has convencido.

-¡Pues claro, hombre! -el morlaco le sonrió desde allá arriba y le dio un golpecito en el hombro para que entrara tras abrir la puerta.

Recorrieron las diferentes salas mientras Ibón iba desgranando las beldades del ejercicio, la vida sana y todas aquellas máquinas. Terminaron la ronda en el sótano.

-Aquí están los vestuarios y las duchas. Son guays. Renové todo el año pasado y ahora tengo de éstas duchas súper chulas que te enchufan todo el cuerpo -le seguía mostrando todo, con cara de niño con zapatos nuevos, claramente orgulloso-. ¡Y tengo una sauna preciosa! No veas lo bien que se sale de ella... Y mira qué taquillas. La madera aún huele, da gusto abrirlas.

Cuando abrió la suya para mostrársela por dentro, Pablo no pudo evitar ver un par de fotos pegadas en el interior de la puertecilla. Ibón en bañador en una playa, con otro hombre que parecía un cachorrillo a su lado. Ibón y ese mismo hombre vestidos con sendos trajes idénticos, sujetando a la vez un ramo de novia. Creyó reconocer al otro hombre, aunque no estaba seguro de si era un vecino, un cliente o quién.

-Oh, perdona. Siempre me olvido de que están ahí y me lo encuentro todas las mañanas. Y todas las noches. Y varias veces al día -el tono de Ibón había cambiado tanto que pareció otra persona. Ahora era él quien mostraba una media sonrisa descolocada.

-¡Oh! -exclamó Pablo, avergonzado por su propia curiosidad-. Oh, por dios, ¡mil perdones!

-No pasa nada, no te preocupes. Culpa mía, que soy así de gilipollas. Mira -extendió una mano-. Ni siquiera he podido quitarme la alianza todavía.

-Ah, ¿que...? -lo primero que pensó fue que el otro había muerto, así que no quiso añadir nada más.

-Sip. Hace dos meses. Culpa mía, no le cuidé como merecía. Ni siquiera hemos firmado los papeles todavía, y creo que...

De pronto Ibón arrancó las dos fotos, con una ligera rabia. O quizás algo de vergüenza. Cerró los ojos y expulsó aire con fuerza.

-Perdona. Debería controlarme un poco más.

-No, no -una corriente de empatía recorrió a Pablo, un calor que le acercaba más que nunca a nadie-. No, hombre, todos pasamos por estas cosas, y te entiendo perfectamente.

-Ah, ¿sí? -Ibón había torcido los labios como si tuviera claro que nadie podía estar pasándolo tan mal cómo él mismo en ese mismo momento.

-Lo que pasa es que lo mío fue ya hace tres años, pero... -no supo si seguir por donde le estaba saliendo, sólo sintió que ese calor extraño le estaba gustando-. Bueno, el caso es que también fue culpa mía: tampoco le cuidé como se merecía.

-Qué difícil es, ¿verdad?

Pablo estuvo a punto de decir que en realidad su ex no le había querido lo suficiente, que si se hubiera esforzado un poco más habría aguantado lo que le hubieran echado, y seguirían juntos. Pero ese calorillo...

-Sí. Requiere mucho más de lo que creemos. Creo que para el próximo estaré más preparado, seré más consciente de todo.

-Yo pienso lo mismo.

Ambos se quedaron callados unos segundos, masticando sus propios pensamientos. Ibón también

había estado a punto de soltar una inconveniencia, algo como “para el próximo ya no seré tan puta”, pero también se lo calló; al fin y al cabo, no lo había sido siempre.

-Bueno -soltó de repente-. ¿Qué te parece? ¿Te animas?

Pablo salió del sitio oscuro e incomprensible en que le había metido su último pensamiento sobre su ex para volver al sitio cálido y agradable en que le estaba metiendo Ibón.

-Pues sí. Creo que sí. Supongo que es algo que me debo a mí mismo, ¿no? Cuidarme.

-¡Claro que sí, hombre! -Ibón volvió a sonreír y le echó un brazo sobre los hombros-. Yo mismo seré tu entrenador personal. En dos meses lo vas a notar, ya verás.

Mientras salían del vestuario, Ibón hizo una bola con las fotos y las tiró en una papelera.

A los pocos días Ibón le había ofrecido entrar un cuarto de hora antes en el gimnasio para poder dedicarle en persona la primera hora completa, antes de que llegara a las ocho de la mañana su primer cliente particular. A pesar de que a las siete de la mañana ya empezaban a llegar algunos clientes, había días en que disfrutaban del gimnasio para ellos solos.

También le ayudó a cambiar de dieta, aunque para ser cocinero la verdad es que Pablo tampoco se pasaba mucho con la comida. Le hizo varias tablas de ejercicios específicos para él; estaba pendiente toda la hora.

Fueron compartiendo cada vez más. Pablo no sabía por qué le resultaba tan fácil hablar con aquel hombre que, a priori, tenía tan poco en común con él. Quizás era precisamente por eso.

Cuando Pablo se duchaba para irse al restaurante Ibón no solía acompañarle: usaba ese momento para hacer ejercicio, y luego tenía seis o siete clases particulares a lo largo del día, de modo que dejaba la ducha para el final. Bajaba de vez en cuándo, sólo porque algunas mañanas le gustaba darse una de esas relajantes duchas de chorro.

Pablo nunca se había avergonzado de su cuerpo, incluso ahora, estando un poco fofo como estaba. Sin embargo compartir la desnudez de Ibón era complicado: era demasiado y a veces le hacía sentirse mal. Aunque las duchas normales estaban separadas por tabiques de plástico blanco, las columnas de ducha tenían sólo cristales, de modo que cuando Ibón se duchaba y después, mientras se secaban y vestían, Pablo intentaba no mirarle mucho. Mas hubo un día en que no pudo evitarlo: estaba ya prácticamente vestido cuando Ibón salió de la ducha, con la toalla en la cintura.

-Bueno, hoy ha cundido, ¿eh? -el profesor estaba contento.

-Sí. Tampoco es que nunca me vaya a poner como tú, pero empiezo a notarlo en la ropa... ¡y al subir las escaleras! -exclamó, con un deje de orgullo.

-Claro que sí, ya te lo dije -Ibón se quitó la toalla de la cintura para secarse la calva y la cara. Entonces Pablo vio algo en lo que nunca había reparado: un tatuaje en la ingle derecha del hombretón. Se agachó un poco por simple curiosidad y justo cuando pudo comprobar que eran letras -sin gafas tampoco pudo aclarar nada más- Ibón soltó una risilla.

-No es tan grande, ¿eh? Para mi estatura la tengo más bien normalita.

Pablo se estiró como si le hubieran dado una patada en el trasero y miró a Ibón con los ojos muy abiertos.

-¿Qué?

-Que tampoco la tengo para que la estudies -el hombre sonreía, divertido.

-¡Dios, no! ¡No te miraba la...! -Pablo se separó de él, mortificado-. ¡Estaba mirando el...! Ay dios, qué vergüenza.

-¡Ah! -exclamó el hombretón y soltó una carcajada-. ¡El tattoo! Ya me extrañaba a mí que tú...

Se dio la vuelta aún risueño para dirigirse a su taquilla sin darse cuenta de cómo le miraba Pablo, que correteó tras él para agarrarle de un brazo, sin entender muy bien por qué lo hacía.

-Oye, oye, ¿qué es éso de que te extrañaba? ¿Que yo, qué? -inquirió, sorprendiéndose a sí mismo. Ibón también se extrañó y perdió ligeramente la mueca, sujetando la toalla ahora para tapar la raíz del problema.

-Eh... Perdona, no quería molestarte. Para nada, ¿eh? -Pablo siguió callado, y el otro hizo un ligero gesto de arrepentimiento-. Es sólo que tú siempre me has parecido demasiado bien educado para esos juegos, no sé. Todo un caballero.

-Ah -soltó Pablo, y resultó evidente que no sabía qué responder cuando soltó su siguiente-: Ah.

-Perdona, hombre. Me pierde la lengua en muchas ocasiones. No sé, me pienso que todos son como yo, y qué va, soy un bocazas. Y me comporto como si todo el mundo tuviera que hacerse a que soy como soy y...

Ibón siguió durante unos segundos con sus disquisiciones, hasta que se dio cuenta de que Pablo volvía a mirarle *ahí*. Se miró también: se veían un par de letras del tatuaje. Moviò algo la toalla para mostrarlo completo sin mostrar nada más.

-Ya he consultado para quitármelo, pero me han dicho que en la ingle es muy jodido, que duele bastante más que hacérselo, así que no termino de animarme -Pablo estiró una mano y pasó la yema del dedo gordo sobre el nombre. Ibón sólo miró, como si estuviera más que acostumbrado a que todo el mundo hiciera lo mismo-. Es él. Es su nombre. Claro que me lo quiero quitar. Ni siquiera sé por qué me lo hice, yo no soy de...

Se cortó cuando la mano de Pablo agarró la toalla y tironeó de ella.

-¿Qué haces? -aunque no se miraron a la cara, se dio cuenta de que el hombre respiraba deprisa a través de la boca abierta. Él también la abrió y dejó caer la toalla. Se sintió desnudo como si nunca se hubiera desnudado delante de nadie, como si nadie le hubiera acariciado así jamás.

Pablo dio un paso más hacia él y, aún sin mirarle a la cara, subió una mano por la cadera del hombre, acariciándole con el dorso hasta llegar a su pecho, donde la abrió para pasarla por los pectorales, notando en la palma la humedad aún fresca de la ducha, la dureza de un pezón. Ibón soltó un quejido e intentó separar un poco su cuerpo, pero la mano le siguió.

-¿Qué haces? -volvió a preguntar, y el susurro sonó entrecortado de pura e inesperada excitación. Por fin Pablo le miró a los ojos. Bajó la mano por todo el torso, hasta encontrarse con el pene de Ibón, que aún no estaba completamente duro, aunque ya llevaba buen camino.

-Disfrutarte.

Ibón soltó otro quejido, cerró los ojos y se mordió los labios. Sus respiraciones se acompasaron con las de un Pablo más que nervioso. Abrió los ojos y pareció que perdía el equilibrio por un momento.

-Vamos al menos a la sauna. No se abre hasta las nueve.

La sauna estaba fría. La madera le resultó agradable a Pablo. Nunca entraba en ella por no llegar tarde al restaurante, y ahora se arrepintió de no hacerlo todas las mañanas.

Ibón estaba muy excitado cuando le besó. Tuvo que agacharse mucho, pero estaba más que acostumbrado, y Pablo era un poco más alto de lo normal. El cocinero se sorprendió a sí mismo comportándose como casi nunca lo había hecho: haciéndolo él todo. Le mordió, le lamió, se sentó en un banco frente a Ibón y volvió a observar el tatuaje, a pesar de que aquel pene le llamaba a gritos.

Pensó en las fotos aquellas antes de metérselo todo en la boca, y a pesar de que estaba seguro de que conocía de algo al ex de Ibón, en ese momento se convirtió sólo en una cara que no aportaba más datos. En definitiva, que no importaba.

Desde aquella mañana Pablo se hizo fijo de la sauna. Ibón la encendía sólo para ellos, y ahora se duchaba con él todos los días sobre las ocho menos cuarto, y acababan sudando a mares en

aquella habitacioncita de madera. Hacían el amor, hacían sexo, hacían guarradas. A Ibón le ponía muy cachondo saber que cualquier otro cliente les podía pillar en lo mejor, que podían verles a través de la ventanita de cristal de la puerta. A Pablo, simplemente, le importaba un bledo.

Pablo notaba cómo Ibón iba cambiando poco a poco, cómo aquella montaña de músculos se iba transformando en una montaña de ternura. Se sentía como no se había sentido en su puta vida, por mucho que fuera exactamente lo mismo que le había pasado con su ex en un principio. Era como si le hubieran recetado algo para una enfermedad crónica y se tomara las pastillas religiosamente.

Llegaba al restaurante con una sonrisa, relajado, encantado de la vida. Saludaba a todos, les preguntaba por sus niños, sus vacaciones, sus gatos. Algunos se preguntaron a sí mismos cómo era posible que aquella cebolla de ladrillo supiera tanto sobre ellos. Y muy a pesar suyo también comenzaron a disfrutarle. No es que la cocina fuera una fiesta: no dejaba de ser el corazón de un negocio, que ahora, después de una temporada nefasta tan larga, comenzaba a palpar de nuevo. Pablo inventaba platos nuevos, salía al salón del local en las horas punta para charlar con un cliente aquí y otro allá, para servir él mismo a los que consideraba más importantes, a sus propios amigos o a aquellos fijos que volvían a venir con sus familias o con sus amigos o sus propios clientes. El *Guti* renacía.

Aunque era perfectamente consciente de que se lo debía todo a Ibón, fue incapaz de colocar los flyers del gimnasio en la barra de su bar: no consideraba que ese tipo de cosas fueran elegantes. Aunque sí que lo comentaba con quien le preguntaba por su cuerpo nuevo. En poco tiempo todo el barrio y toda la clientela supieron que el cocinero y el cachas estaban liados.

Se casaron dos años después. Fue una fiesta inesperada, porque decidieron que el restaurante no era el mejor sitio para celebrarla. Pero fue una fiesta, desde luego.

Pasaron la noche de bodas follando en la terraza de una habitación en un hotelazo de lujo. Fue la primera vez que a Pablo se le ocurrió comerle los pies a Ibón, y el hombre se volvió loco. Se retorció, sin saber si era de placer o de cosquillas, o de amor, o qué.

Pasaron otro año más follando como los locos. Cuando se paraba a pensarlo, Pablo no se reconocía a sí mismo: nunca había sido tan sexual, lo sabía, pero su segundo marido era un mar de feromonas, o algo similar, que le hacía perder el control en los momentos más insospechados. Y estaba perennemente cachondo. *Por él.*

O al menos, éso creía.

Tres veranos después una conocida revista LGBT quiso entrevistarles. Se estaban convirtiendo - aún sin quererlo- en un referente gay. Aunque eran dos “personajes famosos”, no eran lo de siempre. El gimnasio original de Ibón también florecía, y su segundo local, abierto en pleno ambiente gay esa misma primavera, comenzaba a tirar bien. La revista les pidió, incluso, un posado playero, para el que Ibón estaba más que dispuesto.

Pablo no. Tampoco le parecía que aquello fuera a dar una buena imagen a su negocio. Hasta Juanan intentó convencerle de que atraería a toda una clientela nueva. Ya llevaban una temporada pensando en abrir un segundo *Guti*, y Juanan pensó que aquello llegaba en el momento perfecto para abrirlo en Chueca. Incluso le dijo que aquella sesión de fotos le vendría genial para darse cuenta de cómo había cambiado su cuerpo. Se había convertido en un madurito más que sexy, con un cuerpo casi perfecto para los cánones.

Sin consultarlo con su marido, Pablo le dijo a la revista que quería que la sesión de fotos transcurriera en el restaurante y el gimnasio, y que no quería, en absoluto, hablar sobre sus vidas privadas o su sexualidad. A la revista le resultó algo aburrido para sacarlo en el número de julio, de modo que reclinaron su amable propuesta.

Nunca había visto a Ibón tan cabreado. Nunca le había visto enfadarse, de hecho. Ibón había resplandecido cuando la revista contactó con ellos: le resultaba evidente que lo hacían por el gimnasio nuevo, y le habría venido de perlas la publicidad. Y por mucho que Pablo le explicó, no llegó a entender las razones de su marido. Finalmente, habló con la revista y les pidió que reconsideraran todo, les dijo que aunque su marido no estaba por la labor, él sí.

Le llevaron a Formentera, donde le hicieron una sesión de fotos que tardaría en olvidarse. Posó desnudo -*artísticamente* desnudo-, tanto en las calas de la isla como en el gimnasio. Cuando le preguntaron por la pequeña cicatriz de la ingle sólo dijo que cuando uno es joven las tonterías que hace son más visibles que las que se hacen con cierta edad.

Cuando Pablo vio las fotos algo se le fundió en la cabeza. Por supuesto, se le mentaba en la entrevista -sólo de pasada- con un tono que dejaba claro que la revista estaba molesta con él. E Ibón también.

“Mi marido tiene sus ideas sobre la prensa y la vida de los personajes públicos. Nunca le ha gustado, y nunca le gustará. Y yo no le voy a cambiar a estas alturas: ¡es uno de mis mejores clientes!”.

En la foto que coronaba aquella frase Ibón levantaba unos cientoveinte kilos -el máximo que la máquina permitía-, de modo que toda su musculatura se marcara, con una toalla estratégicamente decente entre sus muslos. Aunque la postura sólo dejaba entrever la marca que el láser le había dejado en la ingle, ahí estaba, presidiendo aquel cuerpo enorme sin un sólo milímetro de vello.

Estuvieron dos meses casi sin hablarse, durmiendo en habitaciones diferentes, sin tocarse ni al cruzarse por el pasillo de la casa.

Una noche particularmente jodida para Pablo en el restaurante, Ibón estaba medio tumbado en el sofá cuando el cocinero entró en casa. Desnudo, como casi siempre. Ni siquiera le dijo “hola”. Pasó por detrás del sofá hacia su dormitorio e Ibón le siguió. Pablo se había sentado en su cama y se había dejado caer en ella con los brazos abiertos, tremendamente cansado. Ibón se quedó de pie frente a él y Pablo levantó la cabeza para mirarle cuando habló. Le impactó su desnudez como hacía tiempo que no lo hacía.

-¿Sabes cuánta gente nueva se ha apuntado en el gim para la temporada nueva? Tú sigue pensando lo que quieras, pero lo que hice me era más que necesario. Y si no lo entiendes, que te follen con un bate de béisbol. O sigue matándote a pajas, que para el caso...

Y dicho ésto, se fue a su habitación. Pablo se quedó en la misma postura, ahora con cara de pocos amigos y preguntándose por qué aquel cuerpo le provocaba en ese preciso momento todo lo que le estaba provocando. Se colocó la erección y se incorporó en la cama, suspirando. Justo frente a él, en una cómoda, una foto de su boda, con las sonrisas de ambos brillando como un puto faro. Dejó caer la cabeza y volvió a suspirar, mordiéndose los labios, quitándose los zapatos con la punta de los pies, dejándolos caer en la alfombra donde Ibón solía dejar esos barcos de chanclas que usaba. Se preguntó si Ibón también se mataría a pajas o estaría arreglando sus necesidades de otra forma, pero prefirió borrar la pregunta de su mente, y la posible respuesta.

Cuando abrió la puerta del dormitorio de Ibón unos minutos después, éste estaba en la cama, cuan largo era, con su laptop entre las piernas abiertas, un ratón en la mano derecha y su polla erecta en la izquierda. A Pablo se le escapó un quejido.

-¿Tampoco voy a poder pajearme tranquilo, o qué?

Pablo se dejó caer de rodillas junto a la cama, le apartó la mano y le agarró el pene. Ibón también se quejó y cerró los ojos.

-Déjame en paz -Pablo no le soltó cuando le dio un manotazo.

-Perdóname, por favor -comenzó a masturbarle, despacito. Ibón gimió y miró a aquella cara de

perrito abandonado-. Te quiero, mi amor. Te quiero, perdóname.

Ibón cerró los ojos y se dejó hacer.

La piel de Ibón siempre le había recordado a la de su ex: los dos la tenían suave y tersa, agradable al tacto, no como la suya, que siempre había sido seca y estaba algo suelta de adelgazar y engordar a lo largo de los años. Cuando le besó la cadera, sus labios casi se acalambraron de puro deseo. Ibón gimió durante unos pocos minutos y cuando dijo “Joder, me corro”, Pablo también se corrió, sin haberse quitado la ropa, sin tocarse, y sin líquido alguno.

Durmieron como hacía tiempo que no dormían, en esa misma cama, abrazados y felices. Pablo sabía que algo le había pasado a su marido: aquel enfado le había sobrepasado de alguna forma que él no llegaba a entender, había hecho que Ibón se comportara de una forma que él mismo se había prohibido tras su anterior separación.

Y de hecho aquellos dos meses sin hablarse hicieron que ya nada volviera a ser lo mismo entre ellos, nunca.

DÍA 1: History repeating

-If we took a holiday, oh yeah oh yeah, took some time to celebrate, come on, let's celebrate...

Roberto canturreaba alegre, haciéndose incluso las segundas voces a sí mismo y marcando el ritmo con sus pasos, mientras Luis le empujaba por una terminal del puerto de Barcelona intentando hacerle mirar a cualquier sitio menos hacia afuera, aunque más tarde o más temprano...

-Just one day out of life, just one day out of life, it would be, it would be so... ¡la ostia puta!

-Ay -susurró Luis, esperando lo peor.

-¿Qué coño es eso? ¡Dime que no es eso! ¡Pero si pensaba que era un hotel raro! -berreó, acercándose al cristal y clavando la nariz en él con las manos apoyadas junto a la cara, como los niños pequeños cuando ven al malvado de la peli llevándose a su cachorrito.

A través de los ventanales se veía ya perfectamente que aquella pared llena de terrazas no era un edificio, sino el propio crucero. Luis exhaló mucho aire.

-Sí, cariño. Sí es eso.

-¿Me estás hablando en serio? -Rober le miró con algo entre la angustia más sincera y el horror más slasher.

-¿Y desde cuándo no te hablo en serio?

-No sé. Me dices demasiadas veces que estoy muy rico.

-Pues claro, porque lo estás.

-Chico, yo qué sé. También te gusta el broccoli -Luis miró al techo, acostumbrado a las tontunas de su chico.

-Anda, vamos.

-Éso se hunde, te lo digo -Rober no se movió ni un centímetro.

-No se hunde, cariño. Está flotando. Debajo hay agua.

-¿Qué dices? Que no. Éso se hunde en cuanto le quiten las sujecciones que tiene debajo.

Observaba el barco entre fascinado y aterrorizado. Luis le dio otro empujoncito sin conseguir moverle mientras intentaba imaginar “las sujecciones” que el cerebro de su chico estaría diseñando.

-Venga -Luis estiró la “e” a modo de amonestación maternal.

-No podemos meternos en eso -le miró ahora directamente, tironeando de su camiseta con una foto de Madonna en plena época de encajes y la leyenda “Horny for you”.

-Sí que podemos. Lo hace mucha gente todos los años.

-Pero yo no soy *muchagente* -él estiró la ene alargando con ella su queja filial-. Y he visto lo que pasa cuando estos cacharros se hunden.

-Amor, el Titanic estaba mal diseñado. Éste no.

-¿Y cómo lo sabes? ¿Eh? ¿Eh? -tenía los ojos tan abiertos que parecía que se le saltarían solos y rodarían por la terminal. Luis se vio a sí mismo corriendo tras ellos para que nadie los pisara y metiéndolos a presión en los agujeros horrorizados que reinarían sobre la cara de su chico. No pudo evitar que se le escapara una sonrisita- ¡Éso! ¡Tú encima ríete, cabrón!

Cruzó los brazos y remarcó su vuelta a la infancia en un único gesto. Luis siguió sonriendo mientras le abrazaba.

-He comprobado que éste lleva ya varios años navegando y sin incidentes. Te garantizo que no va a pasar nada. Y si pasa...

-¡Ves! ¡Y si pasa! ¡Claro que pasará! ¡Vamos a chocar con una lechuga y vamos a morir todos

hundidos en medio del...! -Luis le cortó zarandeándole.

-¡Y... si... pasa! -le sujetó por los hombros para que le mirara a los ojos-, *que no va a pasar* -también lo alargó innecesariamente-, yo seré tu salvavidas. Te puedes agarrar a mí, porque yo floto como un corcho, ¿vale? -y luego se le escapó otra sonrisita-. Y sí: esas lechugas se llaman *iceberg*.

Rober siguió con sus morritos, mirando ahora al suelo de lado. Movié los morritos de lado a lado inflando los mofletes y luego le volvió a mirar sin levantar la cara.

-Es que tú eres de corcho, claro. A ti no te da miedo nada. Yo soy un blandorro. Yo me hundo.

-Sabes nadar mejor que muchos -mintió: su marido nadaba mucho, que no bien-, y no te hundes. Pero sí, eres un blandorro -Rober ensanchó aún más su mueca infantil.

-Oye, que éso lo puedo decir yo, pero tú...

Le volvió a abrazar, intentando relajarle.

-Yo te quiero un huevo, te diga lo que te diga. Lo vamos a pasar de puta madre, nene. Nos vamos a rostizar al sol, vamos a bailar como posesos, vamos a comer bufet como cerdos, vamos a romper las zapas haciendo turismo y vamos a follar todos los días. Y todas las noches.

Le separó de sí y agachó la cabeza, buscando su mirada. A pesar de que las cejas de Rober seguían tapando sus ojos, se le había dibujado una sonrisilla pícara.

-Bueno, vale. Si vamos a follar dos veces al día, me aguanto.

Una mujer que pasaba junto a ellos con una enorme pamela abrió los ojos como antes lo hiciera Rober al oír el *discretísimo* comentario; ni se dieron cuenta. Luis se volvió a colocar a la espalda la mochililla de mano y tironeó de su marido.

-Vamos, que ya sólo falta una mini-cola.

-Tu cola no es tan mini -observó Rober, ya con las manos en la masa. Luis obvió uno más de los mil comentarios semanales que obviaba.

Cuando por fin estaban frente a su pasarela de embarque, Rober miró hacia arriba y volvió a pararse. Luis se temió lo peor.

-¿Por qué se llaman transatlánticos, y no transpacíficos?

-Porque para cruzar todo el Pacífico necesitas un puto ovni.

-Jo, nene, lo pregunto en serio.

-A ver: los primeros barcos que hicieron travesías larguísimas las hicieron desde Europa, y no tuvieron más remedio que atravesar el Atlántico. El Pacífico les pillaba un tanto a trasmano. Claro que entonces no eran cruceros *de los que no se hunden* -Rober alzó una ceja-. También es cierto que ni fueron los primeros, ni puta idea que tenían, pero bueno. Esta cosa tan del primer mundo de "y si somos los mejores, bueno, ¿y qué?"

-Ah. Joder, qué listo eres -Rober rumiaba una respuesta, sin tener ni puta idea de a qué o quién se había referido su marido-. Si es que eres mi media naranja perfecta. Si no fuera por ti, nunca tendría batería en el móvil, de tanto gulear.

-Hagas lo que hagas siempre te quedas sin batería, pero acepto pulpo como animal de compañía.

-Y bueno -añadió Rober-, al fin y al cabo, es el Mediterráneo, ¿no? Supongo que da igual cómo se llamen. Éso sí, yo sólo digo una cosa...

Luis esperó pacientemente, consciente de que el resto de pasajeros de su fila tenía que rodearles para pasar.

-¿Y bien? -le animó-. ¿Qué cosa?

-Calla, coño, que ahora me salen tres.

Luis volvió a sonreír y a tirar del brazo de su marido.

Pablo soltó sobre la cama su bolsa de viaje y suspiró, aliviado. Nunca confiaba en las fotos de los

folletos turísticos. Sin embargo sí que el camarote era lo que prometían: un lujazo desatadísimo. Parecía completamente una habitación de hotel de muchas estrellas; armario empotrado con las puertas de espejo, cuarto de baño de anuncio, el salonazo con unas puertas de cristal gigantesco que se abrían a una preciosa terraza con su mesa, sus sillas y un par de tumbonas de playa. Y la enorme cama en el centro. Siempre les costaba encontrar camas en las que Ibón pudiera dormir cómodo; en aquella podrían hacer hasta patinaje artístico por parejas.

Comprobó de inmediato que la neverita estaba repleta sacando una cerveza para él y un refresco para su marido, que deshacía las maletas que ya les estaban esperando ante el armario cuando entraron.

-Qué delicia -apreció, abriendo el refresco y pasándoselo a su marido, que dejó las maletas y se acercó a la puerta de la terraza para abrirla. En ese momento le habría gustado ver el mar abierto, pero ya tendrían suficiente tiempo para ver agua. Observó todo lo que sobresalía de la ciudad: las torres Mapfre, la Sagrada Familia, los montes al fondo, y le dio pena no haber visitado nunca la ciudad. Incluso pensó en reservar un par de noches de hotel para cuando terminara el crucero; luego se le apareció la complicadísima agenda-tetris de Pablo.

Éste le empujó para sacarle a la terraza y una vez que Ibón se había apoyado en la barandilla le abrazó la cintura. Le encantaba apoyar su cara en aquella espalda inabarcable.

-Te quiero -susurró.

-Yo también a ti.

Ibón se le quitó de encima para darse la vuelta y mirarle a la cara. Sus ojos, hasta ese momento entrecerrados -parecía que cualquier luz llevara molestándole desde que habían salido de casa en Madrid- estaban bien abiertos ahora a pesar del luminoso día.

-Te quiero, de verdad -repitió Pablo en un susurro. Su chico le acercó a sí por la nuca y le besó suavemente en los labios. Pablo vizqueó un poco y los entreabrió, presionando un poco para que se pegaran a los de su marido. Los movió despacio y después le lamió el labio inferior con la punta de la lengua. Aunque algo se le encendió en la parte alta de los muslos haciéndole gemir bajito, nada más pasó donde debía pasar. Se despegó lentamente de su marido, que supo de inmediato lo que le martilleaba la cabeza.

-Mi amor, no pasa nada... -aseguró, acariciándole la cara-, no pasa nada. Este viaje va a ser la ostia.

Pablo negó un poco con la cabeza, no para quitarle la razón, sino para intentar quitarse de encima las emociones que le habían embargado tan de súbito: la rabia, las ganas de llorar, la impotencia -en más de un sentido-. Ibón separó las piernas, como hacía tantas veces aunque Pablo superara el metro ochenta, para colocar su cara a la altura de la de su marido. Le volvió a besar suavito y le abrazó, dejando que Pablo sollozara un par de minutos.

-Te quiero, Pablo. Te quiero -susurró, besándole en el cuello e intentando confortarle. Le costó sus buenos diez minutos. Al final Pablo deshizo el abrazo para apoyarse en la barandilla. Ambos observaron la ciudad durante un rato.

-En una hora ya podemos ir a comer. ¿Te apetece dar una vuelta antes? -preguntó Ibón.

-Claro. Vamos a investigar un poco -respondió Pablo, sacudiendo otra vez la cabeza.

A pesar de que Ibón no quería sacar el tema, no tuvo más remedio: había hábitos a los que Pablo no se acostumbraba. O a los que no quería acostumbrarse, y él se los tenía que controlar a diario:

-Coge las pastis por si no volvemos a la hora, ¿vale? -Pablo se mordió el labio y se dio unos cuantos segundos mientras Ibón se metía en la ducha. Fue tras él y se apoyó en la pared junto a la puerta de cristal contra la que el enorme cuerpo de Ibón se peleaba para enjabonarse por segunda vez en el día.

-Podría no tomarlas durante el crucero. O al menos no tomar todas. Así podríamos hacerlo alguna...

-De ninguna manera -le cortó Ibón, tajante, sin mirarle-. No voy a permitir que no sigas el tratamiento sólo por echar un puto polvo, ¿ok?

Pablo tragó saliva y miró al suelo. Tras darse una ducha y cambiarse de ropa, sacó el pastillero de su neceser, lo cargó con las pastillas de una semana y lo metió en su bandolera.

Roberto se apoyó en la barandilla de babor de la gigantesca cubierta de paseo de la piscina principal: aún no se atrevía a apoyarse y mirar por las terrazas que daban a mar abierto. Observó a la gente que paseaba alrededor del agua de una transparencia artificialmente inmaculada. Le sorprendió que incluso antes de la primera comida ya hubiera un par de parejas bañándose; eran parejas sin niños, que sólo eran admitidos en la piscina de toboganes, en la otra punta del barco, o en la familiar del jardín interior del barco. Probablemente eran de la típica gente que se pasa todo un crucero haciéndose a fuego lento en las piscinas. Si bien era cierto que para la mayoría, a aquella altura del año, era la última posibilidad de ponerse un poco morenos.

Luego observó con un poco más de detenimiento.

-Madre de dios, ¿es un crucero gay?

-Que yo sepa, no. Lo compré en la agencia de viajes de siempre y no busqué nada en especial.

-¿Y el agente de viajes también era *el de siempre*? Recuerda que cuando le pedimos un viaje a Berlin nos dijo que la única fecha en que mola es en el Orgullo Gay -Luis frunció el entrecejo, encendiendo su radar y buscando entre el gentío.

-Tampoco hay tantos, cariño.

-Uy, que no. Mira aquella parejita: él es gay -Luis alzó la mirada a los cielos, como siempre.

-Ya estás con tu teoría de que la mitad de los heteros casados le hacen a todo.

-¡Es que es cierto! Cuando estaba soltero ligaba con más heteros que Zsa-Zsa Gabor, te lo juro.

-Si fueras Zsa-Zsa Gabor serías feliz, confiésalo.

-Qué va. Era demasiado masculina. Hasta con esas tetas... -respondió mientras se daba la vuelta para comérselo todo con los ojos hasta que encontró lo que necesitaba.

-Mira aquellos dos. Me vas a decir que no... -y sin solución de continuidad-: Te lo juro que no sé qué tienen los osos gays para ponerme como me ponen. Si ese tío llevara del brazo a la mujercita y a la prole en vez de a su chulazo, no pasaría de ser un simple heterofofo. Pero no, es otro chulazo.

-A ver, lo que tienen los osos gays es que follarían contigo, y los heterofofos no.

-Hijo, de verdad, qué literal. Y qué poco versado en multisexualidad. No sabes tú lo sueltos que están últimamente los heteros; los fofos y los otros -y de nuevo sin dar tiempo a más-: Uy, mira, no me había dado cuenta de...

Luis miró en la misma dirección: las cristaleras del restaurante principal, las del casino, varios pisos de miradores.

-¿Qué?

-¿Me vas a decir que no caíste cuando viste que el barco se llama “Rainbow Princess”? -Rober señaló las enormes letras en Eduardian Script en el frontal que presidía la piscina.

-Cariño, los nombres de los barcos no tienen nada que ver con la sexualidad de sus ocupantes.

-A ver, que me digas éso del “Azor” me lo creo, pero darling... es que... no sé qué está más clarito, si lo de “rainbow” o lo de “princess”... -observó algo que no estaba dentro de sus planes y le puso una mano a su marido en el pecho-. Ay, madre, ¿esas cosas no deberían hacerlas en un astudillo?

-¿Cómo?

-Que qué coño hace ese tío arreglando cosas en pleno crucero -señaló a un señor con una especie de uniforme immaculado pero con las pintas de un cromagnon venido a menos, que trasteaba en un cuadro de luces.

-A ver, si se estropea algo tendrán que arreglarlo.

-No me fío nada.

-Chiqui, tiene pinta de ser algo de cableado de la iluminación, una tontería. No se va a hundir el barco.

-Ya, bueno. Ya... -dudó algo más-. Claro, éso dices tú.

-¿Astudillo? -inquirió su marido tras dejarle reposar la idea por unos segundos.

-¿Qué?

-Que qué coño es un astudillo, aparte de un apellido raro.

-El sitio ese enorme que sale tanto en Youtube donde construyen barcos que se hunden cuando los inauguran.

-Astillero -corrigió automáticamente Luis.

-Ah. Buah, astillero, astudillo... ¿que no le pueden llamar "fábrica de barcos"?

-Anda, vamos a tomar algo, pedazo de mariquitusa -dijo el músico, echando a andar.

-Oig, loquemhadicho -Rober le siguió, encantado de la vida por el amor chorreante de su marido, pero sin haber olvidado del todo al cromagnon. Mientras bajaban la gigantesca escalera que unía el tremendo balcón de la piscina con la enorme terraza del otro lado Rober empezó a observar. Algo más agradable, aunque no tanto como le habría gustado.

-¿Es la hora del pic-nic del Imsero?

-Qué borde eres, mi amor.

-Hombre, es mucho más agradable para los ojos del mundo que la media sea treinta y siete y no ochenta y siete.

-Vale -concedió Luis, alargando las vocales para que su marido no siguiera por ahí.

-¿Sabes? Hubo un momento en que estuve convencido de que moriría a los veintisiete, como todos los grandes.

-¿Qué grandes?

-Janis Joplin, Jim Morrison, Jimi Hendrix, Kurt Cobain, Amy Winehouse, Cecilia...

-¿Seguro que todos esos murieron a los veintisiete?

-Seguro.

-Amy Winehouse ni sabía lo que era un porro cuando tú pensaste éso.

-Vale, pero ahora está muerta. A los veintisiete.

-Reconóceme al menos que Michael Jackson no murió a los veintisiete.

-Bah, minucias. La excepción que confirma la regla.

-Ni Freddie Mercury..., ni Liz Taylor, Marilyn, Elvis, John Lennon...

-Vale, vale. Hijo, qué poco místico eres.

-Vale -de nuevo vocales largas para intentar un *next* temático-. Lo que no entiendo es cómo puedes recordar el nombre de tantos actores y cantantes, de tantas pelis y canciones, pero eres incapaz de recordar palabras de lo más normales y corrientes.

-¿Para qué hablar de cosas normales y corrientes? Toda esa gente a la que cito no lo era. Si hablo de ellos es porque tengo algo que aprender de ellos. De lo que no hablo es, probablemente, porque no me aporta nada. Por éso no hablo casi nunca de políticos.

-La Política debería aportarnos mucho a todos.

-Yo no he dicho "Política", sino "políticos".

-Vale, muy buena distinción. Pero no tiene nada que ver con que seas incapaz de recordar

palabras como "astillero".

-¿Voy a vivir de uno? -Rober alzó una ceja materna-. No, ¿no? Pues eso.

Esta vez sí que se acabaron los temas completamente random de Rober, al llegar y sentarse en una mesa. En dos segundos ya les había atendido una solícita camarera.

-Mierda, me he dejado las de leer -se quejó Luis, revolviendo en su mariconera.

-A ver si te agencias unas bifocales, Belinda.

-Belinda era muda, amor, no cegata.

-Me es indisoluble: ambas situaciones son sinagogas -Luis soltó una de esas carcajadas que hacía tiempo había aprendido a soltar para que su marido no las oyera-. Total, pa lo que hay que ver...

-Pues tú dirás lo que quieras, pero yo ya me habría follado a cinco -le picó en voz baja.

-Y yo a siete u ocho -se picó.

-Sí, ya. Pero es que tus gustos son... demasiado abiertos -Rober le frunció la nariz-. Cariño, somos diez en total.

-Vale, pero te incluyo a ti, que conste -estiró una mano y Luis la agarró, encantado-. El primero, para que me pilles fresco.

-Por cosas como ésta te quiero tanto. Renuncias a tanto por mí... -Luis volvió al mundo real-. Como íbamos diciendo, no estaría mal poder leer el menú. *Éso de lo que usted me habla* lo veo perfectamente sin gafas.

La camarera esperaba, paciente, en postura de Afrodita-A a la espera en su hangar y con una sonrisa tallada en su cara por la compañía de cruceros el día que la contrataron; tampoco es que tuviera mucho más que hacer todavía, y esos dos parecían divertidos.

-¿El menú? ¿Pero quieres comer? Yo es que ando un poco estomagado de los nervios.

Luis encogió los labios, sabiendo ya que la primera comida del crucero sería un sandwich o algo igual de estúpido. Sintió los ojos de la camarera clavándose en alguno de sus órganos internos y se apresuró para no provocar un "¡Pechos fuera!".

-Traenos una CocaCola con mucho hielo y una sin alcohol, por favor. Y perdona, nos ponemos muy tontos cuando estamos de vacaciones.

-¿Alguna preferencia? -preguntó la chica; el hecho de que no le dijera las marcas de las que disponía le hizo intuir que las tripas del barco debían ser una bodega con todas las cervezas del mundo.

-Cualquiera en tercio, cielo, me da igual -la muchacha hizo un mínimo gesto de hada madrina sobre su tablet, sonrió, desapareció, y volvió en apenas un minuto con la bandeja. Rober le mostró su pulsera de "todo incluido". Ella le sonrió, profesional.

-Sólo es necesario para ciertas bebidas, caballero, no se preocupe.

-¿Caballero? Por dios, qué ceremoniosa -la muchacha ensanchó la sonrisa y se fue sin añadir nada más. Rober disparó su malicia a su marido-. Me ha llamado caballero, ¿será porque monto un caballo?

Luis no respondió, por mucho que le halagaran las burradas de su marido. Sólo alzó la mano con su cerveza "sin" para brindar. Rober hizo lo propio y bebieron.

-Uff, sabe mejor que en cualquier otro sitio -apreció Luis.

-Cariño, ese tío me está mirando -fue la absurda respuesta.

-¿Cuál? -Luis inspeccionó la terraza, hasta dar con un hombre solo en una mesa, que *parecía* mirar en su dirección- ¿Y cómo lo sabes, si lleva gafas de sol?

-Un chico de barrio sabe reconocer esas cosas desde peque. Nunca se sabe quién te puede ofrecer una piruleta a la salida del cole -Rober descruzó las piernas moviendo el comodísimo sillón ligeramente para que su despatarre estuviera bien a la vista del extraño, que por supuesto ni se

dio cuenta.

-Por Dios, Rober, córtate un poco.

-¡Qué, jo! ¡Soy expansivo!

-El Universo no se ha expandido tanto desde el Big Bang -Rober se miró el paquete y después le dedicó una mirada ladina a su marido.

-Sabes que se puede expandir mucho más -exageró el “mucho” tanto como pudo.

-Putilla -apreció su marido.

-Sí -respondió el momentáneo satirillo-. Me encanta que los extraños me ofrezcan caramelos a la salida del cole.

-Me ofendería si no fuera porque hace cuarenta años que nadie te ofrece un caramelo.

-Oye, que a mí todavía me entran los asaltacunas. Lo que pasa es que ahora en vez de los de cuarenta me entran los de setenta y cinco -se bebió medio vaso de un trago y luego, mirando al cielo, señaló no muy discretamente con una mano-. Y hablando de caramelos, que alguien me quite ese paquete de la cara, por dios.

-Nene, está en el trampolín -Rober bajó la cara, imitando a quien se recoloca las gafas aunque no las necesitara para nada. De hecho, a veces se ponía unas sin cristales para parecer más interesante.

-Coño, qué susto. Perdón, es que llevo las de lejos.

Luis pensó en la cantidad de comentarios de su marido que podría usar un humorista en un monólogo. Luego le observó un momento, despatarrado en su silla con el vaso en la derecha y la izquierda calentándole los huevos. Sonrió, encantado, al pensar en que todos los comentarios que pudieran hacer no eran más que juegos y bromas: sabía que ninguno de los dos sería capaz de tocar a otro hombre. Luego se dio cuenta de que Rober se había cambiado de camiseta y ahora llevaba la sonriente cara del Holly Johnson más juguetón, y el lema “When you wanna cum”.

-Sabes que éso está mal escrito, ¿no? -Rober se estiró la camiseta y la miró desde arriba.

-"Want to" es demasiado fino para mí.

-No me refería a éso.

-¿Y qué coño puede estar mal escrito?

-"Come". La canción decía "cuando quieras ven", no "cuando quieras córrete" -le explicó con su tono más educativo.

-¿Qué canción?

-Ah, calla, que es un reclamo -Rober obvió el comentario, que en realidad no pretendía ser sarcástico-. Cariño, se supone que es la letra de “Relax”, de los Frankie Goes to Hollywood.

-¿Ésto? -Rober abrió los ojos con sorpresa fingida y volvió a mirar la camiseta estirada-. Uh, qué multicultural que soy.

Luis intentó darle por imposible entregándose a los rayos del sol, pero Rober no le dejó.

-Al final va a ser cierto que los gays tenemos más dinero que los heteros -volvió a la carga-. No es normal, el porcentaje en este barco.

-Tampoco es que fuera tan caro, churri -mintió Luis, intentando pasar por encima del tema de la *gaydad* del crucero.

-¿Ah, no? -su gesto fue cómico, como casi todos-. Pues vaya decepción. Pensaba que te habías gastado un pastonazo en mí.

-Éso ya lo hago todos los meses, amor. Aunque no te des cuenta -Rober hizo otro gesto cómico.

-Anda, tontorro. Y tú que lo disfrutas -le lanzó un beso con la mano calentacojones. Luis la agarró por la muñeca y le besó la palma. Olía al body-milk que Rober se ponía después de afeitarse los huevos.

-Pues claro que sí. ¿De qué, si no, iba a aguantarte todavía? Ya te habría metido en un psiquiátrico para quedarme con todo tu dinero y enrollarme con cualquiera de estos camareros.

-¿Ves? -Rober se incorporó para reafirmar su aseveración-. ¡Si es que son todos gays!

Luego volvió a su observación hasta que su mirada, inesperadamente, se cruzó con la de alguien conocido.

-¡Mira, mira! -exclamó, alzando una mano-. Te he dicho que ésto es una sucursal de Chueca. ¡Es Alberto!

-¿Qué Alberto? -Luis volvió a hacer gala de su miopía, pero temió lo peor.

-El de la serie ésa de polis, que se enrolla con la dueña del bar del barrio y luego le pone los cuernos con la hija del comisario. ¿No te acuerdas?

-Ah, coño..., *Albertito*. Joder, las gafas -estuvo a punto de ponerle morros a la vida, pero quería seguir de buen humor, de modo que se lamentó sólo para cambiar de tema. Por otro lado, tampoco hizo el esfuerzo de sacar las dichas gafas.

-¡Si quedamos con él en Navidad! Te estás quedando cegatón, mi vida. ¿No te acuerdas que curré en cinco capítulos, en los que me detenía y me interrogaba, y al final me obligaba a colaborar con la policía? Creo que es uno de los pocos actores con quien he logrado llevarme bien.

-¿No era rubio?

-¿Y por qué iba una rubia a teñirse de morena?

-¡No hables en femenino de otros tíos! Y lo del pelo, ¿para que nadie le vuelva a hacer el chiste de "Con la R, con la U, con la... ¡las rubias no somos tontas!"?

-Ah, pues sí. Y mira, tú también hablas en femenino cuando quieres -y sin dejarle opinar-. Ay, qué curiosidad me entra ahora: ¿morena de bote, coño... coño pajote?

-Pero qué burrazo eres.

-Joer, que "pajizo" no rima -Luis puso los ojos en blanco y volvió a observar al muchacho, que en ese momento se hacía un selfie con una maruja.

-Joder, qué morbazo así, con la camisa abierta, qué bien hecho está -tampoco es que le viera muy bien, ni que quisiera verle, ni mucho menos decir nada agradable de él, pero intentó sacar información a Rober-. Te habría perdonado que hubieras *colaborado* con él.

-¿Y por qué te crees que en la serie se enrollaba con medio barrio? Eso a Paco Tous no le pasaba en la suya -y soltado el exabrupto sin haberle dado la más mínima importancia al comentario de su marido, se apresuró a dirigirse a Albertito para darle un abrazo y charlotear con él un buen rato.

Luis les observó con cara de póker. Sabía a ciencia cierta -por supuesto que su marido se lo había contado con pelos y señales- que Rober no sólo había trabajado con Alberto, sino que en su momento también *se lo había trabajado*, y no le hacía la más mínima gracia.

Rober y Alberto se acercaron a él, junto con otro hombre igual de guapo o más, al que no conocía.

-Te acuerdas de mi marido, Luis, ¿verdad? -Alberto le sonrió y le extendió una mano que Luis estrechó con ganas, y Rober siguió, sin solución de continuidad-: y éste es el novio de Alberto. Claro que siendo *Albertito* puedes tener a lo más guapo de la profesión. Aunque la verdad es que yo soy el que tiene a lo más guapo de la profesión, Alberto, lo siento. Si te dijera que...

Mientras se daban besos y manos y seguían con su perorata, Luis observó a su marido con la eterna sonrisa que le provocaba y pensó que no se merecía algo tan bueno. Luego recordó que Albertito le gustaba lo mismo que un truño y se le retorció algo en las tripas. Pero conservó la sonrisa.

Cuando salieron del restaurante de la cubierta principal casi un par de horas después Pablo iba más contento de lo usual. Como buen chef que era, siempre salía de los restaurantes criticando la comida, el servicio, el local en sí. Sin embargo, en el Restaurante Rainbow no fallaba nada; incluso le dio un par de ideas a propósito de la disposición de las mesas para cuando abriera un “Guti” más grande que el original.

Ibón, sin embargo, se quejó en cuanto se levantó de la mesa.

-Por dios, me he puesto como un cerdo -a Pablo se le escapó una sonrisita: las medidas de su marido en cuanto a la comida no tenían que ver con las humanas en absoluto- ¡Y estaba todo riquísimo!

-¿Más que lo mío? -preguntó, torciendo un poquitín el morro.

-Nada está más rico que lo tuyo, mi amor. Ni es más sano, éso desde luego. Me acabo de meter unas siete mil calorías pal cuerpo -se pasó las manos por la barriga, como si se la hubieran hinchado con un inflador hidráulico. Por supuesto, no se apreciaba la más mínima diferencia en ese estómago entre ese momento y dos horas antes.

Vagaron por la cubierta de paseo a paso de ancianidad para bajar todas esas calorías que pensaban amontonarse en sus lomos, y fueron a dar con la terraza de la piscina principal.

-Mira esas sombrillas. Me voy a pasar entre esas tumbonas y el agua el ciento diez por ciento del viaje -aseguró Ibón.

-Bueno, algo de turismo haremos, ¿no?

-Por supuesto -Ibón se dio la vuelta para abrazarle y en ese momento reconoció a un cliente y buen amigo de su gimnasio. De hecho en su momento había sido bastante más que esas dos cosas. Su sincera sonrisa fue más allá de la amabilidad: agradeció para sus adentros el conocer a alguien más en el crucero, ya que lo más probable era que Pablo fuera a pasar por más de un momento de insoportabilidad.

-¡Vaya, qué casualidad! -exclamó- Un momento, cariño, que voy a saludar. Ahora venimos y nos tomamos algo.

Pablo le vio alejarse unos metros y saludar efusivamente a un hombre que, aunque no era de su mismo tamaño, evidenciaba a las claras las horas semanales que se debía dejar levantando pesas. Vestía como Ibón: chanclas, pantalones cortos demasiado estrechos para los muslos y camiseta demasiado estrecha para todo el resto. Por mucho que se lo había pedido, su marido había sido incapaz de ponerse algo medianamente serio para ir a comer. Pero afortunadamente el lujo del crucero no imponía *dress-code* más que para algunos espectáculos y el Casino Royale, donde no pensaba que fueran a entrar en ningún momento.

Un minuto después apareció otro hombre que saludó igual de efusivo a Ibón y agarró al otro por la cintura. A Pablo se le clavaron ambos en un ojo: les conocía de sobra. Cuando se dio cuenta de que la conversación les tendría un rato ocupados buscó alguna señalización que le permitiera fumar, porque el único Cigar Lounge que ya tenía controlado estaba diez cubiertas por encima de aquella, en el último piso, para no mezclar mucho a los apestados fumadores con el resto de sanos pasajeros. Vio una señal en la terraza de la piscina y se dispuso a avisar a Ibón -tras los inevitables saludos- de que le esperaba en una mesa.

Entonces advirtió que en la terraza había algo más que no esperaba en absoluto.

-¿Rober? -se musitó a sí mismo. Enfocó un poco la mirada. Soltó un profundo suspiro y miró a la única y muy tímida nubecita que atravesaba el puerto en aquel momento-. ...Rober.

Roberto se metió en la boca el último trozo del perrito caliente que había pedido. Luis le observaba, como siempre que comían cualquier cosa con salsas, entre divertido y envidioso: a Rober le importaba un bledo que el ketchup y la mostaza le chorrearan por los dedos, le

mancharan el bigote, la barba, incluso la ropa. Se chupaba los dedos, se pasaba la lengua por los pelos, disfrutaba como sólo un niño disfruta en una hamburguesería. A él no le gustaba mucho comer nada, lo hacía porque es necesario.

Tras limpiarse con una toallita húmeda con un suave olor a limón, Rober se repantingó de nuevo en su asiento y suspiró, ahíto.

-Qué rico estaba. Fíjate tú qué tontuna, ¡un perrito caliente! Yo creo que tiene algo que ver con algún trauma fálico-infantil -echó la cabeza hacia atrás como si estuviera en una tumbona y algo llamó su atención en el paseo superior-. Virgen santísima. Mira esa enormidad. ¡Y vaya pedazo de calva!

Lo susurró como si el hombre pudiera oírle, señalando no tan discretamente a una espalda que en el ángulo correcto taparía los Pirineos.

-¿Y te fijas en la calva, con ese pedazo de espalda? -aunque le recorrió un molesto escalofrío al ver de lejos al hombretón, Luis no le hizo mucho caso: sin sus gafas el mundo era un maremagnum de azules y blancos.

-Es que esa calva es de diseño. Se la tiene que currar un huevo cada semana.

-Y qué te crees, ¿que ese culo lo traía de fábrica? De todas formas, no es tan grande -apreció Luis, sin pararse a observar mucho porque le daba el sol en plena cara-. Un poco The Rock, éso sí.

-Ni rock, ni pop, ni ostias. Es tremebundo. Así, a la canal, unos doscientos diez kilos.

-Eres malvado, cariño. No está gordo.

-¿Que no? Tres eran, tres, las hijas de Paqui...

-De Elena -le corrigió.

-...tres eran, tres, y las tres eran *dermas* -Rober le alzó una ceja.

-Ah. Tu final feliz de siempre.

-¿Y de qué va vestido, del Cirque du Soleil? -Luis sólo distinguía un manchurrón enorme verde que era un bañador bermuda y otro manchurrón amarillo a modo de camiseta imperio.

-O de brick de leche semidesnatada -apuntó.

-No sé, pero creo que han inventado ese verde sólo para él.

-Ni Tino Casal sería tan colourful. Si es así con un bañador y una camiseta, ¿cómo será vestido de fiesta? - Luis comenzaba a divertirse a pesar del mal rollo que, por otro lado, le provocaban aquella espalda y aquella calva.

-A ese tipo de tíos les gusta llamar la atención.

-Un semáforo-láser no llamaría tanto la atención.

-Y vaya par de gemelazos -prosiguió Rober, desgranando las tremebundeces del tío-. Al lado de esas patorras, se le queda el culo plano.

-Tiene que tener el 100%, ¿no? -Luis puso una mano entre él y el sol y entrecerró los ojos, creyendo reconocer algo. Le recorrió otro escalofrío. Cogió la mariconera que había dejado colgada del respaldo y rebuscó lo que no había rebuscado hacía un rato.

-Por supuesto; si no, no estaría contigo.

Luis se puso por fin sus gafas de lejos, que por supuesto llevaba siempre consigo aunque no las usara, se estiró un poco e hizo un esfuerzo, colocando una mano sobre la frente a modo de visera.

-Hombre, no es que yo tenga unos gemelos de...-su voz se quebró un poquín- ay, la ostia...

-Vale, no son la ostia, pero tienes unas piernas que me comería a la plancha, asadas, fritas, crudas...

Luis hizo un gesto con la mano que le hizo callarse el resto de combinaciones culinarias que se le amontonaban en la punta de la lengua.

-¿Qué? -quiso saber Rober.

El músico dejó caer su cuerpo contra el respaldo del sillón, mirando a ningún sitio con cara de pocos amigos. Luego miró a su marido, desenfocado por las gafas, con una mueca que hacía presentir lo peor.

-¿Qué? -repitió Rober. Luis puso los ojos en blanco y se humedeció los labios-. ¿Qué pasa?

-Mi ex. Pasa mi ex. Para ser exactos, el de los gemelazos. No le había reconocido porque se ha afeitado la alfombra de pelos que tenía en la espalda, pero es mi ex.

Rober alzó una ceja. Volvió la vista de nuevo a la cubierta de paseo. Iba a decir algo nefasto, pero prefirió callárselo. Más que nada porque la visión de otra persona le calló.

-Mi ex... -murmuró.

-No, cariñete, tu ex no. El mío.

-Y el mío -masticó Rober, de mala gana-. El que está apoyado en la barandilla, cerca del tuyo. El de la camisa blanca.

-¿Qué? -exclamó Luis, estirándose como un palo. Inspeccionó de nuevo aquella malhadada cubierta: aunque nunca había visto un programa del chef y sólo le había visto en alguna fotografía de entre los miles de álbumes del actor, sin duda era él.

Rober tragó saliva y le miró, alzando una ceja impotente.

Todo el barco sufrió un ligero pero evidente temblor cuando los motores se pusieron en marcha.

-Venga ya -Rober miró al suelo, aterrorizado, mientras Luis suspiraba profundamente, quitándose las gafas y amasándose los ojos.

Pablo habría preferido huir y pasarse todo el crucero escondido entre nidos de ratas de la bodega más profunda. Sabía que si lo hacía Ibón le obligaría a salir del camarote, que se cruzaría con Roberto en cualquier parte y a cualquier hora, aunque no quisiera. Se llevó las manos a la cara cuando se dio cuenta de que el hombre también le había reconocido. Se frotó los ojos y la expresión y volvió a mirarle, ahora con una sonrisa más estupefacta que otra cosa. Alzó una mano con vida propia que saludó sin que él lo hubiera deseado de forma consciente. Se dio la vuelta y dio dos pasos hacia Ibón, pero pensó en lo descortés que habría parecido. Se paró en seco, volvió a mirar a Rober y le hizo otro gesto con esa mano incontrolable. La puta mano siguió en la misma posición de saludo hasta que se encontró con la espalda de su marido.

-Ibón, cariño...

-Por dios, qué te pasa -Ibón le miró preocupado al ver su descolocada expresión-. ¿Te has mareado, o algo?

Pablo les hizo una mueca ininteligible a los amigos de su marido, no supo si saludándoles o pidiéndoles perdón.

-No, amor, no te preocupes, qué va... Es sólo que... bueno, que hay alguien a quien tengo que saludar yo también, y está ahí abajo, y tengo que... voy a ir a saludarle, y tú te vas a quedar aquí con tus amigos y luego nos saludamos todos... -fue consciente de su incoherencia y dirigió una mirada estrambótica a los otros dos-, si no os molesta, claro.

Se les quedó mirando con una expresión tal que ambos habrían preferido mirar a las Puertas del Infierno.

-No te preocupes -dijo el más alto-, tendremos todo el crucero. De hecho estábamos pensando en bajar a esa terracita a tomar algo.

-¡No! ¡A esta terraza no! -exclamó Pablo-. Es... no...

Se hundió tanto que pareció decrecer veinte centímetros.

-Por dios, Pablo -Ibón no sabía qué hacer, ni dónde meterse-. Dime qué pasa.

Pablo soltó litros de aire y negó con la cabeza.

-Nada, cariño, en serio que no pasa nada. Sólo tengo que saludar a alguien ahí abajo a quien no me apetece nada saludar, y luego nos tomamos algo donde queráis -le pasó la mano por la espalda cuando en realidad era él quien lo necesitaba-. Sólo dame cinco o seis minutitos y estoy con vosotros, ¿vale?

Ibón le echó una mirada asesina. No le gustaba nada la manera que Pablo tenía de enfrentarse a ciertas situaciones. No le gustaba nada que se callara tanto, que le resultara tan difícil compartir, incluso con él, lo que se le pasaba por la cabeza. Sin embargo no tenía más remedio que aguantarle aquellas cosas, así que le hizo una discreta mueca y le dio un beso al vuelo mientras echaba una discreta ojeada a aquella terraza. El guiño que intentó echarle Pablo se quedó en una mueca miserable.

-Perdonadle, se pone tan nervioso con los viajes... -oyó que decía Ibón mientras se alejaba hacia las escaleras.

Cuando cruzaba por entre la multitud de mesas y sillones de la terraza vio que Rober se ponía en pie y se estiraba la camiseta. El extrañamente familiar hombre que le acompañaba hizo lo propio. Él mismo se retocó algo su camisa y se esforzó por sonreír.

-¡Rober! -berreó, mucho más alto de lo necesario.

-¡Pablo! -berreó Rober, igualmente pasado de rosca, abrazando al hombre: ambos con pose de que el otro le fuera a infectar con algún virus mortal -. ¡Dios! ¡Te has puesto enorme!

-Qué curioso... ¡como tus orejas! -soltó el otro, atacado de los nervios. Luis puso los ojos en blanco-. ¡Qué casualidad!

-Sí, desde luego. El último sitio en que pensaba coincidir contigo.

-Lo dices como si no quisieras coincidir conmigo en ningún sitio. Aunque en realidad hacía... uff, ¿cuántos años hacía que no nos veíamos? -Pablo le soltó a Luis una estrangulada sonrisa que pretendía ser educada por encima del hombro de Rober y no dejó que éste respondiera-. ¿No nos presentas?

-Claro, hombre -se separaron y Rober le señaló teatralmente-: Luis, éste es Guti, mi ex. Guti, éste es Luis, mi marido.

A Pablo se le desatornilló la sonrisa, dejando en su lugar un agujero que intentó rellenar enseguida con algo liviano y social. Luego alzó una ceja que quería indicar, desesperada, que su dueño no era idiota.

-¡Oh! ¡Claro, claro! -exclamó, de nuevo demasiado alto, y vomitó una risita definitivamente idiota-. ¡Encantado! Yo soy su ex.

Luis sacudió la mano tonta de Pablo.

-Sí, ya lo ha dicho él.

-Oh, por dios, claro, jajaja, estoy tonto.

-Pues hombre -espetó Rober-, yo no quería decirlo tan alto y tan claro, pero...

-¡Cariño! -le cortó Luis antes de que dijera una enorme inconveniencia de las suyas, y luego, a Pablo-: es un placer conocerte.

-El placer es mío -Pablo volvió a estirar la mano hacia él, se dio cuenta de la tontería y se la guardó en un bolsillo-. Además, no sé de qué, pero yo creo que te conozco, ¿no?

Luis hizo un microgesto de duda. Rober lo hizo de aprensión.

-Hicimos juntos un anuncio de televisión hace unos años -explicó, antes de que Luis pudiera intervenir-. Supongo que si no te fijaste en mí te fijarías en él, como te pasaba siempre que...

-¡Ca... riño! -volvió a cortarle Luis-, eh... ¿te llamo Guti? Siéntate con nosotros un rato.

-Por favor, llámame Pablo -dijo el otro, saliendo del estado de gilipollez en que estaba desde hacía cuatro minutos y bastante incómodo por el último comentario de Rober, tan sumamente

“ex”-. Sólo Roberto me llamaba Guti, ése es el nombre de mi negocio.

-Es que llamarte Pablo sonaba demasiado íntimo para nosotros -soltó definitivamente Rober. Luis cerró los ojos y se mordió los labios, esperando una sonadísima tormenta. Pablo también hizo una mueca, molesto: la misma que habría hecho si le hubieran escupido en un ojo, algo más discreto que si lo hubieran hecho un zombi o un leproso.

-Si no os importa lo dejamos para otro momento -obvió el comentario aunque notaba que se estaba calentando por segundos-. Nos acabamos de encontrar con unos amigos y ya íbamos a tomar algo con ellos.

-Qué de casualidades -apuntó Luis, y señaló con la barbilla-. ¿Son aquellos tres de arriba?

-Sí. Son mi... -miró de reojo a Rober-, son mi marido y un par de buenos clientes de su gimnasio.

-¿Tu qué? -inquirió Rober, cuatro octavas por encima de su tono habitual y con una ceja a la altura de la línea del pelo.

-Mi... mi marido y sus...

-¿Tu marido? -los ojos de Luis se habían convertido en dagas frías y dispuestas.

-Sí, el alto calvo.

-El alto... -Luis hizo una cantidad exacerbada de gestos incontrolables-. El calvo.

Volvió a cerrar los ojos y alzó las cejas a la vez, suplicando quién sabe qué a quién sabe quién. Rober le miró con la misma cara de idiota que Pablo.

-Luis... ¿su marido es...? -Luis abrió los ojos y suspiró por trigésimo novena vez.

-Sip.

Rober se dejó caer en su sillón y Luis se frotó la cara incluso más fuerte de lo que lo había hecho Pablo hacía un ratín. Dejó caer las manos arrastrando con ellas los mofletes y abriéndose aún más los ojos anonadados.

-¿Qué? -preguntó Pablo- ¿Que mi marido es qué?

-No quieras saberlo -musitó Rober. Pablo, de repente, recordó.

-La virgen. Por supuesto que te conocía de algo -aquellas fotos de la taquilla de Ibón se le aparecieron a todo color, en tres dimensiones y de un tamaño espectacular.

Hubo un largo silencio, durante el que los tres rumiaron todo tipo de lamentos, maldiciones e insultos.

-Deberíamos denunciar a la naviera. No hay derecho a ésto -se quejó Rober.

-Debería irme -anunció Pablo, sin mover ni un dedo.

-Ya es tarde -anunció Luis, volviendo a apuntar con la barbilla a algún punto detrás de Pablo. Ibón había dejado a sus amigos sentados en otra mesa y se acercaba con paso decidido. Claro que con su estatura no tenía otro tipo de paso.

-Luis... -saludó, no tan decidido. Pero él no era Pablo: dio un par de pasos más y abrazó a su ex con fuerza-. Cariñete, cuánto tiempo.

Luis se dejó abrazar, mientras mil corrientes le recorrían desde las uñas de los dedos gordos de los pies hasta el último pelo de la coronilla. Pablo les dedicó una mirada que parecía homicida cuando en realidad era de tormento: ese “cariñete” le había raspado con lija alguna circunvolución cerebral. Luis le hizo un pequeño gesto de disculpa, aún medio escondido como estaba tras aquella montaña de carne y, aunque lo intentó, no pudo quitarse de encima a la jodida lapa de dos metros.

-Hola... -susurró-, hola.

-¡Hola, niño! Qué bien estás -Ibón le separó de sí mismo y le agarró por los hombros. Todos se dieron cuenta de que estaba emocionado.

-Gracias. Tú estás igual de... -respondió el otro, con una mueca de desesperación y sin saber

cómo terminar. Ibón soltó una carcajada.

-¡Ya! ¡Igual de grande! ¡Igual de calvo! -Luis quiso decir “igual de guapo”, pero no podía. Tragó saliva.

-Sí, éso.

-Bueno -terció el hombretón, mirando a Rober, que no se había levantado del sillón en que se había dejado caer-. Supongo que tú eres su churri o algo, ¿no?

Dio un paso hacia él y le tendió la mano. Rober le devolvió el gesto e Ibón le levantó como si fuera un muñeco.

-Sí -murmuró, intentando colocarse el cuerpo-. Algo.

-¡Algo! ¡Jajaj, qué ocurrente! -le desmadejó un poco más con la sacudida de manos que le dio tras el abrazo, y Rober se sintió ínfimo.

-Soy Roberto, su mari...

-¡Encantado! -le cortó el hombretón-. Yo soy Ibón. Ibón Lahoya.

-¡Y tú mataste a mi padre! ¡Prepárate a morir! -replicó Rober, dejándoles a todos desconcertados. Ibón soltó otra carcajada y Rober le siguió, por completo desencajado de puros nervios.

-Bueno, al menos no me ha dicho nada que rime -sonrió a Pablo, que sólo pudo mirar al suelo, aunque agradecía que Ibón estuviera distendiendo el ambiente.

-¿Ibón? ¿En serio? -preguntó Rober-. ¿Qué coño de nombre es ése? ¿Tus padres celebraron una picadura de mosquito?

-Cariño -intercedió Luis, al quite, como siempre que Rober hablaba sin pensar; es decir, el noventa y nueve por ciento de las veces-. Éso es un habón.

-Chorradas. Habón es una marca de maquillaje. La vendía mi madre por las casas cuando yo era peque.

Ibón volvió a troncharse de risa y miró a aquella jocosidad de hombre que vivía unos veinte o treinta centímetros por debajo de él.

-¡Qué divertido eres! -apreció-. ¿Siempre tienes algo ingenioso en la punta de la lengua?

-Bueno, siempre tengo algo en la punta de la lengua, qué voy a decir a mi edad -Rober pensó que no tendría que estirar mucho la lengua para lamer esos insultantes pezones, casi a la altura de su boca. Ibón volvió a reír, encantado de todo y de todos, y completamente inconsciente de todo lo que estaba pasando.

-Vamos a tener que intimar tú y yo -Rober alzó otra vez la ceja hasta una altura en que le debía doler.

-Se te va la olla -Ibón se descojonó de risa.

-Buah, chaval, qué graciosísimo eres. Como si éso no me lo hubieran dicho nunca.

-¿El qué?

Ibón miró a Luis, aún divertido, buscando confirmación.

-¿Es así siempre o realmente no se ha enterado?

-¿De qué? -siguió Rober.

-¡De la rima!

-Por la Virgen, vamos a dejarlo, que estamos entrando en bucle -pidió Pablo, desesperado por largarse de allí sin tener que informar a Ibón de todo delante de los otros dos.

-Bueno, sí -concedió su marido-. La verdad es que nos hemos encontrado con otros amigos y nos están esperando.

-No serán amigos del mismo nivel -apreció Rober.

-Hombre, con los amigos no hay niveles.

-Con los que estuvieron casados contigo sí -espetó el otro.

-Hombre... -Ibón se quedó un poco cortado-. Bueno, lo que quería decir es que... A ver, que sí que es cierto que Luis y yo... pero vamos, que le considero un amigo más, por mucho que no nos veamos. Y tampoco terminamos odiándonos como otras parejas, y tal.

-Exacto -puntualizó Rober, y atravesó a Pablo con la mirada-. Otras parejas acaban como el rosario de la aurora.

-Vámonos ya, amor -pidió un Pablo aterrorizado, agarrando a Ibón de un brazo-. Nos están esperando.

-¡Espero que las nuestras no! -Ibón volvió a sonreír, no en un vano intento de relajar el momento, que le había pasado por completo inadvertido, sino porque era así de simple, en el buen sentido, y miró a Luis-. Espero que nos veamos pronto. ¿En qué camarote estáis?

-En el 7020 -se le escapó a Luis.

-Os llamamos y quedamos para cenar o algo, ¿no?

-Claro, hombre -Luis intentó una sonrisa que resultó mediocre.

-O algo -murmuró Rober a la vez, provocando otra risotada del gigante.

-Bueno, ¡hasta luego, entonces! -le guiñó un ojo a Pablo y le agarró de una mano. Éste miró a Rober, negando con discreción. Se saludaron con las manos y los dos hombres se dirigieron a donde les esperaban los otros.

La pareja se quedó en pie mirando cómo se alejaban, con caras de sota de bastos, que es más borderline que las otras.

-¡Qué tío tan raro! ¡Y qué frío! ¿Cómo podía gustarte? -espetó Luis-. Joder, ¡si cuando me ha dado la mano se me han pasado los dientes!

-Era... A ver, cuando le conocí era... -Rober se había quedado sin palabras sólo por un momento-. Buah, ya te he contado suficiente sobre él en estos años.

-Ya. ¿Y cuántos años se supone que le aguantaste?

-Siete... -se lo pensó mejor-, ...horas. El resto, hasta los siete años, hice como si no fuera conmigo -volvió a pensárselo todo un poco-. Pero tu ex..., qué... *simpático* ¿no? -falló al intentar decir algo hiriente, por primera vez en su vida.

-Sí. Encantador -el tono de Luis sí que habría herido de muerte a cualquier cosa viva que tuviera delante.

-Mira que te lo he oído veces, pero... ¿cómo ha dicho que se llamaba?

-Saruman -Luis se dejó caer en su sillón y deseó poder ver algo de Barcelona para no tener que mirar a su marido.

-Y está buenorro -obvió el nombre, más que nada porque no se acordaba de dónde lo había oído antes, y ahora sí que le salió directa a la yugular-: qué buen gusto tenías, cabrón.

-Y tengo, cariño, y tengo -por fin le miró con una inesperada cara de madre-. Puede que él sea espectacular, pero tú eres perfecto.

-Es-pec-ta-cu-lar -silabeó Rober, cruzándose de brazos. Luis torció los morros.

-No en el buen sentido, cariño. Lo digo como... como puede ser espectacular ver a un rinoceronte en libertad rompiéndolo todo, o yo qué sé.

-La verdad es que si Britney Spears se rapara la cabeza no llamaría tanto la atención -opinó Rober, sentándose por fin.

-Cariño, éso ya lo hizo cuando estaba alcoholizada.

-¿Ah, sí? Coño. Bueno, pues si lo hiciera Charlize Theron.

-Mad Max -repuso el otro.

-Joder. Pues Natalie Portman, Sigourney Weaver, Demi Moore..., ¡yo qué sé!

-V de Vendetta, Aliens, La teniente O'Neill.

-Su puta madre. ¿Es que todas se han rapado? -se incorporó, encantado de sí mismo-: Meryl Streep, demonios. No se raparía ni para hacer de...

-Judía en un campo de concentración, cariño -a Rober le resplandeció la cara con el juego.

-¡Marisa Paredes! Es tan diva como la que más y jamás se ha rapado.

-La vida de Hollywood, cariño. Tú eres el actor y deberías saberlo.

-Sí, claro que lo sé, pero no me acuerdo. Además, cobrando doce kilazos por peli yo me rapo hasta los moñños.

-Ya te rapas los moñños, y sin cobrar.

-Joder, es que cuando me los comes sin pelos es gloria bendita.

Luis sonrió, por fin, y rezó para que su relación nunca se estropeará de ninguna manera, que nada cambiara. Y dio gracias a dios por haber encontrado a alguien con quien jamás le pesaría ninguna preocupación, con quien nunca tendría un mal momento que durara más que una de esas frases suyas incontrolables, con quien después de años sólo desearía estar más años. Todo ello en dos segundos y medio.

-Bueno... Dios los cría y ellos se juntan -opinó, al fin.

-Y dan unas ostias que ni te las barruntas.

-Ay, madre, si ya hasta los rimas -dijo, tras una carcajada-. Eres especialista en cerrar conversaciones de la manera más inesperada.

-¿Inesperada? Yo siempre espero que me comas los moñños.

-Lo que yo te diga.

-*I'll never be Maria Magdalena...* -canturreó Rober, estirando una mano hacia su marido.

-*You're a creature of the night* -le respondió Luis, con peor entonación pero agarrando la mano e inundado de un gustazo indescriptible.

Mientras tanto, y tras las presentaciones, Ibón comentaba con sus amigos las casualidades de la vida y las bellezas de los otros dos, a los que los levantapesas admiraban de lejos, y sobre los que decían que eran muy guapos.

Ni éso quería comentar Pablo, ni mucho menos las bellezas.

No sabía cómo decirle a su marido que Rober era quien era. Aunque sabía que lo más probable era que no le preocupara en absoluto, el pesado y grueso nudo que tenía en el estómago llegaba hasta su cerebro, mezclándole palabras y emociones.

-¿Y sabéis qué es lo más fuerte del tema? -preguntó Ibón, mientras Pablo mezclaba en su cabeza un “qué coño” con un “mecagüensupadre”-. ¡Pues que resulta que el otro es el ex de Pablo! ¡Y encima están casados el uno con el otro!

Se volvió a carcajear mientras las palabras en la cabeza de Pablo se derretían y se le salían por las orejas. Los gimnastas soltaban exclamaciones, divertidos y sorprendidos, y él les miraba a los tres como si fueran *animés*. Como si de verdad tuviera ante sí a tres dibujos animados, sentados a su mesa, y del tamaño y organicidad de una persona real. Intentó concentrarse en su marido, que ahora era Nappa, por mucho que no supiera de dónde coño se sacaba esa imagen, ni mucho menos el nombre.

-¿Cómo sabes que Rober...? -intentó, pero las risas y las exclamaciones de los otros le taparon. Se sintió un poco infantil al recordar que a Ibón le gustaba ver fotos antiguas y que él sí que las guardaba todas, aunque no le gustaran. Éste, que le había oído perfectamente, le miró y le alzó una ceja, en ningún momento recriminatoria. Le conocía bien.

-Luego hablamos -le susurró, sin dejar de reír-. Y así está el pobre, fijaos qué carita. ¡Es como si hubiera visto a Son Goku o algo así!

Pablo tampoco sabía quién coño era ése, así que dejó que se le escapara una media sonrisa

temblona y cogió su enorme copa tropical para esconderse tras ella.

Un rato después Luis y Rober estaban profundamente relajados, en un par de tumbonas al otro lado de la piscina, a las que habían huido en cuanto pudieron sólo para estar un poco más lejos de los otros.

-Nene, estate quieto, que te está mirando todo el mundo -pidió Luis, nunca avergonzado; éso ya no existía en su vocabulario.

-Joder, si es que me pican un montón, me los afeité ayer para estar mono estas vacaciones.

-Pues aguántate. O ráscate dentro de la piscina.

-No nos entendéis, a los que tenemos los... las... cosas grandes. Todo molesta el doble -Rober estiró las piernas y planchó la pernera de su único bañador largo, que se había subido hasta la ingle para dejar claro a su marido que ya no tocaría más lo que quería rascar.

-Para ser actor, eres bastante friki.

-Mentira -susurró Rober, intentando amodorrarse.

-Te encanta The Big Bang Theory.

-Y a otros mil trescientos millones de personas.

-Y Star Trek.

-Han hecho doce series y trece pelis, y siguen.

-Y tienes cuatro camisetas con frases de Karen Walker.

-Porque es la sabiduría hecha carne.

-Y pasada por litros de alcohol.

-No le hace falta. Con el alcohol de su Chanel, le sobra.

-Seguro que se lo bebe, si tiene suficiente graduación.

-Ahá. ¿Se puede tener más glamour?

Sabían que estaban teniendo una conversación inane para no hablar de *Los Otros*, pero es que tampoco querían darles mayor importancia. Luis sabía que intentaría darles esquinazo durante todo el viaje: el crucero era lo suficientemente enorme. Rober, por su parte, sabía que tendría todas las respuestas hijas de puta del mundo para los momentos en que se encontraran con ellos. Así que siguieron con su conversación absurda:

-Me ha picado algo -se quejó.

-Cariño, estamos en medio de la mar oceánica. Como no haya sido una medusa que haga salto de altura.

-¿Es que no te acuerdas de esa peli en que las tarántulas se escondían en los sacos de café que transportaba un barco?

-No se escondían, amor. No habían trazado un plan para invadir el mundo.

-Uy, que no. Tú no sabes de lo que es capaz una tarántula hasta las mandíbulas de cafeína.

-Ni tú. Pero me lo vas a explicar, ¿no?

-Bah, no se le puede dar luz a quien no quiere saber.

-Vuelves a mezclar refranes.

-Cómo te jode que haga gala de sabiduría popular. Eres un snob.

-Bueno, éso es mejor que tener un bidé por culo -Rober le miró por entre los pelillos de su sobaco.

-Y encima te acuerdas de todo lo que digo, cabrito.

-Pues claro. Porque te quiero, y todo lo que dices lo atesoro como oro en paño, por absurdo que sea -Rober entrecerró los ojos un poco más y estiró los labios.

-Qué cabrón eres, y qué bien me toreas -hizo un esfuerzo ímprobo por despegarse de la tumbona-. Pídeme una birrita, anda, que voy a hacer un pis.

-¿Birra? ¿No te dolía la barriga?

-Bueno, si me pongo de parto en el váter te mando un wasap.

Luis miró cómo su culo se bamboleaba de camino a uno de los tres mil quinientos servicios del barco. Siempre lo movía así cuando llevaba poca ropa, independientemente de que sólo lo moviera para él o para todo un coro griego en el Festival de Mérida.

Notó que algo se reavivaba dentro de su propio bañador y quiso hacer lo mismo que había estado haciendo Rober. Su pudibundez lo evitó: él era mucho más discreto, de modo que se sentó en la hamaca y recolocó la tela y el relleno cárnico con recato.

Sin embargo, los amigos de Ibón le estaban mirando. Notó que hasta las uñas de los pies se le ponían rojas. Sin ser consciente del todo de lo que hacía, hinchó algo los pulmones y endureció todos los músculos que sabía que podía controlar. Se puso lentamente en pie, estirándose como si saliera de una buena siesta y mostrando la hermosura de paquete que marcaba ahora su bañador de competición. Sí que era consciente de que su cuerpo estaba muy bien terminado sin haberle hecho falta matarse a hacer ejercicio: sólo iba al gimnasio para posturear junto a su marido. De cualquier forma, su piel blanca y su pelo y su vello pelirrojos ya eran suficiente para llamar la atención, y aunque sobrepasaba el peso recomendado para su estatura en un par de kilitos, poco o nada de grasa sobresalía de los sitios donde no debe sobresalir. Tenía un cuerpo ancho y fuerte que ni llegaba a ser *musclebear* ni *daddybod*.

Se estiró como si estuviera bostezando y sacó culo al darse la vuelta para terminarse la bebida que se deshacía en la mesa, a pleno sol. Luego volvió a enfrentarles con todo el torso que pudo: los amigos de Ibón seguían mirándole. Dio tres pasos hacia la piscina y se tiró de cabeza. La cruzó entera buceando y cuando salió por el otro lado hizo todo lo posible para que no se viera que le faltaba todo el aire de allí a la estratosfera. Apoyó ambos brazos en el borde, posando la barbilla en ellos y mirando al cielo aunque le hiciera llorar: sabía que sus preciosos ojos color miel resaltarían como dos faros contra el azul de la piscina. Cuando les echó un ojo, Ibón también le estaba mirando, con una medio sonrisa. Y Pablo miraba a Ibón con un rictus criminal. Se hundió en el agua y se impulsó con la pared para intentar volver cuanto antes a los brazos de su amado, pero cuando llegó a la mesa Rober aún estaba meando. O admirando desde algún otro sitio a algún chulazo en el trampolín.

-Por dios, que mesa tan guapa -apreció Rober.

-Nene, tienen una media de setenta y dos años -le echó en cara su chico, mirando disimuladamente a la mesa que Rober le indicaba con todo el brazo extendido.

Lo primero que hicieron al entrar en el Restaurante Blue Sky fue echar un ojo rápido. El sitio era tan sumamente grande que no pudieron comprobar si iban a estar solos en la cena o se iban a encontrar con sus respectivos monstruos de Fronkonstin.

-Hablabas de la mesa en sí misma. Para el jardín, coño.

-Chico, es tan raro que no hables de hombres.

-Oye, que tampoco soy tan zorra.

Lo dijo en el momento y con el volumen justos para que el maître que recibía en la entrada de proa tuviera que hacer un esfuerzo para no cambiar su amable expresión.

-¿Su camarote, por favor?

-7020 -Luis agarró una mano a Rober para que le dejara a él la tarea de tratar con los mayores. El maître hizo una corta comprobación en su precioso laptop made in USA; es decir, en ZhengZhou. Su sonrisa se quedó un tanto helada. Luego les volvió a mirar con un rápido parpadeo y una profesionalidad ejemplar.

-Señores... Cabezón... y... Calvo -el hombre estiró la mandíbula para intentar mantener su

expresión.

-No vamos a tener hijos -explicó Rober, acostumbrado al tema-. Además nadie me conoce como Señor Calvo. Uso mi segundo apellido.

El maître echó un rápido ojo a la pantalla y les volvió a mirar. Hasta le tembló la cabeza.

-Ya... entonces... los señores Cabezón y Grande -al pobre hombre se le escapó una risilla gutural que no pasó de su garganta.

-Puede reírse tranquilo -Luis le echó una mueca de conformidad-. Estamos acostumbrados. Cuando nos casamos en mi pueblecito el alcalde estuvo a punto de ponernos una plaza. ¡Y mira que allí hay Cabezones!

-No hay más que verles -apuntó Rober con toda la intención.

-Les ruego que me perdonen. Nosotros también estamos más que acostumbrados a ver todo tipo de nombres, pero de vez en cuándo... -no les dio tiempo a responder, y señaló hacia el fondo del restaurante-. Su mesa de interior es la 72, pero si lo desean hay varios sitios libres en la terraza. En poco menos de una hora podremos ver cómo se encienden las luces nocturnas de Palma.

A Rober sólo le faltó sacar la lengua para parecer un perrillo.

-Saldremos a tierra a tomar algo después de cenar -le informó Luis-. Pero sólo tenemos dos horas, nene.

-¡Sí! ¡Me da igual! ¡Quiero pisar tierra!

-¿Ya estás así? Vaya viajecito me vas a dar...

-Oye, que al menos no me paso el día gritando “¡Nos hundimos!”

-Gracias a los dioses.

El maître les acompañó hasta la mesa 7 de la terraza, que estaba vacía como le había pedido Luis, mientras explicaba que el buque sólo paraba para recoger más pasajeros, lo lejos que estaba el Dique Oeste de todo, que sólo podrían sentarse en alguno de los bares del mismo puerto, o que para ver cualquier cosa tendrían que ir a la ciudad en taxi, mirar algo durante cinco minutos y volver también en taxi a toda prisa. Rober le agradeció las explicaciones, pero le dio completamente igual dónde atracaran mientras pudiera sentir tierra bajo sus pies durante un momentito.

Corría algo más de viento que por la mañana, y era tan agradable que Luis estuvo a punto de pedirle a su chico que se quedaran allí toda la noche.

-Qué raro que nos dejen sentarnos en otra mesa, ¿no? Yo pensaba que ésto era cuadrulado -pensó Rober en voz alta.

-Todo está incluido en el precio, nene -no quiso decirle que había pagado bastante más de lo que estaba dispuesto a confesar, y que el “Todo” del “Todo Incluido” era literal: lo más probable sería que Rober se desmadrara por completo-. Además ya te ha dicho el muchacho éste que en Palma tienen que subir pasajeros. Cuando suban todos esos ingleses ésto va a parecer la Puerta del Sol en Nochevieja.

Rober se acomodó en su ergonómica silla, feliz.

-La verdad es que no me apetece comer mucho. Supongo que son los nervios de la experiencia o algo.

-A mí tampoco. Podemos tomar una ensaladita y estar ya preparados para bajar antes de llegar a Palma.

-¡Genial! Sólo falta el violinista -Rober le echó una mirada encantada y alargó la mano por encima de la mesa para agarrar la de Luis y después frunció la nariz:- aunque echo de menos a algún rumano con acordeón destrozando el “Bésame mucho”.

-Nene, qué xenófobo te ha quedado éso -Luis le echó una mirada de reproche.

-En absoluto. No tengo nada contra ellos. Bueno, sí: que no hay ni uno guapo.

-Todo el puto planeta tiene que ser guapo, leches.

-¡Es deformación profesional! -defendió el actor su postura-. Al fin y al cabo son músicos, gente del gremio.

-Siempre música.

-Siempre música -Rober se estiró aún más para besar la alianza de su marido-. Cómo la disfruto contigo. Contigo no es solamente escuchar canciones, me haces disfrutar de la música con todo ese montón de cosas que me explicas.

-Me he pasado la vida escribiendo música para otros -dijo Luis, después de unos segundos mirando la cara que le adoraba; no pretendía seguir por donde siguió-: y la verdad es que ninguna de mis canciones ha sido un exitazo, sabes que no soy famoso. Muchas de ellas se han usado para rellenar discos. Ya sabes, las has oído todas: la cuarta canción del LP, o la cara B del cuarto single, como decíamos hace años. Me han permitido vivir bien, esas baladas que todo el mundo esperaba que fueran singles y que al final no lo fueron. He tenido suerte con los artistas que han usado mis canciones porque eran de los que vendían a chorro. Pero nunca he tenido un exitazo. Siempre he estado a la espera de mi "one-hit-wonder" que me hiciera millonario -estiró la otra mano para coger entre las dos la de Rober-. Y por fin, después de tantos años, has llegado tú.

Rober, curiosamente, le entendió a la primera. Se reblandeció de inmediato.

-Vale. ¿Y ahora qué demonios te puedo decir yo?

-Dime que me quieres como nunca has querido a nadie -pidió Luis, engolando la voz estilo años 50.

-Te quiero como nunca he querido a nadie -repitió Rober, comenzando a derretirse.

-No lo dices porque lo ponga en el guión, ¿no?

-Lo digo porque nunca he querido a nadie como te quiero a ti. Da igual quién lo dijera en qué peli.

-Vale. Lo sabía -a Luis también le comenzó un hormigueo en los pies que le fue subiendo por todo el cuerpo-. Pero oírte decirlo es música celestial.

Se miraron el uno al otro durante un par de minutos, sin decirse nada, hasta que Rober rompió la magia con su propia magia.

-Te ha quedado un poco horterilla, cari. Pero me corro cuando me hablas así.

-Por algo me tenías que querer, aparte de por mis gustos musicales.

-¿Tus gustos musicales? ¿Es que no te ha dado tiempo de escuchar mi colección de discos?

-Claro que sí, cariño, aunque prefiero no acercarme mucho... Si fueran más de los 80 esos discos llevarían hombreras -Rober hizo un gracioso mohín, frunciendo toda la puñetera cara como sólo él era capaz de hacerlo; tuvo que guardarse su respuesta para otro día, porque un camarero que salió de nadie sabe dónde se había plantado de repente junto a ellos, con esa sonrisa tan veraniega que quería decir "hasta nosotros lo pasamos bien en este crucero".

-Un par de ensaladas César, por favor -pidió el pelirrojo; luego hizo un mohín y se corrigió-: No, sólo una. Y una botella de cava -el camarero alzó una ceja encantada y apuntó todo en su mini tablet.

-En tres minutos, caballeros.

Rober pensó que el muchacho tardaría esos tres minutos solo en llegar a la cocina. Sin embargo en tres minutos ya aparecía, con su solícita sonrisa y una tremenda y rebosante ensaladera. También pensó que nunca había olido una ensalada que oliera tan bien como aquella, si es que las ensaladas huelen a algo.

Pensó en cualquier cosa, menos en Pablo e Ibón...

...que habían preferido, por otro lado, esperar tomando algo en el Tropical, el bar situado en la cubierta principal, en plena popa, con la barandilla del culo del barco a apenas tres metros. Muy “Titanic” todo. Incluso Pablo, a quien le daban ganas de tirarse por la maldita barandilla. De hecho, pensó que sería más fácil tirarse desde allí que desde el Viaducto. Las seguras que tremendas hélices del mamotreto le absorberían y harían picadillo en cero coma y ya no tendría que enfrentarse a nada nunca más.

“Qué drama-queen, la virgen”, pensó, y miró a su marido a ver si veía algo en él que le pusiera en órbita. O algo que no fuera helicoidal.

Ibón, con las piernas estiradas y cruzadas frente a sí, disfrutaba de su vaso congelado sobre el vientre, mojando con él su camiseta. Si hubiera tenido melena, volaría románticamente al viento. Pablo no hacía más que apartarse de la cara las tres o cuatro guedejas de su flequillo que sólo podía controlar con espuma.

No habían hablado de sus respectivos ex durante el resto del día, al menos entre sí: los amigos de Ibón no habían dejado de comentar cada centímetro de sus cuerpos y de sus caras. Pero ellos ni siquiera al llegar al camarote para cambiarse para la cena habían hecho la más mínima mención a Rober y Luis.

Habían decidido que no cenarían en el barco, sino que bajarían a tierra en cuanto atracaran en Palma y comerían cualquier basura rápida que encontraran cerca del puerto, de modo que ahora ambos llevaban su propia versión del turisteo: Ibón un vaquero viejo recortado, una camiseta verde fosforito con un dibujo de Homer Simpson con la cabeza aún más grande, deformada por los pectorales que tapaba, y unas havaianas, todo ello comprado en el Rastro, y Pablo un carísimo pirata y una carísima guayabera, ambos de lino, ambos de una marca carísima.

-No sé si me apetece bajar -murmuró Pablo, peleándose con su flequillo al viento. La expresión de Ibón se oscureció.

-Pues claro que te apetece. Es lo que se hace en los cruceros: bajar en todos los puertos en que se atraca.

-Pero en este no hay tiempo para visitas, ni vamos a poder...

-Nada -cortó Ibón-. Bajamos y ya está.

Pablo exhaló mucho aire, despacio.

-No quiero encontrarme con ellos. Seguro que también bajan y se meten a comer en el sitio que encontremos.

-Chorradas. Seguro que ya han cenado. Conozco a Luis -apretó los labios, arrepentido.

-Ya. Y yo a Roberto -repuso Pablo, oscureciéndose también. Se miraron tres eternos segundos, violentos.

-Pues qué bien, qué de gente conocemos -dijo Ibón, finalmente. Pablo también lamentó sus respectivos tonos.

-Cariño, por favor... vamos a intentar pasar de este tema, ¿vale? Intentemos que sean las mejores vacaciones que podamos tener -y añadió, aún sin querer-: como si ellos no estuvieran.

-Ya, pero es que están. Y creo que a ti te afecta mucho más de lo que debería.

-¡No es éso, joder! ¡Es que...! -sí que era éso. Cerró los ojos y volvió a suspirar. No quiso volver a mirarle, hasta que Ibón le sorprendió:

-¿Todavía le quieres?

-¡No! -exclamó, abriendo mucho los ojos-. ¿Cómo puedes pensar éso?

-No sé. Te digo que me parece que te ha afectado verle mucho más de lo que te gustaría reconocer.

-Me ha molestado, éso no lo puedo negar. Pero no es porque le... no es por lo que dices, niño. Te lo juro.

-¿Entonces?

-Creo que... -Pablo se mordió el labio con un canino y después con las palas-. Me jode, porque vas a pensar que soy un jodido inmaduro, que no sé controlarme.

-Pablo... -susurró Ibón.

-Estoy celoso, joder. Y envidioso, y yo qué sé.

-¿Celoso? ¡Venga ya! No irás tú a pensar que siento algo por Luis.

-No es lo que puedas sentir por él. Es... Joder, cabrón, es esa forma de ser tuya, esa sonrisa cuando le has visto, ese tratarle como si fuera uno de tus mejores amigos.

-Es que es uno de mis mejores amigos, Pablo -negó rápido con la cabeza-. No, no lo es, porque no nos habíamos visto en años, pero podría serlo. No... -se desesperó un poco; las palabras no eran lo suyo-. No le quiero, amor, pero cuando cortamos fue... no fue... -soltó una suave exclamación.

-Ya, ya. Si te entiendo, aunque parezca que no. Pero éso no lo hace más fácil -no supo si tenía fuerzas para reconocer ante Ibón lo que no le gustaba reconocerse a sí mismo-. Niño, yo no soy como tú. Me conoces bien: yo soy un borde hijo de puta que no vuelve a relacionarse con sus ex parejas.

-Ni falta que hace -Ibón se incorporó y estiró un brazo sobre la mesa sin conseguir llegar a tocarle-. Simplemente olvídate de ellos.

-Qué fácil es decirlo -susurró Pablo, pasando su brazo también sobre la mesa. Sus dedos se quedaron a unos centímetros. Ambos se estiraron hasta que les temblaron las manos y llegaron a rozarse las yemas-. La cuestión es que me molesta demasiado que esté aquí. Es la última persona con quien esperaba encontrarme y la última a la que quiero ver.

-¿Pero por qué le odias así? ¿Tanto mal te hizo? -estuvo a punto de sacar a relucir a Luis, pero se lo calló a tiempo.

-No le odio. Digamos que... no me gusta como persona.

-¿Y qué diferencia hay?

-Si le odiara estaría sintiendo algo por él. Así es una mera opinión.

Ibón dejó pasar el tema porque sabía que no le sacaría del momento de ninguna forma.

Tres horas después ya estaban acostándose. Ibón se desnudó y se tiró en la cama de espaldas.

-Qué a gusto me he quedado, joder.

Pablo se quedó en calzoncillos, como siempre, y se tumbó boca abajo. Se notó tremendamente incómodo, como siempre que su estómago tenía que soportar cualquier cosa que considerara *comida basura*, es decir, cualquier cosa que no saliera de su cocina.

Cuando Ibón comenzó sus avances bajando con su boca por su espalda, se sintió aún más incómodo. Comprobó las intenciones de su marido al bajarle éste los calzoncillos hasta donde pudo y meterle la cara entre los cachetes.

-Niño, si me la metes ahora me vas a sacar toda esta mierda de comida por las orejas. Estoy que estallo.

Los avances pararon en seco.

-Qué gráfico -susurró Ibón, que le recolocó el calzoncillo, volvió a su postura inicial y miró al techo. Pablo le miró de lado. Intentó acariciarle la cara e Ibón le apartó la mano, para luego fruncir el ceño arrepentido, aunque no dijo nada. Pablo dejó su mano sobre el pecho de su marido y cerró los ojos cuando éste apagó las luces. Minutos después notó que Ibón se estaba masturbando. Tragó saliva y apartó la mano, dándose la vuelta para ver sólo el cielo a través del

ventanal.

-Tío, sólo te falta ronronear -Luis le agarró una mano a Rober, que estaba pegado a él en la cama con una pierna cruzada sobre su barriga, y las puso sobre su pecho.

-Cuando estamos así siempre estoy tan a gusto que no me extrañaría que cualquier día de estos empezara a hacerlo -se miraron a través de la oscuridad del camarote, sin llegar a verse los ojos.

-Me alegro, nene. Me encanta.

-De hecho, estoy *tan* bien, que ahora mismo podrías hacer conmigo lo que te diera la gana.

-Ah, ¿sí? -su otra mano bajó por el pecho y el vientre de Rober, a la búsqueda de su pene, que ya estaba morcillón.

-No, cari... -suspiró Rober y ahora sí que sonó como un gato-: que puedes hacer... lo que te dé la gana.

-¿Te refieres a...? -a Luis se le escapó una sonrisilla lasciva que el otro tampoco vio.

-Si, me refiero a...

Luis saltó de la cama y buscó su neceser a tientas, provocando una risita jocosa en el otro. Volvió a la cama y también se colocó de lado para poder besar a Rober, largamente, mientras hacía nudos con sus piernas y le acariciaba los hombros, la espalda, el culo, buscando con los dedos. Cuando encontró lo que buscaba lo acarició despacio durante un momento, haciéndole gemir, pero estaba muy seco, así que llevó la mano a la boca de su marido, que lamió y ensalivó el dedo corazón. Luis se lo metió despacio, mojando primero toda la entrada. Rober volvió a gemir.

-Uf, qué cachondazo me pone ésto -Luis aprovechó para meter el dedo entero y acariciarle por dentro- Ay, dios, ay, dios...

Rober le empujó para tumbarle boca arriba y colocó su cuerpo encima, preparado para endurecer la polla de su marido hasta el punto necesario. Se sorprendió al frotarla con su vientre y comprobar que ya lo estaba. Incluso ya le salía liquidillo.

-Dios, dios... -volvió a susurrar, antes de metérsela en la boca. Luis gimió y sacó la cabeza de Rober de entre los muslos para atraer su culo hasta la boca. Se lo comió como si no hubiera cenado, y cuando Rober notó que su propio pene chorreaba, se tiró en su lado de la cama y se puso a cuatro patas. Luis tardó tres segundos en ponerse el condón que había dejado en la mesilla, lubricarlo, y colocarse tras él para encajar su capullo necesitado, notando cómo su chico encogía el ojete y se echaba un poco hacia adelante. Empujó otro poco y Rober maldijo algo ininteligible. Volvió a empujar, y ésta vez Rober también, lanzando un largo quejido. Con la cabeza clavada en la almohada, paró todo movimiento, los propios y los de Luis, sujetándole las caderas con las manos. Luis aguardó, paciente, pero tan salido que no pudo evitar que su polla se engrosara un par de veces, a lo que Rober contestó con otro quejido.

-Joder. ¿A ti siempre te duele así cuando te lo hago?

-Siempre no. Cuando lo hacemos con tiempo, y cuidado, y con bien de cremita anestésica es como si me follara un ángel -comenzó a moverse despacio provocando más quejas, onomatopeyas y gemidos.

-Ya, pero es que con el Organón se me duerme la polla.

-Un motivo más para usar condón, cariño.

-Jo, es que el morbazo del bareback... con tu saliva como lubricante...

-Te daría de ostias si no fuera porque sé, positivamente, que eres incapaz de ponerme los cuernos

-empujó del todo y pegó su pubis al culo de Rober-. Pero no me negarás que con condón es mucho más higiénico.

-¿Y quién necesita higiene... -gemido- con ese culo tan... -interjección- perfecto? Y además... -el pene de Luis se volvió a hinchar, esta vez voluntariamente- ¡Dios! ...vale, joder, dale... ¡dale!

-Putilla.

-Sí, amo.

DÍA 2: You've got a friend

Ibón apagó la alarma del móvil y se estiró en la cama. Los horarios de Pablo eran inhumanos usualmente, pero sólo por su respiración supo que dormía a pierna suelta, como siempre que se tomaba su pastilla anti insomnio. Le miró durante un rato, aún tumbado a su lado. Aunque se había dejado un poco en los últimos años, seguía siendo un hombre muy atractivo. No guapo, exactamente, pero seguía teniéndolo todo para seguir chorreando por él. Hasta esa barriguilla que ya le resultaba tan complicado controlar. La acarició bajando la sábana y vio una mancha en sus boxers. Sin pensarlo mucho, tiró de la cinturilla hacia abajo. El pene descansaba sobre el vello púbico, todo ello rebozado en semen.

Ibón tragó saliva. Ya no recordaba la última vez que él mismo había conseguido que su marido se corriera. Sabía que Pablo llevaba semanas ocultándole sus poluciones nocturnas para no molestarle, precisamente porque era la única manera en que podía correrse ahora. Él incluso lo agradecía: el hecho de que aún tuviera sueños húmedos significaba que algo dentro de él no había muerto del todo, que aún había algo de libido en aquel cuerpo. Algunas mañanas el hombre amanecía con otros calzoncillos, o se iba al cuarto de baño a limpiarse con papel higiénico que después, tontamente, dejaba en la papelera bajo el lavabo.

Le pasó los dedos por el vello púbico y notó el líquido aún caliente, sin saber si por el calor del cuerpo o porque era reciente. Lo frotó en la punta de sus dedos; lo olió. Notó cómo su propio pene reaccionaba. Se le abrió la boca involuntariamente; sacó la lengua, se pasó un dedo mojado por ella, se metió tres dedos en la boca y saboreó. Cogió aire y se avalanzó sobre aquella polla flácida que aún le parecía tan bonita en cualquier estado. Hizo todos los esfuerzos, probó de mil maneras; consiguió que se pusiera *casi* dura y siguió mamando. Quería más. Se arrodilló en la cama separándole las piernas con sus rodillas. Después de diez minutos en aquella postura y masturbándose frenéticamente paró un momento para tomar aire y le miró a la cara una décima de segundo, sólo para comprobar si seguía dormido. Volvió a metérsela en la boca deprisa, para no perder la mediocre erección. Luego volvió a mirarle, la sacó un momento estrujándola con sus dedos y susurró, entrecortado:

-Dame algo de lefa, hijo de puta.

Volvió a meter esa polla drogada en su boca y sorbió con todas sus fuerzas.

Pablo, que llevaba unos minutos despierto, no abrió los ojos, pero una única lágrima rodó por su cara hasta perderse en la almohada. No en vano, las mañanas solían ser su momento para llorar, ahora que Ibón se iba al gimnasio sin despertarle.

Como casi siempre, habían olvidado cerrar las cortinas al acostarse, de modo que el sol despertó a Luis, que tenía el sueño más ligero. De hecho, se había despertado varias veces durante la noche. La primera por algún ruido que no reconoció, pero estaban en un barco; a saber. La segunda para echar un pis de tres litros, la tercera para mamar durante un buen rato el pene erecto de Rober, tan profundamente dormido que sólo se despertó al correrse, para darse la vuelta tras probar su propio sabor en la boca de Luis y seguir roncando en un minuto con sus pequeños graznidos de fumador.

Se frotó los ojos, molesto por la luz y se dio la vuelta para comprobar que Rober estaba tan empalmado como cualquier otra mañana.

-Santa María... -susurró para sí mismo.

-¿Quién es ésa? -quiso saber Rober, aún sin abrir los ojos.

-Nadie que te interese, amor. Sólo me quejo de las horas que son.
-¿Las horas? -Rober se giró para darle un besito de buenos días-. Mierda, no pusimos el despertador. ¿Qué hora es?
-Ni lo sé, ni me importa, nene. Estamos de vacaciones -sonrió aunque su marido aún no le viera del todo y le abrazó como pudo-. No hay ninguna prisa para nada.
-Bueno, yo rujo de hambre. Y si es tan tarde nos quedamos sin desayunar.
-Para zampar aquí no hay horarios como en los hoteles, amor. Podemos desayunar cuando nos salga de los mismos.
-Qué gozada -ronroneó Rober-. Vale, pero ¿qué hora es?
Luis estiró un brazo para coger el móvil de la mesilla, casi sacándose el hombro de su sitio para no tener que deshacer el abrazo.
-Ah, coño. Son las nueve y veinte. Pensaba que eran las... -volvió a mirar por la terraza, entrecerrando ahora los ojos porque el sol le daba de pleno-. Se me olvidaba que, aunque aquí amanezca antes que en Madrid, no deja de ser octubre. Bueno, cuando bajemos por la costa de Italia y después hacia Grecia el sol no nos despertará.
-¿Aquí amanece antes que en Madrid? ¿No se supone que aquí sigue siendo la misma hora que allí? -Rober sonó aún amodorrado.
-Cariño, te daría una clase magistral sobre planetología, pero creo que hasta que te tomes un litro de café no va a haber nada que hacer contigo.
Rober abrió ahora los ojos del todo.
-Bueno... *algo* sí que se puede... -dudó con una interjección al ver la expresión de Luis- vale, nada, nada...
Luis vizqueó un poco y se le escapó un sonidito gutural.
-¿Cómo puedes funcionar así sin pastillitas azules? -Rober le besó con suavidad.
-Tú eres mi Viagra, leoncete -le metió la lengua hasta las amígdalas.
-Uff, joder. ¿Sabes que vamos a ser dos viejos verdes, no? -sus brazos se cruzaron, buscando el sexo del otro.
-Vale. Lo compro.
Después de casi tres cuartos de hora de masturbación mutua, se quedaron hechos un nudo en la cama, casi con ganas de volver a dormirse ambos.
-He tenido un sueño rarísimo -informó, sin embargo, Rober-. Al final se hundía el barco y acabábamos solos los cuatro en una isla desierta.
-¿Y nos devorábamos los unos a los otros?
-Bueno, devorarnos... no exactamente -la culpabilidad en su expresión evitó los detalles.
-Vale, no sigas -Luis sonrió para sí, pero luego imaginó la escena y no le moló nada. De cualquier forma, el estómago de Rober se quejaba en treinta y siete idiomas, provocando más risas de su chico, de modo que terminaron empujándose el uno al otro para tirarse de la cama y arrastrarse sin ganas hasta la ducha.
-¿Qué te apetece? -preguntó Luis, mientras su marido le enjabonaba la pecosa espalda-. Podemos dar una vuelta por el barco para conocerlo o podemos irnos directamente al Spa y quedarnos en remojo hasta que atraquemos.
-Comer -rugió Rober-. Tengo hambre, coño.
-¡Digo después de comer, pedazo de hiena! -rió Luis.
-Ah, vale, te perdono -se dejaron ir por el sumidero durante dos minutos-. Pues me apetece lo de dar una vuelta, y vamos apuntando cosas.
-No hace falta apuntar. Me he estudiado este barco hasta aprendérmelo al dedillo.

-Bueno, vale. Yo me apunto lo que sea, que ya sabes que como *GPS* funciono igual que un pedrolo -y luego apuntó-. Éso sí, vemos todo lo que sea bien pegaditos a las paredes, ¿eh? Y después de otro buen cóctel de Biodraminas.

-Vale, pero a éste no le echas vodka.

-Qué ataque tan gratuito. Sabes que después de tantos años sin beber ni una gota se me sube hasta el champín, y ya es lo que me faltaba para arreglarme el mal cuerpo. Vamos, ni en este ataud gigante -mintió; ambos sabían que más tarde o más temprano beberían como cosacos por todo lo que no bebían en Madrid. Se asomó un poco por el ventanal de la terraza-. Qué poco me gustan todos aquellos nubarrones.

-Nene, están muy lejos -observaron la costa unos segundos, Luis pegado a Rober como una etiqueta-, y además van en paralelo a nosotros. A lo mejor llueve algo, pero no va a pasar nada más.

-Sí, ya. Por si acaso, voy a preguntar cómo se llama. Si tiene nombre de mujer, me ato a una columna del salón.

-¿Para hundirte con el barco? -Rober se lo quitó de encima y le echó una mirada criminal.

-Pero qué hijoputa eres a veces, ca-ri-ño.

Tras desayunar como neanderthales en uno de los restaurantes interiores -con vistas a una de las zonas de jacuzzis-, se pusieron en marcha. Rober había cogido un cuaderno y lápiz, e iba haciendo más y más dibujitos del crucero, en los que iba apuntando cada sitio que le interesaba y el camino que habían hecho para llegar hasta allí, incluyendo todos los pasillos, ascensores, cambios de cubierta y señales intermedias que pudieran hacerle saber en qué punto del camino se encontraba. Incluyó incluso algunos planos manuales con una señal de las de “Usted está aquí”. No dejaba de soltar exclamaciones de sorpresa ante todo lo que descubrían.

-¿Cómo pueden tener esto dentro de un puto barco?

-Son trescientos veinte metros de eslora, cariño. Ahí cabe mucho.

-Ya, pero... ¿un cine... más grande que un cine normal? ¿no sé cuántas pistas de tenis? -agudizó el tono-. ¡Se puede hacer surf *dentro* del puto barco! ¡Literalmente, se puede hacer surf! No sé cómo es posible que esto flote.

-Las leyes de la Física, amor: las cosas huecas flotan.

-Pues tú bien que me dices que soy un cabeza hueca y floto lo mismito que un ladrillo.

-Una cosa más que controlas a la perfección, aunque no te lo creas -le volvió a mentir, como siempre que hablaban de aguas profundas-: no tendrás ningún problema si un día te llaman para hacer una peli en la que tengas que nadar. Aunque sí que deberías sacarte el carné de conducir, nene, que ya eres mayorcito. Y aprender a montar...

-Que sí, que no sé montar diplodocus, ni cruzar el Sahara en un 3x4, que tengo que saber hacer un montón de cosas que no sé hacer. Mira, me hago todos los cursos en este barco, que seguro que tiene sucursal de alguna universidad -aprovechó cualquier cosa para intentar cambiar de tema, como siempre que Luis le mentaba su formación-. -Además, ¿qué más da? En cien años, todos cojos.

-Todos calvos, cariño -le corrigió su marido.

-Pa qué, si la mitad ya lo están en este oserío.

-Que la frase es "En cien años, todos calvos".

-Ah. Vale. Mientras siga habiendo vello por el resto del cuerpo.

Estaban tan a lo suyo que lo que menos podían esperar era darse de bruces con *Los Otros*. Buscaban una mesa en el “Red Velvet” el restaurante que había exactamente en el mismo sitio que el “Tropical”, pero ocho cubiertas por encima, cuando Rober divisó la brillante calva de

Ibón. Se lo señaló a su marido con el mentón.

-Un gay no puede ser tan dejado. Nos lo prohíbe nuestra religión.

-¿Nuestra qué? -bromeó Luis sin saber de qué hablaban.

-Tú ya me entiendes, amor -y para rematar-: vaya bola. Sería perfecto para el anuncio aquel - volvió a señalar con el mentón para que Luis le localizara. El músico frunció los labios.

-¿El del calvo del Gordo de Navidad?

-El del Pantene sin parabens, no te jode -frunció toda la cara-. ¿Nos quedamos? No me apetece nada tener que hacer el numerito. Cuanto menos les veamos mejor, ¿no?

-Bueno, parece que está solo.

-Y éso, ¿qué?

-No sé. Me parece mucho más tratable que Pablo.

-Sí, claro. Para ti -Luis se disculpó subiendo un hombro-. Ah, claro; a ti lo que te pasa es que te pone cerdete.

Luis soltó una interjección molesta.

-Venga ya, gilipollitas. Ahora te irás a poner celoso -Rober se disculpó estirando los labios-. Es así de fácil: Ibón es un tío normal y tratable y Pablo es un cenutrio, así, sin más.

-Vale, sobre Pablo tienes razón.

-Además, y hablando en serio -Luis se enfrentó a su marido-, a ver, no quiero que te molestes pero... yo qué sé, que ayer me di cuenta de que ya no tengo ningún problema con él, con Ibón quiero decir, y que... no sé, que me gustaría recuperarle como amigo.

Rober estiró el cuello y entrecerró los ojos.

-Pero ¿como amigo, amigo? ¿O como amigo... *amigo*? -pronunció el último “amigo” como si hubiera pronunciado “esputo”.

-¡Como amigo a secas, idiota! No te lo lles a tu terreno de incomprensibilidades y retorcimientos, que ya sabes que yo soy mucho más plano que todo éso, joder.

-¡Vale, vale! ¡No te enfades, jolín! -se defendió Rober, hundiendo la cabeza entre los hombros-. Que sí, que soy un poco cazurro y encima siempre pienso mal de todos y de todo.

-Bueno, pues ya estás recomponiendo esa cabecita tuya para no incluirme a mí en esos “todos”, ¿okei?

Rober agachó la cabeza y ante la mirada severa de su marido alargó las vocales para responder:

-Lo prometo -Luis le observó unos segundos.

-Hay veces que me haces sentir como un pitufo color carne, te lo juro.

-Oh. Pero ¿color carne humana, o carne pitufa?

-Carne humana, tonto. Si fuera carne pitufa no tendría el mal rollo.

-No, claro, porque sentirse como un pitufo azul es lo normal.

-¡Por dios, Rober! -Luis lanzó un largo gruñido-. Mira, no te llamo lo que pienso porque te quiero.

-Hijo, de verdad, qué mal pronto. Con un poco que te pitufen mira cómo te pones -el músico se obligó a sí mismo a volver a sonreír.

-Hala, pitufina, vamos a redesayunar -y echó a andar decidido hacia la mesa del calvo.

-Joder -susurró el otro, siguiéndole con desgana.

-¡Ey, chicos! Menos mal que aparecéis, me estaba amodorrando -saludó Ibón.

-¿Y tu maridito? -preguntó Luis, sentándose frente a él.

-Se está dando un masaje. Supongo que no ha dormido bien.

-¿Supones? -Rober ni siquiera se había sentado aún, apoyándose en el respaldo de una silla. Ibón encogió media nariz.

-Por las mañanas no es muy comunicativo. Al menos ahora, no sé si cuando era joven se levantaba de mejor humor -Rober no supo si estaba afirmando o preguntando.

-Pues no lo sé. Cuando le conocí ya no era joven -por fin se sentó, cuando un camarero se acercó a ellos-. Ponme un café con leche y una tostada con mantequilla y mermelada, guapetón.

-Dos -pidió Luis.

-Tres -Ibón sonrió al camarero y siguió sonriendo a Rober-. Bueno, más joven de lo que yo le he conocido sí que le conociste, ¿no?

-Vaya. No sé. Creo que Guti nunca ha sido joven -Ibón alzó una ceja.

-Yo tampoco lo sé. El caso es que por las mañanas le cuesta bastante encontrar su buen humor.

-Mira, yo siempre estoy de buen humor.

-¿Siempre? Pues lo disimulas fatal -ahora fue Rober quien alzó una ceja.

-Tú no me has visto de mal humor, querido.

-Ni yo tampoco -intervino Luis-. Prácticamente nunca.

-Nunca, con la excepción de en este viaje. Ahora mismo me morderías -adujo Ibón-, y no por razones que nos puedan gustar a ninguno de los dos. Creo que no te caigo nada bien.

-A ver, no es cuestión tuya, no... Espera que lo busco -Rober sacó su móvil de su bolsito vaquero parando la conversación con un movimiento de su mano-. Aquí: *"Siempre: Adverbio de tiempo. En todo o en cualquier tiempo, excepto el que incluye a tus ex-maridos"*.

-Eres inimitable, chaval.

-Pues a Guti bien que le gusta caricaturizarme.

-Ja, ja, si es que eres súper ocurrente -aunque no pretendía que esa risa sonara sincera la verdad es que todos esos comentarios de aquel hombre le hacían gracia.

-Sí; tengo la O mayúscula en la RAE. Las mejores palabras: ocurrencia, oso, onanismo, ostia...

-Qué aplicables todas -susurró Luis. Ibón aprovechó que el camarero ya les estaba sirviendo para murmurarle:

-¿Hostia no es con hache?

-Cuando se da bien dada, no. Y él tiene buena puntería.

-No, si ya...

Se le volvió a escapar una sonrisita, pero esta vez fue de comodidad. Y también de algún tipo de esas extrañas murrias que te hacen sonreír mientras le dices a quien tienes delante, sólo con los ojos, cuánto le has echado de menos. A Luis se le fue borrando la suya poco a poco al entender esa mirada y sintió que le ardían las orejas. Se tuvo que concentrar en echar correctamente el azúcar en su café y en removerlo con toda la diligencia que requieren los ocho gramos de un sobre, hasta que miró a Rober para pedirle el sobrecito que nunca usaba. Tragó saliva y se quedó sin más azúcar: su marido le observaba con las comisuras de los ojos a la altura de los labios y las comisuras de los labios perdidas en el cuello. Pensó en la cantidad de veces que le había visto perder el buen humor aunque dijera que nunca le había visto así y empezó a darle mil vueltas a todas las opciones que tenía para conseguir que ésta no fuera una de ellas, notando que se encendía aún más.

-¿Y tus amigos halterofílicos? -inventó; no le interesaban en absoluto.

-Pues supongo que durmiendo. Les envié un wasap hace un rato, pero nada.

-Qué pena, da gusto mirarles -se le escapó.

-Aham -a Rober no se le escapó.

-Quiero decir que... buh, como si no hubiera tíos a los que mirar en este barco, fíjate un poco -miró a su alrededor para quitarse de encima los dos hielos que se deshacían en las cuencas de los ojos de su marido-. ¡Está lleno!

Fue una afirmación a la desesperada: estaban rodeados de jubilados. O al menos, éso le pareció. Volvió a colocarse, exhaló tres pulmones de aire y remiró a su marido para luego señalar a uno cualquiera.

-Mira ése, por ejemplo: está como un queso -los otros dos se volvieron.

-Le conozco y es un plasta de tío -informó Ibón-. Es Físico Teórico.

-¿Y? Yo soy un físico práctico -Rober endureció todos los músculos del cuerpo-. Mira qué tetas.

-Además hoy no te he dicho lo guapo que te has levantado -apreció Luis, que se estaba quedando sin recursos. Los ojos de Rober se entrecerraron algo más, le escupió una sonrisa exclusivamente labial y miró a Ibón, que estaba disfrutando de la escena.

-Lo que yo te diga: ¡eres muy divertido! -Rober resopló su cansancio ante el comentario del king kong.

-La gente se piensa que los cómicos estamos todo el día soltando gracietas, pero es de todo punto imposible. Cansa muchísimo.

-En tu caso da igual. No necesitas las gracietas para resultar cómico.

-No sé si agradecértelo o insultarte -su ceja ya insultaba.

-Da igual, me reiré con ambas cosas.

-Vale -Rober se lo pensó un poco-: necio.

Ibón no supo qué demonios de cara poner y Luis comenzó a sentir pánico.

-Vaya, pues no -apreció finalmente el hombretón.

-¡No le hagas caso! -intentó intervenir Luis-. Es muy burro cuando...

-Yo soy muy burro, tú eres muy blandorro, él es un ceporro, nosotros somos...

-¡Roberto! -exclamó Luis, desesperado.

-Déjalo -dijo Ibón, poniéndose en pie de repente-. Tienes razón. No lo has dicho, pero tienes razón. Supongo que todo ésto es muy forzado; no tenemos por qué aguantarnos los unos a los otros.

-Ibón... -susurró Luis-. No es necesario que...

-Déjalo, en serio -insistió el hombretón-. Lo entiendo y no pasa nada. Ya te llamaré cuando estemos de vuelta para tomarnos algo de vez en cuándo.

-¿Qué? -Rober se echó hacia adelante y luego se levantó-. ¡O sea... no!

Los otros le miraron como quien mira a un auxiliar administrativo dando órdenes en la ofi. Levantó las cejas y carraspeó.

-O sea, que no es que no os... -dudó y se sintió tan pasado de rosca que se habría abofeteado a sí mismo-, que quién soy yo para decirle a mi chico a quién puede ver y a quién no, faltaría más. Vamos, que... que quiero decir que te sientes, que no pasa nada, hombre. Que somos todos maduros y tal.

Ibón le observó un momentito y luego miró a Luis, que no le aclaró nada porque se estaba frotando los ojos con el dorso de las manos. Parecía el Hombre Blanco de “El laberinto del fauno”, pero sin ojos en las palmas.

-Más “tal” que “maduros”, me parece a mí -Rober aguantó la embestida con una expresión de arrepentimiento mínima, pero sorprendió a su marido:

-Tú sí que tienes razón. Estoy siendo muy gilipollitas.

Ibón se mordió el labio para no multiplicar el insulto por mil, y ahora fue él quien sorprendió a Luis:

-Vale, si te entiendo. Qué te crees, ¿que me encanta que el ex de Pablo sea un tío tan guapo?

Rober abrió los ojos un poco más de lo que quería y le echó una sonrisilla algo vanidosilla. Le invitó a sentarse con un ligero movimiento de cabeza.

-Vaya par. Si lo que nos pasa es que estamos los dos hasta las trancas, ¿verdad? -Luis quiso soltar un gemido de tranquilidad, pero se volvió a dedicar a su café cogiendo, sin pedirlo, el sobre de azúcar de Rober.

-A veces necesito droga dura -cruzó una minimirada con su marido, en la que se hicieron saber que ambos estaban arrepentidos ya, aunque fuera por motivos diferentes.

-Siempre podemos aprovechar para hablar del que no está, como hacen todos los grupos de amigos -propuso Ibón.

-¿Tú estás seguro? Es tu marido -Rober le miró, pasando de inocente a malvado cuando el otro respondió:

-Que le den. Está insoportable.

-Pues no podías encontrar a alguien mejor para...

-¿Sacarle los ojos? -intervino Luis-. Chicos, creo que lo mejor es que nos relajemos hablando del tiempo.

-¿Del tiempo que hace que no echo un buen polvo con él? -Ibón miró primero a uno y luego al otro, para que no hubiera malentendidos oculares.

-Oy oy oy -musitó Rober-. Qué bien huele esto.

-¿A que sí? -Ibón se incorporó un poco, esperando que la complicidad fluyera.

-No me parece bien -insistió Luis.

-Claro, porque tú no tienes nada malo que decir de él -respondió Ibón, y Rober soltó, casi de inmediato:

-La verdad es que tenéis la misma química que el ácido sulfúrico -y sin dar tiempo a nada ni a nadie-: no entiendo cómo pudo cambiar tanto. Y encima parece que ha ido a peor. Cuando nos conocimos era completamente diferente.

-Tampoco es que nunca hayas contado maravillas de él -se le escapó a Luis, a quien claramente no le gustaban los cotilleos.

-Hombre, por lo general a tu marido sólo le cuentas la mierda de los anteriores.

-Yo te he contado cosas buenas sobre Ibón -repuso Luis.

-Es que tú eres mejor persona que yo -Rober encogió el gesto-. O mejor dicho: Ibón es mejor persona que Pablo. Supongo, vamos.

-Tampoco puedo decir que sea mala persona, el pobre -se explicó el gimnasta, pero no quiso decirlo todo de entrada-. Es sólo que... que está pasando una mala época.

-Ah, o sea, que lo que quieres no es hablar mal de él, sino justificarle de alguna forma -se quejó Rober.

-No, qué va. Vamos a ponerle verde. Me apetece vengarme de alguna forma que a él no le duela.

-Te dolerá a ti -le hizo saber Luis-. Tú no eres así.

-Pero él sí. Que se joda y aprenda un poco.

-Para que aprendiera tendríamos que decirle lo que sea a la cara, ¿no? -Ibón frunció toda la cara.

-No estás ayudando, joder -se lamentó el hombre, pero no pudo seguir mirándole.

-Bueno, vale, venga... -a Luis le salió la misma vena de antes, la anti-cotilleos-. Pues lo que yo te puedo decir, por lo que sé, es que... que cómo engañan los famosos. Cuando le ves en la tele, nadie diría que es un borderline.

-Ahí le has dao -Ibón se reacomodó en su silla-. Te juro que no hay quien le entienda, con esos cambios de humor.

-Pablo es como una de esas canciones que nadie ha oído nunca hasta que la usan para una publicidad de un banco y entonces no puedes parar de canturrarla hasta que te taladra el puto cerebro.

Los otros dos esperaron algún ejemplo; sobre todo Luis, que sabía que llegaría. Rober hizo un gesto de maestro desesperanzado:

-And I would roll five hundred miles, and I would roll five hundred more...

-Ay, no, por dios -Ibón suspiró y, a pesar de que la dichosa cancioncita ya se le había atravesado en algún sitio, siguió a lo suyo- Le quiero. Pero es tan difícil -Luis y Rober se miraron de hito en hito y se amaron un poquito, pero no dijeron nada-. Os diría todo lo bueno que tiene, pero para qué. Le quiero, y si le quiero es por algo. Tú también le quisiste, entenderás lo que quiero decir, ¿no?

Rober hizo un gesto mínimo que no supieron si era de confirmación o todo lo contrario.

-No sé -prosiguió Ibón-. Es cierto que ha cambiado, pero si lo pienso fríamente, aún no sé... O sea, no es mi tipo de hombre. No es que haya estado con muchos, pero siempre que he tenido algo serio ha sido con gente cariñosa, simpática -miró a Luis-, abierta...

Luis tuvo ganas de cambiar de tema, pero Ibón no se lo permitió.

-No sé por qué estoy tan enamorado de él, te lo juro. Le conozco desde hace casi diez años y sabía cómo era -Luis estuvo a punto de volver a intervenir porque lo de los diez años se le había clavado en un ojo, pero Rober se le adelantó.

-No te fustigues por éso. Es cierto que no era lo que parece que es ahora. No sé qué le ha podido pasar; hace ya mucho tiempo que no me relaciono con él, pero terminamos rompiendo por éso, por su forma de ser, porque no me hacía ni caso, no me sentía querido.

-Pero es que a mí no me pasa éso. Sí que puede que le dedique demasiado tiempo al restaurante, pero no puedo decir que no me quiera. Sé que lo hace, que sigue enamorado de mí. Es como si le costara demostrarlo, como si le doliera querer o algo así. Y además, tiene sus problemas.

-Pero sus problemas deberían ser los tuyos -indicó Luis.

-Puede que tú seas así, o que tú y yo lo fuéramos cuando estuvimos juntos. Pero él no. Él tiene que ser el fuerte, tiene que arreglarlo todo por su cuenta -Rober perdió su mirada por algún recuerdo antiguo.

-Éso es cierto. Cuando estaba conmigo ni siquiera me contaba nada de lo que pudiera representar un problema, sólo por no agobiarme. Me lo contaba todo cuando ya estaba arreglado -volvió a ellos cogiendo aire-. Aunque también es cierto que yo lucho por lo mío como un puto león, y entonces lo mío era él. Debí dejarle antes. Lo mismo incluso fui yo quien le torció.

-De hecho a nosotros dos nos pasó casi cuando empezábamos. Siempre hemos hablado lo que necesitábamos hablar -explicó Luis-. Este pobre estuvo tres años en el paro. Se hizo tres cursillos del INEM y uno de verdad, de los que se pagan y teóricamente sirven para algo, y nada. Pero lo compartimos todo: las preocupaciones, los gastos, las malas noches... -Luis sonrió a su marido y le alargó una mano que el otro cogió con fuerza-. Terminó con síndrome del túnel carpiano de tanto Candy Crush. Éso sí: no sé si en forma de pago o por la práctica con el móvil, me hace unos pajotes que lo flipo. ¡De todo se aprende!

-¡Luis! -berreó Rober, algo cortado, pero Ibón le salvó: también prefería saltar sobre lo de los pajotes.

-¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos? -quiso saber-. Sé más o menos, pero él nunca ha hablado mucho de ti.

-Mucho. Demasiado -Rober alargó las vocales para alargar el mal trago de su relación con Pablo-. ¿De verdad nunca te ha contado sobre mí?

-Para hablar lo que habla, la verdad es que con respecto a ti siempre ha sido bastante críptico.

-Pues qué raro -Rober dudó con una mueca-, debes ser el único con el que no me ha puesto a parir.

-Yo no he dicho éso -ahora la mueca fue de conformidad-. Nos casamos hace cuatro años, pero en realidad llevamos más, y ya he pensado en dejarle varias veces. Pero luego lo pienso un poco más y... qué coño, que no quiero. Que le quiero.

Ese “llevamos más” se le volvió a atragantar a Luis, pero Rober era jodidamente rápido y a él no se le ocurría una forma discreta de preguntar cosas que a sí mismo no le gustaría que le preguntaran.

-¿Y por qué lo dejásteis? -preguntó. Ibón frunció el entrecejo-. Vosotros dos, digo.

Rober les señaló a ambos con la barbilla. El aire se hizo muy pesado entre ellos. Se miraron, les molestaron sus miradas, miraron los dos a Rober, sin querer hablar; Luis sacó un cigarrillo sin saber si se lo podía fumar allí, Ibón se terminó su café de un trago. Se volvieron a mirar, ambos apretaron los labios y se apoyaron en sus respaldos. Rober alzó una ceja e insistió:

-Bueno, ¿qué?

-Me puso los cuernos -respondieron ambos, y también a la vez-: ¿que yo te puse los cuernos?

Se volvieron a mirar, ahora en posición de surikata observando una tormenta cercana.

-Yo no te puse los cuernos, idiota -se quejó Ibón.

-Ni yo a ti, pedazo de cretino, ¿quién te crees que soy? -exclamó un incómodo Luis.

-¿Quién te crees tú que soy yo? Qué, que como tengo este cuerpo no tengo más remedio que usarlo como un putón, ¿no? -ambos se colocaron ahora en algo que comenzaba a parecerse demasiado al rencor.

-No te creo.

-Ni falta que hace. No eres mi puto confesor.

-Bueno, si queréis os lo cuento yo todo. Seguro que acaba mejor -ofreció Rober, atemorizado ante el cariz que tomaba aquello.

-Además, ¿qué coño me vas a contar tú, pedazo de cabrón? -Ibón iba alzando el volumen-. ¿Qué te crees, que no me acuerdo perfectamente del puto anuncio en que os conocisteis? Quizá en aquel momento no me di cuenta, pero está claro que entonces ya...

-¿Qué coño está claro, gilipollas? -ahora fue Luis quien habló demasiado alto; la pareja de matusalenes de la mesa de enfrente les miró sorprendidos-. ¿No pensarás que me enrollé con éste cuando hicimos ese anuncio?

-Gracias por lo de “éste” -murmuró Rober.

-Tú cállate, que ésto no va contigo -Rober estuvo a punto de levantarse: él tampoco veía a su marido en aquel estado muchas veces-. Vamos a ver, imbécil: es cierto que Rober y yo curramos juntos en aquel anuncio, pero también lo es que tardamos años en ni siquiera mirarnos de ninguna manera, ¿vale? Pero tú, sin embargo, te...

-Yo ¿qué? A ver, ¿a quién coño me tiré yo mientras estaba contigo?

-¡A todo el puto gimnasio! ¿Te crees que no me daba cuenta?

Rober hizo una “o” pequeña con los morros, mientras Ibón separaba sus mandíbulas todo lo que podía sin abrir los labios.

-Me estás jodiendo y cabreando mucho.

-¡Oh, guau! ¿Y qué vas a hacer, pedazo de Godzilla? ¿Destruir Tokyo? -Rober intentó que la diversión no se le notara mucho cubriéndola con la cara de preocupación por el cabreo sumo de su chico.

-En... mi... puta... vida... he... -Ibón se lo pensó mejor, le temblaron algo los labios; los cerró y humedeció para seguir-. Jamás..., entiéndeme: *jamás* he follado con nadie mientras estuve contigo, Luis.

Éste le siguió mirando desde el volcán en que se habían convertido sus tripas en tres minutos.

Poco a poco los vahos venenosos fueron desapareciendo de entre ellos para mostrarle la expresión de Ibón. Parpadeó varias veces. Miró a Rober, que no sabía dónde meterse, y estiró todo el cuerpo tragando saliva.

-Entonces, ¿por qué no...? -se sintió mortificado-. ¿Por qué no me dijiste nada?

Ibón también parpadeó al notar que se le humedecían los ojos. Volvió a abrir la boca sin abrirla y también miró a Rober, que se escudó en su café, aterrorizado.

-Pues... supongo que por lo mismo que tú no me dijiste nada a mí. Tú no me preguntaste si lo estaba haciendo, yo tampoco a ti. Parece ser que simplemente lo dimos por hecho -Ibón se sintió tan imbécil que quiso desaparecer, y lo remarcó con voz agria-. Qué par de... imbéciles.

-Pero es que encima me dijiste que yo no podía darte lo que tú necesitabas, que no estábamos hechos el...

-Una excusa como cualquier otra -se dio cuenta de lo mal que podía sonar-. No quería que acabáramos arrancándonos la piel. En aquel entonces yo no era tan fuerte como parecía. Cuando me convencí a mí mismo de lo que estaba... de lo que *creía* que estaba pasando lo único que quise hacer fue acabar. No quería que me vieras... -no añadió el "llorar" que le colgaba de la punta de la lengua.

-Oh, joder..., joder -murmuró Luis.

Hubo un silencio eterno durante el que ninguno miró a los otros. Al final Ibón cogió aire, lo exhaló sonoramente y se levantó.

-Perdonadme, creo que... lo mejor es que me vaya -Rober se puso en pie como si le hubieran pinchado el trasero.

-Chicos, no, me voy yo y os dejo hablar un rato, no pasa nada -propuso.

-No. No, de verdad. Estoy... -Ibón abrió mucho un ojo y se dio la vuelta con ese músculo inmovilizado. Se volvió de nuevo-. No... ya... ya hablamos, si éso.

Se giró de nuevo y echó a andar, bastante descolocado. Luis se levantó y le siguió, no sin antes tranquilizar a Rober con una mano.

-Ibón... ¡Ibón! -intentó pararle agarrándole de un brazo, pero el hombre ya llevaba velocidad de crucero-. Por favor, tío, espera.

El hombretón se paró en seco y se llevó una mano a los ojos para frotarse la incredulidad.

-¿Qué? -dijo, volviéndose. Luis se arrepintió, pero ya era tarde.

-Esto es... -se sintió como un español desmemoriado intentando expresarse en el finlandés que aprendió de pequeño-. Es... que... a ver, que no hace falta que hablemos ahora, pero no quiero que te vayas tan jodido.

-¿Quién te ha dicho que estoy jodido? -el hombre alargó el cuello, como siempre que quería imponer su tamaño ante algún molesto insecto. Luis sólo alzó una ceja-. Bueno, vale, estoy jodido, pero tampoco es para tanto. Sólo tengo que digerir ésto.

Le preguntó con una mueca si a él no le pasaba lo mismo. Luis hizo un pequeño movimiento de cabeza.

-Ya, vale. Pero me había hecho ilusión encontrarte. Como cuando ves a un amigo al que no has visto desde el cole, o algo así. No quiero que ahora...

-Yo tampoco -cortó Ibón-. Yo también esperaba que pudiéramos retomar nuestra amistad y...

Calló: sonaba sumamente tonto. Al fin los dos hicieron un pequeño gesto de relax.

-Mira, Rober querrá recorrer Cannes de cabo a rabo -Luis volvió la cabeza un momento y miró a su marido mientras seguía hablando, haciéndole un gesto con la mano: no quería resultar sospechoso y menos cuando no había nada de lo que sospechar-. Pero seguro que tenemos un rato cuando volvamos, mientras se ducha y se viste para cenar. ¿Hablamos?

Ibón hizo un pequeño gesto entre recelo y confirmación.

-Si se entera le va a joder -también le echó un ojo a Rober-. No creo que entienda por dónde vamos.

-No es Pablo. Por fortuna para mí es un tío de lo más simple -intentó darle a la palabra el quiebre más afectivo que pudo-. Y comprensivo.

-Pues para ser un simplón, siempre tiene la respuesta para todo, y bien afilada -el quiebro de Ibón no fue tan cariñoso.

-Una demostración de que la primera impresión suele ser completamente falsa. Más quisiera yo tener su inteligencia emocional. Nosotros somos los simplones a su lado -Ibón se excusó bajando la mirada y Luis prosiguió:- Tendremos que hablar de todo largo y tendido-. Pero creo que no son ni el momento ni el sitio más propicios. Quizá seamos capaces de dejarlo estar hasta que volvamos a Madrid, ¿vale? -Ibón repitió su anterior minigesto de incertidumbre y el otro se dio por satisfecho-. Luego te llamo, entonces.

Se quedaron mirándose dos segundos eternos, pero ya no tenían la habilidad de reconocer lo que el otro pensaba con sólo mirarse.

-Hasta luego -dijo Ibón, y se fue, a un paso mucho más lento. Luis miró a Rober, que seguía de pie, observándoles desde la mesa. Se estiró para intentar relajar el palo de escoba en que se había convertido su espalda y al llegar a la mesa se dejó caer en la silla y suspiró.

-Lo siento, amor. Lo siento, de verdad -Rober le agarró una mano e intentó distender el momento.

-Ese hombre no tiene pecho, te lo digo, tiene adoquines. Que se me encogen los menudillos cada vez que se le pone una teta dura.

No fue más que una broma para intentar aflojar la tensión, pero Luis le devolvió un rictus de total incompreensión, durante el que Rober pudo ver que su chico estaba a punto de echarse a llorar. Ambos tragaron saliva.

-Cuando estuvimos juntos me tenía subyugado -Luis se desmadejó un poco; no sabía si debía seguir por ese camino.

-¿Que te tenía qué?

-Embelesado, seducido, cautivado.

-Chico, dilo así desde el principio -al músico se le escapó una sonrisilla y pareció relajarse un poco.

-Cualquier cosa con tal de que me entiendas -a Rober también se le dibujó una sonrisilla.

-¿Y yo? ¿Yo te tengo subayu..., éso?

-Subyugado, amor. Viene de “yugo”. Y no, no me tienes subyugado.

-¿Ah, no? -Rober pareció un poco decepcionado.

-Esa palabra tiene muchas más acepciones y connotaciones, y ninguna de ellas es positiva, mi niño. ¿Has oído hablar del “Síndrome de Estocolmo”? Pues éso.

Se observaron durante unos momentos intentando llegar un poco más al fondo. Rober se preocupó aún más por lo que vió.

-Cariño, no pasa nada. Seguro que... que no va a pasar nada.

-¿Sabes...? -Luis se dio cuenta de lo que iba a preguntar y negó con la cabeza, pero lo planteó igualmente:- ¿sabes el daño que me hizo ese cabrón? Vale que parte fue culpa mía por pensar que estaba follando con otros, pero éso de que yo no podía darle lo que necesitaba... ¿tú sabes cómo me dejó? -esperó una respuesta que por supuesto Rober no le dio-. Pues como si no tuviera extremidades, como si fuera un completo inútil incapaz de amar, y de follar, y de... -soltó el resto del aire con una exclamación.

-Bueno, niño. Creo que es evidente que todo éso no es así -intentó suavizar su chico.

-Ya, bueno -su mirada destilaba tal tortura que a Rober se le encogió el estómago. ¿Qué vas a decir tú?

-Luis, mi amor, por favor, que soy yo -Rober acercó su silla y le tomó por el mentón-. Nunca, escúchame bien, nunca había estado con alguien como tú. Eres lo más guapo que hay en este planeta, cariño. Y no lo digo por tu cara, lo digo por tu alma -no supo si fue la carita de Luis la que le hizo sentirse un poco ridículo, pero siguió-. Eres una preciosidad, mi niño, y me siento contigo como jamás me he sentido con nadie. Te adoro, me siento querido... ¡Y encima también eres guapo de lo otro! -a Luis se le escapó una sonrisa temblona y soltó un par de hipo.

-¿Qué vas a decir tú? -repitió, más bajito. A Rober se le enterneció la expresión y le acarició la mejilla.

-Que cuando mueves un dedo yo muero de amor, gilipollón -a Luis se le escurrió otra sonrisilla.

-Y que siempre tengas que echar la rúbrica burra... -se mordió el labio y dejó que su chico le besara suave y tierno.

Ibón y Pablo tuvieron una comida “de negocios” con otro chef español afincado en la ciudad desde hacía años, que había coincidido con Pablo durante su época de estudiante en Barcelona. El hombre les mostró lo más interesante de Cannes durante dos horas y luego les dejó, sentados en una terraza en pleno La Croisette, donde pagaron dos cafés como si se destilaran del oro.

El hecho de que Ibón hubiera sido tan simpático y correcto con aquel desconocido como lo era siempre no evitó que Pablo se diera perfecta cuenta de que le pasaba algo. No lo de siempre. Algo que no tenía que ver con él. Pero no tenía ni ganas ni fuerzas para discutir o para aguantar el posible mal humor de su marido.

Cuando estaban a punto de irse sin saber aún en dirección a dónde Ibón vio a Luis y Rober paseando por el otro lado de la avenida. Estuvo a punto de levantarse y llamar su atención bailando algo que no molestara a Pablo, algo en plan discreto como un Casatshock: a pesar del mal momento con Luis prefería la compañía de la parejita antes que la de su marido. Luego pensó que levantar un dedo ya haría que Pablo se molestara, así que se quedó quietecito, viendo cómo los otros dos se alejaban, haciendo fotos con sus móviles, parando delante de cines y hoteles famosos por verlos todos los años en la tele.

Rober, de hecho, estaba encantado. Después de tantos años, no había tenido la oportunidad de acudir a ninguno de esos festivales conocidos en todo el planeta, donde había tres toneladas de famosos por metro cuadrado durante unos días, y que hacían que cada paso dado destilara historia del cine. Además, Luis le había llevado a comer a uno de esos restaurantes ridículamente lujosos que úno sólo ve en... las pelis. No supo cuánto le había costado a su chico la comilona, pero calculó que algo igual de espantosamente ridículo que todo aquel lujo. Le adoró durante un rato; de hecho, le habría comido los pies delante de todos aquellos turistas vestidos de marcas inasumibles y con zapatos y bolsos que costaban más de lo que él podía ganar en un mes de taquilla inmejorable en Microteatro por Dinero.

Lo observaba todo con expresión de niño al que Papá Noël le ha regalado justo lo que quería. Soltaba exclamaciones, le explicaba a Luis qué había pasado aquí o allá, qué películón se había estrenado en este cine, qué estrellas de los años cincuenta se habían alojado en aquel hotel. Luis sonreía, encantado. De hecho, ambos habían olvidado el encuentro matinal en el barco. Hasta que Luis vio a *Los Otros* sentados en una terraza.

-Mierda -soltó.

-¿Qué?

-Ehm... nada, amor, que me duelen los pies -inventó.

-Nos sentamos a tomar algo.

-¡No! -exclamó-. Aún aguanto, vamos un poco más adelante. O nos sentamos cuando lleguemos al puerto, que al bajar del barco vi una terraza preciosa por allí.

-¡Vale! -exclamó Rober-. O si te apetece bajamos a meter los pies en el mar un rato y vemos el atardecer y esas cosas románticas...

Luis agradeció la idea de su marido. Sólo quería huir, a pesar de que parecía que habían pasado completamente inadvertidos a la otra pareja.

-Me encantaría éso. Compramos un champán y nos vamos a la playa -no vio el más mínimo gesto de decepción en Rober-. Aunque a lo mejor tú quieres seguir viendo todas estas cosas.

-Ya las veré cuando venga con Almodóvar.

Rober le dio un besito en un moflete y se puso a buscar enseguida algún sitio donde se pudiera comprar champán. Luego recordó la comida.

-Bueno, a ver, que a mí me vale una cocacola, ¿eh?

-A mí no. Vamos a ver a qué sabe esa maravilla y si de verdad es mejor que un Juvé y Camps.

Rober le volvió a besar y tironeó de él hacia un Carrefour que se veía a lo lejos. Se sintió un poquito culpable, pero esperó que el espumoso le quitara la gilipollez de golpe. Si no, ya metería la cabeza en el agua hasta que le saliera espuma por las orejas. No dijo nada cuando Luis entró en una vinoteca; sólo esperó que lo que comprara estuviera bien helado.

En cuanto llegaron al camarote, Rober fue directo a la ducha. En la playa se había quedado en pelotas, aprovechando que gracias a la fecha y la hora no había nadie, de modo que había vuelto con los bajos y el trasero llenos de arena.

Luis ni siquiera esperó a oír el agua para pasar un whatsapp a Ibón, y obtuvo respuesta inmediata en forma de llamada.

-¿Quedamos? Estamos casi a la misma altura que vosotros. Si vamos al “Rainbow” llegamos en cinco minutos -propuso en voz baja, mientras salía a la terraza.

-No sé. Pablo ya está preparado para salir a cenar. No creo que le haga gracia que nosotros quedemos antes.

-Joder, ¿ni un cuarto de hora?

-Ni éso.

-No le digas que quedas conmigo.

Callaron unos segundos.

-¿Entonces? -quiso saber Luis-. Rober está en la ducha. O nos vemos en un puñetero pasillo, yo qué sé.

-Yo creo que no hace falta. Baste saber que nos hemos dicho cosas que no nos habíamos dicho hasta ahora, y que nuestros chicos no se caen bien. Y aún así creo que somos bastante listos como para controlarles, ¿no? Nosotros no somos como ellos.

Luis resopló. Necesitaba aclarar las cosas entre ellos antes de que cualquiera de sus maridos lo echara todo por la borda. No sabía por qué sentía, de repente, como si le hubiera echado de menos desde siempre, aunque sabía de sobra que Ibón debía haber ocupado el número $n+99$ en su mente desde que empezó su relación con Roberto. Dudó unos segundos antes de responder.

-Bueno. Sí, puede -calló otro segundo-. La cuestión es que sepas que no quiero que haya ningún tipo de mal rollo entre nosotros, que no quiero echarte nada en cara ni culparte de lo que no tienes la culpa. Yo qué sé, no sé cómo decírtelo.

-No hace falta más, Sito -a Luis se le escapó una sonrisilla por la nariz al oír el apelativo cariñoso que Ibón siempre había usado con él-. Ya son años. Sé que nos hicimos daño y que deberíamos haber hablado todo mucho...

-¡Sí, cariño! -le cortó Luis. Ibón se quedó a la espera-. Es Ibón, que cenemos con ellos.

-Ay, Dios, qué pesados -afortunadamente, Rober bajó su volumen habitual-. ¿Es que no saben hacer amigos?

-Cariño, nosotros tampoco hemos "hecho amigos" -repuso Luis, tapando el móvil contra un muslo.

-Coño, porque desde que llegamos tenemos encima a dos ladillas de metro noventa -apreció Rober, mientras se frotaba la cabeza con una toalla.

-Éso debería atraer a otros gays.

-Ya. Y mi rabo, y me lo guardo.

-Dios sea loado -agradeció Luis-. Bueno, ¿qué?

Rober se tiró en el sillón para secarse los pies y miró a su marido con el gesto torcido.

-Bueno, no hemos hecho amigos, ¿no? Así que supongo que la otra opción es cenar con un montón de jubilados -Luis le hizo un gesto de conformidad, aunque en realidad quería darle las gracias. Se llevó el móvil a la oreja.

-¿Ibón?

-Aquí estoy.

-¿Tenéis pensado algo diferente, o vamos al Rainbow?

-Pablo quiere ir al Pink Flamingos, en la Cubierta C.

-Ok, pues ahí os vemos en media hora. Te... -tragó saliva-. ¡Hasta ahora!

-Hasta ahora.

Abrió muchísimo los ojos al darse cuenta de que en lugar de una despedida habitual había estado a punto de soltar un "Te quiero". Se dio la vuelta para verse a sí mismo en el enorme espejo de la salita, aún sujetando el móvil junto a la cara y con una expresión estúpidamente incrédula, intentando convencerse a sí mismo de que sólo había sido por la costumbre.

-¿Tengo tiempo para afeitarme? -berreó Rober, ya de nuevo en el baño.

-¡Sí, amor! -y luego susurró para sí-: Te quiero.

El Pink Flamingos era una orgía de molduras doradas y telas rosas que hacía daño a la vista. Pretendía ser una versión de algo diseñado para una peli de los años cincuenta, en fastuosos Technicolor y Panavision, ambientada en algún *music-hall* del puerto de mar caribeño más decadente de la historia. Parecía que en algún momento aparecería Yvonne de Carlo en el escenario dejando entrever kilómetros de carne pecaminosa entre las tiras de su vestido, con un absurdo orquestón detrás de sus caderas dirigido por Xavier Cugat. La música que ambientaba el local apoyaba la imagen: "Siboney", "Quizás, quizás, quizás", "Ansiedad", "Perfidia", tocadas por un cuarteto de músicos guapísimos cuyos padres no habían nacido cuando murió Nat King Cole.

En los diez minutos que llevaban sentados en su mesa, Rober había desgranado toda una serie de títulos de la susodicha y de otras muchas femmes-fatales de la edad de oro de Hollywood, todas ellas igual de curvilíneas y con una piel y una melena aplicables por igual a una mulata de origen indefinido o a una amish de Pennsylvania.

Luis le observaba embobado, como siempre. Sabía que él mismo podía tener la misma incontinencia verbal cuando se hablaba de música, pero le encantaba la pasión con la que Rober hablaba siempre de cine. Le cambiaba el semblante y por un rato era la persona más feliz del planeta. Pero la perorata -y la mirada- le cambiaron de forma radical a su marido cuando se fijó en *Los Otros*, que hacían su *grande entrée* exactamente igual que la hacían el resto de comensales: bajando las lujosas escaleras de mármol cubierto de terciopelo fucsia oscuro, acompañados por el maître unos elegantes dos escalones por detrás.

-Por favor... -susurró Rober-. ¿Está empalmado? Tu ex, digo. Joder, ya podía cortarse un pelo, se va a dar cuenta todo el barco.

Luis se volvió. Ibón no llevaba sus usuales vaqueros cortos, sino unas bermudas rosas que, a la vista estaba, le marcaban todo; no sólo cada fibra de esos muslos que apenas entraban en ellas, no. Todo.

-Cariño, no lo está -susurró Luis. Rober alzó una ceja-. Y además, quién fue a hablar: cuando te pasa a ti descompensas el planeta.

-¿Qué? -le disparó su ceja alzada, como si no lo supiera de sobra- ¿Y por qué nunca me lo dices?

-Porque cuanto más gordo se te pone a ti el rabo, más gordo se me pone a mí el orgullo. Qué coño: que lo parece pero no soy de piedra, nene.

Le lanzó una última mirada sátira y se puso en pie para recibir a la pareja. Entonces se dio cuenta de que no sabía cómo demonios hacerlo. Rober también se levantó y lo arregló a su manera: dando dos besos a cada uno.

-Pues aquí estamos -Ibón lo dijo con los ojos quizá demasiado abiertos para una sonrisa a la que no le afecta nada.

-¿No flipais? -Rober sí que sonreía tranquilo-. Pablo, deberías tomar nota para tus próximos restaurantes.

-¡Virgen santa! ¿Estás loco?

-¡Si es pura maravilla! Claro que en un crucero a todo el mundo le debe parecer normal con el mareo: ésto es como un vómito de unicornio. ¡Pero qué glamour!

Mientras se sentaban, siguieron con una conversación intrascendente a propósito de la decoración y el ambiente del Pink Flamingo, durante la que Luis e Ibón se echaron unas cuantas miradas. Les pareció que todas eran de comprensión y sanación, pero ninguno de los dos estaba del todo seguro.

-Me gusta observarlo todo -estaba comentando Rober-, pero sobre todo a la gente: es parte de mi trabajo.

-¿Ahora eres psicólogo? -inquirió un incrédulo Pablo.

-No, sigo siendo actor.

-¿Y para qué, observar a la gente?

-Si me hubieras puesto un poco de atención durante los cincuenta y dos años que pasé contigo, lo sabrías -le espetó el otro-. Para mis actuaciones, so lerdo. Anoto mentalmente formas de hablar, de moverse, de reaccionar, y así les doy personalidades diferentes a mis personajes.

-Perdone, su señoría. No sabía que actuar era tan complicado.

-Ya, todo el mundo piensa que es ponerte ante una cámara y hacer el mono.

-Bueno, yo el mono lo hago bastante bien -coló Ibón, intentando que la conversación derivara hacia su vertiente más absurda.

-No hace falta que lo jures. Yo incluso diría que el gorila.

Rober no lo hacía con maldad. Pero lo hacía. Pablo se acercó un poco a Luis para hacerle confidencias mientras los otros dos seguían con el tema zoológico.

-Cómo me jode que siempre tenga una respuesta aguda en la recámara.

-Siempre he pensado que se pasa el día fabricando perversidades en su cabecita y guardándolas para el momento más inoportuno -Luis lo pensaba de verdad, pero al contrario que a Pablo, a él le encantaba esa lengua de víbora deslenguada.

-¡Pero si no se acuerda de para qué sirven las llaves del coche!

-Es que no conduce -repuso un Luis ya metido en faena. A Pablo se le dibujó la primera expresión divertida desde que habían pisado el barco.

-Joder, ¿tú también? ¿Te lo está pegando? -miró a los otros, que por mucho secretismo que hubieran pretendido tener se habían enterado de todo; resultaba evidente que porque Pablo no había pretendido que fueran confidencias-. Creo que ésto es algo demasiado gay para mí. Nunca podré tener la última palabra.

-Total, para lo que... -el camarero les salvó del siguiente trueno de Rober. El joven, que lo primero que hizo fue comprobar en un milisegundo las cuatro pulseras de los pasajeros, llevaba un elegante tuxedo azul cobalto con pajarita a juego, un ridículo bigotillo y el pelo engominado planchado hacia atrás. Parecía un crooner más vintage de lo usual. Rober se fijó entonces en que las camareras llevaban peinados de pin-up y pesados pero sugerentes vestidos de lamé dorado. Soltó un quejido de placer.

-¿Desean alguna bebida antes de pedir?

-¿Os parece que brindemos con un cava? -ofreció Pablo-. Yo invito.

-¡Claro! -exclamó Rober, al que la chispa del champán francés le había durado hasta bastante después de la ducha-. Cuando pagas tú hay que aprovecharte, que no lo haces así como así.

-Oye, guapo, que cada dos por tres estoy invitando a los buenos clientes del restaurante -miró al camarero, sin dar a Rober la opción de responder-: ¿un Torelló Trepas?

El camarero asintió y desapareció. Pero Rober no.

-Claro, es que yo no soy un *buen* cliente.

-Tú eres un pesado.

-Ay, *qué pesado, qué pesado, siempre pensando en el pasado...* -canturreó Rober por lo bajini. Luego miró a Luis y sus labios hicieron un amago de conformidad que se quedó en asco-. El caso es que para mí, los gorilas están muy bien en la niebla.

-Pues a mí siempre me gustaron tipo gorila -se vengó su chico, que a veces se hartaba, sólo un poco, de la lengua desatada de su maridito, por mucho que le gustara.

-Pues yo soy más bien chimpancecillo...

-En lo más importante, eres gorila -Rober hizo un gracioso mohín.

-Ya, venga, dilo: mi inteligencia.

-Tu rabo, cariño, tu rabo -lo dijo un poco más alto de lo que le habría gustado. Rober abrió la boca, en una mueca aún más graciosa, que provocó la sonrisa de los otros dos.

-Pa una vez que podías decir algo bonito sobre mí.

-Éso sí que es para que lo aproveches -intervino Pablo-. Suele ser bastante difícil encontrar cosas bonitas que decirte, pelanas.

-Habló la vaca y dijo mú.

-El buey -corrigió Pablo.

-Eres más machista que un anuncio de colonia para hombre. No, mira: eres más machista que un anuncio de colonia *para mujer* -apuntilló Rober obviando el comentario vacuno,

-¡Qué tontito te pones, de verdad!

-¡Qué pasa! Estoy con la regla. O será que la biodramina incluye estrógenos.

-Ah, y esos comentarios no son machistas -le planchó el cocinero.

-Yo soy maricón, cariño. Puedo ser machista -le sacó la lengua recordándole que a él no le planchaba nadie y dio el tema por zanjado-. El caso es que chimpancé o gorila tu marido llama la atención fuera de la jaula.

-Mira quién fue a hablar -defendió Pablo antes de que Ibón pudiera hacerlo solito-. Claro, tu problema es que no te puedes observar a ti mismo.

-Pues claro que no. Pero a tu chico es imposible no observarle. Incluso olerle.

-Una razón más para chorrear por él como una perra -rebatía Pablo, dejando al otro a un segundo

de la boquiapertura, igual que a su marido, que le miró con una ceja en medio de la calva-. Ibón es mi luchador, mi liberador, mi Che Guevara.

-Aparte de lo hortera que te ha quedado, yo le veo más tu Che-Waka.

-Pero qué envidioso eres. Yo tengo la suerte de estar casado con un jodido dios griego -Luis prefirió no darse por aludido-. ¿Has visto esos abdominales? ¿Y esa espalda?

-Claro que los he visto. Los ha visto todo el crucero.

-Señores, que estoy aquí -apuntó un descolocado Ibón.

-Ya. ¿Y? -repuso Rober.

-Que si podéis dejar de hablar de mi cuerpo como si yo no estuviera.

-En estos casos, la Tercera Persona del Singular viste mucho -quiso ayudar Luis-, como el plural mayestático.

-Vestirá mucho, pero cansa.

-Pues chico, entre lo sumamente cansado que debes estar de oír siempre lo mismo, y lo que viste el plural... ése, va a terminar dándote un sopor -opinó Rober. Ibón miró a Luis.

-¿Un sopor?

-No preguntes... -Luis estaba más que acostumbrado a ir traduciendo a su marido en cualquier conversación. Éste se acercó a él y musitó, algo avergonzado de su propia falta de cultura vocabularia:

-Amor... ¿qué coño es éso del plural mastectónico ése?

-No preguntes... -Luis le echó su ya usual mirada de padre acostumbrado a las burradas de su hijo, y dejó que fluyera la conversación, aunque se arrepintió enseguida.

-El caso es que a este mamotreto hasta se le huele de lejos -prosiguió Rober, que no daba nunca por acabada una buena metáfora si tenía varios significados-. Mira, una de las razones por las que te dejé fue tus olores corporales.

-No me dejaste -se molestó Pablo-. Y me ducho todos los días, estúpido.

-Lo sé. Y no he dicho que olieras mal, exactamente. Es que olías a... A ver, los pies te huelen a coliflor, incluso recién duchado. Y la entrepierna, a torreznos.

-A muchos les encantaría -a Pablo se le torció aún más el semblante-. Mira "Un pez llamado Wanda".

Rober miró entonces a Ibón, que había fruncido el entrecejo a la espera de algún final del todo accidentado.

-Que no hayas dicho "a mí me encanta" significa que tú también te has dado cuenta y que también te da... es que no sé ni cómo definirlo.

-Yo estoy acostumbrado a los olores corporales -se defendió el hombretón-. Trabajo en un gimnasio.

-Bueno, vale ya, la gilipollez -intentó cerrar Pablo.

-¡A ti tampoco te gusta! -le berreó el actor al gimnasta, y comenzó a reír a todo volumen.

-¿Cerrarás ese puto buzón en algún momento?

-¿Por qué, querido ex? ¿No te gusta lo que digo? -Rober alargó la cara hasta lograr su mueca-diva.

-Ni a mí, ni a nadie. Pero tú te crees un puto regalo divino para la humanidad.

-Y tengo mucho más repertorio para que todo el mundo lo disfrute.

-Y estoy seguro de que se lo puedes meter a todos por las orejas por mucho que no quieran verte ni oírte mariposear.

-¿Te jode mi pluma? ¿Te molesta que sea tan gay?

-No. Me molesta que seas tan gilipollas -a Rober se le alargaron ahora los labios en una "O"

enorme.

-Se lo has puesto a huevo, cariño -Luis posó una mano sobre su muslo con la delicadeza que habría usado Moby Dick para saltar sobre el capitán Acab.

-¡Tú lo has dicho! -planchó un triunfal Pablo.

-Tú sigue alimentando a la humanidad para que tengan fuerzas para escuchar todo lo que mi chico tiene que decir -le repuso Luis, apoyando a Rober con todas sus ganas-. Y el día en que tengas algo que decir que no incluya puerros y solomillo, hablas.

El inesperado ataque del músico dejó a todos callados durante unos segundos. Se les estaba yendo de las manos, así que Rober intentó suavizar el momento, a su manera, como siempre.

-Bueno, ¿y qué tal la terapia? -le soltó a su ex.

-¿Qué sabe éste de terapias? -Ibón le frunció el ceño a su marido.

-¿No empezaste a ir al psicólogo cuando lo dejamos? -insistió Rober. Pablo relajó la máscara inenarrable en que se había transformado su cara e intentó no dar importancia a la cara de Ibón.

-No, imbécil.

-Pues deberías. O empieza con el litio, o algo. Y si no quieres cagar en público, mejor no hables - intentó clavarle, pero Pablo no lo entendió a la primera. Luis se llevó una mano a la frente.

-Yo no soy hetero, no hago esas cerdadas en público.

-Me estoy empezando a calentar -le susurró Luis a su marido.

-Cariño... ¿ahora? -Rober devolvió el susurro, algo descolocado.

-Que me estoy cabreando, coño.

-¡Ah! Menos mal -olvidó los susurros con toda la intención-. No me he duchado esta mañana. Supongo que para que la mierda huela aún más.

-Ya vale -intentó aplacar Ibón, pero no le hicieron ni caso.

-¿Por qué? Yo he aguantado mierda de la boca de tu señor esposo para embarrar un desierto.

-Te voy a dar una ostia y aún no hemos terminado el champán -propuso un Pablo que también se estaba calentando más de lo que esperaba.

-A ver, aborto-gamba, ¿no te das cuenta de que la gente feliz es más guapa que la huraña y amargada?

-¿Qué me quieres decir con eso?

-Que pienses en ello al salir de la cama por las mañanas y sonrías un poco, hijadep... -se cortó a sí mismo y se levantó-. Bueno, mira, me estáis sacando de mis casillas. Me voy al servicio a hacerme una rapidita, a ver si me relajo.

-Tú para relajarte necesitarás ya cuatro ó cinco -clavó Pablo, haciendo gala de su conocimiento íntimo del actor.

-No entiendo qué hay de malo en masturbarse compulsivamente.

-Si estás soltero, nada -el cocinero quiso mirar a su marido, pero lo evitó a tiempo.

-Prefiero masturbarme hasta consumirme a dejar que *algo* como tú me vuelva a tocar un pelo.

-Cariño, tú ya te masturbas hasta consumirte -intentó bromear Luis.

-Vale, sí, pero lo hago pensando en ti. Y sólo lo hago por no consumirte a ti.

-Qué considerado. Y mastúrbate cuanto quieras, me encanta verte hacerlo -Luis le guiñó un ojo y a Rober se le dibujó su proverbial sonrisilla de sátiro. A Ibón se le pasó por la mente una imagen de aquellos dos y oyó un quejido en sus bajos al que no quiso dar importancia.

-Lo sé, tontín. Por eso lo hago, no te vayas a creer que soy un...

-¿Que eres un cerdo salido? -Pablo le clavó su certeza en un ojo.

-Oh, cállate ya, cotorra insufrible, y escucha un poco a los demás, a ver si oyes algo por una vez en tu vida que despierte al meñó ese que tienes por cerebro. O mejor aún, al facsímil que tienes

por corazón -Pablo sólo gestualizó hastío, al que no contribuyó su marido:

-Le tienes calado, ¿eh? -la mirada de Rober contuvo tal cantidad de desprecio que Ibón se encogió un poco, si éso era posible con su tamaño.

-Madre mía, te enamoró atontándote, ¿no?

-Joder, no se te puede decir nada, chico -se defendió el calvo.

-Y no he hecho más que empezar -anunció, mientras ya se alejaba.

-Como siempre, la última palabra -se quejó Pablo.

-Es una de las muchas cosas que te joden, supongo -pensó Luis en alto.

-Una de las muchas, sí.

-Y supongo también que es uno de los motivos por los que os separásteis, porque no fuiste capaz de dejarle ser como es.

Pablo e Ibón se echaron un rápido vistazo; tan rápido que Luis ni lo notó.

El violento e impensado momento fue cortado por un segundo camarero -una fotocopia del anterior- que llegó con una bandeja y una brillante y hermosa hielera. El muchacho colocó con elegancia cuatro copas y dejó la hielera con la botella dentro junto a la mesa. Toda aquella ceremonia contribuyó a que los tres se relajaran un poco. Y si no lo había conseguido del todo, Ibón lo hizo poniéndose en pie y sirviendo el espumoso en cuanto vio que Rober volvía.

-Tan rapidita como siempre -apreció Pablo.

-Sólo he ido a retocarme la nariz. Sabes perfectamente que en lo que yo me hago una de mis rapiditas tú te corres tres veces, memo.

-¡Bueno, brindemos! -berreó Ibón.

Cuando se disponían a brindar, con más morros que sonrisas, se presentaron los dos *clientes-barra-amigos* de Ibón.

-¡Vaya si esperáis para emborracharos! -les echó en cara el más joven.

-Hola, chicos -saludó Ibón-. Os presento. Bueno, ya conocéis a Pablo, y éstos son nuestros... -parpadeó sólo un par de veces- nuestros *buenos amigos* Luis... y Rober. Chicos, estos son Zoca y Ginés, mis mejores clientes.

-No hay más que verles -masculló Rober.

Todos se cruzaron manos y besos, Rober admirando los trabajados cuerpos de ambos, y ellos comiéndose con los ojos a la parejita nueva. A Luis le pareció que con demasiada hambre.

-¿Y ese nombre? -quiso saber, mientras se sentaban y Pablo servía otras dos copas de las que ya había en la mesa-. ¿Es español?

-¡Españolísimo! -Zoca era el mayor. Unos cincuenta, probablemente más, pelo corto y barba, ojos vivarachos y antebrazos de obrero de la construcción por muy abogado que en realidad fuera-. No es un nombre, es un mote. Me lo pusieron en el instituto, por zocato.

Mostró la palma de la mano izquierda y Rober se la imaginó enseguida agarrando su empalme. Como estaba acostumbrado a imaginar todo tipo de situaciones con todo tipo de hombres, no le dio mayor importancia.

-Mola poder usar las dos manos -apreció, pensando en las aplicaciones a sus personajes, pero los otros aún no sabían de qué hablaba.

-No te lo puedes imaginar -fue la apreciación de Ginés, sonriendo pícaro-. A mí me encanta que use las dos con tanta soltura y precisión.

-Bueno, brindemos, caballeros -Pablo alzó su copa intentando impedir que aquella conversación se saliera de madre como lo había hecho la anterior-. Por unas vacaciones inmejorables.

-Todo se puede mejorar siempre -añadió Ginés. Todos chocaron sus copas, antes de que alguien soltara alguna inconveniencia más.

-Realmente delicioso -apreció Zoca.

-Un vicio -coincidió su amigo-. ¿Está incluido en el menú?

-No seas burro, hombre.

-Si estuviera incluido en el menú yo cenaría aquí todas las noches. Y desayunaría todas las mañanas -dijo Rober, cuando el escalofrío que le había provocado la bebida remitió.

Por fortuna para todos, la llegada de los amigos de Ibón les hizo sumergirse en una conversación de presentación: trabajos, barrios, aficiones y enseguida se formaron dos mini-grupos en la mesa; con las antenas dirigidas al otro grupo, por supuesto.

-¿Cuánto lleváis juntos? -le preguntó Rober a Ginés.

-Oh, no estamos juntos. O al menos no somos pareja, vamos. Sólo somos follamigos.

-Ah -apreció Rober, con su ceja móvil-. Qué modernos.

-Prácticos -el muchacho sonrió-. Este crucero, por ejemplo. Va a ser mucho más interesante viniendo los dos juntos. Así es mucho más fácil encontrar sexo en todo momento -Zoca, metido de lleno en la conversación del otro grupo, hizo un ligero movimiento con el que consiguió guiñarle un ojo a Rober, que alzó también su ceja no móvil-. Si no lo conseguimos los dos, lo consigue uno de nosotros; nos montamos un trío, unas dobles parejas, o lo que sea necesario. O si no encontramos a nadie nos echamos un buen *flip-flop fuck* -mintió; ambos le daban a lo mismo, así que nunca había *flip-flop*-. Somos muy sexuales, así que cualquiera de las opciones nos gusta.

A Rober se le habían quedado las cejas allá arriba. Las bajó cuando consiguió parpadear.

-¿Que os echáis un qué?

-Tú no ves mucho porno, ¿no? -Rober negó con la cabeza y Ginés volvió a mentir-: que los dos nos follamos el uno al otro. Nada de activo y pasivo: multiusos.

-Qué bien pensado todo -apreció Rober-. Sí que es práctico, sí.

-En cuanto queráis os lo mostramos.

Rober volvió a parpadear y a subir las cejas.

-Ah, ¿sí? Qué interesante -se revolvió un poco al notar un inesperado endurecimiento en su suelo pélvico y luego todo su cuerpo dio un saltito al notar, sin mirarle, que su marido le estrujaba un muslo-. O sea, quiero decir que sí, que... que qué bien para vosotros, claro. Y que me alegro mucho... por vosotros.

Intentó cerrar la conversación con una sonrisa y volviendo la cabeza hacia los demás, pero entonces un pie desnudo le acarició un gemelo. Todas las reacciones de antes se juntaron en un segundo de profunda molestia mezclado con el orgullo malentendido por el halago podal. Tragó saliva, se humedeció los labios y apartó la pierna sin mirar al joven. Cruzó las manos ante sí mismo y jugueteó con su alianza, con la esperanza de que el otro se diera por aludido, pero no: el pie volvió al gemelo y esta vez subió, descarado, hasta la corva. Rober le lanzó, ahora sí, un chorro de lava a través de los ojos, al que Ginés respondió volviendo su atención a los demás. Rober cerró los ojos, suspiró, dejó su mano derecha sobre la mano de su marido y metió la otra bajo el mantel. Buscó pelillos en aquella pierna, pero el muchacho se depilaba todo el cuerpo, de modo que le atizó un buen pellizco de monja, aún con las uñas tan pulcramente arregladas como de costumbre. Ginés soltó una exclamación y se echó hacia atrás.

-¿Qué te pasa a ti ahora? -quiso saber Zoca. Ginés cambió su expresión de sorpresa por una de pura diversión.

-¡Nada! -soltó una risita-. ¡Qué bueno! ¡Esto no me había pasado nunca!

Había sacado un poco la silla y se inspeccionaba una zona rosada de la pierna en la que se dibujaba la forma de dos uñas.

-¿El qué? -el joven respondió a su amigo sin perder la sonrisa.

-Nada, que me ha picado un bicho que quería que me picara.

Ninguno le entendió, con la excepción de Rober, que miraba a Luis con total adoración, apretando ahora su mano. Y finalmente Zoca, al que el chico le frunció el morro para hacerle saber que no iba a ser fácil.

-Parece entonces que ahora vivís bastante cerca del gim -prosiguió Ibón, a lo suyo, y le ofreció a Luis-: si queréis os podéis apuntar y os ayudo a poneros en forma.

-Yo ya estoy en forma, leñe -informó Rober, con ganas de salir de donde estaba-. Vale que no tengo el cuerpo de Mario Casas, pero tampoco tengo treinta años.

-No quería molestarte, hombre. Todo lo contrario. Tienes un cuerpo muy bonito para tu edad - Rober volvió a hacer uso de sus cejas.

-Uy, qué ostia le doy... aunque después me parta diez costillas -susurró hacia el otro lado, como si los demás no pudieran oírle así-. Mira, si tuviera setenta años sería una diva, un icono. Pero soy demasiado joven.

-¿Demasiado? Dejémoslo en "joven comparado con..." -apuntó Pablo.

-¿Con? A ver, asqueroso, ¿con quién?

-Con Cher, Aretha Franklin, Judy Garland... -respondió el cocinero, estirando la frente.

-Dos de ellas están muertas.

-No me obligues a opinar, querido. Es más o menos lo mismo.

-Lo dice el que está a punto de jubilarse.

Se dio cuenta de que se lo había dicho a Ginés, y que la sonrisa petitoria de éste seguía allí, ahora algo trastocada. Se volvió a remover, incómodo, y apretó de nuevo la mano de su marido, que seguía con la propuesta gimnástica de Ibón. Estiró el cuello y lanzó una mirada criminal al cuello de la camisa de Luis.

-¿Puedes parar quieto un momentito? -le sorprendió Pablo.

-¿Y ahora qué coño estoy haciendo?

-Tú sabrás, pero se mueve toda la mesa a tu ritmo.

-Oye, si tú eres arrítmico es tu problema, no el mío.

-A ver, que es que estás molestando a todos. ¿Es que no oyes cómo tintinean las copas?

-Éso es de los motores del barco.

-Los motores sólo los notan las ratas. Así que estate quietecito, leche.

-¡Tengo el puto síndrome de la pierna inquieta, memo! ¡No puedo evitarlo! -intentó defenderse Rober-.

-Y ahora me sale en plan Valmont.

-He visto la peli, zorra, y el cabronazo lo serás tú. Y deja ya de darme la vara, que me pongo de parto.

-Serás capaz.

-Por mi coño moreno.

Ahora las cejas que funcionaron fueron todas las demás.

-Qué capacidad tiene para cambiar de tema insultando -susurró Ibón.

-Habéis empezado vosotros, coño -y dicho ésto se levantó-. Voy a retocarme los brillos, cabrones.

-¡Terminarás con más maquillaje que cara! -le gritó Pablo a su espalda, que no le hizo ni caso.

Luis frunció el ceño un poco más, pero le dejó ir.

-Perdonadle, a veces le dan arrebatos. Le conozco, pero aún hay veces que no le entiendo.

Cuando volvió del baño con manos y cara frescos, todos reían a mandíbula batiente.

-¡Albricias! -exclamó Zoca-. Hacía tiempo que no me reía así.
-¿Qué ha dicho? -le musitó Rober a su chico.
-Albricias -Rober volvió a preguntar con una ceja-: caracoles, caramba, caray...
-¿Cara... qué? -Luis le miró aún intentando controlar la risa.
-La ostia puta...
-Ah, joder, que empiece por ahí -se quejó Rober-. Con lo claro que soy yo.
-Ya, cariño -repuso su risueño marido-. Pero tu claridad a veces descuadra.
-Bueno, ¿de qué coño os reís tanto? -Rober obvió el comentario.
-Nada importante. Hablábamos de medidas y de gimnastas.
-Ah. Qué divertido.
-Afortunadamente, se han puesto de moda los hombres naturales, con su barriga y sus pelos - prosiguió Ibón allá donde Rober no tenía ni idea que estaban-. Ahora los que tenemos que pasarnos la vida depilándonos podemos parar un poco.
-¿Pelos? -intervino Rober, mirando directamente a Ibón-. ¿Hablais de ésos que cuando se quitan la camiseta parecen gorilas?
-Osos, querido, osos -se defendió Zoca, desabrochando un botón más de su camisa para mostrar una alfombra de lana densa.
-He pedido por ti, amorcete -le susurró Luis a su marido mientras los demás seguían hablando de pelos.
-Jo, ¿qué me has pedido? Yo quería unos penne righate.
Se hizo un silencio expectante, que Rober rellenó preguntándole a su marido con una mueca.
-Qué raro. ¿No vas a hacer ninguna broma sobre los “penne”? -Rober oscureció su mirada bajando las cejas hasta casi cerrar sus ojos con ellas.
-¿Tú también? Me tenéis harto, en serio.
-Me da igual -Pablo bebió y se sirvió otra copa mientras proseguía con el tema anterior y sin que nadie supiera si le daba igual lo que pasara con los pelos o lo que pasara con Rober-. A mí me gustáis los hombres sin vello: me dan ganas de cambiar el restaurante por un centro de depilación.
-Para que todos sean tan naturales como tú, C3-PO -Rober no pretendía insultar; de hecho, todos rieron la ocurrencia menos Pablo, que sólo sonrió por no demostrar cuánto le molestaba que el actor siguiera estando vivo.
-No te rías así. Se te van a saltar las costuras -intentó ser igual de insultante.
-¿Qué costuras? Ni siquiera podrías pellizcarme las lorzas. Mira -Rober se echó hacia atrás e intentó agarrar algo de carne-, ni un átomo de grasa, hijaputa.
-Los átomos no son de grasa, son de cualquier cosa.
-Ya saltó la lista que to lo sabe.
-Pues chico, no sé, yo creo que hicimos la misma Primaria.
-Pero yo era de Letras.
-¿En Primaria? Qué adelantado.
-Yo siempre. Por delante de lo que me pongan delante.
-¿Se escucha cuando habla? -le musitó Ibón a Luis, que puso cara de circunstancias. Los otros dos seguían a lo suyo:
-De todas formas, no hablaba de esas costuras, sino de las de los estiramientos de cara.
-¡Uh, qué burdo! -pero las risas del resto taparon la exclamación. Rober se dio cuenta de que Luis sólo reía por las oleadas de las carcajadas anteriores, no por la batalla verbal actual-. Déjate de subterfugios y di las cosas a las claras.

-No es que lo que yo diga tenga un doble sentido, es que tú eres especialista en tergiversarlo todo.

-Mi cerebro es un Ferrari.

-Y tu lengua un Maserati. Cuatrocientos kilómetros por hora, pero en malas manos, un truño.

-Buah. Eres más previsible que una peli de Divinity.

-Al menos lo digo todo. Tú, si fueras la mujer barbuda, tendrías calvas en la barba.

-Pues anda que tú... Ni Jar-Jar Binks se cargaría una escena con tanta facilidad.

-Eres como un cenicero en la casa de un exfumador.

-Y tú como un single sin versión maxi. No hay más.

-Hay canciones perfectas a las que no les hace falta ninguna remezcla.

-Si eres Rocío Jurado, puede. Pero tú no llegas ni a reggaetonero -Ibón y Luis comenzaban a ponerse nerviosos. Los otros dos, sin embargo, se divertían con el partido de tenis oral.

-Me recuerdas a una peli de terror que no da miedo. Qué pena -prosiguió Pablo, caléntándose peligrosamente-. Qué digo, de terror: eres como una comedia que nunca hace reír. Patético.

-Métete en una saca de Correos y envíate a las Chimbambas, anda. Seguro que allí te encuentran uso.

Las sonrisas de los demás ya estaban semi congeladas. Ibón y Luis se miraron, sabiendo que tenían que poner solución cuanto antes. Luis volvió a agarrar con fuerza el muslo de su marido, e Ibón se puso en pie para abrazar al suyo desde detrás.

-Cariño, ¿te vienes al baño? -notaba el envaramiento de Pablo, de modo que estrechó algo más el abrazo-. Acompáñame, anda, y me ayudas con lo de la espalda.

Pablo relajó un poco su espina dorsal y miró como pudo a Ibón con una ligera preocupación.

-¿Te duele?

-Un poco -soltó el abrazo.

Pablo se levantó de un salto y miró a los de la mesa excusándose con un ligero movimiento de cabeza. Se colocó tras Ibón y le levantó la camiseta discretamente. Luego tironeó de la cinturilla del pantalón. Ibón le ayudó bajándolo él mismo un poco y subiéndose la camiseta casi hasta el pecho, lo que provocó un ligero revuelo en las mesas de alrededor.

-¿No os íbais al báter? -les empujó Rober-. Por dios, si queréis cobramos por el chou.

-¡Perdón! -se excusó ahora Ibón, colocándose la ropa pero sin ruborizarse ni un sólo grado-. Vamos, amor.

Les vieron dirigirse hacia el fondo durante unos segundos. Al pasar junto a una mesa poblada por ancianitas, dos de ellas aplaudieron a Ibón, que las miró, orgulloso y se levantó la camiseta frente a ellas para mostrarles musculatura endurecida para momentos como ése.

-Madre mía -murmuró Rober-. No se corta un pelo, ¿no?

-No te creas que es tan exhibicionista. Al menos, ya no, aunque lo fuera de jovencillo -explicó Luis-. Hace unos años le llamaron de Recursos Humanos de la cadena de gimnasios donde trabajaba entonces para preguntarle si quería dirigir la sucursal nueva que iban a abrir, *exclusiva* para mujeres.

-¿Y qué tiene éso que ver?

-Que cuando dijo que no, le respondieron que si volvía a enseñar el rabo en el vestuario le enviarían a dirigir la sucursal nueva de Siberia.

Zoca y Ginés se partieron de risa. Rober sólo volvió a alzar una ceja.

-¡Sois muy divertidos! -exclamó Ginés, dirigiéndose a Rober-. ¡Muy cabrones, pero muy divertidos!

-Nosotros somos muy cabrones y tú eres muy... -la mano de Luis se cerró con fuerza en su

muslo; soltó un quejido-. Joven. Tú eres muy joven.

-¿Y qué más da?

-¡Y yo qué sé! Se me están gastando los comentarios educados y simpáticos.

-Por dios, haz un esfuerzo -le susurró Luis, aliviando el agarre de carne.

-Claro, cariño -la sonrisa no pegaba con la mirada de malignidad, que se dirigió ahora a Zoca para no tener que enfrentarse al descaro de Ginés-. Te matas a diario en el gim, ¿no?

Luis puso los ojos en blanco, pero el otro no se dio por aludido.

-Bueno, matarme... digamos que me esfuerzo. No siempre he hecho ejercicio, pero ahora me siento fantásticamente, y quiero seguir así todo lo que pueda.

-Pero, ¿cómo puedes mantenerte así a tu edad? -Rober se estaba lanzando. A Zoca no le molestó.

-Oye, que sólo tengo cincuenta.

-Cincuenta y tres, bonito -le recordó Ginés y luego se dirigió a Rober-. De cualquier forma, tú también estás muy bien.

-Y encima te quitas años -arrastró Rober, sin hacer caso al joven-. Dios, cómo me jode la gente que se puede quitar años y que nadie diga "¿Cincuenta? Y una mierda". Si yo dijera que tengo cuarenta, media profesión se troncharía de risa.

-¿Y por qué? ¿No lo hacen todos los famosos, quitarse años?

-Con las redes sociales y San Google Bendito, imposible. Ya nadie lo hace, desde que Sara Montiel era joven, que lo fue. Lo primero que publican esos hijos de puta de fans es tu partida de nacimiento. Lo siguiente, en cuánto se enteran, tu peso, y tu estatura y cuánto te mide la polla. Aunque bueno, en ese aspecto tampoco tengo mucho problema.

-Ah, mira -Zoca le echó una mirada divertida a Ginés-, encima nos vacila de pollón.

-Oye, que éste acaba de decirme que qué bien estoy. Hablaba de mi peso.

-Ah, claro -Zoca alargó las vocales y volvió a mirar a Ginés de hito en hito, mientras a Rober le llamaba la atención algo al fondo del enorme salón.

-Siempre pensé que la fama de ceporridad de los vascos era una exageración. Pero mírale -señaló con el mentón: Pablo e Ibón ya volvían hacia la mesa-. ¿Cómo pudiste enrollarte con semejante ceporro?

-Ni nos enrollamos, ni es un ceporro -aclaró Luis-. Lo primero: fue mi marido. Lo segundo: era un amor de hombre.

-Pues la cara es de ceporro. Puro y duro. Esa nariz...

-Jugaba al rugby.

-¿Y qué? ¿Que para jugar al rugby hacen casting?

-No, pedazo de bobo, pero ha recibido diez mil ostias deportivas. La nariz se la rompieron un par de veces y nunca se la arreglaron bien.

Rober torció un poco la cabeza para intentar mirar a Ibón de otra manera, pero no lo consiguió. Zoca y Ginés se miraron con un inusitado placer: se lo estaban pasando bomba asistiendo a aquel aquelarre.

-Siempre pensé que la fama de vacaburras de los jugadores de rugby era una exageración. Pero mírale. ¿Cómo pudiste casarte con semejante vacaburra?

-¿Y el tuyo? ¡No te jode! ¿Siempre ha sido así?

-Qué va. A veces se pone antipático.

Luis le dio por imposible y sonrió a los otros cuando se sentaron.

-Perdonad, chicos -se volvió a excusar Ibón-. Tengo un quiste enorme que me jode mogollón cuando se infecta.

-¿Un quiste? -Luis quería más información, pero su pregunta quedó tapada por la verborrea

habitual de su marido.

-Ah, claro, y por éso llevas esos bañadores minúsculos -apreció Rober sin saber qué bañadores usaba el hombre.

-No, qué va. Esos bañadores los llevo porque estoy como un jodido queso y me mola calentar al personal.

No lo dijo triunfante, aunque fue una de esas escasas ocasiones en que Rober se quedaba sin respuesta ultrarápida. Pero claro que contestó:

-¿Y no los llevas por calentar a tu amorcito?

-A mi amorcito le contento de otras mil maneras.

-Deberías ponértelos por él y no por el resto. Hazme caso: si hay algo sobre lo que sepa de lo que hablo, éso es el amor.

-Querrás decir el sexo -puntualizó Pablo.

-Bueno, coño, me habéis entendido. Ya sabes que soy disléxico.

-Lo que eres es más putilla que Madonna en los 90.

-Tendrás algo que decir sobre La Reina.

-No sé. ¿La reine est morte, vive la reine?

-No sé qué coño has dicho, pero seguro que te mereces dos...

Para relax de todos dos camareros ocuparon el espacio que habría ocupado la lengua desatada de Rober, sirviéndoles con diligencia y sin necesidad de preguntar a quién correspondía cada plato. Rober les observó mordiéndose la punta de la lengua y maldiciéndoles por tener tal sentido de la ocasión.

Los tres gimnastas se lanzaron sobre sus platos como si hiciera una semana que no comían, mientras Pablo se ocupaba de hacer saber al resto que el quiste de Ibón no era un problema, que ya tenía fecha para quitárselo y que en su lugar quedaría una cicatriz en la parte alta del cachete izquierdo de su trasero, que él se ocuparía de lamer todas las noches, provocando con la imagen el deleite de su marido.

Por pura casualidad, mientras ya masticaban con ganas, Zoca sacó el tema del cine, sin saber lo que podía provocar.

-Tuve la suerte de que a mis padres les encantaran el cine y el teatro -comentó Rober-. Me llevaban a ver de todo; una vez por semana, al menos. Una delicia para una mariquita de aquella edad.

-Pues yo tuve la suerte de que mi madre cocinara fantásticamente -quiso aportar Pablo para intentar salir del tema favorito de Rober.

-Pues como todas las madres de esa generación, las pobres -opinó éste-. No es que tuvieran muchas opciones por el ahora tan denostado "soy ama de casa".

-Hombre, mi madre curraba de modista un cerro de horas, y luego llegaba a casa y nos tenía que hacer la comida y la cena.

-Pues mi madre curraba de madre. Imagínate lo bien que cocinaba.

-En vez de tener esta discusión, deberíais agradecerse a ellas directamente, ¿no? -opinó Ginés, sin ni siquiera pensar en que cuando hablas a gente de ciertas edades sus padres tienen la manía de haberse muerto ya.

-Yo lo hacía siempre que la veía -Rober se puso un poco tontaina, pero era capaz de salir de casi todo-. De hecho, cada vez que iba a verla y me ponía croquetas de cocido con jamón, lloraba.

-Tú lloras viendo "La sirenita" -le recordó Pablo.

-Es cierto -concordó Rober sin añadir, extrañamente, nada más. Luego apoyó las manos encubiertas junto a su plato y discurrió un momento-. ¿Qué cocinaría la madre de "La"

Sirenita? Qué aburrimiento, ¿no? Sin carne, ni nada.

-Pues las croquetas de cangrejo están cojonudas -aportó Zoca-. O las de bacalao.

-Bah, el pescado es lo que comería el hombre si los diplodocus no se hubieran transformado en vacas.

-Sabes que todos los animales hemos evolucionado a partir de algo que salió del mar, ¿verdad, cariño? -su marido le frunció una graciosa nariz.

-Bah, cuando una merluza te dé jamones hablamos. Además, a lo que íbamos: imagínate el trauma de la pobre sirenita comiendo croquetas de Sebastián.

Su marido y los tres gimnastas rieron. A Pablo se le cruzó por la cabeza su Crujiente de Bechamel de Cangrejo y se olvidó de la conversación durante un buen rato.

El resto de la cena transcurrió sin mayores molestias por parte de ninguno, en gran parte porque Zoca y Rober la acapararon con su vicio cinematográfico, consiguiendo el único momento Zen. Pero todo lo bueno acaba más tarde o más temprano.

-Hablando de esa peli... No entiendo que en España celebremos Halloween. Con lo que podría dar de sí nuestra propia festividad -Rober prefería los muertos de verdad a los zombis.

-Somos americanistas -apuntó Zoca.

-Éso lo será tu padre.

-Chico, ni que te hubiera llamado... yo qué sé.

-Se lo has llamado -le quiso informar Luis.

-¿Y todo tu cine y toda tu música norteamericanos que tanto adoras? -le recordó Pablo al actor-barra-cantante.

-Eso da igual, porque su cine y su música no han... no nos han... -alzó la misma ceja que usaba siempre que algo no le salía-, ¿cómo coño se dice? ¿Fosilizado? ¿Fruslerizado? Joder, el puto palabro.

-¿Colonizado? -intentó Zoca.

-No. Empieza por F. Y tiene diez letras -Zoca también levantó una ceja.

-Éso tiene que ser súper útil para el Scrabble.

-Fagocitado -intervino Luis, seguro, y Rober le agarró una mano.

-¡Eso, coño! Que su cine y su música no han foterizado a los nuestros.

-Fagocitado -repitió el músico.

-Éso he dicho -Zoca y Ginés se echaron una divertida mirada de: “Este tío va a ser fácil”. Nadie quiso llevarle la contraria, así que siguió, convencido de lo suyo, pasando a adorar la Alta Comedia de los treinta y los cuarenta-. Y tampoco entiendo a la gente a la que no le gusta el cine en blanco y negro.

-Es antiguo -repuso Pablo-. Me hiciste ver ocho mil películas en las que los decorados eran de cartón piedra, cuando los había, los actores estaban ridículos y los...

-¿Y a ti qué más te da? -le cortó un ofendido Rober-. Tú ya eras antiguo cuando te bautizaron.

-Qué chorrada. Sólo tengo cinco años más que tú.

-Venga ya, si en tu bautizo tu madre llevaba peineta y mantilla, que he visto las fotos.

-Porque vengo de una familia muy clásica. Y al menos hay fotos.

-Y del cambio de siglo también. Del XIX al XX, digo.

-Joder, Rober, qué cansino eres a veces -se quejó Pablo-. No, qué va: lo eres siempre.

-Vale, tengo un sentido del humor malvado. Pero hay mucha gente como yo.

-Qué bonita excusa para un maltratador.

-Me dirás ahora que yo te maltraté de alguna manera -se le quedó el “hijo de puta” colgando de un diente.

-Sólo era una comparación -dijo el otro, sin darle importancia.

-Pues te coges tu comparación, te la haces al horno, o la deconstruyes y la haces espuma de mousse de gilipollez, y te la zampas, a ver si te sienta igual de mal que al resto del mundo casi todo lo que dices.

-Para tener el cerebro que tienes siempre te has expresado con frases excesivamente largas y complicadas -limó Pablo.

-Jódete.

-Lo decía porque tu público se pierde antes de la mitad. Y no me jode; te entiendo mejor de lo que crees -Rober se encendió aún más.

-No mientas, no me entiendes para nada.

-Y tú demuestras saber tan poco que si te presentaras a un Pasapalabra sobre mí sacarías todo el roscó en rojo.

-Mira, que te zurzan.

-¿Cómo puedes olvidar palabras de lo más usuales y recordar las que usaba tu abuela?

-Al menos a mí me crió mi abuela, y no la Abominable Yaya de las Nieves.

-Mi abuela era un puto encanto, gilipollas -mintió Pablo; su abuela pocas veces salía de la cocina de su restaurante, y cuando lo hacía era una vieja bastante seca, hasta con sus nietos.

-Ya veo, ya. Ya me contaste alguna vez -a Pablo había cosas que le molestaban en especial, y su familia era una de ellas.

-Te mataría si no fuera porque sé que volverás de entre los muertos para vengarte a mordiscos.

-Por dios, deja de ver cine barato.

-Tranquilo, nunca veo tus películas.

-Corta y nada, Caperucita.

-A ver, estás mezclando algo de nadar con "corta y rema" y con "menos lobos, Caperucita" - Pablo sabía cuánto le jodía al actor que él fuera quien le corrigiera.

-Me has entendido, ¿no?

-Milagrosamente. No sólo éso, sino que en mis memorias podré presumir de haber sido tu traductor original.

-Nadie comprará tus memorias. Qué aburrición mortal.

-Bueno, vale ya -Luis se comió la mesa con el torso, e incluso quiso extender los brazos ante los dos contendientes, pero la frase bastó. De momento.

Ahí quedó el momento anti-Zen del segundo tramo de la velada, gracias a que justo entonces una parejita reconoció a Rober y Luis de aquel anuncio, nada menos, y a Pablo de verle en su programa de cocina. Les pidieron una foto en la que los únicos que sonreían a cámara con algo de alegría eran la parejita, pero al menos la cuestión les relajó un rato. No se habrían relajado tanto si hubieran sabido que el 90% de los que vieron esa foto preguntaron quién coño eran todos aquellos tipos.

Luis se pasó el resto de la noche dando golpecitos con los pies a Rober, o posando una mano maripósicamente en su muslo. Rober se pasó la noche suspensivizando sus frases para no acabarlas con un exabrupto e intentando controlar el nerviosismo que se le escapaba por las piernas para que Pablo no volviera a decirle nada sobre el movimiento de la mesa.

Después de un contundente café una lindísima muchachita se colocó frente a la orquestilla y comenzó a desgranar grandes éxitos tan jóvenes como los anteriores con una deliciosa voz de sirenita. Luis agarró a Rober de una mano en cuanto vio que una parejita de ancianos más enamorados de lo que ellos mismos recordaban se lanzaban a la pista para bailar.

-Nos vamos a romantizarnos un poco -informó a los otros, poniéndose en pie y obligando a

Rober a seguirle.

-No pienso salir ahí a hacer el ridículo delante de todo el crucero -le musitó Pablo a su marido, lo suficientemente alto como para que Rober lo captara y lo usara:

-¿Por qué no? Lo haces el resto del día.

-Te clavaría las uñas, zorra.

-¿No te acabas de hacer la pedicura? -ninguno de los dos pudo seguir porque Luis le sacudió tal tirón que hasta le sonó algún hueso del hombro. Se estaba hartando y pretendía que la tercera parte de la cena transcurriera sin marejada de fondo.

-¡Oh, qué bonito! -exclamó una encantadora ancianita cuando un enmorrado Pablo y un sonriente Ibón empezaron a bailar muy cerca de su mesa. De hecho, todas las abuelas habían vitoreado a Ibón, más que nada.

-¡Buh! ¡Mariquitas! -apuntó otra.

-Qué antigua eres, Pepita -repuso la primera.

-Tengo setenta y ocho años, Menchu. Seré lo que me salga del coño, que ya es pa lo único que lo uso, rediez.

Mientras subían el tramo de escaleras que separaba la cubierta del restaurante de la de su camarote Rober se dio cuenta de que el silencio de Luis iba algo más allá de lo normal.

-¿Te pasa algo? -Luis torció el morro antes de responder.

-No me parece que lo estemos haciendo bien. Deberíamos comportarnos de otra manera, ser más maduros. Yo qué sé -Rober tironeó de su mano para pararle y aprovechó para sorprenderle.

-¿De verdad le querías? No lo entiendo.

-No sé qué tienes que entender. ¿Acaso intentas explicarte por qué nos queremos nosotros? - Rober le echó una mirada extraña durante un segundo, que pasó desapercibida-. Es más simple que un 4x4.

-¿Un todoterreno? -Luis soltó una risilla.

-No, amor. Un ritmo musical, muy simple y muy usado en...

-¿Un dieciséis, entonces? -ahora Luis paró en medio del pasillo y se quedó mirándole, aún con la sonrisa.

-Ay, madre. A veces me gustaría conocer a tus profesores del cole. Y a los del insti. Y ver tus cuadernos de apuntes.

-Yo no apunto nada en cuadernos -mintió Rober, que en casa tenía una balda entera llena de cuadernitos y blocs mal organizados-. Para éso tengo la agenda del móvil.

-Me refería a... bah, déjalo -se dio por vencido, con los ojos en blanco, y luego le dio un piquito-. Te quiero.

-Hijo, qué raro eres.

-Lo sé, amor, lo sé.

-Voy a mandar tus fotos a Cuarto Milenio, a ver qué encuentran en ellas.

-Manda alguna de los dos juntos. Seguro que sale alguna pareidolia.

Siguieron pasilleando, pero Rober no se dio por vencido.

-No me has respondido: ¿estabas enamorado de Ibón?

-Pues claro, fue mi marido.

-Bah, éso hoy en día no significa mucho.

-Hombre, qué bonito. Yo confío en que tú me quieras. Y en que sepas que yo te quiero a ti.

-¿Y por qué? -la extraña mirada había vuelto.

-¿Qué? -Luis frunció las cejas más allá de su límite físico.

-Que por qué me quieres.

-¿Qué pregunta es ésta? -su cara de incredulidad total hizo pensar a Rober que le estaba sacando del sitio oscuro en que andaba metido.

-Una. No sé. Todos los hombres con los que he estado han terminado preguntándose a sí mismos por qué me querían. Por algo será.

-¿Porque es lo que todo el mundo se pregunta cuando rompe con su pareja? -fue la respuesta a la gallega de Luis. Rober aceptó menos seguro que conforme.

-Vale, buena respuesta. La discutiré con mi psicólogo.

-Amor, tú no vas al psicólogo.

-En cuanto lleguemos a tierra firme me busco uno -tiró de la mano de su marido y luego volvió a pararle en seco. Le miró con algo de temor.

-¿Me lo estás contando todo?

-A ver -Luis dudó mínimamente-, no con pelos y señales, pero sí.

-Con pelos ya sé que no puedes. ¿Cuánto gastará al mes en depilarse? -intentaba relajar a ambos, pero no lo consiguió.

-Joder, Rober, córtate un poco. Eres incapaz de tener una conversación sin meterte con quien tienes enfrente, y a veces cansa mucho.

Rober bajó la mirada, algo avergonzado.

-Jo. Lo siento, amor. Es que ese niño me ha sacado de mis casillas.

-¿Pero es que no le has dicho ya lo suficiente? Por dios, que ya son años. No sólo no debería molestarte, sino que debería importarte un bledo -su chico le miró con cara de puzzle hasta que se dio cuenta de que no hablaban del mismo.

-Cariño, me refiero al puto Ginés. Y al otro. ¿Es que no te has dado cuenta de que querían juerga?

-Pues claro que me he dado cuenta, pero éso da igual, coño. Otras dos putillas a las que te puedes quitar de en medio sin problemas. Pero lo de Pablo... joder... Hay que arreglar todo ésto antes de que nos joda todas las vacaciones.

Rober exhaló un globo aerostático por la nariz. Le cogió ambas manos y se llevó una a la boca para besársela.

-Ya sé que suena a tópico, pero ya me conoces, niño. Sabes que soy muy jodido y muy malhablado. Pero Pablo sólo es un puching-ball. Está ahí, y es fácil insultarle.

-Si no te afectara que estuviera ahí, no le tratarías así.

-No me afecta en absoluto, amor, y deberías tenerlo claro. Pablo me importa un zurullo -tuvo que agacharse un poco para atraer la mirada de Luis-. Mira, hay gente que, gracias a dios, se va como esas mierdas de cuando tienes cagalera. Ni siquiera hace falta pasar el cepillo; se van solitas, con el agua. Y Pablo no ha dejado ni mancha. ¿Te queda claro así?

Luis hizo una mueca con los labios pero siguió sin mirarle.

-Y entonces ¿por qué parece que le das la importancia que no tiene?

-¡Que no le doy importancia! -exclamó Rober, algo desesperado-. ¡No tiene importancia alguna para mí! ¿No te das cuenta? Es un bicho al que ves volar alrededor y le apartas de un manotazo, y ya está.

-No lo parece, Rober. A un bicho le apartas y te olvidas. Con este bicho quieres pelea -Rober se desesperó. No sabía cómo explicarse, ni quería meterse en camisas de once varas.

-Te juro que llega un momento en que hablar con él me deja vacío. Y no quiero decir que no se me ocurran más respuestas, sino que... no sé cómo más decirlo.

-Te has expresado muy bien, cariño -Luis se iba relajando.

-Porque contigo me pasa al revés.

-Mi ego acaba de crecer hasta ocupar siete camarotes -se miraron unos buenos y rellenos segundos, pero Rober se sintió en la necesidad de zanjar el tema.

-A ver, si es que no sé... Tardé mucho tiempo en darme cuenta de lo absurda que era nuestra relación. Estuve mucho tiempo obnubilado por su personalidad aplastante. Le creía brillante, pero era tontería mía. Y necesidad.

-¿Necesidad?

-No sabía estar solo -Luis torció media boca.

-Ahora tampoco, cariño. Perdona que te lo diga, pero eres bastante torpe para muchas cosas que todos tenemos que hacer a diario.

-Lo sé, y te agradezco mil que las hagas por mí. Pero entonces era un torpe sentimental, no sólo un inútil con las manos.

-Bueno, inútil con las manos no lo eres del todo -Luis torció la otra media boca y terminó de dibujar la sonrisa, pero seguía algo espeso-. Sólo quiero que te relajes; me asusta que le des tanta importancia.

-¡Y dale! ¡Que Pablo no me importa para nada! -se quejó Rober-. Mira, para mí tiene la misma importancia que cualquiera de los lerdos que salían en Gran Hermano.

-Algo tendrían cuando estaban ahí. Dieciseis de siete mil -a Luis ya se le había escapado una sonrisilla algo más convincente que la anterior.

-Los más anormales. Lo único que la gente quiere de esos programas es ver a un montón de gilipollas sacándose los ojos.

-Qué hipocritón eres. Me dijiste que tú te habías presentado para la tercera temporada. O para la cuarta, yo qué sé.

-Ya. Y tenía los años que tenía. ¿Quién no es un gilipollas a esa edad? -se acercó un poco y acarició los labios de Luis con los suyos-. Y un hipocritón a la nuestra.

Luis se echó un poco hacia adelante y entreabrió los labios para dejar que Rober los lamiera despacio.

-Vale. Pero dime que vas a ser bueno.

-No puedo prometerte nada -dijo Rober, tras dejarle sin respiración metiéndole la lengua hasta el hueco de las amígdalas que le habían quitado de niño-. O bueno, sí: puedo prometerte que en cuanto lleguemos te voy a hacer tal mamada que te voy a sacar hasta el tuétano.

Frotó sus paquetes y volvió a besarle, provocando un profundo gemido de su chico, que llevó las manos de ambos a su propia espalda para que Rober le estrujara a fondo. Dejó que le volviera a ahogar con su beso, y luego se separó de él vizqueando.

-Eres un cabronazo -se quejó-, cómo sabes que se me va la pinza cuando me besas así.

Rober le tapó de nuevo la boca con la suya hasta que la respiración de Luis fue la de un corredor de marathón al dejarse caer al suelo tras romper con el pecho la cinta de llegada.

-Te quiero, ¿lo sabes? -Luis afirmó con la cabeza, ya perdido-. Te adoro, mi niño.

Tironeó de él hacia el camarote. Luis se dejó tironear, encantado de la vida, durante las siguientes tres horas. Después se durmió como un angelito mojado y feliz.

Rober se durmió sólo mojado, después de un buen rato de darle vueltas a todo lo que le apetecía dejar tal cual.

Los otros cuatro siguieron sentados durante un buen rato; dos de ellos descolocadísimos, los otros dos, aún marujas.

-¿Por qué les aguantáis? -preguntó Ginés, bastante ido a causa de las tres copas que llevaban ya encima-. Vaya hijaputa, el Rober ése.

-Ya, vaya hijaputa, pero bien que le echarías un polvo, cabrón -espetó Pablo, que se había bebido

él solo otra botella entera de cava.

-Lo cortés no quita lo follable -apuntó Zoca-. Y follables lo están los dos un rato.

-Para vosotros cualquier cosa es follable. Os follaríais a mi marido si no le atara en corto.

-A tu marido ya nos lo hemos follado -informó Ginés, sabiendo que el otro lo sabía y provocando, ahora sí, que la calva de Ibón se encendiera con un rosa brillante-. Y cualquier cosa no es follable, *querido*.

La entonación del “Querido” que usó Ginés denotó un claro “tú no lo eres”. Pablo cogió aire sin cambiar su expresión pétrea. Se bebió de un lingotazo la última copa de cava y tras dejarla en la mesa dejó que su marido le atrajera por una muñeca y le susurrara:

-Cariño, esta es la última.

-¿Y tú quién eres? ¿Antivicio? -se puso en pie lo más dignamente que su enclenque equilibrio le permitió- Lo que no sé es por qué aguanto a ningún maricón, por qué os aguanto a vosotros. Sois todos iguales: envidiosos, infames, maliciosos. Todos tan hijos de puta como Rober -Ibón dejó caer su cabeza, mostrando más kilómetros de rosa-. Y ahora, si me permitís, me voy a desintoxicarme de tanta perversidad.

Ibón se puso en pie de un salto, pero no le dio tiempo a agarrarle. Miró de bastante mal talante a los otros dos.

-Joder, Ginés -maldijo, y corrió tras Pablo. Cuando ya no les podían escuchar, el muchacho repitió su opinión de siempre.

-No me explico cómo Ibón puede estar con este gilipollas. Y encima es un jodido feo, el cabrón -alzó una ceja-. Pero le daría por culo sólo por añadir la muesca.

Zoca le dirigió una divertida mueca.

-Como si no te conociera. Yo lo que no entiendo es cómo se puede ser gay y a la vez tan jodidamente homófobo -se le dibujó una medio sonrisita-. ¿Sabes los nombres que pone a sus platos? ¡Por dios, si cocina un *macramé de verduras*! ¿Se puede ser más maricón? O más abuela, no sé.

-Ya -susurró Ginés, sin tener la más mínima idea de qué coño podía ser un macramé de nada y levantando una mano para llamar la atención de uno de los camareritos: el más joven de todos, que se acercó a la mesa, solícito y servicial a pesar del dolor de pies.

-¿Desean algo más?

-Que cuando termines tu turno te pases por el camarote 2029, bonito. Tenemos una cama enorme.

Al camarero le tembló el labio inferior y luego se le dibujó una sonrisilla tan ligerísima como nerviosa.

-He de darles las gracias, señores, pero no voy a poder: no está permitida la confraternización con los clientes.

Zoca alzó una mano que recorrió, discreta, todo el muslo y la cremallera del pantalón del muchacho para posarse, inocente cual mariposa libre, en la mesa.

-Claro que vas a poder, tonto.

DÍA 3: I want your sex

El Puerto de Livorno no brillaba a la luz del sol mañanero cuando Rober salió a la terraza del camarote a estirarse y bostezar. No sabía por qué, siempre esperaba que las cosas fueran como tenían que ser, de modo que descubrir que el puerto era como cualquier otro puerto le decepcionó un poco. Pero bueno, tampoco iban a visitar aquella ciudad, de la que por otra parte no sabía nada ni le importaba un bledo.

Volvió a entrar para tirarse sobre la cama con toda la intención de despertar a Luis, que sólo gruñó y le mostró su espalda.

-Niño, son las ocho y media. Si nos despistamos perdemos el bus -Luis volvió a gruñir.

-¿Y tú cómo sabes que vamos a coger un bus? -le salió una voz tan pastosa como si tuviera todo un desayuno en la boca.

-Jo. Todo el mundo piensa que soy un desinformao. Hasta tú. Pero ¿sabes qué? Yo leo más de lo que os pensáis todos -a pesar de sonar enfurruñado, pegó todo su cuerpo al de su chico y le dio un dulce beso en el cuello, provocándole un escalofrío. Le abrazó un poco más fuerte-. Hace un ratín me leí todo el itinerario.

-Brrmlgrmuch -respondió Luis, que se arrebujó un poco contra él.

-No sé qué significa éso, pero espero que sea que te espere para ducharnos juntos. ¡Hay que ahorrar agua! -y dicho ésto apartó la sábana que aún medio cubría a Luis, le dio una palmada en el culo y salió de la cama, inusitadamente energético.

-Déjame un rato más, mami.

-Ni un rato ni una rata; hala, mueve el bulla, que es gerundio.

-Jo -dijo un expresivo Luis cuando su chico le tiró de un brazo para levantarlo-. He dormido de pena. Esta noche has roncado como un camello. Y éso no es gerundio, es la puta verdad.

-Yo no ronco; respiro fuerte -respondió el otro, fingiendo ofensa.

-Lo que tú ronques... lo que tú digas, cariño -dijo Luis con los ojos aún cerrados y estirando los morros a la espera de un beso de buenos días que Rober no le dio.

-¡Venga! ¡A la ducha! -Luis abrió sólo un ojo porque los párpados del otro estaban pegados, pero la mirada con ese único ojo fue mucho más expresiva que todo lo que pudiera decir. Rober le puso cara de madre-. ¡Vamos! No me voy a perder la torre de Pisa porque tú estés torcido, que cualquier día de éstos se les cae.

Luis cerró el ojo y estiró un brazo.

-Llévame, mami.

Rober soltó un bufido, pero se pasó ese brazo por encima de los hombros y levantó a su marido en brazos como si no pesara nada.

-Mami, qué fuerte estás.

-Para follarte mejor.

Más tarde, mientras desayunaban en su terraza ya favorita, vieron pasar a *Los Otros* corriendo por la Cubierta lateral de la piscina.

-Con lo pesado que era con que fuera al gimnasio y me mantuviera y tal, al final me ha cambiado por una gorda oronda, enorme y grasosa -opinó Rober; el “me ha cambiado” fastidió a su chico, pero hizo como si con él solo fuera lo demás y no éso.

-Ni está gordo, ni grasoso, ni me gusta que uses el femenino para insultar a otros gays.

-¿Que no está gorda? Así, a la canal, unos ciento veinte kilos -Rober estiró un dedo gordo como si fuera un pintor tomando medidas, pero *Los Otros* ya habían desaparecido de su vista.

-Que rellenan perfectamente los veinte centímetros de estatura que te saca.

-Oye, no me estarás comparando con éso -exclamó un pretendidamente molesto Rober.

-No -Luis estiró la negación todo lo que pudo-, lo estás haciendo tú. Yo sólo intento hacerte razonar un poco a ver si dices algo que demuestre que no te molesta que tu ex sea feliz, para poder serlo yo.

-Ah, vale -Rober hizo una mueca de culpa de lo más ligera y luego alzó ambas cejas-. ¿Lo puedo dejar en "maloliente"? No es femenino. Y el tío suda como un cerdo.

-No sé si te has dado cuenta de que estaban echándose una carrera por la cubierta.

-Como si lo hacen por la tapada. Yo no sudo así cuando hago ejercicio.

-Tú no haces ejercicio, cariño -le picó Luis; sí que lo hacía, y todos los días-. Tú haces tai-chi.

-Qué ataque tan gratuito a la cultura asiática. Que sepas que gracias al tai-chi podemos hacer las posturitas que hacemos.

-Y yo que te lo agradezco, cariño.

Rober se metió en la boca todo lo que le quedaba sólido del desayuno en plan carpanta. Aún con la boca llena se llevó una mano al estómago y masticó también las palabras.

-Joder, qué malo me estoy poniendo. ¿No se supone que el Mediterráneo es una jodida balsa? -Luis decidió seguir martirizándole, tomándole un poco más el pelo.

-Cariño, en el Mediterráneo ésta es la temporada de tormentas todos los años. ¿No ves el telediario?

-¿Tormentas? ¿Pero como huracanes, de esas que tiran casas? -se había incorporado y ahora tenía las dos manos en el estómago-. Ay, dios mío, ¡nos hundimos!

-A ver, tranquilízate, que esas cosas se prevén y no pasa nada. Y estamos en un puerto; si nos hundimos será un metro.

-¿Que no pasa nada? ¿Y por qué coño tengo yo estas ganas de vomitar?

-A lo mejor porque te acabas de zampar dos cruasanes del tamaño de dos manatíes -el otro le frunció la nariz con gracia.

-Me estás agriando la leche, cariño -Rober miró los restos de su taza.

-Pues a ver quién es el listo que te la mama.

-Vale, no he dicho nada -se quejó el actor. Luis se apiadó algo de él porque se le veía palidecer por segundos.

-A ver, ¿te has tomado las pastillas?

-Joder, se me olvidan. Tampoco es que sean las anti-baby.

-Gracias a dios. Llevo años esperando que te quedes embarazado.

-Eres tonto.

-Y tú me sorprendes tanto que no me extrañaría que te quedaras preñado sólo por dar la nota.

-Eres muy tonto -Luis le regaló una sonrisa y Rober le frunció toda la cara.

-Antes de salir voy al camarote y te traigo las otras pastis, pa que no vomites, y anda, vamos a meterte tres litros más de café, que es lo único que te relaja las tripas.

-Éso -se quejó el pobre hombre, apretándose el vientre-. Para que encima me vaya patas abajo. Ésto va a ser más asqueroso que "Scary Movie 2".

Pablo tenía la vista perdida en su ensalada de frutas. Que diferenciara doce colores diferentes hablaba bien de su desayuno, pero le pesaba la cabeza y sentía una extraña debilidad en todo el cuerpo, sensación tampoco inusual tras pasar una mala noche y como consecuencia tener una mala mañana posterior.

-¿Qué te pasa? ¿No tienes hambre? -Ibón, que daba cuenta de su tercer cruasán, el primero con jamón y queso, el segundo con mantequilla y mermelada y el último relleno de chocolate, no dio

la menor señal de mostrarse preocupado.

-No... -comenzó Pablo, en automático-. O sea, sí. Sólo estoy lento.

-Pues más te vale meterte un buen desayuno, que hoy nos toca andar.

Pablo dejó que su cuerpo expresara lo muy poquito que le apetecía pasarse un día visitando iglesias italianas, sobre todo después de la paliza de veinte minutos corriendo, pero antes de que se notara demasiado su cabecita ya había procesado la alegría con que su marido esperaba el día: no había estado nunca en Italia, y en un principio, era lo que más les apetecía a los dos, hacerse un “Una habitación con vistas” por Florencia.

-Claro, amor. No te preocupes, en cuanto me meta otro café me tienes bien a tope.

Lo dijo con total convicción, pero hasta a sí mismo le chirrió. Encima, Ibón le desconcertó con su siguiente comentario.

-No sé que veías en él. De hecho, no sé qué vé Luis en él. Puede que sea divertido, pero por otro lado, no se puede ser más rematadamente tontaina.

-Los tontainas no son conscientes de que lo son -también se sorprendió a sí mismo defendiendo a Rober-. De hecho, no son conscientes de nada, excepto de sus sentimientos y de los de los demás. Es más: su simpleza les hace simplificarlo todo. Si eres buena persona con ellos, te querrán sin límite.

-¿Y todo ésto lo has sacado de éste?

-Qué va. El mundo, afortunadamente, está lleno de tontainas. Yo, por ejemplo, soy una complicación de persona. Soy totalmente autoconsciente y conozco muy bien mis limitaciones y defectos. ¿Qué significa éso? Que por mí mismo no puedo llegar a ser feliz. Jamás. Que me martirizo con mis autocríticas, que no soy capaz de hacer nada sin sacarme las tripas después.

Ibón le observó de hito en hito, pesándole el haber sacado el tema.

-Pero yo sí que te hago feliz, ¿no?

-Pues claro -Pablo se preocupó un poco-, ¿qué pregunta es ésa?

-Te quiero, y quiero que seas feliz.

-Pues claro que lo soy.

-Pero ¿eres feliz conmigo?

-Pero niño, ¿qué te ha dado ahora? -le cruzó un escalofrío-. ¿Tú no lo eres?

-Sí que lo soy, pero ¿quién no lo sería contigo?

-En su momento hubo mucha gente que no lo fue. Pero ahora yo soy feliz contigo, y espero que tú no tengas que preguntártelo, sino que simplemente lo sepas.

-No sé si soy tan listo como para éso. No sé si soy tan listo como para merecerte -Pablo frunció el ceño, algo atormentado por un diálogo que, como todos los íntimos, le violentaba.

-Pero ¿qué...? Qué tontería tan enorme.

-Ya, es que yo también debo ser bastante tontaina.

-Vale, perdón, puede que no seas un lumbreras -corrigió rápido-: pero tienes el corazón más grande que este transatlántico. Soy yo quien no sabe si se merece a una persona tan bonita como tú.

Se miraron y acariciaron sus manos largo rato, sin querer continuar la conversación y sin saber si el otro estaba siendo sincero, si ellos mismos estaban siendo sinceros con el otro o consigo mismos.

Para ser italianos, los autobuses tenían una pinta muy normalita desde fuera, pero eran más que lujosos por dentro: sólo tres filas de asientos, todos anchos, de cuero, con todo tipo de gadgets en los reposabrazos, pensados para cualquier tipo de viaje de eterno recorrido. Y cada uno incluía a un simpático guía. El suyo les sonrió al subir y sentarse en la primera fila.

Rober había subido corriendo porque lo primero que vio al cruzar el pontón de popa del barco fue a sus respectivos exes dirigiéndose hacia otro autobús. Dio las gracias por haber decidido hacer el tour de Pisa en lugar del de Florencia y empujó a Luis para no tener ni que saludarles.

-Buenos días -saludó el guía cuando el autobús estuvo lleno-. Saldremos hacia Pisa a las diez en punto. La ciudad está a apenas dos kilómetros, de modo que el recorrido completo será de entre cinco y diez minutos. Los autobuses aparcarán a dos minutos de la Piazza del Miracolo y el tour guiado comenzará a las once en punto en la misma torre de Pisa, así dispondrán ustedes de un buen rato para tomar algo en alguna de las muchas terrazas que podrán encontrar. Por supuesto, aquellos de ustedes que quieran visitar la ciudad sin guía pueden hacerlo; tan sólo recordarles que los autobuses de vuelta saldrán de la Iglesia de Santa Maria della Spina.

Movió un mando a distancia y las tablets de los asientos de delante de cada pasajero se encendieron, mostrando un plano de la ciudad. Con el mismo mando a distancia, el muchacho movió un cursor con forma de círculo rojo y palpitante por la ciudad.

-Es decir: aparcaremos aquí al llegar, y saldremos desde aquí, junto al río, a las siete de la tarde. No se preocupen, la ciudad no es tan grande como para perderse. Ya les he enviado un whatsapp con este mismo "Maps" donde encontrarán marcados todos los puntos que les he comentado. Cuando vayan saliendo del autobús, de todas formas, les daré una tarjeta con mi número por si tuvieran cualquier problema. Los pasajeros que deseen...

El muchacho siguió desgranando lindezas mientras Rober desplegaba el mapa de la ciudad en su móvil.

-¿Qué te ape? ¿Hacemos el tour, o nos la pateamos a nuestro gusto?

-No me apetece ir escuchando un cerro de datos sobre nada. Me gustó la visita a Cannes, a nuestra velocidad, viendo lo que nos apetecía.

-Vale, pero el Duomo... Sólo éso, ¿vale? Es lo primero, y luego nos vamos a donde nos dé la gana y nos ponemos gochos a pizzas -Luis torció el morro, pero dio su conformidad.

A Pablo le pareció que todas las visitas que el guía iba soltándole al micrófono del autobús eran demasiadas para un sólo día tan corto.

-No creo que pueda con todo éso -le susurró a Ibón.

-Ni a mí me apetece la típica paliza en un día -Pablo se lo agradeció con una mueca-. Paseemos y veamos lo que nos vaya saliendo. Y ya nos haremos una wikipedia cuando pasemos por algún sitio alucinante.

-Yo seré tu guía.

Pablo había visitado la ciudad en dos ocasiones y sabía bien qué había que ver y qué era pura palabrería turística. Cuando Ibón le devolvió la mirada se dio cuenta de que también estaba cansado. O al menos, no todo lo contento y preparado que le había parecido estar durante el desayuno. También era posible que su propio estado desde que se había despertado fuera tan oscuro que viera el resto demasiado brillante.

-¿Te pasa algo? -Ibón miró al frente sobre el asiento de alante cuando el autobús se puso en marcha.

-No, cariño, no te preocupes. Ya sabes que no me gusta mucho viajar sobre ruedas, que me pone mal cuerpo.

-Vaya.

Lo que Ibón no quiso decir es que se había pasado suficiente tiempo despierto en la cama como para saber que Pablo tampoco había dormido mucho, y que ambos habían sido incapaces de decirse nada durante toda la noche.

El día pisano de Rober y Luis transcurrió como un delicioso paseo romántico. El simple

ambiente de la ciudad, que aún no había abandonado del todo el verano, animaba.

Habían dejado la visita de la catedral a la mitad: demasiados datos, y ya desde aquel momento les había cambiado la cara. Sobre todo a Luis, al que siempre le costaba más desahogarse por las mañanas. Rober era energético, y solía quedarse como un tronco en unos minutos y aprovechar las noches de pleno, de modo que al despertar saltaba de la cama como si le hubieran metido un chute de vitaminas. A Luis le costaba dormirse, tenía el sueño mucho más ligero y por las mañanas se peleaba con las sábanas y las mantas, se acurrucaba, abrazaba la almohada y gruñía cosas ininteligibles durante un buen rato, a no ser que tuviera una de esas extrañas temporadas de dormir fantásticamente a causa del cansancio físico o mental. Pero esa noche los ronquidos habían sido de verdad tormentosos.

Sonrió a su chico y le echó un brazo sobre el hombro en cuanto salieron a la calle, le dio un beso sonoro y disfrutó del sol en la cara.

-Ah, qué bien sienta.

-Ya pensé que ibas a estar todo el día de morros.

-Sabes de sobra que no. Sólo necesito un... -señaló una pequeña *caffetteria* y puso su mejor cara de cachorrito- ¡un *espresso* italiano, por favor!

-Pues sí, aprovechemos -concordó Rober-, más vale pájaro en mano que perro poco mordedor.

-Cariño, lo tuyo con los refranes es indescifrable.

-¿Qué pasa? Soy el rey del mash-up.

-Ya. El caso es que los refranes están para explicar algo lo más claramente con las menos palabras posibles, y tú consigues todo lo contrario.

-Si quieres claridad, audita las cuentas del PP.

-Titiritero podemita...

-¡Izquierdita cobarde!

Luis miró a su alrededor esperando encontrar algún seguidor de la Meloni con un bate de béisbol, pero había más turistas que italianos.

Tras aquel café -que era hasta espeso- siguieron de paseo. A ninguno de los dos les apetecía otra visita turística, de modo que les alegró poder simplemente pasear por la ciudad. Se hicieron las necesarias fotos sujetando la Torre o tumbándose a doscientos metros de ella de modo que pareciera una erección. Ni siquiera hablaron mucho; sólo señalaban de vez en cuándo algún edificio, algún rincón encantador. Se sentaron en dos terrazas antes de comer; se pusieron, en efecto, ciegos de deliciosa pizza, tan diferente a la que se come en el resto del mundo.

Por la tarde se sentaron, casi con el automático puesto, en un parque precioso en que la temperatura era unos cinco grados inferior a la de las calles. En un lindo puesto pidieron dos cafés con leche para llevar, provocando la mirada condescendiente del camarero, que les sirvió un quintal de café con una nube de leche. Pero les dio igual el calor o el frío, les dio igual que el café pudiera dispararles la tensión, les dio igual no ver nada más de la ciudad. Se pasaron el resto de la tarde tumbados en el césped, hablando bajito de tropecientas tonterías y haciéndose carantoñas que provocaban alguna que otra mirada maliciosa y/o insultante de algún pisanos ceporro que otro, hasta que no tuvieron más remedio que estirarse y levantarse.

-No me importaría quedarme aquí tirado hasta que el crucero vuelva a España -murmuró Rober cuando su chico le enseñó el reloj.

-Ya -se dio unos segundos-. A mí tampoco, pero es que el crucero vuelve por Malta y nosotros volvemos en avión desde Grecia, cariño. ¿No te habías leído el itinerario? No quería meterte tres semanas de barco pal cuerpo.

-A ver, una cosa es que lea y otra muy diferente es que me acuerde de lo que leo.

Luis soltó una risita y le dio el beso mil trescientos cincuenta y cuatro del día.

-Anda, vamos.

-A donde me lleves, muñeco.

Cerca de la Santa Croce Ibón encontró, por fin, unos baños públicos. En cuanto habían salido del restaurante le habían entrado unas ganas tremendas de mear, pero para entrar en el servicio de un bar había que consumir, y Pablo no estaba por la labor: era como si le hubiera poseído el espíritu de un guía turístico de esos que masacran a grupos de japoneses por Madrid, y no dejaba de tironear y empujar a Ibón de un lugar para otro, explicándole todo lo que sabía de la ciudad e inventándose el resto sobre la marcha.

Pagó el euro que le solicitaba la maquineta para entrar en los baños y soltó unos tres litros y medio de líquido. No pudo evitar echar algún ojo aquí y allá y notar que los italianos ligan exactamente igual que el resto del planeta: poniéndose morcillones en los wc públicos. Incluso uno de ellos le puso algo en marcha. Pensó en el tiempo que llevaba sin comerse algo nutritivo y, cerrando los ojos para prohibirse a sí mismo la imagen, le echó el cierre a la cremallera de su pantalón y salió corriendo de allí. Pero no para seguir con el paseo turístico, no.

-Cariño, ¿tú no tienes ganas? Te has bebido dos botellas de agua.

-No -sentenció Pablo, y le cogió de una mano con la intención de meterle en la iglesia-. Vamos.

-Espera, espera -le paró Ibón y se acercó mucho a él-. Da igual que no quieras mear... ¿no te apetece otra cosa?

Pablo levantó una ceja.

-Tampoco. ¿A qué viene esa cara cuando me preguntas sobre mis intestinos?

-No es sobre tus tripas, tontorrón... -se acercó un poco más y le susurró al oído-. Es un baño discreto. Cerramos una puerta y nos comemos todo. Estoy cachondo, nene.

Aunque a Pablo no se le movió un músculo su mirada fue de total incredulidad.

-¿En serio? -ya sólo por el tono Ibón supo que había propuesto una tontería, pero aunque le devolvió una expresión de decepción, no dio su brazo a torcer.

-Joder, Pablo. Juguemos un poco de vez en cuándo, por favor -Pablo miró a alguna esquina y removió la mandíbula para sacarse un molesto *paluego* de una muela con la punta de la lengua-. Bueno, vale, no he dicho nada. Ya está. Vámonos.

Se dio la vuelta y echó a andar sin esperar.

-¡Ibón, espera! -no le esperó, de modo que se tuvo que echar una carrerita tras él para pararle agarrándole de un codo-. Espera, por favor.

Ibón le enfrentó pero no pudo mirarle a los ojos. En ese preciso momento no era sólo rabia, sino que sentía vergüenza por haberle pedido unas migajas de sexo a su marido enfermo. Pablo le acarició la mejilla y él se dejó acariciar, sin poder mirarle aún.

-Perdóname. Es que... -Pablo se tuvo que aclarar la garganta para evitar que se le quebrara la voz-, no puedo, mi amor, no puedo.

-Ya lo sé -murmuró Ibón-. Lo sé, y lo siento, nene; no hay nada que perdonar. Ya sabes lo bruto que soy a veces.

Pablo comenzó a negar con la cabeza y se mordió con fuerza el labio inferior, intentando evitar un primer sollozo.

-No te mereces ésto. No puedo seguir haciéndote ésto. Y no soporto que lo arregles como lo haces, por mucho que lo hayamos hablado. No lo soporto. Creo que lo que debemos hacer en cuanto lleguemos a Madrid es terminar con...

-Ni se te ocurra -le cortó Ibón, abrazándole repentinamente-. No se te ocurra ni siquiera pensarlo, ¿quieres?

-No tengo derecho a retenerte de esta manera.

-Pablo, por dios, estás enfermo. Y yo soy mayorcito -Ibón miró al cielo y cogió aire antes de continuar-. Yo soy el que no tiene derecho a hacerte lo que te estoy haciendo. Pero se acabó, ¿vale? Se acabaron mi descontrol y mi incompreensión.

Ambos se miraron el uno al otro durante un buen rato, ahora cogidos de las manos.

-Te quiero, Pablo. Todavía no sé por qué, después de tanto tiempo, porque eres un jodido ególatra insoportable y bastante antipático, pero estoy enamorado de ti hasta las trancas, ¿vale? Y quiero morirme de viejo a tu lado, ¿vale? -Pablo no respondía-. ¿Vale?

El hombre terminó haciendo un ligero movimiento de cabeza y se le escurrió por entre los labios nerviosos un “vale”, entrecortado por el miedo a volver a quedarse solo.

-Bien, pues ahora nos vamos a seguir con tu tour y me vas a contar de qué siglo son todos esos pedrollos de allí, y yo te voy a admirar por todo lo que sabes y luego nos vamos al bus y volvemos al barco y esta noche te hago el amor, porque mereces que te haga el amor y porque me apetece un huevo hacértelo.

Hacía ya tres minutos que Pablo se estaba fundiendo, pero ésta última frase le hizo diluirse como nesquik en leche caliente.

-Y en cuanto a éso de lo que nos gusta tan poco hablar, ya hablaremos cuando volvamos a Madrid, para que tengas claro que no se va a volver a repetir.

Pablo no tuvo más remedio que besarle, y abrazarle, y pensar en la suerte que tenía.

Ibón, por su parte, intentó no juntar mucho sus cuerpos para evitar una nueva y molesta erección con la que, otra vez, no podría hacer nada.

-Creo que tengo legionaria -Rober se estrujó las tripas.

-¿Una mujer con una cabra haciendo malabarismos? -el actor miró a su marido sin entenderle.

-No sé qué dices, pero yo me refiero a alguna bacteria asquerosa de esas que viven en los aires acondicionados y tal.

-Se llama legionela, amor -Luis acarició el suave vello de la barriga de Rober-. Y te recuerdo, cariño, que estamos en un crucero de lujo.

-Pues gastroenteritis -Rober apretó con fuerza la mano de su chico-. ¿Legionela? Hasta suena italiano, qué asco.

-¿Estás mal?

-No. Sólo me cago las patas abajo. Ay, dios -se levantó de un salto y corrió al servicio. Luis fue tras él, preocupado, pero se encontró un portazo en sus narices.

-¿No será porque tenemos que aguantar a éstos? -le preguntó a la puerta tras oír los primeros estertores estomacales de su marido.

-Perdona que sea tan gráfico -Rober incluyó algunos gruñidos en la frase-, pero ni cuando tú empezaste a... uf... a darme por el culo tenía tanta soltura cagando.

-Por ésto me gustas, por tu elegancia innata -dijo Luis con media sonrisa, pero aún preocupado-. ¿Estás bien?

-No. Ay, duele. Me duele la barriga.

-Te habrán sentado mal las tres toneladas de pizza.

-O los dieciocho cafés que... auh, se cortaban con cuchillo.

Luis volvió a tirarse en la cama y gritó desde ella.

-No te preocupes, en cuanto lo sueltes todo te arreglas.

Ya no obtuvo respuesta, de modo que se dedicó a escuchar la serenata que venía del servicio con una mano en el pecho y la otra en los huevos, en la mejor pose de Venus. Finalmente se oyó la cisterna y el chorro del bidé. Cuando Rober salió, tan desnudo como cuando había entrado,

parecía un niño pequeño.

-Ay, dios, qué mal. Joder, ha sido de repente.

-Ven aquí. Tumbate un rato.

-Pero nene, habrá que cenar -dijo, mientras se acercaba a la cama y se sentaba en el borde-. O bueno, tendrás que cenar tú, porque a mí ahora me crujen las tripas de muy mala manera.

-Me quedo contigo para cuidarte. Ya pediré un tentempié al servicio de habitaciones.

-No, de éso ni hablar. Tú te vas a cenar bien a gusto a una de esas terracitas al fresquete.

-Mi amor -Luis se sentó tras él y le abrazó con piernas y brazos-, aquí también hay un terrazón gozoso y lo podemos aprovechar.

-Que no, jo. Ya lo aprovecharemos para cenar juntos cualquier noche que yo esté bien. Te vas a cenar y no hay más que hablar.

Luis le besó una oreja y le provocó un escalofrío.

-¿Estás mejor? ¿Te duele la barriguita?

-Umpf -gruñó Rober-. Venga, date una duchita y a cenar.

El “Grand Music Hall”, en la cubierta principal de proa y justo bajo el puente de mando del crucero era en realidad una enorme discoteca con terraza, pero en las mesas exteriores servían cenas hasta las doce de la noche. Luis sabía que más tarde o más temprano tendría que repetir, pues a Rober le encantaría la idea de cenar con música dance de fondo y bailar después como un descosido, pero no le apetecía dar muchas vueltas más, de modo que allí estaba, buscando la mejor mesa, cuando sonó su teléfono.

-¿Dónde estáis? -preguntó Ibón-. ¿Os importa que cene con vosotros?

-No, claro. Estoy en la cubierta Uno-A, en la terraza del “Grand Music Hall” -ni siquiera cayeron en que ambos habían hablado en singular.

-Mola -opinó Ibón, a modo de saludo, cuando apareció y se sentó frente a Luis-. Es original, ¿no?

-Sí. ¿Y Pablo? -Ibón hizo un gesto de conformidad.

-No se encuentra muy bien, se ha tomado una pasti para dormir.

-Ah, vaya. Espero que no le pase lo mismo que a Rober. También se ha quedado en el camarote. Creo que le ha sentado mal alguna de las burradas que nos hemos zampado en tierra.

Según iba contándolo, a Ibón se le iban abriendo las ventanas de la nariz. También estiró las piernas hasta que la punta de una de sus chanclas tocó, sin querer, la punta de una de las de Luis, que apartó el pie inconscientemente y siguió hablando.

-Se ha puesto muy tonto con que no perdiera la noche quedándome con él, pero me ha preocupado: tiene el estómago de piedra y suelo ser yo quien se pone malo.

-Ya. Aún me acuerdo del viaje a los Pirineos y las dos veces que potaste antes de que llegáramos a la casa rural.

-Uff, no me lo recuerdes. ¿Y Pablo, entonces?

-Él... bueno, no está bien desde hace una temporada. Tiene que tomar algún medicamento fuerte y de vez en cuándo le sientan mal.

A Luis le pareció que no le contaba toda la verdad, o que ocultaba algo, pero lo dejó pasar. Tampoco estaba de humor para escuchar las cuitas del *otro*. Probablemente nunca lo estaría.

Los dos pidieron unos combinados y un par de raciones: después de que sus respectivos maridos se hubieran puesto así, no les apetecía meterse una cena en el cuerpo.

-Creo que después de cenar voy a intentar sacar a éste de la cama y llevármelo al spa, a darnos un masaje y una sauna -se propuso Luis a sí mismo.

-¿A estas horas?

-Ya lo he reservado. El spa y la sauna del solarium están abiertos las veinticuatro horas, y hay masajistas hasta las dos de la madrugada.

-Ah, vaya. Qué chulo -Ibón le dio un lingotazo a su granadina con ginebra-. Pero no sé, me da mal rollo estar en un sitio en que casi todo el mundo está casi en bolas.

-Venga ya -Luis le miró, divertido-, ¡si vives en un gimnasio! A ver si ahora tus clientes se meten en tu sauna en traje.

-Eso es curro -lo dijo muy en serio.

-Pues en los cuartos oscuros bien que te gusta.

-A mí nunca me han gustado los cuartos oscuros -repuso, ahora molesto.

-Pues lo disimulabas genial cuando estabas conmigo -Ibón comenzó a arrepentirse de haberle llamado.

-Si te hubieras preocupado por conocerme un poco mejor sabrías que a mí lo único que me iba para éso era ir a una sauna gay una vez al año. Y que jamás lo hice mientras estuve contigo.

-Más en bolas, imposible -obvió Luis-. Un cuarto oscuro en que el calor no lo provocan los que están follando como cerdos.

Luis alzó las cejas y se le dibujó una somera sonrisa, que hizo que Ibón se diera cuenta de que en realidad no le estaba echando ningún tipo de bronca. Se desasosegó un poco al pensar que, si acaso su amistad era posible, tendría que oír una y mil veces aquel tipo de comentarios. Tendría que acostumbrarse si quería...

Se echó algo hacia adelante y levantó su vaso.

-Brindemos por lo que fuimos y jamás volveremos a ser -Luis alzó otra vez las cejas, pero cogió su vaso y lo chocó con el otro.

-¿Tanto has cambiado?

-No me puedo dejar a mí mismo repetir los mismos errores, ser tan gilipollas como fui de joven. Era un cretino integral. No es que me arrepienta, pero me ha hecho aprender.

-Qué duro suena.

-Siempre he sido así de duro conmigo mismo, aunque tuviera mis temporadas de insensatez. Tuve que serlo porque me pasé toda la niñez sufriendo bullying.

-Los niños son malvados con sus compañeros gorditos -Luis le lanzó un guiño.

-No estaba gordito, memo -por supuesto que lo estuvo; por éso se había masacrado a sí mismo en los gimnasios desde los dieciséis años.

-Y con los cuatro-ojos.

-Ni tuve miopía hasta los veinticinco.

-Y con los orejones de Dumbo.

-¡No tengo las orejas grandes, gilipollón! -ahora se le escapó una risilla.

-Gordura, miopía y orejas. Si después de todo éso no le pediste a tu cirujano que te pusiera tetas... -a Ibón se le abrió la boca simulando sentirse ofendido en lo más hondo. Se dio una palmada en el pecho.

-¿Y quién te ha dicho que no? Lo mismo las tengo de silicona, ya lo hacen muchos, como ponerse culo y biceps.

-Lo que nos faltaba a los tíos normalitos.

-Tú no eres normalito -opinó, demasiado deprisa. Luis le miró, aún con la sonrisa, y volvió a alzar su vaso.

-No. Soy pianista.

Ibón se repantingó algo más en su asiento, comenzando a relajarse y metiendo uno de sus pies entre los de Luis sin que ninguno de los dos se diera cuenta. Como si estuviera en un chiringuito

de playa, se sacó las chanclas y estiró los dedos.

-¿Sabes? Hablar contigo es como recorrer una de esas calles antiguas de Madrid en que todas las fachadas son color pastel y de repente un edificio es azul cobalto -Luis frunció el ceño, encantado por lo que esperaba que fuera un piropo.

-Qué poético.

-Es cierto. Creo que eres la única persona que conozco de la que nunca sé que esperar.

-Brindo por éso.

Los dos se acabaron sus bebidas y levantaron la mano a la vez para llamar a algún camarero. Luis pidió otro ron-cola a pesar de notar que en ese breve rato el primero ya se le estaba subiendo, e Ibón pidió una ginebra con limón. Ambos esperaron en silencio, disfrutando de la brisa marina y de la música cada vez más chochi y vintage.

Cuando les trajeron las bebidas Luis miró la suya con aprensión, pero la cogió y se tragó la mitad de golpe.

-Eh, chaval, te vas a coger una buena toña.

-¿Por qué estuviste conmigo? -le sorprendió Luis, dejándole algo fuera de juego-. No era tu tipo en absoluto.

-Precisamente porque no eras mi tipo -intentó explicarse Ibón-. Me pillaste en un momento en que quería cambiar, y tú eras perfecto para cambiarme.

-No sería tan perfecto cuando seguiste siendo tan puta.

Ibón encajó el golpe de forma casi física, pegando aún más su cuerpo al respaldo. Parpadeó y se pasó la lengua por los labios: no quería guerra.

-Sí, seguí siéndolo. Y por éso tuve que dejarte, porque estando contigo me dolía serlo -a Luis casi se le dibujó el triunfo en la cara, pero el momento le estaba gustando tan poco que fue sólo una pincelada.

-Te ha costado diez años admitirlo. Y no llegas a hacerlo del todo. Y sigues diciendo que no me pusiste los cuernos. Dímelo ahora que no duele: ¿follaste con otros tíos mientras estabas conmigo?

-Joder, Luis... -definitivamente Ibón se arrepintió de estar allí. Incluso le dieron ganas de irse, pero ahora sabía que había venido a lo que había venido-. Mira, tío, sabías perfectamente cómo era cuando te enrollaste conmigo, pero te ponía saber que tu novio era un jodido ligón.

-Y tú sabes perfectamente que tú no me dejaste porque te costara ejercer, sino que yo te dejé a ti por lo puta que eras. Empezaste a ponerme los cuernos el día dos, y lo hiciste durante toda nuestra relación, no se te ocurra decirme otra vez que no. Otra cosa es que creyeras que yo era tan idiota como para no darme cuenta.

-Nunca me cansaré de decir lo cretinos que son la mitad de los gays de ambiente. ¿De veras esperabas encontrar un novio *fiel* en una sauna de folleto? Hace falta estar ciego, chaval.

-¡Tú y yo no nos conocimos en una sauna! -exclamó Luis, pero bajó la voz al darse cuenta de que llamaba la atención de otros comensales-. Y gracias por la bonita apreciación sobre mi cretinez, by the way. Hacía años que no entraba en una sauna cuando nos conocimos, estúpido.

-Una sauna, un cuarto oscuro..., un perfil de internet. Qué más da. Además, ésa es la versión oficial. Sabes de sobra que lo dejamos no porque yo fuera muy puta o porque quisiera ejercer abiertamente, sino porque tú no tenías tiempo para mí. Te pasabas la vida viajando. Y yo me quedaba durante días o semanas más solo que la una, matándome a pajas. Hasta que me harté de esperarte -cogió aire y lo soltó, sin dejar de mirarle-. Sí, por supuesto que te puse los cuernos. Porque echábamos un cochino polvo cada tres semanas, joder. Que no me guste reconocerlo delante de otros es otro tema.

-Por aquel entonces no necesitábamos que tú trabajaras. Todos aquellos viajes me hicieron rico hasta que me harté de estar solo -explicó Luis como si lo hubiera explicado mil veces-. Te ofrecí mil veces que viajaras conmigo, pero nunca supiste aprovechar las buenas oportunidades.

-Ni tú fuiste capaz de abrirme los ojos cuando era necesario.

-Eras mayorcito, tío.

-Y tú mi jodida pareja -finalmente Ibón recogió sus enormes piernas, dispuesto a irse: la cosa se estaba torciendo demasiado. Pero no encontraba sus chanclas. Siguió hablando mientras tanteaba con los pies bajo la mesa-. Y qué querías, ¿que porque tú tenías una carrera fantástica yo dejara la mía?

-Todavía no habías abierto tu gimnasio, joder. Podrías haber hecho miles de trabajos temporales mientras yo estaba en Madrid y venirme conmigo cuando viajaba.

Ibón no respondió. Encontró una chancla e intentó ponérsela, pero no era la suya, de modo que las seis tallas de diferencia le hicieron pelearse con ella hasta que se dio cuenta de que era en vano. Movi6 el mantel de lino sólo lo suficiente para ver que Luis se había puesto una de sus chanclas. Su pie parecía el de un niño con la chancla de papá. Se mordió la punta de la lengua sólo con los colmillos y estiró la espalda, intentando relajar la tensión del momento. Tragó saliva y separó las piernas para tener mejor vista. Sin mirar al otro, estiró una pierna despacio, hasta que sus dedos se tocaron. Esta vez Luis no se apartó, sino que gimió con suavidad, lo que hizo que Ibón alargara aún más su pierna, frotando todo el pie con sus dedos hasta el tobillo.

-En definitiva, que rompimos con la misma soltura y estupidez con la que se separan casi todas las parejas gays. Falta de aguante, falta de comunicación... -finalizó Luis.

-¿Me devuelves mi chancla? -fue la inopinada respuesta del gimnasta.

Luis soltó otro gemido que sonó a salir forzado del cielo. Miró al otro y sin darse cuenta se humedeció los labios con la punta de la lengua.

-Claro -sacó su pie de la chancla y la empujó despacio, notando un escalofrío al separar sus pies. Ibón ya había cambiado de idea en cuanto a irse.

-Siempre te han gustado mis pies -ahora sonó aún más ronco. El otro parpadeó y carraspeó.

-Es que son enormes -volvió a parpadear y notó un rubor ardiente subiendo por toda su espina dorsal hasta su cara-. O sea, que... que son muy bonitos, vamos. Parecen de estatua griega.

Ibón volvió a atacar con su pie para aprovechar que ahora ambos estaban descalzos. Luis cerró los ojos y sintió que la terraza se movía con una cadencia diferente a la del barco.

-No serás capaz -musitó por fin.

-¿Por qué no? Soy capaz de ésto y de mucho más.

-Lo sé. Pero ésto, sólo por vergüenza torera...

-Los toreros no tienen vergüenza ninguna.

-Vale, eres antitaurino. ¿Éso no te hace plantearte seriamente lo nefasto que es ponerle los cuernos a tu marido?

-¿Qué tendrá que ver?

-Vale, no, pero yo qué sé. Que sé que no eres una auténtica zorra, pero una cornada es una cornada.

-Chorradas -el pie de Ibón subió hasta las rodillas de Luis.

-Por favor, para -musitó éste, sin poder mirarle.

-Siempre te ha gustado tocar y abrazar a la gente.

-Esto no es tocar y abrazar. Para.

-Si tanto te molesta, ¿por qué no te apartas? -Luis abrió mucho los ojos y separó las piernas como si le hubiera dado un calambre. Siguió sin poder mirarle mientras acomodaba todo su

cuerpo en su asiento. Quiso llevarse la mano al paquete para recolocar los molestos pelillos que se habían enganchado en su erección, pero la dejó a medio camino y se rascó en el pecho algo que no le picaba.

-Yo también estoy cachondo -informó Ibón con la voz entrecortada, apoyando gran parte de su enorme torso sobre la mesa-. Me sigues poniendo muy cachondo.

Luis le miró por fin, intentando que su expresión fuera de completa desaprobación paterna, pero el corazón le latía a tal velocidad que no fue capaz de controlar su cara. Sólo cogió su vaso y se lo llevó a los labios con mano temblona.

-Cancela ese masaje -ordenó Ibón-. Le pediré a algún sobrecargo la llave de un camarote vacío.

-Ni se te ocurra -pidió Luis.

-Te quiero tocar. Necesito desnudarte y tocarte -Ibón estiró una mano sobre la mesa dejando la palma hacia arriba-. Por favor.

Luis cogió todo el aire que encontró a su alrededor y lo soltó hasta dejar sus pulmones vacíos. Hizo otras dos o tres inspiraciones y notó que hiperventilaba. Se maldijo a sí mismo. Se maldijo en veinte idiomas que no conocía. Se recompuso de repente e hizo ademán de levantarse.

-Hasta mañana, Ibón.

-¡Espera! -se levantó antes que él-. Luis, por favor, mírame.

Luis se volvió a sentar como si alguien le hubiera empujado por los hombros. Frunció los labios y esperó, no supo bien por qué.

-De verdad que necesito ésto, nene. Es sólo... -ahora era él quien se ponía nervioso-. Joder, tío, es sólo un... sólo... juguemos un rato. No vamos a hacer nada que...

-Cállate. Vete a tu camarote y fóllate a tu marido, si tantas ganas tienes -Ibón no tuvo más remedio que pensar en Pablo, en el desmadeje que sería ahora mismo en la cama.

-Joder, Luis, que no es éso lo que quiero. No es simplemente follar, es...

-Pues peor me lo pones -le volvió a cortar-. Esto no es un juego. No sé qué es lo que te pasará con Pablo, pero yo estoy enamoradoísimo de Rober. Le adoro, le venero y le idolatro, y sería incapaz de ponerle los cuernos.

-Por dios, ésto no sería ponerle los cuernos. ¡Somos amigos! -fue lo único que se le ocurrió a Ibón.

-¿En serio? ¿Me estás hablando en serio? No veo la correlación. A lo mejor tú sí porque sigues siendo igual de putón y para ti es natural follarte a *tus amigos*, pero yo no lo soy.

-No soy un putón, joder, sólo... bueno, tengo... tenemos algunos problemas, Pablo y yo -Ibón había ido recogiendo el brazo y recomponiendo su postura también, pero ahora se desinfló un poco-. A ver, él lleva una temporada enfermo, y hemos llegado a una... a un pacto. Podemos...

Él mismo se dio cuenta de que le estaba costando más de lo que esperaba. En realidad era algo que nunca había tenido que explicar a nadie, y ahora, ante Luis, comenzó a sentirse avergonzado de sí mismo, sucio.

-¿Sois pareja abierta? -Ibón soltó el aire con que lo habría dicho él mismo si hubiera tenido cojones.

-Sí.

Se quedaron mirándose una eternidad de doce segundos, con sendas expresiones graníticas.

-Es tu problema -dijo Luis, y esta vez nada impidió que se pusiera en pie. Ibón le siguió, incluso dándose cuenta de que su chancla derecha seguía bajo la mesa. Le agarró de un brazo.

-Luis... -no dijo nada más, tan solo aprovechó que se habían quedado enfrentados para agarrarle del otro brazo y comenzar a acercarse despacito a él. Luis le agarró con fuerza la polla, haciendo que se encogiera hacia atrás y le soltara los brazos.

-Se te nota demasiado el empalme con estos pantalones -miró hacia abajo-. Anda, mira, si hasta tienes una manchita de liquidillo.

Y dicho ésto se dio la vuelta y se fue, dejando al otro plantado en la terraza, colocándose el paquete como podía. Se dio cuenta de que estaba montando un curioso espectáculo y se sintió mortificado. Corrió a ponerse la chancla y huyó por alguno de los pasillos interiores.

En un par de minutos se percató de que no se dirigía hacia su camarote. Se paró en seco en medio del pasillo y se llevó una mano a la cara para frotarse los ojos. Luego la dejó caer hasta la cinturilla del pantalón, la metió dentro y se colocó la molesta y húmeda erección.

Volvió a pensar en Pablo. Se volvió a frotar los ojos con las palmas y bajó sus manos por toda la cara hasta la boca. Entonces olió su propio líquido preseminal y su polla dio un salto dentro de sus pantalones.

Tragó saliva, dejó de pensar en Pablo y buscó un ascensor mientras mandaba un whatsapp a Ginés.

DÍA 4: El jardín prohibido

Eran algo más de las seis de la mañana cuando Pablo despertó. El Lorazepam siempre le proporcionaba ocho horas de total inconsciencia, y al despertar se notaba fresco como una lechuga, aunque su proverbial mal humor no desapareciera del todo.

Se estiró, bostezando, y su mano tocó un brazo de Ibón. Le miró a la escasísima luz del incipiente amanecer. El hombre estaba tumbado boca abajo, desnudo y sin tapar, abrazado a la almohada. Su pesada respiración apenas se oía, pero hacía que su espalda subiera y bajara con serenidad.

Pablo se acomodó a su lado y posó una mano en la cintura de su marido. Le acarició con delicadeza toda la espalda, notando la musculatura relajada pero dura. El hombre se removió y gimió cuando le acarició un sobaco. Bajó con el dorso de la mano hasta el trasero blanco y suave y metió un par de dedos en la raja, buscándole el agujero. Ahora fue él quien gimió al notar que algo chirriaba en su interior, justo donde tenía que chirriar. Se llevó la otra mano a su propio pene y lo acarició, suspirando aliviado. Quiso empujar un poco más con un dedo cuando le encontró el ojete, pero Ibón se estiró aún en sueños y cambió de postura, de modo que Pablo se tuvo que arrodillar entre las piernas del hombretón y separarlas un poco con las suyas, sin conseguir ni así que despertara. Se agachó para morder y besar esos preciosos, duros y trabajados cachetes y los separó con las manos, dispuesto a follarle primero con la lengua, por muy dormido que estuviera. Pegó su nariz, esperando captar el embriagador olor que siempre se la había puesto como una piedra.

Pero no. Olía a lubricante.

A las siete ya estaba en la piscina, dejando su toalla sobre una de las hamacas para reservarla y dirigiéndose a la barra para pedir un desayuno que necesitaba con urgencia para deshacer el ladrillo de pastillas que había sacado de su maletín de medicamentos antes de salir y se había tragado con vaso y medio de agua. El Omeprazol para evitar que el resto le jodiera el estómago, la primera Biodramina del día, el Zyban diario para resistir la tentación de fumar, el TriptoMax diario para animarle, el Lisinopril para la tensión alta, el Paracetamol diario por si acaso, la Levotiroxina diaria de por vida, el antihistamínico contra los efectos secundarios de ésta. Y éstos eran sólo los de la mañana. No supo exactamente por qué, también incluyó un Taurox de los que tomaba cuando intuía que Ibón se iba a poner tontorrón. No es que le sirviera de mucho desde hacía unos meses, pero combinado con el TriptoMax le levantaba, al menos, el día.

A medio camino se fijó en el único cliente que ya estaba sentado en la terraza, en la última de las mesas, al que se dirigía sin remedio. Al acercarse, vio que el hombre hablaba solo, con unos enormes auriculares. Pensó que estaría hablando por teléfono -algo enfadado, éso sí- y le tocó un hombro al llegar junto a él. Rober se volvió de repente y le miró con un desprecio tremendo.

-¿Por qué tengo que perdonarte? ¿Por qué no eres consciente del daño que haces? ¿Por qué te comportas como un perro con todos los que te quieren? ¿Por qué no tienes control alguno sobre tu egolatría y tu vanidad? Madura un poco, joder. O al menos, sé consciente de que la gente como tú termina muriéndose sola.

Pablo había ido estirándose durante la diatriba, incluso había dado un paso atrás.

-¿Pero qué coño te he hecho yo ahora? -Rober puso cara de no comprender.

-¿Qué? -preguntó a voz en grito mientras se sacaba los auriculares como si no recordara llevarlos puestos.

-¡Que a qué viene todo ésto ahora!

-¡Oh, perdona! -intentó excusarse con media sonrisa orgullosa-. Estoy pasando texto para mi próxima obra de teatro. Ha sido creíble, ¿eh? Este personaje me toca.

A Pablo su propia expresión le recordó las mil veces que la había usado tras alguna burrada de Rober en el pasado.

-La madre que te parió, qué a gusto estará -se quejó, sentándose en la hamaca junto a la de Rober.

-Está muerta, Guti.

-Ya. Pues éso. Que morir se debe ser un descanso con un hijo como tú -Rober hizo un verdadero esfuerzo para no levantarse y dejarle allí plantado. No le apetecía toda esa morralla a primerísima hora de la mañana, así que le dijo algo tan amigable como sólo a él se le podía ocurrir.

-Deja ya de rebuznar.

-Aham. Tú me has entendido, ¿no? -le echó una sonrisa del todo falsa.

-Pues claro, memo.

-Ya. Pues ahora compartimos algo de alfalfa.

Se miraron durante dos segundos larguísimo; luego a Pablo se le escapó una sonrisita que hizo que al otro se le escapara otra.

Siempre les habían gustado esas discusiones que tenían, en la que ninguno tenía razón y que ninguno daba por terminada. Tener la última palabra era imposible en la práctica, de modo que los dos se las decían a sí mismos, se ponían a caldo durante un buen rato y ya se quedaban relajaditos y contentos. Rober varió con el viento.

-¿En serio habrá gente que se puede permitir hacer ésto todos los años?

-¡Dos veces! -gruñó Pablo.

-¿Y por qué te lo voy a preguntar dos veces? -preguntó un sorprendido Rober.

-Quiero decir que se lo pueden permitir... -el hombre miró la cara de bobo del otro durante un segundo y medio-, bah, déjalo.

Rober hizo un ligero movimiento de hombros, recogió su libreto y su mp3 con el guión pregrabado por él mismo y se levantó.

-Quiero otro café. ¿Tú quieres algo?

-Vamos. Voy a ver qué tienen calentito.

-¡Tienen porras recién hechas! -exclamó Rober, con cara de niño pidón-. Bueno, yo no me voy a zampar otras dos, claro.

Pablo sonrió, esta vez abiertamente, aunque lo que le pasaba por la cabeza era una cocina pija en un crucero de lujo con un churrero sudando a mares sobre una pila de masorra flotando en un cubo de aceite hirviendo y humeante. Pidieron dos desayunos y volvieron a sentarse.

-Joder, me has dado un buen susto. De verdad he pensado que me estabas hablando a mí.

-Qué burro. A ver de qué iba a soltarte semejante vómito a estas alturas -a Pablo no le dio tiempo a responderle que siempre había sido lo normal en él-. Chico, es que por muy enamorado que esté del personaje este guión me tiene hasta la polla, es complicado como él sólo. A ver, dime, ¿qué coño significa “involución”?

-Lo contrario de “evolución”.

-¡Uh! -Rober abrió mucho los ojos-. ¡Qué bueno para definir ex-maridos!

Pablo frunció toda la boca.

-¿Ves como de ti puedo esperar cualquier burrada y en cualquier momento? La mayoría de las veces que hablo contigo me siento como Tom Cruise en Rainman.

-¡Un comentario cinéfilo! ¿Cuándo has empezado a ver cine?

-¿Ves? Cada vez que abro la boca ahí está la tuya para descalificarme.

-Boh, qué más te dará lo que yo pueda decir de ti.

-Pues hombre, importarme, me importa -Rober le miró, curioso-. Siempre me ha importado lo que pensaras.

La cara de Rober pasó de la curiosidad a... otra cosa. Fueron sólo unos milímetros de labios, pero la expresión confundió del todo a Pablo.

-¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? -la incompreensión de éste hizo que algún espiritillo le tirara a Rober de un pelo de bigote de gato y la expresión pasó a ser casi de asco.

-Si Drakarys pudiera volar miles de millas, ahora mismo estarías frito.

-¿Qué? -Pablo pareció descolocarse aún más, pero sabía a la perfección todo sobre los putos dragones: se habían convertido en su mejor droga durante su tratamiento médico. Rober volvió a cambiar drásticamente para mostrar un falso desprecio que sólo intentaba hacerle salir del momentáneo minicabreo consigo mismo.

-Sabes que hoy en día los frikis no son los que ven la tele, sino los que no la ven, ¿no?

-Mira, tío, sigo sin entenderte ni una palabra -y añadió, casi para sí mismo-: como siempre. Pero vamos, que me la pela a dos manos.

-Qué más quisieras tú.

-De verdad que hartas con el tema de tu rabazo -Pablo sonó a franco cansancio.

-¿Y quién ha hablado...?

Por fortuna les interrumpió el camarero, dejando a Pablo con las ganas de saber a qué coño se refería Rober y si le importaba o no lo que le había dicho. Rober se dedicó a su café y a leer la interesantísima e instructiva frase hecha del sobre de café, así que Pablo pensó que la conversación se había dado por terminada y le hincó el diente a su croissant a la plancha. Casi gimió al notar que no era un congelado de Granier, sino hojaldre de verdad, y horneado hacía sólo un ratín.

-Vaya mierda de café -opinó el actor-. Pensé que en un crucero por el Mediterráneo el café sería mejor.

-El café no es del Mediterráneo, sino de Colombia, o de...

-¿Y Colombia no tiene mar?

-Si, claro, pero...

-Pues éso -cerró Rober y cambió de tema; al fin y al cabo se había levantado de buen humor, y no quería que nada se lo estropeará-. Por cierto, y hablando de comistrajos, hace poco te vi en la tele, en uno de esos magacines que hablan de lo mejor de Madrid.

-¿Ah, sí? -Pablo sonrió, orgulloso, untando más fresa en su bollo-. ¿Y te gustó el plato que preparé? Lo diseñé en exclusiva para ese programa.

-No sé. Cambié de canal. Para ver buen terror protagonizado por un bicho, me pongo el DVD de Alien.

A Pablo se le cayó -por casualidad- el cuchillito de untar sobre el plato. Le pareció que sonaba como si un meteorito arrasara una cristalería de diez kilómetros. Miró a Rober; le iba a decir algo cuando éste le adelantó.

-¡Uh! ¡Qué bueno ha sido éste!

-¿Este qué? -recriminó Pablo con un ojo más grande que el otro.

-Era un chiste del monólogo que estoy preparando. Tengo que aprovechar esta situación del crucero. Si la cuentas en serio no se la cree ni cristo, pero en La Chocita del Loro, ¡ésto es un éxito seguro!

-Tu puta madre un éxito, cabrón. Deja de decir gilipolleces e intenta tener una conversación

normal, coño -Pablo cogió el cuchillito y atacó al pobre croissant como si el bollito le hubiera escupido en la cara-. O que al menos me entere de si me insultas de verdad o no.

-Bueno, bueno, tranquila, su Majestad. No te exaltes, que has soltado cuatro palabrotas en dos líneas de diálogo. Eso es mucho hasta para Judd Apatow, de quien seguramente no sabes nada de nada.

-Es que jodes, Rober. Jodes mucho -el TriptoMax le estaba arrebatando más de lo que sugería el prospecto.

-Y tú le cortas la leche a cualquiera, joder, que no se te puede gastar una mísera broma.

-Si no fuera porque te conozco bien, pensaría en las connotaciones sexuales.

-Cariño, tengo muchas más dobleces de lo que piensas, pero tú eres tan literal en todo que nunca las coges.

Pablo se volvió a dar por vencido e iba a cambiar de tema preguntando quién era Judd Apatow, pero prefirió quedarse calladito un momento más para no volver a sufrir las ironías y sarcasmos constantes del actor. Hubo unos minutos de silencio que agradeció mientras se terminaba su desayuno. No sabía por qué coño se había sentado con él. Se podía haber acercado para saludarle con su proverbial buena educación para luego sentarse tranquilo en la primera hamaca, con toda la terraza entre ellos.

-Hijo, si tuvieras muñeco en el Museo de Cera, sería mucho más expresivo que tú.

-Ya estoy en el Museo de Cera -respondió Pablo, sin inmutarse ahora.

-¡Venga ya! Ni de coña.

-¿Envidia? Tengo un programa de televisión propio y un restaurante con dos estrellas Michelin.

-Como si tienes zapatos Pirelli. Y ninguna envidia: si quiero verme horroroso, me hago una foto recién levantado -Pablo volvió a no acusar la burrada-. Además, tan famoso no serás cuando nadie te ha pedido un puto selfie.

-Qué sabrás tú de ser famoso -Rober sí que lo acusó.

-Sé que he perdido gran parte de la libertad que tenía antes. Cuando eres famoso hay cientos de cosas que tú no puedes hacer, pero tu cuñado sí. Que lo haga él no le importará a nadie, porque nadie se enterará, encima. Si lo haces tú, al día siguiente estarás en todas las redes sociales en fotos y videos en 3K y en 4D y todo el mundo te considerará el peor ejemplo para sus hijos.

-Aham... Que tú eres famoso -insistió el chef.

-Pero qué hijaputa eres... -susurró el actor, sabiendo que el otro sólo le buscaba las cosquillas-. Sabes que eres famoso cuando en las entrevistas pasas de hablar de tus trabajos a hablar de ti mismo.

-Ah, que a ti te hacen entrevistas -una aguda ceja le sirvió a Pablo a modo de daga-. Por que a mí sí. Bastantes. Y me invitan a programas de televisión y de radio.

-Bah -despreció Rober-. No me gusta que se metan en mi vida como se han metido a veces en la tuya.

Pablo aplanó la ceja un momentito, pero el orgullo se le volvió a escapar por una sonrisa tan sincera como la primera pero mucho más ególatra.

-Así que has visto mis entrevistas. Y lo mismo hasta cocinas lo que preparo en mi programa.

-Ni de coña, so lerdo.

-¿Que no cocinas, o que no has visto mis entrevistas? -Rober se defendió terminándose su tercer café de la mañana y se estiró en su hamaca, cruzando los brazos bajo la cabeza.

-Sí que cocino, y ya sabes que lo hago de puta madre, pero en la vida se me ocurriría hacer una de esas pijotadas tuyas tan estúpidas llenas de deconstrucciones y de... esferi... facciones de esas y de... -intentó recordar, pero no le salía-, de escarificaciones y esas mierdas.

-Venga ya, confiesa que te encanta hacer esas pijotadas, cuando consigues aprender a hacerlas. ¡Si eres pura pose!

-Claro, y en una entrevista en la tele tú eres todo naturalidad, no te jode.

-Al menos doy para una entrevista inteligente, darling -Pablo sonrió, encantado de conocerse-. Y tú no darías una buena entrevista ni naciendo de nuevo. Eres más hortera que ponerle a tus hijos Thais y Zeus.

-Oye, con mi Saritísima no se te ocurra meterte, que te doy con el candelabro -Pablo dudó un segundo: sus conocimientos de cultura hortera eran mínimos.

-¿No será con el relicario?

-Ah, ¿que no es lo mismo?

Cuando se quedó por fin callado, más por cansancio oral que por otra cosa, y decidió acomodarse en su tumbona, Pablo volvió a sonreír, creyéndose triunfante. Pero tuvo un jodido descuido en que sus ojos recorrieron las moldeadas piernas de Rober, a las que ya lamían los primeros rayos de sol que entraban en el valle de la piscina. Luego se le soltó el fuerte muelle que fijaba su mirada siempre exactamente donde quería y se le fue al descompensado paquete. Dentro del mini bañador con cremallera en que Rober se empeñaba en meter todo lo que tenía se notaban perfectamente las formas que contenía: la polla a lo largo de la ingle con su capullo allá donde casi no quedaba tela suficiente, siempre más grueso que el resto, y los huevos al otro lado de la cremallera. Su propio paquete ocuparía todo aquel espacio estando completamente excitado. Su sonrisa se fue desdibujando poco a poco; incluso le tembló el labio al notar que ahora sí, y definitivamente, se estaba empalmando. Y con todas las de la ley: nada de Taurox. Tosió, carraspeó y echó su trasero hacia atrás mientras miraba alrededor, pero seguían estando solos en la terraza.

-Qué, que te jode que cocine tan bien, ¿eh? -Rober malentendió el rictus de mala ostia del otro .

-Me importa un bledo cómo cocines, idiota.

-No, si ya... -repitió Rober, pero esta vez se explotó-: siempre te ha importado un bledo todo lo mío.

Pablo hizo un movimiento inesperadamente elástico para empujarle un hombro con un pie.

-Te acabo de decir todo lo contrario, imbécil, que siempre me ha importado lo que pudieras pensar sobre mí. Joder, Rober, lo único que haces es demostrar que eres tú a quien no le importa en absoluto lo que yo pueda decir.

Rober se había incorporado a medias al recibir el empujón, y ahora se volvió a apoyar en el respaldo, ligeramente compungido. Sólo un poco. Observó cómo Pablo se recolocaba, creyendo que lo hacía para dar por terminada la discusión cuando en realidad lo hacía para seguir ocultando su erección.

-Joder, perdona, chico. Me cuesta ser medianamente racional contigo.

-¿Y qué quieres que te perdone, después de tantos años? ¿Qué quieres, redimirte ahora? -Rober alzó una ceja.

-¿Qué es éso? ¿Como relamerse? -Pablo rió de lado.

-Son los demás los que se relamen pensando en lo que dirán de ti cuando te oyen decir ciertas cosas.

-Bueno, vale, sí: soy un burro y me falta vocabulario. Pero perdona mi burrez contigo -intentó suavizar, pero quizá lo empeoró-: Si es que eres como aquella canción: *"Everywhere you go always take the weather with you"*. El problema para los demás es que siempre estás tormentoso. Y para mí, coño, que nunca he sabido reaccionar ante ciertas cosas, ante ciertos estados de la gente.

-Ya sabemos todos que eres bastante torpe.

-Algunas de esas cosas, incluso, me borran el buen humor.

-Y además, no sabes encajar las críticas -Rober se echó hacia adelante para darse más empaque, como había aprendido en tantas clases de interpretación.

-A mí me critican con cada movimiento que hago, hermoso. Y tanto si es para bien como para mal, aprendo de ellos. A ti una vez te criticaron mal tu deconstrucción de tortilla de patata y al día siguiente le sacaste los hígados al crítico en todas las redes sociales -Pablo sólo hizo un ligero movimiento de ceja.

-En mi vida he deconstruido una tortilla española, pero cualquiera de mis deconstrucciones es fabulosa, mítica e indescriptible.

-Y tu culo un paraíso, no te jode.

-Mira, déjame en paz de una vez.

-No. No te lo mereces.

-¿Que no? Coño, si fuera más buena gente en lugar de un restaurante tendría una ONG para alimentar ex-novios.

Suspiró en silencio y pensó en lo difícil que es todo en esta vida. Lo dejó pasar e involuntariamente invitó a Rober a tumbarse al hacerlo él mismo. Rober movió su tumbona para que le diera el sol en todo el cuerpo mientras el cocinero cerraba sus pensamientos con un:

-Tú y yo nunca tuvimos una relación sana.

-Pues bien que te gustaba tragar conmigo -Rober se acomodó en su tumbona sin darle mayor importancia a lo que decía-. Lefa de primera calidad y bien sana que tengo.

-¿Qué? ¿A qué viene éso? -Pablo se obligó a mirarle, más que nada por echar mano del lenguaje corporal del otro. No era capaz de entender lo que presumía que era una broma.

-Pues a que después de estos años no me puedes decir que chupármela te resultara un problema.

-¡Pero que por qué coño me dices éso! ¡A qué viene ahora!

-¿Que qué te digo yo? ¡Pero si has empezado tú! -Rober también se obligó a alzar la cabeza- ¿No has dicho que nunca tuvimos una felación sana?

-¡Relación, imbécil, relación! ¡Con erre! -Pablo se dejó caer en la hamaca mientras el otro le miraba haciendo un gesto cómico.

-Ah. Ehm... bueno, reconóceme que te gustaba comérmela.

-Que te den, bocazas -se dejaron reblandecer por el sol unos minutos, y aunque Pablo seguía molesto por mucho que su erección hubiera remitido tan rápido como apareció, decidió picarle un rato.

-¿Te das cuenta de lo absurdas que resultan algunas conversaciones contigo, no?

-Claro. Es que mi vida no es un puto melodrama.

-La mía tampoco, lerdo.

-Joder, pues estoy deseando llegar al capítulo en que algún personaje meta un poquitín de humor. O al capítulo de la mamada, que siempre te alegra la lectura.

-Esa es otra: eres incapaz de tener una conversación sin meter el sexo de por medio, ¿verdad?

-Lo siento. Me abulta mucho -Pablo se volvió a dar por vencido y cambió radicalmente de tema. O mejor sería decir que intentó obviar el que más le estaba molestando.

-Y encima me juego lo que quieras a que sigues viendo Eurovisión todos los años.

-Pues claro. ¿Y quién no?

-Yo mismo.

-Claro. Tú mismo eres uno de esos que oye en la radio una canción en francés y cambia de emisora.

-Hay mucha música buena en español.

-Y muchas hamburgueserías cojonudas con menús de catorce euros -y repicó-: además, el Francés es el único idioma que se entiende perfectamente con la boca llena.

A Pablo le importó un bledo la nueva broma sexual, pero se volvió a torcer ante la alusión directa a su menú más pedido: la hamburguesa en pan de oro de ciento cuarenta euros. Bueno, ciento cuarenta cuando aún estaban juntos.

-Claro, tú *pronuncias* el francés igual de bien que el español.

-Bah, yo no necesito hablar francés.

-Ya, con practicarlo te sobra, ¿verdad, zorra barata?

-Habló *la boca-ojete*.

-Joder, tío, qué complicado es ésto -se quejó Pablo, cansado-. Eres más difícil de vender que un nórdico de Scottex. ¿En serio has de tener siempre un insulto a mano, una ironía, algo para hacer daño a la gente? A mí sólo me vale la gente que suma.

-Yo hago raíces cuadradas -fue la absurda respuesta.

-¿Suspendiste EGB, o qué?

Rober se volvió a incorporar y estuvo a puntito de soltar alguna barbaridad, aunque la suavizó todo lo que pudo refiriéndose a sí mismo

-No sé por qué todo el mundo piensa que soy un jodido ceporro. Mi forma de hablar no es tan pasada de rosca. Y además todos los actores tenemos un buen bagaje cultural.

-Oh, sí; he visto tu biblioteca. Pero es curioso que la única colección completa que tienes sea la de Harry Potter.

-También es cultura.

-Aham. Para tener la edad que tienes, eres más aburrido que ir a ver un Juan Gris.

-Compárame con un Shakespeare, que ya sabes que estoy hartito del teatro español -Pablo iba a insultarle un poco más, pero no le dio tiempo-. Eres un jodido prejuicioso. No sé qué es peor -y decidió ahora volver a ser un ceporro, pero con culturilla-: Dios, esta tortura es peor que un Grandes Éxitos de Flos Mariae.

La expresión de completa incompreensión de Pablo le hizo sentirse lo más aproximado a culpable que podía sentirse ante él y se volvió a suavizar, de forma del todo involuntaria.

-Ya, tengo un lenguaje propio. Pero a veces... joder, que hay cosas que o se captan a la primera o alguien te las tiene que explicar -él también recordó alguna tarde de domingo, pero sin tener en cuenta el juego de la desnudez-: Como cuando Deckard supone ante Rachel que el búho artificial debe ser caro y ella responde: "Mucho. Soy Rachel".

-¿Qué me quieres decir con éso, aparte de lo friki que eres? -supo de qué le hablaba porque era una de las varias películas que Rober le había obligado a ver varias veces.

-¿Ves? Te lo explico, querido: quiero decir que todo el mundo tiene un precio. Y ella le hace saber, con mucha elegancia y sutilidad, que ella misma es lo más caro de la torre Tyrrell aunque ninguno de los dos sepa aún que es un robot.

-Por éso cuando te presentas lo primero que haces es decir que eres actor, ¿no?

-La gente está muy equivocada. Los actores no ganamos tanto.

-No me refería a lo que ganáis, sino a lo que valéis -a Rober se le oscureció el semblante.

-Pues como cualquier otro. No es cuestión de gremio.

-Pues ahora sí que no te entiendo.

-Claro que no. Por éso lo dejamos -planchó Rober volviendo a su postura de descanso.

Pablo volvió a alejarse unos cuantos planetas obligando a Rober a replantearse toda la conversación, la situación, la puta vida. Intentó saltar de planeta en planeta, y calmarse algo más

de la forma en que mejor sabía hacerlo:

-Perdóname. Te tengo mucho... -no supo cómo decirlo con exactitud, de modo que fue todo lo claro que le salió-: Te he odiado durante demasiado tiempo, y en estos años me he acostumbrado porque era mucho más fácil hacerlo sin tenerte delante.

-Ya. Lo sé. Supongo que nos pasa a todos -Pablo también se incorporó, aprovechando que parecía que Rober había pasado al *Modo "Adulto"*: on, pero Rober no le dio tiempo a decir nada más.

-¿Sabes? Me hiciste mucho daño -le brillaron un poco los ojos al abrirse tan repentinamente.

-También lo sé -admitió Pablo-. Pero qué te crees, ¿que tú a mí no?

-No estoy hablando del sexo, tonto.

-¡Yo tampoco, cretino! -se volvió a tumbar, encendido-. Y vale ya, que tampoco la tienes tan jodidamente grande.

Rober le dirigió un "Boh" y se volvió a tumbar. Permanecieron un buen rato callados, incluso pareció que dormidos, hasta que oyeron algunas voces de los bañistas más madrugadores. Ya eran más de las ocho. Rober abrió un ojo y lo primero que vio fue su mp3, al que se le debían estar soldando los interiores a pleno sol. Lo cogió, con toda la intención de colocarse los auriculares y seguir a lo suyo, pero no: una hermosura de unos veinticinco años lleno de vello y músculo se paseaba alrededor de la piscina, pareciendo buscar el sitio más propicio para tirarse al agua sin que el resto de la Cubierta pudiera evitar mirarle.

-Ésto es como quedarse mirando cómo trabajan los obreros, sólo que éstos van en Speedo.

Pablo abrió un ojo sólo a medias: el sol le impidió mirar nada por mucho que se colocara una mano sobre la frente.

-No veo.

-Da igual; no quieras verle. No, qué coño -se levantó-: no quiero verle yo. Me voy a buscar alguna terraza llena de ancianitos a ver si así estudio algo. En la piscina es imposible concentrarse: ¡se me van los ojos!

-Bonito, te recuerdo que siempre te han puesto los abuelitos.

-No me gustaban los abuelitos; me gustaba Sean Connery. Y hablo de alguna terraza llena de ancianitos *hetero* -remarcó-, con sus respectivas ancianitas *hetero*, que lo mismo si miro a sus mariditos me clavan el paraguas en un ojo.

-¿Paraguas? Estamos en un crucero en medio del Mediterráneo.

-Ellas siempre llevan un paraguas. Esos bolsitos suyos son como el de Mary Poppins: llevan toneladas de Sugus, un paraguas, un ficus...

Pablo también se puso en pie y buscó la sombra de uno de los enormes parasoles decorados con las grecas de la línea de cruceros.

-Voy a tomarme algo más, tengo mal cuerpo -y sugirió, como si la conversación anterior no hubiera tenido lugar-: un té o algo. ¿Quieres?

Rober sintió cómo las teclas del mp3 crecían y se le clavaban en los dedos, recordándole sus obligaciones.

-Debería estar estudiando.

-Bueno, con ese bañador que llevas son el resto los que están estudiando algo -a Rober se le infló el orgullo estúpido y vanidoso de todos los hombres poseedores de rabazo. Luego volvió a pensar en sus estudios, así que hizo lo que debía hacer:

-Pues necesito otro café para funcionar, la verdad.

-No deberías tomar tanto.

-El día que un médico me diga que con el próximo café la espicho no me va a hacer falta ni

tomarlo. Me da un algo ipso-facto. Te lo juro.

Cogieron sus cosas, se dirigieron a la barra del bar y se sentaron en una mesa alta que aún estaba a la sombra. Pidieron sendas bebidas calientes, y mientras se las servían Rober se frotó con fuerza los brazos.

-Por dios, ¿cómo puede hacer tanto frío en un crucero caribeño? -Pablo alzó una ceja.

-Como te he dicho hace nada, estamos en el Mediterráneo.

-Da igual. Mira -Rober sopló como si quisiera hacer una "O" de humo de cigarrillo-: ¡se me ve el aliento!

-Es cierto. Stolichnaya.

Rober le dirigió una divertida mueca que les relajó algo más a ambos. Se frotó los muslos y se echó una toalla sobre los hombros.

-Qué exagerado eres -apuntó Pablo.

-¡Como si no me conocieras! Todavía no he olvidado el puñetero viaje aquel a Suecia y Noruega. ¿Qué se nos habría perdido allí en pleno Febrero?

Pablo decidió aprovechar el momento y echarle un par, decidido a mejorar definitivamente la relación entre ellos. Si bien lo había pensado durante años, nunca había tenido las suficientes ganas para enfrentarse al humor de Rober y mucho menos a sus reproches.

-La verdad es que nunca he podido sacarte de mi cabeza, igual que a aquel viaje.

-Vaya, gracias -respondió más con una ceja que con sus palabras-. Qué bonito. Y qué raro en ti, un halago.

Pablo le miró con las palabras colgando de las pestañas, pero en el último momento se le cayeron. Sería imposible reconciliarse.

-No es que no quisiera, gilipollón, es que no hay manera. Cuando no es en un anuncio de un banco, es haciendo de abducido en Cuarto Milenio. Qué más quisiera yo que poder olvidarte, pero es que no hay manera, coño.

-Ah, vale. Esto me lo creo más -y apuntilló, entonando de mala gana-: y *francamente, querida, me importa un bledo*. Soy tan feliz con Luis que soy incapaz de pensar en ninguna otra cosa, incluido tú.

-Sí, ésto es más creíble -zanjó Pablo, sabiendo que nunca serían capaces de restablecer ningún tipo de amistad de la que pudieran salir mínimamente indemnes, de modo que intentó seguir con una broma-: ¿Puedes tener una conversación sin meter frases de cine?

-¿Para qué? El cine ya lo ha dicho todo.

-Supongo que sí -admitió-. Y además, si somos felices como estamos, ¿para qué intentar nada más?

-Pues sí. Sería complicarnos una vida que ya es perfecta -Rober sonrió de una forma tan abierta que resplandeció.

-Dios, eres lo que menos necesito ahora mismo -apreció Pablo-. Eres tan asquerosamente... ¡feliz! Bueno, ni ahora, ni nunca.

-A veces pienso que soy más feliz que el resto porque, igual que se me olvidan las fechas, las citas, el vocabulario, también se me termina olvidando lo que hace y dice la gente -Pablo prefirió volver a obviar el comentario, como había hecho centenas de veces desde que le conocía.

-No hay nada como un hombre con los pies en el suelo.

-Qué curioso, tú vas por el mundo pisándote los cojones.

-Me refería a Ibón, idiota.

-Ah. Como eres un jodido ególatra pensé que seguías hablando de ti mismo -Pablo hizo gala de su aguante.

-Estoy intentando... -negó con la cabeza y tragó saliva-. Bah, no sé qué estoy intentando.

-Pensaba que estas cosas no pasaban -la expresión de Rober fue inusitadamente seria.

-¿Qué cosas?

-Estás intentando arreglar lo... -iba a decir “lo nuestro”, pero se le encalló en las amígdalas- ésto, nuestra amistad.

-Puede que en tus mundos de Yuppi no pase. Pero la gente real hace este tipo de cosas en la vida real.

-¿El qué? ¿Magia? Porque no veo otra manera.

-Lámalo como quieras, pero a veces es necesario.

-Ni que fuera yo Harry Potter, no te jode.

-Qué va. Yo te veo más Hermione -Rober no solía caer en las bromas de Pablo, más que nada porque eran tan inusuales que parecían parte de su conversación normal.

-¿Hermione? -lo pronunció en su inglés tan madrileño: “*Jermáyoni*”-. ¿Por listo?

-No, por repipi. A veces, insufriblemente repipi -a Rober se le fruncieron los labios.

-Al menos a mí se me entiende, mamarracha.

-Mucho menos de lo que crees.

-Si fueras un horno congelarías.

-Mira, algo para un mal guión de terror.

-¿Y qué es un guión, sino la vida real?

-Ya. Y contigo la vida real es el guión de Alien -a Rober le resultó gracioso: Pablo no solía hacer gala de ningún tipo de humor, ni blanco ni negro ni de ningún otro color. Pero tampoco le apetecía mucho hacerle saber que le estaba resultando mínimamente jocoso.

-Oye, a mí no me amargues la vida. Qué quieres que te diga; si tienes un problema escribe al Gabinete de Expertos de Cuarto Milenio.

-Eso no existe hace años.

-Ah, mira, como tu simpatía.

-Nunca he sido simpático. No voy a empezar a serlo ahora que estoy a punto de los cincuenta. Y mucho menos contigo.

-A ver, vamos a ver -Rober no supo por dónde seguir-. Hace ya muchos años que apagamos el ventilador de extender mierda. Y sí, tienes toda la razón del mundo: en la mayoría de ocasiones soy tan corrosivo como las babas del puto alien. Pero creo que no nos costaría mucho intentar ser amigos. No sé, empezar de cero, o casi de cero. Claro que ninguno va a poder olvidar lo que nos hicimos el uno al otro, pero...

Estuvo a punto de decir algo que también se trabó en algún sitio de su interior.

-Pero ¿qué? -Rober se tragó el milímetro de café que quedaba en la taza para darse fuerzas.

-Que está muerto. Todo aquello está muerto del todo. Seríamos un par de niños malcriados y estúpidos si siguiéramos echándonos en cara cosas que ocurrieron durante la guerra. Ya lo hicimos entonces y los dos perdimos todas las batallas. Ya no debería importarnos lo que nos hicimos, sino lo que podamos hacer desde ahora. Conservemos lo bueno que tuvimos antes de la guerra. No es tan difícil.

Pablo hinchó los pulmones y estuvo a punto de agradecerle la facilidad con que había dicho todo lo que él no sabía cómo coño expresar. Le resultó fácil, sin embargo, verle con otros ojos por un momento. Ojos antiguos, de cuando le quería. De cuando le desnudaba sólo para mirarle.

-No. Claro que no -dudó un par de segundos; sin darse cuenta, se mordió el labio con un colmillo enorme y, lo último que podía esperar, volvió a excitarse. Mucho, de hecho, al recordar aquellas tardes de domingo en que disfrutaba de la desnudez del actor, por muy púdico que fuera él

mismo. También era posible que el Taurox por fin estuviera funcionando-. ¿Y qué podemos hacer ahora?

Rober dudó con la frente, pero sus arrugas se plancharon al traducir esa expresión de Pablo que conocía tan bien: se le escapaba la lujuria por cada pelillo del cuerpo y el actor sintió un temor que no solía fingir.

-Eehm... bueno, ahora... pues es que de verdad me tengo que ir a estudiar. Aquí no voy a poder, fíjate en todos esos papitos-chulazo -de repente se le había secado la garganta y los nervios se le salían por la punta de los dedos-. Que luego nos vemos, si tal, ya, ¿eh?

Pablo había hecho un amago de levantarse que se había quedado sólo en éso al darse cuenta de todo lo que había dicho a través de sus poros sin querer decirlo en voz alta. Se mordió ahora todo el labio y miró al suelo.

-Claro. Luego, para comer, si éso.

Rober soltó una sonrisita nerviosa, cogió sus cosas y escapó a toda velocidad. Pablo le vio alejarse y luego se llevó las manos a la frente.

-¿De verdad...? -se musitó a sí mismo-. ¿Estoy gilipollas, o...?

Se sentó para mortificarse mientras le duró la erección. Rober huyó, aterrorizado ante la posibilidad de que Pablo aún pudiera tenerle ganas.

Ibón durmió durante al menos una hora más. Al despertar supo que iba a tener un mal día con Pablo al ver que no le había esperado para echarse su carrerita matinal. Tampoco se le ocurrió pensar que su marido estuviera, simplemente, dando una vuelta por la cubierta o tomando el sol, tranquilo. No: sólo pensó en lo peor. Estaba seguro de que estaría en la proa del navío, cazando gaviotas y degollándolas con sus propias manos para echárselas como cebo a los delfines que filetearía después para servírselos de desayuno a los tiburones que más tarde pescaría un grupo de monjas vestidas sólo con sus tocas y con arneses de cuero para hacer sopa de aleta para la comida.

Ni le mandó un mensaje. Sólo se puso su ropa de deporte y salió del camarote hacia el pequeño y no muy solicitado gim en que había decidido empezar todas sus mañanas desde ese mismo momento.

Cuando ya llevaba un cuarto de hora sudando como un mulo Rober apareció en la puerta del gimnasio y se le quedó mirando fijamente. Ibón quiso escupir, pero mejor levantó una mano a modo de saludo, a lo que el otro respondió entrando en la sala como de mala gana, despacio, arrastrando sin darse cuenta la toalla que llevaba en la mano.

-Hola -dijo, lacónico.

-Buenos días, hombre.

-Qué vacío está ésto, ¿no?

-No son horas para un crucero. Y además está el otro gimnasio enorme, que es donde parece que va todo el mundo. Nosotros somos raritos -Rober alzó una ceja a modo de queja.

-Gracias por lo que me toca.

-Ya sabes lo que quiero decir. Tengo entendido que los actores no tenéis horarios.

-Pues no. Y yo me había decidido a cambiar éso en este crucero durmiendo todos los días hasta las once, pero va a ser que no.

-Bueno. Haz un poco de ejercicio y verás cómo esta noche duermes como un ceporro.

-Supongo que lo dices por experiencia.

-Pues claro -respondió Ibón, sin entender la evidente doblez del actor-. Si quieres te ayudo.

El gesto de Rober no fue precisamente de convicción, así que Ibón le empujó por un hombro y le hizo sentarse en una máquina de pectorales.

-Venga, vale: yo me tumbo y tú levantas ésto -pidió Rober.

-De éso nada. Vamos a hacer ejercicio, pero bien -Rober volvió a gestualizar sus enormes ganas de volver a una hamaca.

-Jo, mami, no quiero ir al cole.

-Te jodes, es lo que hay.

Y dicho ésto Ibón le obligó a ejercitarse durante casi una hora, que Rober pasó quejándose e intentando remolonear. Sin embargo, terminó dándole fuerte: Ibón no sólo tenía experiencia, sino que le motivaba como el mejor animador de hotel de Imerso en Benicasim. Al final a Rober le gustó que el hombre le trajera y le llevara por la sala de una máquina a otra, que le cogiera de los hombros para alinearlos, le empujara las lumbares hacia adelante para colocarle la espalda, le agarrara de las caderas para no perder la postura correcta.

Y su olor. Le sorprendió que le gustara su olor. Cuanto más ejercicio hacían, mejor olía. Incluso cuando le planchó la cara con un sobaco húmedo: estaba de pie, a la espera de que el “profe” colocara las abrazaderas que ya había agarrado mal cuando levantó el brazo y le empujó la cara, literalmente, con el sobaco.

-Ostia, ¡perdón! -rió el hombretón.

-Nada, tranquilo. Los actores estamos acostumbrados a estas intimidades.

-Ya imagino. Debe ser... no sé, molesto -Ibón terminó de colocar la máquina y le obligó a agarrar las barras levantándole los codos-. Habrá gente muy púdica a la que le costará hacer ciertas escenas.

-Bueno, sí, supongo que habrá algunos a los que les costará, pero si no lo haces lo único que consigues es perder trabajos. Y no creo que hacerlo sea impudicia -hizo un gesto de esfuerzo-. Joder, ésto duele.

-Tiene que doler. Sigue -Ibón imitaba sus movimientos con unas mancuernas del tamaño de un rinoceronte mediano-. Será cosa de educación, de cómo te hayan criado.

-Qué va. Mis padres eran muy de la vieja escuela.

-¿Ah, sí? Pues lo disimulas muy bien.

Rober paró en la séptima repetición en vez de en la octava, sin saber del todo a qué se refería Ibón.

-A ver, intento ser lo más abierto que puedo con respecto a todo. Es esencial para mi trabajo.

-Claro -Ibón soltó sus mancuernas y se acercó a él para volver a agarrarle de los codos-. Sigue, tres más.

Rober volvió a sentir aquel olor. Barbara Cartland lo habría definido como *animal, atrayente y salvaje*, pero a él le pareció sólo masculino. Y feromónico. Se descolocó y decidió que ya era bastante.

-No. De verdad que no puedo más. Lo dejo por hoy, ¿ok? -Ibón hizo una mueca de conformidad.

-Ok, pero sólo te lo perdono porque es el primer día. Mañana te machaco bien a gusto.

Rober tragó saliva al notar que algo se tensaba donde no debía tensarse.

-Uff, por supuesto, claro, mañana me das bien -abrió mucho los ojos provocando la sonrisa del otro-, o sea, que...

-Ya, ya, éso -Ibón mantuvo una sonrisilla pícara que Rober no quiso mirar. Cogió su toalla y se dirigió a las duchas. Muy púdico él, aunque sólo por el momento estúpido, se metió en una ducha con puerta y la cerró.

No hablaron mientras se duchaban. Se secó dentro de la ducha y volvió a ponerse el bañador. Al salir, Ibón ya estaba vestido.

-Qué asquete, tener que ponerse la misma ropa sudada.

-Tampoco es para tanto -adujo el mamotreto, acostumbrado a hacerlo todos los días-. De todas formas, por lo que he visto cuando he venido, la gente se ducha aquí pero va a cambiarse a sus camarotes; nadie trae la ropa en una mochila, como en los gimnasios convencionales.

-Vaya gilipollez, irte chorreando por todo el barco. Prefiero secarme aquí.

-¿Y te vas a traer toda la ropa?

-No, me enrolló en la toalla.

-Está prohibido ir por las cubiertas sólo con una toalla -Rober se arreglaba el pelo ante el espejo. Ibón, claro, sólo se estiraba la camiseta sudada. Rober miró fijo al reflejo del otro.

-¿Qué? ¿En serio?

-Normas.

-Pff, otra gilipollez.

-Claro, para ti sí, que tengo entendido que estás muy bien armado y eres un poco exhibicionista -dirigió un movimiento del mentón al paquete que veía en el espejo.

-¿Qué? -Rober se sintió mediana y extrañamente orgullosete, pero en seguida volvió a su pelo- ¿Y qué tiene eso que ver?

-Que te encantará ir por ahí enseñándola.

-Tercera gilipollez. Con perdón.

-Ah, ¿que no? Buah, pues vaya desilusión. Menos mal que ya te he visto desnudo unas trescientas veces.

-¿Cómo? -la mueca de sorpresa de Rober pasó a ser de cabreo en cero coma- ¡No te habré enseñado fotos el hijoputa de tu marido!

-¡No, hombre! -rió Ibón, y luego hizo un gesto de curiosidad-: aunque no se me había ocurrido que Pablo pueda tener fotos tuyas... bueno, ya sabes -volvió a sonreír, apuntando en su agenda mental buscar “fotos” antiguas cuando volvieran a Madrid-. La cuestión es que no te cortas mucho cuando en una peli te piden que te desnudes.

-Ah. Ah, claro, vale. Bueno, tampoco me refería a éso, sino a lo de la... desilusión.

-Lo único que Pablo me ha dicho en algún momento de mala cotilla es que probablemente nunca habré visto algo tan grande.

-¡Pero si trabajas en un gimnasio!

-No me paso todo el día en las duchas -Ibón le miró directamente-. Y de todas formas, por ese bañador mínimo que llevas ya te digo yo que seguro que no he visto ninguna igual.

Rober le devolvió la mirada y sus labios temblaron sin saber qué expresar con exactitud.

-Bueno, vale, vamos a dejar de hablar de mi polla, que tiene vida propia. Sólo con oír hablar de sí misma ya reacciona, je, je -tragó saliva con esfuerzo y carraspeó. Luego agarró la toalla y quiso salir de allí por piernas. Ibón le paró con suavidad pero con firmeza poniendo una mano sobre su pecho.

-A mí me apetece comprobarlo -de repente Ibón le pareció el hombre más libidinoso que hubiera conocido. El chirrido en su entrepierna le martirizó algo más y se enrolló la toalla en la cintura. Seguía queriendo correr, pero sólo dio un paso a un lado, cerró los ojos y volvió a su primera posición, todo ello con la mano de Ibón en su pecho.

-¿En serio me estás proponiendo que nos liemos?

-Yo lo diría con otras palabras, pero sí -la mano de Ibón se movió y le acarició un pezón, haciendo que le temblara todo un poco y se le abrieran los labios. Tuvo que decir algo para que no pareciera otra cosa.

-Ya sé qué palabras usarías, so zorra. ¿Has caído en que eres el ex de mi marido y yo el ex del tuyo?

-Eres uno de los ex de mi marido. Para ser exactos, el único con el que no he echado un polvo - ahora Rober dio un definitivo paso hacia atrás.

-¿El único? Pues ya tenía claro que no iba a hacer nada contigo, pero con esta metedura de pata ya sí que está clarísimo.

-¿Qué metedura de pata? -Ibón frunció el entrecejo.

-Chaval, si te has follado a todos los ex de Guti sólo por tener todos los premios posibles, conmigo lo llevas claro.

-No era ésa la intención. Si lo he hecho es por mantener las amistades y porque Pablo tiene muy buen gusto con los hombres. Sois todos guapísimos y además, encantadores.

-Ya, vale, intenta arreglarlo -Rober echó a andar tan rápido que se le salió una chancla. La puta havaiana tardó tropecientos segundos eternos en volver a colocarse donde debía, e Ibón lo aprovechó:

-Te lo digo en serio.

-Me importa un bleto tu seriedad. Estoy enamorado de mi chico hasta las trancas, así que búscate a otro para tu muesa de este viaje.

-Ya tengo las muestas de este viaje. Contigo me apetece hacerlo, así de simple -por fin las gomas de la chancla dejaron de arrancarle los pelitos del pie a Rober y le permitieron adquirir una pose medianamente digna.

-Machácatela con dos ladrillos, que es igual de simple, cabronazo. Y reza para que Guti no esté tan simpático como para apiadarme de él y decírselo todo.

-Sabe todo lo que tiene que saber -se le dibujó una sonrisita insultantemente segura de sí misma y con Rober no le costó tanto confesar-: somos pareja abierta.

-Ah, mira, cómo se ha modernizado. Pues nada, disfrutadlo y a mí me dejas en paz. Has dado con piedra.

-El mar erosiona acantilados.

-Cariño, por mi vida han pasado océanos; pacíficos y de los otros. Y tú, seamos sinceros, eren un laguito en calma. Una charca, un riachuelo, un... -no supo qué más añadir, pero Ibón obvió el listado y le ahorró otro momento incómodo:

-Bueno, pues no sé qué decirte. Que lo siento, no esperaba que te sentara mal -lo dijo con toda la sinceridad que la situación le permitía.

-No me sienta mal por mí. ¿A quien no le gusta que un chulazo de gim le considere guapo y encantador? Me ha sentado mal por Guti, aunque... -frunció el entrecejo y alzó a la vez una ceja molesta consigo mismo- aunque no entiendo muy bien por qué.

-Porque además de guapo y encantador, eres buena persona. Pero no tienes de qué preocuparte. Gut... Pablo es cada día que pasa más... más asexual. Y sabe que yo soy todo lo contrario, y que tengo mis necesidades. Una o dos veces al mes intentamos hacer algo, pero no siempre es satisfactorio. Tenemos la suerte de adorarnos; si no, hace tiempo que lo habríamos dejado.

-Joder, pues qué pena -a Rober le agradó el repentino ataque de lo que parecía ser íntima sinceridad, aún en el momento que estaban pasando-. Así que en realidad lo que hacéis es intentar refloatar vuestra relación.

-Más o menos -se le torció un poco la mueca.

-Y lo intentáis en un barco que más tarde o más temprano se hundirá en medio del Mediterráneo. Qué buena idea.

A Ibón se le torció aún más la mueca. “¿Es tonto, o un hijo de puta redomado?”, se preguntó.

-Pablo no está en su mejor momento -se defendió.

-Pablo es un cabrón de mierda, siempre lo ha sido -este comentario sí que cabreó al hombretón.

-No, en absoluto. Él no es así porque quiera, sino por la medicación del... Ouh -abrió mucho los ojos-. Oh, joder, no debería haber dicho eso.

-¿Medicación? ¿Qué medicación? ¿Para qué? -Rober se sorprendió a sí mismo con la súbita preocupación que le embargó. Ibón, sin embargo, había perdido toda compostura.

-Nada. Nada, de verdad -ahora fue él quien echó a andar. Rober le tuvo que seguir a toda prisa, porque no le dio tiempo ni a rozarle con el brazo que lanzó hacia adelante-. Sólo toma una medicación fuerte que... bueno, que le quita las ganas, pero no es nada, en serio. Ya te contará... ya os contará él.

Casi estaban en la puerta del gimnasio cuando Rober consiguió agarrarle de la camiseta.

-¿Qué coño le pasa.

-No tiene que pasarle nada sólo porque tome una pastillita, joder.

La cara de Ibón era un poema romántico *de muertos bien relleno manando sangre y cieno*. Miró al suelo.

-Con estas formas y diciendo eso tan peliculero de “no debería haber dicho eso” sólo me confirmas que sí que tiene algo.

-Chorradas tuyas -le miró de nuevo, ahora con gesto de cansancio paterno-. Te digo que lo que tiene te lo puede contar él sin problema.

-Y una mierda. Me lo dices ahora mismo o... -no supo con qué amenazarle-, o te parto la cara, memo.

Ibón pareció crecer treinta centímetros al levantar hombros, cabeza y cejas.

-¿Qué?

-No te tengo miedo -Rober se acercó a él todo lo que pudo y le clavó una mirada satánica desde allá abajo. Ibón se sintió algo mejor sólo al comprobar su superioridad física, como siempre.

-Pues deberías.

-Otra gilipollez más -Rober se pegó a él todo lo que pudo- ¿Por qué? ¿Porque eres más fuerte que yo? ¿Porque eres un puto armario?

-Da igual si estoy fuerte o soy un armario. La cuestión es que te pongo cachondo -volvió la molesta sonrisita, que sólo hizo que Rober se pusiera aún más chulito.

-No me pondrías cachondo ni inyectándome Viagra en vena, lerdo.

-Pues tu rabo me dice otra cosa.

En un segundo y medio Rober entrecerró los ojos y alzó la cabeza para hacer después el mismo movimiento que hacen todos los hombres cuando alguien mienta sus paquetes: intentar mirárselo. Pero el pecho de Ibón estaba en medio, así que se golpeó la frente contra aquello y perdió el equilibrio, agarrándose a las muñecas del hombretón, que también agarró las suyas y le ayudó a separarse sin caerse de culo. Todo en un segundo y medio. Luego Rober se soltó como si le hubiera dado calambre, se sacó la toalla de la cintura, hizo un burruño con ella y se la plantó en la entrepierna con la sana intención de tapar sus otras intenciones, más profundas e inesperadas.

Volviéron a mirarse; Rober estaba hasta rojo de la pura violencia que le embargaba. Ibón sonreía ahora más abiertamente, sin ningún deje molesto. Su sonrisa, incluso, se ensanchó, se abrió. Comenzó a reírse como el Lindo Pulgoso. A Rober se le volvió a abrir la boca, ahora de incredulidad pura y dura.

-¡Dios! ¡Qué momento tan estúpido! -exclamó la mole, riéndose ahora a carcajadas. Rober se relajó un poco y observó el ataque de risa de Ibón sin saber muy bien para dónde moverse. Y como no esperaba que el otro pudiera hacer algo más que reírse y sujetarse la barriga, se quedó igual de atontado cuando Ibón le arrancó la toalla de las manos. Ni siquiera se tapó con ellas.

Ibón le tironeó de la goma del bañador y todo aquello se escapó, como decía él mismo, *con vida propia*. Rober intentó guardárselo, pero con su ridículo bañador mínimo con cremallera era más que complicado. Ibón estalló en otra carcajada.

-Oye, gilipollas, que al final te parto la cara de verdad.

-¡La ostia santa! -Ibón se echó hacia atrás aún con una mano en el estómago y se dejó caer en el banco de una máquina de pectorales. Le tiró la toalla para ayudarlo a superar la situación-. ¡Sí que es jodidamente enorme!

-¡Tú eres imbécil! -berreó Rober, dándose la vuelta para pelearse con carne, goma, cremallera y tela-. ¡Eres muy imbécil!

-¿Pero por qué? -Ibón intentaba controlar las risas-. ¡Si ésto es la solución a nuestros problemas! ¿No lo ves? Ya te la he visto, ya no es necesario más -y canturreó-: *¡No puede caber aquí, no puede caber aquí!*

Con todo su morro, Ibón se levantó y comenzó a bailotear a su alrededor mientras la cara del otro pobre pasaba por toda la gama de rojos. Siguió cantando.

-*Tu pene es una bomba, tu pene es un cañón, y cuando se dispara ¡menudo mogollón! No puede caber aquí, no puede...*

-¡Y encima, infantil! ¡Ya vale, cretino! -Rober seguía dándole la espalda, agarrando con fuerza su capullo para ver si conseguía que aquello bajara, o que al menos se le deshinchara un poco para poder meterlo del todo en el bañador antes de salir corriendo de allí-. O sea, que lo que querías era comparar, como los niños de trece años, a ver quién la tiene más larga, ¿o qué?

-Bah, venga, piénsalo en serio. Ya podemos relajarnos, ¿no? -pero no terminaba de relajarse, hablando aún entre risillas-. Ya sé que tú estás hasta las trancas por tu chico y que no tengo nada que hacer contigo, ¿verdad? Pues por lo menos quitémonos todos los malos rollos de encima.

-¡Pero qué malos rollos ni que ocho cuartos! -Rober se había vuelto a enrollar la toalla a la cintura, y aunque ésta no disimulara mucho, al menos ya podía volver a encarar al otro-. No sé a qué gilipolleces te... mecagüenlaostia.

Volvió a darle la espalda a toda prisa. Ibón se había puesto en pie y, con las manos en la cintura, mostraba orgulloso toda su kilométrica desnudez, coronada por una enorme sonrisa.

-Ya está. Ahora podemos ser amiguetes, sin más. Amiguetes nudistas.

-¡No decías que no hay nudismo en este barco, gilipollas! ¿O sí? -Rober trataba de colocar las cinco mil piezas desparramadas en que se había convertido su cerebro.

-Joder, a ver si me entiendes -Ibón se colocó frente a él y le agarró de los hombros para impedir que se moviera-. Ya está, no sabía cómo arreglarlo. Lo único que puedo hacer es mostrarme tal cual y que te des cuenta de que soy un tío normal y corriente, como todos. No soy esa puta que piensas, y sí, en el fondo soy algo infantil. En la versión más juguetona. Yo qué sé...

-Suéltame de una vez, que me estás poniendo muy nervioso -Ibón obedeció-. Como cuando estás haciendo espiritismo y alguien dice: "Espíritu, si estás aquí, manifiéstate".

-¡No me jodas que haces espiritismo! -Ibón volvió a partirse de risa.

-¡Yo no, estúpido! Mi personaje de hace tres pelis.

-Vale, pero las pelis son de mentirijillas.

-Qué va. Estaba basada en hechos reales.

-Aham. ¡Y Gandía Shore también!

Mientras el otro seguía riendo a mandíbula batiente Rober recorrió con la mirada, atormentado, unos cien ángulos diferentes de la única sala del gimnasio. Suspiró y al mirar de frente vio las potentes y educadas fibras de los pectorales del maromo. Se llevó las manos a la cara y volvió a suspirar.

-Por dios, déjame en paz.

-No te estoy haciendo nada.

-Vale, pero deja de mirarme así con los pezones, coño.

Ibón se apachurró los pezones, que apuntaban al frente como agujas de tatuador. Ambos se relajaron y se miraron durante unos largos segundos, negando ahora con la cabeza, sonriendo después con media boca, haciendo multitud de microgestos. Rober volvió a suspirar desde lo más hondo al notar cómo por fin su pene perdía todo interés en nada que pudiera tener delante.

-Vale, ya nos hemos visto. Hala, vístete, que uno no es de piedra.

-Bueno, no pasa nada porque un amigo te ponga cachondete, ¿no? A mí me pasa -explicó Ibón mientras se vestía.

-Ya. Me da a mí la impresión de que te pasa demasiado. Además, tú y yo no somos amigos. Somos algo así como cuñados lejanos -Ibón levantó una ceja, pero desechó darle vueltas a los lazos familiares que proponía Rober y siguió a lo suyo:

-¿Te molesta? ¡Venga ya! ¿Me vas a decir que no te ha halagado que yo también me haya empalmado?

Rober resopló y renegó con la cabeza, dándose la vuelta y dirigiéndose a la puerta.

-Yo no he visto éso de lo que usted me habla.

Pablo estaba regresando al camarote para tomarse su medicación del mediodía cuando se dio de bruces con el eterno y maravilloso paisaje de la costa italiana, a lo que le pareció una distancia peligrosamente cercana para los bajos de un buque de semejante calado.

Se apoyó en una de las barandillas y su cabeza se fue al agua y a las tímidas nubes que se amontonaban sobre la costa. No le apetecía nada tomar precisamente aquella pastilla, la que le atontaba hasta después de la siesta, de modo que se quedó allí apoyado y maravillado.

Pensó en sí mismo y en su forma de no disfrutar de nada de lo que el resto parecía disfrutar mientras la fuerte brisa marina le despeinaba las neuronas. Hinchó los pulmones y dejó que la humedad le fuera despegando las calcomanías infantiles con las que él mismo había ido cubriendo todo su cuerpo para que nadie le viera las cicatrices o le hiciera aún más pupa. Pensó en lo fácil que le había resultado olvidarse de sí mismo y volver al Pablo que era cuando quería serlo. Pensó en Ibón y en su forma absolutamente despreocupada de ser él mismo y le invadió una tremenda envidia.

Pensó en Ibón.

Paseó despacio, subiendo y bajando entre cubiertas, pensando. No sólo en la seguridad que destilaba su marido, en su personalidad fácil y abierta, en todas las razones por las que se había enamorado de él, sino también en la excitación de la mañana, que había seguido con Rober. Pensó que le tenía que estar pasando algo, que su cuerpo se había acostumbrado a la medicación y por fin reaccionaba, que estaba sanando, de una u otra forma. Pensó en el deseo que seguía sintiendo por su marido y en lo que el pobre llevaba meses aguantando. Pensó que, a pesar del cabreo, le había excitado inusitadamente el saber que alguien se había follado a Ibón. Pensó en sus ganas de follar y le recorrió un escalofrío.

Se lo quitó de encima sacudiendo todo el cuerpo y así fue como le encontró Luis, de nuevo en la Cubierta superior de la piscina, hacia donde no se había dado cuenta que estaba volviendo.

-Hace fresquete a estas horas, ¿eh? -Luis le sorprendió con una sonrisa resplandeciente. Llevaba unos pantaloncitos por medio muslo. Pablo se fijó por primera vez en sus piernas, y en que eran incluso más bonitas que las de Rober. Y también se fijó en la estrecha camiseta. Aunque no tenía un cuerpo trabajado, sí estaba muy bien hecho.

-Pues tendrías que haber visto hace un par de horas -respondió, mientras le hacía el exhaustivo

pero discreto chequeo ocular.

-¿Llevas aquí dos horas? ¡Vaya, qué madrugador!

-Costumbres del trabajo.

-¿Y no habrás visto a Rober? Ha salido sin despertarme y encima se ha dejado el móvil en el camarote.

-Pues sí que estaba aquí hace un rato, estudiando. Pero... -decidió colorearlo un poco- me he ido a dar una vuelta y no sé qué habrá hecho él.

-Mierda, seguro que ha ido al camarote por donde no es y nos hemos cruzado en el camino -le dirigió una mueca de impotencia y comenzó a bajar las escaleras hacia la terraza, seguido por el otro-. Bueno, ya aparecerá. Yo voy a desayunar y a tomar el sol a la sombra, a ver si cojo un poquito de colorín, que siempre estoy blanco como el yeso.

-Pues hoy estás muy guapo -apreció Pablo sin darse cuenta, y antes de que el otro pudiera responder añadió-: o sea, quiero decir... que en tan poco tiempo ya se te ha puesto la cara morenita y te sienta muy bien, con tu pelo y... y con esos ojos tan bonitos.

Luis hizo una mueca de agradecimiento sorprendido mientras Pablo se maldecía a sí mismo y a su poca soltura con las palabras agradables. Otra más de las costumbres absurdas aprendidas del inasequible de su padre.

-Vaya, pues gracias, hombre. Lo esperaba de cualquiera menos de ti. De hecho, me sorprende la cantidad de gente que me mira con intenciones más que oscuras. Ésto parece una sauna gay en vez de un crucero.

-Pues no veo por qué no lo esperabas de mí. Si veo algo bonito, lo reconozco y lo digo, y ya está.

-Bueno, bueno. Si así debería ser siempre. Nos deberíamos decir cada día todo lo bueno, tratarnos mejor los unos a los otros, decirnos las cosas con la mayor sinceridad posible. El mundo sería muy...

-Me pones becerro -le espetó Pablo, con la mayor sinceridad posible, ésa que le estaba provocando alguna hormona enfebrecida después de pasarse dormida varios meses. Luis se quedó mirándole fijamente con la boca aún abierta por ese último “muy”. Cuando pudo reaccionar sólo se vio capaz de preguntar:

-¿Qué?

Pablo dio un paso hacia él.

-Pues éso, que me pones -suspiró, aliviado ante su propia claridad-. Tenía ganas de decirlo y ya lo he dicho, coño.

Y dicho ésto siguió bajando la escalera, dejando a Luis del todo descolocado, casi abrazando la barandilla de la impresión. Volvió a obligarse a reaccionar, dándose la vuelta con la intención de desaparecer a toda prisa, pero se quedó allí, de pie, hasta que oyó a Pablo.

-¿Vienes, o qué? Yo me voy a comer otro croissant. Están de puta madre.

Luis frunció toda la cara, sin comprender en absoluto. Bajó los escalones de dos en dos hasta alcanzar al cocinero.

-¡Oye, oye! ¡Que no puedes decir ciertas cosas tan tranquilo y seguir como si nada!

-¿Por qué no? Tú mismo lo has dicho: no nos decimos lo bueno, y yo me estoy hartando, además, de que la gente me considere un seco.

-Pero coño, ¡si es que una cosa es decirle a alguien que tiene los ojos bonitos y otra muy diferente decirle que te lo quieres tirar!

-Yo no he dicho que quiera follar contigo, sino que me pones cachondo.

Luis movió los ojos como Marujita Díaz, buscando lógica en alguna esquina de la terraza.

-Ah, que no es lo mismo.

Pablo se paró al final de la escalera y miró a Luis con una repentina ternura, no porque realmente la sintiera hacia él, sino porque este ataque de sinceridad le había sentado de puta madre. Era como si de repente se hubiera dado cuenta de que había chorreado hipocresía toda su vida y ahora fuera lo último que necesitara. Y también de que podía chorrear otras cosas sin preocuparse de lo que pensarán los demás.

-No sabes lo que esto significa para mí. No tiene nada que ver contigo. Si se lo hubiera dicho a cualquier otro me sentiría igual de bien -la aclaración terminó por descolocar del todo al músico.

-No te entiendo para nada. ¿Me acabas de decir que te pongo cachondo, pero también que se lo podrías haber dicho a cualquier otro?

-Luis, la cuestión no es que me pongas cachondo, sino que sea capaz de decírtelo, o lo guapo que eres, sin más. Que no me lo haya callado, como hago siempre, que pueda demostrarte un poco de humanidad. Me he pasado años siendo una estatua de hielo, y ya estoy hart.

Luis le observó un largo momento, recordando cuántas veces Rober le había dicho casi, casi lo mismo sobre su ex: que era hielo puro, frío, seco, incapaz de hacer demostraciones de cariño ni de cualquier otra emoción o sentimiento ni en público ni en privado. Sintió una repentina empatía por el hombre, a quien de repente le había cambiado el semblante. Había desaparecido su sempiterna mueca huraña, su ceño permanentemente fruncido. Era como si también hubiera cogido color desde un blanco y negro que no era vintage, sino habitual.

-Vale -reflexionó un poco más-. Vale. Entonces puedo estar tranquilo con respecto a...

-Estás muy bueno, tío -Luis sólo puso los ojos en blanco con los párpados cerrados.

-Bueno, vale, ya me lo has dicho. Te creo, pero no me lo digas más.

-No te lo digo más pero bien mirado, sí que follaría contigo.

-Pablo -Luis tragó saliva trabajosamente-, aunque quisiera follar contigo, no sabría si tú lo haces porque realmente te gusto, o por vengarte de Rober, lo cuál le quitaría bastante interés.

-¿No te gusto? Tú a mí me gustas.

-Pues mejor me lo pones.

-Cualquier cosa que te diga te lo va a poner mejor, ¿no?

-Sip. El mero hecho de que me lo propusieras ya sería una metedura de pata. Hay cuatro mil personas en este barco con las que le puedes poner los cuernos a Ibón, y se lo vas a proponer a una de las dos únicas a las que jamás deberías proponérselo.

-Qué gilipollez. Ni que estuvierais prohibidos.

-Lo estamos -intentó zanjar Luis-. Hazte a la idea de que no todo el mundo es tan cabronazo como vosotros dos.

-No somos unos cabrones. Simplemente, una pareja abierta -Pablo se sorprendió ante la claridad de su propia aclaración.

-Exactamente igual. Me parece muy bien elegir esa forma de vivir en pareja, pero todos los que vivís así os pensáis que el resto somos iguales que vosotros, y para nada -y aseguró, convencido-: por mucho que te joda, mucha gente es fiel a su pareja.

-Dime que no te pongo, que no te apetece porque soy yo, pero no me vengas con milongas de fidelidades -se quejó Pablo, algo molesto por la deriva que iba tomando la conversación. Luis, sin embargo, volvió a verle con los ojos de siempre.

-Milongas. ¿Ves? -esperó una respuesta de cualquier tipo que no obtuvo-. No, no lo ves. No ves lo mezquino que resulta. Me estás hablando de deshacerse de hipocresías, de ser sincero, pero necesitas creer que todo el mundo es igual que tú para que tu vida no te resulte patética.

Pablo sólo torció el morro. Estaba tan cachondo y tenía tantas ganas de autoconvencerse, que no quería dar su brazo a torcer. Quería, como siempre, tener razón. Con amabilidad, eso sí.

-¿Sabes que Rober y yo también éramos pareja abierta?

-Lo sé. Y también sé que sólo follaba contigo.

-Sí, claro. Éso es lo que te dice él.

-Sí. Y como le quiero, confío en él. No tiene motivo para mentirme en ese tema. Y lo que es mejor: tú no puedes demostrar de ninguna manera que lo hiciera, ¿verdad?

Pablo quiso responder lo que habría respondido en cualquier otro momento como un automatismo. Se reconoció que le jodía no poder confirmarlo, así que se quedó callado.

-Pues éso -pudo por fin cerrar Luis-. Me voy a seguir buscándole, quiero desayunar con él.

-Ya ha desayunado.

-Lo que yo le voy a dar, no -se dio la vuelta y, muy seguro ahora, subió la escalera con toda la ceremonia que le permitió su desorden mental.

Pablo llegó casi sin darse cuenta al camarote y oyó el agua de la ducha. Saludó con tan poco ímpetu que no recibió respuesta. Miró fijamente el pastillero que le esperaba en la mesilla de noche. Lo desechó con un ligero tic ocular y se sentó en la cama deshecha, en el lado de Ibón. Uno de sus pies jugueteó sin él quererlo con las chanclas de su marido y con un jockstrap tirado en el suelo. Lo cogió con los extrañamente hábiles dedos de su pie derecho y lo asió, estirando la enorme goma y acariciando la tela, notando la humedad aún fresca del semen. Se lo llevó a la cara y aspiró con fuerza. Ese aroma siempre azmilclado y profundamente sexual de Ibón le inundó con fuerza inusitada. Se empalmó y le temblaron los labios. Hacía semanas que no sentía un deseo tan fuerte e incontrolable.

Tiró el jockstrap y comenzó a quitarse la camisa, despacio, disfrutándolo, imaginando la espuma cayendo por el pecho de su marido, sus fuertes brazos marcando toda su musculatura mientras se frotaba la calva, sus manazas acariciando entre sus muslos...

Vió la cartera y el móvil de Ibón sobre su mesilla. Por muy dispuesto que estuviera a follarse a su marido incluso sabiendo que se acababa de hacer una de sus usuales pajas matutinas, algo le hizo parar, dejando el último botón en su ojal; una de sus pestañas volvió a moverse, involuntaria. Su mente voló a otro sitio sin pretenderlo en absoluto: estaba encantado con las imágenes de Ibón en la ducha, pero no pudo evitarlo. Otras imágenes y otros deseos se le cruzaron por delante. Y sobre todo la necesidad de echar mano de aquella pareja abierto que hoy le parecía tan natural y saludable.

Cogió el móvil, dibujó el patrón -una zeta tan sencilla como el dueño del aparato- y buscó en los contactos hasta encontrar el número de Zoca, que grabó en su propio móvil. Rápidamente volvió a abotonar la camisa y salió del camarote sin decir nada.

Veinticinco minutos después Zoca estaba saboreando su semen y Ginés haciendo una muesca que consideraba muy interesante para ser contada en grupo.

Todos se pasaron el resto del día intentando evitarse. Tampoco es que fuera muy difícil: un crucero es mucho más grande e intrincado de lo que cualquier centro comercial pueda pretender. Es más: había un centro comercial en el barco, en el que ya era fácil perderse.

Luis y Rober descubrieron -después de echar un polvo glorioso- que el solarium de proa sobre la piscina infantil era perfecto para pasar un día “profesional”, de modo que allá se quedaron; Rober, estudiando, y Luis con su pequeño teclado con treinta y cinco instrumentos y sus auriculares, intentando cerrar los arreglos del que esperaba que fuera un éxito fulgurante de algún niño salido de un reality al que hubiera que autotunearle hasta el carné de identidad para entenderle dos palabras seguidas.

Cuando Ibón salió de la ducha pensó que Pablo estaría en la piscina de popa, como siempre. Le

llamó, pero no recibió respuesta, de modo que cogió su toalla y su crema y se fue para allá. No le encontró, así que le volvió a llamar, con el mismo resultado. Se tumbó y esperó. Un rato después fue Pablo quien le llamó a él. Le dijo que se acababa de dar un masaje porque le dolía la espalda, que iba a ducharse para quitarse todos esos aceites y que iba a la piscina en breve. Allí pasaron todo el resto del día.

Cuando Ginés y Zoca aparecieron, a Pablo le pareció que el mayor de ellos le sonreía demasiado, que le trataba de forma diferente, pero era una impresión suya. Les había pedido que no le dijeran nada a Ibón sobre su inesperado combate sexual y Zoca y Ginés, putones pero educados, cumplieron.

DÍA 5: I honestly love you

El día no vaticinaba nada bueno cuando Luis despertó: ni el sol brillaba ni la dulce brisa mediterránea mecía suavemente los visillos del ventanal, sino que un incómodo ventarrón los hacía bailar cual bandera estadounidense en una peli de Roland Emmerich. Le dio un escalofrío y esperó oír truenos lejanos. “¿Se oyen truenos lejanos en medio del mar?”, se preguntó a sí mismo, desperezándose y, en contra de sus vagas formas usuales, se frotó los brazos con fuerza para recuperar algo de calor.

Su chico dormitaba a su lado, con toda la ropa de cama hecha un burruño a su alrededor. Luis hizo una mueca y se levantó, sin ganas, para abrir las cortinas de la puerta de la terraza. Se encontró con que estaba amaneciendo, de ahí la oscuridad y el fresco. Se puso el albornoz del color morado sacramental de la naviera y salió a la terraza. Justo en ese momento los primeros rayos del sol iluminaron el mar como si fuera un espejo, y el Mediterráneo se convirtió en lo que cualquier turista espera de él. Como por milagro, el viento decidió convertirse en algo agradable. Se estiró sobre una tumbona y esperó, sin saber qué ni necesitar saberlo. En pocos segundos divisó la costa.

Oyó uno de los *delicados* ronquidos de Rober y le dieron ganas de despertarle a empujones, pero parecía estar tan cómodo que ni siquiera le dio una voz. Si le despertaba a esas horas, probablemente estaría de morros todo el día, por mucho que hubiera decidido que se iba a hacer adulto modificando sus horarios.

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero en algún momento abrió su bata para que el sol calentara la piel que la brisa también lamió, más despiadada de lo que cabía esperar, provocándole escalofríos y que casi le dolieran los pezones. Sin saber tampoco por qué, se sintió desnudo y expuesto, molesto ante una repentina e inesperada erección. Se envolvió en el albornoz y se sentó en la tumbona.

“Bah, es sólo un empalme mañanero que se va meando”, le aseguró el angelito sobre su hombro izquierdo. Pero el demonio sobre su hombro derecho le murmuró, ladino: “Qué va. Es que no dejas de pensar en el culazo tragón de Ibón”.

Se masturbó como loco bajo el agua de la ducha y se corrió en cuatro minutos. El agua no fue capaz de llevarse la culpa por el desagüe. Recordó cómo de adolescente sentía la misma vergüencita siempre que se la pelaba deseando hacérselo a su vecino del primero, a algunos amigos del instituto, a su primo Venancio, el de Toledo, al que todos llamaban *La Nancy* porque en cuanto cumplió los dieciocho destrozó el armario a hachazos, pero que cuando Luis tuvo edad para comenzar a desearle era un pedazo de chulazo de casi treinta que podía romper cualquier armario machacándolo entre sus pectorales.

A lo mejor Nancy era quien le había marcado haciéndole chorrear por morlacos de dos por dos.

Se secó la cabeza como si deseara arrancarse todos los pelos y salió del baño energético perdido, no porque la mañana le sentara bien, sino porque pensó que era la única manera de quitarse toda esa mierda de la cabeza.

-¡Nene! -berreó, tirándose sobre la cama y abrazando a Rober por detrás-. ¡Excursión!

Rober se desperezó despacio y soltó un bostezo que habría reorganizado a todas las familias de leones de África.

-Déjame un poquito más, jo.

-Ni poquito, ni poquita. Hala, mueve el bulla que como siempre te querrás duchar durante media hora y desayunar para nueve, y no quiero que se nos vaya el bus.

Rober se llevó una mano a la barriga.

-Cuenta un cuarto de hora más. Me ha entrado una cagatera tremenda de tanto café.

-Si es que no te controlas, amor.

-¿Tú querías que me controlara? -Rober se arrebujo contra el cuerpo de Luis y buscó su capullo blando con la boca. Olía y sabía a jabón.

-Ehm, uff, vale..., -se dejó hacer unos minutos, sorprendido por la respuesta de su polla después de la paja en la ducha-. Si esto es por el café, te pongo una plantación.

-¿Qué bus? -fue la inesperada respuesta de Rober.

-El primerito que salga, para aprovechar el día. Tú decides. Podemos ir a ver el Etna, Taormina y Catania o podemos... -gimió un poquito-, ir a Palermo y la costa norte.

-¿Y qué demonios...? -Luis le cortó, sabiendo qué le iba a preguntar.

-El Etna es el volcán enorme de Sicilia, y Taormina y Catania son dos ciudades súper antiguas y súper bonitas. Y Palermo es Palermo, la que sale en todas las pelis de *maggioratas* y mafiosos. Opción uno: vemos un volcán y muchas iglesias. Opción dos: un rato de playa y luego muchas iglesias y muchas compras tontas. Por otro lado da igual: hoy hacemos noche en la isla y mañana nos hacemos el tour que no hayamos hecho hoy.

-Opción dos -masticó Rober.

-Ya sabía yo que lo de las compras te iba a molar.

-Qué va. Quiero ver italianos en bañador -Luis rió, le desenroscó la cabeza de su pene y le mordisqueó una oreja, olvidando al fin todo lo que le había martirizado desde que se despertara aún de madrugada.

Tres horas y pico después estaban tomando un sol de justicia en una playa de Cefalú y nada recordaba al desapacible amanecer. Rober estaba de morros porque los *italianos en bañador* eran señores de pueblo gordos y bigotudos con sus respectivas señoras de pueblo gordas y bigotudas -elegante descripción hecha con sus propias palabras-.

-¿Cómo es posible que no haya ni un mísero romano? Voy a reclamar a la compañía.

-Cariño, estamos en Octubre.

-Ya, en un crucero. ¿Qué, que es el único?

Luis puso los ojos en blanco por toda respuesta y observó el bamboleo de ese precioso trasero mientras se alejaba hacia la orilla.

Le sorprendió que su móvil sonara. Rober, con los pies en el agua a unos pocos metros de él, reconoció el tono, el "Music" de John Miles, y se volvió para preguntar con la mirada. Luis cogió el teléfono y volvió a poner los ojos en blanco, haciéndole un gesto a Rober para quitarle importancia.

Estuvo a punto de no coger la llamada.

-Dime -dijo.

-¡Ey! ¿Dónde estáis? -la voz de Ibón sonó inusualmente alegre.

-En la playa.

-Ah -ahora sonó a completa desilusión-. Nosotros recorriendo Nápoles. ¿No váis a venir para acá? Hemos visto una terraza fantástica en Via Montevergini para comer luego.

-Pues sí, iremos a comer, pero vamos en tren y ni idea de a qué hora llegaremos.

-Ah, vaya -hubo un corto silencio que Luis no supo cómo masticar. Ibón siguió, pero bajando el volumen todo lo que pudo-. ¿Y no podemos quedar, o algo? Me está dando el día, te lo juro.

Luis cogió aire y resopló mientras buscaba a Rober sin encontrarle entre los reflejos del sol en el agua y los nietos gordos y bigotudos de los señores gordos y bigotudos. Se dio cuenta de que tardaba demasiado en responder al oír la voccita desesperada de Ibón:

-Por favor, tío -volvió a resoplar y calculó el tamaño del cabreo de Rober ante tal perspectiva.

-Ok. Pero nos haremos los contradizos. No creo que a nuestros respectivos les haga ninguna gracia.

Ibón también resopló, y fue subiendo el volumen de su voz según se acercaba a Pablo.

-Gracias, nene, te debo una. Y no te preocupes por Pablo, que ya lo sabe. Vale que no le ha hecho mucha gracia tampoco, pero sabe tan bien como yo que si seguimos solos por aquí hoy acabamos como el rosario de la aurora -subió definitivamente el volumen para terminar, sonando de nuevo animado-. Bueno, vamos a tomar unos cafés en una trattoria preciosa en Via Montevergini, una terracita con unas vistas espectaculares y luego nos vamos un rato de monumentos.

Siguió desgranando las bonanzas de la ciudad durante un minuto para darle después el nombre y la dirección del local en que comerían más tarde.

-Creo que entre las cuatro y las cuatro y media podemos estar allí. Comemos por nuestra cuenta y luego, ya te he dicho, nos hacemos los contradizos, ¿ok?

-Claro, claro. Que lo paséis bien y cuidado con el solete, que te quemas con facilidad.

-Ya estoy quemado, tranquilo -y colgó; a Ibón no le dio tiempo de entender la doblez.

Luis se acercó al agua, buscando de nuevo a Rober, que ahora estaba sentado en la orilla, con medio cuerpo dentro del agua aún templada. Se sentó a su lado y le miró con un ojo cerrado y el otro casi.

-Eran éstos. He quedado con ellos para un café -explicó, creyó que tanteando.

-¿Que has...? -Luis le tuvo que cortar, como tantas otras veces.

-Sólo un café. Nos hacemos los contradizos y luego nos inventamos algo para escabullirnos. Que nos den ideas sobre lo que ellos ya han visto y así no se querrán venir con nosotros.

Rober torció el morro, no conforme del todo. Luego un gordo bigotudo de unos nueve años pasó corriendo frente a ellos, salpicándoles enteros y transformando los morros torcidos en risas e improperios que intentaban imitar el italiano más cultivado y cursi: “¡Ti corto il cazzo!”, “¡Stupído niggiato!”, que lo único que provocaron fue que se troncharan aún más.

A las once y media Pablo e Ibón paseaban por un mercadillo que parecía medieval pero en realidad no era ni vintage, sólo puro postureo turístico. Cada uno de ellos recorría uno de los laterales, no para ver más cosas, sino para no tener que hablar mucho.

Pablo se había despertado con una erección esplendorosa. En unos segundos había apartado las sábanas y había aprovechado que Ibón siempre dormía despatarrado boca abajo para metérsela entera, aún dormido. Ibón había gritado, pero más por la sorpresa que por otra cosa; los ruidos de salido embrutecido de Pablo le habían hecho, después, gruñir por el momentáneo morbo.

-Joder, más fuerte -murmuró en un tono animalesco. Pablo gruñó y la hundió todo lo que pudo unas cuantas veces.

Fue lo único que Ibón pudo decir antes de que Pablo se corriera. Ni siquiera le había dado tiempo de empalmarse, ni a Pablo de sudar ni una gota. El hombre se dejó caer sobre aquella espalda kilométrica dejando dentro su polla aún dura y latiente e intentando recuperar el foco que el esfuerzo momentáneo le había hecho perder.

-Dios, lo siento -murmuró, y de pronto se echó a temblar. Ibón esperó lo peor. Contrajo algunos músculos para estrujar el pene de su marido y luego se relajó para poder darse la vuelta y hacerse un nudo de brazos y piernas con él.

-No hay nada que sentir, mi amor. Te quiero.

Se habían quedado abrazados durante un buen rato, Pablo sollozando despacito. Ninguno de los dos fue consciente de que aquel repentino ataque de deseo de ambos lo habían provocado Zoca,

Ginés, Luis y Rober.

Cuando por fin pudo tranquilizarse, Pablo se despegó como pudo e intentó mirar a Ibón a los ojos, aunque le costó.

-Te prometo que la próxima vez va a ser la ostia.

-Lo sé, amor -Ibón le peinó con los dedos.

-Algo está pasándome en este viaje. No sé, a lo mejor son las ganas que tenía de hacerlo, de salir de la rutina, a lo mejor es el aire del Mediterráneo que me...

-Da igual lo que sea -la mano de Ibón bajó, acariciando aquellos puntos que sabía que provocarían escalofríos a su marido- No pienses en nada, sólo disfrútalo.

Pablo le miró por fin a los ojos y ambos sintieron una corriente, algo que se les había escapado en los últimos meses.

-Estoy harto. Estoy muy cansado de todo ésto. Quiero curarme para ti, ¿vale? Quiero que lo sepas -dudó unos segundos-. Te quiero, Ibón, te quiero. Y no sé qué hacer para...

-No hace falta que hagas nada. Yo también te quiero, y creo que entiendo por lo que estás pasando -estrechó el abrazo-. Sólo quiero que dejes de pensar en ello por unos días y que disfrutes del viaje, y de mí. Quiero que lo dejes pasar, que dejes que el tiempo lo arregle, sin más.

-Tiempo es precisamente lo que podría no... -su voz se quebró sin dejarle terminar.

Ibón cerró los ojos y aspiró con fuerza, tanto, que empezó a ver puntos verdes sobre el fondo negro de sus párpados. Apretujó a Pablo contra su pecho, haciendo que al hombre le rechinaran los pulmones.

-Tenemos todo el tiempo del mundo, joder. Y tú ya estás curado, Pablo.

La rabia de Ibón hizo que a Pablo se le cruzara algún cable inesperado.

-Y lo desaprovechamos follando con otros -Ibón aflojó el abrazo, sospechando tormenta-. Sé que no te estoy dando lo que...

-Vale ya, Pablo. A ver, soy un tío, y soy muy sexual. Se me van los ojillos detrás de casi cualquier cosa. Pero éso no significa nada. O sí: que estoy loco por ti. Si no me dedico a perseguir a todos los que miro, por algo será -el otro se quedó callado un momento, e Ibón creyó que podría cerrar el tema al darse cuenta de lo poco sincero que estaba siendo-. Déjalo, en serio.

-No -de nuevo Pablo metió los brazos entre ambos y miró fijamente a Ibón-. No, no, qué va. Tenemos que arreglar ésto. No puedo con ésto.

-No hay nada que arreglar. Ya lo hemos hablado largo y tendido.

-Pues lo hablamos más.

Ibón volvió a cerrar los ojos y soltó un largo y sonoro suspiro. Desabrochó el abrazo y se sentó en el borde de la cama, dándole la espalda.

-Ya está hablado, Pablo. Y ya no es importante; no pienso follar con nadie que no seas tú.

Pablo se apoyó en un codo y supo por los estiramientos de su espalda y su cuello que Ibón mentía, pero no supo exactamente sobre qué, así que se decidió a no volver a mentir:

-Me he tirado a Zoca. En este crucero -Ibón volvió la cabeza, pero sólo le dio para verle las rodillas.

-¿Qué? -Pablo tragó saliva y no supo dónde mirar, enrojecido de repente por una vergüenza tremenda que Ibón no podía ver-. ¿Que qué?

-Pero sólo fue porque me puse cachondo con alguna pastilla y él... -no supo cómo seguir.

-Dios, qué gilipollez. ¿Ibas a decir que te lo has follado porque te pillaba a mano? -se levantó de repente, esquivando sin saberlo el brazo que Pablo había lanzado a su cuello-. ¿Te lo follaste porque yo no estaba aquí, o algo igual de imbécil?

-¿Ves? Por ésto lo tenemos que hablar. No quiero que esto pase. No quiero hacerlo yo, y aunque no sé cuándo ni cuánto lo haces tú, tampoco quiero saberlo -se sentó donde había estado Ibón sólo para verle meterse en el baño, así que gritó-: ¡pero no quiero que lo sigas haciendo!

Ibón asomó sólo medio cuerpo.

-A lo mejor lo que quieres es no seguir, a secas -él mismo se dio cuenta de lo que había dicho y se escondió de nuevo en el baño-. ¡O cualquier otra estupidez de la que no tenemos por qué hablar ahora!

Pablo se avalanzó hacia el baño tan rápido como para evitar que Ibón echara el pestillo.

-Lo siento, amor. Soy gilipollas, y no tenía que habértelo dicho.

-¿El qué? ¿Que quieres cambiar las reglas? ¿Que te has follado a uno de mis mejores amigos?

-¿Reglas...? ¿Qué reglas son ésas, las que se aplican sólo a ti? ¿Las que dictan que sólo tú eres la parte abierta de la pareja abierta? -Pablo empujó la puerta, que dio un tremendo golpe contra la de la ducha-. ¿Amigos? Follamigos, quieres decir.

Ibón le miró desafiante, mordiéndose los labios con fuerza. Empujó a Pablo con brusquedad contra la pared del pasillo y cerró la puerta con igual violencia, echando el pestillo y haciendo caso omiso a sus voces.

Y ahora estaban recorriendo aquel mercadillo, sin querer hablar ni de ese tema ni de ningún otro. Cuando Ibón sugirió la comida comunal, Pablo sólo gruñó y le mostró su mejor máscara de multiasesino de *slasher made in USA*. Pero no dijo que no. Durante el largo viaje hasta Palermo, en que ni se habían mirado el uno al otro, había decidido que jamás volvería a decirle que no.

Tuvieron la suerte de que en la terraza en que habían decidido comer se encontraran a una parejita con la que habían coincidido un par de veces en el barco: alguna caña, un rato de piscina. Eran jóvenes y refrescantes, siempre con sus sonrisas efervescentes y su amor nuevo. En dos minutos la muchacha ya había notado el mal rollo entre ellos, pero no dijo nada y siguieron hablando durante toda la comida de las beldades de la ciudad, de lo viejo que parecía todo, de lo curioso y aterrador que resultaba ver de vez en cuándo una fumarola de volcán aún desde allí, a tantos kilómetros. La conversación derivó hacia toda una suerte de experiencias en catástrofes naturales que relajaron algo la incomodidad de Pablo e Ibón, hasta que los muchachos se despidieron para seguir pateando Palermo. Pablo les invitó a la comida, provocando una ristra de agradecimientos y la promesa de devolver la invitación en cuanto pudieran, o invitarles a su casa recién comprada en Gijón.

-Qué desprendido eres cuando te da la gana -apreció Ibón, con tono avinagrado. Pablo sólo le miró muy torcido y llamó la atención de un camarero para pedir más cafés. Ibón se dedicó a buscar en una guía virtual de la ciudad cualquier cosa que pudiera gustarle a él o, en su defecto, no gustarle a su marido.

A las cuatro y veinte aparecieron Luis y Rober, con cara de venir hablando de algo híper divertido y los brazos enlazados tras sus riñones.

-¡Vengo gocho! -berreó Luis, intentando aparentar quién sabe qué que no necesitaba-. ¿Habéis comido bien?

Pablo alzó una ceja molesta.

-Yo siempre como bien.

-Bueno, estando de vacaciones nunca se sabe, si caes en un sitio pensado para turisteo... -apuntó Rober.

-Él siempre come bien -repitió Ibón, con la calva brillándole por el calor. Rober iba a añadir algo sobre focaccias y pizzas, pero Pablo no le dejó.

-Y tú lo sabes mejor que nadie. No sabías que tenías sobacos hasta que yo te los comí.

-Un plato placentero para ti, supongo. Pero a mí me dan calambres.

-¿Qué? ¡Venga ya!

-No te lo he dicho nunca por no quitarte el gusto de lamer mi sudor.

Luis y Rober se echaron una rápida ojeada horrorizada:

“Uuh, mal rollo”.

“¿Qué hacemos?”

“Nos vamos”.

“Pero ya mismo”.

-Pero sentaos, hombre -pidió Ibón, cortando su ojiplática conversación mental-. Al menos el café está de puta madre.

Los labios de Pablo estaban tan fruncidos que parecía que los había cosido alguien de Primero de Coser, pero supo que si en ese momento no era un poquito cortés el Mediterráneo se convertiría en sopa de amargura para el resto del viaje.

-Sí, por favor, pedid unos espressos. Están contundentes, pero buenísimos.

-¡Como todos los italianos! -exclamó Rober, deseando guardar en el cajón el cuchillo que cortaba el ambiente-. Bueno, menos los que van a la playa, que son morsas bigotudas.

-Qué delicadas son las descripciones de mi chico, ¿verdad? -Luis ya había apartado una silla para que Rober se sentara, sin advertir la mueca que hizo Ibón al oírle decir “mi chico”-. Cada día me sorprende más, y por más motivos.

-Algún día llegará en que te sorprenda tanto que quieras cortarle las piernas -apreció Pablo. Luis se sentó y decidió obviar el comentario sin dar tiempo de hablar ni al comentarista ni al comentado.

-Me he quemado pero bien. Qué tontos, no traer crema sabiendo que íbamos a la playa. Porque no la has traído, ¿no? -inquirió a su chico.

-No, cuando hablaste de un crucero, pensé en los Fiordos.

-¿Qué parte de “crucero por el Mediterráneo” no entendiste?

-Jo, cari, qué pesado, ¿eh?

-Te estaba preguntando si habías traído crema *ahora*. Te pedí que compraras el primer día, en cuanto vimos la piscina -Rober hizo una mueca de culpabilidad infantil.

-Me congratula ver que no soy el único pavo en esta cena de acción de gracias -Ibón intentó cortar la perorata de la parejita.

“Otro que se contra... éso”, pensó Rober. “¿No me aprenderé la puta palabreja?”

-Cariño, no tientes a la suerte -pidió Pablo a su marido.

-Nosotros también estamos quemados -replicó Ibón, haciendo caso omiso a Pablo mientras éste pisaba su frase con un claro y contundente:

-Sí, definitivamente tontos.

Luis puso los ojos en blanco y suspiró.

-Bueno, yo me voy a mear, a ver si cuando vuelva se os ha agotado el veneno -Rober le gritó con los ojos que no le dejara sólo con aquellos dos.

-Voy contigo -Ibón se levantó de un salto-. Llevamos tres cafés y una docena de botellas de vino. Luis no tuvo forma de escapar de la encerrona, de modo que se metieron en la trattoria, uno a toda velocidad, el otro siguiéndole con sus enormes pasos. Los otros les miraron sin decir nada hasta que desaparecieron.

-Lo siento -susurró Pablo, sin dejar de mirar a la puerta del restaurante-. No tenemos un buen momento.

-Ah, ¿que tenéis buenos momentos? -el vómito que Pablo le echó con los ojos le hizo encogerse-.

Quería decir que... que no hace falta que lo jures.

-Y encima en momentos como éste veros a vosotros no anima, precisamente.

-¿Y qué te hemos hecho nosotros? -Pablo le miró ahora con una expresión por completo indefinida.

-Sois tan... felices... ¡tan asquerosamente felices! -Rober sólo hizo una mueca de indefensión, recordando que no era la primera vez que le decía algo semejante en el viaje-. No sabes lo que es para alguien que está fatal ver a alguien a quien todo le va bien.

Rober volvió a suspirar.

-A ver. Primero: ¿qué coño quieres que le haga? Y segundo: sí que lo sé; estuve años contigo.

Pablo bajó la cabeza, buscando la forma más cortés de aplazar la amargura.

-Lo siento, Rober, de verdad que lo siento.

-Tampoco es para tanto. Nosotros nos tomamos el café y nos...

-No es ésto -le cortó-. Siento ser como soy. Siento haberte hecho pasar lo que pasaste conmigo, no haber sido capaz de hacerte feliz aunque te quisiera.

-Ah, ¿que me querías?

-Joder, qué gilipollas eres casi siempre. Te estoy hablando en serio, coño.

-Yo también -repuso un de repente seguro y reposado Rober. Se miraron durante unos segundos como quien prepara un duelo a sable-. Fue muy raro, lo nuestro. Durante mucho tiempo me pregunté por qué te quería, aunque estuviera seguro de lo que sentía. No, de lo que sentía no, sino de que lo sentía. Y también, incluso durante más tiempo, me pregunté si tú me querías o sólo estabas conmigo por comodidad, por egolatría, por la posibilidad de que un día llegara a ser alguien...

Pablo hizo una mueca de asco.

-No me jodas, Rober. Sé que no soy el tío más cariñoso del mundo, pero joder, te quería.

-Y yo a ti. Sólo que yo sabía cómo demostrártelo. Ni siquiera me hacía falta demostrar nada. Simplemente estaba allí. Tú no.

Pablo iba a responder aún más caliente, pero el camarero al que había llamado la atención le cortó.

-Un espresso -dijo, seco.

-Niente, grazie -Rober miró al chef, esperando a que el camarero les dejara solos-. Nos vamos cuando estos vuelvan.

-O sea, que tú tampoco vas a hablar conmigo.

-A ti nunca te ha gustado hablar, Pablo. Cuando se nos abrieron definitivamente las heridas que nos habíamos hecho te lo pedí, mil veces, pero tú no hablas sobre ciertas cosas, no sabes cómo hacerlo, ni las palabras que hay que usar, ni que a hablar uno se sienta abierto a la posibilidad de no tener razón.

-Tú no quisiste escucharme cuando intenté contarte cómo era mi vida, cuáles eran mis obligaciones y necesidades. Sólo pensaste en ti mismo.

-¿En serio? -Rober chistó y se levantó, dispuesto a no dejar siquiera que Luis se sentara-. Dime una cosa: ¿no te amarga tener esta personalidad de mierda?

-No me seas miserable, joder.

Rober cogió aire y lo soltó con la boca en forma de “o” y las ventanas de la nariz abiertas.

-Que te den por culo, Pablo.

-Que te den a ti.

-Whatever. La miserabilidad no distingue ojeteros.

Y dicho ésto se dio la vuelta y se dirigió al interior del local a buscar a su marido.

Mientras ellos tenían esta conversación, Luis e Ibón habían entrado juntos en el pequeño servicio del restaurante. Luis había abierto la puerta con la esperanza de que sólo hubiera sitio para uno, pero no: una puerta interior cerrada tenía un cartel que advertía que el váter estaba roto con un contundente “Vietato” escrito a boli en un papel pegado con celo. Y frente al cartelito, dos mingitorios de pared. Cerró los ojos y frunció toda la cara.

-Espera fuera -pidió a Ibón.

-Qué tontería -el hombre ya se abría la bragueta.

-No me voy a sacar la chorra a tu lado, zorrón.

-No te preocupes por tu chorra, hay miles de millones en el mundo. Entre ellas, la de mi marido - Ibón empezó a mear con toda tranquilidad. Luis frotó sus muslos con fuerza y se desinfló un poco por el comentario, pero prefirió colocarse frente al segundo meadero y aliviarse antes de tener un accidente húmedo. Ambos miraron directamente sus respectivos chorros, sin saber qué más decir, pero Luis estaba molesto; tenía que soltar algo para liberar parte del maremagnum que le torturaba el cerebro, y fue lo más inesperado para él mismo:

-No me gusta nada ésto de estar a tu lado con las pollas en la mano. Me encantaba mirarte cuando te despelotabas -Ibón sonrió, encantado. Luis se sintió mortificado, incapaz de pensar en algo que no fuera una de las dos calvas de Ibón.

-Te pongo cachondazo, ¿eh?

-Supongo que puedo decirlo: sí. Bueno, ya no. Además, también me ha puesto cachondazo siempre el porno de gordos, y sigo sin explicarme por qué -la sonrisa de Ibón se torció un poco-. ¿Sabes que el que hubiera tantas chorras en el mundo era lo que me mataba estando contigo?

-¿Y qué coño importaban? -Ibón le dedicó medio fruncimiento de ceño.

-Me moría de celos.

-¿Qué? -inquirieron ahora las dos cejas de Ibón-. ¿Tú, celoso? No te creo.

-Estaba hasta las trancas por ti, y me daba miedo que te asustaras y me lo echaras en cara o que no pudieras...

-Pero pedazo de bobo, ¿a quién no le gusta que su pareja se ponga celosa? -Ibón se sacudió el manubrio y lo guardó rápido para poder encarar a su ex.

-A mí no me gusta. Es una falta de confianza total, no sé -explicó Luis, colocándose pantalón y camisa y ambos se lavaron las manos en el único y pequeñísimo lavabo-. Es enfermizo.

-O una demostración de amor.

-A ver, que sí, que éso decimos los que somos celosos, pero no deja de ser una...

Ibón le calló sujetándole por los hombros con las manos mojadas.

-Pero qué tonto.

-Estaba hasta las trancas, Ibón. Y cualquier cosa me daba miedo. Me daba un miedo tremendo perderte, y no era capaz de pensar que pudieras serme fiel con aquella fama que tenías de ligón y siendo un chulazo que podía tener a quien quisiera cuando quisiera.

-Qué memo, joder -Ibón le atravesaba con la mirada-. Te adoraba, tío. Te deseaba más que a nadie. Y te respetaba por quién eras y cómo eras. Joder, si ahora mismo me dijeras...

Se quedó callado un momento durante el que Luis le mantuvo la mirada a duras penas, notando cómo su estómago se iba llenando de cemento armado.

-Ni se te ocurra -dijo, al final. Pero Ibón le estrujó los hombros y siguió:

-Si ahora mismo me pidieras que dejara a Pablo y volviera contigo, lo haría. Sin pensarlo.

-Ni... se... te... -comenzó Luis, pero se le cerró la garganta. Ibón le abrazó con fuerza.

-Te sigo queriendo.

Luis miró muy molesto al techo; cuando a alguien normal le abraza así alguien de ese tamaño

nunca sabe qué hacer con la cabeza si no es apoyarla en su pecho.

-Suéltame, por favor.

-Te sigo queriendo -repitió Ibón. Luis manoteó y movió los brazos lo que pudo para separarse de él, pero el hombre le tenía bien sujeto.

-Yo a ti no. Y suéltame de una vez, te lo pido por favor -metió un hombro entre ellos, y en ésto estaban cuando se abrió la puerta. Ambos miraron, sorprendidos.

-¿Qué... coño...? -articuló Rober. Luis sintió que perdía toda la sangre de repente. Incluso le dio un ligero mareo.

-¡Que me sueltes, coño! -gritó, consiguiéndolo por fin-. ¡Rober! ¡Rober, por favor, espera!

Pero Rober ya salía a toda prisa del servicio. Luis corrió tras él con el tiempo justo para mirar a Ibón y espetarle:

-¡Gilipollas!

Corrió tras su marido. Ibón suspiró profundamente y miró al suelo. Despacito se le fue dibujando una sonrisa mínima.

Luis corrió tras Rober sin saber ni importarle si habían pagado los cafés, pero el actor estaba acostumbrado a su ejercicio diario, a correr todas las mañanas -o casi todas-. No pudo alcanzarle, y en unos quinientos metros tuvo que parar para apoyarse en las rodillas e intentar recuperar el resuello.

Pablo les había observado sorprendido primero, con un ligero sentimiento de culpable regocijo después. Tras tres segundos de hilado fino una bola de calor se le formó en el estómago y subió por su esófago hasta que le encendió las orejas. Buscó a Ibón con la mirada.

El hombretón, apoyado en el marco de la puerta del restaurante, también estaba atento a la carrera, con una mueca que Pablo no le conocía. Bajó el escalón de entrada y se dirigió a la mesa con toda la calma del mundo y sin perder esa extraña expresión. Aunque con cada paso que daba a Pablo ese visaje le parecía más la fisicidad de lo que él mismo sentía. Empezó a respirar más rápido.

-¿Qué coño has hecho? -inquirió, antes incluso de que Ibón se sentara. Éste frunció el ceño, inocente.

-¿Yo?

-Tú -Ibón separó una silla y se repantingó, ocupando con sus piernas media terraza y con sus cojones la otra media.

-No sé qué piensas que... -no era rápido inventando, como tanta otra gente-. Si lo dices por éstos, no sé qué les pasa. Cuando he salido de mear ya estaban corriendo.

Pablo le observó durante unos segundos, con los ojos entrecerrados por el sol.

-Me estás mintiendo. Sé cuándo me mientes -A Ibón le cambió el semblante.

-Yo no te miento. Nunca te he mentado.

-Me mentiste la primera vez que me pusiste los cuernos -afirmó Pablo, seco. Ibón abrió la boca y aspiró, pero la respuesta se le quedó en alguna muela. Cerró los ojos y se maldijo a sí mismo.

-Ha sido una vez, y sabes perfectamente lo que pasó y por qué, y ya está más que hablado. Sabes que no te he vuelto a mentir, jamás.

-Y no lo vas a volver a hacer. Paga ésto, anda; haz algo bien por una vez -se levantó y echó a andar, mientras Ibón sacaba la cartera con rapidez y tiraba un billete de veinte sobre la mesa. Luego recordó que aún no habían pagado la comida. Buscó a un camarero y resopló todo el cabreo que le provocaba ver cómo Pablo se alejaba. Se apresuró a pagar dentro del restaurante. Cuando salió, el hombre ya se había perdido. Volvió a correr en la dirección en que parecía haberse marchado, hasta que le encontró en uno de esos pequeños e incompresibles cafés

italianos sin mesas fuera ni sitio dentro, pagando otro espresso. Le abrazó por detrás, dándole un buen susto que estuvo a punto de acabar con su café en el suelo.

-Pablo, te quiero. Por favor, vamos a aclararlo todo.

-He querido hacerlo esta mañana y me has dado con la puerta en las narices -repuso Pablo, deshaciéndose como pudo del molesto abrazo.

-Vale, he metido el patón, joder. Perdóname y vamos a hablar. No sé si te acuerdas, pero sí que hemos dicho cosas esta mañana. Por ejemplo, que no me voy a acostar con nadie más, que se acabó la pareja abierta para mí.

-¿Para ti? ¿Quieres decir con éso que para mí...? -Ibón le cortó con un berrido que llamó la atención de unos cuantos paseantes.

-¡Joder, Pablo! ¡Qué difícil es hablar contigo! ¡Deja de retorcer las cosas, coño!

-Y además soy retorcido -le dedicó un mohín que habría sido gracioso en cualquier otro momento o en cualquier otra persona. Ibón se dio la vuelta y se separó unos desesperados pasos, sólo por no escupirle en la cara. Pablo resopló y se llevó la mano libre a la cara.

-Vale, vale -dijo, acercándose a su marido-. Es cierto, soy muy jodido, pero niño, sabes por lo que estoy pasando. No puedo manejar todo ésto solo y estoy...

-¡Ya vale con tu enfermedad! -Ibón se volvió, malencarado-. La usas como escudo y excusa para todo desde hace meses. Vale ya, Pablo, no puedo tragar más esa mierda. Ya sé que podrías estar muerto, pero joder, ya no es así, coño -le dio unos segundos para responder, pero no dijo nada. Ya no te mueres, Pablo. Deja de usarlo tan torticeramente, y sobre todo deja de usarlo conmigo. A Pablo comenzó a temblarle el mentón y no pudo mantenerle la mirada.

-Aún me aterroriza que me dejes, como me pasó aquella primera vez -murmuró. Ibón negó con la cabeza, asqueado por la dichosa frase.

-Joder, Pablo, no sé cómo decírtelo para que lo entiendas -se acercó a él y le levantó la cara por el mentón-. Te quiero.

-Lo sé -susurró el hombre y se lamentó-: soy un imbécil.

-No, no lo eres, y no te permito que lo pienses.

-Es así, y ya está -le miró por fin-. Entendería que me dejaras, estás en tu derecho, porque...

-Cállate -le volvió a cortar, mirándole ahora con tanta ternura que el hombre se deshizo entre sus manos-. Escúchame por una vez. No te voy a dejar, no te voy a mentir. Nunca te haré nada que te haga daño, al menos conscientemente. Por favor, deja ya de sufrir de esta forma absurda y empieza a disfrutar de todo lo que tienes.

-¿Y qué tengo? -al ver la oscuridad cernerse sobre la cara de Ibón, corrigió-: aparte de a ti.

-Con éso te debería bastar. Pero siempre quieres más. Lo quieres todo, y éso es imposible. No te pido que te *conformes* con lo que tienes, sino que lo aprecies y lo disfrutes, como intentamos hacer los demás.

-Los demás no... -estuvo a punto de sacar a relucir su enfermedad otra vez, pero fue lo suficientemente rápido como para no hacerlo- los demás no tenéis esta forma de ser tan estúpida.

-Mira, qué buen ejemplo. Me enamoré de un estúpido y lo disfruto.

A Pablo se le escurrió una sonrisilla que se borró en menos de un segundo.

-Tú eres tú, y yo soy yo.

-Vale, si sólo es por éso, se puede arreglar.

Ahora la mueca de conformismo de Pablo fue más larga, pero hizo sonreír a su marido.

-Cabrón.

-Sí, pero me quieres.

Se abrazaron sin pensar en todos los que les miraban. Mantuvieron el abrazo durante un buen

rato, en silencio, mientras ambos pensaban en cómo evitar hablar de lo que no querían hablar: los hombres que les rodeaban. No sólo éso, sino que Pablo se martirizó con su personalidad que no sabía si podría cambiar por mucho que lo necesitara, e Ibón se fustigó con toda la hipocresía de que había hecho gala en estos pocos últimos minutos sin que su marido se diera cuenta, por mucho que pensara que sabía reconocer sus mentiras.

Luis anduvo poco; en veinte minutos estaba en el lugar del que salía el autobús de vuelta al puerto, pero Rober no estaba allí. Le llamó, sin respuesta, de modo que se sentó en un banco, en el que un ancianito arrugado tiraba palomitas al suelo para unas palomas que por su tamaño bien podrían haber sido pterodáctilos, y se dispuso a desesperarse durante un buen rato.

Le dio tantísimas vueltas a los posibles escenarios que acabó mareándose a base de repeticiones y respuestas indeseadas. Se sintió tan profundamente mal que lloró durante unos minutos, disimuladamente, en silencio.

A las seis y cuarto, mientras recorría la placita de un lado a otro, sonó el teléfono. Estuvo a punto de escurrírsele de los dedos de puro nervio.

-¿De dónde sale el bus? -le preguntó una voz oscura.

-De la catedral -le dio tiempo a decir antes de que Rober colgara. Corrió al pórtico de la Catedral y esperó dando vueltas de una esquina a otra del frontal del edificio y escudriñando todos los ángulos de la plaza como si buscara a un francotirador.

Rober apareció en un taxi que paró a menos de un metro de donde Luis se volvía a desesperar.

-¿Sabes lo que me ha cobrado este *figlio di puta*?

Luis se avalanzó sobre él, literalmente, haciendo que ambos perdieran peligrosamente el equilibrio. Cuando recuperaron la vertical, estaba pegado a Rober como una lapa.

-Se dice *putana* -masticó mientras intentaba sujetar las lágrimas. A Rober le sentó de puta madre poder devolver el abrazo con la misma fuerza.

-Mejor mala putana que hijo de idem -opinó, con su consabida incomprensibilidad. Luis dejó correr el comentario, tan aliviado como se sentía.

No lo oyeron, pero el anciano del banco, sin dejar de echar guarradas incomedibles a unos curiosos jilgueros que se avalanzaban sobre ellas como cocodrilos hambrientos, susurró enternecido:

-Ah, l'amore... -y le dedicó una sonrisilla a otro anciano que, sentado en el banco de al lado había dejado de pelearse con su móvil de última generación y observaba a la parejita con una mueca disimulada por tanta arruga. Éste no devolvió la sonrisa, sino que hizo uno de esos gestos tan italianos que es mejor no saber qué significan. El otro usó manos y cara para responderle con un "me importas un stronzzo di merda" y siguió con las extrañas aves y con su sonrisa recordando, probablemente, a algún soldadito jovencísimo y guapísimo muerto durante la Segunda Guerra Mundial. Por su edad, podía ser que durante la Primera.

-Dime que no era lo que parecía -inquirió Rober mientras se desarrollaba el drama made in Palermo.

-¡No lo era! -se apresuró Luis-. ¡Para nada! ¿No ves que era el gilipollón de Ibón?

-Ya, pues éso es lo que me preocupa..., *la putana* -Luis se separó de él y le clavó la mirada.

-Ha sido él.

Sonó tan jodidamente infantil que Rober no tuvo más remedio que reír. Luis no lo entendió, pero todo su cuerpo se ablandó y se sintió como cuando algo te duele mucho y deja de doler de repente. Suspiró y volvió a hundir la nariz en el cuello de su marido.

-Joder, lo siento, Rober, lo siento. Se ha puesto imbécil. ¡Si estaba intentando quitármelo de encima cuando has entrado! Pero joder, es tan fuerte...

Rober trompeteó un segundo, soltando un montón de estupidez que se le había hecho bola en el

estómago.

-Ahora en serio: ¿estabas jugueteando con tu ex, o yo estoy tonto?

-¡Tú estás...! -comenzó Luis, pero le dio un poquito de corte insultarle, encima-. Joder, perdóname.

-Vale que estoy tonto casi todo el día... éso ya lo sé, pero es que te tenía agarrado por los cachetes. ¿De verdad no estábais...?

-¡Que no! -aulló Luis, temblando de puro nervio. Rober volvió a resoplar.

-En cuanto he llegado a la primera calle me he dado cuenta de la tontería. Perdóname tú a mí, ha sido... yo qué sé, la impresión.

-Dios, ya pensaba que... que ibas a...

-No seas tonto tú también -a Rober se le humedecieron los ojos cuando se dio cuenta de que Luis hipaba entre sus brazos. Le dio unos cuántos besitos de mariposa, saboreando el gusto salado de sus lágrimas-. Cómo te quiero, idiota. Y qué susto, joder.

-Ya, a mí me lo vas a decir.

-La verdad es que... -Rober deshizo el abrazo y siguió hablando mientras Luis se secaba ojos y cara con las manos abiertas-, no te molestes, pero si en ese momento me hubieras dicho “ésto no es lo que parece” probablemente me habría tronchado de risa.

-Pues no le veo la gracia -Luis sorbió fuerte por la nariz.

-Ya sabes que es una de mis *frases absurdas* del cine made in USA. Tan absurda como el “no sé de qué me habla” de los dramas, o el “dispérsense, aquí no hay nada que ver” de las pelis de polis, o los “¿hay alguien ahí?” de las rubias tetudas de las de terror.

-Te lo juro, qué susto me has dado. Y cómo corres, cabrito -ahora pudo soltar todo el mal rato a través de un enorme suspiro para después intentar sonreír-. Y, a ver, es que *no sabías de qué te estaban hablando y había algo que ver y había alguien ahí*.

-Nada ni nadie que a mí me puedan importar.

-Ya. Dímelo en medio minuto.

-¿Por qué? -Rober miró en la dirección que los ojos de Luis fulminaban y se le torció toda la cara al ver a *Los Otros* acercándose. Era pronto aún para volver al barco, aunque la plaza estaba llena de turistas.

Cuando Rober iba a sugerir que se fueran de allí hasta que llegara el bus, Luis echó a andar hacia ellos, inusualmente rápido y sin pensar. Aunque Ibón se temió lo peor -que Luis empezara a soltar de todo por la boca-, no le dio tiempo a hacer ni un sólo gesto. Luis ni siquiera se paró al llegar a ellos. Cogió impulso con todo el cuerpo y le sacudió un puñetazo en la cara al hombretón, que a pesar de su tamaño trastabilló hacia atrás, sorprendido, y cayó de culo en el suelo, sangrando por la nariz. Luis comenzó a quejarse, agarrándose la mano mientras Pablo berreaba maldiciones arrodillado junto a su marido.

Rober había observado todo simplemente a la espera, pensando que Luis sólo iba a recriminarle algo al otro. No supo reaccionar al golpe, sólo dejó que su mandíbula se abriera, perpleja: era lo último que habría esperado de su marido. Luego, al ver su cara de dolor, corrió hacia él.

Algunos turistas -incluido el viejo del móvil- se arremolinaron alrededor de los dos heridos; uno, incluso, se arrodilló junto a Ibón, que sólo con tocarse un poco ya se había dado cuenta de que su nariz no estaba fracturada, aunque sangrase como un cerdo.

-I'm a doctor -le dijo el desconocido, con un acento del todo irreconocible. Y dicho ésto comenzó a manosear la maltrecha nariz, confirmando con el mismo acento que no estaba rota.

-¡Dios! ¿Qué hacemos ahora? -gritó Pablo. Ibón le agarró de una muñeca, intentando tranquilizarle.

-Cariño, estamos en el primer mundo. Y tampoco es la primera vez que me destrozan la tocha -su voz sonó pastosa, pero segura. Lo único que quería era evitar a los famosos carabinieri, tan prontos a aparecer de la nada en cualquier sitio según las crónicas. Buscó a Luis con la mirada, pero no le encontró. Rober se había apresurado a meterle en un taxi y ya estaban camino del hospital más cercano.

El anciano de las palomitas murmuró: “Dio mio..., l'amore”, y volvió a mantener una conversación completa con el del móvil usando sólo sus manos y sus muecas. Cualquier turista extranjero habría entendido docena y media de insultos si les hubiera prestado atención.

En un rato estaban buscando un hotel donde pasar la noche tranquilos. Luis lloró horrorizado cuando le hicieron entender que tenía una fisura en una falange. Se maldijo durante toda la noche, soportando la incomodidad de la férula, el ver cómo se le hinchaban el dedo y los nudillos y el dolor una vez que se le pasó el efecto de lo que le hubieran puesto, sin poder dejar de pensar que su gilipollez podía acabar con su carrera de pianista, y por mucho que Rober intentara tranquilizarle buscando datos en internet, no encontró consuelo.

En ningún momento pensaron en lo que le podía haber sucedido a Ibón, que había terminado en Urgencias en el mismo hospital, donde le habían cortado el sangrado y le habían hecho un par de radiografías para asegurarse de la salud de su nariz y de que al caer no se había roto la muñeca izquierda, que le dolía horrores. Le pusieron antiinflamatorio en la cara, vendaron su brazo y les echaron, muy amables a pesar de los alaridos de Pablo, pero sin recetas ni más medicación, que no estaban cubiertas por muy bueno que fuera su seguro.

Tampoco les dio tiempo a volver al barco, aunque Ibón llamó a Zoca, de mala gana, para que supiera -más o menos- lo que había pasado y avisara si era necesario al sobrecargo de su Cubierta.

Rober, en un arranque de responsabilidad inusual en él, recuperó de su cartera la tarjeta que les había dado el guía del bus de Pisa e hizo lo mismo.

Rober abrazó a Luis cuando se echaron para intentar dormir, con cuidado de no tocarle la mano de ninguna manera, y ronroneó durante un buen rato; una técnica que había aprendido en uno de sus mil cursos de Interpretación, y que por lo normal usaba para calentar la garganta, pero que a Luis le relajaba en la cama, como si realmente durmiera con un gato. En unos minutos se había dormido, más por el cansancio de los nervios y la tensión que por sueño.

Mientras Ibón esperaba sentado en el vestíbulo, Pablo cogió dos habitaciones en el hotel en que se alojaron. Cuando el ascensor se paró en el segundo piso, sujetó las puertas automáticas para que Ibón saliera y le estiró la mano con su llave.

-Tienes la 203. Yo estoy en otro piso -Ibón cogió la llave, frunciendo el ceño.

-¿No había una doble? -Pablo le observó, esperando a que las puertas se cerraran para decirle en el último momento:

-Dime ahora que no ha pasado nada.

DÍA 6: ¿A quién le importa?

Lo primero que Luis hizo al despertarse fue llamar al teléfono de asistencia del crucero para informarles de que volverían desde Taormina en el bus, aunque no lo fueran a coger para venir esa mañana. A pesar de las horas que eran, le atendió alguien tan despierto y solícito como si fuera la una de la tarde, que le sorprendió al informarle de que ya había llamado el señor Calvo para informar de que dormirían en tierra.

Eran las cinco y cuarto de la mañana, y le había despertado el dolor de su mano, de modo que se tomó dos ibuprofenos de los que habían comprado en la farmacia del hospital. Se volvió a tumbar junto a Rober con la intención de despertarle acariciándole la mejilla con su mano sana, pero se arrepintió enseguida: sabía que su chico no habría dormido nada bien.

Al principio Rober le miró desde muy lejos, aún espeso y sin recordar muy bien dónde estaban; luego le sonrió, medio atontado: se había pasado, en efecto, casi toda la madrugada despierto, comprobando una y otra vez sus posturas y que de ninguna manera ninguno de los dos dañaba aún más la fisura del pianista.

-Hola, niño. ¿Te duele? -Luis hizo un gesto para quitarle importancia a su dedo.

-Te quiero. Perdóname por el espectáculo -Rober hizo, como siempre, la mueca adecuada.

-Qué te voy a perdonar, tonto. He soñado que le dabas de ostias -mintió, ya que no le había dado tiempo para soñar nada- y que me ponía cachondo viéndolo.

-Qué cerdete eres -sonrió Luis por fin.

-Te haría el amor ahora mismo si no fuera porque te puedo...

-¡Vale! -susurró Luis, que se dio la vuelta para adoptar la postura de la cucharita. Rober pegó sus cuerpos y gimió.

-Dios, te adoro, mi niño.

Hicieron el amor con una ternura de la que hacía mucho que no hacían gala. Rober incluso lloró un poquito al pensarlo, al notar algo tan antiguo y a la vez tan nuevo en las caricias y los besos de Luis. No supo si él lo había sentido, pero tampoco le importó.

A las siete en punto estaban en el restaurante del hotel, metiéndose pal cuerpo un desayuno british que incluía unas tres toneladas y media de las grasas más insanas que existen. Una graciosa recepcionista que era un mar de mohines les consiguió un Cinquecento eléctrico, con el que a las doce estaban a los pies del Etna después de haber recorrido el Parque de los Nebrodi y haber parado en unos treinta y siete pueblecitos encantadores para desayunar por segunda y tercera vez y llenar sus mochilas de imanes, camisetas y demás estupideces, como ya habían hecho en Cannes y en Pisa.

Pablo se despertó a las seis y media de la mañana, como casi todos los días, hubiera dormido las horas que hubiera dormido.

Tenía un empalme serio, pero no pensó ni por un momento en arreglarlo con una visita a su marido; sabía que se le pasaría después de un pis y que ver a Ibón en ese estado no sería nada bueno para sí mismo.

Eso creyó; por supuesto no podía saber lo que habría pasado si lo hubiera hecho, pero de ninguna manera pensó que el resultado pudiera ser positivo, así que se duchó, se vistió y bajó, dispuesto a desayunar, guardando el pastillero en su mariconera sin tan siquiera abrirlo.

Ibón ya estaba sentado en una mesa del comedor del hotel, con un bollo enorme en una mano, masticando un trozo que debía llevar un cuarto de hora en su boca y perdido en algo al otro lado

del enorme ventanal. Pablo se quedó en la entrada, mirándole. Le preocupó la cara del hombretón: tenía dos moratones enormes debajo de los ojos y de repente parecía un viejo. Se recompuso un poco y se acercó a la mesa.

-Buenos días -Ibón tenía, además, los ojos rojos.

-No, pero bueno -le hizo una señal con el bollo-. Siéntate.

Pablo se sentó frente a él sin poder mirarle. Buscó a algún camarero mientras comenzaba a arrancarse la piel a tiras a sí mismo.

-Déjate ya los padrastros -susurró Ibón.

-Son míos. Hago con ellos lo que quiero.

-Luego te quejarás de que sangran, se infectan y te escuecen.

-¿Es que ya no puedo ni quejarme de lo que me duele? Me estáis amargando el viaje y la vida, mis dos mariditos, ¿eh? -ahora sí que le lanzó una mirada desafiante. Ibón parpadeó y suspiró profundamente.

-Mira, Pablo, no aguanto todo esto. Nadie te está haciendo nada, pero siempre piensas que todo el mundo está contra ti. Eres un ególatra desconfiado y amargueta, y me estás cansando mucho - Pablo dio más potencia a los rayos que salían de sus ojos.

-Sí que me estás haciendo algo, Ibón. Es cierto que no cumplo con lo pactado porque no soporto que seamos pareja abierta, pero... -cortó con una mano una posible respuesta airada de Ibón-, pero lo de ayer fue demasiado. Paso por que te sigas follando a tus amigos, por que sigas buscando por ahí lo que yo no puedo darte. Pero que lo hagas con Luis no... con eso no puedo.

Ibón parpadeó algo más nervioso, pero no se amilanó.

-Ayer no hice nada con Luis. Y ya puedes ir acostumbrándote a él, porque ahora lo único que quiero es recuperar su amistad. Si tengo suerte de aquí en adelante nos veremos mucho -a Pablo se le torció el morro mucho más de lo que ya lo tenía.

-¿De verdad crees que eso es una buena idea?

-Por supuesto -el hombre se introdujo en la boca medio bollo y pareció dar por terminada la conversación, pero siguió con la boca llena-. La cuestión es que no quiero recuperarle por las razones que tú crees. Quiero, te repito, recuperar su amistad. Le...

Terminó de masticar y tragó con dificultad. Se echó un trago de leche sola para ayudarse y se quedó pensativo.

-¿Qué? -empujó Pablo. Ibón le miró y tomó aire.

-Le quiero -a Pablo le temblaron un poco los párpados y tragó saliva.

-Le quieres -bajó la mirada y se desesperó un poco.

-Y eso no es un problema, Pablo. Al menos no para mí. Yo quiero a mi gente. A ti te amo, pero no pareces ver la diferencia.

-Tú te crees que soy idiota, que no veo lo que pasa. Y ya sé que quieres a tu gente; ahí tenemos a Zoca y a Ginés para...

-¡Pablo, joder! -la cara de Ibón era un poema: cada vez que encogía la nariz o la frente le dolía el golpe-. ¡Todo esto no tiene que ver ni con Zoca, ni con Ginés, ni mucho menos con Luis! ¡Tiene que ver con nosotros! ¿Es que no te...?

Se dio cuenta de que estaba casi gritando cuando una rubicunda pareja de daneses o estonios o algo semejante se le quedó mirando, él con gesto molesto y ella con uno de "claro, son latinos". Ibón suspiró, se bebió el resto de la leche de un trago y agarró a Pablo de una muñeca. El hombre no opuso resistencia hasta que llegaron a la calle. En el último escalón pegó un tirón y se despegó de su marido.

-Ya vale -se quejó al fin.

-No, no vale hasta que entiendas las cosas -escupió Ibón-. No sé si lo que quieres es romper conmigo y no sabes cómo hacerlo o es que realmente estás tan descolocado que no te enteras de nada, pero te lo voy a preguntar ya clarito, de una vez: ¿quieres divorciarte?

A Pablo se le disolvieron todas las arrugas del cabreo en una mueca de sorpresa absoluta. Le tembló el mentón un momento, ahora sí por completo descolocado.

-¿Quieres divorciarte? -susurró, en un tono inusitadamente agudo. Ibón cerró los ojos y suspiró.

-¿Ves como no entiendes nada? -le abrazó de repente, sintiendo un alivio inesperado-. No quiero divorciarme, por dios. Te quiero, Pablo, te quiero, joder. Y lo que quiero es que se acabe esta historia tan estúpida que tenemos, con la dichosa pareja abierta y las desconfianzas y los cuernos y toda esta mierda. A qué hora se te ocurriría, mecagüendios.

Se separó de él y le cogió de las sienes para obligarle a mirarle. Pablo realmente hizo un esfuerzo, aunque le dio un tic en un párpado. Intentó mover la cabeza, pero su marido la sujetaba con fuerza.

-Madre mía... ¿te duele? -Ibón frunció el entrecejo y le dolió, haciéndole entender la pregunta. Volvió a cerrar los ojos y suspirar, contradiciendo su respuesta con la cabeza.

-Sí.

Pablo hizo lo posible por evitar las lágrimas, con la garganta hecha un nudo, pero su cuerpo comenzó a temblar. Ibón volvió a abrazarle.

-¿Me quieres? -volvió a murmurar Pablo con ese inusitado tono tan naïf y la cara deformada contra el pecho de su marido.

-Te quiero -quiso darle tiempo.

-¿Me perdonas?

-No hay nada que perdonar -Pablo se zafó del abrazo mientras se frotaba la congoja de la cara con ambas manos.

-Hay mucho que... -iba a decir “perdonar”, pero se corrigió a tiempo-, hablar. No sé, tenemos que hablar, largo y tendido.

-Por supuesto que sí. Sólo te pido que lo hagas con perspectiva, Pablo. Quiero que te des cuenta de lo que te estás haciendo tú solo. Quiero que aceptes lo que te pasa, que reconozcas de una vez que ya no estás en peligro, mi amor. Lo tienes atravesado desde hace meses, pero sabes perfectamente que ya estarías muerto sin la operación y la terapia -a ambos se les atragantó un poco la afirmación-. Quiero que te des cuenta de que sigues siendo igual de válido que antes de la enfermedad, que sigues siendo el mismo hombre, que sólo ha sido un mal trago que ya podemos dar por terminado. Mientras no pases por éso, seguiremos como estamos ahora: estancados en nuestra propia mierda.

Pablo escuchó como un niño bueno, atento, callado. Tragó saliva y miró al suelo.

-Sé que tienes razón -se dio unos segundos-. Hablé con el oncólogo antes de venir al viaje para que me aconsejara a otro psicólogo especializado en ésto. Sólo necesito un poco más de ayuda y el mío no me la da.

-Yo te daré toda la que necesitas.

Pablo volvió a mirarle, y ahora sí que no pudo evitar llorar. Despacito, en silencio, como lo hacía siempre.

-Llevas haciéndolo desde el principio, pero necesito... bueno, éso.

-Lo sé, mi amor, lo sé -Ibón le volvió a abrazar.

-Y bueno... también necesito que... que tú entiendas que necesito... tiempo. Un poco de tiempo, dame sólo un poco de tiempo, por favor.

-Todo el que necesites.

-Me refiero a esa conversación. No puedo ahora, ni tengo fuerzas ni sé cómo afrontarla.

-Te pasas la vida postergando todo lo importante y lo inevitable, pero con esto creo que ya da igual. Ya la estamos teniendo, Pablo -le separó por los hombros y se vio a sí mismo sujetando a Luis en el servicio del restaurante el día anterior. Se sintió un miserable cuando un escalofrío de deseo le recorrió la espalda y prefirió esperar a que el otro respondiera algo.

-Lo... Es una... -Pablo no supo cómo seguir e Ibón intentó salir de aquel momento.

-Vamos a recoger nuestras cosas y a hacer algún plan para hoy, ¿de acuerdo? ¡Tendremos que volver al barco en algún momento!

Pablo le miró sin comprender del todo. Luego recordó que estaban en una isla italiana y que seguirían alejándose de casa durante unos días y suspiró, con un repentino y tremendo cansancio.

-Cariño, concéntrate un poco -susurró Luis, sin perder de vista el enorme volcán.

Luis había parado el coche en un pequeño aparcamiento preparado para turistar desde un pequeño mirador en medio de ningún sitio, en la falda este del Etna, y habían tenido una larga discusión -tres minutos- sobre si Luis podría seguir conduciendo o no. Ahora disfrutaban un rato del aire acondicionado a la sombra de un techado de paja.

-Jo, si es que están pasando demasiadas cosas.

-Ehm... no. Me la estás mamando. Y ya -Rober se estiró en su asiento sin soltar el pene de su marido.

-Qué poca consideración tenéis los activos con los que hacemos todo el trabajo.

-Oye, guapo, que yo también te la mamo a ti. Y bien a gusto que te quedas.

-¡Porque no te doy la barrila mientras lo haces! -Luis puso cara de circunstancias mientras echaba un ojo a su alrededor para ver si aparecía alguien.

-Bueno, dame dos minutillos más y después piensas en todo lo que quieras, que estoy a puntito.

-¿Qué he dicho yo que tenía que hacer? -Rober siguió apretándole la polla y subiendo y bajando su mano para que no perdiera la erección.

-No has dicho nada, pero a lo mejor lo has apuntado en la agenda... aah -Rober soltó de repente lo que tenía entre manos y revolvió en su bandolera.

-A ver... ¿qué día es hoy? -y sin dar opción a respuesta-: sí que he apuntado algo, mira -alzó una ceja y se sintió un poco estúpido-: "Apuntar cosas en la agenda". Pff, una "recordadora" de Harry Potter. Y yo soy un simple muggle.

-Por estas cosas te adoro -afirmó Luis, guardándose aquello en el pantaloncillo, con una mueca de conformidad medio sonriente-. Pero la próxima vez que tengas que recordar algo pasa de la agenda. Dilo en voz alta, que alguien te lo recordará tarde o temprano. Y por "alguien" me refiero a mí, claro.

-Perdona, jo. Si es que tengo la cabeza en mil cosas. Yo creo que era algo referente a... -estuvo a punto de decir "Pablo e Ibón", pero prefirió callarse y estrujarle el paquete, provocando una queja de Luis, que le cogió la mano y le besó la palma.

-Cariño, hace décadas que no tienes mil cosas en la cabeza. No te da para tanto.

-¿Tú también? Soy un jodido puchinbol.

-Anda, ponte el cinturón -pidió Luis mientras hacía lo propio con el suyo y se aseguraba de que la férula seguía en su sitio. Rober le respondió canturreando:

-*Protege tu vida, tu seguridad es muy importante...*

-Me muero de hambre -le cortó, antes de que Rober se lanzara con la desopilante canción entera.

-Yo ya estaba comiendo.

-Pues parecía no hacerte especial ilusión el plato -Luis puso el coche en marcha y rodeó el asiento del copiloto con el brazo derecho para mirar hacia atrás, postura que su chico aprovechó

para morderle un pezón con los labios.

-Si te ape puedo seguir comiendo mientras conduces -su mano volvió al paquete de Luis, que frenó y le miró con cara de padre exasperado.

-Ya sabes que cuando me corro no me controlo -Rober le echó una mirada de sátiro.

-Nos la jugamos.

Luis no pudo evitar una sonrisita y se repantingó en el asiento del conductor lo mejor que pudo para dejar sitio a su marido mientras sacaba el coche del aparcamiento.

Tuvo que frenar a cinco minutos de salir para no provocar una catástrofe en aquella carreterucha, y tras soltar todo lo que pudo por segunda vez en el día se empeñó en que Rober también liberara tensiones con el coche parado casi en medio de la vía, pero su marido tampoco tardó mucho.

Comieron en Taormina, con las nieves pertéguas del Etna frente a ellos. Hacía quince minutos que el volcán había empezado a soltar un ligero penacho de humo que más parecía una nube que nada relacionado con una erupción. La primera reacción de Rober al verlo fue, por supuesto, ponerse en pie con un spaghetti colgando de sus labios y mirar a su marido con dos metros cuadrados de ojos. Luis puso los suyos en blanco y le hizo una señal para sentarle y tranquilizarle, pero no lo consiguió del todo ni con todas las explicaciones del mundo. Se preguntó cómo era posible que su marido no se hubiera fijado en los erupciones del volcán en todo un día... pero era Rober.

Un café después éste ya había olvidado los sulfuros telúricos y se frotaba la barriga, satisfecho. Observó un momento a Luis, que immortalizaba las vistas de la bahía y al bicharraco del infierno con los zooms de los cinco objetivos de la cámara de su móvil.

-Qué pijo eres a veces -le amonestó-. Nunca me dirás cuánto te costó ese móvil, ¿verdad?

-No -respondió, conciso, un concentrado Luis.

-Para algunas cosas eres igual de pijo que Gu... -Luis ni le miró.

-Termina, cariño. No me produce sarpullidos, ni nada -Rober estiró los labios, culpable, pero siguió.

-Bueno, pues sí. Hubo un momento en que ese capullo tenía tanto dinero que comenzó a usarlo en las tonterías más inverosímiles. Y supongo que sigue igual. ¿Sabes que tiene tres Rolex?

-Aham -murmuró Luis, intentando captar con algo de nitidez a unos niños que correteaban tras un balón por una placita a casi medio kilómetro de distancia, sin conseguirlo.

-He estado pensando sobre él... -ésto sí que atrajo, al final, su atención-. No sé, creo que deberíamos hablar con ellos. O dejar de hacerlo, del todo. Me están jodiendo las vacaciones.

Luis se había vuelto hacia él y tuvo ganas de hacer una peineta, pero la férula mantenía juntos el dedo índice y el corazón, de modo que hizo la peineta con el móvil y su cara. Rober no comprendió, así que se lo aclaró.

-¿Para qué hablar con ellos? Ya lo hemos intentado, y mira -mostró su peor cara de pocos amigos-. Creo que lo mejor es hacer lo posible por no verles durante el resto del viaje y dejarlo correr cuando volvamos a casa.

Rober se acercó a él y se apoyó en la barandilla de la terraza del restaurante. Se le fue un poco la cabeza ante el enorme paisaje que caía en barrena unas cuantas decenas de metros, así que se agarró con más fuerza.

-No sé, son nuestros... bueno..., nuestros éso.

-Ya sé quiénes son. Y sé quiénes *no* han sido durante años. Y puede seguir todo igual, cariño. Si una cosa funciona bien, para qué toquetearla.

-Para que... ¿funcione mejor?

Luis intentó mover a cualquier otro sitio del cuerpo la irritación que se le había posado en el

gesto, pero ya sentía otros tipos de molestias, de modo que le dio un besito a Rober en la mejilla y se sentó sin decir nada. Pidió otros dos “espressos” de ésos tan raritos españoles: con leche y hielo. Le había costado diez minutos de aspavientos hacerle entender al camarero lo que querían tras devorar el postre y habían flipado cuando el hombre se presentó en su mesa con una bandeja llena de tazas, vasos, jarras y adminículos varios para que se sirvieran ellos mismos.

Rober esperó a que el camarero apareciera con una segunda bandeja, cargada esta vez con menos cacharros. Él mismo sirvió ambos cafés mientras se preguntaba qué demonios le estaba pasando.

-Amor, me da pena, no sé -se encogió de hombros ante el encapotamiento de las facciones de su chico-. Que no hace falta ya lo sé, pero yo qué sé.

-¿Has sentido esta necesidad alguna vez antes de ahora? -Rober hizo un gesto de duda que no terminó y Luis alzó una ceja-. Ah. Pues podías haberlo dicho antes.

-¿Lo has sentido tú? ¿Alguna vez te ha apetecido llamar a Ibón e intentar..., no sé, ser amigos? - Luis hizo más o menos la misma semimueca de duda y prefirió dedicarse a sacar los hielos que ya sobraban en su café para que no se aguara-. O sea, que sí.

-Pues sí -Luis también se encogió de hombros-. Pero no me parecía... correcto. Y ahora tampoco me lo parece mucho. Aquí no tenemos más remedio que aguantarles, pero...

-Si es que ésa es la cuestión, que no tenemos por qué *aguantarles*. Podríamos tener con ellos una relación normal y corriente, de amistad. Por muy gilipollas que sea, aún siento un cierto cariño por Guti, y a pesar de la movida de ayer Ibón parece... -no supo cómo seguir. Luis estiró los labios.

-Ibón es una zorra -Rober no supo si preguntar, pero lo hizo.

-¿Pero te puso los cuernos?

-Joder, Rober, ¡que te los ha querido poner a ti! ¡*Conmigo!*

-Contigo. Éso no cuenta. A lo mejor si fueras otro me habría hecho caquita encima, pero eres la persona en quien más he confiado en mi puta vida -a Luis se le ablandaron las facciones-. Confío en ti como no confío ni en mí mismo, así que Ibón puede intentar lo que le salga de los santos cojones. A mí, plin.

Luis bajó la mirada y estudió durante largo rato cómo se deshacía el único hielo que aún quedaba en su café. Rober esperó, paciente.

-Supongo que al menos debería... -dijo al fin Luis, removiendo el café para mezclar la capa de agua que se había formado arriba; torció el morro antes de seguir-: supongo que debería pedirle perdón. Ayer me pasé cuatro pueblos.

-Pues sí.

-¡Pero es que me sacó de mis casillas!

-Ya.

Luis no podía mirar a su chico y su semblante se fue oscureciendo de nuevo, para transformarse ahora en el de un niño avergonzado tras haber destrozado media cristalería de Bohemia de la abuela. Se mordió el labio y luego lo frunció, dando la razón a Rober.

-Qué jodidamente listo eres cuando quieres, cabrito.

-También. Y no pasa nada por mi parte, cariño.

Su marido le observó de hito en hito, intentando ahondar algo, pero cuando le daba la gana Rober era insondable.

-¿Y ahora qué demonios hago?

-Yo qué sé. Corta el cable rojo.

-¡Rober, coño, que hablo en serio!

-Jo, perdona, sólo intentaba relajar el ambiente... -estiró los labios-. Les llamamos y cenamos con

ellos. Otra cosa sería rarita, ¿no?

-¿Cenar con ellos? ¿Pero qué te he hecho yo? ¡No hay necesidad de ser cruel!

Rober bajó un poco la cabeza para que su marido le mirara a la cara. Luis volvió a remover el café y se comió la galletita de miel que lo acompañaba antes de quejarse con un tono algo infantil:

-¡Que me dejes!

Luego siguió intentando enfocar nuevos paisajes que capturar con su mega móvil.

Taormina resultó ser una ciudad adorable para pasear y ver cosas nuevas. O viejas. Pero bonitas, en todo caso.

Pablo e Ibón consiguieron relajarse y turistar como cualquier otra pareja. Incluso llegaron a ir un rato agarrados de la mano. El cocinero notó, en algún momento, que el picorcillo que le producía la tensión alta detrás de las orejas y en los dedos iba disminuyendo y lo agradeció: no quería tomar ningún medicamento precisamente en ese día.

Pero los campos de rosas no cubren ciudades enteras. Mientras deambulaban por el Corso Umberto viendo escaparates y comprando chorradas Pablo vislumbró en la lejanía, entre cientos de cabezas con sombreros y pañuelos, el lustroso cabello de Zoca y la cabeza rubia de Ginés, veinte centímetros por encima. Se paró en seco e Ibón hizo lo propio.

-¿Qué pasa?

-Vamos por otro lado -fue la seca respuesta. Ibón sólo frunció el entrecejo-. No quiero tener que hablar con éstos.

-¿Luis y Rober? -Ibón entrecerró los ojos para buscar en la abarrotada calle, pero le seguía doliendo, así que se puso la mano a modo de visera.

-No. Tus amiguitos del gimnasio -el tono hizo que Ibón frunciera ahora los labios con un gesto de cansancio.

-No son mis *amiguitos* -imitó el tono-. Son mis amigos. Y si no te gustan, mal lo llevamos.

Pablo suspiró y también frunció todo lo que podía fruncir en su cara.

-No es éso, joder. Es que no me apetecen ahora. ¿Qué quieres, que me sienta aún más culpable? Quiero estar otro rato más solo contigo.

Ibón le observó unos segundos, inexpresivo, tras los que echó a andar en la dirección por la que habían venido, agarrando a su marido de la muñeca y tirando de él.

-Sabes que no voy a dejar de ver a mis amigos por ti, ¿no?

-Por supuesto -respondió un culpable Pablo-. Yo tampoco a los míos.

-Pues ya lo tenemos claro -remató Ibón mientras sacaba el móvil de su bolsillo trasero. Se paró en seco y lo miró como si con los ojos pudiera traducir a alguna lengua muerta el tono de la llamada. Finalmente movió un dedo y se llevó el aparato a la oreja mientras Pablo le preguntaba con las cejas.

-Hola. Dime -escuchó unos instantes-. Ah. Qué educado por su parte -volvió a callar, mirando de nuevo inexpresivo a Pablo-. Vale... ¿Pero dónde estáis? ...Ah, vale. Claro... Supongo que sabéis que entonces nos encontraremos en los buses de vuelta, ¿no? -Pablo volvió a fruncir todas las facciones y susurró: “¿Zoca y...?”. Ibón negó con la cabeza y se giró un poco para que su marido le dejara en paz mientras su interlocutor lanzaba una larga diatriba a la que contestaba con movimientos de la cabeza-. Vale. Luego hablamos y tal... Vale, venga, hasta luego.

Colgó y se quedó mirando al suelo. Pablo dio unos pasos para colocarse frente a él e Ibón le hizo un gesto de conformidad.

-Bueno, ¿qué?

-Era Rober -Pablo frunció tanto el ceño ahora que Ibón creyó necesario tranquilizarle con otra

mueca-. Sólo quieren quedar para pedirme perdón por lo de ayer.

-Qué chorr... -comenzó Pablo, pero se cortó enseguida. Tragó saliva trabajosamente-. Eeh... Ya, claro, normal. Pero si les vamos a ver en el bus ¿para qué necesitáis quedar?

-No sabían si nos habíamos quedado también aquí. Y de cualquier forma me ha dicho que les gustaría cenar con nosotros, algo así como invitarnos a...

-No, qué va -aseguró Pablo-. Yo no. Es a ti a quien tienen que pedir perdón, no a mí.

-Pablo... -susurró Ibón, escondiendo sus ojos tras dos rendijas.

-¿Qué? -soltó Pablo, por no soltar cualquier exabrupto. Ibón suspiró profundamente.

-Vas a venir, por mí, y te vas a comportar como el anfitrión cojonudo que eres con tus clientes, ¿me entiendes? -Pablo frunció ahora el mentón. Estaban mostrando ambos toda una serie de muecas que juntas en un solo día podrían haber precedido, en una cumbre de la OTAN, al estallido de una guerra mundial.

-Pero es que no tengo por qué hacerlo. Ésto es contigo.

-Si es conmigo también es contigo. No hagas que me...

-No -cortó Pablo-. No, niño, vale. Tienes razón: voy. Lo entiendo, y lo que menos quiero en este momento es seguir metiendo la pata y además enfadarte.

Ibón le hizo una minifoto con los párpados, intentando adivinar si estaba siendo sincero, pero prefirió acabar con un amago de sonrisa.

-Gracias, amor. Te la debo, ¿vale? -quiso abrazarle, pero en lugar de hacerle un cariño Pablo le escupió en toda la cara, y sin siquiera mirarle, un grave:

-Su puta madre -y susurró-: tus *amiguitos*.

Ibón supo por la mirada de su marido que ya no podrían evitar a Zoca y Ginés. Volvió a suspirar y se dio la vuelta para saludarles con una sonrisa que intentó no imitar.

-Por todos los dioses, ¿qué te ha pasado en la cara? -fue el saludo de Zoca.

Luis y Rober intentaron disfrutar del resto de la tarde sin pensar en lo que se avecinaba, aunque fue imposible. Se hartaron de andar por Taormina, de ver iglesias -parecía haber una en cada esquina-, casas, tiendas, y al final se volvieron a sentar a tomar más cafés.

-Podías haber pensado un poco antes de hacerme quedar con los dos. Lo único que tenías que hacer era disculparte con ese orangután de tu ex. Y me apetece cenar con *mi* ex lo mismo que con Gollum -Rober hizo un gracioso mohín de asquete.

-Si vamos a intentar arreglar esta situación tendremos que arreglarla los dos con los dos -razonó Luis, y luego inquirió-: ¿tienes algún problema con él, aparte de los evidentes?

-No sé. ¿Que ya no follamos?

Luis parpadeó varias veces y carraspeó. Rober abrió mucho los ojos.

-A ver, que quiero decir que ya no somos...

-Ya, tranquilo. Sé lo que quieres decir pero, como siempre, lo expresas de pena.

-Jo -se defendió Rober.- Si es que me estoy atrospidando de estar aquí al sol sin hacer nada.

-Atrofiando, cariño. Te estás atrofiando -Luis movió la silla en la que estaba para recibir el sol de pleno en la cara-. No quieras que te llamen tróspido. Y piensa que si estuvieras tirado en una playa te importaría un bledo atrospidarte.

-¡Para una vez que digo lo que quiero decir! Por dios, cómprame un libro, o algo medianamente inteligente.

-No necesitas ser más inteligente de lo que eres, amorcete. Eres mucho más inteligente que yo. Y tienes una inteligencia emocional que más quisieran muchos para sí.

-Ya -Rober también movió su silla unos centímetros, e hizo un gesto para llamar al camarero-. Y mira para lo que me sirve. ¿Quieres otro? Yo sí.

-Sí. Aunque esta noche va a dormir Rita, the Flamenco Singer.

-Bueno, la dejamos a ella y nosotros aprovechamos -Rober le pasó la mano por un muslo, y allí la dejó para deleite del camarero-. Due espressi... eeh... con latte, e... hielo.

-Due caffèlatte glacé -el camarero les sonrió, le lanzó un guiño a uno, le puso morritos al otro y se fue.

-¿Estaba ligando con nosotros? -el ojo entrecerrado de Rober hizo gracia a su marido.

-Pues no lo sé. Pero tampoco me extrañaría, nene. No sé en qué demonios estás pensando, pero te abulta mucho más de lo normal, y mira que es difícil -Rober hizo una mueca de sustito y se miró para luego estirarse la camisa todo lo que pudo.

-Joder, ¿qué me pasa hoy?

-Nada que no te pase así, de normal. Yo no me preocuparía: es señal de buena salud -su mueca se transformó en la de un satirillo-: y a mí me sigue encantando poder vacilar de marido cipotón. Rober le sacó la lengua, pero otra cuestión similar se le pasó por la cabeza.

-De todas formas estoy flipando un poco. Ésto no es algo que tenga que ver conmigo. Desde el primer día en el barco me han mirado de esa forma unos trescientos tíos. Y sus mujeres. Y no te digo que sus hijos porque realmente no me fijo en nadie por debajo de los treinta.

-Es que eres muy guapo.

-Aham... -Rober no podía dejarlo pasar-. ¿Tú estás seguro de que este crucero no es... *rarito*?

-Amor, *tú* eres raro y nadie te dice nada -Rober torció el morro pero dejó el tema.

Disfrutaron del sol unos minutos más y se aseguró de que lo tenía todo bien tapado cuando el camarero volvió a aparecer.

Cuando acabaron con el sexto *caffèlatteglacé* del día sólo quedaban veinte minutos para que el autobús saliera hacia el puerto de Messina. Luis buscó la dirección en el Maps para no perderse, aunque ya sabía que estaban a siete minutos andando y cómo ir exactamente. En el último minuto Rober se paró en un puestecito callejero que parecía un tuk-tuk y compró una bolsita de pistachos carísimos pero deliciosos.

-Donde fueres come lo que vieres -sonrió a su marido, que no pudo evitar un:

-Mamma mia... -al que siguió un “here I go again” y el resto de la canción por parte de un Rober que fue traduciendo toda la letra con sus movimientos corporales hasta que no tuvo más remedio que callarse porque habían llegado al bus. Terminó repitiendo un “how can I resist you” que iluminó la cara de Luis aún más. Se dejó abrazar y besar por su chico y subieron al autobús como si fuera para ellos solos.

Pero no estaban solos, por supuesto. En los asientos tras la puerta trasera estaban Pablo e Ibón, y justo tras ellos Zoca y Ginés. Les lanzaron sus sonrisas más falsas y un saludo manual.

-Vamos -susurró Rober, agarrando a Luis, que ya hacía el amago de sentarse en la primera fila de asientos.

-No, joder, ya hablaremos luego, amor, que es más de una hora de bus.

-Sólo saludamos -Rober insistió, tironeándole del brazo, de forma que Luis se dejó llevar para no aparentar lo evidente y luego bajó la voz-: y después nos sentamos en los asientos del fondo, a ver si te puedo hacer una buena paja... ¡Hola, niños!

Rober saludó con un tono que no necesitaba parecer tan alegre. Luis sólo alzó la mano perjudicada, sin poder mirar a Ibón.

-Hola -respondieron los otros dos a la vez, e Ibón terminó-: ¿nos vemos a las nueve y media en el Blue Shore?

-¿En el qué? -preguntó Rober.

-El restaurante de la Cubierta B -aclaró Pablo mientras maldecía a su marido; no quería que Zoca

y Ginés se enteraran de nada más, y mucho menos que se presentaran en el restaurante-. Hacen un cordero delicioso.

-Ah. Cordero -Rober encogió tanto su sonrisa que pareció que se le habían caído todos los dientes; Pablo sabía perfectamente que no le gustaba el cordero en absoluto. El actor intentó pasarlo por alto-. Bueno, aparte de cordero harán otras cosas, ¿no?

-Sí. Claro, no es el Kentucky Fried Cordero.

-Bueno, pues allí nos vemos. Nueve y media -Rober quiso cerrar con otra sonrisa, pero Luis se le adelantó:

-Ibón... -tragó saliva y se aclaró la garganta, pero Ibón le cortó con un movimiento de la mano.

-Ya lo sé. Luego hablamos -señaló discretamente con la cabeza a los dos de atrás. Luis parpadeó y dejó que Rober tironeara nuevamente de él hasta los asientos del fondo.

El morbo de hacerlo en un sitio público y sobre todo con aquellos cuatro sentados unos asientos por delante fue demasiado para Luis. La paja fue muy corta, pero antológica.

Pablo había decidido darse una vuelta al menos por la zona del puerto de Messina porque siempre había sido el típico turista que no puede estar en una ciudad sin visitar algo de ella. Mientras Luis y Rober embarcaban, los otros cuatro se despidieron.

-Nos vemos mañana, bonitos -dijo Zoca, haciendo que algunos esfínteres internos de Pablo se relajaran-. Hemos coincidido un par de veces con una familia preciosa y vamos a cenar con ellos.

-Oh, ¡cuánta heterosexualidad! -bromeó Ibón-. Tened cuidado, lo mismo os pegan algo.

-Bueno, éso es lo que se pretende -Zoca señaló a Ginés con una ceja-. Éste le está echando el anzuelo a *papá*, con la sana intención de que se libere en algún momento.

-Es que tiene cuatro polvos, el cabrón -informó Ginés con una sonrisa perversa.

-Y como no hay gays suficientes en todo este transatlántico... -puntualizó Pablo.

-¿Y su mujer? -obvió Ibón sin obviar mucho.

-Su mujer que se quede cuidando a los niños un rato, coño, que son de Madrid y si cuela agrandamos el harén.

-No son más zorras porque no tienen a un Lord british detrás dándoles caza -apreció Pablo con todo su cariño cuando ya estaban a una distancia aceptable para hacer apreciaciones cariñosas. Ibón estuvo a punto de decirle “Y tú lo sabes mejor que nadie”. Pero se lo calló. Ésas son las cosas que no se deben decir cuando intentas arreglar todo lo que está podrido en tu relación con tu marido.

Rober y Luis se dejaron caer en la cama a la vez, bastante cansados. Luis quería ducharse para quitarse del cuerpo todo aquel pegamento corporal que le había hecho expulsar su marido. Se sentía incómodo, a pesar de que Rober había intentado limpiárselo a lametones. Estaban tan traspuestos que cuando Rober comenzó a hablar descolocó del todo a su marido:

-No entiendo cómo pudiste estar con Ibón.

-¿Otra vez? -suspiró sonoramente-. Aún no has visto lo bueno que tiene.

-Vale, supongo que sólo he visto por qué le dejaste -Luis calló unos segundos.

-No le dejé. Me dejó él a mí.

-¿Cómo? -Rober se apoyó en un codo para mirar a su marido.

-Bueno, nos dejamos mutuamente -Luis buscó las palabras en el techo-. La verdad es que yo nunca le dí lo que él necesitaba.

-¿Mancuernas?

-Tonto.

-No sería nada referente al sexo. No creo que nadie, nunca, pudiera decir que no lo das todo.

-Claro que no. Él quería a otro tipo de tío, así de simple. Alguno que se amoldara más a su tipo de vida, a que tu único plan asegurado sea el horario de tu trabajo, a... -no quiso decir más, aunque se le agolpaban razones entre amargas y ácidas en las papilas gustativas.

-Ya. Nadie es fácil en este mundo, ni siquiera los que lo parecen.

-Y nadie entiende lo difícil que es estar con alguien fácil. Debería ser cómodo y tranquilo, pero no -ambos dejaron la cama a la vez, suspirando.

-Pues alguien difícil tampoco es una maravilla. ¿Sabes esa gente que cuando te va a hacer una foto te provoca tirones en los músculos de la cara porque tarda horas en hacerla? Y tú ahí, posando, que se te va transformando la sonrisa encantadora en la de la novia de Chucky... Pues Pablo era así en la cama.

-Pues a mí los juegos previos me encantan, ya lo sabes -malentendió Luis.

-Yo estaba hablando de aburrimiento, cariño. Puro aburrimiento. Era tan complicado que disfrutara del sexo que lo que parecía era que no le gustaba.

-Ah. Vale. Bueno, en ese aspecto Ibón sí que era fácil. Demasiado fácil. Vamos, como tú -Rober dibujó en su cara una divertida mueca de aprobación.

-Pues ahora que podemos hablar de ello... Ibón me la pone gorda -analizó inopinadamente, mientras se desnudaban para ducharse juntos.

-Coño, y a mí -se le escapó a Luis, que se apresuró a agregar:- Y Bruce Willis.

-¿Aunque el pobre esté gagá? -Rober no le dio la más mínima importancia a la confesión de su marido: él acababa de confesar lo mismo.

-Pero qué burro eres, cariño. Y que sepas que también me ponen mucho Gerard Butler, Ben Affleck y Chris Pratt cuando se ponen mazas. Me recuerdan a ti.

-Ya, pero esos no están aquí. Ibón... -Rober obvió la comparación e intentó sonar solamente curioso:- ¿Acaso después de todo te gustaría echar un polvo con él?

-Pues claro que no. No es éso, por muy gorda que me la ponga. Lo que me jode es que el cabrón lo note.

-Bueno, somos tíos; si no nos apeteciera y sobre todo si no se nos notara, tendríamos un problema -se abrazaron y besaron, y así entraron en la ducha, tras una extraña danza lateral por el camarote-. Mírame a mí: hoy se me ha notado todo el puto día.

-Estás salido, cariño.

-¡Uuh! ¡Y hay que ver cuánto te molesta!

Luis sonrió y se dejó hacer durante unos minutos mientras el agua fresca se llevaba mucho de lo que se tenía que llevar. Pero no todo.

-¿De verdad estamos preparados para lo de luego? Creo que Ibón ya me ha perdonado, pero no confío para nada en Pablo.

-Me da igual lo que diga Pablo -Rober frotó vigorosamente la espalda llena de lunares que tanto le gustaba-. Nada que salga de esa boca-buzón puede ya hacerme daño.

-Joder, pero a mí sí -repuso Luis con una voz trastocada por los movimientos.

-Cuando pase, dímelo. Yo sí que puedo hacerle daño a él.

-No quiero éso. No es necesario, y creo -se sintió enrojecer, aún bajo la ducha fresca, aunque Rober no lo notó- que ya ha habido suficiente violencia en este viaje. Es sólo que tengo que aprender a ser más duro.

-Ni de coña. Me encanta que no lo seas.

-¿Te gusta verme sufrir?

-No. Me gusta darte abracitos y besitos cuando te pasa algo que no puedes controlar -Rober le dio la vuelta y le enjabonó el torso mirándole a los ojos-. Me gusta que seas sensible y blandorro.

Duro ya soy yo.

-Siempre pensé que yo era el fuerte.

-Cariño, tú eres el listo, y los listos no necesitan ser fuertes...

-No sé si éso es un razonamiento muy lógico.

-Me la pela. ¿Para qué estoy yo aquí? ¿Para que te...?

-¿Para hacer que me corra cuatro veces al día? -le cortó Luis. Rober le regaló su mejor mueca de “te lo como todo” y le metió la lengua hasta la traquea para después arrodillarse ante él con las mejores intenciones.

Luis tuvo que cortarle con un contundente:

-Para, joder, que me arde el capullo -Rober le miró desde ahí abajo con cara de corderillo al que le quitan la teta de mamá.

-Vale, vale -mientras se ponía en pie se le ocurrió otra cosa que le iluminó la cara-. Pero el culito lo tienes como nuevo, ¿no?

La mirada de Luis fue definitiva, y a pesar de ello prefirió explicarse:

-Mi culito está clausurado por obras hasta... no sé, por lo menos hasta mañana -Rober puso morritos y le abrazó por la espalda-. ¡Que te estés quieto, lapa!

Rober se quedó abrazado a él, dándole besitos en el cuello y los hombros mientras Luis toqueteaba los mandos de la ducha para que el agua saliera aún más fresca. Se secaron el uno al otro y se sentaron desnudos en la terraza del camarote para aprovechar los últimos rayos de sol del día, con sendas bebidas heladas. Luis pensó que hasta la neverita aquella funcionaba mejor que la que tenían en casa. Ah, dinero...

Cuando Rober creyó oír su propia piel crepitando se levantó, sirvió otras dos bebidas y le dejó una a Luis en la mesita de la terraza. Parecía dormir, pero le agarró la mano tras dejar el vaso.

-Te quiero -murmuró sin abrir los ojos. Rober se agachó y le besó suave un párpado. Luego volvió al camarote, encendió el laptop del barco y buscó en el menú. En el “Blue Shore” había, a partir de las 9 de la noche, una “Fiesta Mediterránea”, con mucha música eurovisiva y platos típicos griegos, turcos e italianos. Después habría baile hasta altas horas de la madrugada. Reservó una mesa para cuatro en la terraza. Si iban a hablar prefería que la música no lo impidiera.

Abrió el armario y revolvió perchas y pantalones. Sacó dos de los treinta y siete modelitos en blanco puro que había comprado en mayo en Ibiza, durante el rodaje del anuncio de cervezas que había martirizado a los televidentes durante todo el verano. Los miró encantado y se imaginó a ambos vestidos así, pero lo primero que le vino a la cabeza fue el pasillo del Hotel Overlook y aquellas gemelas con sus vestiditos idénticos y su mirada de “te va a ocurrir algo”. Desechó uno de los modelos y dejó el otro sobre la cama para sí mismo. Rebuscó en la otra puerta del armario y escogió unos pantalones de lino beige y una camisa con cuello Mao en un blanco roto para Luis. Las niñas del Overlook se difuminaron tras la imagen mental del culo de su marido dentro de esos pantalones. Sonrió y fue a sacarle de su modorra.

Pablo cogió los primeros pantalones cortos que encontró: los que traía del turisteo por Sicilia estaban manchados de sangre y quién sabe qué más. Ibón le berreó desde la ducha:

-¿Dónde está mi desodorante?

Pablo lo encontró en la mesilla de la cama y se lo alargó desde la puerta del cuarto de baño. Ibón le sonrió.

-Me gusta que te acostumbres a ir desnudito por la vida. Es una pena que no te deshagas de la vergüenza ni conmigo.

-A mí no me gusta. Me has pillado así -se defendió Pablo con una ceja de circunstancias.

-En algunas vacaciones tendrás que venirte conmigo cuando voy a la playa nudista. Libérate, por dios, que ya eres mayor.

-Precisamente porque ya soy mayor -Pablo volvió al roperismo y alzó la voz-. La desnudez es algo que el hombre siempre ha tratado de evitar: por algo cuando éramos monos nos cubría todo ese pelo. Es una mera cuestión de autodefensa, pero la evolución nos está dejando en bragas.

-Ojalá... -susurró Ibón, pero no siguió con la inane conversación. Ya se sabía todo el ideario de Pablo y estaba más que cansado de intentar ser lógico con él. Pero sí que salió del baño tan desnudo como había entrado en él.

-No me negarás que es una delicia tenerme aquí en bolas.

-Si hubiera un motivo no te digo que no.

-Bueno, pues hagamos que haya un motivo... -se acercó, sugerente, pero Pablo le rechazó plantándole una mano en el pecho.

-No, si quieres llegar a la hora a la que hay que llegar.

-Qué más da. Que esperen.

-Éso sí que no. Me podrás ver en bolas porque no hay más remedio pero, ¿hacerme llegar tarde a una cita? Ni de coña.

Ibón se dio por vencido y dirigió toda su desnudez hacia el armario. Escogió unas mallas de ciclista de un azul eléctrico tan discreto como una mascletá y una camiseta de un desopilante naranja butano, con las mangas y el cuello cortados por él mismo y un dibujo de Alicia cogiendo una pastilla y un enorme cartel sobre ella que pedía a gritos "Eat me".

-Mi marido es una joya -apreció Pablo cuando le vio vestido-. Carolina Herrera te adoraría si se drogara en algún momento.

-Me importa un bledo que sea amiga tuya. Estamos de vacaciones en un puto barco. Ya tendremos alguna boda para que me veas mono.

-No, si *mono* ya te veo todos los días... -Ibón lo dejó pasar. Le hacía gracia que a veces Pablo le comparara con gorilas, rinocerontes y otras especies igual de discretas que su atuendo. Le abrazó por la espalda y le besó en el cuello.

-Yo Tarzán, tú Jane -Pablo le suspiró a sus imágenes en el espejo y se frotó un poco contra su mamotreto de marido.

-Porque es la hora que es, pero se me ha abierto como una chirila en una paella -el pene de Ibón tardó exactamente siete segundos en responder-. Pero bueno, tendremos que arreglarlo después de la cena.

Le guiñó un ojo cómplice al espejo, al que su marido respondió con una sonrisa que hacía mucho que no le veía.

Cuando Rober y Luis entraron en el Blue Shore ya atronaba la música más hortera de Eurovisión. Rober comenzó a moverse al ritmo antes incluso de llegar al primer peldaño de la escalera de entrada.

-¡Me encanta! -berreó.

-Eres más vintage que el peinado de Bonnie Tyler -apreció su marido, y luego opinó sobre aquello-. Cuánto hipster. Pensaba que esta gente no es de ésto, que lo que les va son las casas rurales y el turismo cultural y sostenible y tal.

-Nene, no son estúpidos. Este es un sitio en el que la mayoría de los tíos están casi todo el día en bañador -Luis le dedicó unos ojos en blanco y comenzó a moverse al ritmo de su marido.

-El caso es que ésto no es un crucero, es una puta gymkana. Estoy por bajarme en la próxima isla y coger un avión a Madrid.

-Éso, claro. ¡Como a los aviones no les tengo miedo! -se quejó Rober.

-Tú te puedes quedar si quieres. Te lo estás pasando pipa sacándole las tripas a tu ex.

El Blue Shore no era sino una discoteca reconvertida especialmente para esa noche. Una enorme pista de baile central rodeada de mesas que se habían preparado para cenas de lujo. Al lado izquierdo, un escenario en el que un DJ que no había nacido cuando Dana International ganó el festival animaba dando palmas, bailando y con una sonrisa en la que cabrían los tacones de la Diva. Y frente a él la salida a la desproporcionada terraza en que esperaba la mesa que habían reservado.

Luis tuvo que tironear de Rober para que éste no se quedara bailoteando en la pista y berreando tonterías como “Viva Victoria, Afrodita, Cleopatra”. Ya antes de sentarse tenían al lado a un encantador camarero preguntándoles qué querían beber.

Ibón y Pablo no les dieron tiempo para charlar mucho. Allí estaban a la hora en punto, pero se dirigieron a la barra a pedir algo, de modo que Luis y Rober pudieron disfrutar de unas cuantas observaciones sobre ellos.

-Pues siguiendo con la conversación de antes... -Luis esperó, paciente, que su chico siguiera; si hubieran estado en Mongolia, en ese momento se habrían oído miles de sables-, por dios, mírale, si hasta está morcillón. Y no para de tocarse. Qué burraco me ponen los exhibicionistas.

Luis miró de reojo a la otra pareja: Ibón se tironeaba de algo que le molestaba en los bajos, con esos movimientos tan recatados que caracterizan a los machos humanos y de los que tanto “disfrutan” las hembras. A las que no se les puede decir, por supuesto, que ellas hacen lo mismo con sus sujetadores.

-Cariño, me encanta que seas sincero conmigo -su cara no reflejaba muy bien esa conformidad-, pero le estás diciendo a tu marido lo cachondo que te pone su exmarido, que además resulta ser el marido de tu exmarido.

-Que no, tonto. No es él, específicamente. Son los tíos como él.

-Ah, vale, que te pone burro la mitad del barco.

-Jo, nene, no me martirices. Sabes que soy de gatillo fácil.

-No, chiqui, tranquilo. Si quien lo disfrutará cuando lleguemos al camarote seré yo -ahora Luis sonrió un poquillo, pero siguió con las “observaciones”-. Y hablando de todo un poco, menudas pintas que llevan siempre. Y en Ibón se entiende porque no tiene otra ropa, pero tu ex... ¿Cuántos años tiene? ¿Veintidós?

-Cuarenta y nueve, pero siempre ha sido muy juvenil.

-Y tú mu buena gente. ¿Juvenil? ¿Va siempre con esos pantaloncillos de abuelo? Cantarían hasta en un crucero del Imsero. Por dios, son los que llevaba papá cuando veraneábamos en Mazarrón en 1.539. Y también tiene esas mismas canillas ridiculillas.

-¿Y qué tiene de malo?

-¿Las canillas o los pantaloncillos?

-Cualquier cosa que termine en “illo” o “illa”.

-Pues hombre, las piernas se las podría currar, que parece un niño enclenque de los años 40. Y se supone que ésto es una cena-fiesta. Que hay que ir monos. Y que tiene nivel para empezar a pensar en pantalones de pinzas y camisas lisas, y tal.

-A los osazos se les perdonan las camisas a cuadros.

-Si, y los bichos que lleváis en la barba -finalizó Luis bajando el volumen, pues los otros ya estaban casi en la mesa.

-Y precisamente por éso me afeito hasta las bolas -cerró Rober, que no podía dejar de tener la última palabra ni en las ocasiones en que daba igual, de modo que añadió-: Me estoy estomagando.

-¿Otra vez has olvidado la Biodramina?

-No, qué va. Para ésto no hay pastilla que valga -susurró a toda velocidad para que *Los Otros* no le escucharan.

Los saludos fueron fríos pero atentos. Mientras Pablo e Ibón dejaban sus bebidas en la mesa, los otros dos se levantaron para darles un par de besos, lo que provocó que Rober hiciera gala de su patosidad:

-¿No os comeríais ahora mismo una buena...? -una de sus chancas de noventa y nueve euros con noventa y cinco se enganchó en una pata de la mesa y se tuvo que sujetar en un brazo de Ibón-. Ay, coño, que me caigo.

-Pero ¿es que siempre estás pensando en lo mismo? -le echó en cara Pablo.

-En lo mismo ¿qué?

-En comer rabos, zorrón.

-Iba a decir pizza, gil, pero de mí siempre pensáis mal. O bien -frunció los labios-. Nunca sé qué pensáis de mí, coño.

-Nada bueno, y éso es bueno -apuntó un sonriente Ibón, que intentó darle sus correspondientes besos mientras Rober se peleaba con la chancla.

-Ah, mira. Ojalá los críticos gastronómicos pensaran lo mismo -Pablo le dio besos a Luis y ambos se sentaron, sin que éste e Ibón llegaran a saludarse. Sólo se cruzaron una mirada que ninguno de los dos supo en qué nivel de molestia estaba.

-Los críticos critican, sobre todo lo que no les gusta -apuntó Rober, encantado de poder insultar a su manera.

-Eres más zorra que ir sin bragas a un casting -el exabrupto de Pablo sorprendió a Ibón y a Luis, pero Rober no les dejó meter baza.

-Qué tontería. Yo siempre voy sin bragas. O sea, quiero decir, sin calzoncillos.

-Sin vergüenza, hermoso. Ya sabemos todos que no sabes lo que es.

-Más tonterías. El único que sabe que voy commando soy yo. No voy con un cartel.

-Ni falta que hace. Es suficiente con fijarse un poco.

-Envidiosa.

-Priapista.

-Uy, lo que me ha llamado... Ehm... ¿qué me has llamao, hijaputa? -por fin los maridos de ambos sonrieron un poco.

-Qué más te da. Con tal de que hablen de ti te da igual lo que te llamen.

Habrían seguido sin saber cómo coño insultarse mejor si no hubiera sido por el camarero, que traía las bebidas de Rober y Luis.

-¿Han elegido, los señores? -preguntó, solícito-. ¿Qué desean?

-Yo tirarme al mar -Rober le sonrió, encantado, con la misma cara que si esperara que el camarero le llevara de la manita a popa para que las hélices terminaran el trabajo a conciencia.

-No le hagas caso -Luis le impidió seguir-. Odia los barcos.

-Y nosotros a él, así que a ver si es verdad que se... -cuando Pablo se iba a lanzar a una diatriba sobre suicidios ajenos, Ibón le clavó la uña del dedo gordo del pie en una espinilla. El camarero no supo cómo aguantar la sonrisa ni la compostura, pero lo consiguió gracias a los completos cursillos de la naviera. Pablo también consiguió mantener su cara de poker-. Eeh... perdona, no lo tenía claro. Para mí una menestra de verduras, a ver si han conseguido darle algún sabor pasable.

-Ah, que ahora eres vegano... -se preguntó Rober.

-Nop. Pero toda mi comida es sana; intento mejorar mi alimentación y la de mis clientes.

-¡Cuánto me alegro por ti! Haces muy bien: por lo que se ve, te va a venir muy bien.

-¿Tú también has cambiado tu forma de comer? Siempre has comido como un cerdo-. Rober bajó una ceja y el camarero alzó las dos.

-Ehm, no. Que me alegro por ti, lo decía en serio. Pero yo prefiero estar sano a base de filetones. Ibón cerró los ojos y suspiró para luego mirar al camarero, desesperados ambos.

-Para mí lo mismo. Sin la mala ostia, por favor -aunque la mitad derecha de la cara del camarero intentaba seguir sonriendo de una serena y virginal manera, la mitad izquierda era la del Joker sin maquillaje.

-Para nosotros un par de ensaladas César, por favor -intentó relajar Luis-. Con un montón de pan y mucho mejunje para mojar, porfi.

El camarero quiso responder con un “Ok”, un “Vale” o algo semejante, pero sólo le salió un quejido. Huyó.

-¿”Un sabor pasable”? -le recriminó Ibón a su marido-. Sabes que siempre que comes fuera los camareros escupen en tu comida, ¿verdad?

-Si así consigo que esos comistrajos tengan algo de consistencia, genial -Ibón volvió a poner los ojos en blanco y pidió ayuda a los otros dos, que en realidad asistían encantados al festival del humor-. Bueno, voy a aprovechar que estarán un rato retostando las verduras para ir al escusado.

-Lo siento, chicos -se excusó Ibón en nombre de Pablo tras asegurarse de que ya no podía oírle-. Está usando unas pastillas que le indisponen un poco y estará yendo y viniendo cada cuarto de hora.

-¡Pues qué bien! -exclamó un demasiado alegre Rober. Se dio cuenta, así que se dispuso a disculparse en *Modo “Rober”*: *on-*. O sea, que pobre, ¿no? ¿Se va las patas abajo? Porque sería lo normal en él, claro; lo que le gusta cagar a ese hombre. Y le vendría genial perder diez o doce kilos, porque últimamente se está poniendo botija, el cabrón, y hay que ver lo mal que le sienta. Aunque claro, a tu lado abulta lo que un puto llavero y... ¡que alguien me pare, por dios! -se llevó unas desesperadas manos a la cara. Ibón le dirigió una mueca divertida.

-¡Cierra ya el puto buzón!

-Uff, gracias. Ya no sabía qué hacer para dejar de decir verdades -usó Rober para apagar su *Modo “on”*, momento que Luis aprovechó para redirigir la conversación hacia algo igual de escatológico.

-No había oído la palabra “escusado” desde que mi madre fue a mear en el hospital el día después de parirme.

-Siempre ha usado ese tipo de palabras que no se sabe si están desfasadas o simplemente se las inventa, ¿no? -aportó Ibón.

-Ya. Sí. Cuando uno es raro lo es para todo -opinó Rober-. Y Pablo es más raro que Katy Perry cantando en una iglesia.

-Sabes que su primer disco era de música cristiana, ¿no? -le informó su marido.

-¿Qué coño dices?

-Lo que oyes -a Luis se le escapó una sonrisilla-. Hazte un google.

-Joder, ya no se puede confiar en nadie -bajó un poco la voz para preguntar directamente a su marido, frunciendo la nariz-: ¿Existe la música cristiana? -pero apartó el tema de repente, como tantos otros y volvió a Ibón-: Vamos, que el caso es que tu marido es raro.

-Bueno... raro... Si los dos hemos caído con él no será nada criticable, ¿no? -el actor le miró como si nunca hubiera pensado que había pasado años con Guti.

-Criticable no, claro, qué tontería -recordó un par de cosas *raras*-. A mí me ponía histérico ese ruidillo que hace mientras duerme. ¿A ti no?

-El crujido ése que parece que se está ahogando, ¿verdad? -coincidió Ibón.

-Ese. Me daban ganas de terminar de ahogarle yo mismo.

-La verdad es que, quitando las tonterías, somos unos tíos con mucho criticable; todos -Ibón miró directamente a Luis-. Pero bueno, así es la gente. Hasta la buena gente.

Hubo otro momento en que ninguno de los dos supo si se estaban odiando, perdonando o ninguna de las dos cosas.

-Somos todos buena gente -escurrió Rober intentando intermediar entre las miradas de los otros dos.

-El noventa y nueve por ciento del tiempo, sí -opinó Luis-. Pero qué coño: sí, somos buena gente.

-Sobre todo mi marido, que no se dedica a darme de ostias en medio de la calle -espetó Ibón.

-Aunque tienes que reconocer que es más plasta que un corte publicitario en Antena 3 -aportó un Luis que intentaba rascar con sus uñas sangrantes las asperezas de su lado más belicoso.

Ibón le sonrió con media cara y luego se dirigió a Rober, dando por terminado el problema principal de la velada por muy visibles que fueran los moratones que rodeaban su nariz.

-Estás muy guapo esta noche. Te sientan muy bien esa ropa y el moreno -Rober quiso opinar sobre la ropa de la otra pareja, pero prefirió agradecer el halago:

-Vaya, muchas... -Luis le cortó.

-Está muy guapo siempre. Y le sienta bien cualquier ropa.

Aunque él también tenía la única intención de halagar a su marido, sonó un pelín mal, como con unas segundas que se quedan en primeras y tres cuartos. Se estaba hartando de dejarse las uñas. Ibón estuvo a punto de decirle que podía estar tranquilo, que jamás se le volvería a ocurrir hacerles ningún tipo de sugerencia medianamente sexual, pero también prefirió callarse; nunca se sabe de lo que uno es capaz. Rober alzó una ceja y tomó aire para intentar planchar el ambiente.

-Vale, pues todos somos muy buena gente menos de vez en cuándo, y a todos nos sientan fantásticamente nuestros modelitos y estamos guapísimos. Hala, ya podemos cenar tranquilos -retranqueó.

-Bueno, si a mi maridito el cocinillas no le da por darnos la noche con los platos que nos pongan -apuntó Ibón justo cuando su maridito agarraba su silla para separarla y sentarse.

-Éso habrá que verlo -y aseveró-: quién demonios puede cocinar nada comible con todo congelado.

-Compran en todos los puertos -le informó Luis-. Así que todo es fresco.

Rober sólo pudo morderse la lengua medio segundo.

-Además tú lo tienes todo congelado y cocinas de puta madre.

Luis e Ibón le miraron sin llegar a entender lo que parecía un piropo demasiado denso. Pablo, en cambio, pensó en algún trozo de su cuerpo que no sólo había sido congelado, sino que había sido cortado en lonchas y observado y estudiado a través de un microscopio. Le temblaron los párpados y no pudo mantener la mirada, que de repente destilaba amargura. Se intentó aclarar la garganta mientras Ibón buscaba su mano por debajo de la mesa.

-Bueno, supongo que tenemos que aprovechar esta noche para algo más que pedir perdón por los golpes -Ibón intentó parar a su marido con un movimiento de cabeza, pero no por lo que Pablo supuso; se miraron a los ojos y el cocinero siguió-: quiero pedirlos perdón a todos por mi comportamiento. Yo no soy así.

Luis miró a Rober y éste hizo una ligera mueca de duda. Pablo volvió a mirarles, intentando relajar su semblante con una sonrisa afectada.

-Cariño, no hace falta -pidió Ibón-. Ya hemos...

-Sí, claro que hace falta. Aunque no les importe, merecen saber qué está pasando, porque he sido

profundamente maleducado con todo el mundo -volvió a pasar la mirada por todos ellos-. Creo recordar que en su momento yo fui un tío alegre, simpático, divertido, yo qué sé. Y ésto se me pasará, de verdad. Sólo quiero que sepáis que podemos comportarnos como gente normal, coño, que hasta yo estoy harto de esta situación, y que de aquí en adelante volveré a ser el Pablo de siempre, o lo intentaré.

Ibón encontró su mano por fin y la apretó con fuerza.

-Ésto se nos ha ido un poco de las manos -aportó Ibón-. Y en muy buena parte ha sido culpa mía, así que quiero...

-No, niño. Déjame terminar. No me refiero a lo que ha pasado entre vosotros, sino a mí y a mi comportamiento -Ibón tragó saliva, pero le dejó hablar, aunque al hombre le costó-: Rober, yo... nunca he dejado de... bueno, de profesarte cierto cariño, y te he estado maltratando todo el viaje, a ti y a tu marido -miró a Luis de soslayo, con algo de vergüenza, pero soltó la bomba que necesitaba soltar-: He pasado un cáncer. Me han operado y...

-¿Cómo? -Rober se incorporó en su silla con los ojos muy abiertos. Ibón se quedó observando a su chico y sintió que un enorme peso que había estado instalado sobre sus hombros caía, volaba, se iba. Pablo prosiguió con toda la calma del mundo.

-Me operaron y me quitaron un tumor, y estoy en tratamiento aún. Me ha inutilizado en buena parte, sobre todo mental y anímicamente, y por éso me estoy comportando como un cretino. Sólo quería que supierais que en cuanto pueda... -dudó, ya que no sabría con certeza si algún final llegaría hasta que llegara- bueno, que en cuanto termine el tratamiento todo estará bien, yo estaré bien y...

Miró a la mesa, sin saber cómo seguir.

-¡Menestra de verduras para el caballero! -el camarero se presentó de repente, sonriendo a un Pablo que estaba inmerso en alguna oscuridad insondable.

-Ay, dios, qué susto -a Rober le costó hablar a causa del nudo en la garganta. Pablo se apartó para que el muchacho colocara el plato.

-Y otra menestra para el caballero -el camarero rodeó a Pablo, colocó el plato de Ibón y sonrió a los otros dos, dejando sitio a un compañero que traía dos boles preciosos y demasiado grandes para ser un plato de cena-. Y aquí están... las ensaladas César.

Todos miraron sus platos como si tuvieran un reloj con la cuenta atrás de una bomba a menos diez segundos. El silencio y los rictus hicieron que los camareros se escabulleran corriendo y sin decir nada más. Rober lo rompió con su proverbial delicadeza:

-Siempre has sido un mocoso malcriado e insufrible. Pero a los cincuenta ya empezaba a resultar inaguantable. A ver si ahora...

-¡Pero cariño! ¿Qué dices? -exclamó Luis.

-¡Y yo qué sé! Me tocaba hablar, ¿no?

-Cuarenta y nueve, lerdo -apuntó Pablo, sin dar muestras aparentes de que el resto del comentario le hubiera molestado.

-Joder -Ibón alargó las vocales todo lo que pudo antes de que los otros siguieran.

-Joder no joderemos, pero joder, ¡qué ganas tenemos! -volvió a planchar Rober y le puso carita a Ibón-. Por cierto, querido, si yo fuera tú, no le habría pedido a los camareros que escupieran sólo en su comida.

Ibón abrió mucho los ojos y la boca, pero no supo qué decir. Pablo sí, sabiendo a la perfección por dónde iba Rober:

-No serás tan hijoputa.

El pobre musculitos sólo negó rápidamente con la cabeza.

-Déjale -pidió Rober-. Creo que nunca había visto una calva ponerse tan colorada.

De pronto Pablo estalló en carcajadas y Rober le siguió. Sus respectivos se miraron sin comprender nada, miraron a sus maridos, se volvieron a mirar entre ellos. Rober siguió hablando entre hipos:

-Sí, ahora eres el de siempre.

-Gracias por el momento. Hacía días que no me reía así.

Ibón entrecerró los ojos, aún con la boca abierta y la calva ardiendo.

-Oye, hijo de tu madre... ¿ésto... ha sido una puta broma? -Pablo se disculpó con una mueca de diversión-. Pues no tiene puta gracia, cabrones.

-La verdad es que mi chico tiene razón: yo tampoco había visto brillar así una calva -apuntó Luis, que empezó a reír con los otros-. ¡Eres una bombilla de árbol de Navidad!

-Bueno, ya vale con la coña -se quejó el calvo.

-No me mires así. Con esa cara, en "Se ha escrito un crimen" todos los espectadores sabrían que eres el asesino desde el minuto uno del capítulo.

-¿"Se ha escrito un crimen"? Lo más light para mí ahora mismo sería "La noche de Halloween" - Ibón cogió sus cubiertos como si con ellos pudiera cortar cabezas.

-¡Sonreíd! ¡Salimos en Cachozorras por el mundo! -Rober saludó a alguna mesa lejana- ¡Hola, mamá!

Ibón se entregó a destrozar sus vegetales como si tuvieran la culpa de todo y los otros tres decidieron tomarle como diana del resto de las burlas durante todo el primer plato. El pobre hombre simplemente comió, pero en el fondo la situación le relajaba tanto que se dejó torpedear por todas partes. Aquello era realmente lo que esperaba conseguir: disfrutar de un buen grupo de amigos.

Antes de que terminaran ya había pasado el camarero para apuntar el segundo plato, pero todos lo rechazaron.

-Bueno, un buen postre sí que nos entra, ¿no? -pidió Ibón.

-¡Sí, claro! -Rober dió unas palmaditas infantiles-. Yo quiero tarta al whisky.

-Lo siento, caballero, no queda.

-Vaya, qué curioso que lo primero que se acabe sea lo que lleva alcohol -se quejó Ibón.

-Si usted supiera... -se le escapó al camarero, que como por las mañanas trabajaba en la terraza de la piscina recordaba perfectamente la primera insinuación de Ibón el primer día de crucero. El hombretón volvió a ruborizarse, aunque ahora el resto no supiera por qué.

-Bueno, pues algo con fresa, para que haga juego contigo -Ibón sólo frunció los labios, pero Pablo sonrió ante la ocurrencia de Rober.

-Pues sí, mira, una cheesecake para mí.

-Genial -se apuntó Luis. Rober le hizo una mueca divertida a Ibón, esperando le elección de éste.

-Pues cuatro cheesecakes -pidió el hombretón-. No me resistiré a decorarles la cara a éstos con toda esa fresa en cuanto les tenga a tiro.

-Ok, pero no lleva fresa, sino frutos del bosque -informó el camarero, sin saber qué esperar. Rober intentó rizar el rizo:

-Da igual, así hace juego con el tamaño de sus huev...

-¡Vale así! -le cortó Luis-. Cuatro cheesecakes, con lo que tengan encima.

El camarero se marchó, no sin antes echar una furtiva y escéptica mirada al paquete de Ibón.

-Cómo os pasáis -recriminó éste.

-Pero nos quieres -le recordó Pablo.

-No sé si tanto -Ibón frunció toda la cara, pero la nariz aún le dolía-. Bueno, a ti sí.

Le atrajo tironeando de un brazo y le dio un piquito, al que Pablo respondió con bastante más pasión de la que Ibón esperaba. Se emocionó un tanto demasiado.

-Qué raro resulta ésto -murmuró Rober, sin poder dejar de mirarle y con una ligera incredulidad en su mueca.

-Ya. Ver a tu ex liado con otra persona es como pillar a tus padres follando -apuntó Luis.

-No es éso -susurró Rober, acercándose a Luis para que los otros no le oyeran-. Es... Me refería a él..., a que nunca le he visto actuar así en público.

-Ah. Yo a Ibón sí -Rober le alzó una ceja-. Conmigo, claro, nunca le he visto con otra gente.

-¿Queréis dejar de hablar de nosotros? -soltó un Ibón con cara de ebriedad temprana cuando consiguió despegarse de su lapa particular. Rober soltó un grito.

-¡Qué ataque tan gratuito! ¡Nosotros somos incapaces de hablar de vosotros a vuestras espaldas!

-¡Cierto! Al menos lo decís todo a nuestras caras -confirmó un Pablo al que le brillaban los ojos.

-Bueno, pues yo aprovecho y me voy al servi -Luis se puso en pie-. Así sois vosotros los que podéis hablar tranquilos sobre mí.

-Te acompaño -Pablo se levantó de un inusitado salto, creándole a Luis un repentino nudo en el estómago-. Y les dejamos con la palabra en la boca. Nosotros podremos hablar de ellos mucho más que ellos de nosotros. Al fin y al cabo, somos los listos.

Se agachó para darle otro piquito a Ibón, que le lamió los labios. Pablo sonrió y se los saboreó, con un gesto tan fuera de lugar en él que tanto su marido como su ex fruncieron el ceño. Rober hizo caso omiso al desesperado cariñito que su marido le hizo al pasar tras él. Luis no podía quitarse de la cabeza otra escenita en un servicio público.

-Aparte de la medicación para el... bueno, éso... Tú le estás dando algo, ¿no? -inquirió Rober cuando los dos ya estaban lejos. Ibón dejó de mirar el culo de su marido para alzarle a Rober una ceja estupefacta.

-Creo que estoy tan sorprendido como tú. No sé, es como si... -dudó tanto que Rober estuvo a punto de terminar la frase-, como si hubiera decidido de repente que hay que cambiarlo todo.

-Ah, ya me parecía a mí.

-No me malinterpretes. Siempre ha sido cariñoso conmigo. Puede que yo sea un pulpo y él un extraterrestre, pero la verdad es que nunca le he tenido que pedir que cambiara. Bueno, con la excepción de estas últimas semanas, pero ahora ya sabes por qué.

-Qué suerte. Yo se lo pedí por activa y por pasiva. Y me refiero a todas las acepciones de ambas palabras. No es que fuera frío conmigo, pero bueno, era... no sé cómo decirte... ¿poco tierno?

-Ya. Sí, al principio le costaba mucho. Pero creo que en realidad tengo que agradecerte a ti que sea como es -uno de los párpados de Rober se entrecerró expresando su extrañeza-. Sí, creo que tú le abriste un poco, que gracias a ti se hizo más... cariñoso, más expresivo. No sé cómo decirlo. Le conocía desde hacía tiempo por la vecindad, y cambió mucho, tío.

-¿Hacía tanto que le conocías? -Rober no salía de su perplejidad-. Nunca me habló de ti. Bueno, creo que sí del gimnasio, en alguna temporada en que pareció que se apuntaría aunque al final no lo hiciera.

-No te pienses nada raro. Era una mera cuestión de cercanía. El restaurante está dos portales más allá del gimnasio. Nos saludábamos a horas intempestivas, alguna vez tuvimos alguna conversación de lo más banal. Creo que en todos esos años llegué a desayunar dos o tres veces en el restaurante, cené allí alguna vez, así que ni siquiera éramos clientes el uno del otro. Si te hubiera hablado de mí debería haber sido motivo de preocupación, supongo -sonrió el morlaco.

-No creo que me hubiera preocupado mucho. He de reconocer que él nunca fue así. De ligar, y tal, quiero decir.

-Lo malo de Pablo es que por mucho que creas conocerle no sabes cómo es en realidad. Al menos yo. Tiene sus cosas, pero para mí, que soy bastante planito, *sus cosas* abarcan demasiado. No sé, una vez se me ocurrió criticar uno de sus platos y estuvo una semana sin hablarme.

-Uff, no me lo digas, lo recuerdo.

Callaron un momento mientras el camarero colocaba ante ellos las cuatro porciones de tarta. Los dos le sonrieron con toda la cara, lo que hizo pensar al muchacho que los dos que faltaban eran los bordes.

-¿Cafés? -Rober torció un poco el morro y se la pasó a Ibón con un:

-A mí no me gusta mucho el que hacen aquí. Está que brama.

-Cuando eras joven seguro que te tragabas lo que te pusieran -Rober alzó una ceja y el camarero otra.

-Mejor no hablamos de sexo, ¿no?

-Yo hablaba de comidas -informó el otro.

-¡Pues éso! -Rober tardó, pero cayó-: Ah, calla...

Ibón sonrió al camarero y pidió dos descafeinados con hielo. Rober le mostró al muchacho sus ojos en blanco y, a pesar de su opinión sobre el café, pidió dos solos con toda su cafeína y con mucho hielo. El camarero agradeció para sus adentros el momento de descanso.

El deportista probó una cucharada de la tarta y gimió de puro placer.

-Todos tenemos esqueletos en el armario y muertos enterrados en el jardín -prosiguió, dejando un poco descolocado a Rober.

-Pues yo les tengo a todos en el cementerio, no jodas.

-Es una frase hecha, hombre -Rober torció los labios.

-Ya te habrás dado cuenta de que me llevo fatal con las frases hechas y los refranes, pero bueno, así hago reír a mi chico. En general, me llevo fatal con todo lo predecible.

-De ahí que odies a la gente normal y corriente.

-Yo no odio a nadie -casi se sintió ofendido-, sólo obvio a quien no me aporta nada.

-Entonces debe ser que aportarte algo a ti es como aportarle algo a Trump, un millonario cretino que cree que tiene todo el poder del mundo en una mano.

-Yo no soy millonario -Ibón esperó unos segundos.

-Supongo que también habrás querido decir que no eres un cretino. Aunque le calificaba exclusivamente a él, no a ti.

-Es que de éso no estoy tan seguro. Hay que ser muy cretino para enamorarse de Guti -se dio cuenta después de decirlo, pero ya estaba dicho.

-Gracias por la bonita apreciación -a Ibón le pareció más fuera de lugar el apelativo que la apreciación. Pero era una mera cuestión semántica: aunque no fuera un hombre culto había palabras que usaba exclusivamente en ciertas situaciones o, como ese “cretino”, para ciertas personas.

-Perdona, bonita, pero has empezado tú comparándome con Trump.

-Lo siento. Es que me pareces más difícil de manejar que su peinado. Pero en realidad hablo de oídas.

-Sí, ya. En estos años Guti me habrá llamado de todo menos guapo.

-La verdad es que tampoco te llama guapo, por mucho que lo seas -Rober entrecerró unos ojos que sonrieron más de lo debido-. Pero tampoco me lo llama a mí. Es más bien parco en palabras. En buenas palabras. Bueno, nadie mejor que tú para saberlo.

-Lo recuerdo perfectamente. Pero anda, que a ti se te ocurriera criticar un plato suyo...

-Se lo dices a un profesor de gimnasia casado con un cocinero que hace menos ejercicio que una

tenista de Lladró -Rober abrió la boca, pero no dijo lo que pensaba.

-Cierto. Y hablando de todo un poco, ¿se han ido a mear por la borda, o qué? -Ibón echó un vistazo hacia el interior del salón.

-Ni idea -se miraron como esperando que la megafonía les informara de dónde estaban sus respectivos-. ¿Le llamo?

-Bah, son mayorcitos. Déjame que disfrute de ti un rato, hombre -Ibón abrió mucho los ojos-. A ver, que para una vez que tenemos un buen rato para conocernos mejor, me gustaría aprovecharlo.

-Lo siento -se relajó Ibón-, no estoy acostumbrado al buenrollismo.

-Ya. Te repito que *conozco* a tu marido -apuntilló Rober.

-No hablaba de él -respondió el hombre con algo de sorna-, sino del resto del mundo. Lo veo todos los días con los clientes de mi gimnasio. Son tan ególatras que cualquier chiste que cuentas se refiere a ellos. Es imposible sacarles una sonrisa que no tenga que ver con sus musculaturas. Bueno, quitando a Ginés y Zoca, que son majos.

-Pues qué mala vida, ¿no? Cuando llego a casa después de un día jodido de curro, sé que me voy a encontrar a mi chico, que me va a hacer feliz. Tú, cuando llegas al curro después de un día jodido de Guti, sabes que te vas a encontrar a tu clientela. No sé qué es peor. Al menos con Guti follas. Con la clientela, ni éso.

-Bueno... -la mirada de Ibón se perdió de una forma que a Rober le pareció culpa más que otra cosa, de ahí que su tono al responder fuera el de una adolescente a la que su mejor amiga le ha contado que anoche se enrolló con el profe de Mates.

-¡No jodas! ¡Serás puta!

El camarero escuchó bien claro este último exabrupto y la bandeja de café peligró al pararse en seco casi junto a la mesa. Tragó saliva.

-Los cafés...

-Oh, gracias -la cara de Rober pasó de la incredulidad a la simpatía más grata. El muchacho dejó tazas y vasos y se marchó a toda velocidad, permitiendo al actor que volviera al ceño fruncido como si no hubiera pasado nada.

-A ver, coño, que no es éso -se defendió Ibón-. ¿Ves? No eres el único del que la gente piensa mal. Lo que iba a decir es que... -de pronto la aparente culpa se transformó en vergüenza real-, bueno, que con Pablo tampoco es que...

-Ah, claro. Éso sí que lo entiendo -Rober le echó su más tierna mirada de conmisericordia-. Guti es más frío que hacérselo con el tampón de una momia. Y perdona, chico, es que cuando veo a alguien como tú siempre pienso que se pasa la vida mojando. Prejuicios que tiene uno.

-Ya. Y no eres el único.

-Bueno, sobre los actores también se tienen muchos prejuicios. Todo el mundo piensa que estamos siempre rodeados de fans sedientas y que cada noche nos tiramos a una diferente, cuando en realidad estamos deseando llegar a casa para tirarnos en el sofá con el gatete y que nuestras parejas nos hagan una carantoña que nos relaje -Rober sonrió un poquito cuando Luis se cruzó por sus pensamientos haciéndole carantoñas. Volvió rápido-: pero no me negarás que con tu cuerpo ligarás a mil, y que vivirás más contento contigo mismo que la mayoría de la gente.

-Todo el mundo piensa que como tengo este cuerpo me adoro a mí mismo sobre todas las cosas, pero no. Sigo siendo el chaval entre gordito y escuchimizado que se metió a hacer karate para que el resto de niños dejaran de reírse de él, el muchachillo que a los dieciocho empezó a afeitarse la cabeza sólo para parecer más masculino, el que buscó mil maneras de intentar recuperar el amor de su padre tras salir del armario y no lo consiguió.

Ambos bajaron la mirada un momento, recordando tiempos peores. Rober sabía a la perfección que las apariencias engañan, pero le sorprendió profundamente la confesión del hombreton.

-Ciertamente, no pareces nada de eso. Y se nos deshacen los hielos.

Ambos comenzaron a preparar los cuatro cafés mientras seguían hablando.

-No he dicho que siga *pareciendo* ese chaval; he dicho que sigo siéndolo. Es más de lo mismo: no es necesario parecer algo para serlo.

-Ya -Rober se sorprendió al darse cuenta de lo cercanos que pueden estar los humanos de los congéneres que les parecen más alejados de sí mismos-. Y ser la pareja de Guti no te ayuda en absoluto.

Ibón salió del sitio en que se había metido por un momento y sorprendió aún más al otro alargándole su sobre de azúcar. El actor miró el sobre y alzó las cejas.

-Para Luis -Rober tardó dos segundos en relacionar el sobre con la vida conjunta que todos habían tenido con todos, y en reaccionar cogiendo el sobre-. ¿Sigue tomándolo con dos o tres sobres?

-Oh. Sí, claro. Gracias.

-¿Por qué le sigues llamando Guti? Ni siquiera lo usa como “nombre artístico” o algo así. Y por cierto, ¿tú nunca has usado uno?

-¿Para qué ponerme un nombre artístico cuando el mío mola tanto?

-Hombre, tanto como molar...

-Mucho mejor que el suyo -encogió toda la cara-: el Sr. Cardo Pérez.

-Tampoco hace falta que le insultes por esta tontería -A Ibón se le escapó media sonrisa.

-¡Qué le voy a insultar! ¡Sabes que es su apellido de verdad! Si no fuera porque la famosa fue su abuela, en vez de “Chef Guti” le llamarían “Chef Cardo”. Que por cierto, le pega mucho más. Y sobre lo otro... -le cortó con una mano cuando Ibón intentó defender a su marido-. Todo el mundo le llamaba Guti cuando estábamos juntos. Supongo que será la costumbre. No se me hace raro que el resto le llaméis Pablo, pero a mí no me sale cuando hablo de “aquel” Pablo.

-Creo que esto es parte de lo que te decía, de cómo le cambiaste. Yo sólo he oído que le llamen así los trabajadores del restaurante. Ahora todo el mundo llama Pablo a aquel Pablo.

-¿Qué le pasa a aquel Pablo?

Ambos dieron un respingo al oír la voz del susodicho, tan embebidos estaban en la conversación.

-¡Coño, qué susto! Vaya noche... -Ibón sonrió a su marido. La sonrisa se le congeló con la ayuda de Rober:

-Perdona, chico, tenía el ojete cerrado y no te he visto llegar -Pablo le dedicó una mirada reprobatoria a lo Julia Roberts, pero se sentó sin comentar el comentario-. ¿Y Luis?

-Viene ahora mismo. Está en la barra, pidiendo algo absurdamente azul -le cogió una mano a Ibón y le besó los nudillos, mirando la tarta a la vez con deseo-. Oye, hablando de Luis, ¿está siempre canturreando?

-Sí, claro, es parte de su trabajo. ¿Por qué?

-No, por nada. Molestar, no molesta. Al menos el ruido que hace. Pero esa jodida felicidad...

-Bueno, parece que esta noche la felicidad flota en el aire... everywhere I look around, love is in the air...

Pablo sólo le miró un momento. Lo que a Ibón le pareció una sonrisa de lo más sincera para Rober significó un “si tú supieras...”, de modo que dejó de canturrear a lo Luis.

-Uff, qué pinta tiene esto -Pablo cerró el momento sin darle más importancia. Estaba decidido a seguir teniendo una noche agradable y divertida-. No sé cómo se puede ser un inapetente impenitente y tener tantas ganas de comerte casi cualquier cosa.

Se lo había dicho a sí mismo, pero mirando a Rober: error.

-No soy un inapetente. Y mucho menos un impenetrable.

-No, desde luego. Eso, lo que menos -opinó Pablo, sin corregirle.

-Oye, que él estaba hablando de sí mis... -intentó escurrir Ibón.

-No sé por qué me da que me estás llamando putilla -Rober no hizo ni caso al hombretón.

-Putilla impenetrable. Perfecto -intentó cerrar Pablo metiéndose una cucharada de tarta en la boca.

-Que no soy impenetrable, coño.

-Una zorra irredenta es lo que eres... -Pablo estiró la broma pronunciando las erres dobles como si fueran triples.

-Uy, eso te lo has aprendido en jueves.

-Pues no sé. Antes de ayer viendo la tele... Pues no, en lunes.

-A ver, o soy una zorra irremediable, o... inapetente... impenetrable.

-Impenitente.

-¿Zorra impenitente?

-Inapetente impenitente.

-¿Pero no era zorra impenetrable?

Ibón había intentado seguir la absurda conversación pensando que hablaban en serio, pero ya no pudo más:

-Dios mío, preferiría vivir en una sitcom.

-Pues imagínate toda una vida así con él – aportó Pablo.

-Madre mía...

-¿De qué habéis estado hablando? -preguntó un inocente Rober, que ya se había olvidado de las inapetencias-. Si habéis estado meando todo este tiempo cuando lo suelten al mar se desharán los glaciares.

-De vosotros, desde luego -y mirando a Ibón-: todo buenas palabras, por supuesto.

Rober volvió a entender en su gesto algo por completo diferente a lo que entendió Ibón, y echó un ojo a la barra para intentar localizar a su chico. Luis hablaba animadamente con la camarera que le estaba sirviendo, de modo que volvió su atención a la mesa. Pablo e Ibón se seguían mirando como si nunca se hubieran mirado.

De hecho, Pablo le estaba diciendo a su marido con la mirada todo lo que se le pasaba por la cabeza. Que le quería inmensamente, que le perdonaba todo lo que hubiera podido pasar, que nunca le dejaría ni dejaría que se fuera, que era todo su mundo.

Pero también seguía pensando en todo lo que Luis le había contado con pelos y señales. En cuanto se sacaron la polla en el wc, Luis empezó a vomitar su encuentro con Ibón en aquel servicio de restaurante, pero al fin y al cabo había sido Pablo quien había preguntado, y precisamente en ese momento tan parecido a aquel. No esperaba que Luis se soltara de aquella forma: seguía sintiéndose fatal por el puñetazo y de repente necesitaba que Pablo entendiera el por qué con toda exactitud, casi sin pensar que le estaba contando cómo su marido había intentado ponerle los cuernos. Claro que el puñetazo había sido por el miedo que le había hecho sentir la reacción de Rober, pero al final, cuando se dio cuenta de todo lo que estaba diciendo, intentó excusar a Ibón:

-Sólo estaba jugando y yo le entendí mal. Y ya está.

Pablo había estado tragando ácido sulfúrico durante la explicación, mientras meaban, se lavaban las manos y salían del servicio. “Puede haber sucedido ésto” no significa en absoluto lo mismo que “Ha sucedido ésto”.

-Sé que no estaba jugando -afirmó, cogiendo a Luis de la muñeca para meterle por el pasillo que no era cuando ya estaban volviendo a las mesas-. Sé que lo ha estado haciendo durante un tiempo, y que aún desea hacerlo, pero no es simplemente porque quiera sexo. Es porque yo no he podido dárselo. Supongo que ya os habréis dado cuenta de que somos pareja abierta.

-La verdad es que ni había pensado en ello -dijo un Luis más sorprendido por los integrantes de aquella pareja abierta que por la situación en sí: no era capaz de imaginarse a ninguno de los dos funcionando correctamente mediante un arreglo semejante-. No sé si Rober... A ver, es que cuando hablamos de vosotros no es sobre vuestra vida sexual.

-Ya me imagino -a Pablo se le pintó sola una sonrisilla-. Me pitan los oídos constantemente.

-Tampoco es éso. Es decir... A ver, que no creo que os pongamos más verdes de lo que vosotros nos ponéis a nosotros. Ni creo que haya motivos para hacerlo, en realidad.

-No, yo tampoco. No somos exparejas al uso, creo.

Salieron a una de las cubiertas de paseo y se apoyaron en la barandilla, disfrutando de un viento fresco que despeinó del todo a un Pablo que por primera vez en varios días no se preocupó por que se le viera la incipiente calvicie que intentaba tapar con cuidado cada vez que se peinaba.

-No lo somos, no -apoyó Luis-. Y por éso queríamos hablar con vosotros, tener esta cena. Creo que no tenemos nada que arreglar, con la excepción de vuestra...

Se quedó callado, sin saber si lo que iba a decir podía sentar mal al otro.

-¿Nuestra qué de quién? -le animó Pablo. Luis le miró, incómodo ahora con el viento, entrecerrando los párpados.

-Vuestra mala baba. De Rober y tuya -Pablo hizo un mínimo gesto de sorpresa, pero no pareció realmente ofendido.

-Ya -se perdió un momento en la profunda negrura del mar hasta que creyó ver en la lejanía el destello de un faro que le devolvió al barco-. Sé cómo soy y sí: ciertamente, tengo muy mala ostia. Y Rober...

-Tiene una lengua con la que podría lijar una pirámide egipcia hasta dejarla tan suave como una taza de porcelana china.

-Por decirlo de una manera suave.

-Y a ti no te suaviza ni una sobredosis de Mimosín.

-Lo sé, lo sé. Pero lo estoy intentando, en serio.

-Y se nota. Al menos esta noche.

Ambos se perdieron de nuevo en la negrura total del horizonte, rota sólo, aquí y allí, por alguna lucecita que probablemente en tierra cegara a quien estuviera cerca.

-¿Volvemos? -propuso Pablo. Luis dudó.

-¿No tenemos que decirnos nada más? -Pablo le respondió con una mueca de conformidad.

-Tenemos tiempo, ¿no?

-Pues sí -les costó dejar la barandilla, pero volvieron al pasillo por el que habían salido.

-Intentaré que el Mimosín funcione mejor a partir de ahora.

-Y yo que la lija se convierta en una esponjita.

Ambos le sonrieron al aire.

DÍA 7: I wanna dance with somebody who loves me

-Entonces le dije que ni se le ocurriera acercarse a menos de quinientos metros, y... -Rober llevaba un rato desgranando anécdotas varias y, aunque todos se divertían, finalmente Pablo se animó a cortarle una:

-Pero ¿a quinientos metros de ti, o del perro?

-Del perro, so bobo, ¿para qué de mí?

-Yo qué sé, pedazo de zoofílico. Tus historias nunca tienen ni pies ni cabeza.

-Oye, ¿quieres que la cuente, o no?

-No sé -le echó un vistazo a Luis-: ¿Puedo pedir "*muette*"?

-Oig, qué zorra -se quejó Rober y, como era su uso, hizo caso omiso-. Pues éso, que la cuestión es que al final Turbo dejó preñada a su perra, y el cabrón ganó miles de euros vendiendo cachorros. Y a mí no me cayó ni un céntimo.

-Y que le llamaste Turbo para que te recordara a un tanga, ¿no? -Pablo estaba decididamente de buen humor. Rober le hizo un divertido mohín de asquete.

-Deberías escribir historias -propuso Ibón-. No sé, guiones y teatro y ese tipo de cosas.

-La verdad es que estoy escribiendo microteatros y un par de monólogos. Tengo muchas ganas de hacerlos.

-¿Escribiendo? ¿Con tu vocabulario? -el Mimosín de Pablo por ahora era de marca blanca, pero Rober recibía tantas críticas por motivos tan diferentes que casi la dejó pasar. *Casi*.

-Es curioso. Cuando escribo no se me olvida nada. No voy a decirte que sea Lope de Vega, pero sí que se me da bien. Es sólo cuando hablo contigo que se me olvidan todas las palabras positivas.

-Tengamos la fiesta en paz -pidió Luis, que le intentó atraer hacia su propia calma dejando caer una mano sobre su muslo.

-Perdón -se apresuró a cerrar Rober.

-Perdóname tú -Pablo torció la boca-. Ha sido mi proverbial mala ostia. Tengo que ir acostumbrándome a tratar a la gente como quiero que me traten a mí. Es sólo que nunca pensé que fueras capaz de escribir: es un trabajo que considero complicadísimo.

-Mira, NenaMaría; a mí se me cae un original por la borda en el Mar de los Sargazos y descubro yo sólo a los extraterrestres del Triángulo de las Bermudas -hizo sonreír a todos.

-Y yo no lo dudo -apuntó Pablo-. Seguro que eres capaz de éso y de mucho más.

-¡Vaya! ¡Qué cambio en ti! Qué has tenido, ¿una hipofelación? -ésto en realidad no le hizo gracia a ninguno porque no lo entendieron en absoluto.

-¿Una qué?

-Ya sabes, cuando tienes una revelación de ésas que te cambian la vida.

-Una... -Pablo frunció el entrecejo y consultó a los otros dos con la mirada- ¿epifanía?

-Pues éso -confirmó Rober, tan tranquilo y seguro, provocando las risas de Luis e Ibón-. Y a ver, ¿qué he dicho yo?

-Has dicho hipofe... Bah, da igual, algo físicamente imposible -Pablo dio su brazo a torcer-. Si te estuviéramos oyendo a través de altavoces, hasta distorsionarían por el tamaño de la bestialidad.

-Oye, no te pases ni una décima, que tampoco soy tan burro. No te voy a dar ni una sola oportunidad para que me tomes el pelo.

-Así me gusta, cariño -le apoyó Luis-: duro, inflexible.

-Oye, que duro puede que no, pero flexible, un rato -se levantó y entre mesa y mesa hizo un

puede sin despeinarse; un par de japonesas de la mesa de al lado hasta aplaudieron. Luego le costó algo más volver a ponerse en pie.

-Corporalmente, sí, hermoso -opinó Pablo-. Cerebralmente, la flexibilidad de un adoquín. De hecho, un adoquín tiene los sentimientos más a flor de piel que tú.

-Vale, pero soy un adoquín de fresa.

-Hablo de los de construir calles, melón -Pablo rió un poco por dentro.

-Ah, ¿que hay gente que construye calles de caramelo? ¡Me voy a vivir allí! ¿Oz?

-Lo que yo te diga. No puede ser más bruto -miró a los demás.

-Mira, bonito: los adoquines ésos también pesan kilo y medio, como mi cerebro.

-El aire no pesa tanto -apostilló el otro. Rober frunció los labios para seguirle la broma pesada.

-Un día te voy a responder. Cuando me crezca algo dentro del cráneo.

-Cielo, creo que ese momento ya ha pasado de largo -apuntó un Luis que también se estaba divirtiendo.

-Un día me *vais* a decir una de esas salvajadas sobre mi inteligencia -señaló a todos con un ademán circular- y os voy a responder.

-Dudo mucho que estemos vivos para cuando se te ocurra una respuesta -remató Pablo.

-¿Ves? Por ésto te decía lo de escribir, por tu forma de hablar, tus ocurrencias. Y hasta contagias esa forma de hablar a los demás -Ibón le lanzó una mueca de diversión a Rober-. ¡Eres muy divertido! No dejo de repetirlo desde que te conozco.

-Y yo repito que no lo dudo -coincidió Pablo de nuevo-. Lo que iba a decir antes es que es algo que nunca se me había ocurrido, lo de que escribieras.

-Bueno, tú has sido capaz de escribir un libro de recetas -Luis intentó apoyar a su marido.

-En realidad éso no es escribir. No es más que transcribir datos y órdenes.

-Ordenar, desde luego, se te da bien.

Aunque Rober hablaba en realidad de lo ordenado que era -de esos que tienen los libros y discos en orden alfabético y las copas y vasos separados exactamente los mismos milímetros unos de otros-, a Pablo le sonó a puntilla, pero intentó seguir con su momento zen.

-Es cuestión de trabajo. En el mío hay que saber dirigir a un equipo y sí, desde luego que se me da bien. Si no, habría cerrado el restaurante hace años. En tu trabajo, sin embargo, lo que tienes que saber hacer es fingir y mentir de modo que todo el mundo se crea lo que... -Rober sí que no le entendió, como casi siempre.

-¿Me estás llamando mentiroso? -Luis cerró los ojos y suspiró, pero se relajó un poco con la respuesta de Pablo.

-Por supuesto que no. Es algo que tú mismo me enseñaste hace años a propósito de los actores. Éso, y que no son mejores los que reciben premios.

-Pues claro que no -se defendió Rober, aún molesto sin razón-. La única diferencia es que les han dado un papel más llamativo que al resto. Normalmente, de tullido o algo así.

-Y lo entiendo -prosiguió Pablo-. En mi mundo el motivo de los premios es otro: es más fácil apreciar mi trabajo que el tuyo: para el sabor tenemos un sentido, pero para los sentimientos... Aunque también nos resulta complicado ser candidatos a algunos premios que... -Rober le volvió a cortar; se estaba calentando y Luis ya comprobaba lo difícil que iba a resultar que aquellos dos tuvieran una conversación tranquila y sin insultos de por medio.

-Perdona que te diga, bonito, pero he sido candidato a los Goya dieciocho veces. Lo puedes ver en los listados de la página web.

-¿Candidato? Si, claro, y mi abuela también lo fue, no te jode -Pablo también se estaba calentando; estaba haciendo un esfuerzo que no la parecía recíproco. Y recordaba mucho más de

lo que quería de las antiguas conversaciones sobre cine con su ex.

-¡Venga ya! ¿Tu abuela es actriz y nunca me lo dijiste?

-¡Pues claro que no era actriz! Sólo era la dueña del restaurante, y hace años se rodó en él una escenita de una peli de Alberto..., Alfonso..., bah, da igual. Y como tenía una conversación súper graciosa con el prota, que además improvisó ella, a propósito de la masa madre, ya fue candidata al Goya. Candidata, que no nominada. Vamos, como todos los actores del mundo mundial.

-Pero qué asqueroso eres, tío. A saber la de veces que habrás sido tú candidato a las estrellas Pirelli ésas y no las has ganado -Pablo chasqueó la lengua con algo de cansancio por tener que repetir algo que le había repetido durante años más que por el insulto.

-Pirelli hace calendarios. Las estrellas son Michelin.

-Y encima, pejugueras. ¿Y no se llaman así para hacer juego contigo?

-Éso da igual -los ojos de Pablo se iban convirtiendo poco a poco en brillantes machetes bien afilados-. Para mí la cuestión es tener el restaurante siempre lleno. Soy uno de los mejores chefs de Madrid, y no necesito premios para demostrarlo.

-Ni yo. Tú me has visto actuar muchas veces y sabes que soy tan buen actor como tú cocinero.

-Siempre te lo has tenido muy creído -ambos se estaban embalandando, y sus parejas no sabían cómo meter baza para intentar acabar con aquello.

-Que no haya ganado un Goya o un Max no significa que no sea un actor magnífico.

-Ni que vivas de ello significa que lo seas.

-¿Qué sabrás tú?

-Lo mismo que tú de comidas.

-De comidas sé mucho más que tú, frígida -esta vez tampoco hubo doble sentido pero Pablo, que sentía las miradas de Ibón y Luis clavadas en su mala leche, intentó dárselo.

-Hablo de recetas, salido, no de orgasmos.

-Ah, vale. Pues ahí tienes razón -Rober pareció relajarse ante la posible broma de su ex, pero no-. Éso sí: todo el mundo come y tiene sus gustos. Lo mío es otra cosa.

-Por supuesto. Tu arte es Arte de verdad, con mayúsculas -Pablo le echó bastante grandilocuencia a sus gestos-. Lo mío es lo que hacen todas las marujas todos los días en la cocina. Eres más antiguo que un single de los Pegamoides.

-Oye, a mi diva PP-punkera ni me la toques. ¿Qué sería del Dance español sin ella?

-Ah, ¿que hay Dance español?

-Eso es tan injusto como comparar a Madonna con Lady Gaga -Pablo resopló.

-Madonna se quedó en el Ray of Light -Rober abrió la boca en un gesto pretendidamente desmedido. Luego le puso ojos de Bette Davis.

-Me daría por aludido, pero como no tienes razón, da igual.

-Ya sólo le quedan tres fans -Rober pasó de Davis a Garbo.

-El que tus razones sean las de muchos no significa que sean acertadas.

-Mas que cuando lo son -le cortó Pablo, que volvía a divertirse.

-Uff, cómo me hartas... -Rober miró a los cielos para exclamar:- ¡Drakarys!

-¡Friki! -exclamó el otro.

-Cualquier día de éstos te voy a sorprender y tendrás que comprarte pestañas nuevas. Y que sepas que Madonna no se quedó en el Ray, sino en el Confessions. Además, a ver, ¿quién se sabe el título de un LP de Lady Gaga?

-No sé qué de una monstrea.

-¡Y por fin mentó a su madre! -exclamó un triunfante Rober.

-Madre mía, ¿siempre eres así de bruto? -Ibón en realidad seguía, a pesar de los nervios por si la

conversación se iba de madre, intentando esconder una sonrisa desde hacía un buen rato: le estaba encantando esta vertiente nueva y desconocida de su propio esposo.

-No insistas, tiene la CPU fundida -intentó desengañarle éste, pero Rober no estaba dispuesto a dejarle pronunciar la última palabra.

-No sé de qué coño hablas, pero la tengo más grande que tú.

-¡Y por fin mentó a su rabo! -exclamó un triunfante Pablo.

-Hombre, grande lo tiene -admitió Ibón, que ante la mirada furibunda de su marido tuvo que suavizar-: chico, cuando aparece en la piscina a todo el mundo se le van los ojos...

-¡Dejadme respirar, coño! -se cansó Rober, recordando por qué nunca le había gustado discutir con su ex-. Me robáis el aire más que una canción de Adele.

-Pues háztelo mirar.

-Ya me lo miran muchos.

-Porque es lo único que puedes hacer para disfrazar tu mala ostia, so perverso: airear paquete.

-¡Oye! ¡Que yo tengo carácter, no mala ostia!

-Lo disimulas igual de bien que tus erecciones inesperadas.

-Pues sí, la tengo grande -Rober se echó hacia atrás como si con la postura todos vieran de lo que estaban hablando-. Qué mala es la envidia.

-No sé. No sabría decirte. Y deja ya de repetirle al mundo que te tiene envidia por tu rabo. Los hay mucho más grandes.

-Sí, y mucho más lejos. Y muchos más en internet. Pero que tú hayas podido tener en tu culo, ni uno -la retranca se iba transformando en... ¿definitiva y real mala ostia? Mientras tanto sus respectivos se habían entregado de pleno al partido de tenis verbal, viéndose incapaces de arbitrar de ninguna manera.

-Qué coño importará internet -repuso Pablo, que odiaba la red de redes por el jodido trabajo que le exigía. No: por el dinero que le costaba: el trabajo lo hacían otros.

-Si hubiera tenido internet a los dieciseis habría sido un tío feliz.

-Como si no follaras suficiente sin internet, zorrita.

-No me refiero a éso, cretino. Y no soy tan zorrita como tú te piensas -Rober notó el sulfuro que intentaba salirse por su nariz y decidió cambiar de tercio-. Mira, la semana pasada aprendí en Youtube a hacer huevos escalfados.

-Ah, ¿que había cosas que no sabías hacer con los huevos?

-Tú sabrás. Comerlos los comía de puta madre.

-Madre mía, tú eres tonto, chico.

-Nada mejor en este mundo que ser tonto y guapo, así se triunfa.

-No creo que los que triunfamos seamos precisamente tontos.

-Ya habló la guapa que todo lo sabe.

-¿No sería la “lista”?

-Más quisieras.

Pablo iba a seguir con el tema de los cojones de su ex, pero éste lanzó un dedo al aire haciéndole callar cuando el DJ acabó con la discusión sin saberlo, haciendo sonar lo más hortera y denostado de la historia de la España eurovisiva. Enseguida comenzó a canturrear:

-La chica más loca y más mía. ¿Qué tendrá, que lleva de cabeza al que la ve?

-Cambiándole con su filosofía -apoyó Luis, al que sólo le faltó resoplar de alivio entre frase y frase-. *Made in Spain tatuado en su piel, cien mil watios de sol...*

Cuando Ibón se unió a ellos Pablo tuvo que dar su brazo a torcer.

-Dios santo. De éstos dos me espero cualquier cosa, pero tú, Luis... ¡eres músico!

-¡Made in Spain! -Luis se levantó y ofreció su mano a Rober, que la cogió encantado con el gesto más *principessa* que le salió. Entraron al salón, donde había un buen número de gente bailando y se lanzaron a bailar una versión del todo payasa que podría haber perpetrado cualquier anciano apoyado en su tacatata en un hotel de Matalascañas.

-¡La juventud baila! -exclamó el actor.

-Madre mía, ¿te acuerdas de "Aplauso"! -gritó el músico.

-¿De qué?

-¡Déjalo! Te iba a hablar de Fradejas y Silvia Tortosa, pero lo mismo se te funde la neurona que te queda.

Mientras ellos se regalaban flores orales, Pablo dejó que su cuerpo se escurriera en el asiento y soltó un largo quejido de relax. Luego miró a su chico, que sonreía observando a toda aquella gente a la vez que canturreaba la canción aún sin saberse la letra. Pensó en que lo más probable sería que el Mimosín funcionara, aunque fuera discretamente y la lija siguiera lijando, pero se olvidó de Rober cuando Ibón le echó una mirada resplandeciente: estaba dispuesto a seguir divirtiéndose y de hecho, a pesar del mal momento ya pasado, lo estaba haciendo. El hombre serpenteó con el cuello para invitarle a bailar, y Pablo no tuvo más remedio que confirmar con los ojos en blanco y acompañarle a la pista, donde su marido le abrazó para terminar la canción como si bailaran el más romántico de los boleros. De hecho, la siguiente canción, que ninguno de los dos conocía pero que era una preciosa balada destrozada por un chirriante neerlandés, hizo que se quedaran en la misma postura, abrazados por las cinturas de la única forma en que a Ibón no le dolía la muñeca vendada, con las caras y los torsos pegados a pesar de la diferencia de estatura.

En escaso minuto y medio Luis y Rober sudaban como si hubieran hecho una hora de gimnasio, de modo que se dirigieron de nuevo a su mesa en la terraza. Rober se paró a medio camino y siguió moviéndose al ritmo de lo que fuera aquella cosa horrible cantada en ese idioma crujiente. Observó a la otra parejita durante unos segundos mientras Luis le esperaba, agarrando su mano.

-Aún no entiendo muy bien por qué, pero me alegro por ellos.

-Ya te he dicho muchas veces que eres un buen tío y una de las cosas que hacen los buenos tíos es alegrarse por los suyos.

-Ya. Pero es que éstos dos no son precisamente "los míos" -de camino a la mesa Luis intentó llamar la atención de algún camarero.

-No lo son porque tú te has convencido a ti mismo de que no pueden serlo. Pero todo lo que pasara es prehistoria, amor. Está más pasado que una canción de Karina.

-Perdona, pero a Karina la ha versionado Alaska. Sus canciones no están pasadas: son clásicos.

-Ya. Y ahora va a resultar que Alaska es el colmo de la posmodernia. Además, ¿a quién no ha versionado Alaska? -Rober torció algo los morros.

-Vale, acepto pulpo como animal de compañía. Pero Karina es un clásico. Ya has visto hace un rato cómo le molaba a la gente cuando han pinchado "En un mundo nuevo".

-Por dios, cariño: "En un mundo nuevo" no se pincha...

-Whatever... vamos a sentarnos, que estoy sudando como un cerdo.

-Si es que ya no tienes edad para andar de SuperMartxés.

-Ugh, SuperMartxé, qué cosa tan hetero.

-¿Tú en qué Ibiza has estado?

Luis se agarró al primer salvavidas que pasó flotando por aquel mar de Robertismo: por fin un camarero, que ahora andaban todos como pollo sin cabeza. Pidió otra ronda de todo y le dio su número de mesa.

-¿De verdad no nos van a cobrar por todo ésto?

-¿Y qué más te da ahora? Te quiero, así que gasto mi dinero en ti.

-Nene, cuando el amor entra por la puerta, el dinero sale por la ventana. A espuertas.

-Cariño, es al revés. Cuando el dinero entra por... -Rober le cortó con un pico.

-Ay, pobre. Y que lo digas precisamente tú.

-¿Yo?

-Amor, no sé cuánto te has gastado en este crucero, pero con la próxima copa que me tome gratis batiré el record de la naviera.

-Da igual. A nosotros seguro que no nos las van a cobrar. A ellos no lo sé.

-Boh, con lo pijo que es Guti... -se corrigió a sí mismo- perdón, *Pablo*, seguro que su “Todo incluido” incluye más que ningún otro.

-Amor... -Luis quiso aprovechar el momento “a solas” y la mención a Pablo-, me gustaría que te relajaras... en cuanto a Pablo, por lo menos.

-¿Relajarme? Estoy relajado -se defendió, lanzándole su más inquisitiva mirada, pero su gesto se fue suavizando poco a poco, según Luis le hacía entender sin palabras-. ¿No?

-No, nene. No estás nada relajado. Estás entre a la defensiva con todo lo que dice y al ataque en cuanto puedes -Rober frunció los labios y los trasladó casi hasta una oreja. Luego alzó las cejas hasta que cuatro profundas arrugas cruzaron su frente. Esas cuatro putas arrugas que intentaba asesinar ahogándolas en cremas.

-Ya me relajaba todo lo que podía cuando follábamos -Luis alzó una ceja y el otro se terminó de explicar-: Ahí donde le ves es activísimo. Y sabía usar muy bien el zupo.

--Venga ya. ¿Activo? -Luis decidió pasar por alto una posible comparación.

-Qué, ¿que lo del zupo no te preocupa?

-Me preocupa mucho más que a mí no me dejes metértela más que en fiestas de guardar. Y no te vayas del tema -usó tono de profesor-: que te comportes, coño.

-Jo. Si es que no sé comportarme de otra manera.

-No sabes comportarte de otra manera... *con él*. Cuando quieres bien que eres un muñequito, pero con él no quieres. Como si aún no te hubieras vengado lo suficiente, o algo así.

-¡Yo no quiero vengarme! Quiero... eh... -se mordió el labio y fue bajando la cabeza hasta el nivel vergonzante suficiente; tanto, que hasta dejó de bailar-. Ya, sí: quiero darle por culillo todo lo que pueda -en medio segundo se le borró el posible pudor-. ¡Pero es que no sé cómo hablarle!

-Pues chiqui, como a todo el mundo, o como le hablabas antes.

-Ya, claro. Me vas a decir que tú le estás hablando a Ibón como le hablabas antes.

-A ver, hasta el... *momento*, sí; hasta la ostia, vamos. Ahora es un poco complicado porque he estado a punto de romperle la tocha -mostró la mano, como si Rober necesitara que se lo recordaran. Éste sonó bastante infantil pero, en el fondo, sincero.

-Vale, intentaré ser bueno.

-En tu boca éso suena hasta estrambótico. Por no decir estroboscópico, kaleidoscópico, simplemente llamativo.

-Oye, que te he visto intentar el "I will always love you" con base de batucada.

-Éso fue... experimental -se quejó Luis-. Y no me negarás que también fue colorista y divertido.

-Ya. Y yo soy extrañis... cópico, de éso -Luis sonrió y le acarició una mejilla.

-Cariño, tú eres la bomba, pero no te lo digo más a menudo porque estallarías de gozo. Y de egolatría.

-Lo estás arreglando.

-Bueno, a mí me da igual. Además, te encantó Whitney Houston a la brasileña. La bailabas como

las locas -Rober también sonrió.

-Me enrollé contigo porque siempre he sido un megalomaniaco -a Luis se le escapó una risita.

-Estoy casi seguro de que quieres decir "melómano".

-Quiero decir lo que me sale de la polla, pero me coartas, jolines -empezó a responder como una metralleta descontrolada...-. Con lo bien que me sienta tener a Gu...Pablo como diana para... -no terminó al ver a *Los Otros* acercarse. Volvió a tironear del brazo de Luis para acercarse a la mesa-. Ahí vienen.

Luis echó un veloz vistazo y, sin saber por qué lo hacía, se abalanzó sobre su marido y le comió los morros como si quisiera robarle la fuerza vital. Rober respondió con toda la pasión que le permitía el bigotazo y cuando Luis le dejó respirar sintió un ligero pero delicioso mareo.

-¡Buscaos un hotel! -berreó Ibón, dejándose caer en su asiento y secándose toda la calva con la palma de una de sus enormes manos.

-Ya estamos en uno, enorme y flotante -apuntó Pablo-. De hecho, creo que deberíamos aprovecharlo aún más, ¿no te parece?

-¿Más? Pues sólo se me ocurre que vayamos a... -Pablo le cortó apoyándole la mano demasiado arriba en el muslo. Tan arriba que pudo acariciarle el capullo a través del pantaloncillo. Ibón soltó un quejido y tragó saliva mientras se le dibujaba una incontrolable sonrisa nerviosa-. ¡Ah! Oh... ya, sí.

-Si esperáis unos minutitos os podéis llevar una bebida nueva y fresquita -ofreció Luis-. Acabo de pedir otra ronda.

-Pues sí que creo que me vendrá bien algo más de alcohol -Pablo le sugirió algo más de espera a Ibón frotando un dedo contra aquello, que ya empezaba a mudarse hacia una ingle.

-Ehm... sip, creo que yo también necesito que... o sea, un... -el pobre hombre abrió muchísimo los ojos para pedirle a su chico que se estuviera quietecito, y al final tuvo que agarrarle la mano y dejar caer ambas sobre su muslo, aunque Pablo siguió peleándose por jugar con el capullo de su marido, en la mejor acepción, creía que de forma discreta. Rober y Luis se miraron, divertidos y con un ligero azoramiento, pero no como el del hombretón-: ...bueno, que éso, que sí, claro.

-Sí, claro. No vas a salir ahora mismo con todo éso apuntando al norte -pensó Rober en voz alta; Ibón hizo una mueca de circunstancias y le volvió a dedicar a su marido dos metros cuadrados de ojos inculpatorios, pero los otros tres ya reían.

-Dejadme en paz. Vaya nohecita me estáis dando. Os voy a cobrar por el espectáculo.

-Calla, calla... ¡no queremos ese espectáculo! -rió Luis.

-¡Buscaos un hotel! -berreó Rober.

-Me caéis bien, no lo estropeéis hablando.

En estas estaban cuando la ronda nueva de bebidas de colores llegó.

-Un brindis -propuso Rober, y se levantaron para chocar sus copas; todos, menos Ibón-. Por la calva más brillante y vistosa del Mediterráneo: ¡el glande de Ibón!

-¡Por la calva! -gritaron Luis y Pablo, tapando el avergonzado *mecagüentupadre* de Ibón.

Luis tenía el momento casi medido. Rober había perdido la costumbre de beber mucho alcohol, de modo que casi siempre reaccionaba de la misma forma en cuanto se tomaba una segunda copa.

-Empieza a hablar de forma inconexa -le susurró a Pablo mientras sus maridos hablaban de pelis-. Me lo llevo a que duerma la mona.

-¿Hay alguna vez en que no hable de forma inconexa? -Pablo lo dijo con una medio sonrisa.

-Tú sabrás. Estuviste con él más tiempo que yo.

-Y tú aún le soportas, se supone que éso es bueno.

-Le soporto, le aguanto, le tolero y le lo-que-haga-falta -Luis se molestó un poco por la apreciación nada apreciativa-. Nunca nadie me había querido como lo hace él, y eso hace que yo le quiera como nunca había querido a nadie. Así que sí, le aguanto lo que sea necesario. Y espero aguantarle hasta que esté completamente inaguantable, en el asilo donde vayamos a morirnos juntos.

Se explicó sin dudar, aunque Pablo realmente no había querido dar ese tono a la conversación.

-Vale, vale. Me alegro por ti -quiso sonar ahora algo inocente, pero luego le salió el Guti que llevaba dentro-: pero no me das ninguna envidia.

-Lo sé. Probablemente porque tú sólo te quieres a ti mismo -le aplastó Luis, que se dio la vuelta para llamar la atención de Rober. De cualquier forma, Pablo no había recuperado la confianza suficiente en sí mismo como para responder lo que habría querido-. Cariño, ¿nos vamos? -ordenó Luis a la gallega.

-¡Joooo! -se quejó Rober-. ¡Otra!

-Nene, ya hemos bebido bastante.

-¡Otra canción, digo, tonto! ¡Un último baile por esta noche! -Luis torció el morro, pero salió a bailar con su chico dejando a Pablo algo descolocado.

-Ahora mismo soy tan feliz que podría estallar -le dijo Rober al cuello de su marido.

-Espera al menos que lleguemos al camarote. No creo que la gente normal esté preparada para tus explosiones de felicidad, amorcete.

-Pues deberían. ¿Hay algo más bonito?

-Yo no lo calificaría de "bonito", precisamente.

-Je, je, je, guarrete..., tú no estás hablando de explosiones de felicidad, estás hablando de mis chorros de...

-¡Yep! -le cortó Luis, rápido-. Luego me lo cuentas, que aquí te oye todo el comedor.

-Pues que me oigan. Y que se jodan si les pica.

El baile hizo que Rober se despertara más de lo que Luis esperaba, así que cuando pidió que se quedaran un rato más no pudo negárselo. De hecho, el resto de la velada transcurrió sin más incidentes, salvo para el pobre Ibón. Su marido decidió que seguiría tocándole aquello hasta irse al camarote. Rober y Luis salían a bailar unos minutos, volvían, iban y venían a mear, a pedir bebidas en la barra. Ellos no se movieron de la mesa. En el peor momento de la noche -los cuatro volvían a estar en la mesa de animada charla, ya de madrugada-, Ibón cerró un momento los ojos, se llevó un puño a la boca, estiró la espalda, tembló un poco y se aclaró la garganta. Eso fue todo.

Después de muchas más horas de las que ninguno de los cuatro esperaba, y ya por los pasillos, caminaba en un inusitado silencio, dando vueltas al comportamiento inexplicable de Pablo.

-Si no fuera porque te conozco, pensaría que estás a punto de echarse a llorar -dijo éste ante la puerta del camarote. Ibón le miró y se puso rojo como un pimiento. Tanto que casi se le saltaron las lágrimas de verdad.

-Me he corrido.

-¿Qué?

-Que me he corrido, en la mesa. Llevo el slip chorreando -Pablo sonrió divertido mientras abría la puerta-. Y todavía tengo que dar gracias a que hoy me he puesto ropa interior para sujetar mejor la venda del quiste.

-Bueno, pues ya sé qué hacer para que la próxima reunión de vecinos resulte interesante.

-Eres un cabrón -le dirigió un gesto de cabreo infantil-. Pero dios, qué cachondo me ha puesto todo. Sobre todo que éstos supieran lo que estabas haciendo. He hecho todo lo posible para que

no se dieran cuenta de que.. bueno, que me corría, pero no sé si lo he conseguido.

-Sinceramente, niño, me da igual. Es más: me encantaría saber que se han dado cuenta.

Las dos parejas follaron como hacía tiempo que no lo hacían. En el caso de Pablo e Ibón, tal cual: hacía meses que Pablo no demostraba tal pasión y tantas ganas. Su chico, que ya venía como un mulo de la cena incluso después de la inesperada corrida, llegó incluso a preguntarle entre el primer y el segundo polvo si había tomado algo. “A ti”, le respondió el cocinero, “te como entero y crudo y aún me quedo con ganas de más”. Ibón se derritió y se dejó hacer de todo, sin saber que Pablo llevaba dos días tomando sólo el Triptófano y la Taurina.

Luis y Rober hicieron el amor. Simplemente. Cuando iban a apagar la luz Rober inició uno de sus rituales nocturnos: buscar en la web de la RAE el significado de todas las palabras nuevas para él que recordaba haber oído a lo largo del día. Se afanó en ello durante unos minutos, pero el alcohol al que ya no estaba acostumbrado le empujó rápido a los brazos de Morfeo. De todas formas cuando se ponía con aquel trabajo casi nunca era capaz de escribir todos esos palabros tal cual.

Cuando sus respectivos ya dormitaban tanto Luis como Pablo pensaron en lo mismo: el Mimosín y la lija.

Podía terminar funcionando.

Luis abrió un ojo a medias y luego la boca todo lo que le daba la mandíbula. El bostezo se debió oír en Pernambuco. Maldijo su estampa porque le dolía el dedo y se dio la vuelta en la cama para encontrar que Rober ya se había levantado.

-Amor... -gimió, esperando que estuviera tomando el sol en la terraza del camarote, pero no hubo respuesta. Supuso que su amor habría salido a hacer ejercicio o a la piscina. O mucho más probable: a fundirse dos o tres cruasanes. Cogió dos ibuprofenos de un cajoncito de la mesilla de noche, “uno para el dedo y otro para la cabeza”, se dijo a sí mismo, y se levantó con toda la desgana del mundo. Junto a una botella de agua encontró una nota: *“estoy nadando, te espero para desayunar”*.

Usó el agua para tragarse las pastillas, que pasaron por su garganta como si fueran dos adoquines zaragozanos de esos que habían mentado por la noche, sólo que forrados de Nanas y bañados en amoniaco, y aún con más desgana se puso el bañador y una panadera del Rastro y cogió una toalla para salir. No se dio cuenta de lo que hacía cuando se la llevó a la cara y la olió: la crema solar de Rober. Le hizo sentirse tan bien por un momento que prefirió sentarse en la cama y seguir olisqueándola durante un rato. Al final la colocó encima de la almohada y se dejó escurrir por el colchón; no había ninguna prisa.

Rober había perdido la cuenta de los largos que había hecho, como siempre, pero sí sabía que llevaba más de treinta, así que se dispuso a salir. Al llegar a la pared del fondo sacó un brazo y su mano cayó de lleno sobre un pie. La apartó como si el pie le hubiera mordido y sacó la cabeza para comprobar que aquella enormidad que había asido como si le fuera la vida en ello era de Ginés.

-¡Buenos días! -saludó el muchacho, con una sonrisa envidiable para aquellas horas.

-Buenos -respondió Rober mientras parpadeaba mil veces.

-Ahora me toca a mí -dijo Ginés, y se tiró al agua de cabeza.

-Me alegro -le dijo al aire, y salió del agua a fuerza para quedarse sentado en el borde. Al poco Zoca se sentó junto a él.

-Buenos días -saludó el hombre. Rober respondió con un “huh” o algo igual de interesante-. ¿Qué tal la fiesta de anoche? Porque a nosotros nos fue de pena.

-Ehm... muy bien, muy bien. Divertida. Hasta bailamos y todo.

-Vaya. Qué curioso. Maricas bailando en una fiesta -Rober le miró bastante torcido, pero se calló su opinión-. Pues resultó que nuestro posible bicurioso ni es bi ni curioso ni nada, así que nos fuimos a la cama igual de virginales que habíamos salido de ella.

A aquello sí que no se pudo resistir.

-Vosotros dos sois tan virginales como si trabajárais en la Colonia Marconi.

-¿Y qué quieres que le hagamos si estamos buenorros y tenemos ganas?

-Pues también es verdad -Rober puso una mano frente a sí para tapar el sol y poder mirarle-. Perdona, no quería insultaros. Me he levantado de mal yogur.

-Hablando de tener ganas... ¿Tú no tendrás ganas? -Rober abrió los ojos tanto como el sol le permitió y obligó al otro a explicarse-. El niño me tiene a dos velas, con éso de que los dos somos activos. ¿Tú no serás pasivo?

Rober quiso abrir más los ojos, pero la luminosidad matinal le hizo lagrimear y los cerró para estrujárselos con los dedos. Se preguntó si el hombre le estaba ofreciendo echar un polvo en serio o si él estaba perdiendo su sentido del humor. Al fin pudo centrarse en Zoca de nuevo. El hombre le devolvió una mirada limpia con esos ojos preciosos y esa cara guapa y ese cuerpo de empotrador madurito de Hollywood. Volvió a parpadear para quitarse ideas sucias de la mente.

-¿No se suponía que los dos le dais a todo? Lo del flis-flas y éso que contásteis el otro día.

-Pura publicidad. Así se liga más.

Rober le siguió mirando como si le hubiera hablado la Bestia. Pero no se sintió Bella, así que prefirió cambiar de tercio.

-¿Cómo puede ser que por la noche sudemos la gota gorda y a pleno día me esté quedando congelado? -Zoca hizo una mueca adorable ante el cambio de tema. Tan adorable que Rober prefirió mirar a otro lado. Para ser exactos, se centró en Ginés, que en aquel momento se alejaba de ellos nadando a mariposa con un estilo inmejorable, mostrando cada vez que salía del agua una espalda tremenda y un culazo aún mejor. Arrugó los labios y volvió a frotarse los ojos.

-Estamos en bañador, a la sombra, son poco más de las nueve de la mañana, ya es octubre, hace un viento de la leche y además tú estás mojado -fue la concienzuda respuesta de Zoca. Rober obvió el posible juego de palabras húmedas.

-Pues vaya mierda. Tanto con los cruceros, y al final se está mucho mejor en Canarias -Rober intentó centrarse en cualquier cosa que no le hiciera pensar en aquellos dos en la cama con él en medio.

-Bah, las Canarias están sobrevaloradas: el viento hace que la calima te atravesase la piel.

-Ya, pero siempre hace calorcito. Mola.

-Bueno, sí. Y no hablemos de lo fácil que es echar un buen polvo allí -Rober estuvo a punto de maldecirle en alto.

-Y dale, qué manía. ¡Ya te he dicho que yo sólo follo con mi marido!

-No me lo has dicho, pero ya lo intuía. Además, ¿qué, que los demás no podemos intentar cubrir nuestras necesidades?

Zoca se medio tumbó a su lado, apoyándose en un codo y mostrando una ristra de abdominales perfecta y un pecho en el que podría echarse una siesta el troll del meadero de Hogwarts. Rober también advirtió que el bañador del hombre era demasiado escueto para aquella postura. Quizá no le igualara en el departamento que preocupa a todos los hombres, pero debía estar cerca.

Hizo un esfuerzo para levantarse.

-Sí, claro que sí. Cualquiera con ese cuerpo tuyo debe tener incluso más necesidades de lo normal. Pero a mí déjame en paz: soy una mujer casada.

-Si fueras una mujer te estaría contando chistes, no pidiéndote que follaras conmigo.

Rober ya se había alejado unos pasos, de modo que se dio la vuelta para responder, más que nada porque a Zoca parecía no preocuparle el volumen que había usado. El hombre seguía tumbado de lado, codo en tierra y cabeza apoyada en la mano, una pierna doblada sobre la otra. Una de esas posturas en que a cualquier hombre de esa edad se le ve el michelín que oculta la ropa, el pectoral que ya no se aguanta sin endurecerlo a propósito. Pero no: todo en su sitio, coronado por unos preciosos pezones, por fortuna relajados.

-Qué poco sabes de mujeres -fue lo único que se le ocurrió antes de darse la vuelta y buscar la mesa donde había dejado su toalla y su mariconera con las sanas intenciones de tomarse un café y huir de aquellos dos. O incluso huir sin café. Rezó para que Luis apareciera cuanto antes. O para que el otro le dejara en paz. Zoca le siguió, sin perder su inmensa sonrisa.

-Perdóname -se autoinvitó a sentarse junto a Rober-. Siempre pienso que todos los tíos tenemos ganas de sexo en cualquier momento y con cualquier persona.

-Por supuesto. Pero los valores de algunos ganan a su testosterona.

-Te sorprendería saber hasta qué niveles puede llegar la testosterona de algunos cuando la necesidad aprieta.

-En vuestro caso no lo dudo, pero mi chico y yo somos fieles. Supongo que desde tu punto de vista es como decir que somos tontos, pero bueno.

-¡En absoluto! Yo también lo fui en su momento. Fiel, quiero decir, no tonto -su sonrisa se amplió ante su autoaclaración-. Todos tenemos nuestros momentos. La cuestión es que ahora no estoy en ése.

-Ya, me doy cuenta. Y no eres el único.

-Desde luego que no.

-¿Es algo que os dan las pesas? Como yo al gim voy a hacer cardio no sé si es que...

-No tiene nada que ver -le cortó Zoca-. Mira a Ibón: ha sido el tío más fiel del mundo hasta que él y Pablo abrieron la pareja.

-Ya. No me hables de Ibón -Rober hizo un gracioso mohín.

-Tampoco es el único, que Pablo bien que le da cuando quiere -Rober volvió a hacer otra mueca, esta vez de incredulidad total.

-Qué va -su cara dijo todo lo que opinaba de su ex-. ¿Pablo? Ni de coña. Ni pareja abierta ni ostias.

-Ahá. Pues con nosotros la otra noche el tío soltó leche pa tres colacaos -Rober volvió a abrir los ojos de forma desmesurada.

-No te creo -Zoca confirmó con una ceja algo vanidosa-. ¿Pablo, con...?

-No tiene nada de malo ni de inimaginable. Son pareja abierta, y ambos ejercen -Rober no daba crédito.

-Qué... cabrón -fue lo único que se le ocurrió antes de que Zoca levantara un brazo para llamar la atención de Ginés, que le buscaba desde el borde de la piscina; el muchacho se dirigió hacia ellos con unos pasos curiosamente felinos para un hombre tan alto y que debería ser más desgarrado. A Rober le pareció que le apuntaba directamente a la cara con los pezones, éstos sí que endurecidos por el agua y el aire.

-¿Habéis pedido? Necesito un litro de algo.

-Nop. Y nosotros también morimos de sed -apuntó Zoca-. Y de hambre.

-No, yo no tengo hambre -Rober se miró los pies por mirar algo que nunca le excitaría.

-Ah, ¿no? Pues se la acabas de comer a éste con los ojos... -Zoca le guiñó un ojo.

-Pero qué par de ostias tenéis -apreció Rober.

-No se lo digas dos veces, que le va el rollo fuertecito -informó Ginés.

-Bueno, ya vale -se quejó Rober-. No voy a follar con vosotros, coño, por mucho que hagáis que se me caiga la baba. Para éso estáis, para que el resto del mundo os admire y se pueda hacer una buena paja pensando en vuestros culos.

El camarero de la terraza, que se acercaba de motu propio para tomarles la comanda tardó exactamente siete décimas de segundo en pararse en seco al oír aquello, morderse el labio mirando al suelo y seguir su camino hacia otra mesa.

-Vaya, también es activo... -apuntó Ginés-. ¿Se han quedado en tierra todos los pasivos?

Zoca le hizo una mueca y le pidió que fuera a la barra a pedir cafés para los tres. Los dos maduritos le observaron alejarse con aquellos pasos de tigre en celo y tirando de la goma del bañador para intentar colocar dentro toda aquella perfección trasera que luchaba por dejarse ver.

-¿De verdad siempre sois así?

-¿Así de zorras? Pues sí.

-No, así de zorras no. Así de directos. Creo que nunca he hablado con nadie tan jodidamente descarado. ¿No os da miedo dar con alguien que os parta la dentadura postiza, o algo?

-Bah, para nada. Sabemos bien a quién le ofrecemos qué -y sonrió enormemente-: y todos mis dientes siguen siendo los originales.

-Pues conmigo no habéis acertado.

-En cuanto al polvo puede que no, pero en cuanto a poder hablar contigo..., sin problemas, ¿no? Considéralo como pasar un buen rato y conocer mundo -Rober alzó una ceja que despejó la duda del otro-. Y también como un buen piropo. Al fin y al cabo somos dos tíos guapos ofreciéndote sexo fácil.

-Os debe resultar jodido que alguien os rechace, ¿no?

-En absoluto; te sorprendería saber la cantidad de tíos que no quieren simplemente echar un polvo.

-O que queremos echarlo sólo con nuestras parejas -el otro esperó; sabía que había algo más-. Porque no sé por qué me da a mí que a vosotros lo que os mola es montároslo con gente que tiene pareja, ¿no? O con la pareja entera, vamos.

A Zoca se le escapó una medio sonrisilla, mostrando de nuevo esa dentadura perfecta que no tenía nada de postiza, pero sí una cantidad carísima de trabajos bien terminados por uno de los mejores odontólogos de Madrid para que todo estuviera bien blanco y colocado en su sitio.

-Pero qué listo eres -Rober le devolvió el mohín.

-Tengo un máster en Putiferio por la Universidad de Wisconsin.

-¡Anda, qué casualidad! -Ginés les sorprendió; no se habían dado cuenta de que volvía-. Yo pasé un curso entero en Milwaukee. De intercambio. Uff, lo bien que se folla con aquellos palurdos. Les ves desde fuera tan machorros, tan viriles, tan granjeros ellos y luego resulta que se les abre el culito en cuanto le das al botón correcto.

-Americano-hu oh-hos, movies and heroes, in the land of the free you can be what you wanna be- i hii... -canturreó Zoca-. Y lo burro que me ponen cuando te berrean lo de "Fuck me harder, fuck me!" -rió su propia ocurrencia mientras Ginés se despanzurraba en la tumbona que había frente a Rober.

-Así se te ve un huevo -Rober incluso señaló a la entrepierna del muchacho con el mentón.

-Tampoco llamo tanto la atención. No estoy tan buenorro.

-No -corrigió Rober-. Que *se te ve un huevo*. Y bonito, no tienes por qué insultar a la gente con semejante visión.

-Perdona, bonita, pero mis huevos son obras de arte -respondió Ginés sin mostrar interés alguno

por colocarse nada en su sitio.

-Si. Ya lo veo. Tallas únicas. Y los pelárganos, impagables.

-Estamos de vacaciones, no hace falta depilarse nada. ¡Por fin!

Rober puso los ojos en blanco y estuvo a punto de huir de nuevo, pero en ese momento apareció Luis en lo alto de la escalera de la piscina.

-¡Niño! -berreó Rober, poniéndose en pie de repente y moviendo los brazos como si se estuviera ahogando justo encima de la Fosa de las Marianas. Luis sonrió un poco y se dirigió hacia ellos.

-Buenos días, amor -le abrazó y le besó dulcecito. Cerró los ojos de manera que Rober se diera cuenta de que ese no iba a ser su mejor día. De ninguno de los dos, de hecho-. Me arrancaría la cabeza. ¿Y tú? Creo que anoche bebimos demasiado.

-Ya, no lo digas tan alto -exageró Rober-. Se me ha quitado un poco la resaca en la piscina fresquita, pero aún me pesa el cabezón -ninguno de los dos hizo ningún juego de palabras con el apellido: ya los habían agotado todos.

-Hola, chicos -saludó Luis a los otros dos, que sonrieron y saludaron con las manos. Estaba tan atolondrado que ni siquiera pensó en lo raro que era que aquellos tres estuvieran juntos-. ¿Has comido algo?

-No -mintió Rober; era lo primero que había hecho al llegar al bar de la piscina-. Acabamos de pedir unos cafés, pero voy y te pido un cruasán a la plancha, ¿vale?

-Déjalo, se lo pedimos al camarero cuando venga.

-De éso nada -se apresuró Rober, dándole otro besito y dirigiéndose después a la barra.

-Qué suerte tienes -Luis le alzó una ceja de incompreensión a Zoca-. Tienes un pedazo de hombre... *para ti solito*.

La retranca de Zoca, muy a pesar de la espesura en que flotaba, sí que la entendió a la primera.

-Si le habéis ofrecido sexo lo más probable es que se haya empalmado incontrolablemente y que después os haya mandado a la mierda sin ninguna delicadeza.

-Bueno, no nos ha mandado a la mierda, pero casi. Y no te preocupes más de la cuenta: ni siquiera se ha empalmado. Lo único que me ha respondido es que nunca había encontrado a nadie que plantee las cosas con tanta... naturalidad, pero desde luego él tampoco se corta al decir lo que quiere decir.

Luis se lo pensó dos veces antes de responder.

-Desde luego, tengo suerte. Y por todo. No es sólo que sea tan guapo y que tenga ese cuerpo. Es que es una delicia de hombre. En realidad me da mil vueltas en casi todo -Zoca arrugó la frente.

-¿Éso significa que tú sí que follarías con nosotros? -a Luis se le abrieron todos los orificios de la cara. Sí que eran claritos, sí. Afortunadamente, su marido le salvó de tener que soltar una larga ristra de insultos y reprimendas. Con alzar una ceja y un ligero gesto de labios fue suficiente. Pero no para Zoca, que esperó a que Rober se sentara para reatacar-. Pues vaya; tu marido tampoco folla.

Rober estiró el cuello como un avestruz que ve a un león en la lejanía.

-No te puedo creer -miró a Luis, que confirmó con un ligero movimiento de cabeza-. ¿En serio también se lo has ofrecido? ¿Pero tú estás mal de la cabeza, o qué?

-De la de abajo. Ya te he dicho antes que no mojo lo suficiente. Pensaba que este crucero iba a ser más... *festivo*. Pero no.

-Chaval, tú no eres más tonto porque naciste por la noche y ya habían repartido toda la tontería del día. No creo que... -a Rober le volvió a salvar de la debacle expresiva otra aparición-. ¡Alberto! -gritó de repente. Todos miraron en la dirección del saludo. Ginés soltó un “uff” tan expresivo que Rober no tuvo más remedio que fundirle de un vistazo.

-Ni se te ocurra, zorra barata -le escupió en voz baja, y volvió a sonreír a la parejita que se acercaba, ambos con sus bañadores estampados largos y sus camisas hawaianas abiertas.

-Joer, cómo se pone -susurró Ginés-. Ni que le fuéramos a quitar el pan de la boca -Zoca le dio la razón con una ceja.

Sin oír aquello, Rober se había acercado a los dos jóvenes. Todos vistieron una enorme sonrisa para la ocasión, y Rober notó que Alberto le abrazaba con unas ganas inusitadas. Le devolvió el abrazo y sintió el calorcillo que mucha gente nota sólo al abrazar a alguien a quien quieres.

-Chicos, éstos son Zoca... y Ginés -señaló a ambos, y luego a los nuevos-. Alberto y Yujenson.

-¿Yuqué? -preguntó un indiscreto Ginés-. ¿Como la actriz, la Scarlett?

El novio de Alberto se escasquetó su sonrisa de desgranar árboles genealógicos y lo explicó con un acento encantadoramente vallecano.

-Soy cubano. Allá siempre te plantan un “Yu” delante de algo, y en mi caso ese algo era “handsome” porque mamá pensó que le había salido un bebé muy guapo.

-¡Y tanto! -le felicitó Zoca, echándole una mirada hambrienta a Alberto-. Aunque en esta ocasión el español es tan guapo como el cubano, que mira que éso es raro.

Rober volvió a poner los ojos en blanco y esperó que aquel comentario no se extendiera y no fuera más que el “típico” en una presentación. Zoca estuvo de acuerdo con él: realmente no quería incomodar a nadie, por mucho que se hubiera ofrecido hasta al capitán del barco. Literalmente.

Las presentaciones coincidieron con la llegada del desayuno, de modo que Alberto y su chico aprovecharon para pedir uno para ellos, en cantidad suficiente para seis personas de tamaño normal.

-¿Qué tal os está yendo el viaje? -quiso saber Rober, no para salir de la conversación en que habían estado, sino por interés real.

-Bien -aprobó Alberto-. La verdad es que lo que más estamos haciendo es tirarnos a tomar el sol como lagartijas y pegarnos palizones turisteros.

-Está aburrido como nunca -se quejó Yujenson; los otros no supieron si se refería a su pareja o a que hacían el mismo crucero dos veces al año-. Pero qué demonios, hemos venido aquí para descansar. Anoche estuvimos a punto de ir a una fiesta que había en...

-¿La de Eurovisión? -se adelantó Rober-. Allí estuvimos nosotros.

-Ésa. Pero sólo pensar en bailar ya nos hacía sudar. Qué va. Cenamos en la terraza del camarote y a la cama. No esperábamos que fuera a hacer este calor. Y también estamos muy vagos.

-Bueno, él está muy vago -aclaró Alberto, provocando que su chico le pusiera morritos-. Yo me he traído un guión y me paso las horas estudiando.

-¿Otro guión? ¡Pero si acaba de terminar el rodaje de Netflix! ¿no? -Rober no quiso sonar envidioso-. Qué suerte tienes, condenao.

-Bueno, ya sabes que me lo curro -le guiñó un ojo.

-Lo sé, ya lo sé -le hizo una mueca algo avergonzado-. Y hay que agarrarse a los buenos tiempos como a teta de madre.

-La verdad es que necesitaba estas vacaciones. Va a ser cojonudo. Un rodaje largo -se acercó un poco a Rober, en plan confidencias-. Y te llamarán, probablemente para primavera. Hay un personaje que sólo puedes hacer tú, y bastante más interesante que el último.

Rober abrió los ojos un poco demasiado para su gusto. Miró a Luis, que aparentaba estar encantado. Siempre que podía Alberto metía a Rober allá donde trabajara. Por supuesto que a él le encantaría poder corresponderle de la misma forma, pero su nombre aún no pesaba tanto. El de Alberto sí. Quiso liarse a preguntarle, pero no era el momento, ni quería dar una impresión

equivocada a Zoca y Ginés.

-Dios, ya me dirás.

-Ya te dirá Ferrán -Ferrán era el agente de ambos-. No te dije nada el otro día porque no tuvimos tiempo. El caso es que si no te ha llamado aún estará a punto de hacerlo, porque a mí me lo confirmaron el viernes. De todas formas luego quedamos y te lo cuento todo con pelos y señales.

-Te como la cara -el segundo guiño de Alberto le pasó inadvertido porque ya se dirigía a Yujenson-. ¿Y para ti?

-Para mí sólo tenían lo de siempre, y estoy harto. Prefiero seguir modelando.

-¿Lo de siempre? -preguntó Zoca.

-¿Has visto esta cara? -respondió el muchacho-. Es mi bendición: sin ella no habría empezado en todo esto. Pero también es mi maldición: demasiado racial para hacer un papel... *normal*. Siempre me llaman para hacer de Latin King, de putillo o cosas similares, y estoy hasta los huevos. Me va muy bien haciendo pasarelas y sesiones de fotos.

Zoca estuvo a punto de preguntar si para Luis no había el mismo trato, pero algo en la actitud de éste le dijo que no era el momento. No es que Luis estuviera molesto, es que seguía comiendo casi sin prestar atención. Había mostrado su alegría, desde luego, al saber lo del papel para Rober, pero luego había vuelto a su bollo casi con lujuria estomacal.

Una vez que se dio por terminado el tema “actores” pasaron a una conversación ligera de turistas: dónde habían estado, qué habían visto y comido, qué habían comprado.

También comentó Alberto lo curioso que les estaba resultando ser el blanco de tanta gente intentando ligar. Bien sabían ambos que les solía pasar: eran guapos, tenían un par de cuerpazos y ambos eran muy conocidos en lo suyo, pero precisamente gracias a este hecho la gente *normal* no se solía atrever a entrarles. Pero en este cruce no sólo se atrevían sino que eran de un directo que derribaba seguridades.

Mientras lo comentaba Rober le lanzó una mirada que Alberto por supuesto no entendió. Era demasiado querer decir “Cuidado con éstos dos que os violan en cuanto os despistéis” con una sola ceja. De cualquier forma, Luis la malentendió del todo y el bollo se le enquistó en la garganta.

Lo más probable es que hubieran continuado de charleta intrascendente hasta la hora de comer si no hubieran aparecido *Los Otros*.

-Buenos días, chavales -saludó un desacostumbradamente feliz Pablo, que no le dio ninguna importancia a encontrarse allí con la parejita del gim, ni con Alberto. Éste, sin embargo, torció el morro en cuanto le vio.

-Tú has hecho sabroz... -fue el saludo de un pícaro Ginés, sin dar tiempo para que se estropeará el ambiente. Pablo sólo le alzó una ceja mientras Ibón acercaba un par de sillas y juntaba una mesa más como si estuvieran en cualquier terraza de barrio. A Rober, sin embargo, le guiñó un ojo, mueca que éste aprovechó para intentar cogerle la mano sana a su chico, quien, por su parte, se había vuelto a concentrar en su tenedor, su cuchillo y su cruasán lleno de deliciosas grasas de todo tipo que seguro que estaba en la “J” del NutriScore, de modo que Rober tuvo que dejar la mano sobre su muslo.

-¿Qué tal la resaca? -preguntó Pablo, esperando que aquellos dos se hubieran levantado tan hechos polvo como ellos.

-Pues la verdad es que ha sido morrocotuda. Nos hemos levantado los dos con la cabeza para meterla en una trituradora. Pero chico, la duchita y la piscina han sido mano de santo.

Ibón apoyó a su marido con el mismo gesto que había hecho Rober: dejar caer una mano en su muslo, pero él pellizcó, provocando que todo el cuerpo de Pablo diera un saltito y que el hombre

soltara una risita encantada de la vida.

-Estos han hecho más que sabroz -opinó Zoca. Pablo volvió a mostrarle la misma expresión que ya le había soltado a Ginés.

-No nos podemos quejar de cómo estamos comiendo -opinó Ibón.

-Qué envidia -Zoca lo dijo con total sinceridad, echándole una mirada inculpatoria a Ginés, que sólo le respondió con un movimiento de hombro.

-Qué casualidad encontraros aquí, ¿no? -Pablo se dirigió a Alberto como si realmente se llevaran bien.

-Bueno, el mundo es un pañuelo -el muchacho quiso añadir un "pero está lleno de mocos" que se calló por vergüenza torera.

-Aunque no te lo creas es un placer veros -dijo un Pablo que estaba más dispuesto de lo que él mismo creía a llevarse bien con todo el planeta y parte del extranjero-. Nunca nos hemos llevado bien, pero en realidad no hay motivo para ello, ¿verdad?

Alberto parpadeó varias veces para hacerle saber que se iba a callar todo lo que opinaba sobre él, pero de pronto se dio cuenta de que no podía hacerlo con un mínimo de objetividad: Rober se había ocupado desde siempre de hacerle saber lo que opinaba del cocinero, haciendo que su propia visión se distorsionara bastante, por *mucho* que le conociera.

-Pues no, la verdad es que no.

El momento de inesperada sinceridad dio paso a una nueva conversación intrascendente que pretendía que todo lo molesto que pudiera flotar a su alrededor se hundiera en la piscina. De hecho para cuando los croissants ya habían muerto del todo, los artistas hablaban de lo que más les unía: las bambalinas.

-Desde aquí parece que todo tiene más glamour y tal -comentaba Luis sobre la farándula extranjera.

-Es lo que tiene el dinero -opinó Alberto-: paga mucho colorinchi.

-Venga ya -se quejó Rober-. ¿Broadway? Significa "Calle ancha". Prefiero mil veces "Gran Vía", que tiene mucho más empaque y es mucho menos de pueblo -Luis, Alberto y Yujenson rieron la ocurrencia mientras los otros cuatro les seguían desde la total incompreensión de quien no ha vivido jamás el teatro desde dentro.

-El caso es que me está costando uno de los putos guiones que estoy estudiando -prosiguió Alberto-. ¡Es de médicos! ¿Tú sabes la cantidad de palabrejas absurdas y larguísimas y súper jodidas? ¡Para un puto capítulo!

Rober se decidió a hablar de algo de lo que llevaba un par de meses sin hablar por la tontería ésta tan de actor de no revelar nada por la posible mala suerte.

-Pues yo me tengo que aprender para el próximo casting cinco canciones que no conozco de nada

-Luis le miró frunciendo el entrecejo.

-¿Que tú no las conoces? -se le adelantó Alberto.

-Es un musical nuevo, con música original, que no se ha estrenado en España. Si fuera un pijomierda ya lo habría visto en Londres, pero soy un actor del montón que no puede permitirse un finde de viajes al mes para ver qué coño se hace por ahí.

-¿Cómo que no puedes? ¿Por qué no puedes? Tampoco tenemos tantos gastos, y al fin y al cabo serían viajes de trabajo -replicó su marido.

-¿Pero tú sabes lo que representarían dos viajes al año a Nueva York a ver seis u ocho obras, o a Londres?

-Nene, nos lo podemos permitir de sobra, pero a ti no te gusta viajar. Odias el avión -y puntualizó-: o al menos éso es lo que dices siempre.

-Bueno, el caso es que ni siquiera ha llegado el CD a España, ni un mísero Youtube grabado a mano de la obra. Me han enviado un archivo con las canciones y allá me las entienda.

-¡Pero pedazo de tonto! ¿Por qué no me has dicho nada? -le espetó Luis-. ¡Ni que yo fuera carnicero!

Rober se encogió un poco, algo avergonzado.

-Me daba cosa, no sé. No quiero gafarlo.

-¿Pero qué coño gafar? -Luis se iba calentando, aunque por otros motivos que iban a tener que seguir en la recámara, y le rugió su impotencia-: ¡Te doy dos yoyas, pedazo de...! ¡Oh, por dios, qué tonto eres a veces!

Alberto y Yujenson se echaron una mirada de comprensión: ellos eran iguales. Pablo pensó en la cantidad de veces que Rober había hecho lo mismo con él. Los otros sólo se sintieron algo violentos ante la discusión de aquellos dos.

-Jo, ya sabes cómo soy. En cuanto lleguemos a Madrid las estudiamos juntos, ¿vale? -Luis le clavó las dagas de su mirada sobre una nariz que parecía la de un morlaco a punto de atacar el cuerpecillo insulso de un torero.

-Es la última vez que haces ésto. Ya sabes de sobra que lo del gafe es una gilipollez. Hay veces que sí y otras que no. Pero lo que sí que funciona es prepararse un casting en condiciones -le reprochó Luis.

-Bueno, hombre, perdónale. Ya sabes que los actores somos algo tontos con estas cosas -intentó defenderle Alberto.

Luis le miró sin cambiar el gesto que le había dedicado a su chico, de modo que Alberto también se encogió un poco y no supo dónde mirar. Un “Tú mejor te callas” se le había quedado colgando a Luis de la punta de la lengua y lo único que pudo hacer para suavizar el momento fue relajar las facciones y responder como sólo una madre puede enseñar a sus hijos a responder:

-Gracias por tu opinión, querido, pero aplícate el cuento. Si necesitas ayuda y tienes a quién pedírsela... -abrió los ojos con gesto también maternal. No el gesto maternal de “¿me entiendes ahora?”, sino el de “hijo mío, tú eres tonto”.

-Bueno, bueno, ya está, que no volveré a meter la pata de esta manera, y ya está -apacó Rober cogiendo, ahora sí, la mano de su marido-. Lo prometo.

-Lo prometo, lo prometo... -silabeó Luis-. Como pierdas un casting por no haberme pedido que te ayude te corto los menudillos, gil.

Todos se quedaron durante unos segundos en silencio, que rompió un Ginés algo descolocado por la situación..

-Joder, nunca se me había ocurrido lo complicado que es vuestro mundillo.

-Pues ya te puedes hacer una somera idea -Yujenson sonrió, a pesar del momento complicado-. Todo el mundo piensa siempre que en este gremio todo está hecho con ser guapo; que estás bailando en una discoteca y te descubre un cazatalentos y te hace famoso en tres días. Nada más lejos de la realidad: hay que currárselo como el que más, moverse como locos, aguantar que mil intermediarios se queden con tu dinero, gastar muchísimo en un montón de cosas que nadie imagina... -la sonrisa se había ido oscureciendo-. En definitiva, que es uno de los gremios más jodidos que hay. Sinceramente te lo digo.

-Y lo difícilísimo que es trabajar -apuntó Rober-. Como la gente normal, quiero decir. Puedes estar meses, años, sin conseguir un buen trabajo, viviendo de curros de mierda de unos días, de *un día*. Es muy jodido.

Todos volvieron a callar otro momento. Luis apretó la mano de su marido, intentando inyectarle un poco de confianza y tranquilidad. Alberto y Yujenson se miraron y suspiraron, sabiendo que

por ahora sus carreras estaban más que encarriladas, pero también que en cualquier momento todo se podía torcer.

-Pues cuánto me alegro de tener un simple negociete -opinó Ibón.

-No te puedes imaginar... A veces me pregunto por qué sigo en ésto -Rober notó que su chico le apretaba la mano aún más-. Y la única respuesta que tengo es que adoro mi trabajo.

-Es que es muy bonito -apreció Ibón. Pablo se preguntó si pensaba lo mismo de su cocina; nunca le había dicho algo así-. Por algo hay tanta gente que quiere dedicarse a ello, supongo.

-Oh, no, qué va -intervino Alberto-. Hay muchos que lo único que buscan es fama, salir en la tele y ganar dinero fácil.

-Pero al final ésos se quedan para concursos de famoseo en Tele5, por fortuna para los profesionales -Rober miró a Luis y estiró los labios en lo que pretendía ser una sonrisa-. Los buenos terminamos viviendo de lo que amamos.

Luis quiso acariciarle la cara, pero no le pareció el momento apropiado, de modo que se estiró en su asiento y mostró una repentina determinación.

-Bueno, y después del momento profundo, creo que es hora de hacer algo más que charlotear. Los curritos tenemos que trabajar incluso estando de vacaciones.

-Cierto -aprobó Alberto-. Hace rato que debería estar estudiando.

Zoca y Ginés se fueron a hacer un rato de gim, y Pablo e Ibón decidieron quedarse un rato más. Ambos llevaban sus bañadores -el uniforme vacacional- e iban a aprovechar la piscina.

-Nunca me había dado cuenta de lo fácil que ha sido todo contigo -Ibón sí que le acarició la mejilla y el cuello a su marido.

-Gracias -apreció Pablo-. Y más que lo va a ser a partir de ahora.

Rober y Luis pasaron un buen rato en la terraza de su camarote. Ni se les pasó por la cabeza que sus vidas pudieran ser más complicadas que las de Pablo e Ibón, de modo que pudieron concentrarse uno en su ordenador y el otro en su miniteclado. Pero a Rober aún le rondaba un tema por la cabecita.

-¿En serio nos podemos permitir todos esos viajes? Sabes que yo gano lo suficiente para una quincenita al año en Gandía y vamos dados.

Luis le miró con todo el cariño del mundo.

-Pero yo gano bastante más, cielo.

-¿Bastante más? -Rober frunció el ceño.

-A ver, que no somos millonarios, pero sólo de royalties, sin contar otros ingresos, ya me llevo al año mis buenos veinticinco o treinta mil pavos.

-¡¿Veinticinco...?! ¡Pero sí que somos millonarios!

-A ver, no tanto. Sí que es cierto que llevo más de veinte años haciendo ésto, amor. Tengo docenas y docenas de canciones rodando por ahí, por no decir cientos. Vale que ninguna ha sido un número uno, pero algunas no han dejado de venderse nunca. Y ahora se escuchan en un montón de plataformas, y radios vintage, y... yo qué sé. ¡Ni te haces una idea de lo que me pagan desde Japón!

-¡Guau! -soltó un expresivo Rober-. Pero... Uff, nunca se me había ocurrido pensarlo así.

-Además llevo cuatro años ahorrando en una cuenta separada para que rinda bien. Con el resto de nuestros ingresos vivimos bien.

-Vivimos fantásticamente, pero... ¡somos millonarios! ¿Y para qué ahorras tanto? ¿Para la jubilación?

Luis le miró con tanto amor que casi le hizo derretirse.

-Para ti, nene -pensó que por fin era el momento, así que cogió aire-. Cuando nos conocimos me

contaste ese plan tuyo de hacer un musical a lo grande. Y en unos pocos meses nos podremos permitir escribirlo y producirlo nosotros mismos. Ya tengo algunas canciones, aunque sólo sea la música. El libreto lo dejo para ti.

Rober abrió la boca, sin saber qué decir. Se le había encogido el estómago. De repente se abalanzó sobre Luis y empezó a sollozar despacito.

-¡Pero tranquilo, nene! ¿Qué te pasa?

-¿Cómo voy a estar tranquilo? ¡Eres la ostia! ¿por qué nunca me habías dicho nada?

-Porque sabía que un año de éstos podría hacerte un regalo de cumpleaños cojonudo, y éso no se cuenta.

-Joder, ahora mismo te adoro... Pero tío -se sorbió los moquetes-, si llego a saberlo estaríamos haciendo el crucero en el barco personal de Kashoggi.

-Lo sé. Ése es el otro motivo por el que no te lo había dicho.

Rober se recompuso y volvió a su asiento, con una nueva emoción que hacía mucho tiempo que no sentía.

-Flipo.

-¿En serio no sabías cuánto gano?

-Ni idea, chiqui, en serio. Nunca me había preocupado mucho el dinero. Vivimos bien, nunca hemos tenido problemas económicos.

-¿Y de dónde crees que saqué para un Range Rover?

-Yo qué sé, de alguna herencia -Luis soltó una carcajada.

-¡Tontito! Antes me lo gastaba todo a lo loco pero ahora te tengo a ti -Rober consiguió hacer una mueca infantil.

-Dios, es mi sueño... ¡ser un mantenido! -se volvió a abalanzar sobre su chico.

-¡Ni se te ocurra! -rió Luis-. Aún tengo la cabeza como una bomba.

-Jo -se quejó Rober-. Vale, pero luego me echas un polvazo. Saber que estoy casado con un millonario me la ha puesto como una piedra.

Siguieron trabajando, ahora con otro cuerpo, y cuando Alberto le mandó un mensaje para que quedaran a hablar de la próxima serie ninguno le dio mayor importancia, aunque en una semana sólo se hubieran visto por coincidencia un par de veces.

Comieron como bestias en uno de los muchos restaurantes que aún no conocían y Luis se volvió al camarote a echar una siesta en condiciones: aún le pesaba la cabeza.

Rober se perdió por los pasillos del barco y tuvo que preguntar dos veces dónde estaba y por dónde seguir. Cuando la puerta del camarote de Alberto se abrió, a él también se le abrió la boca: Alberto estaba desnudo con una toalla en la mano.

-Perdona, ¿me he adelantado? Me he perdido por el barco y creía que llegaba tarde.

-¡No, qué va! -respondió el muchacho con pretendida alegría-. Me acabo de duchar. Pero vamos, que tampoco es la primera vez que me ves en bolas, ¿verdad?

Le dio paso con un gesto y Rober entró, aún dudando. Cuando se dio cuenta de que Yujenson no estaba se dio la vuelta para preguntar por él, pero Alberto no le dio tiempo: se pegó a él y buscó su boca. Rober le hizo la cobra más por la sorpresa que por negarle el beso.

-Por dios, ¿qué haces?

-De vez en cuándo la echo de menos -explicó Alberto, magreándole el paquete. Rober se echó hacia atrás, más asustado que otra cosa.

-Coño, niño, que tu novio es cubano -no supo de qué otra forma defenderse de aquel inesperado ataque.

-Y la tiene preciosa, pero la tuya trabaja tan bien... ¡y llena tanto! -Alberto se acercó aún más a

él, dejando clara su excitación. Rober dio unos pasos hacia atrás hasta que su culo chocó con la mesa grande del camarote, momento que Alberto aprovechó para volver a pegarse a él y abrazarle-. No me vas a hacer este feo, ¿no?

-Alberto, no... -el muchacho le calló metiéndole la lengua hasta la garganta y empezando a abrirle los pantalones. Rober se revolvió un poco, pero se sorprendió a sí mismo disfrutando de aquello y dándose cuenta de cuánto se estaba excitando. También recordó algunos polvos gloriosos. Tembló un poco al notar la mano de Alberto en su polla ya casi erecta y, sin pensarlo mucho más, se dejó llevar.

Cuando volvió al camarote Luis dormía como un ángel, medio envuelto en una sábana. Rober le miró largo tiempo, apoyado en el tabique de la entrada. Admiró los colores que tanto le gustaban en su pelo y su barba de varios días y en el vello de sus brazos, que comenzaba a canear antes que el de la cabeza. Vio su pecho subir y bajar despacio, al ritmo de un sueño probablemente placentero. Luis nunca tenía pesadillas.

Empezó a llorar y se metió en la ducha esperando que el agua se llevara algo de culpabilidad y de hijoputismo. Pero no.

Luis despertó casi dos horas después. Se desperezó, encantado de la vida y lo primero que vio al recostarse en la cama fue una nota de Rober sobre la almohada. “Estoy en la terraza de la piscina”. Sonrió, se dio una ducha para controlar sus rebeldes pelos y se puso lo primero que encontró.

No es que Rober no quisiera ver a nadie, pero sí que esperaba pasar un rato con sus propios pensamientos y su culpa, que le arrancaba trozos de estómago como un puto bebé alien, de modo que cuando vio a Pablo en una tumbona de la piscina su primera reacción fue pararse a mitad de la escalera y darse la vuelta. Dudó, llevándose las manos a la cabeza para intentar peinar un poco lo que había dentro. Volvió a girarse, pero no bajó ni un peldaño. Pablo seguía allí, tostándose a fuego lento.

Finalmente bajó la escalera despacito y se dirigió hacia él. Pablo usó una mano a modo de parasol y le saludó con la otra mientras Rober se tumbaba a su lado.

-Podías ser un poco más discreto, chaval -Rober pensó en su ropa; luego, según Pablo desgranaba su opinión, se sintió un poquito mortificado; sólo un poquito-. Si no querías verme habría sido mucho menos descarado pasar de largo, y no quedarte ahí en la escalera comiéndote la bola.

-Perdona. No tiene que ver contigo. Sólo quería pasar un rato solo.

-No te preocupes, entonces. No hace falta que te quedes si no quieres.

Rober se sentó en la tumbona y volvió a dudar. No mucho, esta vez.

-¿Cómo es éso de la pareja abierta?

Pablo frunció el entrecejo y levantó la cabeza lo que pudo.

-Es estúpido. No se te ocurra hacerlo; termina doliendo.

-¡No quiero hacerlo! -se apresuró a informarle-. Es sólo que... no sé... nunca lo he hecho con nadie, y me parecía que tú... que no eres del tipo de gente que lo hace. Sólo me preguntaba...

-Ya -Pablo dejó caer la cabeza y no siguió. A Rober le dio un poco de vergüenza.

-Voy a por una bebida. ¿Quieres algo? -Pablo volvió a mirarle y antes de responder se sentó también. Su expresión, durante unos segundos de silencio, fue indescifrable.

-Un vodka. No creo que pueda hablar de ésto sin meterme algo fuerte pal cuerpo.

-No hace falta que hablemos de ésto si no...

-Tranqui -le cortó-. Ibón tiene razón: deberíamos intentar relajarnos todos y recuperar nuestra... no sé cómo llamarlo: ¿amistad?

Rober sintió una repentina curiosidad. No lo esperaba.

-Amistad... -musitó, y luego se levantó de repente-. Ok, un vodka y un café sólo triple.

Le echó una inesperada sonrisa a Pablo, que se la devolvió y se quedó sentado, esperándole. No le miró: no quería mirarle nunca más de *aquella* manera, sólo a la cara.

Rober volvió de la barra con el camarero, charlando sobre las islas griegas. Como en la zona en la que estaban no había mesitas buscó rápido y le señaló una tres tumbonas más allá. El muchacho dejó en ella un enorme vaso con el vodka y toda la parafernalia de lo que parecía ser un té. Rober llamó la atención de Pablo para que le acompañara en aquella otra mesa, más cómoda para charlar.

-¿Un té? Qué raro en ti.

-Dame té y llámame tonto.

-Se dice "dame pan" -Rober encogió la nariz.

-El pan engorda, y el té verde es diurético. A veces, la sabiduría popular requiere una pequeña mejora.

Se dedicó medio minuto a preparar su té como si hubiera aprendido a hacerlo en una escuela de geishas. Cuando volvió a hacer caso a Pablo, la expresión de éste no invitaba a las confidencias.

-Te repito -prosiguió, ablandando un poquito su rictus- que no es necesario que hablemos de nada que te incomode.

-No me incomoda. Es sólo que no lo he hablado con nadie hasta ahora, excepto con Ibón, claro. Y no esperaba que tú fueras la primera persona con quien me abriera -Rober dio unas vueltas más a la jarrita de porcelana y la abrió para remover los nada menos que tres saquitos que había dentro-. Pensaba que ibas a atiborrarte de café, como siempre.

-Qué va. Lo que necesito ahora es una buena tila -mientras se servía presintió algo en la postura del otro y se apresuró a explicar-: este puto barco me está estropeando todo el cuerpo.

-¿Has discutido con Luis? -Rober parpadeó varias veces antes de responder.

-No -se mordió los labios-. Todavía no -y tragó saliva-. O sea, que no tengo por qué, y además Luis y yo no discutimos nunca.

-Ahá -Pablo no quiso sonar despectivo-. O sea, que claro, que lo imagino.

-No hace falta que me bailes el agua. Ya soy mayorcito.

-Ya. Por éso tú ya sólo bailas el agua. La última vez que bailaste de verdad, Kapital todavía se llamaba Titanic -la pretendida broma le sentó fatalmente, pero intentó dejarla pasar; a su manera.

-Me importa un bledo si no me crees.

-Nunca ha sido fácil creerte. Tienes una forma de hablar que no ayuda.

-No sé de qué me hablas -Rober intentó sacar algo de humor tirando de parafernalia cinematográfica, de la que tanta gracia le hacía.

-Sí. Precisamente ésa -volvieron a dejar pasar un momento, ahora mirándose, el cocinero con una ceja alzada, el actor torciendo la comisura izquierda de sus labios. Pablo suspiró-: No sé si el Mimosín va a poder suavizar la lija.

-¿Qué? -Pablo negó con la cabeza y le dio un buen lingotazo al vodka.

-Nada. Una broma personal. No sé si pesada o no.

-Y soy yo el que tiene una forma de hablar que no ayuda...

-Bueno -Pablo decidió acabar con todo aquel absurdo rodeo-. ¿Qué quieres saber?

A Rober le pilló de improviso y no supo cómo empezar. Pablo cogió aire y empezó él mismo.

-Ya sabes que he pasado por un cáncer y que estoy aún con la medicación y el tratamiento. Llevo así meses, y las pastillas me hicieron polvo desde el principio. Perdí completamente la libido: ni siquiera me empalmaba. Y no digamos las fuerzas y las ganas. Nada.

-Todo éso ya lo sabía, sí. Y que fuiste tú quien le ofreció a Ibón abrir la pareja por culpa de tu inapetencia, pero... no sé, nunca imaginé que podrías estar abierto a ciertas cosas. Quizá pedirle una temporada, que aguantara y...

-No podía pedirle éso. Yo podía desviar mi cabecita y las pocas ganas que me quedaban hacia el restaurante; él... seguía con su vida normal, sólo que aguantando mi enfermedad, el post-operatorio que fue jodidamente duro, incluso... -le costó decirlo-: incluso semanas de no soportar que me tocara. Supongo que ya te has dado cuenta de lo sexual que es. Le gusta... -corrigió rápido-: él lo... lo necesita.

-Precisamente éso le pregunté una vez al dichoso Zoca ése: si es algo que les provoca el gimnasio -esperó un microsegundo de culpa que también se marcó un poco en Pablo, pero éste sólo sonrió un poco torcido.

-Yo también me lo pregunté al principio. También sabes cómo soy yo, y no me importa reconocerlo: soy un puto pez en la cama. No podía seguirle el ritmo. Pero siempre me ha sido fiel

-Rober alzó una ceja sin querer-. Al menos, hasta donde yo sé. Creo que se lo habría notado.

-Por dios, Pablo, que lo ha intentado con los dos -el bebé alien volvió en un segundo a arrancarle cachitos de estómago. Tuvo que ponerse a estudiar una uña de su pie para que no le machacara la vergüenza.

-¿Con qué dos...? -Pablo calló y sintió en las tripas a un gemelo del bicho-alien al entender. Miró también al suelo, alzando las cejas-. ¿Contigo también?

Rober se hundió un poco en su asiento.

-Ah, vaya... que es que ninguno de los dos os contáis nada. Pues vaya pareja abierta -quiso terminar la conversación de inmediato-. Esto me resulta cada vez más incómodo.

-Tú has sacado el dichoso temita.

-No. Me refiero a estas reuniones; a dos, o a cuatro, me da igual. En realidad no somos amigos, sino otra cosa. Y nuestro pasado está aquí, flotando todo el rato sobre nuestras cabezas.

-Lo único que flota sobre nuestras cabezas es el fósil de unos cuernos enormes -se arrepintió en cuanto lo dijo. Rober le echó un vistazo malvado.

-Pues éso -concluyó, pensando que el cocinero le entendería a la primera, pero no.

-Yo nunca te puse los cuernos.

-Tú a mí no -siguió sin entenderlo, a pesar del giro cantarín. A cambio, la sorpresa de Pablo fue genuina.

-¿Tú me pusiste los cuernos?

-Bah, ¿confesiones, una glaciación después? Ya no sirven para nada.

-¿Tú - me - pu - sis - te - los - cu - er - nos? -insistió Pablo.

-Bueno, pues si quieres saberlo: no, no te los puse.

-Entonces, ¿a qué ha venido ese comentario?

-No sé. Tú verás a quién... -el otro mostró una mínima incomprensión que Rober quiso despejar enseguida-. Dices que tú lo notarías, que es evidente que no, pero... ¿acaso él te lo ha notado a ti? Pablo sólo denotó extrañeza con su mueca; luego cerró los ojos y se maldijo a sí mismo, apoyando los codos en las rodillas para no tener que mirarle.

-Hijos de puta...

-¿Zoca? No lo sabes tú bien. Le importa un bledo todo.

-Ya -siguió mirando al suelo.

-Pero estate tranquilo. Estoy casi seguro de que no le ha dicho nada a Ibón.

Cuando Pablo pudo volver a mirarle, sus ojos gritaban un “por favor, no digas nada” que Rober cogió a la primera: se mordió un labio y notó esa corriente que a veces, muchas veces, se

establece entre dos buenos amigos. Sólo movió un poco la cabeza para calmar al bicho al que ya no sabía cómo calificar.

-La cuestión, hagáis lo que hagáis los dos, es que a ti te duele y a Ibón no. Y no sólo éso, sino que sois incapaces de confesaros lo que hacéis. Ojos que no ven, corazón inane -Pablo se lo pensó dos veces, y ni siquiera se dio cuenta de esa última frase.

-No creo que sea condición sine qua non el contárselo todo. En realidad no quiero saber cuándo y con quién lo hace; no quiero saber nada. A mí me duele; hacerlo y que me lo haga, y estoy convencido de que... -removía los hielos en el vaso; una gota helada cayó sobre su muslo y se encogió un poco, secándola con la otra mano-, de que a él le afecta, a su manera. Sé que le ha costado cuando lo ha hecho, que incluso se ha arrepentido. De hecho él mismo ha querido que cerráramos la pareja, que volviéramos a ser los que éramos. Ha sido una prueba, creo, y a ninguno de los dos nos ha hecho felices.

-Nunca has sabido cómo ser feliz -opinó Rober, pensando en realidad que lo que a Ibón le había pasado dolía más o menos como una nariz rota, no como la culpabilidad de unos cuernos.

-Pero qué bestia eres. El que la gente no se comporte como tú esperas no significa que sus vidas sean como tú imaginas.

-Pero es verdad. No hay nada que te contente, nada ni nadie pueden proporcionarte una felicidad real. Sólo tienes momentos de gracia, alegrías puntuales, pero ¿felicidad? No sabes cómo ser feliz -a Pablo no le cambió la expresión.

-Qué bien me conoces. Pero qué voy a hacer ahora, ¿me vas a vender tú la fórmula de la Felicidad?

-Éso no existe. La gente se empeña en que sí, en que hay que hacer o encontrar algo muy especial para ser feliz. Pero la verdad es que no hace falta nada extraordinario: si no eres feliz es porque no te da la real gana.

-A ver, venga -le animó con una mano-, tu receta magistral.

Pablo se recostó por fin en su asiento, dejando el vaso en la mesa, cruzándose de brazos y esperando una larga perorata.

-*Just dance*. Gaga dixit.

-Sabes que me quedé en Demis Roussos -Rober se incorporó y le dio un par de vueltas a todo lo que había tenido en la cabeza durante esos años.

-Te comes demasiado la cabeza con historias que no puedes controlar. Y eres un puto esclavo de ese restaurante.

-No es sólo un trabajo. Es mi orgullo. Y mi nombre -Rober negó con la cabeza para marcar el desdén que se dibujó en sus rasgos.

-Los chefs os empeñáis en unas gilipolleces que flipáis. Deconstrucciones, espumas absurdas, algas... estupideces. Coño, ¡no es más que comida! Dale a cualquiera un tortillón de patata como dios manda y te darán veintiocho estrellas *Gudlliar*.

-¿Voy a ser feliz por cocinar platos de pueblo? -malentendió Pablo, y luego le corrigió por enésima vez- Y son Michelin, por dios, Michelin.

-¿Michelin? Ni un gramo, cabrón -se levantó la camisa y se pellizcó-. Y mira que zampo tortillas.

-No eres más borde porque no eres Stephen King -a pesar de las burradas, a Pablo se le escapó una sonrisa.

-Uy, lo que me ha dicho... Querido, si yo fuera Stephen King, Carrie sería Blancanieves -le dio unos golpecitos a la mesa con la punta de un dedo-; si tú escribieras un cuento, el príncipe azul sería Predator.

-Creía que me considerabas más Alien.

-Hablabas del príncipe del cuento, no de ti. Pero un poco depredador sí que eres -ahora Pablo volvió a fruncir el entrecejo. No le molestó, pero tampoco lo entendió.

-He trabajado mucho para llegar dónde estoy.

-No me refiero a eso. Es... -Rober se cortó ahora; tarde, como siempre-. Es que le robas la fuerza vital a quienes te rodean, Pablo. Precisamente por no saber disfrutar de lo bueno que tienes. Eres como el Facebook, que te chupa la batería como si le estuvieras dando polla.

Pablo le observó durante unos segundos. Por supuesto que sabía que Rober era un tío inteligente, pero a veces le sorprendía su agudeza.

-Qué jodidamente listo eres cuando te conviene.

Ya había empezado fuertecito, así que Rober decidió engrosar la lija, aunque no supiera que la tenía.

-Y cuando no, pero lo disimulo muy bien. Viene fantásticamente para que la gente no te coja tirria como a los listillos como tú, que no pueden dejar pasar la ocasión de hacer saber a los demás que son seres inferiores. De hecho, siempre has pensado que eres superior a los demás. Y lo sigues pensando, después de tanto tiempo -Pablo sólo parpadeó.

-¿Y?

-Pues que el día que te des cuenta de que no, la ostia va a ser fina.

-No me considero superior a nadie, joder. Puede que sea algo vanidoso, y sólo porque creo sinceramente que merezco lo que tengo, pero eso no quiere decir que haga de menos al resto.

-A mí siempre me hiciste de menos.

-Éso no es cierto -Rober relajó las facciones, pero no estaba dispuesto a dejar pasar el momento: quería olvidarse de lo que había hecho y no encontraba nada mejor que dejar las *otras* cosas claras.

-Sí que es cierto. No eran cosas que hicieras o dijeras, sino todo lo contrario: lo que nunca hacías ni decías. Nunca me has hecho sentir bien, como el resto de mis parejas, aunque haya acabado con ellos como el rosario de la aurora. No sólo no sabes ser feliz, sino que no sabes amar, Pablo.

-Qué gilipollez. Ya te he dicho antes que el hecho de que los demás no vivan según tus estándares no significa que sean infelices o que no sientan con la misma intensidad que tú. De hecho, no creo que seas más feliz que yo, en absoluto.

Rober ya se había lanzado, y sin paracaídas, así que decidió disfrutarlo a tope.

-Sé que te mueres de envidia, pero no es culpa mía que no sepas aprovechar las oportunidades.

-¿Qué oportunidades? Yo no dejo pasar una, por eso el negocio va como va -Rober negó con la cabeza.

-Si yo soy feliz es porque cuando tú y yo rompimos lo aproveché. Ni siquiera me hizo falta empezar a salir con Luis. Sólo darme cuenta de lo poco que me había querido a mí mismo mientras te quería a ti, y darle la vuelta a la tortilla.

-Para mí no fue una oportunidad. Dejarlo contigo no fue descubrir América, sólo dejarlo con un tío más -Rober hizo una mueca de triunfo.

-¿Ves? Ese es tu problema. Para ti el resto del mundo es "sólo un tío más", incluso tus parejas. Nunca tendrás una oportunidad, ni estando con alguien, ni dejando de estarlo.

-Perdona que te lo recuerde, pero tengo un marido que me adora, que es un encanto, un tío guapo y está bien bueno, dicho sea de paso.

-Mira, lo mismo que dicen los burros de la alfalfa. Además, por lo que se ve, tampoco es que estéis en vuestro mejor momento -Pablo tuvo que echar mano de todas las marcas de suavizante que conocía, incluso de alguna de marca blanca. Entrecerró los ojos y le tembló un párpado.

-Vale, sé que soy un jodido ególatra, que no sé demostrar mis sentimientos -corroboró, algo

molesto por lo bien que le conocía Rober-. Pero no me negarás que tú tuviste parte de culpa en lo nuestro.

-¿Yo? ¿Qué coño de culpa iba a tener yo? ¡Si te adoraba! -Pablo se hartó y empezó a echar lejía a la lavadora.

-Tú siempre has sido un niño inmaduro que hacía lo que le daba la gana sin pensar en las consecuencias -cuando Rober quiso meter baza Pablo sólo tuvo que levantar una mano-. No tenías medida, ni respeto, ni sentido alguno de la responsabilidad, ni tampoco te importaba. Ni siquiera te dabas cuenta del daño que hacías, ni eras capaz, por supuesto, de pedir perdón. Te pierde esa boca-chancla.

-Pupupidú, ¡pu! -cerró Rober a lo Monroe y abanicándole con las pestañas.

-¡Para ya, joder! ¡La vida no es un puto monólogo del Club de la Comedia!

-Ni falta que hace. Sólo es necesario querer ser feliz para serlo -como era su costumbre, quiso cerrar la conversación-: y que sepas que soy tan asquerosamente responsable que pago usando los billetes más viejos para que los nuevos no se gasten.

Ambos tomaron aire mientras cincelaban mármol en sus caras preparándose para el ring verbal que se montó a continuación.

-No eres más simple porque no eres un dibujo animado -comenzó Pablo.

-Si te pica porque tú eres un enrevesado, ráscate, que para algo tienes al calvo. Su cabeza debe raspar como la lengua de una girafa.

-Al menos hay algo animal en él, pedazo de moqueta.

-No sé a qué viene tanta alharaca con tu bicho: yo también te ponía cachondo.

-Y qué le voy a hacer si en mí hay un zoofílico oculto: una girafa, un cerdo...

-Si tanto te gustan los animalitos vete a que el pájaro carpintero te haga un rimming, mema.

-Y tú a que el coyote te fabrique un váter marca ACME, lerda.

-Te mereces una ETS total, que te llene de chancros supurantes y ladillas-vampiro que te dejen seco.

-Éso ya me lo pegaste en su momento, puta barata.

Rober no pudo evitar parpadear rapidito: nunca había sufrido ningún bicho público-sexual y se preguntó si el presunto insulto de Pablo venía de una experiencia real. ¿Le habría puesto alguien -Ibón- los cuernos con un ladillero?

-Ay, calla. Nunca me acuerdo de a quién le pegué qué, joder. A ti debería haberte pegado algo con más clase. Aunque creo que sabes que mientras estuve contigo nunca tuve más que un constipado -sonó mucho a justificación, así que volvió a atacar-. De cualquier forma siempre negaré, ante cualquiera, que me haya acostado contigo.

-Todo el mundo sabe que fuimos pareja.

-Ya, pero nadie te podría imaginar a ti teniendo sexo con seres humanos.

-Me dan igual las dos cosas. Yo tampoco follaría contigo ni aunque me la manejara un mamporrero.

-¿Desde cuándo te gusta “50 sombras de Grey”? ¿Ahora te gustan los mamporros? -Pablo puso los ojos en blanco.

-Un mamporrero es un tío que ayuda a los caballos sementales a meterla cuando montan a las yeguas -Rober abrió los suyos con sorpresa real. Otro palabro que siempre había usado mal.

-Ah, claro, con esos zupos... Pues mira, éso a mí sí que me vendría bien.

-¡Ay, por dios! ¡Tú y tu pene enorme! -se quejó Pablo-. ¡Déjalo ya!

-No puedo, está ahí. ¿Tú dejarías de hablar de tu comida?

-Yo vivo de mi comida. Aunque supongo que tú puedes decir lo mismo de tu polla. ¿En cuántos

castings la habrás usado?

-Yo no funciono así, gilipollas.

-No, tú funcionas a ostias. Cuantas más ostias verbales, mejor.

-Y tú no funcionas, a secas. Ni siquiera sabes relacionarte a ningún nivel. Hay gente, como tú, que no está hecha para ello, ya lo dijo Pollaski en "Luna de hiel".

-¿Po quién?

-Pos-éso. Qué pasa, ¿que también tengo que saber pronunciar el polaco?

-Te veo más bien practicando el checo-checo.

-Qué ordinariez. Yo no tengo labios mayores.

-No, pero sí la boca enorme.

-Cretino.

-Bocachanca.

Hubo otro silencio durante el que pareció que se quedarían con aquellas caras para siempre, luego el mármol de Rober comenzó a resquebrajarse despacito. Se le escapó una risita, luego una carcajada gutural. Comenzó a reír de aquella forma con la que Pablo nunca había podido impedir seguirle. Se preguntó si lo que realmente gustaba a todo el mundo de Rober era su lija, se sonrió a sí mismo por dentro y luego rió sólo con el pecho, volviendo a mirar al suelo algo aliviado pero, como siempre, Rober le volvió a sorprender:

-Supongo que sabes que te quise un huevo -Pablo se quedó un pelín cortado, pero esos blancos nunca le duraban mucho.

-Supones bien. Lo recuerdo todo como si hubiera sido ayer.

-¿Y tú a mí? -nueva sorpresa; el tono de Pablo se hizo grave y tenso.

-Tú deberías saberlo mejor que nadie.

-Lo sé. pero quiero que me lo digas. Por todas las veces que no fuiste capaz de decirlo entonces - acusó el nuevo golpe a su ego superlativo tragando saliva.

-Habría mucho que hablar sobre éso.

-Si tú y yo nos habláramos, sí que lo habría.

-Hay cosas que, pasado el tiempo, ya no merecen la pena.

-¿Por qué no? Justo cuando te estás haciendo viejo es cuando mejor te vienen.

-Oye, bonita, que sólo te llevo unos añitos de nada -intentó relajar Pablo haciendo que Rober se carcajeara, literalmente.

-Venga ya, qué gracioso eres a veces... ¿Hace cuánto estás cumpliendo cuarenta? ¿Siete? ¿Nueve? Precisamente por éso lo tengo tan claro, por lo muy cerca que estoy de ser un anciano como tú -Pablo estiró los labios y sonrió torcido cuando Rober se puso serio-: La cuestión es que sigues siendo incapaz de decírmelo.

-A lo mejor nos estamos pasando un poco... -hizo que el actor se lo pensara un poco antes de seguir.

-Nunca vamos a poder evitar todo ésto, ¿no? -preguntó, algo más calmado-. Parecemos putos masocas. Éso sí: cuando te insulto a ti soy especialmente inventivo -le miró de hito en hito-. ¿De verdad tenemos que intentar recuperar... algo?

Se quedaron ambos en silencio intentando resolver esa duda.

-No sé. Probablemente no es necesario, pero sí que creo que es algo por lo que tenemos que pasar, que tendríamos que haber hecho en su momento.

-Entonces yo no habría podido. Te habría sacado los ojos.

-Ya lo veo -Pablo alzó una ceja que tiró un poco más de su media sonrisa.

-Oye, que tú también tienes lo tuyo, ¿eh?

-Quizás ésa es la cuestión: tener las cosas claras, decírnoslo todo -propuso un de repente atrevido Pablo.

-Puede, pero... -se resistió el actor-. A ver, que lo malo de la mierda es que huele.

-¿No hay cojones? -Rober frunció toda la cara.

-Tú no quieres verme realmente cabreado.

-¡Oh, sí! ¡Liberad al Kraken! -el actor volvió a sonreír ante la inesperada broma, pero no supo si ninguno de los dos estaría preparado para decirse más de lo que ya se habían dicho.

-No sé a dónde quieres llegar.

-Hasta el final. Saquémonos los ojos.

-¿De verdad quieres hacer ésto ahora?

-¿Y por qué no ahora? Tan bueno como cualquier otro momento. Cuanto antes mejor.

-Estamos de vacaciones. Vamos a disfrutarlas, sin más.

-¿Acaso no quieres arreglar ésto? -incitó Pablo.

-No quiero hablarlo porque nos hayamos encontrado por casualidad. Querría hablarlo si fuera un problema real. Y no lo es con nuestra situación actual.

-¿Estás seguro? Porque yo creo que es necesario ser sinceros para poder cruzar el resto de puentes. Si acaso llegan, que lo dudo.

-¿Puentes? ¿Qué puentes?

-Hijo, con lo que te gustan los refranes...

Rober tragó saliva y se volvió a preguntar, pero ésta vez sólo sobre sí mismo. No sabía si quería escuchar algunas cosas que probablemente no le gustarían nada. Pero esa mirada de Pablo resultaba insultantemente juguetona y demasiado provocadora. Buscó en la mochila que nunca había terminado de guardar y echó mano de lo primero que salió:

-No he olvidado lo que me hiciste.

-Joder, pues ya es casualidad -apreció Pablo, dándole a Rober donde más le dolía: su muy mala memoria.

-Sigues siendo un cabrón. Te odio.

-Lo sé. ¡Y me encanta! -la sonrisa de Pablo varió un mínimo para denotar, como casi siempre, lo encantado que estaba de conocerse, así que el otro decidió sacar toda la artillería de la mochila.

-Y encima no hay un hilo que seguir contigo; cambias más que el Stars on 45.

-¿Y lo que a ti te gusta, pedazo de hortera ochentero? -a Rober le enorgulleció la avispada consideración de su ex y se infló un poco.

-Tú has sido un blooper de mi vida. Pero tan malo, que ni te editarían en el DVD de extras. No tuviste ni gracia, ni interés, ni ningún aporte positivo.

-¿Y qué te crees que fuiste tú para mí? -Pablo empezó a amarrarse los machos-. Ni las sobras que se le dan al perro.

-Qué más quisiera cualquier *perro* -Rober estrujó las erres para que el otro supiera que no hablaba de animales-, poder disfrutar de este cuerpo.

-Eres como esos cantantes de los que nadie sabe nada durante años y de repente triunfan con una canción del verano que te meten hasta en la sopa.

-Más quisieras tú una sopa hecha con mis huesitos -sus egos se miraron, dedicados a acabar el uno con el otro.

-Siempre has pensado que con tu cuerpo y tu polla lo tenías todo hecho, pero a mí no se me satisface tan fácilmente. Soy muy exigente.

-Y qué te crees, ¿que a mí me vale cualquier cosa?

-Habló el que se compra los calzoncillos en el Rastro.

-Tus Calvin Klein cuestan veinticinco veces más y se dan de sí igual. Además, desde que lo dejamos voy *commando*.

-Zorrita -apreció la ceja alzada de Pablo.

-¿Sabes por qué voy sin calzoncillos? Porque desde que lo dejamos me siento mucho más sexy, y éso ayuda.

-Es una guarrada.

-Para un tío limpito como yo, no. Para ti sí, claro, que eres el rey de las zurrasas.

-Porque tengo mucho vello, imbécil -se defendió Pablo, que no había tenido suficientes parejas como para afirmarlo con rotundidad-. ¡A veces no lo puedo evitar!

-Se llama bidé, cerdo. Bidé, te presento a Guti. Guti, te presento a...

-Qué gilipollas eres cuando quieres -le cortó un malencarado Pablo-. Bueno, y cuando no quieres también. Ni sudando vómito serías tan desagradable.

-Mira, como tus calzoncillos.

Ambos se dieron un momentito -muy corto- para estrujarse la sesera e ir afilando más cada uno de sus ataques.

-Eres como esos bolis que odias porque te hacen callo en un dedo pero que nunca tiras porque nunca se acaban -propuso Rober.

-Y tú como esos mecheros preciosos que dejas en un cajón aún llenos de gas porque a la segunda se les jode la piedra -plantó Pablo.

Las sonrisas estaban desapareciendo poco a poco, al ritmo al que la velocidad de las respuestas iba creciendo, como si las hubieran tenido siempre preparadas en la recámara de la recortada.

-Y encima eres más falso que el culo de la Kardashian. Y más gordo también.

-¿Precisamente ahora que he perdido quince kilos? Ésto no son más que insultos gratuitos. Demasiada ironía. Si no fuera porque conozco a tu madre, te llamaría hijo de puta.

-Y haces bien, era una santa mujer.

-Y jodidamente fea, la cabrona. A ver si no de quién has sacado ese bigote -ambos notaron que se estaban amariconando peligrosamente, de modo que Rober se puso serio.

-Con qué facilidad se usan esas palabras -silabeó-: hi – jo – de – pu – ta. Es una manía tan estadounidense ésa de que los asesinos tengan un motivo para ser asesinos y los hijos de puta para ser hijos de puta. Un hijo de puta es un hijo de puta, independientemente de que su madre lo fuera o no. Y en mi caso, ninguna de las dos cosas se da. ¿Tú hablas de insultos gratuitos? ¿Ves como eres un falso? Más falso que un pubis rubio platino.

-Lo dice el que tiene raíces blancas en los pelos del sobaco -Rober respondió levantando un brazo.

-Ni uno. Afeitadito, como deberíamos ir todos los hombres para diferenciarnos de los gorilas -no recordó que ya hacía tiempo que no se depilaba el cuerpo, así que lo que mostró no era precisamente culo de bebé.

-No eres sarcástico, ni cínico, ni irónico -arreció Pablo-. La mayoría de las veces eres solo dañino, hiriente de puro ácido.

-Mira, como los limones. Y la mitad de tus platos no serían nada sin ellos.

-Mis platos son lo que son les eche lo que les eche.

-Sí, seguro que un pollo al limón sería igualito si en vez de limón le echaras cilantro.

-Mi restaurante no es un chino de mierda, chaval.

-Ya. Por algo hay tanta gente que no va -a Pablo se le abrieron las ventanas de la nariz, por mucho que supiera que aquello no era cierto.

-Eres un capullo.

-Bueno, sólo hay cuatro cosas que no soportaría ser: cejijunto, pollicorto, piernipalillo e integrocretino. Y tú eres tres de estas cuatro cosas.

-Cretino lo será tu padre.

-Ah, mira, ya no te tengo que decir qué tres cosas eres. Me voy a por las pinzas y te arreglo la que se puede arreglar -a Pablo se le encogió toda la cara.

-Tu mala baba es saliva de alien, chaval. No tienes medida.

-Pues tendré que escupirte en un ojo. Hace mucho que no hago agujeros en nada.

-Porque por muy creído que te lo tengas no tienes nada para agujerear a nadie.

-Habló el champiñón.

-No sigas por ahí. Te conozco como si te hubiera parido y sabes que no me estaba refiriendo al tamaño de tu polla.

-No en vano fui yo el que te dejó to el toto dado de sí -Rober no se rindió-. Y has sido tú el que ha sacado mi polla a bailar.

-Yo no te sacaría éso ni aunque fuera el plato predilecto de mis clientes. En realidad no sirve para casi nada porque no cabe en casi ningún sitio -Rober prefirió eludir el principal problema con que se había dado de morros desde que empezó a salir a ligar por el ambiente: tanto hombre que *mucho lilirili y poco lalarala*.

-Bah, llevas años buscando algún plato genuinamente tuyo que le guste a alguien y no lo encuentras ni pagando a otros por él.

-Empecé a trabajar en ésto antes de que tus padres metieran la pata, y ya de adolescente era mucho más original de lo que tú puedas siquiera llegar a imaginarte.

-Y yo tengo mucha más imaginación de la que tú puedas llegar a recrear jamás. Yo soy la puta Princesa del Reino de Fantasía, y tú eres el puto Comerocas. Aunque supongo que será mucho pedir el hablar de literatura contigo. De libros que no tengan recetas, digo.

-Los libros te sacan de la realidad. Supongo que éso es lo que tú necesitas: no recordar constantemente tu realidad miserable.

Aunque no había sido la intención del hombre, que no podía ni olerse de dónde venía Rober, aquello se le clavó al actor en un ojo y estuvo a punto de parar la secuencia, pero el hombre pudo más que el actor.

-Tú no sabes nada de mi realidad, ni de la de nadie, con tu casita, tu trabajito, tu televisorcito del que no entiendes nada. Yo he... -calló antes de terminar el exabrupto; de pronto se sintió inmensamente cansado de todo aquello y soltó el primer absurdo que le salió-: yo estuve en Darfur.

-¡Tú no has pasado de Soria, lerdo!

-No sabes cómo son los sorianos cuando empieza el frío -a pesar de que le resultó evidente que Rober no quería seguir, Pablo no pudo parar.

-Ni lo necesito. Tengo una personalidad que no necesita saber de los otros para conocer sus gustos con solo verles la cara, mira.

-Y también tienes esa otra personalidad, la que les mete veneno en los platos. Tómate algo, bonita, que para éso hizo dios los árboles de pastillas.

Pablo tenía más burradas a la espera, pero se quedó callado y carraspeó, molesto. Rober pensó en su última palabra y se hundió un poco en su asiento, dejando que su demoncito interior se le escurriera por la piel.

-Perdón, no quería hablar de tu...

-Déjalo -le cortó Pablo. Rober, algo avergonzado, sacó de su bandolera un paquete de tabaco que, por lo arrugado que estaba, parecía llevar treinta años en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

De hecho, el cigarrillo que sacó daba un poco de pena.

-¿No habías dejado de fumar?

-Cuando te dejé a ti dejé varias cosas igual de tóxicas y nocivas. Mientras tanto tú te puedes coger todo el popper que te has metido en tu vida, pedazo de frígido, y ahogarte en él, a ver si te estalla la cabeza. O se te abre tanto el culo que en vez de un dildo te tengas que meter la puta Cruz de los Caídos.

Los dos contendientes miraron a cualquier sitio que impidiera que su visión periférica incluyera al otro. Pablo cogió su vaso y empezó a beberse entero, pero se arrepintió ante el ardor que bajó por su esófago, rebotó en su estómago y volvió a su garganta, así que lo volvió a dejar en la mesa. Miró al otro de hito en hito y suspiró profundamente.

Rober se frotó los ojos con ambas manos, soltando algún quejido. Cuando las apartó parecía un mapache y Pablo pudo desenquistarse un poco con aquella visión.

-Por dios, ¿qué te has hecho?

-¿Qué me he hecho? -preguntó un inconsciente Rober.

-¿Llevabas maquillaje? -el actor se ruborizó un poco, aunque los manchurroneos impidieron que se viera más claro.

-A ver, que la crema para el sol tiene algo de camuflaje.

-No te maquilles, por la virgen, que a los tíos nos sienta fatal -Pablo había olvidado de repente la ristra de insultos.

-Ni te habías dado cuenta hasta ahora. Y además, ¿qué quieres, ¿que salga con mi cara "verde navegación"? Ya te he dicho que este puto barco me está destrozando el estómago.

-Qué más te da. Nadie se fija en eso cuando estás en la piscina.

-Claro. ¿Quién se fija en las caras en una piscina? Ni siquiera tú -Pablo puso los ojos en blanco, decidido ya a relajarse.

-Bueno, la cuestión es que ya estás tan morenito como para que el verde no se te note.

-Vale, pero yo sé que está ahí, escondido bajo la *melania* -el otro tardó sólo un par de segundos.

-¿La... melanina?

-Vale, la melania pequeñina -a Pablo se le escapó una sonrisilla de nuevo. Recordó muchas risas gratis, muchos buenos momentos divertidos. Recordó que hubo un momento en que le quiso, y por qué le había querido. Y por fin se había dado cuenta de que su propuesta de los insultos gratuitos tampoco había funcionado.

-Ya sabes que a mí me pasa lo mismo: me levanto todas las mañanas con la cara verde, ojeras y de mala ostia. Y desde... la enfermedad, aún más. Ahora es una mezcla entre verde y gris.

-Recuerdo la mala ostia, sí. Al menos lo mío se arregla con un poco de maquillaje -fue la respuesta no muy pensada de Rober-. Ehm... perdón, hablaba de la mala ostia, no de...

Pablo le paró con una mano y volvió a sonreír con media boca mientras se rascaba la nuca.

-Bueno, pues ahora que lo tenemos todo claro, podemos fingir mucho mejor, ¿no? -miró su reloj-. Supongo que mi chico habrá terminado ya de machacarse en el gim -le guiñó un ojo y se puso en pie-. Me voy a intentar echar un polvo.

-¿Y lo vamos a dejar así? -Rober no se levantó, sólo hizo el intento.

-Digamos lo que digamos creo que nunca tendremos otra manera de dejarlo -se corrigió rápido-, ...de hablarnos, quiero decir. Creo que ésta es nuestra única forma de relacionarnos -dejó que Rober discurriera unos segundos-. Y por el cuerpo que me llevo, creo incluso que nos gusta.

-¡Venga ya! ¿A quién le puede gustar esto?

-Por todo lo que nos hemos dicho, a dos tíos tan jodidos y complicados como tú y yo.

-Cágate... -opinó Rober al respecto.

-Sigues siendo de un fino -le apreció el otro.

-Ay, perdón, se me olvidaba que tú eres de los que defecan y miccionan.

Rober se conformó con una mueca como respuesta y terminó de levantarse. Dudó un segundo con todo el cuerpo, pero luego se decidió a abrazar al chef, que al no esperarlo se quedó algo tieso. Intentó hinchar el pecho, pero el abrazo era tan estrecho que no pudo. Le devolvió el abrazo con ganas.

-La ostia. Ha costado -le musitó Rober a la oreja.

-Y va a costar mucho más. Somos los dos muy jodidos.

-Ya -le soltó y se quedaron a unos centímetros el uno del otro-. ¿Tenemos que perdonarnos el uno al otro, o algo así?

Pablo fijó la mirada en algo inusualmente rojo: las venitas de los ojos de Rober. Se preguntó si era por el cloro o si en realidad le pasaba algo que no había dicho, y luego negó ligeramente con la cabeza.

-La única persona con la que me he disculpado es mi madre, y porque me lo ordenó un tribunal - Rober soltó una larga "u".

-¿Cómo te atreves a robarme mi personalidad de los viernes noche? ¡Éso es de Karen Walker!

-¿Crees que no lo sé? Me hiciste ver esa serie entera unas veinticinco veces -Rober apretó los labios, divertido-. Creo que los años nos han hecho exagerarlo todo un poco demasiado, ¿no? Lo único que pasó es que fuimos una pareja que se rompió, sin mucha alharaca. No éramos nuestras medias naranjas.

-No.

-Creo que podemos ser cualquier otra cosa. En realidad casi todo lo que dices de mí me lo puedo tomar ya como una broma.

-¿Casi todo? -a Rober se le escapó el aire por la nariz.

-Ya te dije antes que no tienes una forma de hablar... -dudó un poco para que no sonara mal-, digamos que "normal". Seguiré habiendo muchas veces en que no sepa si lo que me dices lo sientes de verdad o no, o si es una broma o no, o si te refieres a mí o al mundo. Yo qué sé. Pero ése es mi problema: se supone que los amigos tienen que entender a sus amigos.

-Mi problema ahora mismo es que no sé cómo afrontar mi problema -discurrió Rober, pensando en *lo otro*.

-¿Yo soy parte de ese problema?

-Tú *eres* el problema -explicó Rober para quitarse *lo otro* de encima.

-Me congratula.

-¿Que te contraqué? -a Pablo se le escapó otra sonrisita y le miró con cara de padre.

-¿De verdad yo soy tu problema? -Rober refunfuñó sólo con un mohín.

-Mira, la misma opinión que aquel director de cine que no me quiso contratar porque, según él, yo era "un actor de publicidad". Ya, claro, como que le habría importado si hubiera sido Maribel Verdú o Concha Velasco, no te jode. Y yo anuncio bancos y cervezas, joder; ellas anunciaban yogures para cagar y braguitas antipéridas.

Bajó la cabeza sin querer hablar de lo que no quería hablar y se fijó en algo inusualmente azul cobalto: Pablo llevaba un pequeño anillo en el índice del pie derecho, en el que nunca había reparado. Volvió a arrugar la frente, pero lo dejó pasar, suponiendo que sería un regalo de Ibón que no tenía más remedio que usar.

-¿Y qué más, entonces? No se nos ha roto nada con la conversación -Pablo ya se preparaba para irse, pero le salió del alma un-: Se nos rompió el amor de tanto usarlo...

-Ya. Y a mí me duele la cara de ser tan guapo, no te jode -se quejó Rober-. Y tu amor llegó a mi

vida como una ola. Y seré la gata bajo la lluvia. Y el día que nací yo qué planeta reinaría. Y la gente canta con ardor...

-Vale, coño, ya lo he cogido -cortó el otro la perorata, pero aún quedaba alguna arista en sus cejas-. No sé... ¿Nos va bien la vida?

-A mí fantásticamente. ¿Y a ti?

-También -el cocinero no terminó de darlo todo por sentado- ¿Lo olvidamos todo?

-Yo ya lo he olvidado.

-Y yo. ¿Nos... perdonamos entonces?

-Yo ya nos he perdonado.

-Y yo. ¿Seguimos con nuestras vidas?

-La mía nunca estuvo en pausa.

-La mía tampoco. ¿Estamos bien con nuestros respectivos?

-Yo estoy genial con él.

-Yo también. ¿Les queremos como se merecen?

-Incluso más.

-Igual que yo. ¿Follamos? -Rober alzó una ceja.

-¿Todo ésto porque quieres echar un polvo conmigo? -Pablo le dio un golpe en el hombro.

-¡Era otra pregunta retórica, imbécil! ¡Que si nuestra vida sexual va bien!

-Ah, coño, qué susto -Rober dudó por un momento sobre si podía seguir mirándole a los ojos-. La mía inmejorable, ¿y la tuya?

-También, también... -susurró su mentira el otro, algo molesto y apuntándose mentalmente el no volver a sacar nunca el tema del sexo con él, por muy improbable que fuera aquello.

-Pues ahora estaremos de acuerdo en todo, pero cuando estuvimos juntos no pegábamos ni con cola.

-Ojalá hubiéramos tenido cola. No llegamos a estar pegados ni con moco.

-Será por cola...

-¡Y dale con tu polla! -berreó el cocinero, más alto de lo que le apetecía. Al otro se le escapó una risilla.

-Me refería a ese engrudo al que llamas sopa de marisco.

-Pero qué... te odio.

-Lo sé. Y me encanta -callaron unos segundos.

-¿No tienes nada más que decir?

-A veces me agotas tanto que me gastas hasta el vocabulario -ya iba a despedirse, pero antes pidió-: bueno, sí: ésto no significa que podamos seguir diciéndonos todas las burradas que se nos pasen por la cabeza.

-¿Por qué no? -inquirió Pablo-. Me ha resultado más divertido de lo que esperaba. Y muy instructivo. Aunque yo no tengo la velocidad mental suficiente para hacer tus juegos de palabras.

-Será de los inteligentes, porque de los otros no paras -Pablo frunció toda la cara a modo de respuesta-. Vale, vale, pero busquemos los momentos. Tampoco apetece vomitar tanto y con tanta asiduidad.

-Cierto. Te haré una seña. O aún mejor: nuestra contraseña será “pollón”: no tendremos ningún otro motivo para pronunciarla en una conversación normal -hizo un gesto cómplice y Rober sonrió y se volvió a acercar a él sólo para arrimar cebolleta. Pablo se dejó frotar un par de veces y también se le escapó una sonrisa por la nariz.

-Guarra.

-Pez.

Pablo cogió su vaso y se lo llevó con él. Rober reparó en su taza y pensó que la tila ya estaría helada. No le gustaban las infusiones frías.

Tampoco le gustó recordar por qué la había pedido. Al darse cuenta de que iba a empezar a llorar otra vez se fue corriendo al servicio.

Al aparecer Luis un buen rato después, Rober se levantó enseguida para cogerle de la mano y llevárselo a la piscina. No quería que su marido notara nada en su cara, en sus ojos, en su voz, en todo lo que se le había dado la vuelta. Unos minutos después el cloro había hecho su trabajo tiñendo sus ojos de rojo aún más.

De cualquier forma, ya tenía claro que no iba a abrir la puta boca e iba a dejar que el aliencito en su estómago le devorara por dentro durante el resto de su asquerosa y miserable vida.

Pablo entró, decidido, con la intención primera de sacar a Ibón del gimnasio. El hombre sudaba profusamente apoyado con sus manos contra una pared mientras estiraba los músculos de las piernas y trataba de recuperar el aliento cuando el cocinero entró en su reino, mirando a un lado y otro, buscando a otra gente, pero Ibón estaba solo, y ni siquiera se había dado cuenta, así que se sobresaltó cuando Pablo le tocó la espalda mojada.

-Coño, qué susto. A veces eres como un gato.

-Me mola tener algo felino. Es sexy -le empujó para darle la vuelta y enfrentarse a él. Levantó su camiseta y le comió un pezón con ansia. El calvo gimió, divertido.

-¡Pero qué haces!

-Siempre te gustó hacer cochinas en tu gim. Podemos hacerlas en otro.

-¿De verdad quieres arriesgarte a que alguien nos pille? ¡Mira la hora que es!

-Que les follen -volvió a morderle el pecho-. No, que me follen a mí. Ahora, y aquí.

-Joder, Pablo -susurró el mamotreto-. Qué cachondo me pones a veces...

Pablo dejó pasar ese “a veces”. Estaba inusitadamente salido, así que se dedicó a desnudar a su chico, obligarle a tumbarse en una máquina de pectorales y comerle todo ese cuerpo entero, saboreando su sudor como si fuera ambrosía. Al fin y al cabo era un deportista y el sudor de los deportistas no sabe ni huele tan mal como el de un jodido vago como él.

Veinte minutos después Pablo le estaba dando como hacía mucho tiempo que no le daba, gruñendo ambos, diciéndose todas las guarradas que se les ocurrían. Dos treintañeras que por las pintas debían ser primas gemelas aparecieron en la puerta del gimnasio. A una de ellas se le escapó un “Oh”, agarró el brazo de la otra y tiró de ella para irse. Pero la segunda se quedó mirando con la boca y los ojos muy abiertos. Luego se mordió un labio.

La primera insistió con el tironeo y musitó:

-Vámonos, coño.

-Déjame, por dios. Qué cachonda me pone ésto.

-¡Pero qué cerda eres de vez en cuándo! ¡Vámonos! -pero la otra no movió ni un pelo.

Ellos ni se dieron cuenta hasta que Ibón, que estaba a cuatro patas sobre una alfombrilla, se incorporó para soltar un estentóreo “¡Me corro!” seguido de un “¡Ostia!” al ver a las muchachas, que corrieron por el pasillo tras el primer chorro de semen. Pablo siguió a lo suyo, pensando que el “ostia” se refería a lo bien que lo estaba haciendo y llenando las tripas de su marido cuando a éste se le contrajeron por su propia corrida.

-Te digo que no me voy de este barco sin echar un buen polvo -dijo la cachonda en cuanto estuvieron a unos metros. Y opinó-: Qué pena, el calvo, con la pinta de empotrador que tiene.

-Cerda -murmuró la otra, algo molesta porque en esos pocos minutos se le habían mojado las braguitas-. No vas a follar ni loca. Con esa pinta de calentorra asustas a los hombres.

-Qué sabrás tú de hombres, beata.

La beata se calló que ya había echado un par de polvos con sendos chulazos en aquel viaje.

Cenaron en “El Mirador”, uno de los cuatro mil restaurantes que aún no habían pisado. A Ibón le escocía un poco el culo, pero lo único que provocaba aquello es que de vez en cuándo se recolocara, frotándose un poco contra su asiento y soltando algún gemidito.

Pablo resplandecía. Se pasó toda la cena soltándole flores a su marido. Al llegar el postre -lo que resultó ser una auténtica delicia de tarta de galleta, mousse de limón y merengue de limón tostado-, Ibón se humedeció los labios.

-Uff, qué pintaza.

-Sí. La verdad es que no me están decepcionando. No es que la comida sea de lujo, claro, pero sí que se puede disfrutar.

-Yo lo estoy disfrutando todo, niño. Todo ésto es una verdadera gozada -soltó Ibón convencido, a pesar de que aún le dolía la nariz con ciertas muecas. Pablo se puso tonto.

-Te lo mereces. Y te lo debía. Hacía mucho que no teníamos unas vacaciones en condiciones.

Ibón estiró una mano mientras con la otra se llevaba a la boca una cucharada de tarta que a un tiranosaurio le habría resultado exagerada. Pablo agarró esa mano de estibador pijo y no la soltó hasta que ambos dieron buena cuenta del postre, aún con lo incómoda que les pudiera resultar la postura a los dos.

Al terminar se fueron al camarote, apagaron la luz y se desvistieron el uno al otro. Se abrazaron desnudos. Ambos se excitaron y se besaron. Ibón notó en sus costillas cómo el corazón de su marido se aceleraba y luego se relajaba, y lo mismo pasó con sus miembros. Luego se arrastraron el uno al otro hasta la cama, sin deshacer el abrazo, y se dejaron caer en ella como pudieron. Siguieron besándose durante una eternidad, anudando brazos y piernas, y después se quedaron mirándose en la oscuridad sin llegar a verse, mientras les iba invadiendo un sopor templado.

-Te quiero -susurró Pablo. Al principio Ibón no dijo nada, luego estrechó un poco el abrazo.

-Joder, te ha costado -musitó-. Es la primera vez que me lo dices en todo el viaje.

-No es cierto. Te lo he dicho mil veces, me hayas oído o no. Y no será la última.

Pablo se dejó escurrir un poco por la cama para que su cara se pudiera hundir en el pecho de Ibón. El ritmo fuerte y acompasado del corazón del deportista le amodorró y no le dejó pensar, por fortuna, en nada más. En realidad, no quería pensar en nada más.

Aunque ambos sabían que por la mañana les dolería todo el cuerpo, se durmieron en esa postura.

Rober no durmió hasta que ya estaba amaneciendo.

DÍA 8: Fuck you (very very much)

Casi todas las mañanas el barco emitía un zumbido profundo e ilocalizable, se quejaba, vibraba aquí y allá. Pero ahora estaba en completo silencio, y no se movía en absoluto. Esta mañana, además, una magnífica luminosidad lo encendía todo de un amarillo radiante, como en un hotel de primera línea de playa. Al despertar tuvo la extraña sensación de estar en casa.

Miró a Rober, como casi todas las mañanas. Solía despertar antes que él, por mucho que en este viaje se estuviera relajando con el reloj. Muchas de esas mañanas se quedaba tumbado de lado junto a él y estudiaba cada pelo de su cara y de su pecho, cada peca -cada vez tenía más, por poco que le gustaran-, cada uno de los pequeños rizos que después de ducharse se empeñaba en domar sin conseguirlo del todo, logrando sólo algunos días asemejarse a un señorito andaluz; el resto se parecía más a alguno de los Jackson 5 cuando eran jovencitos.

Era su momento de mirarle durante un buen rato y adorarlo, y preguntarse qué había hecho para merecerle.

Le peinó un poquito el bigote, que se le disparaba cuando pasaba un buen rato boca abajo en la cama. Le acarició el vientre, el pecho, sabiéndole dormido: emitía un ligerísimo ronquidito con la boca un poco abierta, y jamás habría permitido que le viera de ese modo estando despierto. Cuando fingía dormir lo hacía con una respiración pretendidamente profunda y la cara del todo relajada con cada rasgo en su sitio.

Un par de veces su amado le había sorprendido con el juego de Virginia Hamm en “Trilogía de Nueva York”: levantarse antes que él y correr a darse una ducha, peinarse, maquillarse las ojeras y la palidez para después tirarse en la cama junto a él en la más exagerada de las poses de una *Hollywood Star* del cine mudo, fingiendo dormir pero haciendo el suficiente ruido como para despertarlo. La primera vez se habían tronchado de risa. La siguiente le había seguido el juego y se había transformado en un esclavito desnudito de su hombre-fatale al más puro estilo Valentino. Esperaba con ganas una tercera vez.

Le siguió acariciando: un hombro, la cara, la frente, la otra mejilla y el mentón, el cuello... Paró ahí, se acercó unos centímetros, se lamió el dedo gordo e intentó borrarle una mancha, probablemente de algún maquillaje rarísimo.

Pero el puto chupetón no se borraba.

Caminó un buen rato por la cubierta más cercana al suelo del puerto. Aún no había mucho movimiento, pero ya se veía a algunos yendo y viniendo con mochilitas y bolsos, bajando por alguna de las pasarelas que reposaban en tierra firme desde que llegaron.

Al fondo, tras lo que parecían kilómetros y kilómetros de ciudad horrorosa, el Partenón. Sólo pudo pensar en que después de tantos años deseando conocerlo al final iba a estar en Atenas y no lo iba a ver más que desde donde estaba.

Se llevó las manos a la cara, apoyando los codos en la barandilla y frotándose la frente con sus largos dedos de pianista. Se hizo daño en el jodido dedo jodido y encima se raspó la frente con la férula de plástico, pero se quedó un rato en esa postura, hasta que alguien que hacía mucho ruido al correr le sobresaltó dándole unos golpecitos en el hombro.

-¡Ey, nene! ¿Estás bien? ¿Estás mareado, o algo?

Ibón le sonreía con algo de preocupación, dando saltitos para que sus piernas no se enfriaran: llevaba ya más de media hora corriendo por el barco, subiendo y bajando escaleras de todo tipo.

Luis suspiró: era el tipo con quien menos le apetecía encontrarse en ese momento.

Bueno, no: ése era Roberto.

-No, no, estoy bien. Sólo... algo... -empezó a temblar, primero de forma imperceptible, luego subiendo en intensidad. Se giró para apoyarse otra vez en la barandilla y no pudo evitar echarse a llorar.

-¡Nene! ¡Luis! -el hombre intentó enfrentarle a sí por los hombros, pero Luis no se dejaba, de modo que usó toda su fuerza para obligarle y le agarró ambos brazos-. ¡Por dios, Luis! ¿Qué te pasa?

-Déjame en paz, por favor.

-¡Pero cómo te voy a dejar así! ¿Estás loco? -se agachó un poco para obligarle a mirarle a la cara-. Dime qué te pasa.

Luis intentaba parar, pero no podía. El sollozo arreciaba, y empezaba a sentirse ridículo y molesto.

-Por favor, Ibón. No es nada que te importe, ni...

-Pero nene, ¿cómo no va a importarme?

-Que no, te digo, y no es algo con lo que me puedas ayudar -intentó explicarse, sorbiendo mocos-. Déjame, que no...

-Has discutido con Rober -aseveró el hombretón, e intentó levantarle la cara por el mentón. Luis la apartó, sulfurado.

-No he discutido con Rober -seguía temblando, aún más molesto, pero hablar estaba logrando cortar el sollozo, ahora intermitente y lleno de hipo. Ibón le observó con algo menos de preocupación.

-Has discutido con Rober -reiteró, ahora frunciendo los labios. Luis le miró por fin, maldiciéndose y mirando a la vez a las nubes, al puerto, a un bote salvavidas.

-Todavía no -murmuró. Ibón estiró toda la cara y resopló.

-Ay, madre -no quiso obligarle ahora a nada, sólo esperó a que el otro se soltara, pero Luis seguía mirando a cualquier parte, y a él sólo de hito en hito-. ¿Qué ha pasado?

Luis cogió todo el aire que pudo y lo soltó. Miró al hombre sin conseguir que no le temblaran los párpados.

-¿Te has follado a Rober?

Ibón le soltó como si le hubiera dado calambre. Gritó su respuesta:

-¡No! ¿Qué dices?

Luis volvió a suspirar y a llevarse las manos a los ojos. Se secó la cara con los dorsos y se frotó los párpados, intentando controlar un tic en uno de ellos.

-Perdona, no sé por qué lo he dicho. En realidad sé que no has sido tú -Ibón puso los ojos en blanco e hinchó las mejillas. Iba a ser mucho peor de lo que había supuesto. Le volvió a agarrar por los brazos con fuerza, ahora mucho más preocupado.

-Vamos a algún sitio a sentarnos y te tomas algo, ¿ok? -Luis movió la cabeza con desesperación.

-No, por favor. No quiero hablarlo precisamente contigo -negó rápido con la cabeza-. No quiero hablarlo.

Ibón se mordió los labios. No sabía exactamente cómo podía ayudar, por mucho que no fuera la primera vez que vivía aquello con un amigo.

-¿Estás seguro? -preguntó, despacio-. Quiero decir que si sabes seguro que Rober ha...

-Pues claro, joder -le cortó-. De qué si no iba a estar así. Yo no le dejo nunca esos chupetones.

Ibón nunca había visto tan desmadejado a su ex, ni siquiera cuando rompieron. Aquella vez se habían gritado en siete idiomas, se habían cabreado como nunca, lo habían pasado muy mal, pero esa cara... no, no se la había visto nunca.

-Ven, por favor, tómame algo para tranquilizarte. Así a lo mejor te das cuenta de que un chupetón puede no significar nada. No hablamos si no quieres, pero yo no te dejo así ahora.

Luis volvió a negar con la cabeza y notó que las lágrimas empujaban de nuevo. Tragó con esfuerzo una saliva que le arañó la garganta seca. Hecho un mar de dudas miró al otro, que sólo le hizo un solícito movimiento de cabeza, aunque el músico sólo vio los llamativos resultados de su puñetazo.

-Qué coño, con quién más voy a hablar.

Rober se desperezó gruñendo y estiró un brazo por la cama, pero Luis no estaba. Ni en la terraza tampoco. Se dio una ducha, medio dormido y sin mucha intención. Se miró en el espejo del baño mientras se secaba y se sintió una mierdecilla, en todos los aspectos: no sólo seguía pareciéndole que se había comportado como un gusano, sino que parecía un gusano: verde, con unas bolsas enormes bajo los ojos, sin fuerzas más que para arrastrarse con cuatro de sus cien patitas.

Así lo hizo hasta la cama. Se sentó en el lado de Luis y vio una nota sobre la mesilla. La cogió esperando una invitación a desayunar.

“He ido a sacarle los ojos”.

Durante unos segundos no lo entendió. Luego un calor tremendo se extendió desde su estómago hacia todo el resto de su cuerpo e hizo que casi se le saltaran las lágrimas.

Se vistió a toda prisa y salió corriendo hacia el camarote de Alberto. Tardó casi veinte minutos porque se volvió a perder. Le recibió Yujenson entornando la puerta sólo unos centímetros.

-Rober... -susurró el muchacho.

-¿Dónde está Alberto? -Yujenson frunció el entrecejo ante la urgencia nerviosa del hombre.

-En la cama, frito. ¿Qué pasa? -de pronto Rober no sabía qué decir. Tragó saliva y dudó con los labios ante la tranquilidad del vallecano.

-Oh, nada, nada. Era por algo de curro, pero déjale dormir, ya hablaré con él.

-Ah, claro... -no le dio tiempo a más. Rober ya se iba por el pasillo sin saber exactamente a dónde, preguntándose si Luis sería capaz de sacarle los ojos a alguien. Pensó en Zoca y Ginés y le pareció del todo imposible que su marido se enfrentara físicamente a ellos, no porque fueran montañas de músculos, sino porque Luis no era así.

Luego pensó en Ibón y en su nariz.

Se paró en seco en un cruce de pasillos y se apoyó en una de las esquinas, sin saber hacia dónde tirar y con un estómago encogido que comenzaba, además, a revolverse.

Cuando al fin logró salir a una cubierta que le sonaba de algo se dirigió corriendo a la de la piscina. Allí no había nadie. Se preguntó qué hora sería y se dio cuenta de que se había dejado el móvil en el camarote al salir a toda prisa. Se maldijo, aunque sabía que lo más probable sería que Luis ni le cogiera una llamada ni viera un mensaje suyo.

No se le ocurría dónde buscar. Se apoyó en la barandilla exterior y entonces se dio cuenta de que habían atracado. Se desesperó, imaginando a su marido dando vueltas por Atenas, buscando quién sabe a quién con un pistolón del 45 en una mano y un machete *kukri* en la otra. Le imaginó enorme y musculoso y vestido de Rambo, cruzando una plaza enorme en cuatro pasos para partírle la nariz a un tipo cualquiera, sacarle los ojos y cortarle la cabeza, y luego cogiendo un taxi y pidiéndole al chófer en un griego perfecto que le llevara al aeropuerto.

Le recordó en el servicio de la trattoria de Taormina, con Ibón agarrado a él como una garrapata tremebunda de seis brazos y dos piernas, las dos lenguas gigantescas de ambos enlazadas en un grotesco y pornográfico nudo. Sabía que no era verdad, de modo que se hundió aún más al ser plenamente consciente de lo que había hecho. Se insultó tanto a sí mismo que se quedó sin palabras y se sintió tan sumamente miserable que no tuvo fuerzas ni para llorar.

Apretó con fuerza la mandíbula y le dieron ganas de tirarse por la borda. Se imaginó a sí mismo cayendo, estrellándose contra el muelle, haciéndose una repugnante tortilla verde de gusano. En lugar de éso volvió por el pasillo por el que había salido y entró en un ascensor. Bajó a la cubierta principal y se quedó de pie junto a una de las pasarelas de bajada, mirando con cara de idiota los enormes edificios del puerto.

Imaginó mil cosas más, pero ninguna de ellas tenía que ver con un gimnasio en un barco.

Un rato antes de éso Ibón y Luis habían llegado al gimnasio preferido del gimnasta, que empujó la puerta de cristal y comprobó que, como casi todos los días, no había nadie. ¿Quién coño se mete en un crucero de lujo para matarse a hacer ejercicio?

Luis esperó en la puerta, ya más tranquilo, pero con algún dolor interno al que no era capaz de dar nombre ni localización. Ibón le hizo una seña para que entrara y, aunque se lo pensó, se dejó llevar por sus pies, que en aquel momento no recibían órdenes de su cerebro. Se dejó caer en el asiento de una máquina para pectorales y se agarró a ambas barras, sin más intención que colgar su peso de algo. Ibón cogió un taburete y se sentó frente a él.

-No hace falta que hablemos si no quieres.

-Claro que no quiero, pero si realmente tú no quisieras me habrías llevado a alguno de los mil trescientos bares en que me quedaría callado como un muerto.

Ibón sólo estiró un poco una comisura de sus labios.

-De verdad que por mí no es necesario. Sólo creo que no debes estar solo -Luis le miró con cara de pocos amigos-. Y que a lo mejor sí que te viene bien contarle, no sé.

-Yo tampoco lo sé.

-Bueno, pues no hagamos nada.

El otro abrió la boca y la movió como un pez agonizante, pero no le salió ni un quejido. Sí que soltó un largo suspiro que le quedó condenadamente melodramático, al que Ibón sólo reaccionó con una pequeña mueca.

-Vámonos a una terraza, por favor. Rodeado de gente sí que no me van a entrar ganas ni de hablar, ni de llorar, ni de nada.

-Éso no te va a ayudar mucho.

Luis se quedó mirándose las uñas de los pies. Tenía un rasguño en el dedo gordo del pie derecho que no sabía de dónde había salido. Se agachó para tocarlo justo cuando Ibón cerraba las piernas para acomodarse y su frente chocó con la parte más dura y angulosa de una de sus rodillas.

-¡Auh! ¡Coño, encima! -se llevó una mano a la frente mientras se echaba hacia atrás a toda velocidad, golpeándose esta vez la cabeza con una de las abrazaderas de la máquina-. ¡Ostias, joder!

Ambos se levantaron a la vez, el uno cabreado, el otro preocupado por los golpes. Sus pechos chocaron y ambos perdieron el equilibrio. Luis volvió a sentarse en la máquina, pero Ibón se enredó con el taburete y cayó hacia atrás cuan largo era. Gritó al notar el duro suelo en la misma zona del culo que había sentido el duro suelo siciliano el día del puñetazo, y gimió luego al encoger toda la cara y hacerse daño en la nariz.

Luis le miró mientras el hombretón se frotaba la rabadilla, medio tumbado frente a él con una pierna aún sobre el taburete. Se le escapó una risilla por la nariz y luego empezó a reír bajito.

-Oye, cabrón, por lo menos ayúdame a levantarme, o algo -también se le dibujó una sonrisita avergonzada, ésa que se nos escapa a todos cuando nos caemos en público de una forma absurda.

Luis se puso en pie, riendo cada vez con más ganas, y le tendió una mano que Ibón agarró con todas sus fuerzas. Pero el hombre pesaba demasiado para un sencillo pianista, de modo que en lugar de levantarse lo que consiguieron fue que Luis se le cayera encima y ambos se partieran de

risa.

Los dos siguieron riendo, mientras Luis intentaba levantarse sin poder hacerlo, en parte por las risas descontroladas y nerviosas, en parte porque tenía que abarcar demasiado espacio con los brazos para rodear al armario ropero que tenía debajo. Finalmente se dejó caer sobre él, apoyando los antebrazos en sus hombros. Poco a poco fueron serenándose, sin poder mirar a otro sitio que no fuera la cara del otro. Después de algún sonido gutural y alguna tos se miraron durante lo que pareció una eternidad. Luis relajó todo el cuerpo y le buscó la boca.

-Luis, no -Luis tragó saliva y empezó a arrepentirse y a sentir una profunda vergüenza.

-Sólo quiero follar. Sólo un polvo de reconciliación -aprovechó que le tenía aprisionado con todo el cuerpo para empezar a besarle el cuello casi con desesperación.

-No, tío, joder -se quejó el hombretón-. Éso ya lo pudiste tener y no lo quisiste. Ahora no quieres un polvo de reconciliación; quieres vengarte, joder. Y no lo vas a hacer conmi...

-Cállate y fóllame, te lo pido -Luis volvió a mirarle; le temblaban los labios, pero ya frotaba su paquete contra el de Ibón-. No significa nada, pero lo necesito ahora. Por favor.

-Luis, no puedo.

-Pues ésto me dice que sí que puedes -metió una mano entre ellos y agarró el pene de Ibón, que empezaba a endurecerse. Ibón gimió y cerró los ojos. Luis bajó por su pecho lamiendo y besando hasta colocarse entre sus piernas. Ni siquiera le bajó el pantaloncillo de deporte: le sacó el rabo por una pernera y se lo metió en la boca.

Para cuando ya estaba del todo preparado y Luis desnudo y sentado sobre él, Ibón ya había perdido el control, guiado por su propio deseo.

Tras un buen rato de pelea sexual las dos primas hermanas del día anterior aparecieron frente a la puerta del gimnasio y se quedaron con las manos apoyadas en el cristal.

-No me lo puedo creer... -susurró una.

-¿Es el polvazo oficial del barco? -se preguntó la otra.

-No sé, chica, pero joder, me pone perraca.

-¿No serás un poco lésbica?

-Lo justo como para salivar viendo cómo un tío folla con otro.

-Ah, vale -suspiró la otra, aliviada-. Anda, vámonos, que todavía les atacas, zorrón.

-Frígida.

-Perra.

La frígida se calló que ya había echado tres polvos con sendos morlacos en aquel viaje.

Pablo se despertó poco después de que Ibón se fuera y se sentó en la terraza del camarote a estudiar recetas antiguas en su ordenador mientras esperaba a que el gimnasta regresara de hacer su gimnasia y se duchara. Quería renovar la carta de invierno del "Guti" revisitando sus mejores y más premiados platos de toda la vida. Ni siquiera pensó en el tiempo que pasó así, y que era demasiado ejercicio incluso para Ibón. Lo más probable era que se hubiera tumbado a retostarse junto a la piscina: se estaba poniendo como un conguito, y pensar en su línea del bañador le puso un poco cachondo. No daba para paja, pero sí para sentir un agradable calorcillo durante un buen rato. Si no volvía en una hora le mandaría un mensaje recordándole que quería llevarle a comer en un restaurante de Atenas que conocía bien y en el que te ponías ciego, aunque fuera caro.

Ibón y Luis se quedaron también un buen rato en el gimnasio, tumbados en el suelo en pelota picada.

-¿Aquí nunca viene nadie? -se preguntó Luis en voz alta.

-A estas horas la mitad del barco estará ya en tierra -opinó Ibón, recordándoles que ambos tenían

planes con sus respectivos-. Pero también creo que es porque esta sala está preparada sólo para musculación. Hay un par de gimnasios bastante más grandes y con preparadores físicos y clases de zumba y gimjazz y todas esas cosas que les gustan a las marujas, y ahí es donde debe ir todo el mundo.

-Mola -la cabeza de Luis descansaba en el hueco de uno de los sobacos de Ibón, de modo que no le vio la cara al preguntar-: ¿y cuántas veces has follado aquí?

Ibón no respondió, de pronto molesto. No sentía cargo de conciencia alguno; como había dicho Luis, aquello no significaba nada. Estando con Pablo había tenido sesiones de masturbación solitaria que le habían hecho sentirse mucho más culpable que aquel polvo. Pero le jodió la idea que Luis tenía de él.

-Sólo una. Y con Pablo, por supuesto -apartó el brazo de repente y Luis estuvo a punto de golpearse la cabeza otra vez, esta vez contra el suelo.

-¡Ey! -exclamó-. ¡Cuidado!

Ibón ya estaba en pie y buscando sus dos piezas de ropa para ponérselas a toda prisa.

-Me tengo que ir -Luis se quedó sentado mirando cómo se vestía y no pudo evitar ponerse morcillón.

-¿Te *tienes* que ir? ¿Qué prisa hay? Estamos de vacaciones.

-Pablo quiere que vayamos a comer a un sitio que conoce aquí. Y de paso a ver piedras, claro -lo dijo todo como de pasada; no sonó a excusa. Pero Luis era largo.

-Lo siento, tío, no quería... -se cortó a sí mismo en cuanto estuvo de pie-. No, en realidad no lo siento. De hecho me siento de puta madre. Qué hijos de puta somos los tíos.

-Ahí no me incluyas -Ibón ya se había puesto todo y le enfrentó desde lejos. No tuvo más remedio que ver el medio empalme del otro. Cerró los ojos y resopló, pensando en los días que había pasado deseando precisamente aquello. Pero no así, no con el significado que aquel polvo tenía-. Si te quieres sentir como un hijo de puta es cosa tuya. Yo ni lo soy ni me siento así.

Dio un par de pasos hacia la puerta y Luis los dio tras él, pero Ibón se dio la vuelta antes de salir para decirle algo. Al verle como estaba dijo otra cosa.

-Vístete, coño.

-Ibón, no te vayas así -Ibón dejó caer su mentón al pecho y se pasó la lengua por los dientes. Se dio cuenta del sabor en su boca y volvió a resoplar.

-¿Cómo me voy? -Luis hizo un gesto de duda.

-No sé. Así -la mirada del hombre sí que hizo que tuviera ganas de vestirse, pero sabía que si no mantenía el enfrentamiento físico Ibón se iría-. A ver, que lo más probable es que hayamos metido la pata, pero no...

-¿*Hayamos*? -silabeó Ibón-. No, bonito. La has metido tú. Yo tengo pareja abierta.

Luis perdió un momento la mirada, algo avergonzado, pero sin saber por qué, completamente seguro de que había hecho bien, pero sintiéndose algo infame.

-Vale, perdón. Quería decir que lo más probable es que yo haya metido la pata. Pero mejor me lo pones. No tienes razón para sentirte mal.

-No me siento mal por mí, sino por ti. Porque ahora se lo tendrás que contar a tu marido, y los dos seréis y os sentiréis como un par de zorras infieles -afiló el tono-: y porque por intentar precisamente ésto hace unos días casi me partes la nariz.

Ahora sí que Luis se sintió mortificado. Dio otro paso hacia Ibón, que le paró alzando una mano y negando con la cara.

-Pero es que entonces no sé qué te pasa. ¿Qué quieres, que te pida perdón?

-Conmigo no tienes que hacer ni decir nada. Sólo piensa en lo que has hecho. En lo que le has

hecho a Rober y en con quién se lo has hecho. En si realmente te merece la pena haberte vengado así -dejó transcurrir unos segundos, no esperando respuesta, sino que el otro discurriera.

-No lo entiendo, en serio. Si te pones así es porque te sientes culpable por lo que *tú* has hecho, no por mí -Ibón cogió aire entre los dientes.

-No voy a seguir con esta discusión absurda. ¿Es que no nos dijimos suficiente cuando lo dejamos?

-Yo no. No te insulté todo lo que te merecías porque entonces era demasiado buena gente. Ahora soy un hijo de puta que reconoce a los suyos y se lo hace saber.

-No hace falta que lo hagas. Sé lo que piensas de mí desde hace años, y es posible que con respecto a ti mismo realmente lo pienses. Pero no lo pienso cambiar: es lo que me hace sobrevivir a la buena gente como tú, que tienes de hijo de puta lo mismo que la Madre Teresa.

-A ver si encima fui yo quien te hizo daño.

-No, fuiste tú quien me hizo ser dañino -Ibón se estaba encendiendo más de lo que deseaba.

-¿Cómo?

-Qué, ¿que no te diste cuenta de cómo me cambiabas?

-Mira, cuando encuentres palabras para explicarme éso, vienes y me lo... -Luis recordó que seguía desnudo y se tapó la polla, púdico de repente, con una mano-. No. Ni de coña. No quiero saber nada más.

-No, claro. Quédate otra vez sin oírlo. Como has hecho siempre. Tan buena gente que prefieres desaparecer antes que tener una discusión sobre algo que no te apetece.

-Yo siempre he afrontado mis problemas.

-Ya, pero nunca has movido un dedo para que los demás pudiéramos afrontar los nuestros.

-Es que nunca he necesitado llorarle a nadie para solucionar mi vida.

-Pero los demás no somos tan fuertes, Luis, ni tan listos. Ni tan nada.

-Joder -se quejó Luis, dando un paso más, algo dudoso.

-No hace falta que te acerques tanto a mí -Ibón sonó insultantemente despectivo, y el músico se encogió un poco, llevándose también la otra mano a la entrepierna.

-Tranquilo. Ahora mismo no te tocaría ni arrancándome las manos e implantándome las de un zombi.

Ambos se miraron durante un largo momento con una actitud belicosa que usualmente no se encontraba entre las de ninguno de los dos.

-No sé, Luis; sólo piensa un poco. Y vístete de una vez.

Se dio la vuelta y se marchó, por muchos “esperas” e “ibones” que Luis soltara.

-Joder.

Aunque saludó a gritos, Ibón entró directamente al baño para que Pablo no le oliera el sexo que llevaba pegado por todo el cuerpo. Se le fueron los sudores y la mínima culpa que sentía por el sumidero de la ducha.

Tras secarse comprobó en el enorme espejo del baño si le había quedado alguna marca de la lucha que no pudiera explicar mediante algún golpe en el gimnasio y luego salió a la terraza con una toalla que extendió sobre una de las tumbonas, dispuesto a conseguir que la línea del bañador se borrara un poco.

-¡Te vas a arrasar la piel! -Pablo ni le miró, concentrado en su ordenador.

-Me gusta.

-¿Qué tal la piscina? ¿No has tomado el sol bastante por hoy? -Ibón frunció el entrecejo, pero era rápido: llevaba años mintiendo a sus clientes sobre sus mejorías en el gimnasio.

-Qué va. He estado todo el rato haciendo ejercicio, que me estaba despistando mucho -estiró una

mano y acarició lo único a lo que llegaba desde la tumbona: un pie de Pablo. Éste estiró la pierna para acercárselo todo lo que pudo y siguió a lo suyo. Ibón se quedó cuajado a los pocos minutos.

A Luis los sudores y la culpa se le quedaron en la puta cara.

Se duchó en el mismo gimnasio, sin pensar en que no tenía toallas, ni ser lo suficientemente despierto como para buscar una en alguno de los muchos armarios del pasillo de las duchas, de modo que lo único que pudo hacer fue saltar un poco y frotarse con fuerza para quitarse algo de agua de encima e irse con la ropa mojada.

Dio un largo paseo por varias cubiertas para que el aire le secara, más con la intención de que la brisa se llevara algo de la malignidad que se le había instalado en las tripas. Pensó mucho en la conversación con Ibón, preguntándose si podía haber sido tan jodido con él, en aquella relación, pero sabiendo que en absoluto había sido así, nunca, con Rober. Sólo le había hecho ésto... y ésto era algo que Rober no tenía por qué llegar a saber si él tenía los cojones para emparedarlo todo a cal y canto en alguna circunvolución de su cerebro.

Pero estaba Ibón.

Hubo un momento durante el paseo en que se apoyó de nuevo en la barandilla. Ni se dio cuenta de que un par de metros más allá, pero dos pisos por debajo, Rober se debatía entre seguir buscándole por el barco o bajar a tierra, de pie junto a una de las pasarelas. Pero sí que pensó que si no aparecía por el camarote Rober se despertaría y le llamaría o algo, porque ya habían previsto una visita turística, ésa que a primera hora de la mañana había pensado no hacer. Decidido, echó a andar hacia el camarote, esperando que su chico no hubiera reparado en la nota. Rober, por obra y gracia de algún aquelarre de hadas, pensó lo mismo. Sin ganas, volvió al ascensor y pulsó el piso séptimo.

Luis llegó al camarote antes y se sorprendió al ver que su marido ya no estaba allí. No supo qué hacer exactamente, pero sí reparó en que su nota estaba tirada en el suelo. Se sentó en la cama y se quitó la bandolera, sacando el móvil de ella y llamando. El teléfono de Rober sonó en algún lugar indefinido del propio camarote. Aún más extrañado se levantó y lo buscó. Cuando la llamada se cortó sola volvió a llamar, hasta hallarlo en la bandolera azul de Rober, tirada casi bajo su mesilla de noche. Miró aquel móvil, que sonaba insistente, sin colgar, y así estaba cuando la puerta se abrió.

-¡Luis! ¿Dónde estabas? -Rober corrió hacia él y le abrazó con fuerza inusitada-. ¡Lo siento! ¡Lo siento, mi niño! ¡Perdóname!

A Luis se le cerró la garganta y se le encogió el estómago. No pudo reaccionar, ni bien ni mal.

-Rober... -musitó, mientras el otro seguía disculpándose de mil maneras.

-Amor, te juro que no...

-¡Rober! -le cortó ahora con un chorro de voz-. ¡Basta!

Rober comenzó a temblar violentamente cuando Luis le apartó de un empujón, y él mismo también. Rober se angustió al notarlo, pensando que Luis intentaba de alguna manera no estallar, no liarse a dar gritos, pero no esperaba en absoluto la cara de su marido cuando por fin éste habló.

-No hay nada que perdonar.

-¿Qué?

-Que no hay nada que perdonar. O no sé, a lo mejor nos tenemos que perdonar todo el uno al otro. A lo mejor yo te tengo que perdonar por ser un putón y tú me tienes que perdonar por ser un hijo de puta... -se le trabó la última sílaba en un tono tan agudo que le sorprendió a sí mismo.

-¿Qué? ¿Pero por qué? ¡Tú eres el mejor tío que conozco, qué hijo de puta ni qué ostias! Tú sí

que me... -Luis le volvió a cortar, protegiéndose con un brazo estirado ante el avance de Rober.

-Me acabo de follar a Ibón.

Rober se quedó callado, aún temblando y frunciendo más toda la cara con cada segundo que pasaba. Luis no se amilanó, pero le ardían las tripas.

-Éso no es... cierto -comenzó Rober, confuso-. Tú no...

Luis sólo confirmó con un movimiento de cabeza. Rober se separó un paso de él y le lanzó una mirada turbia.

-Éso es mentira. Sólo lo dices para hacerme daño -Luis puso los ojos en blanco y empezó a llorar despacito. A Rober se le encogió aún más el estómago al verlo.

-Lo he hecho para hacerte daño, éso sí que es cierto -no pudo decir nada más. Rober se echó hacia atrás y se dio de bruces con la puerta del armario. Se quedó apoyado en ella, con la cabeza dándole vueltas a toda velocidad. Comenzó a llorar también. Luis estuvo a punto de tirarse sobre él cuando oyó el suave sollozo, abrazarle por detrás hasta cortarle la respiración, comérselo a besos, pero no pudo. Lo único que veía desde donde estaba era el chupetón.

Cogió su móvil y su bandolera a toda prisa y salió del camarote. Rober dio un paso tras él cuando se dio cuenta de que se iba, pero se quedó allí, apoyado, llorando como un niño y sintiéndose aún más imbécil e impotente de lo que se había sentido en toda la mañana.

Luis dio mil vueltas por los pasillos antes de atreverse a salir a algún sitio donde alguien pudiera verle; le estaba resultando complicado controlar el lagrimeo y la respiración entrecortada. Al final lo consiguió al pensar en un buen lingotazo mientras pasaba frente a una de las terrazas que aún no conocía. Al pedir un whisky sin hielo con aquella faz el camarero no pudo contener un ligero mohín: aún no eran las once de la mañana, pero los camareros de los cruceros están acostumbrados a éso y a más, de modo que le sirvió con su sonrisa más profesional tras comprobar su pulsera verde y le vio tomarse la bebida de un trago e irse. Volvió a su mohín y se olvidó de él en tres segundos.

Luis se arrepintió enseguida: el estómago ya ardía de por sí, y cuando el líquido llegó allá, el órgano le lanzó una llamarada que le llegó al paladar y le provocó una arcada.

Su cabeza trabajaba a toda velocidad, proponiéndole diferentes escenarios que hacían que todo le diera vueltas, cada cual más horroroso que el anterior. No podía dejar de pensar en su futuro, en lo que había hecho, en lo que había hecho Rober, en si podría perdonarle, en si su chico podría perdonarle a él... en la sorpresa prevista que ahora se esfumaba, cambiando tanto su futuro. Se sentó en la misma terraza y se acodó en sus rodillas, y así se quedó durante largo rato.

Al levantarse le dolían los muslos, marcados con dos círculos rosados allá donde sus codos habían echado raíz. De nuevo con paso decidido pasilleó hasta un ascensor, bajó y se dirigió a una pasarela. Tan resuelto iba que ni se dio cuenta de que quienes salían a su encuentro desde otro pasillo en ese mismo momento eran... *Los Otros*. Se maldijo al encontrarse casi de frente con Pablo. Hizo un gesto de profunda molestia, le saludó con una mano involuntaria y, sin mirar siquiera a Ibón, saltó a la pasarela y la bajó casi corriendo.

-¿Qué le pasa a éste? -a Pablo le sorprendió la actitud de Luis. Ibón no le miró al responder.

-¿Tormenta en el paraíso? -se colocó algo mejor su gorra y empujó suavemente a su marido.

Ni se le ocurrió pensar en turistar, tal y como estaba. Al salir del puerto lo primero que hizo fue buscar una terraza y dejarse caer en uno de sus asientos. Ésta vez, éso sí, pidió sólo un café. Intentando quitarse de la cabeza todo lo que le martirizaba sacó el móvil. Había siete llamadas perdidas y varios mensajes de voz en el whatsapp, todos de Rober, claro, de los que con los nervios ni se había enterado. Tragó saliva, miró largo rato el teléfono apagado y al final lo guardó sin escuchar ni leer nada. Se entregó a su café y se preguntó mientras notaba -ahora sí-

una vibración del aparato, si podría conseguir un billete de avión Atenas-Madrid para el mismo día.

Pablo e Ibón se fueron directamente a la Acrópolis. Se hicieron unas quinientas fotos y disfrutaron, una tras otra, de cada una de las piedras que vieron. Ibón ni se dio cuenta de algunas miradas que le estaba echando su marido. Tampoco se le pasó Luis por la cabeza en ningún momento. Pablo, sin embargo, le sacó a la luz durante la comida, un delicioso cordero asado con verduritas que Ibón repitió sin ninguna vergüenza, en un delicioso restaurante con aires de pueblo costero a los pies del monte.

-¿Qué les habrá pasado a éstos? La cara de Luis era un poema, ¿no?

-Supongo que habrán discutido -Ibón lo dijo con la boca llena, sin preocuparse mucho-. Todas las parejas lo hacen.

-Ya, sí. Pero no sé, no me imaginaba a estos dos teniendo una buena. Es como si discutieran la Bella Durmiente y el Príncipe.

-Sip. En nosotros mismos es más normal, por poco que nos guste.

-Bueno, no nos gusta por lo que no nos gusta... -decidió cambiar de tema, aunque no supo cómo expresarse con exactitud- pero el caso es que ayer mismo tuve una conversación que al final... no sé, me relajó un huevo.

-¿Con quién? ¿Y qué tiene que ver con nosotros y nuestras discusiones?

-Con nosotros no, pero estuve un rato charlando con Rober -Ibón alzó una ceja-. Una charla nada convencional.

-¿En qué sentido?

-Nos dijimos de todo. Muchas burradas -Pablo se limpió los labios con una servilleta e hizo un gesto a un camarero para que les trajera el postre-. Y también muchas verdades. Me resultó liberador. O algo así.

-¿Liberador? ¿En serio? -preguntó un desconcertado Ibón-. A ver, que no es que tú evites las discusiones, pero de ahí a que te sienten bien...

-Sí. Nos dijimos mucho de lo que no nos habíamos dicho en estos años, mucho de lo que ya debería haber salido, esas cosas que se te encostran y te hacen más mal que bien. Las que sanan las heridas cuando te deshaces de ellas.

-Vale, lo entiendo -Ibón rebañó un poco más el hueso de su cordero y lo soltó en el plato con verdadero placer en su cara, a pesar de que por su cabeza rondaba la conversación con Luis en el gim, y lo poco que había sido capaz de expresar en realidad-. ¿Y tienes algo parecido que decirme a mí?

Pablo le miró desde muy lejos y en unos segundos Ibón ya se había arrepentido de la pregunta. Y tenía razones para hacerlo.

-Hace años, muchos años, cuando conocí a Rober, tuve un rollo con Alberto, durante bastante...

-¿Qué? -Ibón se estaba cansando de hacer sólo preguntas y tener que comerse las inesperadas respuestas. Pablo le miró desde aún más lejos, pero con algo parecido a la determinación en su rictus.

-Yo estaba solo desde hacía tiempo, pero el restaurante ya me había dado un nombre, y él era un actorcillo joven intentando hacerse un sitio. Lo único que él quería era aprovechar el tirón: ese año empecé a salir en programas de televisión y en la prensa. Y lo único que yo quería era tirarme a un muñeco mientras durara.

Ibón fue digiriendo la información. Por supuesto que aquello era historia antigua, pero Alberto estaba en aquel puto barco. El dichoso viaje se le estaba atragantando de mala manera.

-He de suponer que no... que no hay nada entre vosotros, ninguna atracción ni... -cortó la

respuesta de Pablo con una mano, lo cual no impidió que las palabras que había usado le sonaran algo infantiles y peliculeras-. A ver, que ya he visto que no es que sea un placer para vosotros encontraros, no soy idiota, pero... bueno, tú has empezado, y quiero que me lo digas todo.

-Por supuesto que no hay nada -Pablo calló un momento para dejar que el camarero les sirviera el postre-. Ni siquiera deseo. Sabes bien que si un hombre no me gusta por otras características tuyas, tampoco me gusta en la cama. Y Alberto no tiene ni una característica que me guste.

-Te gustaron *sus características* entonces -apuntilló Ibón con algo de sorna.

-Entonces no me importaba. Ya te he dicho que lo único que quería era tener al lado un muñeco hinchable. Y vendía mucho entre cierta clientela que me interesaba. Igual que pasó contigo al principio.

Supo de inmediato que se había pasado treinta pueblos, pero desde la lejanía en que se encontraba en ese momento le pareció necesario recorrerlos todos hasta Ibón, no dejarse ni una sola piedra en el camino con la que volver a tropezar.

-¿Cómo? -ahora la mirada de Ibón acercó a Pablo justo hasta el borde de la mesa-. ¿Me estás diciendo que te enrollaste conmigo porque era una buena publicidad para tu jodido restaurante?

-Coño, Ibón, no. Tú me gustabas. Me atraías mucho en muchos aspectos. Eras un hombre hecho y derecho, con sus planes contruidos y bien dirigidos, sin necesitar a nadie para que tu vida funcionara de la forma correcta. De ti estaba enamorado. De él, en todo caso, encoñado.

Ibón apartó su postre con algo de asco. Miraba al otro de hito en hito, sin saber qué decir, incluso esperando que fuera él quien siguiera, y así fue, de una forma algo inesperada:

-Sabes que te quiero.

-Y yo a ti, por muy retorcido que seas a veces.

-Me da igual cómo seamos en *ciertos* momentos. De ti sé que sigo enamorado desde el primer día, no como con el tarado de Rober. Con él y con Alberto me enrollé porque pensé que si tenía a un actor por pareja le daría caché al restaurante -mintió-, así de sencillo, y ya ves.

-A mí ya no me quieres usar para nada, ¿no? Espero.

-A ver, si le haces publicidad al restaurante en el gimnasio tampoco te va a doler.

-¿Tú le harías publicidad al gimnasio en tu restaurante? -Pablo miró a la mesa, compungido- Ya. Eso me parecía. Pues según vayas perdiendo ego, irás ganando contrapartidas. Y qué coño, yo ya te hago toda la publicidad que puedo.

Pablo estiró sus labios sólo por un lado.

-Y no me das un bofetón porque con esas manos me volverías la cabeza del revés, como a la niña de "El exorcista".

-Es que no sé a qué viene ésto. ¿Por qué me lo cuentas ahora? Llevamos una semana metidos en este puto barco, sabiendo que el niño ese también está aquí.

-No creía que hubiera motivo. Alberto ya no me importa nada, y a ti tampoco debería importarte.

-¿Cómo no va a importarme? -dijo Ibón a sus propios pensamientos-. ¿A ti no te importaría que por aquí anduviera un niño al que me tiré en su momento?

Pablo alzó una ceja y la relajación de su cara dio paso a algo indefinido que asustaba un poco.

-A mí no me importa que Zoca y Ginés estén en *este puto barco*. Y te los has tirado a los dos.

-¡Eso es diferente! -ahora sí que fue infantil, le sonara a él como le sonara-. Zoca y Ginés seguirán siendo siempre mis... Ya no hay nada entre nosotros y sólo son mis amigos, lo sabes bien. Y no me hagas hablar de Zoca en este viaje, por favor.

-Me follé a Zoca porque somos una pareja abierta, porque lo necesitaba y porque era lo que tenía a mano. No sé con quién ni por qué motivos has follado tú, pero yo no tengo otros.

-¡Pero habéis follado, coño! -sólo le entendió una parejita unas mesas más allá, pero les miró

prácticamente todo el restaurante y, aunque no se dio cuenta, Ibón redujo varios niveles volumen, estrés y cabreo-. Dime a qué coño viene todo esto ahora; me estás sacando de mis casillas.

Pablo se estiró un poco en su asiento, molesto por estar montando un espectáculo. Todos sus rasgos se estiraron también.

-Tómate el litio -respondió, seco.

De pronto el borde de la mesa se estaba transformando en el borde de un abismo sin fondo.

-Jódete. No tienes derecho a comportarte como lo estás haciendo.

-¿Ah, no? ¿Y quién dice éso? ¿El Tribunal Constitucional? ¿Te crees que el hecho de que seamos pareja me obliga a guardarte el resto de mi vida en secreto? No, bonito: quien guarda un secreto tiene la necesidad de liberarse de él, y en éso estoy.

-¿Y podrías hacerlo sin joderme?

-Mira, tómatelo como quieras: una cura, una venganza -esta palabra se le clavó a Ibón en un ojo-, lo que te dé la gana. Pero déjame limpiarme en paz. No voy a guardar secretos, y menos con mi marido.

-Si éso es lo que quieres, yo también te puedo contar cosas. Por ejemplo, que en este viaje no ha sido a ellos a los que me he tirado -Ibón no se sonó a sí mismo a triunfo, sino a confesión.

-Ya lo sé -volvió a mentir Pablo-, y no me importa. Te repito que somos una pareja abierta, y que tienes derecho a hacer lo que quieras con quien...

De repente a Pablo se le apareció la cara de Luis huyendo de ellos en la pasarela del barco. Miró el postre de su marido y le tembló un poco el labio. Se dio cuenta del vórtice de mierda que flotaba sobre ellos, que él había abierto con plena consciencia de lo que hacía, y se insultó a sí mismo. Su frase inconclusa quedó también flotando y mezclándose con el resto de mierda, mientras ambos se hundían en sus asientos.

-Te he pedido que esa cuestión se acabara -musitó Ibón, sin darse cuenta de que su marido había caído. Pablo volvió a estar a kilómetros de distancia.

-Ya. Pero aparentemente tú mismo no terminas de cerrarla. Quizá no debemos cerrarla. Quizá no podemos -dudó un momento-. O a lo mejor lo que tenemos que hacer es separarnos de una puta...

-¡Para!

Ambos se miraron un momento desde sus respectivas esquinas del cuadrilátero, dejando que un batiburrillo de futuros negros pasara por sus cabezas. Luego Ibón relajó sus facciones, pidiéndole ayuda.

-No nos vamos a separar -volvió a musitar el hombretón, sin fuerzas. Pablo negó con un ligero movimiento de cabeza y parpadeó para disolver la humedad que se le agolpaba en los ojos. Luego miró a su propio postre, sacó su cartera del bolsillo y dejó un par de billetes en la mesa. Ibón hizo ademán de levantarse, pero Pablo le paró con una mano.

-Pídete un café, o algo, he dejado de sobra- y fue él quien se levantó.

-Pablo, no creas que puedes dejarme aquí así -una corriente indefinible para ambos cruzó el abismo lleno de platos y vasos y cubiertos; Pablo sólo se estiró y aclaró su garganta.

-Ahora no puedo... -no se le ocurrió el verbo correcto, ni cómo llamarle-. Ahora no puedo, *cariño*. Vamos a darnos un rato, ¿vale? Sólo necesito un rato.

Pablo salió del restaurante por una puerta lateral, sin saber a dónde ir pero sin querer volver al barco, de modo que, simplemente, echó a andar.

Ibón no le siguió, sabiendo que sería inútil. Se quedó allí sentado, mordiéndose los labios, soportando las miradas de los otros comensales, aún curiosos. Él sí que volvió directo al barco.

Rober anduvo durante un par de horas por las calles de Atenas con la esperanza más que inútil de

encontrar a su chico. La aún masiva afluencia de turistas en algunas calles le agobió bastante, pero no podía quedarse esperando en el barco, mirando a su móvil que parecía muerto.

Se dio cuenta de que estás donde estás en Atenas todos los caminos llevan a la Acrópolis, de modo que se decidió, recordando las ganas que tenía Luis de ver el Partenón. Pagó la entrada y vagó por allí dentro siguiendo sin ganas a un grupo de turistas españoles con guía, del que se separó a las primeras de cambio. No sabía si se podía mover por allá a su antojo, pero se veía a mucha gente en pareja, en pequeños grupos familiares o de amigos. Se sintió tremendamente solo y pequeño frente a la enormidad del frontal vacío cuando llegó al templo expoliado durante siglos y cuyo frontón recordaba haber visto en un museo de Londres. Le dieron ganas de meterse allí y convertirse en estatua plañidera, pero alguien se lo impidió.

-Es impresionante, ¿verdad?

Reconoció de inmediato la voz de Pablo. Suspiró, muy cansado de repente, y no llegó a darse la vuelta, mirando allá arriba. Quiso decir algo sorprendente y profundo sobre la Humanidad, pero no le salió nada: todo estaba ocupado por la angustia.

-Desde luego.

-Lo depredamos todo, los humanos. Somos incapaces de dejar brillar la gloria de los demás.

Ahora sí que le miró. Pablo sujetaba contra el pecho una bolsa llena de souvenirs y estudiaba las piedras en la misma postura en que el resto del mundo estudia esas maravillas, como él mismo lo estaba haciendo: mirando hacia arriba y con una asombrada expresión de insignificancia.

-No había estado aquí nunca -informó Rober-. Hay cosas que hasta que no las ves no las entiendes, ¿verdad? -Pablo dejó de mirar el templo para dirigir su asombro al otro. De repente, vio.

-Qué manga de gilipollas somos. Con lo fácil que sería todo si...

Rober esperó el final, y al no recibirlo acabó la inconclusión de Pablo sin saber que hablaban de lo mismo:

-Si adoráramos lo que tenemos y dejáramos a los demás hacer lo mismo, ¿no? -Pablo se llevó una mano a la boca y frotó con fuerza su barba descuidada.

-Somos nosotros, ¿verdad? -Rober siguió sin saber que hablaban de lo mismo.

-¿Quiénes?

-Tú y yo -provocó en el otro un gesto de total incompreensión.

-¿Qué tenemos que ver tú y yo?

-Somos dañinos -Rober alzó una ceja-. Siempre tenemos razón, ¿verdad? Y queremos que los demás se plieguen a nuestros deseos, a nuestra forma de verlo todo.

-No entiendo a qué viene éso, y menos que me incluyas en el...

-Estuve aquí esta mañana -le cortó Pablo-. Y ahora lo veo todo diferente. Es todo igual de monolítico e inamovible, pero ahora veo que será todo igual de monolítico e inamovible haga yo lo que haga, esté aquí o en las Chimbambas, vivo o muerto. Que yo tenga razón o no la tenga... no importa.

El gesto de conformidad de Pablo hizo que Rober sintiera una cierta empatía. Pero la angustia seguía allí, y no era muy capaz de razonar.

-Tengas o no razón, lo que haces influye. Claro que importa. Y lo que no haces, por supuesto - Pablo no respondió, y Rober decidió expulsar su angustia como mejor sabía hacerlo: ¿Sabes? A veces me sentaba en la cocina y miraba cómo trabajabas, y me sentía orgulloso de ti. Simplemente viéndote hacer la cena. Tú no sentiste éso por mí ni en mis mejores momentos.

-Tú mismo no lo hacías.

-Por éso tenías que hacerlo tú. Pero qué se puede esperar de un jodido ególatra -Pablo pensó de

inmediato en que Ibón le había dicho más o menos lo mismo-. Por éso importa lo que digas y hagas.

-No me puedes echar la culpa a mí de que tú no tuvieras autoestima -a Rober se le atravesó el comentario, pero no estaba dispuesto a dejarse aplastar de ninguna forma.

-Cada vez me cuesta menos echarle la culpa a quien la tiene, y no a mí mismo, como he hecho toda la vida.

-Ya, me doy cuenta. E insultar también se te da de miedo.

-Echar la culpa a quien la tiene, insultar a quien se lo merece... va todo en el mismo pack. Y tú tienes la culpa de lo más importante: que yo me sintiera culpable. Eres especialista en hacer que la gente a tu alrededor se sienta culpable. Pues por mi parte: jódete, tío. Y recuerda que cuanto más tiempo pase y más perspectiva tengan, más terminarán todos dándote de lado. No vayas a creer que yo soy especialmente inteligente en cuanto a ti se refiere. Todos se irán dando cuenta e irán desapareciendo de tu vida. Al menos la buena gente, porque no te la mereces. Y ahora que dices que da igual lo que hagas, menos aún.

Rober lo había dicho de un tirón, con más convencimiento en cada frase, pero dándose cuenta de que no estaba acostumbrado a hablar así, de ahí que el momento violento le hiciera temblar un poco.

-¿Qué te crees, que no lo sé? -le sorprendió Pablo-. Yo tampoco soy tan inteligente, pero sí que sé lo que he hecho durante toda mi vida con quien me ha querido. Y en ese aspecto, no puedes ni imaginarte cuánto he cambiado.

-Bueno, más vale tarde que nunca. Pero ten en cuenta que no ha sido sólo con la gente que te quería, sino con todos los que tenías a tu alrededor. ¿Cuánta gente ha pasado por tu restaurante y se ha pirado en cuanto ha podido? Ese trabajo debería ser uno de los más codiciados de tu gremio, pero tus esclavos huyen.

-Te estás pasando -Rober sabía que su trabajo era un tema casi intocable. El chef no llevaba nada bien las críticas, y mucho menos las opiniones personales a propósito de su forma de llevar el restaurante.

-¿Que me paso? Pues jódete. ¿Te das cuenta ahora de lo que duele que te echen la culpa de las cosas? Por supuesto, duele mucho más cuando tienes la culpa de verdad.

-Yo no tengo la culpa de ser como soy. Pero sí que tengo el valor de afrontarlo y de hacer algo para corregirlo. Tú, sin embargo, te has diseñado un mundo especial para ti solito. Una especie de Disneyworld en el que ser feliz sin tener que salir de él.

-No le hago daño a nadie. Y en mi Disneyworld no tengo que oler la mierda de los demás.

-Nene, la mierda existe, y la de Blancanieves huele tan mal como la de los siete enanitos.

-Existe, y a ti te encanta recogerla a manos llenas y esparcirla por todas partes. No, gracias. Prefiero la magia.

Pablo había estado a punto, al hablar de mierda, de decirle que sabía lo que habían hecho Luis e Ibón, pero lo de esparcir mierda lo evitó. Se quedó callado un momento.

-Dios, es imposible tener una conversación inteligente contigo, ¿no?

-Todo lo contrario. Yo soy una esponja: cuando tengo delante a alguien inteligente, mi conversación también lo es. Cuando tengo enfrente a un hijo de puta, yo también...

-Vale ya, Rober. Vale ya.

-Ah, ¿ahora vale ya? -le enfrentó, malencarado-. Ahora, no antes. Te permites el lujo de esparcir tu mierda, de hacer pensar a los demás que es bonito y necesario decir verdades, de hacerle tragar esa mierda tuya al resto del mundo porque lo necesitas no sé para qué coño, pero cuando los demás intentan hacer lo mismo, entonces *vale ya*, ¿no?

Se quedaron mirándose fijamente durante lo que les pareció una eternidad. Unos segundos.

-Estoy ahído de tanta mierda -susurró Pablo, con verdadero hastío-. Estoy muy hartó.

-Pues vete a tomarte un Activia.

-Que estoy muy hartó de tí, memo -se quejó Pablo, molesto por las deformaciones del otro.

-Oh, ¡qué encantador y simpático eres! Estás siendo tan agradable conmigo que no entiendo cómo te pude dejar.

-Tú no me dejaste. Lo dejamos los dos. Y estoy siendo más agradable contigo que con nadie. Incluso más que con Ibón.

-Oh, magnífico. Ahora lo que no entiendo es cómo no te deja él -apretó más el destornillador-. ¿De verdad estáis casados?

-Pues sí, ¿qué tiene de raro? Hace años que los gays nos podemos casar, por si no ves el telediario.

-Ya. Pero es que hay que tenerlos cuadrados para decirte a tí un "sí, quiero".

-Tú lo hiciste, imbécil.

-Algo que me echaste en alguna comida. En todos estos años no le he encontrado otra explicación.

-¿Que te morías por mis huesos? -Rober soltó un sonidito que andaba entre una carcajada y una queja.

-Más quisieras.

-O a lo mejor eras igual que todos, igual que el resto, y lo único que buscabas era notoriedad: ser el marido del chef del "Guti". Después de todos estos años, yo no le he encontrado otra explicación -cerró, triunfal. A Rober se le dibujó en la cara un gruñido canino, pero no lo soltó.

-No entiendo cómo has llegado a ser tan famoso. Si la gente supiera la clase de cabrón que eres, tu restaurante sería un erial.

-La gente quiere hijoputez. La busca y la admira -repuso Pablo, altivo-. De qué si no iban a tener esa audiencia las mierdas como Gran Hermano, o las Islas de los Famosos, o Mujeres y Hombres y Viceversa.

-Esos programas ya no existen, matusalén.

-Da igual, los que existan ahora. First Dates, Cuentos Chinos o cualquiera otro en que esté Risto Mejide -y añadió-: y además, mi hijoputez le da el punto a mis comidas.

-Ya. Y a los cortes de digestión que provocas.

-Mis comidas no provocan cortes de digestión, imbécil.

-Yo no hablaba de tus comidas -Rober se estaba calentando más de lo que esperaba de sí mismo, pero al menos se había olvidado de momento de todo lo demás. Pablo, sin embargo, sentía una extraña y molesta mezcla entre hastío y divertimento, como ya le había pasado en el enfrentamiento de días antes.

-Si te molesto, lo tienes fácil.

-¿Encerrados en un barco durante semanas? -aunque exageró, ya se lo parecían de verdad-. Lo tengo tan fácil como intentar huir de Tele5. Ahora haces zapin y tienes siete canales donde te ponen la misma mierda.

-Pues a mí sólo me tienes en un canal. Apágame. O jódete; la vida es dura.

-Hablando de todo un poco: das en tu programucho ése una imagen de tí del todo falsa. ¿Te sirve así?

-Los espectadores no necesitan otra. Sólo necesitan espectáculo. Para serte sincero, ni siquiera se fijan en las recetas, sólo en los invitados, en las bromas, en el show -sonó tan quejoso que a Rober le volvió esa extraña empatía que le hacía sentir pena por las hienas cuando alguien las

caza.

-¿En serio no te preocupa lo que piensen de ti? Se supone que eres una jodida figura pública y deberías cuidar tu imagen.

-Ya te he dicho en alguna ocasión que me importa, y mucho, lo que piensen de mí, sobre todo aquellos a los que quiero o intento querer. Ahora también te digo, como ya te he dicho otras veces, que el que tú te comportes de una manera no significa ni que sea la única, ni que sea la correcta.

-¿Pero no te das cuenta de lo mal que le puede ir a tu carrera por un simple rumor en las redes?

-Puede. Pero yo sólo finjo en mi programa. Y prefiero vivir mi vida tranquilamente antes que tener que pasármela fingiendo todo el día, como tú. *I just wanna fucking dance* -a Rober le sorprendió que el cocinero conociera aquella canción.

-Ya, y *you don't give a fuck no more if people think you are a whore* -lo dijo con toda la intención, por mucho que supiera que Pablo era cualquier cosa menos una *whore*-. Algún día bailarás con quien no debes, y se te caerán todos los palos del sombrero.

-Ella baila sola, darling -Rober conocía esa forma de Pablo de intentar cerrar las conversaciones: atacar con toda su pluma-. Y no porque me comporte como una diva. Además, yo tengo con quién bailar, y el día que bailemos para el público será glorioso. Tú puedes seguir fingiendo y montándote tus películas todo lo que quieras, donde y como quieras y ser feliz con tu chico de cara a la galería -él sí que lo dijo con toda la mala baba-, pero el día en que se dé cuenta de lo que tiene, o mejor dicho, de lo que no tiene, te pasará lo de siempre: te quedarás solo.

-Lo estás retorciendo todo. Eres experto en retorcer, Pablo. Igual que me has dicho que mi forma de vivir no es la de los demás, lo que te pasa a ti no le pasa al resto sólo porque te pase a ti -comenzó a atacar también con toda la artillería pesada, notando cómo se le llenaba la cabeza de sangre-: Yo nunca me he sentido solo, como tú, aunque no tuviera pareja. Tengo amigos, tengo familia, y por supuesto tengo a mi chico, que es lo mejor que he tenido en mi puta vida y... que... me hace...

La última frase hizo que de repente todo volviera a su cabeza, junto con un nada ligero vahído. Cerró los ojos para no estrellarse contra el suelo cuando éste decidió empezar a moverse por sí solo y liarse a dar vueltas. Su cuerpo siguió aquella espiral y Pablo tuvo que sujetarle por los hombros, haciendo malabarismos para que la bolsa llena de cositas frágiles no se le cayera.

-¡Rober! ¿Qué te pasa? -intentó abrazarle, pero no pudo con él- ¡Agárrate a mí!

El otro no le hizo caso, dejándose caer de rodillas y destrozándose las contra las piedrecillas picudas que sobresalían de la tierra preparadas precisamente para aquel momento. Pablo se arrodilló rápido junto a él, preocupado.

-Dime algo, Rober, mírame. ¿Estás mareado? ¿Qué te pasa?

Por fin Rober abrió los ojos y miró al cielo, forzando el pecho y abriendo la boca hasta que por ella salió un largo quejido que impresionó tanto a Pablo que le dejó sin respiración unos segundos. Luego se arrasó también las rodillas para pegarse a él y abrazarle con todas sus fuerzas.

-¡Rober, por dios, me estás asustando! ¿Qué te pasa?

-¡Dios, por favor! -gritó Rober a todo volumen.

Varios turistas se acercaron a ellos, alguno con ánimo de ayudar, la mayoría con curiosidad, otros sintiéndose violentos por aquella manera de llorar. Rober soltó un “Luis” con una “i” inesperadamente larga y aguda que le encogió el estómago a gran parte de aquellos mirones, aún sin saber qué significaba ni lo que le estaba pasando a aquel hombre.

A Pablo también se le encogió el alma. Le abrazó aún con más fuerza e intentó tranquilizarle y

reconfortarle con frases y tonos que casi pasaban por ser maternos. Pero era imposible. Se le pasó por la cabeza aquella película, aquella escena en que una manada de pueblerinos hispanos canibalizaba al hijo de Katharine Hepburn en blanco y negro, en una playa muy similar a las griegas. Miró con impotencia a los dos hombres que tenía enfrente, pidiéndoles con la mirada y un par de gestos que le ayudaran a levantar a Rober. Les costó porque parecía pesar el triple, pero finalmente consiguieron entre todos ponerle en pie y que se sujetara entre Pablo y uno de ellos. Le llevaron despacio hasta un enorme pilar de mármol donde le pudieron sentar.

A su alrededor, y a pesar de que había docenas de turistas, se había hecho un silencio sordo cruzado de vez en cuando por algún susurro, de modo que los sollozos se fueron transformando en algo expansivo y fantasmal que recorrió las espaldas dorsales de los espectadores, que comenzaron a deshacer la melé al darse cuenta de que no había sangre ni se necesitaría ningún médico y sobre todo de que aquello no era algo que quisieran disfrutar durante sus vacaciones.

-They're two fuckin' faggots breakin' up -comentó un tejano.

-And you're a fuckin' motherfucker -repuso su mujer, empujándole por un hombro-. And I think it's time for you to know that even being a so manly rugby player your son is gay too, asshole.

Las exclamaciones tejanas se perdieron entre el gentío mientras alguien más preguntaba a Pablo en un inglés con un acento horrorosamente estonio, o kazajo, o algo aún más horripilante. Él sólo les ahuyentó como a moscas con una mano, sentado junto a Rober, que había metido su cabeza bajo el brazo del hombre, como si fuera el único amigo que tenía en el mundo. Y claro que en aquel momento lo era.

Dejaron pasar un buen rato hasta que el grupo de curiosos terminó por disiparse como el denso humo de una fogata apagada con agua. Las tripas de Rober estaban atravesadas por un dolor difuso y físico, de modo que cuando quiso separarse de Pablo se tuvo que sujetar el vientre con ambos brazos y hacer todo lo posible para evitar que una arcada se transformara en algo peor.

-¿Estás mejor? -Pablo sabía por su enfermedad que esa pregunta era absurda. Rober se estiró y se secó la cara y la barba con las manos.

-No.

-¿Puedo preguntar?

-No.

Pablo puso cara de circunstancias y recolocó su trasero, al que el pedrolo le estaba haciendo de todo. Pero no dejó de mirar a su ex en ningún momento, intentando traducir lo que aquel ecce homo pudiera expresar durante los diez minutos que permanecieron callados.

Finalmente Rober dejó de hipar y su respiración pareció volver a ser la de un humano.

-¿Quieres quedarte un rato más?

-Lo que quiero es que se me arregle el cuerpo. Mira que estoy acostumbrado a viajar y marearme y vomitar y pasarlo mal, pero joder, ésto duele.

-¿Pero qué es ésto, Rober? ¿Qué te pasa? -ante su silencio, prosiguió:- ¿estás... enfermo?

-Por dios, no -Rober intentó tragar el medio litro de cemento que se estaba fraguando en su boca y su garganta, pero no pudo-. ¿No tendrás agua?

Pablo negó con la cabeza y una mueca de inutilidad.

-Lo siento. ¿Voy a buscar un kiosko, o algo?

-No, no. Tranquilo -Rober también negó con la cabeza-. Dios, ésto no me pasaba desde... uff, yo qué sé, desde la adolescencia.

-¿Pero qué es ésto, por la virgen? Dímelo de una vez.

-Ésto no es nada, joder. Es sólo... -le dio algo de vergüenza confesar algo que se supone que hacía años que estaba controlado:- que algunas veces tengo ataques de ansiedad, ya está. Se

supone que yo era el fuerte de los dos, y me pasaba menos, así que imagínate a mi hermano -fue la totalmente inesperada respuesta.

-¿Tu... hermano? -Pablo se estiró, sorprendido-. Nunca me has contado nada de un hermano. Ni de ataques de ansiedad.

Rober sonrió sólo con media cara y sin gana ninguna.

-Mi gemelo, éramos los dos...

-¡Gemelo! ¿Que tienes un gemelo? ¿Y por qué no le conozco? ¿No estará...?

Rober no perdió la media sonrisa.

-Si ya lo llevabas mal conmigo... imagínate al cuadrado.

-Será el doble.

-No, el doble no, el gemelo -aclaró el actor.

-No, digo que no es al cuadrado, sino... -se dio por vencido, recordando las muchas conversaciones absurdas que habían mantenido durante años-, Bah, da igual. El caso es que no es algo que se le suela ocultar a tu pareja, no sé. Yo te conté todo sobre mi...

-No te esfuerces. Nunca te presentaré a mi hermano.

-No lo entiendo. ¿No se supone que los gemelos son inseparables, o algo así?

-Tonterías de pelis americanas -Rober parecía estar volviendo a la normalidad-. Mi hermano y yo no nos hablamos desde que estábamos en el útero de mi madre. Y allí dentro ya hablábamos poco.

Pablo hizo un gesto de comprensión, aún algo descolocado por la sorpresa.

-Serás un pedazo de gilipollas, pero también eres una cajita de sorpresas -Rober confirmó con un pequeño movimiento y Pablo, aún dándole unos segundos de recomposición, hizo un cambio de tema radical-. ¿Sabes? Creo que ésto va a ser así para siempre, que no podemos hacer nada para mejorar nuestra relación.

-No te vayas a creer que me he puesto así por discutir contigo, que tampoco es para tanto -Pablo agachó un poco la cabeza para meterla en el campo visual del otro.

-¿Luis? -Rober miró a otro lado para que su cara *no* estuviera en el campo visual del otro-. Ya, bueno, y yo con Ibón.

Rober se estiró de repente como un cervatillo asustado en medio de una carretera.

-¿Con Ibón? ¿No será... porque...? -ni se atrevió a decirlo.

-Pues claro.

-¡Lo sabes! -Rober se levantó impulsado por alguna maquinaria escondida en la piedra perdiendo de nuevo el horizonte, pero fijándose al suelo con las piernas abiertas-. ¡Pero por qué coño no has dicho nada!

-¿Por qué coño no lo has dicho tú? -Rober abrió la boca para responder, pero nada salió de ella; ni siquiera notó el peso de alguna palabra en la punta de la lengua.

-¿Y cómo demonios puedes llevarlo tan bien?

-Supongo que porque siento que es culpa mía -Rober se volvió a sentar.

-Ah. Ya. Claro -musitó, con toda la congoja del mundo-. Pero no lo tengas tan claro: ésto ha sido culpa mía por completo.

-También lo sé -Rober se extrañó, pero no dijo nada-. Pero éso no quita que yo haya dejado que pase.

Ambos masticaron la situación durante un minuto.

-¿Cómo puedes estar tan tranquilo? -reiteró Rober-. A mí hasta me duele el estómago.

-Cada cual maneja la culpa como puede, o como sabe. Algunos se tronchan con los chistes, otros sólo sonríen y algunos ni los entienden. Y cuando no los entiendes pareces un verdadero idiota

sin emociones.

-Tampoco quería decir éso -se disculpó Rober-. Sé que te duele, aunque como siempre no muestres nada de nada. Y ésto no tiene nada de chiste.

-No me puedo permitir mostrar algunas cosas. Como bien sabes y me has dejado claro, mi vida debe ser la que debe ser -Rober miró al suelo, de nuevo acongojado, ahora por todo lo que había soltado por la boca sin control alguno, como siempre-. Y acabo de comprobar que cuando quiero que mi vida sea real todo se desmorona.

-¡Pero no me hagas caso! Por dios, Pablo, yo no soy la persona más indicada para decirte...

-No eres tú -le cortó el hombre-, es Ibón. Como dice él: “tormenta en el paraíso”. Sólo que nosotros no vivimos precisamente en un paraíso. Cuando hay tormenta y tienes un paraíso al que volver todo es mucho más fácil -dejó pasar unos segundos para aclararse a sí mismo todo lo que estaba soltando-. En realidad tienes razón: soy un ególatra, complicado y frío. Me paso la vida fingiendo para que los demás no vean lo que pasa. Y no le hago la vida nada fácil a quien tengo a mi alrededor, a todos aquellos a los que debería ponerles alfombras a su paso. A él.

-Lo siento -murmuró Rober tras un corto y pesado silencio.

-No lo sientas. Ésto también es culpa mía y no hago nada para solucionarlo. Por éso hace un ratín te dije que éramos nosotros. En realidad tú no eres así, no eres dañino, sólo un poco inconsciente

-lo dijo con un gesto de comprensión que al otro le sorprendió-. Sólo lo he dicho para incluir a alguien más en lo que me estaba diciendo a mí mismo, pero ha sido un error.

-No pasa nada. Ya me estoy diciendo de todo yo mismo.

Pablo se levantó de repente y soltó un profundo suspiro.

-Supongo que lo mejor será que te pida perdón por todo y que lo dejemos aquí.

-¡No digas tonterías! -Rober se volvió a poner en pie demasiado rápido: se agarró a un brazo de Pablo pero no le dio importancia-. ¿Justo ahora que empezamos a entendernos y a arreglarlo todo?

-¿Arreglarlo? Si ésto es arreglarlo que baje dios y lo vea.

-Bueno, nuestra manera de arreglarlo, no sé. Somos así de jodidos y complicados, y son palabras tuyas.

-Rober, no tenemos por qué hacerlo -Pablo mostró su impotencia con los labios-, no nos merece la pena. Hemos estado años sin saber nada el uno del otro, sin echarnos de menos en absoluto ni...

-Yo sí que te he echado de menos, Pablo -la mueca de Rober pasó de la sinceridad a la incredulidad en décimas de segundo, pero se aseguró a sí mismo asiendo aún más fuerte aquel brazo-. Yo te quise, Pablo, y sé que tú me quisiste a mí, y éso no es algo que se borre de un plumazo. Cambia, seguro, pero sigue ahí para siempre. Puede que haya momentos en que te odie, pero sé que no te desprecio, que no te tengo que soportar, sino que *siento* algo por ti... aunque a veces sea tan jodido y complicado.

Pablo discurrió unos segundos, humedeciendo sus labios y después secándolos con los dientes. Luego, de forma del todo inesperada, le dio un beso a Rober en la mejilla al que el hombre no supo cómo responder.

-Ok, dejémoslo así entonces. No como he dicho antes, sino como has dicho tú ahora. Ya veremos por dónde sale.

-Además, creo que lo más importante que tenemos que solucionar ahora no es precisamente ésto, sino... -señaló a algún sitio con la cabeza-, bueno, *lo otro*.

Pablo volvió a suspirar y entonces se le ocurrió algo. Había comprado varias camisetas para sus sobrinos y algunos amigos. Sacó dos o tres hasta encontrar la que le gustó.

-Toma, ésto es para ti -Rober alzó una ceja-. Un símbolo de paz.

-¿Para mí? -cogió el paquete y comenzó a abrirlo-. ¿Cómo que para mí?

-Bueno, vale, era para uno de los pinches del restaurante, pero es que... ¡es tan tú! Y con ésto firmamos la paz, momentánea.

-¡Pero yo no te he comprado nada! -Rober extendió frente a sí una camiseta celeste y sonrió: sobre un Poseidón con una pose muy sugerente, la leyenda "I'm a fucking goddess"- . Aham... así que un pinche.

-Es un poco vedette -se animó Pablo.

Finalmente se miraron cara a cara. Ni fue un momento eterno, ni se dijeron mil cosas con la mirada, ni hubo magia o entendimiento, ni el tiempo transcurrió deprisa ni despacio ni nada: simplemente se miraron.

-Bueno, creo que me voy al barco -Pablo puso cara de deber incumplido-. Supongo que Ibón habrá vuelto y creo que hemos de hablar largo y tendido.

-Yo también tengo que buscar a Luis. Aunque no sepa si me dejará hablar.

Ambos se mordieron los labios y luego Pablo alzó una ceja.

-¿Somos tontos? Vámonos juntos, coño. Vamos al mismo sitio, ¿no? -Rober estiró sus facciones.

-Esta mañana he sido tan imbécil que me he lanzado a Atenas a buscarle. Hace falta ser lerdo.

Ambos echaron a andar despacito, concentrados cada uno en lo suyo. Cuando ya salían del complejo Rober se quitó su propia camiseta -con los niños de South Park vestidos como los personajes de Star Wars- y se puso el regalo. Pablo se animó aún más: la vedette era de tamaño 4XL y Rober parecía un niño con la ropa de su papá jugador de baloncesto.

Pablo envió un mensaje a su chico desde el taxi que habían cogido para volver al barco, e Ibón contestó que estaba en la terraza de la piscina, de modo que al llegar al barco se dirigió directamente allí.

Rober se dio cuenta de que había pasado horas y más horas fuera. Envío el que esperaba fuera el último mensaje del día, un "Estoy en el barco, ¿dónde estás?" que ni siquiera recibió el doble tick de "visto", aunque los demás sí que habían sido leídos u oídos en algún momento. Casi corrió por los pasillos hasta el camarote, pero estaba vacío. Demasiado vacío: Luis había recogido todo, y su ropa, cosas y maleta habían desaparecido.

Al llegar a la piscina a Pablo se le torció algo dentro: Zoca y Ginés charlaban con su marido.

-No me has dicho que tenías compañía. Si quieres os dejo charlar.

A Ibón se le cruzaron unos dos mil pocos amigos por la cara, pero fue tan rápido que sólo Pablo se dio cuenta.

-Ahora no va a ser tan fácil como antes. Siéntate -al chef se le cruzaron unos dos mil nubarrones negros más por delante, pero se sentó-. ¿Recuerdas éso tan de serie americana, de que tu gente habla sobre ti y luego se reúne y...? -arrugó un poco la frente a modo de pregunta, pero Pablo no movió ni un pelo-. Ésto es una intervención.

-No me jodas. Qué tonterías estás... -Ibón le paró con un gesto.

-No es ninguna tontería. Es evidente que necesitamos ayuda, y aquí no podemos tirar de psicólogo matrimonial, así que... ésto es lo que hay.

Pablo se cerró con una granítica cara a todo lo que viniera de fuera, y luego parpadeó deprisa. Sabía que se merecía alguna gilipollez semejante, pero que "su gente" fueran precisamente Zoca y Ginés...

-Niño, no creo que sea lo mejor ahora mismo, de verdad -echó un rápido vistazo a los otros dos para que su marido le entendiera-. Vamos a disfrutar del viaje y cuando volvamos hacemos borrón y cuenta nueva.

-Pablo, nada está pasando como debería pasar, y son demasiadas cosas como para dejarlas correr. Precisamente por ésto quiero hablar ahora, porque tú no quieres, porque llevas retrasándolo desde que entramos en este barco. No, qué digo: desde hace semanas. Meses. Y necesitamos hablar sobre todas esas cosas.

-Si hablamos ahora te voy a decir muchas cosas que no quieres oír.

-Y yo a ti. La cuestión es que yo estoy acostumbrado -puntualizó-: me tienes acostumbrado. Y creo que va siendo hora de que tú te acostumbres a que te digan las cosas y a solucionarlas cuando se ponen en medio.

-Niño, los dos hemos metido la pata en este viaje. Pero ya lo sabemos, no hace falta que lo digamos en alto y mucho menos con... -alzó una ceja- *espectadores*. Es nuestra vida, y ellos no tienen nada que decir.

-No te preocupes por nosotros -explicó Zoca-. Ya nos lo ha contado todo, pero no estamos aquí para opinar, sino para echar una mano.

-Ya sé las manos que echáis vosotros -se negó Pablo a cooperar.

-Precisamente... -Ginés le echó una mirada que invitaba a mucho más de lo que el momento requería. Zoca le guiñó un ojo.

-¿Qué? -les escupió Pablo, y luego a su marido-: ¡Ibón, qué coño es ésto!

-Es lo único que se me ha ocurrido para... “cerrar el tema”. Si no funciona, se acabó, cerramos la pareja, por mucho que tú no quieras. Si te gusta, a partir de ahora lo haremos todo juntos.

-¡Juntos! ¡Pero tú estás loco! -se levantó y se volvió a sentar al darse cuenta de que llamaba la atención, de modo que bajó el volumen- ¿Qué quieres, que a partir de ahora vivamos en una puta orgía de poliamor?

-¡Nosotros dos, idiota! ¡Nosotros dos, juntos! -Ibón se echó hacia adelante para poder susurrar-. Seguiríamos siendo pareja abierta, pero jugando siempre juntos.

Pablo comenzó a hacer todo tipo de movimientos y muecas, incrédulo.

-No creo que así se arregle nada.

-Vamos por partes, amor. Puede que no sea lo más importante, pero sí que va a ser lo primero. Y a lo mejor nos damos cuenta de que sí que es lo más importante. Si no lo soportamos, se acabó la tontería de follar con otros. Para siempre. Llevo días pidiéndotelo, pero aún no entiendo por qué, te niegas, cuando es evidente que no es lo que queremos ninguno de los dos.

-¡No es lo que yo quiera! ¡Es lo que tú necesites! -Ibón cogió aire y lo soltó, algo cansado de tener que explicar lo mismo tantas veces.

-Yo te necesito a ti, Pablo. Te quiero y te necesito. Y si no fuera así, habríamos roto hace ya tiempo -a Pablo se le abrió la boca. La cerró y tragó saliva, empujándola con un nervioso parpadeo, sintiendo una envidia tremenda de su chico por poder expresarse tan abiertamente y confiar tanto en sus amigos. Finalmente dijo lo único que le pareció importante.

-Yo también te quiero, niño. Y no necesito ésto para solucionar las cosas -Ibón volvió a coger aire, pero no lo soltó, esperando la continuación-. No necesito que nos apostemos nuestro futuro a un juego estúpido e innecesario, porque... imagina que sale mucho peor de lo que puedas imaginar ahora. Sería tan tonto... -estiró por encima de la mesa una mano que encontró fácilmente la de su marido-, Ibón... te quiero, y no hay más.

Ahora sí que Ibón soltó todo el aire y el abismo de la mañana volvió a ser mesa. Aunque les resultó algo incómodo a ambos por los *espectadores*, ahora sí que se dijeron de todo con una simple mirada.

-Bueno -Zoca cerró el momento con un gesto de conformidad-, pues traigo una botella de champán, ¿no?

-No -se apresuró Ibón-. Nos vamos un rato.

-Qué par de guarras -opinó Ginés-. O sea, que vosotros vais a echar el polvazo del siglo y a nosotros nos dejáis a dos velas.

-Seguro que a dos velas no os quedáis. ¡Estamos en Atenas! -le recordó Pablo-. Si no folláis aquí es para mataros.

-Ya, pero será con cualquiera, como siempre -Zoca le echó una mirada a la que Pablo tuvo que responder con una ceja, que luego dirigió a su marido; éste hizo un gesto de circunstancias.

-Hemos hablado de mucho, nene. Y aquí a éste le encantó montárselo contigo. Te tiene ganas.

A Pablo estuvo a punto de dibujársele en la cara algo que normalmente habría controlado. No lo logró del todo.

-¡Ey, a ti también te apetece! -apuntó un esperanzado Zoca. Pablo volvió a mirar a Ibón, que sólo le hizo una ligera mueca de reconocimiento antes de hablar.

-Podemos hacerlo a modo de despedida. Un último polvo como pareja abierta y se acabó.

-No, no, no... -se apresuró a asegurarse a sí mismo, pero se le escapó una mirada que no pudo sujetar de ninguna forma. Luego se estiró un labio con un canino y notó un retortijón incómodo pero fácilmente traducible. Al menos Zoca lo tradujo.

Follaron durante horas. En algunos momentos Pablo paraba y solamente les miraba porque no podía seguir el ritmo de los otros tres, pero consiguió correrse un par de veces. Y disfrutó como una perra en celo.

Rober se pasó algo más de una hora sentándose y levantándose de la cama, duchándose dos veces, arrasándose la piel con la toalla como si tuviera sarna, sentándose y levantándose de una tumbona en la terraza, peinándose el pelo húmedo y luego despeinándolo con la desesperación de sus manos y, sobre todo, consultando el móvil cada tres minutos.

Se hartó de desesperarse y salió sin saber con exactitud a dónde podía ir, dónde podía buscar. Sin tener muy claro cómo, llegó al gigantesco patio interior del barco, rodeado de pasillos mucho más bonitos e historiadados que los exteriores, con sus ocho pisos de barandillas doradas y un jardín en el centro con montones de mesas, donde lo que le parecieron miles de personas reían, bebían, disfrutaban. Desde el séptimo piso parecía del todo irreal. Cogió un ascensor y bajó a la planta principal, donde todo era aún más de colorines, una puta ilusión óptica. Justo enfrente había un mostrador de información, y se le encendió una lucecita verde. En dos segundos se encendió otra roja: ¿y si se había ido directamente al aeropuerto?

Resopló, con más miedo que otra cosa.

-¡Hola! -saludó, fingiendo una alegría a todas luces pasada de rosca.

-Buonas tardes, caballero -le respondió una preciosa italiana de ojos negros, pestañas kilométricas y tetas de maggiorata que luchaban por desbordar el chaleco de su uniforme.

-Mire, mi marido se ha cambiado de camarote porque ronco como una morsa, pero resulta que el tonto se ha dejado el móvil y no me ha dicho qué camarote le han dado, ¡y ahora a ver quién es el listo que le encuentra! -lo dijo a toda velocidad y del todo convencido de que era un buen plan, por mucho que le hubiera salido sin pensar.

-Seguro que vuelve a por él -Rober perdió el ánimo de golpe y se quedó con la boca abierta, mirando a la muchacha con una leve estupidez colgando de sus facciones.

-Pero así le doy una sorpresa -volvió a sonreír encantado de la vida. La muchacha también le sonrió, mostrándole una pala a lo Audrey Hepburn que le daba un aire encantador.

-Cherto, signore. Ahora mismo. ¿Suo nomberè? -Rober se estaba poniendo tan nervioso que parpadeó como si le hubiera pedido sus medidas.

-Rober. Roberto Calvo Grande.

-Un momentitto... -la muchacha sólo alzó una ceja al escuchar los apellidos; consultó su ordenador y volvió a mirarle con su sonrisa más profesional de aburrirse tremendamente. Confirmó:- Setemil-le vente.

-Eeeh... No, ése es el mío. O sea, el nuestro hasta ahora, quiero decir. Tiene que estar en... - Rober también alzó una ceja-. Ay, dios, qué tonto, le he dado mi nombre. El de mi marido es Luis Cabezón Real, perdone.

La muchacha, sin perder su sonrisa, le echó una inquietante mirada que significaba algo muy cercano a “me está usted mintiendo”, pero metió los malditos apellidos en el ordenador.

-Duos mil-le chincuenta y nuove -a Rober se le encendió la cara y no le dio tiempo a más.

-¡Muchas gracias, preciosa! -y echó a andar hacia el mismo ascensor, pero a los dos pasos recordó lo inútil que era. Paró en seco y se dio media vuelta; la muchacha aún le observaba con esa mirada y Rober si sintió un poco cohibido:- ¿Por dónde...?

-Assensores treche e catorche, caballero -y señaló con un dedo en la dirección contraria-. Por acuí.

Rober le agradeció con media sonrisa y corrió hacia donde la chica le indicaba.

-Ah... perché gli etero non sono così romantici? -murmuró la muchacha para sí, y siguió a lo suyo: un aburrimiento total.

Frente al camarote 2059 a Rober se le hizo un nudo desde la garganta hasta el culo. Se apoyó en la pared junto a la puerta y se notó el corazón latándole en las sienes. Intentó tranquilizarse con unas respiraciones pero fue casi peor: estaba hiperventilando.

-Joder.... mierda -maldijo, apoyándose ahora de espaldas y estirando el cuello. Ante sus ojos cerrados volvieron a pasar escenas de masacres con diferentes armas que Luis manejaba a la perfección. Susurró:- Ya vale, gilipollas.

Dio un par de golpes con los nudillos en la puerta y esperó, agachando la cabeza como si éso le fuera a ayudar a oír mejor lo que pudiera pasar dentro.

La puerta se abrió y casi de inmediato se volvió a cerrar.

-¡Luis! -intentó meter el brazo para evitar que la puerta se cerrara, pero se quedó a medias y la puerta le pilló la mano. Gritó como si se la hubiera pillado con la máquina hidráulica que acabó con el primer Terminator.

-¡Qué! -Luis abrió de un golpe para encontrarse a Rober ahuyando y sujetándose la mano. Hasta se le habían saltado las lágrimas. Se echó sobre él-. ¡Qué! ¿Qué te ha pasado?

-¡La puerta, joder! -Luis miró la puerta y luego otra vez a Rober-. ¡Que me has pillado la mano, joder! ¡Dios, dios, cómo duele!

-Ay, madre, por dios -susurró Luis-. ¡Ven, corre, vamos al médico!

-Pero qué médico ni qué niño muerto -se quejó Rober-. ¡Estamos en un puto barco!

-Pues por éso, idiota. Aquí hay médico -le agarró de un brazo y tiró de él-. Venga, anda.

Por el pasillo hacia el ascensor intentó que Rober se soltara la mano sin conseguirlo.

-A ver, memo, déjame verla -Rober le mostró el puño-. ¿Puedes abrirla? ¿Puedes mover los dedos?

Entraron en el ascensor y Rober hizo un par de movimientos con la mano.

-¡Ay, no! ¡Joder, duele! -lo que Luis esperaba menos en ese momento era que Rober se echara a llorar. Se le encogieron un poco las tripillas.

-Vale, no muevas nada.

Salieron en el mismo sitio en que Rober había cogido el ascensor y Luis tironeó de él para que le siguiera por un pasillo. La recepcionista les vio pasar de lejos; le pareció por las exclamaciones que estaban de juerga y que no podían esperar para echar un buen polvo, volviendo a sentirse

ligeramente envidiosilla.

Rober se dejó llevar y cuando encontraron la preciosa consulta del médico seguía llorando, aunque con aire lánguido ahora.

La enfermera, sin embargo, se asustó un poco al verle.

-¿Qué ha pasado? -preguntó, con un contundente acento madrileño.

-Se ha pillado la mano con una puerta -informó Luis.

-¡Doctor Leyva! -llamó la mujer. Un hombre con bata blanca salió de un despacho-. Se ha pillado la mano con una puerta.

El médico les pasó a otro despacho y allí toqueteó con suavidad los dedos de Rober, que no se quejó.

-No parece que haya nada roto -observó el médico, que ya se había dado cuenta de que Luis llevaba una férula en su mano derecha-. Está siendo un viaje movidito, ¿no?

-No lo sabe usted bien -respondió el músico.

-A ver, señor... -comenzó el médico.

-Rober -musitó Rober entre mocos.

-Señor Rober, si puede extender la mano, póngala aquí -el médico le mostró una especie de fotocopidora de diseño ultramoderno. Rober extendió la mano y, ahora quejándose, dejó que el médico la colocara. En menos de medio minuto estaba consultando una radiografía en una pantalla de 40 pulgadas. El hombre agrandó la imagen y observó los huesecillos.

-No parece que haya nada, no se preocupe -informó a Rober-. De todas formas ya he enviado la radiografía a mi central y en un par de horas tendremos confirmación. Así que ahora lo que vamos a hacer es vendarle la mano para evitar problemas y...

-¿Vendarme? Joder... -musitó Rober. Luis frunció los labios.

-Lo más probable es que sea un rato, hasta que nos confirmen que realmente no es nada. Si es así el vendaje no será necesario. Mientras tanto le voy a dar un analgésico por si la molestia crece y un antiinflamatorio, que ésto ya tiene un color feo.

-¿Qué color? -preguntó Rober mirándose la mano y sorbiendo más mocos.

-No se preocupe, hombre. Como siempre que te das un golpe le saldrá un buen moratón y se le hinchará un poco la mano, pero ahora mismo mi enfermera le pondrá un poco de gel para evitarlo en lo posible, le vendará, y a tomar el sol -el hombre le guiñó un ojo y Rober le respondió con su mejor cara de moribundo-. Bueno, cuando le quiten el vendaje, claro; el sol directo ayudará a que se vaya el moratón.

Salieron de la consulta ya ambos con sus dedos vendados y se dirigieron al ascensor sin hablar. Ante las churriguerescas puertas de madera Luis se despidió con un seco “hasta luego”.

-Amor, por favor, vamos a... -comenzó Rober, pero no le dejó continuar.

-Vete a la mierda, ¿quieres? -propuso, malencarado, estirando una mano con un “Stop” dibujado en la palma justo cuando las puertas se cerraban ante él. Rober se quedó frente a ellas con la cara estirada y los ojos muy abiertos. Pensó que se echaría a llorar de nuevo, pero no. Sin ser del todo consciente de que no se estaba perdiendo, volvió a su camarote.

Los dos pidieron cena al servicio de habitaciones y los dos la dejaron entera sobre la mesa de sus respectivas terrazas. Los dos dieron miles de vueltas en la cama, sin intentar realmente dormir. A las seis y cuarto de la mañana Luis salió del camarote sin dirección concreta, desesperado. Más o menos en ese mismo momento Rober abrió su Facebook y se ponía más que tonto con las fotos de los últimos años.

Ninguno de los dos llegó a ninguna conclusión sobre nada.

DÍA 9: Me conformo

Un rayo de luz mañanera encontró la cara de Rober antes de que fuera consciente de que había amanecido. Se giró sobre sí mismo para dar la espalda a la terraza, pero el inmisericorde sol se reflejaba en el espejo enorme que hacía las veces de puerta del armario. Se hizo bichobola para girar sobre sí mismo y apoyar la cabeza a los pies de la cama, pero tampoco funcionó. Suspiró y se frotó los ojos con la mano izquierda después de probar con la derecha y darse cuenta de que algunos movimientos le dolían.

Se sentó en la cama y se miró la mano accidentada: ciertamente se había hinchado y estaba medio amoratada, pero el médico le había confirmado por teléfono un rato después de llegar al camarote que no había nada roto, de modo que él mismo se quitó la venda sin salir de la habitación, aunque el médico le había dicho también que era mejor que se la dejara hasta que le volviera a echar un ojo al día siguiente. Ahora se arrepintió: no le gustó nada lo que veía y tampoco le apetecía ir a la consulta.

Se levantó sin ganas y se duchó sin ganas. Y sin mucho tino: era bastante inútil usando su mano izquierda. Le pareció que la hinchazón bajaba un poco con el movimiento o con el agua o lo que fuera, pero el color seguía siendo bastante horrible así que, por poco que le gustaran, se tomó un antiinflamatorio.

Cogió el móvil que había dejado cargándose con la batería casi a cero: las ocho menos cinco. Le pareció tardísimo. Abrió el whatsapp, de nuevo con su patosa mano izquierda, y pensó en qué más demonios podía decir. Grabó un mensaje porque no podía escribirlo y lo envió, sin resultado momentáneo.

Se tomó otra pastilla más sin darse cuenta y bajó a desayunar a la piscina, esperando encontrar a Luis; como si éste fuera a decirle algo si acaso le dirigía la palabra. Por supuesto, no estaba. Lo más seguro es que ya hubiera elegido restaurantes, cubiertas y cualquier otra cosa en cualquier sitio del barco lo más alejadas posible de aquellas por las que se habían movido hasta ahora. Recorrió lo que le parecieron kilómetros de barco sin resultado.

Luis gimió un poco, aunque en la práctica no estaba sintiendo lo que teóricamente se siente. Miró el móvil sabiendo que sería un mensaje de Rober, pero no quiso escucharlo con aquel hombre amorrado a su polla.

Se había sentado a desayunar en una terracita pequeña que daba directamente al Mediterráneo: le había sorprendido que sirvieran prácticamente de madrugada, pero en aquel barco casi todo funcionaba las veinticuatro horas. Ya habían llegado a Mykonos, pero desde babor no tenía vistas a tierra, de modo que se sentó, pidió un desayuno que devoró y luego otro café y, sin solución de continuidad, un segundo desayuno, para sorpresa impostada de la bonita y jovencísima camarera.

Mientras aniquilaba su segundo cruasán a la plancha un hombre maduro se había sentado frente a él, dos mesas más allá. No le había dado importancia hasta que el hombre le sonrió y le guiñó un ojo. Siguió sin darle importancia. Unos minutos después, cuando el hombre ya había dado cuenta de su propio desayuno, se despatarró en su asiento dejando caer una mano sobre su paquete. La mano trabajó aquello con bastante descaro, hasta que el hombre consiguió llamar la atención de Luis. Pero lo que sorprendió al pianista no fue el paquetazo, sino la alianza en su anular derecho. Miró su propia mano antes de pensar en cualquier otra cosa. Desde el puñetazo había cambiado de mano su propia alianza, que ahora le resultaba un adminículo molesto. Aunque pensó en quitársela le dio miedo meterla en un bolsillo para perderla después.

Pero para lo que sí que se animó fue para echarle una sonrisa de respuesta al hombre. Era atractivo, bastante mayor que él -rozando los sesenta, quizá- y su camisa medio abierta dejaba escapar una buena mata de vello pectoral, uno de los morbitos favoritos de Luis que Rober se empeñaba en quitarse una vez al mes porque según él le hacía perder papeles.

En cuanto obtuvo respuesta el hombre se puso en pie. Luis se maldijo, preguntándose qué coño estaba haciendo y esperando que el tío fuera a sentarse con él, pero el hombre le hizo un gesto con la cabeza para que le siguiera y entró en los servicios de la terraza.

Luis se dejó llevar por la sorpresa del inesperado cruising. Volvió a mirar su anillo; incluso tironéo algo de él, pero lo dejó en su sitio especular. Se puso en pie, decidido, y siguió al hombre, que le esperaba frente a un mingitorio de pared con el pene fuera ya erecto.

-Creí que no venías -murmuró, con la voz un poco ronca. También se fijó en la alianza de Luis:- ¿estás casado?

-Sí -Luis se acercó al hombre y empezó a masturbarle. El hombre gruñó-. Pero qué más da, ¿no?

-Me da morbo -repuso el otro mientras le abría la camisa y el pantalón a toda velocidad.

-Éso mola -Luis se dejó desnudar y pensó que les podían pillar allí en plena faena. Luego se le ocurrió que aquel hombre debía hacer exactamente lo mismo todas las mañanas y en el mismo sitio y, aunque lo dejó correr, le echó un ojo a las dos puertas que había dentro del servicio.

-Joder, que si mola -el hombre ya le estaba magreando la polla y besándole el cuello y el pecho.

-¿Entramos en un cubículo de éstos?

-Sí, claro.

El hombre abrió una puerta y se sentó en la tapa del váter. Luis arrastró los pies con los pantalones por los tobillos, se colocó frente a él y dejó que le comiera entero.

Después de diez minutos ya se había dado cuenta de que ni aquel hombre le gustaba, ni le apetecía lo que estaban haciendo, ni sentía ningún deseo ni ganas de nada. Lo único en lo que podía pensar, por imposible que fuera, era en la señora de aquel señor abriendo la puerta y pillando a su marido con la boca llena de carne de macho humano.

Y en éso estaba cuando entró el mensaje de Rober. Devolvió el móvil a su bandolera y miró al hombre, cuya boca se afanaba en mantener aquella difícil polla bien dura mientras se masturbaba.

-Oye, déjalo. Si me corro ahora me va a salir cuajada.

El hombre le miró desde abajo con una mueca entre la lascivia y la decepción, y apretó con una mano la polla de Luis para que no perdiera la pobre erección.

-No jodas, tío. Estoy salido.

-Yo no -le informó, seco, mientras empezaba a vestirse-. No puedo, no me voy a correr.

-La ostia -se quejó el otro, aún arrodillado. Esperanzado, preguntó:- ¿Me haces una paja? Si me quedo así me van a martirizar los huevos todo el día.

Luis sólo le miró a modo de respuesta negativa y salió a toda velocidad de allí. La camarera le sonrió al paso desde la barra. Devolvió el saludo, educado, como siempre, y ella le guiñó un ojo cómplice. Luis abrió mucho los ojos y se sintió cazado y un poco cerdo. Se fue corriendo a su camarote nuevo en busca de su macuto y una toalla de baño y salió del barco para coger un taxi.

No había disfrutado del Partenón como quería por culpa de Rober, y no estaba dispuesto a perderse también los pueblecitos y las playitas de la isla. De cualquier forma, escuchó el mensaje en el taxi. Se quedó mirando el aparato, sintiéndose entre culpable e impotente, pero decidido a que la culpa y el cabreo no arrasaran sus ganas. Grabó otro mensaje de respuesta: "Te llamo luego".

Más o menos en el mismo momento en que Luis llegaba a una playa paradisíaca de agua

cristalina y arena blanca y fina, Pablo salía de su REM más profundo, notando cómo su cuerpo caía sobre la cama desde casi un metro de altura. Aunque gimió, su sobresalto no despertó a Ibón, que roncaba suavemente a su lado boca abajo. Entonces notó que estaba a punto de correrse y tuvo que hacer un esfuerzo físico para evitarlo.

Tumbado, dejó que su corazón volviera a un estado normal, sin recordar qué demonios había estado soñando y esperando a que su trempera mañanera también remitiera: no tenía ganas de mear. Luego se sentó y estiró la espalda, notando agujetas en algunos sitios inesperados. Casi como un reflejo inconsciente, sonrió.

Miró a Ibón. Su tremenda espalda, relajada ahora, presentaba señales de la lucha del día anterior. No llegaban a ser heridas, sólo rojeces allá donde Ginés -no muy acostumbrado a ser el pasivo- le había arañado. Le había puesto como un toro mirar a su marido mientras se tiraba a otro hombre. Y también que Ibón le animara mientras él mismo se follaba a otro; que un rato después él usara el culo y a la vez Ibón llenara la boca de un incrédulo Zoca.

Se volvió a tumbar y pasó la mano por encima de las rojeces, sin llegar a tocarlas, sólo sintiendo el calor del hermoso cuerpo en su mano, en la punta de sus dedos. Se preguntó qué era exactamente lo que le ponía tan cachondo y no supo qué contestarse, a no ser que la respuesta fuera “todo”.

De pronto parte del sueño volvió a su cabeza con total claridad. Dos hombres sin cara le follaban a él de igual forma que ellos lo habían hecho con Zoca: cada uno por un agujero. No sabía dónde transcurría todo aquello, pero había una docena de hombres sin cara masturbándose a su alrededor. Uno de ellos, éso sí lo tenía claro, era Ibón. Sin motivo alguno se caían las paredes y estaban en medio de una nube que también terminaba abriéndose bajo ellos, dejándole caer. Y caía durante kilómetros, gritando y corriéndose a la vez, hasta aterrizar en su cama, junto a su marido dormido.

Con la boca un poco abierta por la impresión, posó la mano sobre la espalda de Ibón, que se revolvió un poco sin despertar aún. Tragó saliva con esfuerzo y dejó que su cuerpo perdiera el tono, aplastándose contra el colchón.

Se confesó a sí mismo que el juego le había gustado mucho. Demasiado, quizá. Era la primera vez en su vida que follaba con más de una persona *a la vez*. Ni siquiera se lo había planteado nunca, por mucho que se lo hubieran propuesto varias veces. Ahora no podía olvidar el sueño, y algunos detalles iban y venían: entre los hombres que les miraban estaban Rober y Luis, y Alberto y su novio, y Juanan, y Berni, su actual pinche-vedette y varios ayudantes de su cocina. También el presentador de televisión que le había ayudado durante la primera temporada en su programa de cocina. Y Zoca y Ginés -así que no eran ellos quienes se lo estaban tirando-. Y un vecino de su casa. Y, no sabía muy bien por qué, Robin Williams y Matt Damon, que se masturbaban mutuamente. Todos ellos disfrutaban del voyeurismo y sabía que, aunque él también estaba disfrutando de lo que hacía, le comía la vergüenza.

Cabeceó con fuerza para intentar quitarse todas aquellas imágenes de la mente y se sintió absurdamente desnudo. Sí, era evidente que le había gustado, pero un millar de preguntas se le anclaron en sendos recovecos de su cerebro. Tuvo que cerrar los ojos y coger aire un par de veces.

Se llevó la mano a un nuevo empalme provocado no sólo por el recuerdo del sueño sino, inesperadamente, por el morbo que le dio no saber quiénes eran los que le follaban como locos en él. Volvió a mirar a Ibón, con repentina y castigadora aprensión. Se agarró con fuerza el pene y se fue corriendo al servicio: ahora sí que se estaba meando.

Rober tomó un taxi tras un cuarto de hora de indecisión: no sabía si buscar en la ciudad o en las

playas. Luego pensó en que lo más probable era que Luis hubiera preferido mar, y le tuvo que mostrar al conductor -que parecía acabar de dejar al rebaño de cabras y olía como tal- una foto de una playa en su móvil, porque el hombre no le entendía en ningún jodido idioma que él fuera capaz de articular.

-¡Ah, parálía! ¿Choulakia? -el taxista sonrió ante la incompreensión de Rober y salió de la fila de docenas de taxis que esperaban en la entrada del muelle donde habían atracado.

Se dejó llevar, viendo cómo ante él pasaban lo que le parecieron docenas y docenas de playas -en realidad sólo vio tres-, no tan concurridas como esperaba, pero todas igualmente preciosas, desesperándose al pensar que su chico podía estar en cualquiera de ellas. También le sorprendió que llegaran a su destino en poco menos de un cuarto de hora.

Se decepcionó al llegar a la entrada de la playa y darse cuenta de que Luis no estaría allí: era la típica playa de piedras, muy bonita pero por igual incómoda. La recorrió igualmente: si su chico estaba en una playa no sería difícil encontrarle; aunque el día era perfecto, con un sol brillante y calorcito, aquello no era Benidorm en agosto.

Siguió andando hacia el sur tras revisar aquella primera playa. A veces rodeando algún cabo, recorriendo todo lo que podía andar al borde del mar por aquel abrupto paisaje. Tenía una imagen diferente de la isla, distorsionada por los programas televisivos de viajes y turismo. Algo más de dos horas después había vuelto a la zona del puerto nuevo. Cogió otro taxi y pidió que le llevara a “Mykonos Town”, sin saber que ya estaba en la propia ciudad, ni siquiera cómo se llamaba, pero ni se le ocurrió hacer una búsqueda en Google. Éste sí que le entendió, porque el hombre chapurreaba español para turistas, ése de “alfombras baratas”, “regalos” y “playa bonita”. Rober le soltó una perorata fina a propósito de lo que estaba haciendo allí y ahora, que el taxista por supuesto no entendió en absoluto, y que el hombre aprovechó para darle una encantadora vuelta turística por la ciudad mientras le llevaba hasta la zona del puerto viejo y que al final, al notar el evidente nerviosismo de su cliente, le hizo dejar a Rober en la puerta de un hospital en vez de en la de un hotel.

Del todo perdido siguió andando, y andando, entrando en cada uno de los bares, restaurantes y tiendecitas que veía, recorriendo los callejones, torciendo en cualquier esquina tras la que pudiera encontrar a Luis...

...quien, por otra parte, se tostaba a fuego lento en una de las playas del sur de la isla. Su taxista le había entendido a la perfección cuando le pidió en inglés que le llevara a alguna playa donde no hubiera mucha gente. Desde donde paró el coche se avistaba una preciosa cala, no muy pequeña, con una playita central de arena rodeada de vegetación y roquedales.

Ya al cruzar aquella vegetación le entraron un par de hombres, los dos desnudos, uno de ellos con un enorme cockring metálico que provocaba que tuviera aquello amoratado e hinchado, que no erecto. Éste le echó mano directamente al paquete, provocando sólo que Luis se apartara y huyera; el otro incluso le habló, con un profundo acento irlandés, intentando resultar simpático. Maldijo al taxista y a sí mismo y estuvo a punto de volverse por donde había venido, pero no le quedaban ganas de nada, así que siguió hasta la orilla, tiró su toalla y se desnudó para tumbarse sobre ella. Lo primero que hizo fue buscar en el móvil el teléfono de alguna empresa de taxis.

A los pocos minutos se sentó a dos metros escasos de él otro tío en bolas. Decidió cerrar los ojos y tapárselos con un brazo. El hombre se fue ante su total falta de interés, pero en otro ratito ya se había tumbado cerca de él otro tipo, moreno como un tizón, mostrando orgulloso sus piercingueados e insultantes pezones dados de sí por miles de tíos y otro hermoso cockring metálico que brillaba como un puto neón, pero no tanto como el grueso Prince Albert que le atravesaba el capullo. A Luis le recorrió un escalofrío: le daban un poco de asquito aquellas

argollas clavadas en glándes. Suspiró cuando el hombre le miró pellizcándose un pezón y prefirió volver a huir: se puso en pie con la sana intención de meterse en el agua. Estaba curiosamente tibia comparada con la de Sicilia.

Se relajó un rato nadando despacito de un lado a otro de la cala y se sorprendió al darse cuenta, al llegar a uno de los laterales rocosos, de que no hacía pie. Se encaramó como pudo a una roca para sentarse y no tardó mucho en aparecer otro hombre por detrás de él, tan desnudo como el resto, y que le dio un buen susto al hablarle.

-Alone? -Luis le miró con cara de pocos amigos, pero el hombre se sentó a su lado.

-Nope. My husband is in the... -intentó mentir, pero recordó que no sabía dónde estaba su husband y sólo pudo terminar con un rotundo: ¡joder!

-¡Ey, español! -se alegró el otro. Luis alzó una ceja.

-Pues sí. Qué coincidencia, ¿no? -el hombre se relajó un poco.

-¡Qué va! Creo que nunca he hecho turismo con tantos españoles juntos.

-Ah. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

-Desde esta mañana. Y tutéame, hombre.

-Ya, claro -Luis miró al frente y se quedó callado, luego se le ocurrió: ¿no habrás venido en el Rainbow Princess?

-¡Anda, pues sí! ¿Tú también? -Luis volvió a blasfemar para dentro, no por la confirmación de que el barco era una extensión flotante de Chueca, sino por la posibilidad de encontrarse con ese tipo en su piscina favorita.

-Sip.

-¡Éso sí que es coincidencia! Pero claro, si vienes a una playa gay, ésta es una de las mejores.

-No he venido a una playa gay -respondió el músico, molesto-. En realidad no sabía a dónde venía, sólo le he pedido al taxista que me llevara a un sitio tranquilo.

-Pues te ha traído al centro del cruising internacional -se sonrió el otro.

-Ya veo. Lo que menos me apetecía.

-Ah, vaya -se contrarió el hombre-. ¿Y tu marido? ¿No estabas diciendo que estaba por aquí?

-Está en el barco. A él no le gusta mucho la playa -ahora le salió la excusa-. Pero tampoco me viene mal para estar un rato solo.

Ésto sí que terminó de desanimar al hombre, que se puso en pie.

-Bueno, si quieres aprovechar el rato estoy por aquella zona -estiró una mano sin señalar muy claramente-. Por cierto, me llamo Raul.

-Luis -dijo éste sin levantarse. El hombre se acuclilló en una de esas absurdas posturas en la que sólo un verdadero nudista es capaz de presentarse, a punto de rascarse los huevos con la roca, y le estiró una mano que Luis sacudió sin ganas.

-Y bueno, si no quieres *aprovechar el rato* ya nos veremos en el barco, supongo.

-Claro -Raul se quedó mirándole, curioso y sin soltarle la mano.

-O si quieres charlar un rato... -el hombre le sonrió-. Parece que... no sé, que necesitas una buena charla.

Luis se fijó entonces en los preciosos ojos casi negros de Raul. Aparentaba unos treinta y cinco o cuarenta años. No tenía un cuerpo escultural, pero sí bonito y bien hecho. Muy moreno y con una marca de bañador híper blanca que le hizo pensar que se había pasado toda la semana rostizándose en alguna de las piscinas del barco; en aquella postura le parecía ahora un cazador prehistórico a la espera, observando a algún mamut despistado. Si la ocasión fuera otra, sería el tipo de hombre en quien Luis se fijaría, que le atraería físicamente. Le sacudió la mano, aún molesto, e hizo un ligero gesto negativo.

-No, gracias. Sólo quiero descansar un poco y tomar el solete.

Raul mantuvo sus manos sujetas un poco más, pero finalmente le soltó y se volvió a poner en pie.

-Ok, pues nada... ha sido un placer -y dicho ésto se tiró de cabeza al agua.

Luis le observó mientras el hombre se alejaba hacia la playa con un muy buen estilo. Su forma de mover los brazos le hizo pensar en Rober.

Quiso tener a su marido a su lado para abrazarle y comerle a besos. Se llevó las manos a los ojos y soltó un quejido cabreado, volviendo a insultarse a sí mismo por su debilidad, por su falta de decisión, por estar tan jodidamente enamorado de su chico. Intentó tumbarse, pero la roca no ayudaba nada, así que decidió seguir sentado un rato para no ir a la playa justo detrás de aquel tío tan guapo.

Después de trabajar un poco en la terraza del camarote para intentar vaciar su cabeza de morbos y llenarla de cosas prácticas, Pablo había despertado a Ibón. El hombre le había mirado al principio desde muy lejos y luego le había sonreído y le había atraído hacia sí para bendecir la mañana con un beso. Pablo había respondido con ganas. Luego Ibón había tirado de su nuca para tumbarle sobre él haciendo que le diera la impresión de ser pequeñito, como tantas otras veces, pero con una calidez y una ternura que hicieron que se sintiera mucho mejor consigo mismo.

-Te quiero, mi niño -le dijo un Ibón que aún flotaba en algún sitio desconocido.

-Yo también a ti -lo rubricó con un piquito-. Pero vamos, mueve el culo que perdemos la mañana, vago.

-Guay, pero dame otro beso, porfi. Uno como dios manda.

-Te comería ahora mismo.

-¿Ahora? Hombre, espera a que me duche al menos.

-Éso no, salido -sonrió, complacido por volver a sentirse como siempre se había sentido antes de la enfermedad-. Que te comería la cara, te comería entero, te comería del hambre que me das.

-Ah, coño. Pues vaya -los morros de Ibón se contrariaron-. Porque preparado ya estoy.

-No sé cómo lo haces, pero preparado siempre estás -se frotó contra él-. Eres una Viagra con patas.

-Tú reza para que dure dura por muchos años.

-No creo que me haga falta rezarle a nadie para que ésto te funcione así hasta que seas un viejo verde y chocho.

-Ugh, ¡qué asquete!

No supo si al deportista le daba asco la imagen de cualquier viejo verde mostrando su dureza a las enfermeras del asilo o la de imaginarse a sí mismo -o a él- de esa manera.

Jugaron un rato más en la cama, besándose, acariciándose, diciéndose tontunas que sólo una pareja se dice, hasta que la excitación se les escurrió por la piel caliente y húmeda de sudor. Se ducharon y se fueron a disfrutar de la isla.

El maldito sueño voló de su cabeza para siempre, como pasa con tantos otros, de esos a los que no se les da ninguna importancia o que, simplemente, no se recuerdan.

Disfrutaron de un largo paseo por la ciudad. Pablo compró unos cuantos recuerdos y regalos además de un bolso carísimo de cuero, e Ibón una camiseta con un mapa lleno de banderitas arcoiris señalando las playas gays de la isla y un sombrero de paja para evitarle a su calva un sol de justicia, ya que se había olvidado su habitual gorra de béisbol. Después cogieron un autobús que les dejó a cien metros de una preciosa cala donde alquilaron tumbonas y un parasol a un precio absolutamente abusivo. Pablo tuvo que pensárselo bien antes de elegir la playa: no quería encontrarse con ninguna de las otras parejas del barco, de ahí que finalmente escogiera la más

cara. Quería a Ibón solo para él toda la mañana, aunque sin saberlo no llegó a conseguirlo del todo: cuando Pablo pensaba, medio amodorrado al sol, que su marido jugaba con el móvil, en realidad Ibón mantenía una larga conversación por whatsapp con Zoca.

De cualquier forma, casi no había gente, así que se relajaron y se olvidaron de todo por un buen rato. Y aunque no era una playa nudista, tras comprobar que estaban prácticamente solos Ibón se quitó el bañador para intentar borrar la marca blanca un poco, y Pablo terminó imitándole tras unos minutos de absurdo pudor.

Les costó encontrar un sitio para comer porque se despistaron bastante con la hora y, por muy turístico que sea, Mykonos no es España, donde puedes comer cualquier cosa en cualquier esquina y a cualquier hora. Disfrutaron de unas sabrosas albóndigas condimentadas con muchas hierbas y de una curiosa especie de quiche de queso. Después se emborracharon un poco a base de chupitos de un fortísimo *raki*: les invitaron a la primera ronda, pero les gustó tanto que se bebieron casi una botella entera acompañada por otra botella de agua para cada uno.

Cogieron un taxi para volver a Chora, donde Pablo quería hacer una corta visita al Museo Arqueológico, que aunque le decepcionó un poco por el tamaño del continente, le entusiasmó por el precioso contenido. Ibón no entró con demasiada emoción, pero le complació la de su marido.

Se sentaron después en una terraza rodeada de casitas blancas en una recoleta plaza de la ciudad y, mientras Ibón pedía unos cafés Pablo entró en el barcito para intentar orinar todo el alcohol y el agua que se habían metido. Se extrañó cuando su móvil sonó. Terminó de mear a toda prisa para coger la llamada, pero era Rober. Miró el aparato con aún más extrañeza y decidió dejar pasar la llamada, pero cuando se estaba lavando las manos volvió a sonar. Se secó, acomodó su cuerpo para un combate verbal, y le atendió con un seco:

-¿Qué quieres? -hubo un corto silencio.

-Perdón, ¿te molesto? -la voz sonó tan compungida que Pablo sospechó lo peor, sin saber qué podía ser lo peor, recordando el susto que le había dado el actor a los pies del Partenón.

-No, ¿qué pasa?

-Tengo un problema, Pablo... Necesito ayuda. Estoy en... -dudó Rober-, no sé dónde estoy.

-¿Tu maridito tampoco? Mira que me extraña -hubo un largo silencio como respuesta que le hizo preocuparse un poco-: ¿no estás con él? -más silencio; no supo que Rober hacía esfuerzos hasta para respirar-. Por dios, pregúntale a cualquiera, Rober, aquí todo el mundo habla inglés.

-No, Pablo, que no es éso, que es que... -de pronto Rober se echó a llorar, y Pablo se preocupó un poquito.

-Rober, ¿qué te pasa?

-Es que... -su ex no podía articular nada inteligible, entre los puros nervios que tenía y los entrecortados sollozos-, no sé qué...

-¡Rober, coño! ¡Cálmate y dime qué te pasa! -gritó Pablo, un poco asustado, mientras salía del bar. Ibón oyó la última frase mientras preparaba el café que ya les habían servido y se giró en su asiento para mirar a su marido, que se acercó a toda prisa a la mesa con cara de circunstancias.

-Que es que... he discutido con... hemos discutido, se cogió otro camarote y me ha dejado solo, y ahora no sé ni dónde está, Pablo, y me estoy aterrorizando, porque me va a dejar y ni siquiera sé dónde estoy, y no sé qué coño voy a hacer sin él a partir de...

-¡Rober, tranquilízate! -berreó Pablo, haciendo que a Ibón se le torciera toda la cara-. Dime qué hay a tu alrededor.

-No sé, Pablo, no sé -no le abandonó el estado de nervios, pero sí que iba dejando de llorar-. Casas blancas, como de pueblo, y hay unas escaleras que bajan a una playa, y...

-¿Hay alguien? ¿Hay alguna tienda, una iglesia... algo?

-Hay un par de señores sentados en sillas en una puerta, pero deben tener unos doscientos años.
-Por dios, da igual, no bajas las escaleras porque si vas a una playa es como si nada. Tira por cualquier calle y...

-¡Turistas! -exclamó el otro y dejó de escuchar para dirigirse a una parejita cuyos pelos y pieles vaticinaban una procedencia nórdica. Pablo escuchó media conversación-: ¿Hello? ¡Oh, thanks! Please, I need to know how to go downtown or to the port, do you... ¡Yes! Oh, my god, yes... yes... yes... Ok... ¡Oh, my god, thank you, thank you very much! -algunos ruidos y Rober le volvió a hablar-. ¿Sabes algo de Luis?

-¿Y cómo voy a saber algo de Luis?

-¡Y yo qué sé! ¡No sé! Se me ha ocurrido que podía haberos llamado para...

-Para nada, Rober, para nada. No sé dónde está Luis. Y por si te lo preguntas -miró a su marido-, Ibón tampoco. Pero ¿estás bien?

-No, joder. ¿Cómo voy a estar bien? ¿No me has oído? ¡Estoy seguro de que me va a dejar!

-No digas tonterías -Pablo por fin se relajó y se sentó junto a Ibón tranquilizándole con una mano-. No te va a dejar, pedazo de idiota.

Hubo otro corto silencio que sólo le hizo adivinar, por las exhalaciones de Rober, que iba casi corriendo.

-No lo sé, Pablo. He metido el patón de la ostia y... -su respiración y habla se entrecortaban aquí y allí-, ¡joder! No le he visto desde ayer por la tarde, no me responde llamadas ni mensajes. Ni siquiera sé si sigue aquí o se ha cogido un puto avión.

-Tranquilízate, por dios. Una discusión la tiene cualquiera. Tampoco te ha hecho nada que no se pueda arreglar.

-¡Pero si él no me ha hecho nada! -berreó Rober, confundiendo aún más a su ex-. ¡Soy yo quien ha metido el patón, joder!

Pablo miró a su chico, que también empezaba a olerse lo peor, pero le volvió a tranquilizar con un corto movimiento de cabeza. Se estaba exasperando.

-Mira, Rober, no sé qué más hacer, no te puedo ayudar. No sé dónde estáis ni tú ni él, y tampoco creo que sea el más indicado para...

-¡Joder, Pablo! ¡Por favor! -rogó Rober.

-¡Pero qué quieres que haga!

-Llámale tú, por favor. A lo mejor a ti te coge el teléfono.

Pablo soltó todo el aire de su cuerpo y se frotó la frente con la otra mano. Volvió a mirar a Ibón e hizo rodar sus ojos en las cuencas.

-¿Y qué coño le digo?

-¡Dile que estoy...! No..., no sé. Dile que... ¡joder! -otro silencio-. Dile que le quiero, por favor.

-¡Pero cómo coño le voy a decir éso! Si es que acaso me coge el teléfono.

-Por dios, Pablo, por favor... Es lo último que te pido en mi puta vida, pero por favor, llámale y dile... lo que se te ocurra. Dile que estoy desesperado, que... -se paró de repente en medio de un callejón-. No sé, Pablo. Dile que me llame. Esta mañana me dijo en un mensaje que me llamaría, pero no lo ha hecho. Estoy...

Pablo quiso evitar que el hombre comenzara a llorar de nuevo, así que volvió a negar con la cabeza mientras se contradecía a sí mismo:

-Vale, Rober, estate tranquilo. Le llamo.

-¡Dios, Pablo! ¡Mil gracias! ¡Por favor, mil gracias!

-No me las des aún. Te cuelgo y lo intento.

Aún oyó un último “¡mil gracias!” antes de colgar. Dejó caer la mano con el móvil en una pierna

y miró a cualquier sitio antes que a Ibón.

-¿Me cuentas?

-Mejor no. Bueno, después. Está medio histérico: sólo que han... discutido, malamente, por supuesto. Supongo que por lo que todos sabemos.

Ibón tragó saliva y se sintió mortificado cuando Pablo le miró a los ojos. No supo qué decir, así que no dijo nada, dejando que su marido volviera al teléfono. Luego Pablo le volvió a mirar, con algo semejante al cansancio en su semblante.

-No tengo el número de Luis -Ibón volvió a tragar saliva y metió la mano en su bandolera mientras notaba cómo le ardía la piel de la cara y la cabeza. Le mostró el contacto en su móvil, sólo para que Pablo viera que lo único que ponía era un escueto "Luis"; también era cierto que había otros dos luses, ambos con sus apellidos, pero el cocinero no le dio importancia. Marcó y esperó pacientemente. Ya iba a colgar antes de oír algún estúpido mensaje automático cuando Luis atendió la llamada.

-¿Hola?

-¿Luis? -no hubo respuesta-. Soy Pablo.

-Eeh... -un corto momento de duda-. Dime.

-No sé cómo decirte... -Pablo dudó más de la cuenta y a Luis le recorrió un escalofrío.

-¿Qué pasa, Pablo? ¿Qué pasa!

-Nada, Luis, no te preocupes, sólo... Bueno, me ha llamado Rober, desesperado. Que no sabe dónde estás, y -recalcó-: que *no sabe dónde está él* y tiene...

-Que le den -Luis estuvo a punto de colgar pero se lo pensó mejor-. No, joder. Perdona, no te preocupes. Le llamo.

-No sé hasta qué punto habéis llegado -mintió Pablo descaradamente-, pero más te vale que te relajes bien antes de hacerlo. Ya te digo que está histérico.

-Ya me imagino -respondió Luis tras un largo suspiro-. Muchas gracias, Pablo.

-A ti -ambos colgaron, y Pablo se apresuró a mandarle a Rober una whatssap con una manita de "ok". Ibón titubeó un poco.

-Eehm... ¿y? -preguntó con algo de miedo.

-Pues creo que nada que ya nos pueda interesar -Ibón entrecerró un ojo.

-¿No...? -terminó echándole un par: se había prometido no volver a dejar nada sin terminar-. ¿No tiene que ver con nosotros... conmigo y con...?

-Supongo que sí -le cortó Pablo, evitando que confesara lo que no quería-, pero éso es algo que a nosotros no nos influye, que tienen que arreglar ellos entre sí, ¿no?

Ibón volvió a dudar, pero ya estaba convencido de que tenía que soltarlo todo, de que tenía que cambiar su forma de vivir con Pablo.

-Amor, es que creo que... bueno, que sé por qué han discutido. Y creo que yo tengo la culpa de...

-Tú no tienes la culpa de nada -le volvió a cortar-. En todo caso la culpa será de Luis, ¿no? -Ibón abrió la boca y la volvió a cerrar. Parpadeó varias veces mirando a la mesa y luego encaró a Pablo, cogiendo aire.

-¿Lo... sabes? -Pablo ablandó su expresión.

-Claro que lo sé, cariño -se apresuró a coger las manos de su marido para tranquilizarle-. Y no importa. No *me* importa... si a ti tampoco te importa. Sé que no le quieres, que sólo ha sido un desliz que por mi parte creo que podrías haber tenido con cualquier otro. Como yo lo tuve con Zoca.

A Ibón se le veía tan descolocado que Pablo prefirió seguir hablando antes de que el hombre empezara a soltar incongruencias. Lo que no supo es que ese "no le quieres" se le había

atravesado a Ibón en algún sitio angustioso.

-Vamos a ver, amor... las cosas han cambiado -prosiguió-. Puede que haya sido demasiado rápido todo, pero creo que he comprendido al fin lo que no me daba la gana entender -le miró con ternura-. Te quiero, y lo único que necesito ahora es quererte, y que tú me quieras. Y mantener nuestra relación. Y hablarlo todo con tranquilidad y cabeza como estamos haciendo ahora; no ocultarnos nada, no hacernos daño, no... -se quedó sin palabras. A Ibón le brillaban los ojos.

-¿Por qué no me has dicho nada? De que lo sabías...

-Porque no era necesario. Ayer se me abrieron los ojos y... -no supo qué palabras usar, cómo demonios expresar lo que necesitaba: todo le sonaba muy fuerte-. Creo que no necesitamos otra... *intervención*, ¿no? A ver... lo que hicimos ayer... no es que quiera repetir, pero... bueno, ya te digo que me abrió los ojos. Me di cuenta de que no pasa nada, de que podemos... no sé... *jugar* -se apresuró a aclarar-: siempre que lo hagamos juntos. Es algo que no había hecho nunca, pero... me gustó, niño. No porque ellos me gusten o me atraigan, no porque me gusten el sexo y esos juegos en sí, sino por disfrutarte a ti... *siempre*. Fue una forma de darme cuenta de que te puedo tener incluso cuando te tienen otros. Y siendo sincero: una forma más de ponerme cachondísimo. Ibón alzó una ceja con esta última aseveración y apreció la media sonrisa que se le había dibujado a Pablo.

-A ver si lo entiendo... ¿me estás diciendo que ahora sí que te apetece lo de la pareja abierta? -se aflojó un poco al poder dejar a Luis de lado. Pablo suspiró y estiró la cara para responder, aliviado:

-Pues sí -la confusión de Ibón era superior-. Pero siempre haciéndolo juntos. Nos montamos tríos, orgías, con otras parejas, lo que quieras hacer... o lo que *yo quiera* hacer, siempre que lo hagamos juntos, siempre que lo que hagamos nos apetezca hacerlo a los dos. Ayer me di cuenta de que no era lo que yo pensaba, según cómo se plantee.

-Pero... -Ibón negó con la cabeza, del todo incrédulo; tanto que ni siquiera pudo terminar-. A ver, que no...

-Oh, claro -continuó Pablo-. Y siempre que los implicados no incluyan a ningún tipo de ex ni cosas parecidas.

Ibón cerró los párpados con fuerza y luego los estiró sin abrirlos. Pablo le dio tiempo, pero no pareció que le sirviera para mucho.

-De acuerdo, entiendo todo ésto, pero... yo te he... he... -le estaba costando tanto que Pablo tuvo que ayudarle:

-Me has puesto los cuernos con Luis. Sí -Ibón bajó la cabeza y Pablo se la levantó con una mano-. Y no te creas que no me jode, pero no será más que una de las espinitas que nos vamos a ir quitando el uno al otro a base de estar más unidos que nunca, de ser sinceros y de querernos como debemos -no supo si seguir con lo que tenía en la cabeza, pero si no lo hacía ahora, no lo haría jamás-. Y si así soy incapaz de asumirlo, lo consideraré como una última venganza tuya que merezco a base de bien, ¿vale?

Ibón le preguntó con una ceja, pero una comezón irascable en su estómago hizo su trabajo: Zoca. La ceja explicó a Pablo que ya sabía de qué hablaba y le dio un pinchazo en el pecho, que achacó al momento de descontrol por Rober y Luis.

-Hemos hecho muchas cosas mal en este viaje -expuso Ibón, dudoso-. Supongo que finalmente será como decías ayer: un borrón y cuenta nueva.

-No creo que éso exista en la vida real. Pero sí que existe el perdón -iba a decir "sincero", pero se lo calló-, y también que podemos asumir nuestras meteduras de pata y no volver a cometerlas, si

lo tenemos todo claro. O simplemente racionalizarlas un poco para darnos cuenta de que no son tal, que no hemos hecho cosas mal, sino cosas que no esperábamos que el otro hiciera, que no esperábamos de nosotros mismos... -se mordió un labio-, pero que al final nos han valido para llegar hasta aquí, hasta un momento en que no es necesario que nos perdonemos nada porque hemos decidido que no nos hemos hecho nada. Sí -se confirmó a sí mismo-: dicho así, suena a borrón y cuenta nueva.

Ibón calló unos segundos que a Pablo se le hicieron eternos porque reconoció en el semblante de su marido unas mil expresiones que no presagiaban nada bueno. Pero también unas cuantas docenas de muecas de comprensión, de aceptación y confirmación.

-Vamos a tener que hablar ésto mucho más. No sé si me va a resultar tan fácil llegar a ese punto del que hablas, a ése “no nos hemos hecho nada”, porque creo que sí que nos hemos...

-Ibón, para -pidió Pablo; su marido le hizo caso, mirándole desde no se sabía dónde-. No es necesario que cerremos ésto ahora. No es necesario seguir hablando ahora, ni tenerlo todo claro ya mismo, ni nada. No es necesario nada más que querer al otro y dejarnos querer, ¿vale? -se volvió a morder el labio-. ¿Me vas a dejar quererte?

-Pues claro que sí, joder -Ibón se emocionó de tal manera que se le humedecieron los ojos.

-¿Y tú me vas a querer más que a nada ni a nadie en este mundo? -su marido sólo estiró toda la cara y le abanicó con las pestañas intentando no llorar. Pablo suspiró-. Pues ya está. Ya hablaremos todo lo que quieras en casa. Ya haremos todos los planes que precisemos y dibujaremos todas las líneas rojas que nos parezcan necesarias para no volver a salirnos nunca más del tiesto.

Ibón le mantuvo la mirada un par de segundos y luego se perdió por las callejuelas blancas, las ventanas azules, el cielo resplandeciente.

-¿Te parece? -inquirió Pablo, temiendo de repente haberse pasado. Ibón volvió a él como quien se recoloca tras un frenazo casi mortal. Se llevó una mano a la boca y se frotó la barba de un día, haciendo sufrir un poquito más a su marido. Trompeteó con los labios: no había esperado que la “intervención” llevara a algo parecido.

-¿No estaremos cometiendo un error enorme? -Pablo sólo tardó un segundo más de lo que debía.

-Pues si lo hacemos lo arreglamos y a tirar p' delante, ¿ok? Y no me jodas ahora mucho con tus dudas, que todo ésto sale de la dichosa “intervención” -Ibón estiró la boca, autoculpándose.

-¿Así de fácil todo?

-Así de fácil.

Ibón se dio cuenta de que su marido no le había perdonado *con palabras*. Y supuso que por el mismo motivo por el que él mismo no necesitaba perdonarle nada. Se volvió a perder en su propio mundo durante un momento, masacrándose un moflete por dentro con sus enormes caninos. Se preguntó a sí mismo y le dio un par de vueltas a las respuestas hasta que éstas se fueron escribiendo solas en su nuevo catecismo que, desde luego, incluía como uno de sus mandamientos el mentir a su marido cuando lo considerara necesario. Y ahora lo era: jamás podría confesarle a Pablo que Luis siempre sería el amor de su vida.

Pablo esperó, paciente, pero con una inquietud que iba creciendo ante la ahora casi total impasibilidad del semblante de su marido, por mucho que se estuviera arrancando carne a mordiscos, quien, por fin, cogió todo el aire que pudo y suspiró su acuerdo

-No es así de fácil, Pablo, y no va a serlo.

-Jódete -se le escapó al cocinero-. Ésto es el matrimonio.

Ibón alzó una ceja.

-Si te oyera alguien de Vox nos quemarían en una hoguera en la Plaza de Colón.

A Pablo se le fue estirando la boca en un gesto de tranquilidad. Ambos removieron sus espaldas para soltar los nudos que se les habían ido formando durante la extraña conversación. Pablo cogió un sobre de azúcar pero se lo pensó mejor: lo primero es lo primero. Besó a Ibón en la mejilla.

-Te quiero -Ibón relajó toda la cara.

-Y yo a ti.

Ambos sabían hasta qué punto estaban mintiendo al otro y hasta qué punto a sí mismos. Ambos suspiraron; Ibón con alivio, Pablo con resignación, y siguieron con sus cafés.

Rober seguía correteando como gallina sin cabeza cuando su móvil sonó. Se paró en seco en una esquina y cogió la llamada.

-¡Luis! -no supo decir nada más-. ¡Luis!

-Hola, niño.

-Dios... -musitó, y se echó a llorar con total desconuelo. Luis le dejó llorar un buen rato, con el estómago encogido.

-¿Dónde estás?

-No lo sé, mi amor. Perdóname, por dios -Luis se mordió el labio y suspiró profundamente.

-No es algo que vayamos a hablar por teléfono -a Rober se le retorció algo más el nudo gordiano en que se habían convertido sus tripas.

-¡Te quiero, mi niño, te quiero! -berreó del todo exaltado-. ¡Luis, por dios, te quiero!

-Dime si ves algún cartel con una dirección, o algún edificio, o algo... -Rober miró a su alrededor sin reparar en la sequedad de su chico. Había una farmacia frente a él, una boutique, una tiendecita con especias y frutos secos. Sollozó de nuevo.

-¡Está todo en griego! Luis, no sé dónde estoy, pero unos turistas me han dicho cómo...

-Vale, Rober, tranquilízate. Ve al barco; coge un taxi en cuanto veas uno, o sigue preguntando. Yo te espero allí. Estaré en la terraza de la piscina, ¿ok?

-Vale, vale. Voy. Espérame, por favor. Voy a...

-Que sí.

No sólo le cortó la frase, sino que colgó, dejando a su marido con una miríada de arrepentimientos escociéndole la punta de la lengua y sin saber que Luis le había colgado no porque le odiara hasta el tuétano, sino porque ya estaba llegando el autobús que le llevaría al puerto. Rober miró el aparato como si tuviera dientes y lo apagó: después de todo un día de mensajes y llamadas perdidas, de consultas en Google Maps que no le habían ayudado nada, le quedaba un tres por ciento de batería. Le echó una mirada desafiante pero aún mojada a los meandros del estrecho callejón y echó a andar de nuevo a toda velocidad.

En tan solo unos quinientos metros el callejón desembocó en una hermosa y luminosa placita con un mirador que daba directamente al mar. Desde allí se divisaban a la perfección el puerto viejo a la izquierda, con todos sus barquitos de pescadores, y el nuevo a la derecha, con todos aquellos esplendorosos yates turísticos y con el “Rainbow Princess” en el único sitio en que cabía, insultantemente gigantesco y brillante, tremebundo comparado con cualquiera de los edificios frente a él.

Comenzó a temblar sin control y a llorar de nuevo, pero a su alrededor había mucha más gente que en ningún otro sitio por el que hubiera pasado, de modo que echó su vergüenza al zurrón y se dirigió a toda prisa hacia el barco, como quien anda por un desierto con una única montaña como destino en el horizonte.

En unos veinte minutos estaba recorriendo el muelle, ya más calmado, pero aún aprisa. Tan rápido iba que ni se dio cuenta de a quién adelantaba justo al encarar la primera pasarela del

barco.

-¡Ey! -exclamó Pablo-. ¡Rober, para!

Rober se dio la vuelta ya sobre la rampa metálica. Sin esperarlo ninguno de los dos, se abalanzó sobre Pablo, abrazándolo como si fuera su hijo pródigo.

-¡Gracias, tío! ¡Joder, gracias!

-¡Pero chico! ¿Qué haces? -a Pablo se le escapó una risilla.

Ibón les observó desde detrás de su marido; le resultó evidente que Rober intentaba no echarse a llorar, hasta que el actor le miró directamente a la cara. Sintió tal corriente de odio desde aquellos ojos que tuvo que mirar al suelo, pero Rober volvió a cerrarlos y estrujó un poco más a Pablo.

-Dios, Pablo, gracias, por dios. No sabes lo que... ya he hablado con Luis y... si no fuera por ti no...

Pablo intentó dar por terminadas todas aquellas frases inconclusas quitándose de encima al animalillo. Le agarró por los hombros y le miró con algo parecido al cariño.

-Tranquilo. Ha sido un placer poder ayudarte.

Dentro de su alteración Rober agradeció la rotundidad de aquella afirmación, por muy manida que sonara, dejando que todo su cuerpo se relajara para regalarle a Pablo todas sus flaquezas. La corriente entre ambos fue fuerte, directa y clara hasta que Rober volvió a desviar su atención a Ibón durante un microsegundo para devolverla a Pablo enseguida. Fue suficiente para éste:

-No pasa nada, Rober. Nosotros ya hemos hablado. Vé tú a arreglarte con tu marido, ¿ok? -Rober puso los ojos en blanco y la flojera se multiplicó por diez. Negó con la cabeza.

-No sé... no sé qué... ¡Échame una mano, coño! No sé qué decirle. ¡Tú eres mi única esperanza!

-Qué princesa Leia tan vallecana -observó Ibón, intentando relajar el momento.

-Oh, por favor, ¿es que no sabes cómo te adora ese hombre? -Pablo se interpuso entre el comentario jocoso de su marido y Rober, antes de que éste decidiera arrancarle la cabeza de un mordisco, pero pareció perderse en las facciones del cocinero para después hacer una mueca de duda dolida.

-Yo le adoro a él, joder. No sabes cuánto le... ay, joder -estaba a punto de volver a echarse a llorar, de modo que Pablo le volvió a abrazar y le murmuró tonterías varias hasta conseguir calmarle durante unos segundos más.

-No soy quién para asegurarte nada, claro está, pero creo que te quiere incluso más de lo que piensas. Y que es tan culpable como tú, hayas hecho lo que hayas hecho -le obligó a mirarle a la cara-. Tú déjale hablar, deja que salga todo lo que tenga que salir y cuando ya haya salido déjale bien claro que él es lo único que te importa en este puto mundo, ¿de acuerdo?

-Sí -repuso un compungido Rober.

-Pero sobre todo déjale hablar, ¿ok? -Pablo le echó media sonrisa-. Corta tu verborrea, chiquillo.

-Claro.

Se miraron durante un largo momento y luego Pablo le empujó por un hombro.

-Anda, vé. Nosotros vamos a quitarnos la arena de la playa y después a cenar. Si me necesitas ya sabes dónde estoy, que para éso son los amigos -los otros dos hicieron un pequeño gesto de asombro-. Y por dios, arréglate un poco, que pareces un actor politoxicómano haciendo de alcohólico en una película de Disney.

-No soy precisamente Blancanieves -Rober volvió a perderse en el suelo.

-Que más quisieras tú, con siete mineros salidos en el bosque después de años sin catar hembra -el actor se aclaró la cabeza con un rápido movimiento e intentando sonreír.

-Éso sólo quiere decir que habrán terminado siendo unos pajeros.

-Como si éso te fuera a preocupar -Pablo le sonrió con media cara-. Anda, aprovecha que vuelves a ser tú.

Le volvió a empujar. Pareció un padre indultando a un hijo al que han expulsado del cole con toda la razón del mundo. Rober dio dos pasos y luego paró para volver a mirarle.

-Gracias. De verdad, gracias.

-¡Anda! -le empujó ahora sólo con un gesto de la mano y remató su actitud paternal con un-: y que no se entere mamá.

Rober también le mostró media sonrisa y volvió a amagar un paso. Luego se lo pensó y se volvió a acercar a ellos, que se quedaron esperando algún otro agradecimiento. Pero no. Rober dio un paso más y le sacudió a Ibón tal bofetón que hasta le ardió la mano. Pablo también amagó un paso, pero Rober le puso la otra mano en el pecho, no pudiendo mirar a ninguno de los dos, entre la seguridad completa y el arrepentimiento culpable.

Ibón había exclamado algo, y ahora se frotaba el moflete, agradeciendo a los dioses que no le hubiera tocado la nariz y que el bofetón hubiera sido zurdo. Miró a Rober, que le devolvió una erupción con los ojos.

-De parte de Luis. Él no se atrevería. Ni se volverá a acercar tanto a ti, ni siquiera para hacerte ésto.

Ahora se marchó sin más amagos. Ambos le observaron desde el muelle mientras subía por la pasarela.

-¿Qué es más exagerado: teatrero o teatral? -preguntó Ibón, aún frotándose la mandíbula.

-Y yo qué sé -espetó su marido, de peor café de lo que esperaba-. ¿Por qué?

-Por saber cuál de los dos aplicarle y que el resto de la gente sepa qué coño esperar de él -Pablo se relajó un poco y le echó una mirada ya divertida.

-No seas malo. Creo que en su vida lo ha pasado peor -Ibón resopló.

-No es el único.

Pablo se apiadó de su marido y de sí mismo. Se pegó a él y despacio y con suavidad tironeó de su cuello para darle besitos en las pupas.

-Ya está -volvió el padre, y prosiguió, sólo para convencimiento propio-: estamos bien.

Mientras subían por la pasarela no pudo evitar pensar en lo agusto que se habría quedado si la bofetada se la hubiera sacudido él mismo.

A Rober se le fueron endureciendo las tripas en el ascensor. La rabia del bofetón -aunque sintió el picor en esa palma y el dolor de la puerta en la otra mano durante un buen rato- sólo duró diez o doce segundos y la tenaza interior hizo que dudara un momento demasiado largo cuando las puertas se abrieron en la cubierta superior de la piscina. Tuvo que impulsarse a sí mismo desde la pared del fondo para salir cuando las puertas ya se cerraban. Se apoyó en la barandilla y buscó a su marido. Aunque la tarde ya estaba dando su último suspiro, una docena de personas disfrutaban aún de las instalaciones, pero Luis no estaba. Quiso llamarle, pero su móvil ya no quiso encenderse. Se maldijo por inútil y bajó ahora con decisión la enorme escalera.

Estaba tan nervioso que ni siquiera era capaz de decidir dónde sentarse a esperar. Dio varios paseos por detrás de la línea de tumbonas esperando que el aire y el último rayo de sol del día secaran el sudor de su camisa y finalmente paró en la barra del bar y pidió un coñac. Miró al camarero con aprensión cuando éste le sirvió:

-¿Ésto entra en...? -mostró su pulsera del "Todo incluido", de la que seguía sin saber cuánto incluía.

-Por supuesto, caballero -Rober alzó una ceja y manifestó un "claro" con el resto de la cara.

-Por supuesto. Si es que le adoro, joder -se mordió un labio y miró al camarero como si éste

necesitara una explicación-. ¿Qué coño iba a hacer yo solo? Si no lo hace él yo no sé hacer nada, joder.

El muchacho sólo alargó su sonrisa dos milímetros tirando de máscara profesional, pero la cara de descoloque de Rober hizo que le recorriera una extraña e inesperada corriente de empatía.

-Seguro que es usted capaz de ésto y de mucho más -un segundo camarero miró extrañado al primero: aquella barra no era la típica en que los borrachos confiesen al camarero toda su mierda.

-Qué va. Por mi madre que no sé hacer nada sin él.

Una repentina nube de angustia cruzó la cara de Rober, haciendo que al camarero se le encogiera un poco el estómago, pero no movió ni un músculo hasta que Rober le dio la espalda para dirigirse a una mesa baja. Entonces sí que miró a su compañero, que había asistido a la escena con discreción, para ponerle los ojos en blanco. El otro se encogió de hombros y siguió a lo suyo, aunque tampoco pudieron relajarse mucho. Rober estaba frente a la barra de nuevo, con su cara de perrete abandonado.

-¿No tendrás un cargador de Huawei?

-Lo siento, señor, no tenemos cargadores aquí.

-¿Ves como no sé hacer nada solo? Si es que... -negó con la cabeza y el perrete le dio tanta pena al otro camarero que se acercó y le susurró:

-El mío también es Huawei. Démelo y se lo enchufo un rato.

-¿Seguro? -preguntó, como si el muchacho le hubiera confirmado que le habían tocado las quinientas mil pesetas, el coche y el apartamento en Torre Vieja-. ¡Muchas gracias!

-Encantado, señor.

-No sabes el favor que me haces ahora mismo. Con cinco o diez minutillos vale.

-No es ninguna molestia, caballero. Y me alegro de poder ayudarle -Pablo le escudriñó unos segundos que hicieron que el muchacho se ruborizara un poquito.

-¿Sabes? Vas a ser un marido cojonudo, te lo digo.

-Eeh... gracias, señor -respondió el chico, cogiendo el móvil que le alargaba Rober y llevándoselo a la cocinilla. Rober miró al primero.

-Ese chico te va a hacer muy feliz, te lo digo -la única respuesta del barman fue un rápido parpadeo. Cuando Rober ya volvía a su mesa el muchacho miró a la puerta de la cocina con la duda en la cara y se le escapó una sonrisilla.

-¿Cómo coño sabe...? -masculló, incrédulo. También se encogió de hombros y se volvió para colocar unas botellas, con un burbujeo nuevo en su estómago.

Rober se sentó y observó al resto de viajeros, a algunos de ellos con una envidia tremenda.

-Claro, hace años que no os peleáis, ¿verdad? -le musitó a una parejita que reía una docena de tumbonas más allá.

-¿Con quién hablas? -le asustó Luis desde detrás. Se puso en pie como si la tumbona se lo hubiera quitado de encima con asco. Le miró cinco segundos, dio un paso hacia él; le miró otros cinco segundos, hizo ademán de comenzar a hablar pero no le salió nada. Se aclaró la garganta, tragó saliva con esfuerzo, tironeó de las comisuras de sus labios con un par de dientes...

-Por dios -se quejó Luis-. Con lo que hablas en otros momentos.

Se acercó a él en dos pasos y le abrazó. Notó el ataque físico que le estaba entrando a Rober y tuvo que coger aire, que soltó siseando entre sus dientes apretados. Se quedaron así largo rato, intentando arrancarse el miedo y los nervios de encima.

Los camareros les estaban observando, uno junto al otro. El que había atendido a Rober se lanzó entonces, mirando aún a la parejita:

-Me gustas -el otro le miró con estupefacción.

-¿Qué?

-Un huevo, además -añadió, sin perder la atención en los hombres abrazados y tragando saliva con dificultad-. Y ni se te ocurra decirme que no, que me ha costado meses.

El segundo también se volvió a centrar en ellos mientras se acercaba a su compañero lo suficiente como para no tocarle pero que ambos sintieran sus respectivos calores, con una ufana mueca de felicidad total.

-Chico, sí que te ha costado.

Ibón entró en el camarote ya quitándose la camiseta. Pablo, detrás de él, admiró por enésima vez la espalda de su rascacielos particular y se mordió la punta de la lengua, no supo si por deseo o por duda. Ibón había salido aquella mañana con el bañador puesto y al volver de la playa lo había metido en su bolsa para no mojar el pantaloncillo, de modo que al quitarse éste ahora ante su marido apareció el cincelado culo del deportista. El deseo creció e hizo que Pablo se pegara a él aún vestido para frotar sus cuerpos. Ibón abrazó los brazos de su marido y se quedaron un buen rato así, Pablo con ganas de follar, Ibón con ganas de que su marido le hiciera el amor.

No hicieron ninguna de las dos cosas.

Pablo le besó los hombros, los omóplatos, la espina dorsal, provocándole un mar de escalofríos al hombretón, que se dio la vuelta sin dejar que el abrazo se abriera y miró a Pablo desde tan cerca que ambos perdieron el foco y vizquearon. Le besó con tanta ternura que el cocinero perdió también el equilibrio y dejó que su marido le sujetara con fuerza aún con sus bocas unidas, notando ambos cómo se les disparaban el corazón y la respiración.

-¿Te duchas conmigo? -propuso el deportista.

-Nos duchamos el uno al otro -confirmó el chef.

Ya en la ducha, mientras enjabonaban el cuerpo del otro, ambos pensaron lo mismo: que todo iba a funcionar, aunque a Ibón le pesaran Luis y la inseguridad de saberse enamorado de él, y a Pablo le pesaran Ibón y la inseguridad de saber que no quería perderle bajo ningún concepto.

-Te quiero -le susurró Ibón a la coronilla de su marido mientras la masajeaba con champú-. Y te necesito.

Pablo cerró los ojos -para que no le entrara jabón, no porque no quisiera mirarle- y se dio la vuelta para pegar su cara y confirmarle al pecho de Ibón:

-Y yo a ti. No imaginas cuánto.

Se quedaron abrazados otro rato, dejando que el jabón se escurriera por sus pieles. Ambos volvieron a coincidir en sus pensamientos: iban a necesitar mucho más que un gel para limpiar tanta mierda, pero nada ni nadie evitaría que disfrutaran de ella.

Sí que es cierto que después de discurrir sobre todo lo que habían discurrido no volvió a haber entre ellos un cruce de miradas tranquilo y confiado hasta que se acostaron unas cuántas horas después.

Luis había dejado a Rober sentado en una mesa y había ido a pedir en la barra algo fuerte para encarar aquello con algo más de coraje.

-Ponme dos vodkas, por favor -el camarero dudó un momento.

-¿Seguro? -Luis alzó una ceja-. Es que su... eh... el caballero ya se ha tomado un coñac; a lo mejor es muy fuerte, la mezcla.

Luis comprobó que en la mesa había una copa grande ya vacía. Rober se había tragado el coñac de un lingotazo ya antes de sentarse, antes de que él llegara.

-Ah, pues gracias, sí. Claro, pues un vodka y otro coñac -pidió, algo dubitativo-. ¡No! Mira, mejor un vodka y un zumo, ¿vale? De piña.

El muchacho le echó una sonrisa demasiado cercana, casi amistosa, y Luis arrugó toda la frente mientras el chaval preparaba las bebidas con profesional rapidez. Miró otra vez a Rober, que ahora le miraba a él. Le hizo un gesto sin significado y volvió al camarero.

-Gracias por preocuparte por nuestra salud -no sabía qué decir con exactitud porque aquel camarero le seguía mirando con ese toque de familiaridad-. A cualquier otro sólo le habría importado ponernos lo más caro.

-Para nosotros no hay barato o caro, sólo hacer que nuestros clientes tengan lo mejor -aquella corriente de nuevo, y el muchacho se acercó un poco y se acodó sobre la barra-. Aunque estoy seguro de que usted ya lo tiene.

Luis volvió a fruncir el ceño. El camarero señaló a Rober con las cejas, haciendo que Luis volviera a mirar a su marido, sin llegar a entender de dónde demonios salía todo aquello, pero notando que un calor indefinible le recorría todo el cuerpo. Miró de nuevo al chaval, a las copas, al chaval, a las copas, una y la otra, al chaval. Finalmente, sin mirarle a los ojos, confirmó con total convicción:

-No lo sabes tú bien -cogió las bebidas-. Espero que a ti te pase algo parecido algún día.

Al camarero le brilló la cara como respuesta y la corriente entre ellos le insufló a Luis algo tan bonito e íntimo que hasta se ruborizó. Su cabeza se llenó de Rober, de todo Rober, y pensó que se le saltarían las lágrimas delante de aquel muchacho. Enrojeció aún más y se dio la vuelta, acercándose hasta la mesa con paso algo apocado, mirando las copas sin saber cuál de ellas era una poción de amor y cuál un veneno.

El muchacho siguió con la mirada a aquel hombre suertudo hasta que llegó a su mesa. Limpió con diligencia el cerco de agua que había dejado el zumo y se quedó apoyado en la barra mirando a la puerta de la cocinilla hasta que ésta se abrió, unos minutos después. Su compañero salió de espaldas llevando con maestría cuatro bandejas con platitos de picoteo. Al darse cuenta de que el otro le miraba se paró sin colocarlas.

-¿Qué?

-¿Qué de qué? -respondió el otro levantando un hombro. Ambos reprimieron una risilla y volvieron a sus trabajos deseando casi con desesperación que llegara el fin de su turno para poder abrazarse, besarse, morderse y hacerse el amor hasta que les doliera el cuerpo.

A Rober le dolía, literalmente. No sabía si eran agujetas de haber andado tantísimo o los nervios que le habían atenazado cada uno de los músculos de la espalda, cada centímetro de tripas durante todo el día, pero cuando Luis le alargó el zumo y se sentó frente a él dejó de notar molestia física alguna. Éstas dieron paso a un terror repentino. Deseó que le hubiera traído otro coñac, o un vodka, o alcohol de quemar, pero agradeció el frescor y la dulzura del zumo.

De cualquier forma, la introducción de Luis le descolocó aún más, por mucho que el coñac le hubiera preparado el cuerpo.

-¿Qué es lo primero que te viene a la cabeza cuando piensas en mí? -aquello fue tan inesperado que Rober volvió a ser Rober por un momento.

-Lo rico que estás y lo mucho que me pones -su marido puso los ojos en blanco.

-¿Nada más?

-Me has preguntado por lo primero -respondió, anñado.

-Vale. ¿Y lo siguiente? -ahora Rober tragó saliva. No supo por qué, aparte de lo que se habían hecho el uno al otro, pero sí que supo que se la estaba jugando.

-Lo fácil que es vivir contigo. Lo bien que nos llevamos. Lo bien que me entiendes, por mal que yo me explique.

-¿Y nada más? -Luis bajó la cabeza para apoyar la pregunta con su mirada de miope. Rober se

removió en su asiento y su cara expresó tal indefensión que al músico se le ablandó todo por dentro.

-Pues que... que te adoro..., que no sé la suerte que tengo por tenerte..., que me siento el tío más querido y afortunado del mundo -la inseguridad fue haciendo que cada palabra temblara más.

-¿Y todo éso no es lo primero?

-Todo éso es lo primero, y lo segundo, y lo vigésimo -se apresuró Rober-. Todo éso está en el fondo de todo lo que te he dicho antes, y no puedo dejar nunca de pensar en ello. Te quiero, te quiero y te quiero. Y diría una sarta de gilipolleces, como siempre, pero creo que no es el momento.

Luis le miró durante un largo momento. No; para Rober fue eterno. A los dos se les pasaron tantas cosas por la cabeza que no pudieron ni ordenarlas ni darles la importancia que tenía cada una, ni hacer nada con ellas que no fuera dejarse llevar por un temor horroroso.

-Si en este momento soltaras una de tus gilipolleces me harías feliz -Rober alzó un poco las cejas.

-Joder..., pues..., es que no se me ocurre ninguna.

El terror embargó a Luis, que parpadeó rápidamente para evitar que cayeran las lágrimas que ya le colgaban de las pestañas. A Rober le recorrió el mismo pánico y en medio segundo estaba arrodillado frente a su chico, con la cabeza sobre sus piernas y abrazándole la cintura.

-Perdóname, por favor, Luis. Te adoro. No sé ni qué palabras usar para decirte... ay, dios.

No se pudieron contener más y los dos lloraron un ratito en aquella postura absurda. No les importaron ni la pose ni el arrebató emocional: ya estaban prácticamente solos en la terraza, a esa hora en que la gente se ha ido para cenar y aún no han llegado los clientes nocturnos. Los camareros, sin embargo, les observaban ahora con las tripas encogidas, a pesar de no llegar a oír ni una sola palabra y no saber si la pareja estaba rompiendo o si se les había muerto el perro.

Cuando consiguió calmarse un poco Luis desasíó los brazos de Rober y le empujó hacia atrás para que se pudieran mirar. Ahora, tan de cerca, fue imposible que la emoción le abandonara, por mucho esfuerzo que hiciera, y aunque sabía lo que quería decir su garganta no se abría. Tuvo que carraspear y toser y coger aire y soltarlo.

-No sé por qué lo has hecho, pero por...

-¡No *lo he hecho*, mi amor! -rompió Rober de repente-. Sí, joder, sí que lo he hecho, pero no... no es lo que piensas, te lo juro por lo que más quiero.

Luis alzó una ceja.

-¿Lo juras por mí?

-Éso suena muy mal, como de mal farío. No sé..., te lo juro por la Biblia.

-Rober, eres ateo.

-¡Y qué más da, joder! Sólo quiero que sepas que no ha sido nada que... que en la vida se repetirá, que jamás voy a volver a...

-Lo sé, Rober -Luis le acarició la frente-. Lo sé.

-¿Entonces? -el perrillo se acercó con dos pasitos de sus rodillas. Luis dudó un segundo.

-Me has jodido, pero bien. Siempre pensé que era más abierto, que contigo no necesitaba ser celoso, que hay cosas que no importan... pero joder, me ha dolido espantosamente, Rober. Y no sé si voy a ser capaz de perdonarte.

A Rober se le encogió dentro todo lo que se le podía encoger y dejó caer todo su peso sobre sus pies. Estaba a punto de echarse a llorar otra vez.

-Sabes que es lo último que quiero, ¿verdad? -susurró.

-Entonces ¿por qué lo has hecho? -el músico negó con la cabeza-. No lo entiendo, Rober, no lo

entiendo.

-¡Yo tampoco! Fue... Yo sólo... -soltó todo el aire que le quedaba, abrumado-. Dios, no sé por qué, pero sólo me dejé llevar, Luis. No siento nada por Alberto, nada de ningún tipo.

-¿Nada? Va a ser tu compañero de rodaje -Rober puso los ojos en blanco y volvió a bufar.

-No voy a coger ese trabajo.

-Claro que vas a hacerlo, no seas ridículo -le aclaró su marido. El tono le recordó un dolorcito que no lo era tanto porque conocía de sobra la razón de su existencia.

-Lo único que te puedo decir es que me aterroriza que tú... -Luis esperó, pensando que le diría algo sobre romper-, que lo hayas hecho *con él*.

Luis parpadeó y se echó algo hacia atrás. Su mirada se perdió entre las patas de las mesas y sillas.

-Supongo que sabes que sólo me estaba vengando.

-Joder, pues podías haberte vengado tirándome por la borda.

Ambos se quedaron mirándose otra eternidad sin que sus ojos explicaran mucho más pero con el revoltijo interior formando huracanes.

-Qué mal lo hemos hecho todo, joder -musitó Luis.

-Ha sido culpa mía. No debería haberme...

-No. Ha sido culpa de los dos -asumió Luis. Sabía que si no se lo planteaba a sí mismo de esa forma nunca le perdonaría.

-Pero cariño, he sido yo quien...

-Y yo -le volvió a cortar-. Bien lo has dicho: podría haberte tirado por la borda, pero no. Hice lo peor que podía hacer, lo que más te podía doler. De la otra forma sólo te habría matado, así...

-Así me has hecho saber que me quieres... -propuso un dubitativo Rober-, ¿no?

-Dios, qué par de gilipollas. Sobre todo yo: si no hubiera hecho lo que he hecho sería fácil dejarte.

Rober se hundió. Se hundió hasta niveles de oscuridad que no sabía que existían. Le tembló toda la cara al preguntar, con un hilo de voz:

-¿Me vas a dejar?

La conversación volvió a quedar en suspenso. Rober se volvió a remover, molesto, y soltó un "Auh", intentando frotarse las rodillas clavadas en tierra. Luis se puso en pie y le ofreció las manos para ayudarle a levantarse. Se quedaron a unos centímetros escasos, agarrándose las manos como si les fuera la vida en ello.

-Por supuesto que no. Sería lo más mezquino que podría hacer.

Rober quiso abrazarle, pero Luis le sujetó por las manos con fuerza para que tuvieran que seguir mirándose. A Rober le costó mantener esa mirada.

-¿Y qué hacemos ahora? -preguntó, aún en la oscuridad. Luis le dio un par de vueltas a la respuesta.

-Yo, tomarme otro vodka -se separaron sin quererlo y tras un único paso hacia la barra los dos frenaron en seco: la terraza ya estaba vacía, y los camareros habían aprovechado para comerse la boca con toda su pasión juvenil.

Los dos hombres se quedaron mirándose con la boca abierta. Por mucho que la sociedad haya avanzado, a algunos hombres de cierta edad aún les sorprenden ciertas actitudes, incluso cuando ellos mismos las practiquen. Les recolocan el estómago, les emocionan de una manera que un heterosexual jamás podría entender del todo.

Rober miró a su marido y rogó sin palabras. Luis le atrajo y le besó. Quizá no hubiera pasión juvenil, pero sí entrega. Y reconocimiento. Y un lenguaje que sólo poseen las bocas que se

conocen y se aman. Tras romper el beso sus frentes se abrazaron.

-¿Significa ésto que me perdonas? -murmuró Rober. Luis agachó algo más la cabeza.

-No -el actor volvió a tragar saliva trabajosamente.

-No me dejes, por dios -rogó ahora con voz temblorosa. Luis le separó de sí y le miró frunciendo la frente.

-¿De verdad crees que podría? -hizo un rápido movimiento negativo con la cabeza-. Tú estás tonto, chico. ¿Y qué iba a hacer yo sin ti?

Rober se desmadejó por completo, sus piernas transformándose en goma. Soltó una exclamación y se dejó caer sobre Luis, que tuvo que sujetarle, a duras penas, y sujetarse a sí mismo para que no cayeran cuan largos eran.

-Dios, niño. Te quiero, te quiero, te quiero...

Ambos volvieron a llorar durante un buen rato, Rober descontrolado, Luis con un sollozo que él mismo no entendía, entre el alivio y la conformidad.

Esta vez les costó bastante más volver al mundo exterior. Cuando lo hicieron se dieron cuenta de que la iluminación de toda la cubierta de la piscina había cambiado y sonaba música romántica. Sin dejar de abrazarse comenzaron a moverse al ritmo con sus cabezas cruzadas sobre el hombro del otro y los ojos cerrados.

No se perdonaron en ese momento, pero sí que se amaron. Ambos recordaron su primer baile durante su fiesta de boda y sintieron lo que habían sentido entonces.

Cuando la primera pareja de clientes apareció, vestida para aguantar el frescor nocturno, ya estaban más tranquilos. Ni siquiera parecía que hubieran estado media hora llorando. Pidieron otros dos vodkas en la barra. Les atendió el segundo camarero, que alrededor de sus labios tenía toda la piel enrojecida gracias a la barba cortita del otro. Pero sus ojos brillaban de tal manera que daba igual. Sólo les sonrió al servirles, haciendo que toda la terraza se iluminara aún más.

Cogieron sus copas y se fueron de la mano al camarote 7.020.

Mientras Rober y Luis hacían el amor Pablo e Ibón cenaban, dejando que la conversación de otras dos parejas sentadas a su mesa llenara la noche de agradables futilidades.

Cuando volvieron a su camarote estaban los dos cansados pero felices. Se acostaron y apagaron las luces bastante pronto para sus costumbres. Se abrazaron y en pocos minutos Ibón estaba frito. Pablo le miró durante largo rato aprovechando el resplandor de las luces del puerto. Le adoró un poquito: a veces se daba cuenta de lo guapo que era su marido, por fuera y por dentro. Se le ocurrió que iban a estar juntos toda la vida y pegó su cuerpo un poquito más a él, notando cómo le relajaba la idea.

Luego pensó que *iban a estar juntos toda la vida* y se le encogió el estómago.

Tuvo que darse la vuelta para dejar de mirarle.

A las dos de la mañana Rober se soltó por fin del cuerpo de su marido para ver qué hora era y una lucecita de alarma se encendió en su cerebro.

-¡Ay, madre! ¡Que me he dejado el móvil en el bar!

-No te preocupes -masticó Luis, ya medio atontado-. Mañana vamos a primera hora y lo tendrán en la barra o algo.

-¿Y por qué iban a devolvérmelo? Cuesta un pastón.

-Cariño, el móvil de cualquier camarero de este crucero cuesta el doble que el tuyo. O el triple.

La afirmación no tranquilizó del todo a Rober. Encima le jodió bastante pensar en cuánto podrían ganar los camareros, pero el alcohol al que ya no estaba acostumbrado le empujaba, decidido, a los brazos de Morfeo. Mientras el dios se paseaba por su cuerpo haciendo su trabajo volvió a

pegar su cuerpo al de Luis y éste abrió un ojo y le peinó y acarició la cabeza despacito. Rober también sonrió.

-A ver si nos cortamos las uñas, que me estás arando el cuero cabelludo.

-Se me ha olvidado el kit de belleza.

-Hijo, si te da corte le pido las tijeras al cocinero -Luis entrecerró el ojo y puso morritos.

-Sigue así, y mañana no follas.

-Uy, ¿y tú qué sabes? -el actor de las bromas constantes rió por dentro, el Rober que sabía que de vez en cuándo metía la pata hasta el corvejón se quedó congelado. Luis sólo abrió el otro ojo.

-No follas -hizo ademán de levantarse pero Rober se agarró a él como una lapa.

-¡No, no, espera! ¡Perdona, jo! Que es que... -no le salió la excusa correcta.

Aunque ninguno de los dos quería, el momento fue duro. Ambos supieron que no iba a ser el último, y que habría conversaciones desde aquel momento en que tendrían que cuidar muy mucho sus vocabularios. Y bromas que tendrían que desaparecer por un tiempo. Por mucho tiempo, o quizá para siempre.

Luis suspiró y se dijo a sí mismo que nunca podría cambiar a su marido, y que en realidad no quería cambiarle para nada.

-Vas a tener que aguantarte con mis garras durante décadas. Te jodes.

-Bueno, vale. Me lo merezco. Pero en cuanto lleguemos a Madrid te meto en mi grupo de whatsapp de la pelu -Luis alzó una ceja.

-¿De la pelu?

-Sí, tengo varios compañeros que quedamos de vez en cuándo para hacernos una mani-pedi -la ceja de Luis se estiró aún más y el hombre se acodó sobre el colchón.

-¿En serio tienes un grupo de whatsapp con tus... "amigos de manicura"?

-Tú tienes uno con tu grupo de amigos de pesca y os veis un fin de semana al año. Yo a mis "únicos" les veo una vez al mes. Y encima los tuyos se pasan los otros trescientos sesenta y tres días pasándote fotos de tías en bolas.

-Si tuvieras un sólo amigo hetero, sabrías que es lo normal. Para pasar coñas no hace falta tener los mismos gustos.

-Claro, seguro que tú les pasas mogollón de fotos de chulazos empalmados -y puntualizó-: y no son coñas, son coños. Y tengo amigos hetero, bobo -le besó la nariz y luego dudó-: bueno, a lo mejor son bi...

Ambos se dejaron escurrir hacia la madrugada conversando sobre tonterías hasta que Rober no aguantó. A pesar de que se le estaba durmiendo el brazo sobre el que su marido descansaba su cabeza, Luis no movió ni un dedo.

Se sorprendió a sí mismo pensando en lo fácil que era todo con Rober, en que no había habido durante toda su relación un sólo mal momento, una sola discusión, que no se hubieran dado por entendidos y arreglados en unos pocos minutos, que a pesar de no haber metido la pata nunca como lo habían hecho ahora, siempre se lo habían perdonado todo el uno al otro sin dificultad.

Supo que era posible que no hubiera olvido, pero sí perdón. E incluso que aunque no hubiera olvido la razón convertiría aquella metedura de pata en algo que en realidad no importaba.

En ese mismo momento, cuando sus pensamientos ya casi no eran suyos, le dolía. Pero ya no le importaba.

Sólo tuvo un último rayo de consciencia: Ibón se le pasó por la cabeza y se dio asco a sí mismo. Y supo que a Rober le pasaría lo mismo con Alberto. Pero era algo que se irían limpiando el uno al otro poco a poco, durante todo el tiempo que fuera necesario.

DÍA 10: Goodbye, my love, goodbye, hoy tienes que partir

-*Vamos a la playa, ouh-oh-oh-oh-oh* -canturreó Rober a voz en cuello en cuanto dejó de estirarse y bostezar. Fue suficiente para que Luis casi saltara de la cama; no de ganas, sino del susto. El músico se dejó besuquear largo y tendido, pero en cuanto los labios de Rober bajaron de su ombligo le sujetó por el cuello.

-Vale ya, salido.

-¡Jo! -se quejó Rober mientras lamía una tetilla que se había encontrado en el camino.

-Que no, que se acabó mi ojetete durante semanas. No sé que me hiciste anoche, pero me arde.

-A mí también, y me jodo.

Por fin consiguió desconectar el imán que le atraía hacia las partes pudendas de su marido. Le acarició los labios con la punta de la lengua

-¿Desayunamos aquí, en un bar...? -suspiró Rober.

-Dame unos minutos, que te desayune la boca -el actor se derritió un poquito y se dejó comer. Tan suave y tiernamente que sus erecciones remitieron.

-Eres como esas pelis en las que parece que no pasa nada... -intentó piropear Rober.

-Vaya, gracias.

-Déjame terminar -le besó los párpados mientras hablaba-. Tú también las has visto y has pensado lo mismo: que quieres más.

-Ah -discurrió Luis y luego sonrió, complacido-: ¡Ah! ¿Tú crees?

-Pues claro. Nunca me es suficiente con el final feliz. Siempre quiero saber qué pasa después de comer perdices.

-Pues que se comen muchos cocidos.

-Y en éso estoy contigo. Y espero que durante los próximos cincuenta años -Luis suspiró. No podía ser que cada cosa que se dijeran le produjera ese alivio; pero aún era pronto para cualquier otra cosa. Supuso que hasta que llegaran a Madrid ninguno de los dos querría realmente afrontar los hechos.

-Por dios, qué rico eres... cuando te entiendo.

En pocos minutos ya estaban desayunando en la terraza del Blue Shore, la más cercana al camarote, con sus bolsas de playa preparadas. Salieron del barco aún con una mañana algo desapacible, con muchas nubes y fuerte viento.

-¿Dónde vamos? -quiso saber Rober cuando cogían un taxi.

-No sé. No quiero volver a la playa donde estuve ayer: era preciosa pero estaba llena de babosos -en realidad no quería tener ni una única posibilidad de volver a encontrarse con Raul; ya era suficiente que le pudieran encontrar en el barco.

-To the beach -pidió Rober al taxista y sólo pudo especificar-. A white one.

-Not nudist. And not a gay one, please -aclaró Luis un poco más. Rober le echó una corta mirada, pero no le dio importancia. El taxista les observó unos segundos por el retrovisor mientras ponía el coche en marcha y se preguntó por qué una pareja gay no querría ir a una playa gay. No había quien entendiera a esos tíos.

-¿A qué playa fuiste ayer?

-No tengo ni idea -murmuró el músico-. Le pedí al taxista que me llevara a una playa de arena y me llevó al quinto pino, y la verdad es que era una gozada de calita, pero era nudista y gay. Fue como ir de cruising, pero sin ganas de sexo.

-Ah. Yo es que todas por las que pasé eran de pedrolos. O de arena gorda.

-¿Todas?

Rober se preguntó si cualquier conversación llevaría siempre a lo mismo y le pidió a todos los dioses que conocía que no fuera así.

-Me recorrí media isla buscándote -exageró, y se sintió un poco culpable-. Pero bueno, éso, que no me gustaron las que vi.

-Ah -Luis le imaginó correteando por carreteras pequeñas, atravesando calas de norte a sur y de este a oeste con esos pasos cortitos pero híper rápidos de cuando sabía que llegaba tarde; sentándose de vez en cuándo en algún meño para llorar como una magdalena. También se sintió un poco culpable.

-Lo siento. Debería haberte respondido antes.

-No, mi amor, si no... -Rober quería dejar el tema cuanto antes, pero no sabía cómo-, si no podías, no podías, y ya está.

Ambos callaron durante el resto del corto trayecto, hasta que el taxista paró y les indicó con la mano.

-Down. You walk minutes and this is -chapurreó y señaló a otro punto-. And this is bus for later you back. Or you call me -les alargó una tarjeta y sonrió, a su pesar.

El viento no levantaba arena, que parecía no ser tan fina, sólo les despeinaba sin llegar a ser molesto. Tiraron sus cosas en la arena en cualquier sitio -la playa estaba casi vacía- y se metieron en el agua. En lugar de andar o nadar, Rober se sentó cerca de la orilla.

-Aquí, ¿vale? No me apetece nadar.

Luis iba a sentarse a su lado, pero se decidió por meterse entre las piernas de su chico y tumbarse sobre su pecho. Justo en ese momento una nube se rajó frente a ellos y dio paso a una calidez que les confortó. Rober le rodeó con las piernas.

-Que sepas que te estoy abrazando con metro veinte de amor.

-Hummm... vale -intentó recordar Luis-, la frase no es así, pero me encanta que seas mi putita guapa.

-¿Qué? -no pudo ver la cara de puzzle de Rober.

-¿Cómo que qué? -Luis dudó un poco más; no era posible que el actor no lo hubiera dicho con todas las de la ley-. ¿No te acuerdas?

-¿De qué me tengo que acordar?

-Ésa es una de las frases famosas de Julia Roberts en "Pretty Woman". Cuando están en el baño y ella abraza a Richard Gere con sus piernas larguísimas -Rober gruñó.

-Amor, ni sé realmente cuánto miden mis piernas, ni he visto nunca "Pretty Woman".

-Éso es físicamente imposible. "Pretty Woman" es la peli más vista en televisión después de "Sonrisas y Lágrimas".

-Mira, ésa sí que la he visto. En el cine, cuando era peque.

-No te creo. ¿En el cine? Sabes que es del sesenta y cinco, ¿no?

-Yo qué sé. Tú sabes que a las once ya estoy frito, así que supongo que no la vi en la tele, porque dura unas treinta horas.

Las nubes siguieron disipándose mientras ellos desgranaban recuerdos cinematográficos más o menos claros, pero "El diario de Noah" perdió a Rober durante un momento en algún sitio interior que no le gustaba visitar.

-No quiero llegar a anciano y que se me fundan los fusibles. Si puedo morirme en un teatro, trabajando, bien. Si no, prefiero cascar a los sesenta y cinco.

-Chorradas. Si se te funden los fusibles, yo te llevaré y te traeré donde sea necesario.

-Me refiero a los fusibles que joden del todo, a los de arriba. Nunca nada se me ha hecho tan

horrible como pensar que puede llegar un día en que te mire y no sepa quién eres -Luis se desembarazó de las piernas de su chico y se arrastró, empujado por las pequeñas olas, hasta quedar sentado a su lado.

-Entonces yo te lo recordaré. Cada cinco minutos, como en aquella otra peli... -a Rober no le hizo falta dar muchas vueltas; hablaba de una de sus películas “tontas” favoritas.

-¿”Cincuenta primeras citas”?

-¿Ves? Tienes los fusibles mucho mejor que yo.

Ambos disfrutaron de las montañas de algodón que flotaban sobre ellos y hasta el horizonte, de los rayos que aparecían y desaparecían al ritmo de la apacible brisa. Rober asió la arrugada mano sana de Luis con su mano sana y la retuvo sobre su muslo mientras con la otra jugaba con la arena entre sus piernas, amontonándola contra sus huevos sólo para no notar la falta del cuerpo de su marido.

Ambos pensaban que no estaban pensando en nada, pero no había nada más lejos de la realidad.

-No sé si podremos volver a verles como a cualquier otra persona -Rober miró el montón de arena para no enfrentarse a su marido, que siguió mirando a las nubes, sintiéndose tan jodidamente culpable por haberse vengado precisamente con el jodido armario ropero.

-Cariño, me da completamente igual. Y a ti también debería.

Rober hizo una mueca de conformidad, pero una repentina ola que deshizo su peculiar castillo de arena deshizo también las ataduras que le habían martirizado el cerebro durante los últimos dos días.

-¿Crees que son felices? -Luis suspiró sonoramente.

-Creo que tienen lo que se merecen.

-Ah. ¿Y éso es bueno?

-¿Y qué más te da? -miró a su marido esperando alguna respuesta, pero no la hubo-. Depende de para quién, supongo que sí.

-Ahá -Rober le miró ahora-. ¿Y nosotros? ¿Crees que somos felices?

Luis no pensó en esa playa y en sus manos entrelazadas, sino en todo lo que tendrían que ir desentrelazando de allí en adelante y en la cantidad de limas de obra que iba a necesitar para desbastar la desigual y picuda cordillera en que se estaba convirtiendo su maridito.

-Creo que también tenemos lo que nos merecemos, con un matiz importante: yo siempre he pensado que me merecía lo mejor.

-¿Y lo tienes? -se apresuró Rober.

-Te lo acabo de decir, so pavo.

-Ah... ¡Ah! -el actor se sonrojó un poquito, alborozado.

-Si, eres un poco cortito -Luis no sonrió su propia broma-. Pero también eres todo lo que podía desear. A veces te quiero un huevo.

-Ah -sólo tardó dos segundos-. ¿A veces?

-Las otras veces te amo, te adoro, te venero y te idolatro. Pero no quiero decírtelo mucho porque tienes un jodido ego como una catedral gótica de grande.

Rober torció el morro, pero lo que pretendía ser un reproche fue más un gesto de regocijo.

-Te quiero.

-Ya lo sé. Si no, no estaría contigo.

-Qué cochinamente listo eres.

-Alguno de los dos tenía que serlo.

Siguieron mirando al horizonte, pero la mano de Rober estrujó la de Luis un poquito más.

Ibón se despertó antes que Pablo: cuando hacía una buena cantidad de ejercicio dormía como un

ángel, pero cada diez por ciento de ejercicio diario que dejaba de hacer provocaba un diez por ciento menos de tiempo durmiendo.

Aunque Pablo roncaba a pierna suelta no era quien le había despertado realmente, sino algún ruido industrial en el puerto. Se sorprendió al comprobar en el móvil que en realidad había dormido más que ningún día de los pasados en el barco. Eran casi las once.

Estuvo a punto de despertar a Pablo, pero la inenarrable e inesperada erección de éste le contuvo. De pronto se dio cuenta, también, de que Pablo estaba desnudo, contra su costumbre habitual de dormir con un calzoncillo o un pantaloncillo de pijama. Se recostó sobre la almohada y observó a su marido. Estaba haciéndose mayor -que no envejeciendo- con cierta gracia. El hecho de que nunca hubiera abandonado el gimnasio, por mucho que en los últimos meses le hubiera costado seguir una rutina, hacía que tanto cuando le sobraba algún poco de carne como ahora, que había perdido tanta, fuera atrayente y por fin bien formado.

Observó también su cara. Se le había caído un poco; ahora tenía los ojos tristes, a los labios les costaba sonreír. Pero seguía siendo tan atractivo como siempre. Notó que los ojos de Pablo se movían bajo los párpados. Se le abrieron los labios y soltó un quejido. Su pene erecto saltó sobre su estómago.

-¿A qué demonios estás esperando? -crujió el hombre.

Ibón se humedeció los labios y besó a su marido, que le agarró de la nuca y le limpió la garganta con la lengua.

-Te quiero -soltó Ibón cuando le dejó respirar.

Pablo no dijo nada, sólo se dejó mamar.

Media hora después se estaban duchando juntos.

-Le tengo que consultar al médico sobre la medicación. Es evidente que ha cambiado algo. Quiero saber si me puedo ir quitando alguna pastilla.

-Nene, por favor, piénsatelo, ¿vale? -inquirió Ibón sujetándole la cara entre las manos.

-No hay nada que pensar. Voy a intentar adelantar la revisión de enero. Cuanto antes mejor. Creo que ya...

-Pablo, por favor... -Ibón dudó entre varias palabras-. No quiero que te ilusiones antes de tiempo, mi amor. Quiero que hagas todo lo posible para... que *hagamos* todo lo posible para que remita del todo. No quiero que...

Pablo esperó, paciente, aunque sabía lo que Ibón quería decir.

-No quieres que se repita. No podrías soportarlo. Sería demasiado para ti y para nuestra relación. Yo tampoco podría soportarlo -resumió Pablo; le atrajo hacia sí y le besó los párpados-. Cariño, ¿no entiendes que a mí me pasa lo mismo? Sé que tienes miedo, y yo también lo tengo, pero si ésto ya ha pasado... ¿para qué esperar? Quiero volver a ser yo mismo. Quiero volver a ser lo que éramos antes de que pasara, y no es necesario esperar.

-A mí no me importa esperar lo que sea necesario. Son sólo tres meses, Pablo. No nos la vamos a jugar por tres meses de nada.

-A mí sí me importa. Si algo me ha pasado en este viaje es que me he visto desde fuera, cariño, y no me ha gustado nada éso en lo que me estaba convirtiendo. Cuanto antes desaparezca ese Pablo, mejor. Además, haré caso al médico a pies juntillas. Si me dice que siga, sigo.

Intentó dar por finalizada la conversación dándole la espalda y abriendo el grifo, pero Ibón le abrazó por detrás, besó su cabeza y su cuello y musitó:

-Vale, pero ni se te ocurra morirte.

Pablo tragó saliva y enchufó a ambos con la alcachofa. Comenzó una batalla acuática y las risas consiguieron que los miedos se fueran por el sumidero. Durante un rato, al menos.

-Qué hambre. ¿Se podrá comer algo por aquí?

Rober se preguntó a sí mismo en voz alta, como siempre que quería que Luis respondiera. Estiró un poco el cuello y oteó a lo largo de la playa para encontrar allá, al fondo, un chiringuito que parecía súper chulo. Sin esperar respuesta, hizo un esfuerzo soberano para ponerse en pie-. ¡Sí! ¡Comida!

-Carpanta... -susurró Luis, como siempre que quería que Rober no le oyera. Gimió al sentarse en la arena y miró a su marido, no al chiringuito-. ¿De verdad tienes hambre?

-¡Pero si es tardísimo! -Rober buscó su móvil dentro del macutillo-. ¡Nos hemos amodorrado aquí demasiado! Si hasta se te nota un grado más de moreno, mírate las... -encontró el móvil-. Anda, pues no. Son las doce y media.

Miró a Luis con su mejor mueca de perrete abandonado. Éste contuvo una sonrisilla sellándose los labios con los dientes.

-No sé qué coño pondrá esta gente para desayunar a las doce y media, pero un café y bollerío sí que me apetecen.

A Rober se le encendió la cara.

-¡Sí! Un desayuno para ti y unas albóndigas para mí -ya recogía su toalla mientras Luis intentaba ponerse de rodillas.

-Si fueras un tiranosaurio ahorrariíamos en zampa...

-¿Qué? -Rober le observaba ya, de pie, con su macuto al hombro, la lengua fuera y meneando el rabo. Alegóricamente.

-Nada, amor. Que me ayudes con la toalla, que esta es gigantesca.

El chiringuito era delicioso. Diseñado a imitación de las casitas pueblerinas de la isla -si acaso no lo había sido antaño- parecía que te ibas a encontrar, en el porche enorme que hacía las veces de terraza a la sombra, a una viejecita arrugada y desocupadísima que en vez de tomarte nota diría “jroña ke jroña”.

Aunque en la carta que había en la mesa figuraban un número exagerado de desayunos diferentes de todas las nacionalidades posibles, terminaron compartiendo un plato de deliciosas albóndigas griegas llenas de hierbas y especias, acompañadas de una salsa deliciosa y de un delicioso pan de pita que parecía recién hecho. Y después un helado súper dulce y sabroso de a saber qué fruta.

-Joder, qué peste a porro -apreció Luis, limpiando la cucharilla del helado con la lengua.

-¡No es mío, lo juro!

-¿Y a ti quién te ha dicho nada?

-Y yo qué sé, como últimamente tengo la culpa de todo -aunque se le escapó una sonrisilla, lo que a Luis se le dibujó en la mirada fue una ligera amargura-. Bueno, ¿y qué hacemos ahora? -quiso saber Rober-. Si nos quedamos en la playa nos vamos a quemar de verdad.

-Si te apetece pasear... ¿no has visto el último pueblecito por el que hemos pasado en el taxi? Tenía una pinta encantadora, como los de las fotos publicitarias, y calculo que estará a menos de media hora andando.

Lo de andar media hora se le atragantó un poco al *actor*, pero el *marido* sólo quería complacer, de modo que se apretó un poco la barriga, se puso en pie de un salto y volvió a menear el rabo.

-Si nos vamos de Mykonos sin habernos hecho fotos en uno de esos pueblecitos, nos arrepentiremos. Al fin y al cabo, en pelotas ya nos las hemos hecho desde todos los ángulos.

Luis -el marido- le sonrió de nuevo y no tuvo más remedio que pensar en la cantidad de cosas de las que ya se estaba arrepintiendo, pero el *músico* tiró de experiencia y exhibió su sonrisa más profesional. Quisieron darse las manos sanas, pero eran las dos izquierdas, de modo que echaron a andar por la carretera por la que habían llegado agarrados sólo de los muñiques para que a

Rober no le doliera su mano hecha polvo.

Pablo salió del camarote refunfuñando porque había perdido toda la mañana, su momento favorito para trabajar, pero Ibón le echó una mirada criminal cuando cogió el laptop, de modo que lo soltó y se dejó llevar, no muy convencido.

Mientras recorrían el puerto Ibón le echó un brazo sobre los hombros.

-He hablado con Zoca para asegurarme que no nos los vamos a encontrar -Pablo alzó una ceja, complacido.

-¿Y éso?

-Me he dado cuenta de que lo mejor de este viaje está siendo pasar tiempo contigo. Disfruto muchísimo de nosotros mismos cuando somos capaces de sentirnos juntos y solos. Hasta discutir contigo me está sanando en muchos aspectos -paró un momento, sólo para clavar sus ojos en los de su marido-. Nos merecemos más tiempo para nosotros, así que vamos a recorrernos lo que nos falta por recorrer de la ciudad y vamos a hacer un montón de compras absurdas y a zampar como bestias y a comernos la boca en cada esquina en que podamos. ¿Te apetece?

Pablo le devolvió una mirada que lo decía todo. Enseguida se encontraron en las calles más turísticas, comprando todo lo que veían y disfrutando como niños.

En cada esquina Pablo esperaba que Ibón le agarrara de la cintura y le diera un tierno y romántico beso, pero claro, era demasiado esperar. Pero sí que lo hizo en varias callejuelas, tirando de repente de su brazo y apoyándole contra una pared para cortarles momentáneamente la respiración y hacerle soñar despierto.

Ni se les pasó por la cabeza que se pudieran encontrar con Rober y Luis. Olvidaron a Ginés y Zoca. Sólo estaban Ibón y Pablo, Pablo e Ibón.

-¿Nos venimos a vivir aquí? -propuso un risueño Ibón mientras disfrutaban de un postre cremoso que debía tener unas seis mil quinientas calorías. Pablo le sonrió mientras se relamía la dulzura de las comisuras de los labios.

-No me importaría en absoluto.

La nube oscura de tener que volver a Madrid, a casa, a su vida normal, se cruzó por encima de sus cabezas y les hizo perder las sonrisas mientras aún se miraban el uno al otro. No dejaron pasar el momento: intentaban decirse sin palabras más de lo que eran capaces de expresar con ellas. Finalmente ambos coincidieron en momento y gesto: otra media sonrisa, ésta más de conformidad, y volvieron a sus postres.

Una hora después seguían de compras, mucho más callados que por la mañana.

-Estoy cansadete -informó Pablo tras la última tienda de figuritas de barro-. ¿Te importa si nos volvemos y nos echamos una siesta?

-Claro que no, amor -Ibón alzó las bolsas que él llevaba-. Creo que con cinco bolsas de tonterías es suficiente.

Pablo se tiró en la cama en cuanto llegaron, soltando un bufido y sin quitarse la ropa. Se quedó dormido en unos minutos.

Ibón se desnudó, cogió el laptop de Pablo para salir a la terraza, buscó en el historial su página de porno favorita -hacía tiempo que no las escribía en el buscador- y se masturbó. Quizá no tan furiosamente como lo había hecho durante los últimos meses, pero sí sabiendo que lo más probable es que nunca dejara de hacerlo, por mucho que cambiara Pablo.

La tarde languidecía ya cuando Rober y Luis bajaron del autobús que les había devuelto del pueblecito al puerto directamente -es decir, pasando por otros siete pueblecitos-. El barco refulgía bajo los últimos rayos del sol.

-Al final me estoy acostumbrando a lo de navegar -opinó Rober-. Ya casi ni pienso en que esto se pueda hundir.

Los dos miraron el crucero con algo de pena.

-Bueno, tampoco se va a hundir en nuestra última noche en él, no te preocupes.

-Jo. La última noche.

Ambos pensaron cuánto les apetecía ahora volver en el propio crucero, pasar otra semana de vacaciones juntos, pero la situación no era tan propicia como para que ninguno de los dos lo dijera en voz alta.

Mientras se desnudaban el uno al otro en el camarote con la sana intención de darse una ducha sus cabezas fueron incapaces de dejar de lado lo que en realidad tendrían que estar enterrando. Ya en la ducha Luis no pudo evitar que el chupetón en el cuello de su marido le insultara. Volvió a estomagarle el arrepentimiento, volvieron a mordisquearle las tripas todas las dudas, pero Rober le miró durante un segundo de total inconsciencia, devolviéndole de repente a aquella primera ducha que se habían dado juntos, al deseo que había sentido entonces, al amor que le había profesado durante años, y sus tripas se relajaron.

Le apretó la cara con ambas manos y quiso decirle algo que, inesperadamente no le salió.

-Te amo -tradujo, inesperadamente, Rober-. Ni yo mismo sé cuánto o hasta dónde.

Luis le atrajo y le besó los labios con delicadeza.

-¿Sabes? -se sintió del todo bajo control, sin soltar aún la cabeza de Rober-. Creo que es el momento. Si no lo hacemos ahora no lo haremos nunca.

-¿El qué? -Luis tragó saliva.

-Adoptar.

Rober le miró por un único segundo como si le hubiera hablado en un idioma que no conocía. Al siguiente segundo perdió por completo la compostura y se echó a llorar. Luis le abrazó y ambos temblaron, bajo el agua, durante un buen rato.

Al separarse Luis no le dejó ir, sino que le agarró de la nuca y comenzó a besarle la frente, la cara, el cuello. Mordió con suavidad el chupetón y aspiró con fuerza, haciéndolo suyo.

Ninguna de las dos parejas quería ver a la otra, pero se sentían atraídos por la terraza de la piscina como si se tratara del único sitio en que podían relajarse.

Cuando Rober vio aparecer a *los Otros* por la cubierta superior de la piscina se le vino a la cabeza aquel primer día en el barco. Hasta le pareció que iban vestidos igual. Se le atragantó el líquido que estaba tragando, y estuvo a punto de tirar todo el contenido del vaso.

-Cariño, qué torpe eres, ten más cuidado -Luis en realidad sonreía; siempre le había encantado que su marido fuera un patoso, pero la mueca de Rober no era la usual tras romper algo. Siguió con la mirada el movimiento de cabeza de Rober y agachó la suya tras verles.

-También es que somos un poco gilipollitas. Anda que no hay barco, joder -se quejó Rober.

Ibón había agarrado la muñeca de Pablo con fuerza al verles ahí abajo y pensar lo mismo que Rober.

-Vamos al Blue Shore, nene.

Pablo le escudriñó para intentar saber si veía culpa, vergüenza, arrepentimiento. Lo vio todo a la vez.

-Ibón, si no afrontamos esto todo lo que estamos intentando va a ser inútil.

Ibón suspiró y sus hombros se hundieron bajo el peso del mundo.

-No me apetece nada, amor. De verdad. No hay por qué hacer esto ahora, ¿no?

-Echate cuenta de que esta es una intervención para ti -Ibón alzó una ceja-. Llámalo como quieras. Creo que es necesario para cerrar lo que haya que cerrar.

-Pues yo no.

Se quedaron mirándose durante un largo momento. Ibón se frotó los ojos con cuidado: aún le dolía la nariz.

-Pues a ver que hacemos -quiso saber Pablo cuando su marido le pudo mirar de nuevo. Luego miró inconscientemente a la terraza, abajo, y suspiró, aliviado-. Bueno, ya no es necesario hacer nada.

Rober y Luis habían desaparecido.

Todos se sintieron algo incómodos tras la huida. Todos sabían por qué no querían verse, por supuesto, pero también que más tarde o más temprano tendrían que hacerlo, verse las caras de culpabilidad y hablarse sobre el daño que se estaban haciendo.

Pero no ahora. Ahora había que huir, y Pablo e Ibón dieron gracias a los cielos por que los otros hubieran tenido los cojones de hacerlo en sus narices.

A pesar del batiburrillo estomacal que les había provocado a todos, cenaron, cada pareja en un sitio diferente, y disfrutaron de la noche. Pablo e Ibón fueron a bailar -sólo un poco- a la fiesta Zorba, donde se sintieron hípermasculinos en un círculo de barbudos aprendiendo el Sirtaki. Luis y Rober fueron al “Auditorio Rosé” -otro motivo de jolgorio por parte de Rober, otra forma de apuntalar su teoría del crucero gay- para ver el espectáculo de despedida para los que pasaban esa última noche en el barco. Tres humoristas -buenos, Rober tuvo que reconocerlo- desgranaron tres monólogos a propósito de los turistas españoles, las tradiciones griegas y los barcos en general. Rieron a mandíbula batiente durante un buen rato y después también disfrutaron de una cantante divina, una mezcla entre una Irene Papas híper racial y una Marta Sánchez despendolada que consiguió que el público cantara todas y cada una de las canciones que fue desgranando durante una hora y cuarto.

Los cuatro se acostaron habiendo olvidado el molesto momento. Las dos parejas, a pesar del cansancio, hicieron el amor. Los cuatro durmieron como ángeles y ninguno de ellos recordó, por la mañana, lo que habían soñado.

DÍA 11: La fuerza del destino

-¿Dijiste en serio lo de ayer?

Rober ni siquiera dejó que Luis terminara de bostezar. El actor se había despertado inusualmente temprano. Se duchó y tomó un zumo en la terraza, esperando con paciencia también inusitada en él. Leyó un rato The Independent, al que se había suscrito sólo para seguir aprendiendo inglés. Se echó varias partidas del Farm Heroes Saga para no perder muchos regalos. Estudió su guión, desconcentrado. Se desesperó un poquito al comprobar que Luis seguía durmiendo a pierna suelta después de todo aquello, que apenas le había tomado cincuenta minutos.

Se tumbó junto a él y le observó durante un rato. Luis dormía de lado, en postura fetal. Admiró, como siempre, su mata de pelo panocha, ahora de punta, acarició suavemente los pelos durísimos de su barba y bigote. Aguardó a notar algún cambio en su respiración pausada. No quiso acariciar ni un milímetro de su piel, sabiendo que le despertaría si lo hacía, pero no pudo evitar destaparle, quitarle de encima los escasos treinta centímetros de sábana que le tapaban púdicamente desde los riñones al principio de sus muslos. Se le escapó una sonrisilla al ver que estaba empalmadísimo y esperó que las ganas de mear tremendas le despertaran en breve. Pero Luis ya había despertado con la sábana.

-¿Qué haces, guarro? ¿Ya estás pensando en follar?

-Sabes que te follaría en cualquier momento y en cualquier lugar.

Se acercó aún más y le besó justo antes de que Luis abriera una boca de león.

-¿Dijiste en serio lo de ayer?

-El qué -a Luis le costó articular palabra tras el sonoro y largo bostezo.

-Lo de adoptar.

El pelirrojo hizo un esfuerzo para abrir también el ojo derecho, cuyas pestañas se habían quedado pegadas tras una noche entera contra la almohada. Le miró ahora entre brumas matinales, pero más despierto de lo esperable.

-Pues claro -estiró el cuello para devolverle el beso. Rober le miró y se sonrió, con regocijo infantil.

-Dos segundos.

Saltó de la cama, cogió su mochilita y sacó un paquetito de ella. Se sentó en la cama y obligó a Luis a sentarse también, los dos desnudos, con las piernas cruzadas, como dos chavales haciéndose sus primeras confidencias en una tienda de campaña. Le entregó el paquete. Luis sonrió y lo desenvolvió. Era una cajita de una joyería madrileña. Luis recordó aquellos preciosos pendientes del Rastro, unas cruces rockeras, con serpientes subiendo por el tronco y enroscándose en el travesaño. Pero no: dentro de la cajita había dos anillos de alguna piedra iridiscente que pasaba del azul al verde y el negro según el ángulo desde el que las miraras. Dos anillos de ésos que los turistas compran por cinco euros en los puestecillos de los pueblos como el que habían visitado el día anterior.

Rober no le dio tiempo a decir nada o a reflejar decepción alguna.

-¿Te casas conmigo?

Luis alzó la cabeza de súbito y frunció el entrecejo con una mueca entre la confusión y el regocijo infantil que le transmitía su marido, pero le dejó explicarse:

-Siempre he querido una boda de esas de revista, en una playa paradisíaca, rodeados de palmeras y bichos venenosos -a Luis se le iba ensanchando la sonrisa-. Y sé que a ti también te molaría, no

lo niegues. Tenemos un año para organizarlo, y el verano que viene nos hacemos otro crucero por las *Malvidas* esas, o las Seychelles, o lo que sea. Y te casas conmigo otra vez... -Rober cogió las dos manos de Luis, ahora mordiéndose un labio de puros nervios-, ¿vale?

A Luis se le escapó una risita también de puro nervio, pero tiró de su marido hacia él y le volvió a dar un besito. A dos milímetros de su cara susurró un “Pues claro que sí” que hizo que a ambos les crecieran los cuerpos hasta ocupar todo el camarote y más. Se besaron más intensamente durante unos minutos, hasta que la postura fue demasiado para ambos. Se volvieron a tumbar y se miraron otro buen rato, con las manos echas un nudo entre sus pechos, dejando que les vistieran sonrisas que les salían solas y sin motivo, que sus pies jugaran, sus rodillas se aprisionaran.

-¿Cuánto tiempo llevas planeando ésto? -quiso saber el músico. Rober pensó durante unos segundos con su cara de calcular.

-Catorce horas -Luis alzó una ceja y tragó saliva. A Rober le había parecido súper romántico, pero al *ver* el silencio de su marido se le encogieron las tripas-. O sea, lo de la playita y tal llevo dándole vueltas desde Navidad, cuando vimos aquel reportaje de la tipa ésta, la presentadora que se ha casado con un banquero venezolano o filipino o algo así, ¿te acuerdas? Me flipó que montaran aquella movida para que en realidad no fuera una boda real, sino sólo por el espectacularazo y... -Luis soltó una mano y se la puso en la boca.

-Es una idea preciosa, mi amor.

Rober suspiró, aliviado, y besó los dedos de Luis. Siguió hablando con los dedos en los labios.

-Luego ayer vi los anillos en un puesto de la calle y me enamoré de ellos. ¿Has visto cómo brillan a la luz? Ahora lo verás. Son extraños. Y no había más, el tipo sólo tenía estos dos. El mío realmente no me entra, pero me lo pondré en el meñique. Chico, te fuiste a comprar los helados y no tuve más remedio que comprarlos. Pensaba pedírtelo cuando ya estuviéramos en casa, en plan “ya se han acabado las vacaciones, pero ya estamos planeando las del año que viene” y tal. Pero cuando te he visto hace un rato en la cama, durmiendo con tu carita de ángel, no he podido evitarlo -calló un momento-. Te quiero.

Luis tardó más de lo esperado, pero Rober se dio cuenta de que no era necesario que se lo dijera.

-Yo también te quiero -se estiró para besarle un párpado-. Te quiero -le besó la nariz-. Te quiero -ahora los labios-. Te quiero.

Luego se miraron otro buen rato. Rober cogió la cajita y sacó uno de los anillos para ponérselo a su marido. El maldito tampoco entraba, de modo, que cambió a la mano de la férula, con cuidado. En este anular entró perfectamente. Le entregó la cajita a Luis y éste le puso el suyo directamente en el meñique.

-Vale que te quiero, mi amor -susurró el pianista-. Pero si no descargo ahora mismo te voy a mear encima.

Rober no pudo evitar echarle una mirada de lo más lasciva y gruñó un poco.

-Hmm... ¡algo nuevo! -Luis hizo una mueca de asco.

-¡Ni de coña, so asqueroso! -Rober rió mientras su marido se apresuraba hacia el baño.

-¡Vamos, vaguete, mueve el culo! -exclamó un inusitadamente energético Pablo, removiendo el cuerpo de su chico-. ¡El último día de playa griega!

Ibón se desperezó soltando un rugido que habría espantado a media sabana africana. Pablo le miraba, sentado en la cama en la postura del loto, desnudo. Resplandecía, e Ibón notó algo antiguo e intensamente placentero recorriendo todo su cuerpo. Tironeó de Pablo hasta conseguir que cada milímetro de su marido estuviera pegado a su propio cuerpo y le besó con intensidad, provocando sendas erecciones que frotaron entre sí durante un buen rato. Sus respiraciones y

corazones se fueron acelerando hasta que Ibón, sorprendido, paró los movimientos de Pablo agarrándole los cachetes con fuerza.

-Para, que me corro.

-Uff, no jodas -dijo un de repente cachondísimo Pablo, que liberándose de las manos de Ibón alzó sus caderas para mirar sus miembros, y los frotó un poco más el uno contra el otro, ignorando la advertencia del deportista. Ambos admiraron las inesperadas y potentes corridas. Pablo se dejó caer sobre Ibón cuando el semen seguía aún saliendo de ambos y le comió la boca como hacía años que no lo hacía.

Se quedaron un rato el uno sobre el otro, intentando recuperarse, aún sorprendidos y disfrutando ahora de sus calores corporales y de la humedad entre ellos. Finalmente Pablo se dejó escurrir hacia un lado.

-Madre mía, qué berraco me pones -susurró Ibón, con la voz aún áspera. Pablo le echó una sonrisa de lobo.

-Joder, te quiero, niño. Joder, cómo te quiero.

Zoca y Ginés se miraban intensamente, frente a frente bajo los chorros de su ducha. El pajote mútuo estaba siendo glorioso. Cuando notaron que estaban a punto chocaron sus frentes, se buscaron las bocas. Sus lenguas lucharon como no lo habían hecho nunca. Sus latidos se aceleraron súbitamente, no porque se fueran a correr, sino por el beso. Cuando el semen comenzó a volar por todas partes no pudieron romper aquel beso y gimieron y rugieron ambos en la boca del otro. Se abrazaron con fuerza y se miraron desde tan cerca. Ginés incluso cortó el agua para que pudieran mirarse mejor durante un buen rato.

A pesar del delirio ambos vieron indecisión en el otro, pero cuando Ginés volvió a besar a Zoca, toda la duda se fue por el desagüe. Estaban viviendo un momento que no habían experimentado nunca, ninguno de los dos. Zoca le apartó un poco y de repente echó mano de toda su determinación, aunque estuviera intensamente asustado.

-¿Quieres...? -empezó, tragó saliva, siguió:- ¿Querías que... tú y yo...? -le mostró una mano extendida y jugueteó con el anillo que nunca se quitaba: la alianza de su padre.

A Ginés se le inflamó algo dentro, literalmente. Tanto, que Zoca vio cómo se le enrojecían las orejas al muchacho, que le miró con la boca abierta de pura sorpresa.

-¿Me estás hablando de...?

-No tengo anillo de compromiso, pero te presto éste hasta que compre nuestras propias alianzas. Ginés pensó que estallaría allí mismo y abrazó a Zoca con una emoción que creyó no haber sentido nunca antes. Y por fin dijo lo que todo muchachito gay de esos que se han criado viendo *rom-coms* desea decir con toda su alma:

-Sí... Sí, quiero.

Se volvieron a abrazar y notaron sus corazones contra el pecho del otro, desbocados.

-Y... ¿sabes? Le voy a preguntar al capitán del barco si éso tan peliculero de casar a gente en los cruceros es real, si de verdad lo puede hacer. Y nos casamos ya mismo.

-¿Ahora? -dudó Ginés.

-Ahora.

La seguridad impostada del hombre hizo que el muchacho tuviera que aguantar las lágrimas.

-También quiero -susurró. Volvieron a besarse con intensidad nueva, una dulzura que nunca habían usado el uno con el otro. Luego se fueron a la cama e hicieron el amor, sin importarles mucho si eran activos, pasivos o triangulares.

Un rato después, echos un mar de brazos y piernas, Ginés se preguntó a sí mismo en voz alta:

-¿Y Pablo e Ibón?

-Creo que los dos queremos seguir con nuestras vidas sexuales como han sido hasta ahora, por muy casados que estemos -Zoca buscó la confirmación en la cara del otro y la encontró enseguida-. Y a ellos les va a dar igual nuestro estado civil, ¿no crees?

Ginés le volvió a besar, más suave, con más pasión que deseo. Luego, sin deshacer el abrazo, volvieron a mirarse. Ginés tragó saliva: las primeras veces siempre cuestan más.

-Te quiero -a Zoca se le abrió la boca y dejó escapar un quejido.

-Te quiero -susurró, sorprendido de su propia sinceridad, y siguieron besándose durante un buen rato.

Cuando Alberto despertó estaba justo en el borde de la cama. Yujenson y el tío guapo que se habían ligado por la noche ocupaban prácticamente toda la cama, tumbados ambos boca arriba, piernas abiertas, el hombre entre su chico y él.

No dejó pasar su calentura matinal y, sin despertar al hombre se amorrió a su pene, despertando a Yujenson con una mano. El modelo admiró a su marido, inusitadamente excitado por verle mamársela a otro tío. El hombre gimió aún en sueños, y Yujenson se arrodilló en el cabecero de la cama para plantarle su polla en la cara. El pobre hombre despertó para encontrarse aquello ya prácticamente duro golpeando su boca y rugió, sintiendo una fuerte excitación en cuanto miró hacia abajo: Alberto estaba haciéndole un trabajo oral de primera. Se entregó a la polla de Yujenson.

Alberto paró un momento para intentar girar el cuerpo del hombre y pegarle el pecho a la espalda. El hombre volvió a rugir al notar que el rabo durísimo de Alberto se peleaba con su ojete y se separó los cachetes con una mano para darle entrada con gusto.

-¿Cómo te llamabas, tío? -le susurró Alberto en una oreja mientras Yujenson pegaba su cuerpo al del hombre para hacer una cucharita triple.

-Raul -se le escurrió al hombre, que ya mordía una oreja del cubano/vallecano.

-Hola, Raul

La voz de Alberto sonó muy grave y masculina, haciendo que Raul gimiera aún más cachondo. Alberto empujó con todas sus ganas y el hombre berreó. Buscó el ojete de Yujenson y convirtieron la cucharita en un trenecito que tardó tres horas y media en llegar a su destino final, tras dos paradas intermedias de intensa lluvia seminal.

Aunque ninguno de ellos se diera cuenta ni le diera la importancia que tenía, el día había empezando *inusitadamente* bien para todos. Ninguno pensó que se pudiera torcer.

El desayuno parecía, ahora que estaba todo colocadito en su mesa de la terraza de la piscina, una monstruosidad.

-La virgen, ¿por qué hemos pedido todo esto? -se quejó Luis.

-Tú no sé. Yo porque tengo hambre -Rober le echó una miradita cómplice a su marido-. Hemos hecho mucho ejercicio.

-Ya, pero mi estómago tiene un tamaño.

-¡Es nuestro último día! Hay que estrujar bien el “Todo incluido” -Rober se sonrió a sí mismo y movió el plato de porras para que el sol las mantuviera calientes mientras se zampaba su croissant a la plancha. Luis mordió y masticó un churro con deleite, observando cómo su marido extendía mantequilla y mermelada, colocaba una mitad sobre la otra y atacaba el bollo con el cuchillo. Rober trinchó un cuarto de croissant y se llenó la boca, dirigiéndole una mirada placenteramente culpable a su marido.

-Deberíamos hacer esto todos los días en Madrid -pidió, con la boca llena.

-En Madrid no está “Todo incluido”, cariñete.

-Ya, qué más da. Tampoco puede costar tanto, ¿no? ¡Es un desayuno! -Luis hizo un cálculo rápido.

-Si desayunamos ésto todas las mañanas en la terraza de Paco serían trescientos noventa y nueve euros al mes, amor. Cuarenta y cinco menos si pedimos el zumo pequeño en vez del grande - Rober alzó una ceja y miró el trozo de cruasán clavado en su tenedor-. Un anuncio pequeño no nos daría para desayunar dos meses.

-Joder -fue lo único que pudo decir su chico antes de meterse el resto del croissant en la boca y masticarlo con fruición. Gimió-. Bueno, a lo mejor merece la pena. Qué quieres que te diga: el dinero está para gastarlo.

-Tienes toda la razón del mundo, pero éso ya llegará. Todo lo que tenemos ahorrado ahora tiene un futuro. Si empezamos a trabajar ahora como bestias podemos estrenar en la temporada de otoño dentro de dos años.

-Dios... -susurró Rober, al que se le encogió un poquito el estómago, estrujando aún más al pobre croissant. Miró a Luis con una ligera aprensión-. Es de verdad, ¿no?

-Pues claro. Tengo varias canciones ya con las que vas a flipar. Exigentes; vas a tener que ensayar hasta que te suden las cuerdas vocales, pero son perfectas para tu tesitura y tu rango vocal, así que te vas a lucir como nadie.

-Ay, dios, amor, no te pases.

-Cariño, cubres más de tres octavas sin tener que usar el falsete. ¿Sabes la poca gente que logra éso? Puedes hacer de orco y de princesa Disney sin despeinarte. La gente va a flipar contigo.

Rober parpadeó, de repente emocionado por la explicación de su marido. Y por su confianza.

-¿De verdad lo crees? -Luis le echó media sonrisa y acercó su silla para cogerle una mano-. ¿De veras piensas que canto bien?

-Por supuesto que lo creo. No me habría atrevido a escribirte lo que te he escrito si no estuviera seguro de que es perfecto para ti. Claro que contrataremos al mejor coach que nuestro dinero nos permita; vas a tener que currártelo, ya te lo he dicho. Pero adoras hacerlo, y te repito: lo que he escrito es perfecto para ti. Y ya lo iremos tratando según vaya avanzando; media nota arriba aquí, otra media abajo allá...

-Por ésto te pones los cascos cuando trabajas con el teclado, ¿no? No quieres que oiga nada todavía.

-Amor, me los pongo porque si no volvería loco a todo el mundo. Pero sí, aquí en el barco es en lo que he estado trabajando -le volvió a echar media sonrisa-, el poco tiempo que me has dejado trabajar, claro.

-¡Oye! ¡Yo te dejo currar! -Luis le hizo un gesto de circunstancias.

-¿Cuánto has estudiado tú en este viaje?

-¡Muchísimo! -exclamó el marido; el actor torció el morro-. Cuando me he puesto a ello, muchísimo y... bueno, vale, me he puesto tres veces.

Luis le dio un besito en la mejilla.

-Da igual ahora. Eran nuestras vacaciones, más que merecidas. Y han sido las mejores que he tenido en mucho tiempo, por no decir en mi vida.

Rober se enderezó un poco y algo que no tenía que ver con música cruzó su cara. Luis lo entendió al momento.

-Amor, cuando salimos de Madrid ya tenía pensado pedirte lo de la adopción. No iba a decirte nada del espectáculo hasta que volviéramos porque aún no está terminado, sólo tengo la línea dramática y trece canciones. Pero me lo sacaste, aún no sé cómo. Y además ya hemos previsto el

viaje del año que viene, la... -no pudo evitar que se le iluminara la cara, y le mostró el anillo-, la boda. ¿Qué más quieres?

Su marido se removió, incómodo, pero agradecido por la alegría que Luis mostraba. Miró, de todas formas, al suelo, mordiendo un labio.

-Querría que todo lo demás no hubiera pasado -admitió, finalmente. Luis sabía que iba a decirlo, así que no se amilanó.

-Lo que ha pasado nos va a hacer más fuertes de lo que ya somos, como personas y como pareja

-Rober alzó una ceja, sin dejar de mirar al suelo. Luis alzó su cara tirando de su mentón y le mantuvo así un momento-. Ahora estoy completamente seguro de que nada ni nadie podrá nunca con nosotros. Estoy del todo seguro de lo que siento por ti y de que no se romperá nunca, de ninguna manera. Y sé que tú sientes lo mismo. Puede que aún no tengas la seguridad que yo tengo, pero todo llegará.

Cuando notó entre sus dedos que a Rober le temblaba el mentón Luis se amontonó junto a la silla de su marido y le abrazó de lado, como pudo. Quería decir mucho más, pero dejó que el momento pasara, que lo ya dicho se asentara en la cabeza de su marido, en sus tripas.

-Estás muy seguro -musitó Rober cuando pudo.

-Tú mismo lo dices siempre: tú eres el guapo, yo el seguro.

-Siempre digo que tú eres el listo, pero vale -Luis le estrujó un poco más y luego le dio un piquito.

-Hazme caso. Sé de lo que hablo porque hablo de ti y de mí. Y te tengo calado, muchachito - Rober frunció los labios.

-Ya me has dicho eso alguna vez, y creo que yo te dije que me molaba resultarte misterioso.

-Sí, cariño. Y si no recuerdo mal, también querías resultar indescifrable. ¿Qué quieres que te diga? Para tener que descifrar misterios me leo uno de Agatha Christie. A ti te quiero cristalino, como en realidad eres. Es por lo que más me gustas, porque se te ve entero, no como a tanta gente que oculta tantas cosas. Te quiero así porque el día en que tengas que interpretar a un hipócrita te lo tendrás que preparar bien a fondo. Te quiero así porque aunque te vea venir de lejos nunca sé qué esperar, y eso hace que nuestra vida sea tan jodidamente divertida. Te quiero como eres porque jamás habrá una mentira entre nosotros, una mezquindad, y porque cuando...

-Vale, vale -le cortó Rober, dejando caer dos lagrimones contra los que había luchado con desnudez-, te he entendido. Y ya sé que normalmente no me dices estas cosas porque tengo un ego como una catedral... una de esas que te molan.

-Gótica -Luis le secó la cara con su mano sana.

-Ésa.

-Otro motivo para quererte: ¿sabes lo angustiante que es querer a alguien que no se quiere a sí mismo? -Rober alzó una ceja de nuevo, pensando en quien no había pensado desde antes de acostarse la noche anterior.

-Claro que lo sé -dudó un momento-. Y hablando de ellos...

Se miraron durante unos segundos, los dos con una mueca torcida.

-Sí, ya -admitió Luis-. Tendremos que despedirnos.

-O algo. Sí.

Luis volvió a su asiento y suspiró. No supieron qué hacer o cómo.

-¿Vamos a comer aquí? -Rober no sabía, o no recordaba, el horario del avión.

-No nos da tiempo. La facturación se abre a la una y media, pero podemos llegar un poco más tarde -siguieron en silencio un momento-. Podemos llamarles mañana cuando llegemos a Madrid, no sé.

-¿Mañana? -se extrañó Rober-, ¿cómo volvemos, vía la Patagonia?

A Luis se le volvió a iluminar la cara.

-No, volvemos vía Londres. Y pasamos la noche allí -a Rober se le torció otra vez el morro.

-¿No había otra cosa?

-Claro que la había, amor. Pero es que tenemos que pasar por Londres porque... -Rober esperó pacientemente, pero su marido quería preparar el momento-. Tenemos entradas para “Wicked” mañana por la tarde.

A su chico se le abrió la boca como si le acabaran de poner en la mano las llaves de un Porsche.

-No.

-Sí -Rober hizo todo lo posible para no seguir llorando como una magdalena.

-No sé a quién le he dicho ésto, pero te juro que se lo he dicho ya a alguien: no sé qué haría sin ti.

-Me lo puedes decir a mí.

-No sé qué haría sin ti.

Se habría levantado para abrazarle si su teléfono no hubiera sonado en ese preciso momento. Lo sacó, sorprendido, y le cambió el semblante para intentar explicárselo a su marido sin palabras. Sólo le salió un:

-Guti...

Luis tragó saliva.

-Cógelo. Es lo que estábamos pensando hacer, ¿no?

-¡Chiquito! ... Sí, hola, hermoso. Aquí estoy, desayunando con mi chico. Que nos vamos hoy en avión y quería despedirme... No, chico, que se me ha olvidado del todo y ya no nos da tiempo, nos vamos antes de comer, y hay que hacer las maletas y... ¡Sí, claro! ¡Cuando quieras!... -a Rober le cambió el semblante durante un segundo. Mantenía la conversación mirando al tendido; le daba vergüenza mirar a Luis, pero ahora se le escapó media mirada-. Éso ya, si éso, ya lo hablamos, porque no... -se mordió el labio-. Bueno, ya hablaremos, porque no puedo... -notó que toda su carne se ponía de un rojo brillante y rascó un poco con su tono-: ¡Que ya hablaremos de éso, Alber!... -parpadeó y tragó saliva con esfuerzo-. Hombre, por supuesto, ya lo hablo con Ferrán... Claro que sí, ya sabes que yo también... -otra miradita: Luis le taladraba con los ojos, así que se apresuró a aclarar-: Yo también lo estoy deseando, como siempre; será un rodaje divertido, seguro... ¡Claro que sí! Bueno, niño, que nos vemos en Madrid. Dale un be... un abrazo a Yujenson... ¡Sí, claro, de tu parte! Hala, un abrazo, hasta luego.

Rober cortó la llamada y tiró el móvil sobre la mesa como si le quemara, parpadeando rápido, como para sacarse arenilla de la playa.

-Hala, ya está. Una movida menos -Luis no le miró ahora; buscaba a algún camarero para pedirle un litro y medio de café-. Ahora estos dos, a ver...

Luis cerró los ojos un momento y suspiró.

-Habría sido mejor llamarles desde el aeropuerto. No tengo ningunas ganas de verles. Y mucho menos de tenerla e irme de aquí con mal sabor de boca.

-No tiene por qué ocurrir. Vale, sí es un mal trago, pero somos mayorcitos.

No tuvieron que esperar mucho para que *Los Otros* aparecieran. Ninguno hizo el más mínimo ademán; ni besos, ni sonrisas, ni nada más que algún que otro saludo con el mentón. Mientras Pablo se sentaba Ibón placó a un camarero para obligarle a que les tomara nota. Todos pidieron sólo un café.

-Hemos desayunado arriba -explicó el deportista.

-Es muy cómodo y romántico -apuntó Rober.

-No, es que no queríamos veros -aclaró Pablo.

-Éso me lo creo más -incitó Luis..

Los cuatro callaron unos segundos. En la mente de los cuatro sonaron espadas afilándose.

-Qué gilipollez -murmuró Ibón-. Nos quedamos, os váis: hasta luego.

-No es tan fácil -su marido pareció desvanecerse físicamente unos segundos, pero volvió, mirando a Luis-: quiero que sepáis que nada de lo que nos ha ocurrido se volverá a repetir.

-No hace falta ni que lo digas -repuso éste, casi ofendido y ahora él miró a Ibón-. De hecho, yo no recuerdo que haya pasado nada.

Ibón le devolvió el casi desprecio con una mueca.

-Igual que yo. ¿Qué piensas tú que ha pasado, nene? -estiró una mano hacia su marido, que no la cogió.

-Muy valiente todo. Igual de incómodo que si lo dijéramos todo, pero igual de válido, ¿verdad?

-Para mí sí -Luis le miró con su mejor expresión de pared y luego se la dedicó también a Ibón.

-A mí me vale -intentó concluir éste.

Rober se mordía los labios por no destrozarse la lengua, pero era incapaz de articular nada inteligente, de modo que siguió callado. Llegó el camarero y sirvió los cuatro cafés con rapidez. Todos aprovecharon para mezclar azúcares, hielos, tripas.

-Joder, cuánto asco me da ésto -dijo, por fin, Rober.

-Relaja la raja, chaval, que se te agría la leche -le pidió Pablo, que no estaba dispuesto a volver a pasar por otra discusión con el actor.

-Mi leche está de puta madre. Y tú lo sabes mejor que nadie.

-Me refería a la del café -Pablo miró al tendido, frunciendo los labios.

-Ah, calla -Rober miró a su alrededor-. Bueno, no me ha oído nadie.

Volvió a hacerse otro silencio, ni incómodo, ni todo lo contrario. Tan simple como que no sabían qué decir.

-¿Y qué vamos a hacer? -Pablo les miró uno a uno. Le daba igual quién respondiera mientras no tuviera que ser él mismo.

-Coger un avión -fue lo único que se le ocurrió a Rober.

-No seas niño. Ya sabes a qué me refiero.

Ahora todos esperaron a que fuera otro quien lo dijera todo, pero no parecían animarse. Luis se estiró, empujó sus espacios vitales con su pecho, dudó. Volvió a apoyarse en el respaldo y suspiró. Pablo hizo más o menos lo mismo, y cuando iba a decir algo Rober lo dejó todo claro, impidiendo que fuera el de siempre el que ponía el punto final amargueta.

-Bueno, mirad -soltó un quejido-. No somos amigos. No hemos sido nada desde hace años, y no necesitamos para nada serlo ahora.

Esperó a que los demás confirmaran, negaran o hicieran algo, pero los tres le miraban, callados e inexpresivos. Se sintió un poco mal y se aclaró la garganta para seguir, pero ahora fue Ibón quien no le dejó continuar.

-Completamente cierto. Supongo que es una pena, pero no mucho, ¿no? Hemos pasado años sin ni siquiera vernos en Madrid. Si a partir de ahora pasa pues... pues nos comportamos como los adultos que somos, nos saludamos, nos deseamos lo mejor y hasta otra.

-Yo desde luego no tengo las más mínimas ganas de volver a veros -planchó Pablo.

-Ni yo a vosotros -concordó Luis. Y decidió, por fin, echarle un par-: sólo quiero que quede claro que lo siento, que hemos metido la pata y siento lo que ha pasado. Y que no pienso que no debamos volver a vernos por si ésto... algo... se repite, sino simplemente porque no somos amigos y no necesitamos serlo.

-Pues está todo claro, ¿no? -quiso cerrar Rober. Hubo otro silencio. De nuevo ni molesto, ni

violento, sólo más largo de lo esperado.

-En realidad, no -Pablo arrugó toda su cara, pero no supo cómo continuar. Luis le bañó con todo el arrepentimiento del mundo con tan solo un parpadeo. Ibón hizo algo parecido con Rober. Hubo cuatrocientos cruces de miradas.

Callaron todos, ahora durante un buen rato. El momento, éso sí, ayudó a que sus espaldas se relajaran y sus tripas volvieran a dejar pasar el líquido que bebían.

-Bueno, creo que necesitábamos esta aspirina para que dejara de doler todo lo que teníamos en nuestras cabecitas -aportó Pablo.

-Tú no te quejes, que al menos estás indemne -Ibón se señaló la nariz. Pablo estiró los labios como lo hacen todos los inocentes y miró a Luis, que alzó una ceja y después su mano enferulada. Él también estiró los labios, más como expresión de su conformidad. Pablo miró entonces a Rober, el otro aparentemente no damnificado, pero éste alzó su mano, que mostraba toda una gama de colores entre el morado y el amarillo y dos dedos aún algo hinchados. Pablo alzó una ceja sorprendida y se le escapó una risita.

Se despidieron igual de fríamente que se habían saludado cuando Rober y Luis se fueron a prepararlo todo para la partida. Mientras pasilleaban, Rober cogió la mano de Luis y la apretó con fuerza.

-Lo hemos hecho bien -le confirmó éste, sin sonar muy convencido.

-Para -tironeó de su mano. Se miraron un momento y Rober le besó. Luis empezó a respirar más deprisa hasta que Rober le dejó respirar también por la boca-. Te quiero.

-Lo hacemos todo bien siempre, joder.

Lo prepararon todo en un santiamén y una hora antes de lo previsto estaban en un taxi, camino del aeropuerto.

EPÍLOGO: Evergreen

Pablo lo había dejado casi todo en stand-by mientras seguía su tratamiento, pero unos meses antes del diagnóstico había apalabrado el local que quería pagando medio dineral y había hablado con su arquitecto favorito. Un par de semanas después de las vacaciones ya habían terminado el diseño, contratado todo lo necesario y puesto manos a la obra. En un tiempo récord estaba abriendo su nuevo “Guti”, éste bautizado como “Gutiérrez”, tampoco era cuestión de perder la cabeza.

Ibón hizo lo propio con su gimnasio nuevo, aunque sin tanta prisa: él no tenía motivos para llenar su cabeza de algo que no fuera su marido. Pero también, en unos meses, había abierto un tercer local que, gracias al boca a boca, consiguió llenar al tercer mes.

El hecho de que ambos tuvieran que dedicarle mucho más tiempo a sus respectivos trabajos no les impidió cambiar su vida de pareja de cabo a rabo. Pablo había decidido que los restaurantes podían funcionar perfectamente sin que él se pasara la vida metido en ellos. Redujo su jornada a unas discretas cuatro horas matinales en el “Guti” y a otras cuatro en el “Gutiérrez”, que se abriría al público sólo para dar cenas. Y los fines de semana eran para sí mismo y para Ibón. Éste, por su parte, siguió trabajando como siempre, en su primer gimnasio, donde mantuvo a todos sus clientes particulares, dejando los otros dos para los que no querían a un formador personal, pero amoldando su horario al nuevo de Pablo para poder pasar más tiempo juntos.

La primavera siguiente recibieron una llamada de aquella revista. Querían, esta vez, hacer un reportaje completo sobre los dos, sus negocios, y sus vidas.

Esta vez Pablo estuvo más que de acuerdo. Aunque los dos restaurantes funcionaban como un tiro había gastado casi todos sus ahorros y estaba pagando una bonita hipoteca, de modo que necesitaban la publicidad. Ibón se mostró más que encantado. Sólo pusieron una condición.

Hicieron un especial que en un principio se titularía “Vestidos de verano”, pero terminó llamándose “El cocinero, el gimnasta, su mujer y su amante”. A Pablo hasta le hizo gracia. Y el reportaje les sentó a los dos de puta madre. Posaron en Ibiza *disfrazados* de blancos rotos, blancos hueso, blancos arrugados y blancos nucleares de cinco marcas diferentes que si se pronunciaban seguidas mareaban. Incluso posaron con sendos bañadores: Ibón un pirata que le hacía un culazo antinatural, Pablo con uno de competición muy breve. Desde que habían vuelto del crucero no había faltado ni a una de sus sesiones matinales de gimnasio, y se estaba convirtiendo en un “musclebear daddy” de cuerpo perfecto.

Cuando la revista les preguntó sobre sus respectivas preparaciones físicas, Ibón explicó que seguían haciendo lo mismo de siempre, sólo que un poco más en serio y un poco más centrados en ciertos trabajos musculares. Pablo le sonrió juguetón al periodista y soltó un: “Qué va, es mentira. Quemamos y hacemos mucho más ejercicio follando con quien y cuando nos viene en gana”. Y después se extendió sobre su nueva relación y su juego de dobles parejas, dejando al pobre redactor con la duda de si podía llevar todo aquello a negro sobre blanco sin censurar algunas palabras o extractos. Pero qué coño, en esa revista nunca más habría censura.

En la última hoja aparecían los cuatro; Pablo, Zoca, Ibón, Ginés -esa única condición para hacer el reportaje- con cuatro impresionantes trajes blancos. El pie de página, aparte de las marcas de cada pieza, era la frase: “Poliamor para todo el año”, y un recuadro con la clara explicación de Pablo sobre qué estaban haciendo con su vida amorosa.

Dos semanas después de la aparición de ese número de la revista el “Gutiérrez” y el gimnasio nuevo de Ibón en Chueca tenían que hacer un tetris para meter a un cliente más, y ambos tenían

tantas proposiciones para agrandar su grupo poliamoroso que no habrían tenido tiempo, en el resto de sus vidas, para conocer a cada uno de aquellos hombres -y mujeres- a razón de uno al día.

A pesar de lo que tenía que estudiar, y de que la serie con Alberto fue más exigente de lo que Rober pensaba, se dedicó intensamente a terminar la nueva obra con Luis. No se presentó al casting del musical que había estado preparando.

Escribieron como locos. La primera idea fue la de una pareja que hace un crucero vacacional en el que les pasa de todo. Luego pensaron que se parecía demasiado a aquella peli de Cuba Gooding Jr., así que decidieron cambiarlo por una playa, de modo que gran parte de las canciones podrían transcurrir bajo el sol y sobre la arena, con quince o veinte bailarines espectaculares luciendo cacha. Otros decorados serían la habitación del hotel, la terraza del bar del mismo hotel y las calles de un pueblecito ibicenco adorable. Vale, sí, aquello también se parecía demasiado a Mamma Mia, pero ésto iba a ser tan absolutamente queer que nadie las compararía.

Aunque no lo pudieron publicitar -por no mentir- como el primer musical cien por cien español lo sintieron como tal: escrito, producido, dirigido y protagonizado por españoles, con la acción transcurriendo en España y música escrita en exclusiva para la obra.

Por muy ímprobo que fuera el esfuerzo, no pudieron estrenar al año siguiente -como ya había previsto Luis-, pero sí que se recasaron, en una isla del Pacífico Sur de nombre impronunciable y toda la parafernalia que Rober había deseado: un sacerdote de ni-se-sabe qué religión, un grupo de bailarines típicos, vestimentas entre tribales y de marca y apenas dieciséis invitados.

Ni siquiera pensaron en invitar a Pablo e Ibón.

Las negociaciones con las salas, los agentes y los demás productores fueron arduas; les hicieron sudar tinta china porque no querían cambiar ni una sola letra del libreto ni de las canciones. Los castings y los ensayos, agotadores, se prolongaron durante varios meses.

Seis semanas antes del estreno -para aprovechar la temporada- se lanzó virtualmente “Que te den, my love”, el primer single de los cinco que finalmente consiguieron editar. Se convirtió en una de las canciones del verano y allanó el camino hacia el estreno. Aunque no consiguieron estrenar en la Gran Vía sí que lo hicieron en un teatro bastante grande y conocido, con un enorme cartel en la fachada que gritaba un azul “¡Mediterráneo!” a modo de título. Como imagen promocional, Rober -con el pelo teñido de rubio platino y el resto del cuerpo completamente depilado-, haciendo una graciosa mueca de terror, sujetándose un enorme bañador mientras su coprotagonista -un muchacho aún desconocido que había salido de los exhaustivos castings- le tiraba de la cinturilla desde detrás dejando a la vista medio culo del prota. Habían decidido que todos los bañadores de Rober en la obra serían pudorosos piratas, bien anchos, para no correr el riesgo de que el equipo del actor fuera un problema. Los bailarines, sin embargo, lucirían bañadores de competición.

Para remate de buena suerte la primera temporada de la serie de Alberto -producida por una plataforma estadounidense- se estrenó un mes antes de que saliera “Que te den, my love”, haciendo de Rober -que ya aparecía desde el primer capítulo- una cara mucho más conocida de lo que había soñado hasta el momento y con una imagen completamente inesperada: la de matón de los bajos fondos con buen corazón que busca la redención: el público adoró a su personaje desde el minuto uno. Muchos lloraron, incluso, cuando el personaje moría entre los brazos de Alberto, el policía al que el personaje de Rober -su tío, a la sazón- había criado desde pequeño, tras la muerte de sus padres.

La serie fue tan bien que Alberto, incluso, terminó rodando una segunda temporada en Los

Ángeles, donde a Yujenson le siguieron ofreciendo papeles de criminalillo arrepentido, -ya que al fin y al cabo *era guapo*-, o de putillo arrabalero. Ya durante el rodaje Rober fue consiguiendo papeles pequeños en producciones que ya estaban en marcha y su cara se hizo aún más popular entre el público. Aunque todo tiene sus contrapartidas: le propusieron un secundario importante, con su directora favorita, que tuvo que rechazar por fechas, ya que desde ese momento el musical se convirtió en su único plan.

Aunque la prensa no se puso de acuerdo -varios periódicos digitales les ponían a parir por ser la obra “una mariconada dirigida en exclusiva al cada día más poderoso y aterrador Lobby Gay” o “musical e interpretativamente endeble, pero graciosa”, el resto de las críticas fueron bastante positivas, sobre todo las que interesaban, las de la prensa seria y de gran tirada: “¡Divertidísima!”, “Cantable, bailable y disfrutable, ¡lo tiene todo!”, “Nadie sabía lo bien que canta y baila Roberto Grande”, “Si no eres un carca, no te la pierdas”. Y el boca a boca funcionó como la pólvora. Por supuesto toda la alharaca también les puso en el disparadero de otro lobby, aún más poderoso: el de la extrema derecha: el día del estreno hubo una manifestación en la acera de enfrente del teatro, pero aquello no tuvo mayor importancia: ¿a quién coño le importa un musical?

Rober, inusitadamente atento a todo, había diseñado y conseguido -junto con uno de los productores, viejo amigo y especialista en estos lances- una primera tirada de productos de marketing que se agotaron en las dos primeras semanas: mugs y camisetas rosas con el título, camisetas azules con un primer plano de la mano tirando de su bañador y de su medio culo al aire, toallas con el título sobre un fondo arco iris y gorras rosas y azules. La segunda tirada incluía aún más productos diferentes, y por internet se podía comprar la entrada del show junto con tres paquetes diferentes de productos, entre los que estaba el CD del segundo tema publicado: “Fuegos de San Juan”, el single más vendido del espectáculo, que incluía, además, dos remixes de baile que volvían aún más locas a las musculocas nocturnas y a los cubbies y chubbies de fiestas tanto “leather” como “vanilla”.

Por supuesto los bailarines eran de todos los tamaños, colores y pelajes -nunca mejor dicho-, lo que ayudó a que el público gay también lo fuera. En el teatro se hacía de noche durante el número anterior -todo el decorado se iba yendo a negro excepto la cara de Rober, que también terminaba desapareciendo-. Esta preciosa balada, el “Olvídate de mí” que terminó siendo el tercer single, desembocaba en grupos de muchachos apareciendo en la playa y encendiendo fogatas a su alrededor. El coro comenzaba a cantar y bailar “Fuegos de San Juan” y poco a poco iban desapareciendo bañadores y los bailarines se entregaban a una desenfadada orgía tras los fuegos -algo medianamente púdico- y Rober se enganchaba a los cánticos y a la orgía. Sobre todo fue este número el que desencadenó la furia primera de aquellos críticos que les habían puesto a parir. Por otro lado fue lo más comentado por cientos de Youtubers e Instagramers, y lo más imitado por Tiktokers.

Tres meses después del estreno Rober y parte del elenco ya habían visitado siete programas de televisión para bailar y cantar el “Que te den, my love” y una pequeña pero avispa productora había rodado con ellos el videoclip de “Fuegos de San Juan”, que fue censurado en el noventa por ciento de las televisiones, provocando un tremendo efecto Streisand: ya que en ningún momento se veían claramente los genitales de nadie, ninguna plataforma o aplicación lo censuró, convirtiéndolo en uno de los más compartidos y vistos de la temporada.

“¡Mediterráneo!” fue reestrenada el año siguiente en un teatro de la Gran Vía con decorados espectaculares, más bailarines e incluyendo dos temas nuevos. Desde otros puntos de España venían autobuses montados por organizaciones LGBT, asociaciones de señoras jubiladas o

despedidas de soltera para disfrutar de un fin de semana en Madrid con un musical incluido en que todos los que estaban en escena se pasaban el noventa por ciento del tiempo en bañador. Incluso editaron el “Calendario ¡Mediterráneo!” para el año siguiente, con un Rober pletórico, acompañado por su coprota en el mes de Agosto, y solo en Diciembre, luciendo, ésta vez sí, un bañador mínimo. La misma revista que años antes hiciera famosos a Pablo e Ibón les hizo famosos a ellos. Aunque en ninguna imagen se veía un sólo milímetro más de lo que se podía mostrar en público, el reportaje fue uno de los más celebrados de la historia de la revista. La última foto les mostraba a ambos desnudos en una cama, con sus cuerpos pegados, metiéndose la lengua hasta la garganta. Si bien no tenían el cuerpo de Ibón, la imagen se convirtió en un icono gay en cuanto se publicó. Algo así como la de la cama de John y Yoko. Y para cada comienzo de las siguientes temporadas la revista estuvo encantada de hacerles otro reportaje.

Luis se convirtió en uno de los compositores más solicitados del momento. Si bien no le atraían mucho la mayoría de artistas que le pedían un éxito -mucho trapero, reggaetonero y otras subespecies- sí que consiguió que varios artistas muy internacionales, muy reconocidos y lo mejor, muy vendidos, contaran con él.

A pesar de que los siguiente singles no tuvieron el mismo éxito de ventas, el CD y la descarga completos terminaron siendo, cinco años después, triple disco de platino, cuando “¡Mediterráneo!” se estrenó en inglés en Londres -donde estuvo tres años en cartel- y un año después en Nueva York. Para ese momento tanto Rober como Luis habían abandonado su trabajo directo en la obra en España para dedicarse por entero a otros trabajos.

Les llegaron dos propuestas para producir la versión fílmica de la peli en Estados Unidos, pero ninguna de las dos les convenció porque tendrían guionistas y compositores propios. Les costó ocho años más conseguir firmar un contrato en el que se les aseguraba el control artístico, y finalmente se filmó. Por supuesto los protagonistas tenían veinte años menos que ellos, pero eran actores, cantantes y bailarines más que solventes. Aunque no fue un exitazo en Estados Unidos sí que fue un bombazo en el resto del mundo, haciéndoles ganar un pico, y el disco y el resto del marketing funcionaron incluso mejor que los de la obra original. Se terminó convirtiendo en una peli de culto para la mitad de la población gay del planeta.

Pero lo que consideraron su mayor logro fue cuando un conocidísimo y queerísimo presentador británico les invitó a su histórico programa junto a Benny Andersson, Bjorn Ulvaeus y el flamante prota de la versión brit, la semana antes de que el musical se estrenara en el West End londinense. Por supuesto que el presentador les puso en un brete al preguntarles por las similitudes de “¡Mediterráneo!” y “Mamma mia”, pero Benny se apresuró a responder por ellos: “Graham, estos chicos han ido mucho más allá que nosotros, que sólo tuvimos que ordenar unas cuantas canciones que llevaban décadas siendo hits. No puedes imaginarte lo difícil que habrá sido levantar su obra, que su música sea tan buena, sus letras y su historia tan divertidas, y todo partiendo de cero. De hecho, tenemos la intención de producirles esta obra -si ellos quieren- en el resto de Europa”.

El comentario hizo llorar a Rober en directo: otro meme celebradísimo e histórico.

Por otro lado el que había sido su quinto single en español fue el primero en inglés: “Ibiza loves you”. La remezcla de Calvin Harris del original en español “Un mes en Ibiza” llegó al Top#10 británico y se mantuvo más de cuarenta semanas en las listas de ventas de media Europa.

Aunque comenzaron con el papeleo dos meses después del crucero, su primer hijo no llegó hasta cuatro años después. Era un precioso bebé pelirrojo al que llamaron Joaquín porque Luis siempre había adorado el *Concierto de Aranjuez*. A los cinco años ya era capaz de tocar piezas complicadas al piano. Dos años después llegó Ani, una peque tímida y poco habladora de siete

años a la que hicieron feliz desde el primer día cuando le preguntaron: “¿Qué te gustaría hacer?”. La niña no supo si podía hablar tranquilamente, pero tras un rato de reconocer la casa, colocar sus cosas en su cuarto y merendar miró a Rober y le dijo: “Quiero cantar, ¿puedo cantar?”. Rober se disolvió junto con el Fairy que estaba usando para fregar las tazas y un cuarto de hora después estaban mirando en internet información sobre escuelas de canto. Diez años después Quino y Ani sacaron su primer single, escrito por ellos mismos.

En el estreno de “¡Mediterráneo!” en Estocolmo Benny y Bjorn tocaron en directo el acompañamiento de “Fuck you, mi amor”.

Una nota -no tan pequeña- para dar las gracias a todos los músicos y cantantes que me han inspirado a lo largo de mi vida, como a vosotros, en tantas ocasiones. Y en especial, a los siguientes (por orden de aparición):

Presuntos Implicados, Ku Minerva, Celine Dion, Propellerheads, Shirley Bassey, Madonna, Frankie Goes to Hollywood, Sandra, Carole King, The Proclaimers, Nat King Cole, Mecano, George Michael, Sandro Giaccobe, Crowded House, Flos Mariae, Olivia Newton-John, John Miles, Cameron Díaz, Selma Blair, Christina Applegate, Alaska y Dinarama, Silvia Padilla, Abba, Dana International, John Paul Young, Whitney Houston, Lady Gaga, Kim Carnes, Alaska y los Pegamoides, La Década Prodigiosa, Adele, Karina, Holly Johnson, Demis Roussos, Marilyn Monroe, Rocío Jurado, Los Inhumanos, Rocío Dúrcal, Imperio Argentina, Manolo Escobar, Lily Allen, Alison Jiear, Ella baila sola, Marisol, Righeira y Barbra Streisand. Y un larguísimo listado de artistas que no aparecen en este libro porque... ¡no puede caber aquí!

Ah, claro, y a Serrat.

Lo más importante: muchísimas gracias a mis dos mejores amigos y compañeros, el actor Javier Perdiguero y el Papá Noël Diego López, que llevan años aguantando mis neuras. Os adoro mucho, mucho. Y a mis gatos. #meloscomo.